BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
No. 242
ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

DICIEMBRE.

Varios Prelados de España han concedido 1300 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,
de la misma Compañía.

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,
DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS, HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

DICIEMBRE.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA.
IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.
Noviembre de 1854.

AÑO CRISTIANO,

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO:

ARREGLADO EN ITALIANO

POR EL P. JUAN CROISSET,

de la Compañía de Jesus.

Puesto en P.ª, Nueva Traduccion de Italia,

Y TRASLADADO AL CASTELLANO

POR UNOS SACERDOTES DE LA MISMA COMPAÑIA.

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA

LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE NO SE HALLAN

EN EL P. CROISSET.

TOMO XII.

LOS PP. ED. PEDRO CELTZEO Y P. JUAN DE ROJAS

DE LA MISMA COMPAÑIA.

EDICION Y COMPLETA SINCERA.

ADORNADA CON EL CORRESPONDIENTE NUMERO DE LAMINAS, QUE SE HALLAN

DISTRIBUIDAS EN TODOS LOS TOMOS DE ESTA EDICION, DE QUE SE DA NOTICIA

EN EL PROSPECTO DE ESTA OBRA EN LA IMPRENTA DE D. PABLO NADAL.

DICIEMBRE.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA

EN LA IMPRENTA DE D. PABLO NADAL.

Año de 1821.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

DICIEMBRE.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

El santo profeta Nahum, que fue sepultado en Begabar. *(Nahum, que se interpreta* Consolador, *fue natural de Elcese, pueblo de Galilea en la tribu de Simeon. Profetizó poco antes que los asirios llevasen cautivas á su tierra á las diez tribus, en tiempo del rey Ezequias. Habla en particular contra los ninivitas, los cuales habiendo hecho penitencia por la predicacion de Jonás, y alcanzado perdon de Dios, dieron en los mismos pecados que antes, consumándolos por la opresion y crueldad con que trataron á los israelitas. Anunció Nahum la total destruccion de Nínive con la de todo el reino de los asirios, del que era la capital, y siguióse en efecto. Murió Nahum reinando en Jerusalen Manasés, hijo de Ezequías y abuelo de Josías. Contiene su profecía tres capítulos. San Epifanio en la vida de Nahum, y con él Doroteo Tirio, dicen que los ninivitas fueron destruidos con un terremoto grandísimo, y mucha agua, que bañó toda la ciudad, y fuego que cayó del cielo. Es Nahum uno de los doce profetas menores, y tiene el séptimo lugar. La Iglesia católica usa de su profecía en las lecciones de la feria segunda de la Dominica quinta de noviembre).*

Los santos mártires Diodoro, presbítero, y Mariano, diácono, con otros muchos, en Roma; los cuales por mandato del emperador Numeriano, alcanzaron la corona del martirio.

El martirio de los santos Lucio, Rogato, Casiano y Cándida, en Roma tambien.

San Ansano, mártir, en el mismo dia; el cual en tiempo del emperador Diocleciano, habiendo confesado á Jesucristo en Roma, fue encarcelado y luego remitido *(al procónsul Lisias en)* Siena en Toscana; y siendo en esta ciudad degollado, acabó la carrera de su martirio.

San Olimpias ú Olimpíades, varon consular, en Ameria en el ducado de Espoleto; el cual fue convertido á la fe por santa Firmina, y en tiempo de Dio-

5416

cleciano atormentado en el caballete, alcanzó la palma del martirio *(en el mismo lugar en que siendo él procónsul habia hecho degollar á otros)*.

San Ananías, mártir, en Arbele en Persia.

San Proculo, obispo y mártir, en Narni; el cual después de haber hecho muy esclarecidas obras de virtud, por mandato de Totila, rey de los godos, fue degollado.

San Evasio, obispo y mártir, en la ciudad de Casal. *(Murió santamente el año 522)*.

San Castriciano, obispo, en Milan; el cual en medio de una cruelísima persecucion que padecia la Iglesia, resplandeció por sus virtudes y por sus piadosas y santas obras. *(Se cree por algunos que fue ordenado obispo de Milan por los Apóstoles. Repetidas veces se expuso voluntariamente á la muerte; mas nunca pudo conseguir la corona del martirio, porque hasta los mismos gentiles respetaban sus virtudes. El emperador Domiciano le hijo azotar cruelmente, y después lo dejó en libertad. De dos casas que le cedió un noble cristiano hizo dos iglesias, y dejó otros monumentos en conmemoracion de su pontificado, el cual duró cuarenta años, y murió en santa paz á fines del siglo I)*.

San Ursicino, obispo, en Brescia *(en Italia, y fue el sexto obispo de aquella ciudad)*.

San Eligio (ó Eloy), obispo, en Noyon en Flandes, cuya admirable vida es recomendable por muchos milagros. *(Véase su historia en las de hoy)*.

San Agérico, obispo, en Verdun. *(Hizose recomendable este santo Prelado por su caridad con los pobres, por el conocimiento profundo de las santas Escrituras, y por su asidua constancia en instruir al pueblo. Siendo pariente del rey Childeberto, gozó con él de gran privanza, la cual empleó siempre para favorecer á la Iglesia y á los desgraciados. Murió en la paz del Señor por los años de 588)*.

Santa Natalia, mujer de san Adriano, mártir, en el mismo dia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano asistió por mucho tiempo á los santos Mártires que estaban encarcelados en Nicomedia; y habiendo estos consumado el martirio, partió ella á Constantinopla, donde murió en santa paz. *(Véase su vida en las de hoy)*.

SAN ELOY Ó ELIGIO, OBISPO DE NOYON.

San Eloy, uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia de Francia, nació en Catelat, aldea del Lemosin, hácia el año de 588; fue hijo de un honrado paisano, llamado Euquerio, el que en la medianía de su condicion y de su fortuna vivia con honradez, y se distinguia de los demás por su hombría de bien. Su madre, llamada Terrigia, no se distinguia menos por su piedad y por su prudencia. Estando preñada de nuestro Santo tuvo un sueño en que se la dió á entender que el niño de que estaba embarazada seria un dia alguna cosa sobre el comun de los hombres. La pareció ver una águila que de lo mas alto del cielo se dejaba caer sobre ella por tres veces, y después revoloteaba al rededor de su vientre como en señal de res-

ST. ALBERT'S COLLEC

peto. Un buen eclesiástico, con quien comunicó su vision, la predijo que pariria un hijo que seria grande delante de Dios y de los hombres por su eminente santidad. Este suceso obligó á sus padres á ponerle el nombre de Eligio ó Eloy, para significar que habia sido escogido por Dios aun antes de nacer. Los cuidados que emplearon en educar á su hijo en el santo temor de Dios correspondieron á la idea que habian formado á vista de estas predicciones. Desde sus mas tiernos años le dedicaron á los ejercicios de piedad; su buen genio, la docilidad de su espíritu y de su corazon á las impresiones de la Gracia, dejaron poco que hacer á la educacion. Habiendo hecho su padre que se instruyera en los principios de las ciencias humanas y divinas, viéndole naturalmente hábil para todo lo que emprendia, y sobre todo advirtiendo en él mucha industria y delicadeza para las obras de manos, le puso con un platero de Limoges. Este hábil maestro encontró en su aprendiz un ingenio tan sobresaliente y un talento tan particular, que no fue necesario mucho tiempo para enseñarle todos los primores del arte. Bien presto supo Eloy mas que su maestro; pero lo que le concilió mas su estimacion fue su genio suave y oficioso, su ingenuidad, y una piedad cristiana que no se desmintió jamás. Era frecuente en la iglesia, y especialmente los domingos y dias de fiesta los consagraba enteramente á la oracion, á los oficios divinos y á las obras de misericordia. Como era tan exacto en cumplir con todas las obligaciones de cristiano, le llamaban el religioso secular; de modo, que si este jóven artífice era admirado por su habilidad en el arte de platero, lo era todavía mas por su habilidad en la ciencia práctica de los Santos.

De edad de unos treinta años la Providencia le condujo á Paris. Bien presto se distinguió por su habilidad y por su virtud en esta capital de Francia; se dió á conocer á Bobon, que era entonces ministro de Hacienda, el cual, prendado de su habilidad, le mandó hacer muchas obras de valor. Este ministro, después de haber hecho muchas pruebas de su habilidad, se alegró de que se le hubiese presentado ocasion de darle á conocer. El rey Clotario II tenia deseos de que le hicieran una silla de oro y de pedreria, segun el modelo de su idea, con el que ningun artífice de Paris habia podido afinar. Bobon, que conocia el ingenio y la destreza de Eloy, dijo al Rey que él trataba á un hombre capaz de desempeñar el encargo á gusto de S. M. El Rey hizo tomar de su tesoro una cantidad considerable de oro y de pedreria para entregarla al artífice, y hacerla emplear en la obra. Eloy trabajó sobre el modelo que se le habia

trazado; y del oro que se le habia dado hizo dos sillas que sobrepujaron la idea que el Rey se habia formado allá en su imaginacion. Al principio no presentó sino la una. El Príncipe quedó sorprendido de la diligencia del artífice y de lo exquisito de la obra; pero fue mucho mayor su pasmo cuando fuera de toda expectacion le presentó la segunda. Esta aventura dió á conocer á nuestro Santo en toda la corte. El Rey, prendado no solamente de la habilidad del artífice, sino tambien de su buena fe y de su prudencia, le tomó tanto cariño, que apenas le hubo hablado dos ó tres palabras, cuando le dió toda su confianza. Eloy vino á ser el privado del Rey, pero no abusó de su privanza. Jamás le vieron menos humilde, ni menos contenido, ni menos devoto. La pureza de sus costumbres, su devocion tierna y la regularidad inalterable de su conducta le hacian cada dia mas estimable. El Rey no cesaba de hacer su elogio en presencia de los cortesanos; pero su virtud le puso siempre al abrigo de la envidia. El Rey le dió cuarto en palacio, en donde gustaba verle trabajar y de hablar con él; pero cuanto mas de cerca le veia, descubria en él mayor virtud y mayor prudencia. Prendado el Rey de tan bellas cualidades, quiso atraerle á su servicio de modo que no le quedara libertad para dejarle en ningun tiempo. Estando un dia en su palacio de Ruel, le hizo venir, y le dijo que le habia de hacer juramento de fidelidad sobre las santas reliquias. Al solo nombre de juramento se sobresaltó la delicadeza de su conciencia; y acordándose que Jesucristo habia prohibido á sus discípulos todo juramento, no pudo resolverse á poner la mano sobre el relicario, y mucho menos á jurar. Señor, le dijo, Dios me prohibe el jurar, pero me manda que os sea fiel; esto os debe bastar; y V. M. puede estar seguro que le seré fiel hasta la muerte. Al decir estas palabras no pudo contener las lágrimas. El Rey se enterneció, y no quiso instarle mas. San Oven, que tenia entonces trece ó catorce años de edad, se halló presente á este pasaje; y quedó tan prendado de la modestia y piedad de nuestro Santo, que desde entonces quiso ser no solo su amigo, sino tambien su discípulo, y esta amistad tan estrecha y tan pura duró toda la vida.

Parece que el aire de la corte habia de alterar la inocencia de Eloy; pero fue tan al contrario, que cuanto mas honrado se veia del Rey y de los cortesanos, tanto mas pura y brillante se mostraba su devocion. Cada dia le disgustaba mas el resplandor de la grandeza del mundo. Se resolvió á vivir una vida todavía mas perfecta que la que habia tenido hasta entonces, para lo cual comenzó por una confesion de toda su vida; la cual, aunque muy inocente, no dejó de causarle

vivos pesares y agudos remordimientos que le obligaron á recurrir á todos los rigores de la mas austera penitencia. Á mas de ser continuo su ayuno, pasaba una parte de la noche en orar y en meditar las mas grandes y mas terribles verdades de la Religion; maltrataba sin cesar su carne con mil inocentes crueldades. Sin embargo de todos estos rigores no podia calmar sus inquietudes, ni moderar el dolor que le causaban sus pecados pasados: sus lágrimas no tenian fin, sus temores se aumentaban cada dia mas, y no cesaba de implorar la divina misericordia. Esta saludable inquietud le llevó un dia á solicitar de su Salvador con una fe viva que le diera á conocer si le era agradable su penitencia.

Habia en su cuarto diversas reliquias de Santos colgadas del techo, bajo las cuales acostumbraba hacer oracion por la noche postrado contra la tierra. Estando una noche en esta humilde postura, se dejó llevar del sueño. Estando así dormido, le pareció ver un sugeto que le decia que su oracion habia sido oida, y que se le iban á dar pruebas sensibles de ser así. Habiendo despertado se encontró con toda la cabeza humedecida de un licor oloroso que destilaba la caja donde estaban aquellas reliquias. Este maravilloso suceso le consoló, y calmó sus inquietudes.

Habiendo muerto el rey Clotario, le sucedió su hijo Dagoberto; y si el padre estimaba mucho á nuestro Santo, el hijo le dió todavía mayores pruebas de su amistad y de su confianza. Aprovechándose san Eloy de este favor, inspiró á este gran Príncipe grandes sentimientos de Religion, le apartó de muchos desórdenes, y le hizo vivir una vida verdaderamente cristiana. Como la privanza de nuestro Santo para con el Rey iba cada dia en aumento, los cortesanos, á quienes era gravosa la virtud sobresaliente de nuestro Santo, se valieron de mil artificios para desacreditarle con el Rey; pero todas sus calumnias solo sirvieron para hacer su virtud mas brillante; y en lugar de vengarse de ellos san Eloy, no tuvieron protector mas poderoso para con el Rey. Continuó su oficio de platero en el reinado de Dagoberto; pero tuvo la satisfaccion de no trabajar cási jamás sino en honra de los Santos y de la Iglesia.

Colmado de bienes por el Rey, colmaba de ellos á los pobres. No se puede llevar mas léjos la caridad de lo que la llevó nuestro Santo; empleaba toda su hacienda en alimentar los pobres, en rescatar los cautivos, ó en fundar establecimientos de piedad. Uno de los primeros que fundó fue la célebre abadía de Soliñac en un coto de tierra de que el Rey le hizo donacion cerca de Limoges. La dotó ricamente

y la puso bajo la regla de san Columbano; y este monasterio vino á florecer tanto con el tiempo, que fue el modelo y la matriz de otros muchos. Fundó tambien algunos otros en el Lemosin. Y habiéndole dado el Rey una bella casa en Paris, hizo de ella un célebre monasterio de doncellas, bajo la invocacion de san Marcial, en donde puso hasta trescientas religiosas bajo la conducta de santa Aurea. Para la comodidad de este grande monasterio se necesitaba de una pequeña plaza que era del patrimonio real; se la pidió al Rey, y la consiguió sobre el plan que le habia presentado; pero advirtiendo después que en la medida de la tierra habia habido un pié de trabacuenta, lo sintió tanto, que arrojándose á los piés del Rey, ofreció expiar su falta con el sacrificio de su vida. Esta delicadeza de conciencia pasmó á toda la corte; y el Rey tuvo razon de decir que la fidelidad de los que sirven á Jesucristo es el mas severo fiscal de la mala fe de las gentes del mundo. Nuestro Santo hizo otras muchas fundaciones piadosas; hizo edificar en Paris la iglesia de San Pablo, la cual es el dia de hoy una de las mas considerables parroquias de la capital.

Como nuestro Santo tenia tal estimacion y tanta inclinacion á la vida religiosa, su casa era el hospedaje ordinario de los religiosos forasteros, los que encontraban en él un perfecto modelo de la vida mas penitente y mas regular. El Rey tenia tanta confianza en su virtud y en su capacidad, que le envió por embajador al conde de Bretaña para terminar algunas diferencias que habia entre las dos cortes. Todo su viaje fue una serie continua de limosnas y de buenas obras. Su embajada tuvo el feliz éxito que se habia deseado. Los aplausos que recibió á la vuelta aumentaron el disgusto con que ya miraba antes todo lo que hay en el mundo de mas lisonjero. Aumentó sus ejercicios de penitencia y de piedad; se vistió un áspero cilicio, del que jamás se despojó. La oracion, la leccion y las buenas obras ocupaban todo el tiempo que le dejaba libre la precisa asistencia al Soberano. Le llamaban el religioso de la corte; porque en medio de la corte vivia tan retirado y tan abstraido como pudiera en el mas espantoso desierto. Pero Dios habia destinado á nuestro Santo para que fuese uno de los mas bellos ornamentos de la dignidad episcopal, después de haber sido la admiracion de toda la corte.

Habiendo muerto san Acario, obispo de Noyon y de Tournay, el clero y el pueblo se convinieron en pedir á san Eloy por su obispo. Dagoberto habia muerto á la sazon, y su hijo Clodoveo II no podia resolverse á privarse de la presencia de un súbdito, cuyos sabios consejos le eran tan necesarios. Sin embargo, la necesidad de la Iglesia

pudo mas para con el Rey que la del Estado; pero habia otro obstáculo mucho mayor que vencer; este era la humildad de nuestro Santo; se superó no obstante, y á pesar de sus ruegos, de sus lágrimas y de sus razones, fue preciso que se resolviera á recibir los sagrados órdenes; después de lo cual se fué á Ruan, en donde fue consagrado obispo el año de 640, con su íntimo amigo san Ovēn que se consagró al mismo tiempo.

San Eloy no volvió á la corte sino para despedirse de ella para siempre: se fué á Noyon, en donde fue recibido de todos con aquella alegría que inspira la opinion de una santidad universalmente reconocida. En el obispado conservó siempre la misma humildad y el mismo espíritu de oracion y de penitencia. Su casa fue siempre la de los pobres, y no tuvo jamás rentas sino para hacer limosnas; su solicitud pastoral se hizo admirar desde el principio en el celo y vigilancia que empleó para conservar y aumentar el rebaño que se le habia confiado. Habiendo hecho en el primer año la visita de la diócesi de Noyon de Vermandois con grandes ventajas de la piedad y de la disciplina eclesiástica, comenzó el año siguiente sus viajes apostólicos en el territorio de Tournay en la Flandes, y llevó su celo hasta la Zelandia y á las extremidades del Brabante, en donde parecia que la idolatría se habia atrincherado; la forzó hasta en sus últimas trincheras, y en todas partes hizo nuevas conquistas para Jesucristo, levantando el estandarte de la cruz sobre las ruinas del paganismo. Los cantones de Courtray y de Gante eran todavía tierras por desmontar; mas san Eloy hizo de ellos una viña abundante para el Señor.

Para asegurar las conquistas que hacia para Jesucristo por medio de sus predicaciones y trabajos apostólicos, fundó muchas iglesias y monasterios en todos los paises que habia agregado á la fe. No se puede decir todo lo que tuvo que sufrir en todos estos viajes, y cuántas veces se vió á peligro de perder la vida. Un dia predicando en una parroquia de la campiña, inmediata á Noyon, declamó fuertemente contra los bailes y otras diversiones enteramente paganas. Los edictos y mandatos del santo Obispo fueron obedecidos; pero los libertinos se conjuraron contra el santo Pastor, y sublevaron contra él una parte del pueblo. San Eloy no se acobardó por esto, antes bien predicó con mas celo contra los abusos; mas viendo que los espíritus se exasperaban cada dia mas, juzgó que debia pedir á Dios tuviese á bien castigar aquellos indóciles, mortificando de algun modo su cuerpo para salvar sus almas: fue oida su peticion; y cerca de cincuenta de los mas alborotados quedaron poseidos del demonio en el

mismo instante; perseveraron un año entero en sus tristes humillaciones, de las que no quedaron libres hasta el mismo dia del año siguiente, en que el Santo recibió su sumision y la de todos los otros.

Nuestro Santo obró un gran número de otros milagros en todo el tiempo de su obispado; fue dotado tambien del don de profecía. Profetizó la muerte de muchos grandes y la del rey Clovis ó Clodoveo II, como habia tambien profetizado la del rey Dagoberto. Asistió á un concilio congregado en Chalons sobre el Sona el año de 644; y no contento con ser útil á los de su tiempo, dejó á la posteridad muchas homilías, y un gran discurso que por mucho tiempo mereció ser atribuido á san Agustin. En fin, lleno de méritos, y consumido de penitencias y de trabajos, murió con la muerte de los Santos el año de 609, el setenta de su edad, y el diez y nueve de su obispado. Aun no habia espirado cuando toda la ciudad de Noyon mostró el vivo sentimiento que le causaba la pérdida de su santo pastor y padre. El mismo dia se vió llegar á la ciudad la reina santa Batilde con los príncipes sus hijos y con todos los grandes de la corte, que habian partido de Paris á la primera nueva de su enfermedad. Habiéndose postrado la piadosa Reina á los piés de nuestro Santo para besárselos, empezó á sangrar por las narices en abundancia. La Reina hizo recoger esta sangre en pañuelos para conservarlos preciosamente. Tenia grandes deseos de hacer llevar el santo cuerpo á Paris; pero se experimentó tan pesado, que no fue posible moverle de su lugar; lo que hizo conocer que Dios queria que esta piadosa reliquia se quedase en su catedral. Las exequias que se le hicieron fueron magníficas, y su culto es desde entonces muy célebre en Noyon y en otras partes.

SANTA NATALIA.

Entre los prodigios del valor cristiano que se celebran en los fastos eclesiásticos en tiempo de las persecuciones gentílicas, es digno de los mas altos elogios el heroismo de santa Natalia, mujer del ilustre mártir san Adriano, cuya memoria así como ha sido la admiracion de los siglos futuros, fue por entonces su ardiente celo por la religion de Jesucristo el asombro de los mismos paganos.

Habiéndose presentado el emperador Maximiano en la ciudad de Nicomedia con firme resolucion de dar muerte á todos los fieles que rehusasen prestar adoracion á los ídolos; consternado todo el rebaño de Jesucristo al oir los impíos edictos que hizo publicar aquel tirano, se retiraron muchos á los desiertos para huir de aquella fiera insaciable de la sangre inocente de los Cristianos. Presos de estos fugi-

tivos veinte y tres ilustres Confesores, solicitó Maximiano rendirlos á sacrificar á los falsos dioses por cuantos medios pudo discurrir su tiranía; pero viéndolos inflexibles á condescender con sus sacrílegos designios, mandó que cargados de prisiones los condujesen á la cárcel, donde los verdugos los atormentasen con diferentes géneros de tormentos, tales, que sirviesen de escarmiento á todos los Cristianos de la ciudad y de toda la provincia.

Presenció Adriano la tortura; y convencido de que el valor y constancia con que los Mártires sufrian tan enormes castigos eran efectos sin duda de alguna virtud sobrenatural oculta, y que la alegría que mostraban en semejantes penas acreditaba la esperanza de algun bien sumo que les alentaba á padecer con tanto gusto; instruido por los mismos Mártires que el término á que aspiraban por aquellas transitorias penas era nada menos que una eterna felicidad, prometida por Jesucristo á los que le confesasen á presencia de sus enemigos, encendido en vivísimos deseos de disfrutar esta dicha, se declaró creyente en Jesucristo, por cuya confesion ordenó el Emperador que amarrado con pesadas cadenas fuese llevado á la prision donde se hallaban los demás Confesores.

Supo Natalia el suceso inopinado, é informada de la causa motiva, como era cristiana de profesion, pasó á la cárcel inmediatamente llena de un extraordinario gozo, y puesta á los piés de su marido, besando las prisiones le habló en estos términos: *Bienaventurado eres, dueño mio, porque hallaste la felicidad que no heredaste de tus padres, envueltos en las miserables sombras del gentilismo. No cuides de los bienes, ni riquezas de este mundo, que son inútiles al tiempo de la muerte: atiende solamente á las promesas eternas hechas por Dios á los Cristianos en la vida inmortal, donde el justo Juez remunera á los que confiesan su santo nombre ante sus enemigos: permanece constante en la vocacion en que has sido llamado: no te separen de este buen propósito tus padres, parientes, ó amigos, ni el respeto de los bienes temporales corruptibles: no se entibie el fervor que ha concebido tan justamente tu espíritu por la adulacion ó consejos impíos de los que intenten separarte de una carrera tan dichosa, cuyo fin es la eternidad de una gloria inmarcesible: cuida únicamente de conseguirla, reflexionando el gozo con que padecen estos ilustres Confesores por lograr esta dicha: imita su fortaleza, sigue su paciencia: no te perturbe la ira del Emperador, ni te intimiden los tormentos, que en breve tiempo pasan y se finalizan.*

Concluida aquella exhortacion nerviosa con Adriano, capaz de imprimir en su espíritu aquel valor y aquella fortaleza que manifestó

en los tormentos; dada por el Santo la palabra de que le avisaria cuando instase la causa para que le asistiese en su muerte, pasó á visitar á los veinte y tres presos por Jesucristo; y practicando con ellos la misma diligencia de besar sus prisiones, bañada en lágrimas les hizo la siguiente súplica: *Socorred vosotros, siervos de mi Señor Jesucristo, á la oveja que se ha agregado á su rebaño: dadle documentos de paciencia, hacedle ver los eternos premios á que aspira vuestro sufrimiento, certificadle en las verdades infalibles que cree nuestra fe; y ejerced los oficios de padres espirituales ilustrándole, ya que los suyos carnales son gentiles, ciegos é impíos.*

Pasados algunos dias supo Adriano que instaba la vista de la causa, y queriendo cumplir la palabra dada á Natalia, consiguió permiso de los guardias de la cárcel para ver á su esposa, á expensas de grandes sumas, dando por fiadores á sus compañeros. Un criado lleno de regocijo dióla aviso de que venia á su casa Adriano; y creyendo la Santa que habria conseguido libertad por haber desertado de la fe de Jesucristo, cerró la puerta, y comenzó á declamar contra la infidelidad de su marido, diciéndole que se separase de ella, pues no queria oir las palabras de quien se atrevió á negar al verdadero Dios que ya habia conocido. Admirado el Santo al oir las expresiones de su esposa, nacidas de su ardoroso celo por la religion de Jesucristo se vió en la precision de manifestarla todo lo ocurrido, diciéndola, que se hallaba con resolucion firme de padecer todos los tormentos que pudieran discurrir los gentiles, y que el fin de su venida no era otro que el darla el aviso prometido, para lo cual habia dado fiadores á sus santos compañeros: con lo que sosegada Natalia, le abrió, y exhortó nuevamente á que acreditase con valor y fortaleza la fe de Jesucristo.

Restituyóse Adriano á la prision con un nuevo espíritu, ansioso de que llegase el tiempo de manifestar con pruebas prácticas los deseos ardientes que tenia de padecer por amor de Jesucristo. Pasó luego á la cárcel Natalia, y llena de compasion al ver las muchas heridas de los santos prisioneros cubiertas de gusanos por la putrefaccion, se mantuvo por espacio de siete dias suministrándoles todos los auxilios que necesitaban en tan miserable constitucion.

Mandó el tirano que los ilustres Confesores se presentasen á su tribunal; pero habiéndole representado el ponente de la causa, que no podian comparecer porque se hallaban cubiertos de llagas, podridos los miembros, y descubiertos los huesos á fuerza de los tormentos que padecieron en la prision; y que solo Adriano estaba en disposi-

cion de sufrir el juicio de todos, ordenó que lo condujesen desnudo con un leño sobre los hombros. Envidiábanle los compañeros la dicha de llevar al suplicio la misma insignia en que murió el Redentor; pero excediendo á todos Natalia en la santa emulacion, acercándose á él con un valor excesivo á su sexo, le dijo: *Dueño mio, solo mira á Dios; no aterre á tu corazon el aspecto de los tormentos, pues la pena es transitoria, y el premio es eterno: breve es la tortura, y el descanso es perpetuo. Atiende á que debes preferir el reino de los cielos, que heredarás para siempre, á los suplicios eternos á que serás condenado si cedes á los príncipes de la tierra en tiempo de la guerra humana.*

Animado Adriano con los nerviosos ecos de tan sabias como celosas exhortaciones de su esposa amada, se presentó al tribunal del tirano con una generosa intrepidez á sufrir el penoso interrogatorio del Emperador enardecido contra los Cristianos, quien viendo inútiles todos los esfuerzos de que se valió para que sacrificase á los ídolos, mandó que le azotasen severísimamente. Hiciéronlo los verdugos con tanta crueldad, que cayeron en tierra varios pedazos de sus delicadas carnes; pero no satisfecha la ira de aquel impío Príncipe con semejante castigo, viendo que el Santo continuaba constante en la confesion de Jesucristo, ordenó á cuatro hombres robustos que le azotasen en el vientre, hasta que cayendo en el suelo parte de sus entrañas, dispuso que le volviesen á la prision.

Llenó de compasion aquel lastimoso espectáculo hasta á los mismos paganos: solo Natalia rebosando en alegría celebraba el valor de su esposo diciéndole: *Bienaventurado eres, dueño mio, pues te has hecho digno del honor de ser numerado entre los Santos habiendo padecido por el que padeció por tí; atiende que vas á ver su gloria, de la que serán partícipes los que lo han sido de su padecer en esta vida.*

El Emperador prohibió que entrasen mujeres en la cárcel á suministrar algun alivio á los santos Confesores; y entendida Natalia de la injusta providencia, se cortó el cabello, y vestida de hombre les asistia infatigable con otras señoras cristianas, que por su influjo adoptaron la invencion, queriendo contribuir á sus piadosos oficios.

Finalmente, conociendo el tirano que los Confesores de Jesucristo habian de morir á fuerza del dolor y putrefaccion de las heridas que habian padecido, queriendo que falleciesen con una muerte desusada, mandó que los verdugos, puestos los piés de los Santos en un potro de metal, se los cortasen con un hierro, quebrantándoles las piernas. Cuando los verdugos llegaron á la cárcel para la ejecucion de aquel castigo, temerosa Natalia de que su esposo pudiera intimidarse

viendo padecer tan extraño tormento á sus santos compañeros, rogó á aquellos que comenzasen por Adriano, y cogiendo sus piés ella misma los extendió en el potro para la cruenta cisura; y no satisfecha con esta prueba, le suplicó diese su mano al mismo fin, como el Santo lo hizo, la cual Natalia guardó consigo.

Después que murieron todos los Mártires mandó el tirano que se quemasen sus cuerpos, á fin de que los galileos (como llamaba él á los Cristianos) no pudieran recogerlos para tributarles los obsequios debidos; pero luego que los arrojaron á la pira se levantó de repente una tempestad tan furiosa de truenos, relámpagos y granizo, que sobre extinguir el incendio, hizo que los gentiles huyesen precipitadamente, con cuyo motivo Natalia y otros cristianos recogieron los venerables cadáveres íntegros, sin que les hubiese lesionado el fuego un solo cabello de sus cabezas.

Hallóse allí cierto varon piadoso, llamado Eusebio, que aunque habia habitado cerca de Nicomedia, viendo la impiedad que se ejecutaba en la ciudad con los Cristianos, se retiró á Constantinopla con su familia. Rogó este á Natalia que le diese los cuerpos de los Santos para depositarlos en lugares ocultos hasta la muerte del tirano, después de la cual se les harian los honores debidos; pues de lo contrario se exponian á que insistiendo el Emperador en su empeño redujese á cenizas los preciosos tesoros que el cielo habia librado á expensas de sus prodigios; y condescendiendo todos con pretension tan justa, fueron trasladados á Constantinopla.

Pasados algunos dias, como Natalia era una de las señoras principales de Nicomedia, noble, rica y de rara hermosura, pidió al Emperador uno de los oficiales de su ejército que se la diera por esposa. Insinuóselo el Príncipe por medio de ciertas nobles matronas; pero habiendo pedido la Santa tres meses para deliberar en el asunto, recurrió á Dios en este tiempo con reverentes súplicas para que la librase de aquel apuro, no permitiendo que manchase un idólatra el lecho de su siervo Adriano. Oyó el Señor con agrado sus peticiones, y una de las ocasiones que oraba á este fin, apareciéndosela uno de los santos Mártires, le ordenó que entrando en una nave pasase á Constantinopla, donde estaban sus cuerpos; lo que hizo Natalia inmediatamente acompañada de algunos cristianos que huyeron de la crueldad de Maximiano.

Luego que el oficial supo la fuga de Natalia, pidió auxilio al Emperador para perseguirla, y franqueándole todo lo necesario aquel impío Príncipe, se embarcó con la tropa suficiente en su busca. Pero

Dios la libró de esta furiosa tentativa, y de otra ilusion del enemigo infernal, que quiso engañarla con que llevaba errado el rumbo. Apenas saltó en tierra la Santa fue su primera diligencia conducirse al lugar donde estaban los cuerpos de los Mártires á fin de tributarles la veneracion debida. Quedó en la oracion dormida, fatigada del cansancio: se le apareció su esposo, y diciéndola: *La paz sea contigo, sierva de Dios é hija de los Mártires; ven, pues, y recibe la corona que te es debida*, pasó á disfrutar los eternos gozos, con que premió el Señor su ardor ó celo por la fe de Jesucristo.

Luego que cesó la persecucion, erigieron los fieles una basílica ó iglesia en Constantinopla en honor de los referidos Mártires, donde les tributaron el culto y veneracion competente. De allí se trasladaron después los cuerpos de san Adrian y Natalia á Roma, y de aquí á España en el reinado de D. Alonso el Magno, por su embajador en aquella corte, á quien los concedió el papa Juan VIII con las reliquias de otros Santos, los cuales se conservan en grande veneracion, cerca de Leon, en el monasterio de San Pedro de Eslonza del Órden de san Benito. Egidio Gonzalez de Ávila escribe que en el de San Claudio de la misma ciudad y Órden existen un brazo de san Adriano, y otro de santa Natalia.

El Martirologio Romano hace conmemoracion de san Adriano en el dia 4 de marzo, y en el dia 8 de setiembre en que se celebra su principal festividad, y fue el de su traslacion.

SANTO DOMINGO SARRACINO, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

De la pasion de santo Domingo Sarracino Yañez queda memoria en un privilegio del rey D. Bermudo II llamado el Gotoso, que conserva la santa iglesia de Compostela, y publicaron Ambrosio de Morales y el M. Florez. Entre las atrocidades grandes que en España hizo Mahomad Almanzor, hijo de Abenamir, y gobernador del reino de Córdoba en tiempo de Isen II, hijo de Alcatan ó Alhacan, fue muy notable la derrota que por los años 980 padeció la villa que hoy es, y era entonces muy noble ciudad de Simancas, distante dos leguas de Valladolid á la ribera del Duero. Por este medio procuraba tener abierto el camino para otras invasiones, por ser aquella ciudad como puerta y entrada para todo el reino de Leon. Púsole cerco, repartió el ejército por sus estancias; apretó el sitio de manera, que aportillados los muros y abiertas las puertas, la entraron por fuerza, pasaron á cuchillo á cási todos los cristianos que en ella encontraron; saqueáronla, derribaron sus muros, y asolaron sus edificios. Hecho este estrago, die-

ron la vuelta para Córdoba, llevando consigo presos algunos cristianos que escaparon de la matanza. Uno de estos era nuestro Santo, hombre rico natural de la ciudad de Zamora, donde tenia sus haciendas y heredades. Encerráronlos en mazmorras, cargáronlos de prisiones: dos años y medio estuvieron de aquella manera bendiciendo á Nuestro Señor, y dándole gracias porque les daba fuerzas para padecer por su nombre. Y como el Señor tiene cuidado de todos, y especialmente de todos los atribulados que acuden á él, y se le ofrecen en sacrificio, apiadado de aquellas tan grandes y largas fatigas, determinó ponerles glorioso fin, permitiendo que el tirano en odio de la fe los sacase de la cárcel, y los mandase degollar, con lo cual llegaron coronados á su divina presencia. Fue este esclarecido triunfo en el año 982, y no en el de 985 como creyó Roa, fundado en la equivocacion de que este fue el año primero de D. Bermudo. Nuestros historiadores la fijan en diciembre. No se sabe el número de Mártires que padecieron en esta ocasion, ni el nombre de otro mas que el de nuestro Santo.

Estando santo Domingo en la cárcel, el rey D. Ramiro III de Leon se apoderó codiciosamente de todas sus posesiones, y gozó de ellas hasta su muerte contra el decoro de su real persona. Muerto este Rey, D. Bermudo II, que le sucedió en la corona, no quiso mantener esta injusta posesion; ante todas cosas trató del rescate de Domingo, para redencion, como él dice, de su alma. Envió sus mensajeros al rey de Córdoba; antes que ellos llegasen á la ciudad ya los siervos de Dios habian recibido la corona de su pelea. Luego que el Rey tuvo nueva de su martirio, hizo heredera de aquellas heredades á la iglesia de Compostela. Por tanto dice: Yo el sobredicho rey D. Bermudo en prendas del amor que á Dios tengo, y en memoria del sobredicho mártir Domingo Sarracino, quiero hacer donacion de parte de esta hacienda como cosa debida y justa á la iglesia donde está sepultado el apóstol Santiago nuestro patrono, donde ahora es obispo Pedro el escogido de Dios, para que sea suya y la gocen por siempre jamás; y habiendo señalado las piezas, que son muchas y de mucho precio, tierras, viñas, lagares, casas, aceñas, alquerías, tiendas, bodegas con todas sus alhajas, términos, derechos y acciones, prosigue diciendo: Todo lo cual como aquí va expresado mandamos se entregase á la iglesia del santo Apóstol en memoria y honra del dicho santo Domingo, para que los que allí viven sirviendo á Dios, y acordándose de él hacen conmemoracion de sus beneficios, y le ofrecen cada dia oraciones y sacrificios, tengan socorro en lo temporal.

Ambrosio de Morales y el P. Roa dicen, que en Zamora junto al vado donde santo Domingo tenia las aceñas, hay una ermita antiquísima con su invocacion, y en ella un sepulcro que muestra no menos antigüedad, de donde los naturales toman tierra para traer por reliquia. Y en otra memoria antigua de las cosas notables de Zamora se halla escrito que en aquel sepulcro está el cuerpo del santo Mártir; bien que allí le nombran por yerro abad, no hallándose este título en el privilegio del Rey donde se dice su nombre y su riqueza. Morales conjeturó que era casado, por una gran piedra de mármol azul que parece epitafio de su mujer, y se conserva en el antiguo convento de los santos mártires Acisclo y Victoria. Cuándo ó cómo se trasladase á Zamora el cuerpo de santo Domingo, no consta. Pudo ser que el rey D. Bermudo por la devocion que le tenia, ó acaso instado de los de Zamora, rescatase después sus reliquias. Estas son conjeturas de Roa y de Sanchez de Feria. *(M. Florez, t. 14, p. 397 y sig.)*

La Misa de san Eloy es la que se dice ordinariamente á honra de los Confesores pontífices, y la Oracion de la Misa es la siguiente:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Eligii, confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor, las súplicas que os ofrecemos en la fiesta de vuestro confesor y pontífice san Eloy; y como él os sirvió dignamente, libradnos así de todos nuestros pecados en atencion á sus méritos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, capítulo v.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres es constituido en beneficio de los mismos hombres, en órden á aquellas cosas que miran á Dios para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios como Aaron.

REFLEXIONES.

Hermanos mios, todo pontífice tomado de entre los hombres está establecido para bien de los hombres en las cosas que miran á Dios. Dios es quien elige á los pastores de su pueblo; Dios es quien los establece en la Iglesia para servir al pueblo y á la Iglesia de padres, de pastores y de oráculos; á ellos toca conducir las ovejas por el camino que lleva á la vida; á ellos toca escogerlas el pasto que las conviene, y defenderlas de los lobos que rondan el redil para devorar las ovejas que se extravian. ¿Cuál debe ser, pues, la docilidad de estas ovejas, y cuál la caridad y santidad de estos pastores? La puerta por donde el pastor debe entrar en el redil para ponerse á la cabeza del rebaño, es Jesucristo. Y así, cualquiera que se mete á ser pastor sin ser llamado por Jesucristo, y sin estar animado de la caridad de Jesucristo para con el rebaño, no es otra cosa que un ladron, que intenta no alimentar y engordar las ovejas, sino enriquecerse con sus despojos, segun las palabras del Salvador del mundo. El verdadero pastor, dice Jesucristo, hace que las ovejas oigan su voz; quiere decir, que las instruye pública y privadamente. ¿Cómo desempeñará esta obligacion si le falta el celo? Debe resolver sus dudas: ¿cómo lo hará si es ignorante? Debe consolarlas en sus aflicciones: ¿qué consuelo podrá darlas si está poco versado en los caminos de Dios? ¿si solo tiene una ligera tintura de espíritu y una virtud superficial? El verdadero pastor debe marchar á la frente del rebaño; esto es, debe darle ejemplo, debe hacerle ver en sus costumbres la práctica de las verdades que predica. Tales deben ser los pastores para que las ovejas conozcan su voz y los sigan con gusto. ¡Ojalá, Dios mio, todos fueran tales en vuestra Iglesia! Un pastor que se aleja demasiado de su iglesia, ó que se descarga sobre otro del cuidado que él debe tener, es mirado de las ovejas como un pastor extraño. Las ovejas poco acostumbradas á oirle, no conocen su voz; viéndole sin celo para socorrerlas, no se van tras él; se apartan, se extravian. ¿Qué cuenta no tendrán que dar á Dios estos pastores? Todas estas verdades no hablan solamente con los primeros pastores. Los superiores de las comunidades, los padres de familia, los amos deben mirar á todos sus inferiores, á todos sus súbditos, á todos los que dependen de ellos como ovejas suyas; deben tener celo por su salvacion; han de cuidar y velar sobre ellos, y sobre todo les han de dar buen ejemplo. Ó Dios, ¡y cuántas personas se condenan por no haber cumplido con las obligaciones de su estado!

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

De los que dejan á Dios despues de haberle servido algun tiempo.

Punto primero.—Considera como los que han gustado de Dios por algun tiempo, le han servido de buena fe, y han sido verdaderamente devotos y ejemplares; como, vuelvo á decir, estas gentes son dignas de lástima, cuando se disgustan de una vida tan dulce, cuando se retiran del servicio de Dios. Estas caidas son tanto mas funestas, cuanto pocas veces dejan de ser mortales; pocas verdaderas conversiones se ven de esta especie de apóstatas. Sucede con los que dejan la devocion lo mismo que con los que abandonan la fe; ¿cuán-

tos de estos se convierten? ¿cuántos que no llegan á ser mas malvados que los infieles de nacimiento? Son pocos los desertores de la devocion que no dén con el tiempo en los mayores excesos de libertinaje; y por lo comun, con grande estruendo. Es verdad que el Señor siente perder una obra que ha costado tanto, y arrojar de su gracia á un privado suyo. Con dificultad se irrita su enojo contra una alma favorecida. ¿Cuántos convites, cuántas ofertas no le hace para que no se deje engañar? Mas en fin, esta alma se ha disgustado del servicio de Dios, ha resuelto mudar de dueño; su desercion, su rebelion se hace siempre, como se ha dicho, con estruendo. Ora sea artificio del enemigo de la salvacion, que quiere poner su nueva conquista en estado de no convertirse jamás; ora sea efecto de la malicia del corazon humano, que fatigado de tantos temores, de tantas razones y remordimientos, quiere de un solo paso saltar tantas barreras, quiere de un solo golpe romper tantos lazos y sufocar de una vez tantas luces importunas; lo que vemos es que se cae en la disolucion desde el primer paso. Conversaciones libres y licenciosas, aires libertinos, términos impíos, sátiras contra la Religion son por lo comun el principio por donde comienza una persona á declarar que ya no es devota, y á publicar que ha mudado de costumbres, mudando de amo. Un devoto pervertido por todo atropella; él es el primero en decir lo que es, de miedo no le reconvengan con lo que ha sido: unas veces recaen sus miserables sátiras sobre la demasiada exactitud con que una alma piadosa cumple con sus obligaciones: otras veces tiene por objeto la frecuencia de los Sacramentos: aquí se desenfrena contra un padre demasiadamente cristiano; allí contra un predicador demasiadamente celoso; hace alarde de ser irreverente en los lugares sagrados. Se le debe tener lástima; porque cuanto mas despreciable se hace por su libertinaje, tanto menos advierte que le desprecian. ¿Es posible que una persona que ha sido piadosa, y que todavía no ha perdido el juicio, pueda no ver la impresion que su mudanza ha hecho en el público, de quien ha venido á ser la fábula; y lo que parece delante de Dios, el cual le mira con horror? ¡Ah, Dios mio, y qué léjos va el desbarro cuando se abandona vuestro servicio!

Punto segundo.—Considera como la ceguedad va á los alcances á esta suerte de apostasías, y como el endurecimiento no dista mucho de esta pronta ceguedad. Pero ¿no hay algunos intervalos favorables antes de llegar á este extremo? Sí los hay: al principio se sienten algunos remordimientos, se descubre la verdad al través de estas pri-

meras nieblas; pero se ama el sueño por no sentir el mal. Todo lo que entorpece los sentidos y ofusca la razon se mira y se emplea como un remedio contra todas estas inquietudes. Ese nuevo libertino busca mil medios, é inventa mil modos como ser mas malo, por no tropezar con los medios y modos de hacerse mas cristiano. Siente las punzadas de mil remordimientos saludables; pero procura embotarles la punta por medio de nuevos placeres. Cuanto mas le persigue la gracia, tanto mas procura hurtar el cuerpo á sus tiros; se sumerge en toda suerte de delicias para suavizar sus penas interiores, y acallar los gritos importunos de su conciencia. Cuanto mas atormentado se ve, tanto mas se agita: el exceso de sus disoluciones es la prueba mas clara del exceso de sus nuevos remordimientos. De aquí nacen esas libertades escandalosas, de que los mas viejos libertinos se horrorizarian; de aquí esas abjuraciones públicas, que los mismos impíos no pueden sufrir; de aquí el desenfreno furioso contra todos los que hacen profesion de virtud. No puede sufrir á estos mudos censores; la sola vista de un hombre de bien parece volverle frenético, despertando en él mil baldones de parte de la conciencia, y mil pesares involuntarios por su espantosa mudanza. ¿Cuántos se ven curar de esta especie de enfermedades del alma? ¿cuántos se ven volver de estos deplorables desbarros? ¿se convierten muchos de esos devotos que han llegado á ser libertinos? La muerte los espanta, los asusta, los lleva á la desesperacion; pero raras veces á la penitencia.

Señor, haced que yo pierda antes la vida que la devocion. Vos me habeis hecho el favor de llamarme á vuestro servicio; concededme la gracia de que persevere en él. ¿Qué seria de mí si después de todas estas reflexiones, si después de haber meditado estas verdades viniese á ser yo mismo triste ejemplo de un tan horrible castigo?

JACULATORIAS. — Afirmad mis piés en el camino que lleva á Vos, para que no me desvie jamás de él. (*Psalm.* XVI).

Ya que me habeis hecho el favor de llamarme á vuestro servicio, haced que persevere en él hasta la muerte. (*Psalm.* LXVII).

PROPÓSITOS.

1 ¿Qué prueba puede haber mayor de un espíritu apocado y de un corazon mal nacido, que una mudanza tan irreligiosa y tan irracional? La depravacion de las costumbres ¿fue jamás señal de un talento superior? Una ligereza igual, una inconstancia tan odiosa en materia de costumbres, es una de las mayores pruebas de la debili-

dad de espíritu. Abandonar á Dios despues de haber gustado de él, es impiedad; mas zumbarse y bufonearse de haber sido aplicado á sus obligaciones, de haber sido devoto, es insensatez. ¿Por ventura la virtud es menos estimable, menos respetable, es menos virtud desde que este cobarde cristiano ha dejado de ser devoto? ¿El Señor merece menos ser servido? ¿sus fieles servidores son menos cuerdos después que ese jóven libertino se salió de su servicio? Las verdades terribles que le aterraron tantas veces, ¿han perdido su fuerza? Las máximas de Jesucristo, sobre las cuales arregló tanto tiempo su conducta, ¿son menos santas después acá que él se pervirtió? El mismo ¿se ha hecho mas cuerdo, mas prudente desde que se hizo observador menos religioso de la ley? El ser él mismo tan circunspecto como era en sus palabras, tan modesto en la iglesia, de tanta edificacion en su conducta, y tan cristiano en todas partes, ¿era flaqueza de espíritu, era necedad? Hé aquí las reflexiones que debes hacer tú mismo cuando sabes que un hombre se ha relajado en el servicio de Dios, y que una mujer ya no es devota. Debes hacer estas reflexiones en presencia de tus hijos para prevenirlos contra los malos ejemplos; y nada temas tanto como el relajarte en la devocion.

2 Luego que adviertas que tu fervor se entibia; que no tienes aquella delicadeza de conciencia que solias tener; que las faltas veniales no te hacen tanta impresion; témelo todo, pues por estas brechas entra regularmente el enemigo en la plaza. Aumenta entonces tu fervor y tus ejercicios de piedad: no dejes de ir á manifestar tu estado interior á tu director: haz alguna nueva penitencia; y no dejes de hacer una oracion particular todos los dias para pedir á Dios la perseverancia.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

El martirio de santa Bibiana, vírgen, en Roma; la cual en tiempo del sacrílego emperador Juliano fue azotada con cordeles emplomados hasta que espiró, confesando siempre á Jesucristo. *(Véase su historia hoy).*

Los santos mártires Eusebio, presbítero, Marcelo, diácono, Hipólito, Máximo, Adria, Paulina, Neon, María, Martina y Aurelia, en Roma tambien; los cuales en la persecucion de Valeriano, por sentencia del juez Secundiano alcanzaron la palma del martirio.

San Ponciano, mártir, con otros cuatro, igualmente en Roma. *(Segun Baronio, Ponciano se convirtió á la fe de Jesucristo por haberle curado milagrosamente san Eusebio una parálisis. Su martirio aconteció en el año 259).*

El triunfo de los santos mártires Severo, Securo, Genaro y Victorino, en África, coronados en este país con el martirio *(el año 450)*.

San Cromacio, obispo y confesor, en Aquileya. *(San Gerónimo hace un elogio de la santidad de vida y grande erudicion de este santo Prelado. San Juan Crisóstomo le dirigió una carta, la 155, ensalzando su mérito y su celo; y dice que el sonido clarísimo de la penetrante trompeta de Cromacio, después de resonar por todo el Occidente, llegó hasta los oidos de los orientales, y les advirtió de importantes verdades. San Ambrosio habla tambien de él con encarecimiento en diferentes partes de sus obras. Fue el padre y el consolador de todas sus ovejas, y obró muchos milagros. Refiere Baronio que murió en paz por los años de 399)*.

San Pedro, obispo de Ravena, por sobrenombre Crisólogo, esclarecido por su doctrina y su santidad, en Imola: su festividad se celebra el dia 4 de este mes. *(Véase su historia en dicho dia)*.

San Lope ó Lupo, obispo y confesor, en Verona.

San Nono, obispo, en Edesa, por cuyas oraciones se convirtió á Jesucristo santa Pelaya la penitente. *(Véase la historia de esta santa Penitente en las del dia 30 de octubre)*.

San Silvano, obispo, esclarecido en milagros, en Troada en Frigia.

San Evasio, obispo, en Brescia.

SANTA BIBIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Bibiana (ó mas bien Viviana), vírgen romana, era de una familia consular muy antigua en Roma; pero la hacia mucho mas respetable su celo heróico por la religion cristiana, pues el padre, la madre y las dos hijas Bibiana y Demetria, que componian toda esta ilustre familia, todos fueron mártires.

Nuestra Santa vino al mundo hácia la mitad del siglo IV: era hija de Flaviano, prefecto de Roma; esto es, del primer magistrado y gobernador del imperio, el cual tuvo el honor de ser degradado de la nobleza, privado de todos sus empleos, despojado de todos sus bienes por la religion cristiana, y reducido por la fe á la vil condicion de esclavo, habiendo sido marcado en la frente, y en fin, desterrado á un lugar llamado Aguas del Toro, en Toscana, en donde murió de miseria, con la calidad gloriosa de confesor y mártir de Jesucristo. La Iglesia le honra como á tal el dia 22 de diciembre: su mujer santa Dafrosia, madre de nuestra Santa, tan constante en la fe como su marido, tuvo primero su casa por cárcel, en donde estuvo presa con sus dos hijas. Algun tiempo después la sacaron para desterrarla á un lugar de la Campaña, á alguna distancia de Roma: tuvo mucho que sufrir allí del mas bárbaro de todos los tiranos, el cual, después de haberse enriquecido con los despojos de esta ilustre familia, determinó acabar con ella por medio de los suplicios. Hizo cási morir de

hambre y de miseria á santa Dafrosia, á quien por último hizo cortar la cabeza el dia 4 de enero, en el cual la Iglesia celebra su martirio.

Este tirano era Aproniano, valido del emperador Juliano Apóstata, tan malvado y tan adicto á las supersticiones impías del paganismo como este Príncipe; el cual, habiendo privado de la prefectura de Roma á san Flaviano, como se ha dicho, la dió á este Aproniano, uno de los hombres mas malvados de su siglo: como al ir á Roma á tomar posesion de su gobierno perdió un ojo, creyó que habia sido por algun maleficio de los Cristianos, de los cuales era enemigo declarado. El pesar que le ocasionó este accidente le hizo descargar toda su rabia sobre los Cristianos, comenzando la persecucion por la familia de Flaviano, á quien habia venido á suceder en la prefectura de la ciudad.

Parecia que habia de perdonar á santa Bibiana y á su hermana Demetria: eran jóvenes, hermosas y ricas, pero eran cristianas; su religion era su delito; y la poca hacienda que las quedaba irritaba demasiado la codicia de Aproniano para dejarlas en paz. El nuevo Prefecto las mandó llamar para decirlas que fuesen al punto á renegar de la fe de Jesucristo, y adorar á los dioses del Emperador; y que no haciéndolo así, las declaraba que serian tratadas con mas rigor que sus padres, y que acabarian su vida entre los mas grandes tormentos. Bibiana, que desde su niñez habia escogido á Jesucristo por esposo, animada de aquel espíritu de valor y de fortaleza que da Dios en semejantes ocasiones á los que le aman tiernamente, dijo al Gobernador con un tono que denotaba bastantemente su constancia: Señor, yo no adoro sino al solo verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra; y espero que á mí y á mi hermana nos concederá la gracia de que no temamos los mas crueles tormentos; serémos demasiadamente dichosas si nos concede el que demos nuestra sangre y nuestra vida por la defensa de nuestra fe, y el que tengamos parte en la misma corona que vuestra severidad ha puesto sobre la cabeza de nuestros padres.

Irritado el Prefecto de una respuesta tan generosa, las despojó de la poca hacienda que las habia quedado, y enviándolas después á la cárcel, mandó que no se las asistiera con cosa alguna, no dudando que la miseria á que se verian reducidas seria el medio mas eficaz para conseguir de ellas lo que pretendia. Pero Dios las sostuvo con su gracia contra las tentaciones del hambre y de la pobreza; todos los dias se empleaba todo lo que parecia mas á propósito para intimidarlas; pero Dios las daba fuerzas para resistir á las amenazas y á

las promesas de Aproniano, que nada omitia para obligarlas á renunciar la religion cristiana. Viendo que ninguna cosa era capaz de quebrantar su corazon, se dispuso para ponerlas á la prueba de los tormentos, cuando Demetria, que aun era bastante jóven, se libertó repentinamente de aquella triste cárcel, y fue recompensada por el sacrificio que habia hecho de su vida, habiendo querido Dios, por un efecto de su providencia, ahorrarla los horrores de los suplicios, cayendo muerta á los piés de su hermana Bibiana al tiempo mismo que una y otra protestaban delante del juez, que ninguna cosa seria capaz de separarlas jamás de Jesucristo. Este dichoso accidente no ha embarazado el que la Iglesia la honre como á mártir el dia 21 de junio, como parece por los Martirologios.

Santa Bibiana, única heredera de la fe y de la constancia de sus padres, que eran los solos bienes que quedaban de su familia, advirtió que iba á entrar en batalla con los enemigos del nombre cristiano; y no pensó en otra cosa, que en disponerse para el combate con la oracion. El primero que tuvo que sostener fue la persecucion de la mas miserable hembra que se vió jamás: esta era una tal Rufina, que prometió seducirla, y hacerla mudar de creencia: empleó para ello todos los artificios que la pudo sugerir su malicia: conversaciones infames, razonamientos impíos y licenciosos, lisonjas halagüeñas y artificiosas; la representaba con los términos mas halagüeños, y con los colores mas vivos las ventajas que su belleza la podia procurar; los establecimientos mas brillantes que la ofrecian á montones á su eleccion; la restitucion de todos los bienes que habian sido de su familia; y por el contrario las desgracias que la ocasionaria su capricho si se obstinaba en querer mantenerse cristiana. Perseverando Bibiana con una pasmosa constancia en su fe, y en la fidelidad que debia á su Dios, hizo Rufina que sucedieran los malos tratamientos á sus artificiosas caricias: todos los dias la hacia azotar cruelmente con varas y látigos con puntas de hierro, para ver si así la podia domar y vencer; pero no consiguieron mas los golpes que las palabras: Bibiana permaneció siempre invencible, sin que unos tratamientos tan indignos, y una crueldad que excede á todo lo que se puede pensar, pudiesen arrancar de la Santa la menor queja. Se la veia mas tranquila cada vez, y siempre mas contenta. Los azotes, las bofetadas y los palos la causaban un sumo placer; el solo pensamiento de que padecia por Jesucristo la llenaba del mas dulce consuelo; saltaba de alegría á cada nuevo suplicio. Su paciencia, su afabilidad, su modestia y su tranquilidad fatigaron la crueldad de aquella perversa

hembra, la cual, viendo que toda su maligna astucia y todos sus artificios solo servian de hacer á nuestra Santa mas firme en la fe, se fué á decir al Prefecto que ninguna cosa era capaz de hacer mudar de parecer á Bibiana.

Enfurecido Aproniano de verse vencido por una doncella jóven, cuya perversion le parecia haberle de conciliar la estimacion del Emperador; y resentido de ver que empezaba su gobierno y su prefectura por un suceso que se imaginaba que le habia de deshonrar en el concepto del pueblo, el cual no dejaria de echarle en cara algun dia la flaqueza de haber sido vencido por una doncella, mandó que ataran á la Santa á una columna, y que los verdugos la azotasen con disciplinas armadas de plomo hasta que espirase. Se ejecutó esta órden con toda la crueldad imaginable: por cada llaga corrian arroyos de sangre, y los pedazos de carne saltaban y caian de todas partes; los mas bárbaros y mas inhumanos se horrorizaban al ver esta carnicería; solo la Santa estuvo siempre inmóvil con los ojos fijos en el cielo, y con un rostro risueño, sin que su mansedumbre se alterase jamás. Por último, despedazado su cuerpo, y agotado de sangre y de fuerzas, dejó libre á aquella alma pura, la cual voló al seno de su divino Esposo para recibir de su mano dos coronas, la de vírgen y la de mártir.

Su cuerpo fue arrojado al campo para que fuese pasto de las bestias; pero no hubo una que le tocase en dos dias que estuvo expuesto: después de los cuales un santo presbítero, llamado Juan, se lo llevó de noche, y lo enterró junto al de su madre santa Dafrosia, y al de su hermana santa Demetria, cerca del palacio de Licinio. Este sitio fue muy respetable desde este tiempo entre los Cristianos, los cuales, en tiempo de los emperadores cristianos, erigieron en él una capilla con el nombre de Santa Bibiana, la que duró hasta que el papa san Simplicio hizo de ella una iglesia en honra de la misma Santa. Cerca del año 480, como unos ciento y diez años después de la muerte de la Santa, se reedificó esta iglesia; y el año de 1628 la adornó magníficamente el papa Urbano VIII, el cual trasladó á ella los cuerpos de las tres Santas que se habian encontrado poco antes; los hizo colocar bajo el altar mayor en un sepulcro de pórfido, y encima la estatua de santa Bibiana de mármol, la cual pasa por una de las mas bellas obras de escultura que se ven en Italia.

La Misa es en honor de santo Bibiana, y la Oracion la siguiente:

Deus, omnium largitor bonorum, qui in famula tua Bibiana, cum virginitatis flore martyrii palmam conjungisti: mentes nostras ejus intercessione tibi charitate conjunge: ut amotis periculis, praemia consequamur aeterna: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios dispensador de todos los bienes, que juntaste en vuestra sierva Bibiana la palma del martirio con la flor de la virginidad: juntad con Vos nuestros espíritus por medio de la caridad, por su intercesion, para que evitando los peligros, consigamos los premios eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LI *del Eclesiástico.*

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente, deprecata sum. Invocavi Dominum Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meae, et in tempore superbo rum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assidue, et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra; y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimiento de gracias, porque mi oracion fue oida; y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

REFLEXIONES.

Señor Dios mio, Vos aparejásteis para mi una morada sobre la tierra. ¿Es menester otra cosa para desprendernos de la tierra, y hacer que suspiremos sin cesar por el cielo? Tenemos infinitos motivos para disgustarnos de un destierro, que no es otra cosa que la region del llanto, y en donde los que son mas dichosos en el concepto del mundo están continuamente gimiendo. ¿Qué dias serenos, qué tranquilidad, qué calma se goza en este valle de lágrimas? ¿Hay empleo alguno sin cuidado? ¿hay puesto sin inquietudes? ¿hay una sola edad que esté exenta de mil borrascas? ¿hay una condicion que esté al abrigo de todas las tempestades, de todos los reveses de la fortuna, de todas las adversidades? Se puede decir, que esta triste estancia no ve nacer sino cruces; la tierra que habitamos no da flores, sino espinas; no se puede coger una flor, sin que se punce la mano; á mas que estas flores aun no bien se han abierto cuando se ajan. Los mas grandes dias son los mas secos, y los mas cortos no están sin escarchas y heladas.

La mas larga vida solo está compuesta de un puñado de dias: se anda, se corre, se suda por coger un poco de humo; las pasiones juegan con nosotros, y siempre á nuestras expensas; se trabaja, se afana por trepar un poco mas arriba, y apenas se ha llegado á la altura á que se aspiraba, cuando se nos va la cabeza; los puestos mas altos no están mas al abrigo de los vientos; se hacen grandes gastos, y ¿cuántas veces sin provecho? se llega á la mayor altura: la ambicion, que nos ha hecho subir con indecibles penas, ¿nos deja largo tiempo en reposo? La muerte confunde todas las condiciones; entierra todas las fortunas; las cenizas, que son el paradero de todo, no se distinguen. Sola la santidad puede hacernos verdaderamente dichosos, y verdaderamente grandes; solo ella es privilegiada; ella sola nos asegura una habitacion muy sobre la tierra, y por consiguiente exenta de todas las vicisitudes, al abrigo de todas las tempestades, y á donde no alcanza la jurisdiccion de la muerte. Celestial Jerusalen, tú eres mi patria; la tierra es mi destierro: allí no habrá lágrimas ni llanto. Esta es la sola region á donde no llegan los nublados, y de donde los lloros y los pesares están desterrados para siempre; dichosa ciudad, libre de todo lo que espanta, y de todo lo que hace gemir á los hombres. Pasma el que amándonos como nos amamos, no suspiremos sin cesar por esta dichosa morada: pasma el que no codiciemos otra fortuna que la presente. Dolor, tristeza, enfermedades, temores, inquietudes, pesadumbres, todo está desterrado de la estancia de los bienaventurados; ninguna cosa adversa tiene entrada en esta santa ciudad; un gozo puro y lleno, una calma inalterable reina en la Jerusalen celestial, y esta celestial Jerusalen debe ser nuestra habitacion. ¿Quién puede comprender desde acá bajo las dulzuras inefables que gustan los escogidos en el cielo? ¿Por qué no ponemos todo nuestro estudio en merecer esta bienaventuranza? Los medios están en nuestra mano; sabemos el camino; no tenemos que hacer otra cosa sino seguir la ruta que llevaron los Santos; y ¡es posible que hemos de llevar un camino enteramente contrario! Ó cielo, ó infierno. ¡Qué disyuntiva esta tan terrible!

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit: et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra

emit agrum illum. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum coelorum sagenae missae in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione saeculi. Exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexistis haec omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno coelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heïs entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Sobre la eterna felicidad.

Punto primero.—Considera como somos criados para conocer á Dios, para amarle y servirle en esta vida, y para ser eternamente dichosos en la otra, con una felicidad que nos sacie, con una felicidad sobreabundante é inalterable. El Apóstol, que solo habia gustado una ligera tintura de ella, dice, que los ojos no vieron jamás cosa que iguale á lo que Dios tiene dispuesto para los escogidos. Los oidos no oyeron jamás semejantes maravillas; el espíritu no puede penetrar tan adelante, ni subir tan arriba. Digamos que los bienaventurados en el cielo estarán rodeados de la inmensidad de Dios, y nadarán en torrentes de delicias inefables; digamos con el Profeta que entrarán en ellos estas delicias, que estarán penetrados y como embriagados de ellas; débiles expresiones son estas: ideas inferiores á la realidad; imágenes poco semejantes. Hemos dicho todo lo que el espíritu piensa de felicidad incomprensible; pero todavía no hemos dicho cosa alguna de lo que es en sí. Ninguna cosa de cuantas hay acá bajo es capaz de hacernos concebir los bienes inmensos de que allí se goza; mas conocemos demasiado los males de que están exentos los bienaventurados. ¿Quieres comprender y formar alguna idea de la bienaventuranza de la otra vida? Imagínate que está exenta de

todas las miserias de esta; allí no solo no hay cosa que desagrade, no solo se tiene todo lo que se desea, sino tambien todo lo que se necesita para no desear cosa alguna. El corazon está lleno, el alma está satisfecha y saciada; su gozo es puro y tranquilo; es una sobreabundancia de gozo. Se han visto gentes sobre la tierra que han quedado pasmadas de gozo por haber gozado algunos momentos de la vista de un Ángel. ¡Qué será, pues, en el cielo, donde no solamente se verán los Ángeles, la santísima Vírgen y Jesucristo, sin perderlos jamás de vista por toda la eternidad, sino que es Dios mismo á quien se ve, no ya por entre las tinieblas de la fe, sino en la claridad del dia, y en el mas bello resplandor de su majestad! No ya en enigma, y á una larga distancia, sino de cerca, y cara á cara, sin temor de perderle, sin distraccion, ni aun involuntaria, y cada momento con nuevo gusto. Desde la creacion del mundo, quiero decir, siete mil años há que los Ángeles no cesan de contemplar en él, y siempre con un nuevo placer, con un gozo siempre nuevo; y no podria haber mayor desventura para ellos que el ser privados de su presencia un solo instante. Considera, si es posible, el contentamiento que producirá esta clara vista.

Punto segundo. — Considera que la felicidad que se nos ha prometido es incomprensible. Pero ¿por ventura es menos difícil de comprender la indiferencia con que la mayor parte de los cristianos miran esta eterna felicidad? Habiendo sido criados para gozar eternamente de la fuente de todos los bienes, nacidos para el cielo, llamados á la eterna bienaventuranza, ciudadanos de la patria celestial, ¿cuál debiera ser el objeto de su santa ambicion? ¿Qué deseos, qué ansias no debieran mostrar por esta ciudad de los Santos, por esta patria celestial? Desterrados sobre la tierra, ¿cómo pueden estimar sus falsos bienes, y gustar de sus engañosas dulzuras? ¿cómo pueden amar una region tan llena de amargura? ¿No debieran desmayar continuamente y consumirse en esta patria del llanto, y suspirar sin cesar por su libertad? ¿Qué envidia no deberian tener á los que ven terminar su destierro? ¿Debian mirar las adversidades de la vida como desgracias? ¿No debieran mirar las enfermedades como un término de su prision; la pobreza como una disminucion de sus lazos, y la muerte como su perfecta libertad? Así pensaron, así obraron, así discurrieron todos los Santos; ¿se discurre, se obra, se piensa así en dia de hoy? ¡Buen Dios, qué desconcierto, qué desórden el del corazon humano! Se multiplican todos los dias los cordeles que nos atan

ST. ALBERT'S COLLEGE

con la tierra; el mundo, por mas ingrato que sea, por mas injusto, por mas tirano, ve crecer todos los dias el número de sus esclavos; no se aprecia, no se ama, no se busca sino lo que nos aleja del cielo; no se gusta sino de los bienes criados, aunque están llenos de amarguras. La muerte espanta, el solo pensamiento de la muerte da miedo. ¡Oh Religion! ¡oh razon! ¿qué uso se hace hoy de vuestras luces? Los Cristianos ¿no son tan ingratos, tan insensatos, tan criminales como aquellos israelitas, que no hacian caso de aquella dichosa tierra que se les habia destinado, y que era tan digna de sus deseos? *Et pro nihilo habuerunt terram desiderabilem.* Si se tiene ambicion, si se desea con ansia hacer fortuna, ¿qué objeto, buen Dios, mas digno de una alma grande, y mas capaz de saciar el corazon que el cielo? ¿qué otra fortuna mas ventajosa que esta?

Ninguna, Señor; y desde este momento os protesto que no quiero ya suspirar sino por el cielo: haced, por vuestra gracia, que no me haga indigno de él.

Jaculatorias. — Sola una cosa pido al Señor, y se la pediré mientras viva; y es que me saque de mi destierro, para habitar con él eternamente en su casa. (*Psalm.* xxvi).

¡Ay de mí! que mi destierro va muy largo: ¿cuándo gozaré, Señor, de vuestra divina presencia? (*Psalm.* cxix).

PROPÓSITOS.

1 El cielo es nuestra verdadera patria: luego no estamos sobre la tierra sino como extranjeros, como caminantes, como peregrinos. A un caminante se le da poco por lo que se hace en el camino; placeres, estilos, campañas agradables, edificios soberbios, objetos deliciosos, praderías risueñas, arboledas floridas, paseos, jardines, verjeles, nada le detiene, solo toma lo necesario; la memoria y el deseo de su patria le ocupa enteramente: mira lo que se le presenta al paso; pero si es cuerdo, continúa su viaje sin poner su corazon en nada: á un caminante siempre le parece mas de su gusto lo que hay en su país, que todo lo que ve en los países por donde pasa; la esperanza de llegar presto á su casa le hace soportar todas las incomodidades de los climas en que está, todo lo adverso y todo lo desagradable que hay en ellos. Hé aquí la imágen de un cristiano; esto mismo debes hacer tú en tu carrera. Al punto que te sucediere algun accidente adverso, de los que esta vida es un manantial abundante, piensa que la patria celestial está exenta de ellos; todo lo que el mundo puede

presentarte de agradable y lisonjero no te debe engañar ni deslumbrar. Cuando te halles en medio de esas fiestas, en esos empleos visibles, entre esas alegrías mundanas; cuando todo suceda á medida de tu deseo, piensa que todo esto pasa, y que tú vas pasando tambien: ningun pensamiento mas útil que este, el cual hará que mires todo esto como extraño y con indiferencia.

2 Luego que tengas noticia de la muerte de alguno, piensa que es dichoso si ha sabido mirarse como peregrino durante todo su viaje; piensa todas las mañanas que tienes que hacer un viaje á la eternidad; y todas las tardes acuérdate que estás una jornada mas cerca de tu patria; pon los ojos muchas veces en el cielo, considerando que allá está tu patria; por último, así en la prosperidad como en las desgracias advierte que estás en una tierra extraña; que el cielo es tu patria, y que mientras estás sobre la tierra no puedes ni alegrarte, ni padecer sino de paso.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

San Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, apóstol de la India, esclarecido por la conversion de los gentiles, y por sus dones de profecía y milagros, en Sancian, isla de la China; el cual lleno de méritos y trabajos, murió el dia 2 de este mes; pero su festividad se celebra hoy por decreto del papa Alejandro VII. *(Véase su historia en las de hoy).*

El santo profeta Sofonías, en Judea. *(Sofonias, que se interpreta* Secreto del Señor, *fue hijo de Cusi, nieto de Godolias, biznieto de Amarias, y de quien fue padre Ezequias, el cual, segun todas las conjeturas, es el rey de Judá de este nombre; y nació en Sabarath en la tribu de Simeon. Profetizó en tiempo de Josias, rey de Judá, hijo de Amon, y declaró la destruccion de Jerusalen y ruina de su gente por los caldeos, en pena de las idolatrías, violencias é impiedades que reinaban en el pueblo. Tambien predijo que iguales calamidades padecerian los filisteos, los moabitas, los ammonitas, los etiopes y los asirios, y hace mencion del dia del juicio. Concluye su profecía con tratar de la felicidad de la ley de gracia, y de los muchos que la habian de recibir. Fue contemporáneo de Jeremías, aunque murió antes que él, en tiempo de Joaquim, hijo de Josias, primero que la ciudad de Jerusalen se destruyese, y en ella fue sepultado. Su profecía contiene tres capítulos, y usa de ella la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de la feria cuarta en la Dominica quinta de noviembre. Entre los profetas menores tiene el noveno lugar).*

Los santos mártires Claudio, tribuno, y su mujer Hilaria, y sus hijos Jason y Mauro, con setenta soldados, en Roma; de los cuales el emperador Numeriano mandó que á Claudio le ataran una gran piedra al cuello, y le echaran al rio; y que sus hijos y soldados fuesen degollados. Hilaria habiendo dado sepultura á sus hijos, estaba en oracion junto á su sepulcro, don-

de la prendieron los gentiles, y entre las manos de estos murió en el Señor. *(Claudio en calidad de tribuno romano tuvo que asistir con sus soldados al martirio de los santos Crisanto y Daria; y al ver la fortaleza invencible de los dos atletas cristianos, él, su familia y todos los soldados que estaban á sus órdenes confesaron públicamente el nombre de Cristo. Aconteció esto el año* 282).

El martirio de san Casiano, en Tánger en la Mauritania; el cual habiendo ejercido por mucho tiempo el oficio de notario contra los Cristianos, inspirado del cielo tuvo por cosa execrable cooperar á la muerte de los Santos, por lo cual renunció el oficio, y confesando á Jesucristo mereció el triunfo del martirio. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Los santos mártires Claudio, Crispino, Magina, Juan y Esteban, en África.

San Agrícola, mártir, en Hungría.

El martirio de los santos Ambico, Víctor y Julio, en Nicomedia.

San Mirocles ó Mirocletes, obispo y confesor, en Milan, de quien algunas veces hace mencion san Ambrosio *(en diferentes lugares de sus obras).*

San Birino, primer obispo de Dorcester, en Inglaterra. *(Era presbítero de Roma cuando pidió permiso al papa Honorio para ir á predicar el Evangelio á los idólatras de Bretaña. El Papa alabó su celo, y mandó que fuese ordenado obispo. Birino desembarcó en el reino de los west-sexos, y con otros muchos bautizó al rey Cinegildo. El santo Apóstol fijó su silla en Dercis, ahora Dorcester, sobre el Támesis, en el condado de Oxford: edificó y consagró muchas iglesias, ganó muchas almas para Dios, y partiendo para El, fue enterrado en la misma ciudad por los años de 650. Sus reliquias fueron después trasladadas á Winchester, y depositadas en la iglesia de San Pedro y san Pablo.* Butler).

San Lucio, rey de Inglaterra, en Coira en Alemania; el primero de los reyes de aquella isla que abrazó la fe católica en tiempo del papa Eleuterio. *(Los mas de los historiadores alemanes dicen que renunciando el rey Lucio su corona, fué á predicar la fe en Alemania, especialmente en Coira, cuya iglesia fundó. Y añaden, que predicando á los grisones, los alborotos de los infieles le obligaron á huir á un desierto, y vivir oculto en un sitio llamado en el dia* Sanct. Lucis Steig, *ó monte de San Lucio. Despues se retiró á una caverna una milla distante de aquel lugar, la cual retiene el nombre de* Sanct. Lucis Lochlin. *Al fin refieren que cayó en manos de sus perseguidores, y que fue decapitado en la fortaleza de Martiola, como á fines del siglo II. En Augsburgo se conservan varias porciones de sus reliquias).*

San Galgano, ermitaño, en Sena en Toscana. *(Murió en una soledad y glorioso en milagros en* 1181).

SAN FRANCISCO JAVIER, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, APÓSTOL DE LAS INDIAS.

San Francisco Javier, uno de los mas magníficos ornamentos de su Órden, gloria de su nacion, el taumaturgo de estos últimos tiempos, el apóstol de las Indias y del Japon, la admiracion de todas las naciones, y el prodigio de su siglo, era navarro, y traia su orígen de

la sangre real de Navarra. Tuvo por padre á D. Juan Jaso, señor de mérito, que tenia una de las primeras plazas del Consejo de Estado en el reinado de Juan el III. Su madre María Alpizcueta Javier, una de las señoras mas cabales y perfectas de su tiempo, era la heredera de estas dos familias, ambas de las mas ilustres del reino. Nuestro Santo, el ménor de sus hermanos, nació el dia 7 de abril del año 1506 en el castillo de Javier, que está al pié de los Pirineos.

El Señor, que le escogió para resucitar en estos últimos tiempos todas las maravillas de los primeros Apóstoles, le dió todas las cualidades naturales que piden las funciones del apostolado: un cuerpo robusto, una complexion viva y ardiente, un genio sublime y capaz de los mayores designios, un corazon intrépido, mucho agrado en su exterior, un aire apacible y agraciado, un humor alegre y amigo de complacer; sin embargo de todo esto se veia en él un sumo horror á todo lo que puede manchar la pureza, y una inclinacion vehemente al estudio: fue educado como correspondia á su calidad, pero especialmente cuidaron que su educacion fuese muy cristiana. Apenas estuvo en edad de aprender, cuando dejando á sus hermanos la profesion de las armas, y declarando su inclinacion á las letras, le pusieron á estudiar. Los pasmosos progresos que hizo en pocos años obligaron á su padre á enviarle á la universidad de Paris, que era entonces la academia de toda la nobleza de Europa. La penetracion de su espíritu y su aplicacion al estudio le hicieron bien pronto hábil en las ciencias mayores; fue graduado de maestro en artes; y á los veinte y cinco años de edad enseñó con mucho lucimiento la filosofía. Las alabanzas que todo el mundo le daba lisonjeaban demasiado su inclinacion. En esta alta reputacion se hallaba Javier en la universidad de Paris cuando san Ignacio fué á continuar en ella sus estudios. El santo Fundador de la Compañía de Jesús, ilustrado con luz sobrenatural, descubrió desde el principio que le trató los grandes designios que tenia Dios sobre este jóven, maestro en artes, y así se aplicó á ganarle, para lo cual comenzó alabando los raros talentos que le habia dado la naturaleza; le buscaba discípulos para hacerle mas estimado, y mezclando siempre algunas reflexiones cristianas con los elogios que le daba, le decia: Es verdad que eres hombre de mérito, que eres aplaudido; pero ¿de qué te sirve ganar todo el universo, si pierdes tu alma? Javier escuchaba con gusto á su amigo; pero el resplandor de una falsa gloria le deslumbraba demasiado, y lisonjeaba demasiado su ambicion para que estas saludables conversaciones hiciesen en su jóven corazon toda la impresion que debian. Ha-

biendo faltado el dinero á Javier, le asistió Ignacio liberalmente. Uno de los mayores servicios que le hizo fue el preservarle de los errores de los Luteranos, que los emisarios del partido procuraban inspirarle: habiéndole san Ignacio preservado del error, determinó no omitir diligencia alguna para ganarle para Dios. Habiéndole encontrado un dia mas dócil, le habló con tanta energía de las grandes verdades de la Religion, que penetrado Javier del amor de las cosas celestiales, y de la nada de las grandezas mundanas, hizo firme propósito de pensar seriamente en su salvacion, poniéndose para esto bajo la direccion de san Ignacio. Comenzó su nueva vida por un retiro espiritual, segun el método de su nuevo director; y le practicó con tanto fervor, que pasó cuatro dias enteros sin tomar alimento alguno, suavizando la abundancia de los consuelos interiores sus excesivas austeridades. Abrasado este gran corazon en el amor de Dios, salió Javier de su retiro como un hombre enteramente distinto. No tuvo desde entonces otra ambicion que la de padecer todas las humillaciones de la cruz: no sintió otro gusto que el que le resultaba de los malos tratamientos que daba á su carne, ni otro atractivo que el de ganar almas para Jesucristo.

Habiendo hecho sus votos en Mon-martre el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, el año 1534, con los otros ocho compañeros que el santo Fundador se habia asociado, partió con ellos para Italia: en este viaje fue cuando habiéndose atado nuestro Santo los brazos y las piernas con unos cordeles delgados para castigar no sé qué complacencia que habia tenido de saltar y bailar mejor que los otros jóvenes de su edad, estuvo á pique de perder la vida; porque habiendo el movimiento hecho entrar las cuerdas tan adentro en la carne, que ya cási no se veian, los cirujanos hicieron juicio que el mal era incurable. En este conflicto recurrieron á Dios sus compañeros; y al dispertar Javier por la mañana se halló con las cuerdas caidas, y él perfectamente sano. Habiendo llegado á Venecia con el designio de hacer el viaje de la Tierra Santa, repartieron entre sí todas las obras de misericordia de la ciudad: el hospital de los incurables tocó á Javier, el que olvidando su calidad y su delicadeza, no hubo oficio bajo ni desagradable que no ejerciese. Uno de los enfermos que habia en él tenia una úlcera que no se podia ver sin horror, y la hediondez que despedia de sí era todavía mas insoportable que la vista: nadie se atrevia á llegarse á este miserable, y Javier mismo sintió mucha repugnancia en servirle. Pero avergonzándose de su repugnancia natural, se fué corriendo al enfermo, le abrazó, puso su boca sobre la úlcera

que le habia hecho estremecer, y le chupó la podre. Una victoria tan generosa le libró para siempre de su delicadeza; tanto importa vencerse bien de una vez.

Habiendo empleado dos meses en estos ejercicios de caridad, y viendo que era imposible hacer el viaje de Jerusalen, se fué á Roma, en donde recibió los sagrados órdenes. Se preparó para su primera misa con un retiro de cuarenta dias, y la dijo en Vicenza con tal abundancia de lágrimas, que los que la oyeron no pudieron contener las suyas. Su vida austera y laboriosa alteró su salud tan notablemente que cayó enfermo, y fue preciso llevarle al hospital. El gozo que tuvo de verse confundido con los pobres, y una vision de san Gerónimo, de quien era muy devoto, le consolaron tanto, que no tardó mucho en curar. Habiendo pasado el invierno en Bolonia, hizo allí infinitos bienes. Mas habiendo sido aprobada la Compañía por el papa Paulo III el año de 1540, y erigida en Órden religioso, fue Javier llamado á Roma, en donde predicó en la iglesia de San Lorenzo *in Damaso* con tanto fruto, que se le miraba ya como el apóstol de Italia: cuando Juan III, rey de Portugal, informado de los bienes extraordinarios que hacia ya este nuevo Instituto, pidió al Papa algunos de los hombres apostólicos que le componian para enviarlos á las Indias. El soberano Pontífice mandó á san Ignacio que escogiera dos de sus hijos para esta mision. El Santo nombró al punto á los PP. Simon Rodriguez, portugués, y Nicolás Bobadilla, español. El primero estaba ocupado en Sena, y el otro en el reino de Nápoles, ejecutando algunos encargos del Santo Padre. Al llegar á Roma el P. Bobadilla cayó gravemente enfermo. Viendo san Ignacio que no estaba en estado de ponerse en camino, recurrió á la oracion, suplicó al Señor que le diera á conocer quién era el que tenia destinado para las Indias: un rayo celestial le ilustró desde luego, y le dió á conocer que Javier era este vaso de eleccion. Habiéndole llamado, le dijo: Javier, yo habia nombrado á Bobadilla para las Indias, mas el cielo os nombra á vos hoy, y yo os lo anuncio de parte del Vicario de Jesucristo; recibid el empleo con que os honra Su Santidad por mi boca.

Recibió Javier su mision como los Apóstoles recibieron las suyas con los mismos sentimientos de reconocimiento y de gozo, con el mismo ánimo, con la misma sed de padecer, con el mismo celo, con el mismo ardor, con el mismo deseo de la salvacion de las almas. Á la verdad, Dios le habia anunciado ya su mision; pues cási todas las noches soñaba que llevaba sobre sus espaldas un grande indio muy

negro; y habiendo visto una vez en sueños, ó en un éxtasis, vastos mares llenos de tempestades y de escollos, islas desiertas, tierras bárbaras, que no le ofrecian en toda su extension sino hambre, sed y desnudez, con infinitos trabajos, sangrientas persecuciones, y riesgos evidentes de perder la vida, se le oyó exclamar: Todavía mas, Señor, todavía mas. Habiendo ido Javier á postrarse á los piés del Santísimo Padre para pedirle su bendicion, el Papa le abrazó tiernamente, y advirtió en él una humildad tan profunda, un valor tan cristiano, y un celo tan heróico, que al darle su bendicion no tuvo el menor género de duda de que enviaba un Apóstol á aquel nuevo mundo.

Javier partió de Roma el dia 5 de marzo del año de 1540, sin otro equipaje que un breviario. Como la ternura y la confianza en la santísima Vírgen fue siempre la principal devocion de nuestro Santo, quiso tener el consuelo de pasar por Loreto para consagrarse de nuevo á la Madre de Dios, y recomendarla su mision. Tardó tres meses en su viaje de Roma á Lisboa, y no hubo dia en que la caridad, la humildad y el celo de Javier no se señalase con alguna accion particular. Pasó por junto al castillo de Javier; pero no fue posible persuadirle á que fuese á despedirse de su madre. Habiendo llegado á Lisboa, no tomó otro alojamiento que el hospital. El Rey le llamó á la corte, y le recibió con la mayor veneracion y respeto; aunque se le dispuso una posada, no pudo resolverse á dejar el hospital, ni dejar de vivir de limosna. Su detencion en Lisboa fue como el ensayo de su mision, y el compendio de las maravillas que habia de hacer en las Indias. Apenas se dejó ver cuando toda la ciudad mudó de faz por sus predicaciones; y esta mudanza de costumbres se hizo visible hasta en el palacio del Rey, así en la gente principal, como en los criados inferiores. Quisieron detenerle en Portugal; pero fue preciso ceder á los designios de la Providencia. Al irse á embarcar el Rey le envió cuatro breves del Papa: en los dos el soberano Pontífice le nombraba nuncio apostólico, y le daba poderes amplísimos para extender y conservar la fe en todo el Oriente: en los otros dos Su Santidad le recomendaba á los gobernadores de las islas. El dia 7 de abril de 1541 partió de la bahía de Lisboa con el P. Paulo de Camerin, italiano, y con el P. Mansilla, portugués. El viaje fue largo, pero fue todo él una mision apostólica. Se contaban mas de nuevecientos hombres en el bajel, y se puede decir que fueron nuevecientas conquistas que su celo hizo para Jesucristo. Desde el primer dia se desterraron los juegos, las rencillas, las palabras indecentes, los jura-

mentos, y todos los desórdenes que la ociosidad produce ordinariamente en los que van á bordo. Oficiales, marineros, soldados, todo se rindió á las saludables instrucciones del hombre apostólico. Predicaba muchas veces al dia: confesaba, consolaba y servia á los enfermos, haciéndose todo para todos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo. El virey D. Alfonso de Sousa no pudo obtener del Santo que comiese á su mesa una sola vez, queriendo siempre Javier vivir y mantenerse de limosna.

Los frios insoportables de Cabo Verde, y los calores excesivos de la Guinea, con el agua y las viandas que se corrompieron bajo de la línea, causaron enfermedades muy peligrosas en la embarcacion, las que á poco tiempo se hicieron contagiosas. Entonces fue cuando la caridad heróica de nuestro Santo se manifestó mas: enjugaba á los enfermos sus sudores, limpiaba sus úlceras, lavaba las vendas y los paños, y les hacia todos los servicios, aun los mas viles y despreciables; pero sobre todo cuidaba de sus conciencias, y su principal ocupacion era disponerlos á morir cristianamente. Lo mas de admirar es, que hacia todo esto estando incomodado de continuos vómitos. Para aliviarle algun tanto hizo el virey que le dieran una cámara mas grande y mas acomodada; la tomó, pero fue para poner en ella á los mas enfermos, quedándose él á dormir en el combés, sin otra almohada que el cordaje del navío. Tantas y tan grandes acciones de caridad hicieron que desde entonces le diesen todos el nombre de santo padre; y este nombre le quedó para siempre hasta entre los idólatras y mahometanos.

Habiéndose obligado la flota de Sousa á invernar en Mozambique, desembarcaron todos los enfermos, y los llevaron al hospital. Javier con sus dos compañeros los siguió, y aunque pasaban de ochocientos, se empeñó en servirlos á todos; y estando él mas enfermo que muchos de aquellos á quienes servia, le veian en las mas fuertes accesiones de su fiebre asistir á los enfermos y á los moribundos, y hacer admirar en todas partes los milagros de su celo: después de seis meses de detencion y de trabajos aportó á Melinda sobre la costa de África. La desgracia de los habitantes, que todos eran mahometanos, le enterneció, y se resolvió á permanecer allí lo mas que pudiese para trabajar en la conversion de aquellos bárbaros; pero le fue preciso partir con el galeon, el que en pocos dias llegó á Goa, trece meses después que partieron de Lisboa.

Todavía se acordaban en aquella ciudad de la profecía del santo hombre Pedro de Covillan, religioso trinitario, martirizado por los

indios el año de 1497, cuarenta y tres años antes del nacimiento de la Compañía de Jesús; el cual traspasado todo de flechas, cuando derramaba su sangre por Jesucristo, pronunció distintamente estas palabras: *Dentro de pocos años nacerá en la Iglesia de Dios una nueva religion de clérigos, que llevará el nombre de Jesús; y uno de sus primeros padres, conducido por el Espíritu Santo, penetrará hasta los rincones mas distantes de las Indias Orientales, cuya mayor parte abrazará la fe ortodoxa por el ministerio de este predicador evangélico.*

Luego que Javier salió del navío fué á alojarse en el hospital, á pesar de la resistencia y de los ruegos del virey; pero no quiso comenzar las funciones de misionero sin haberse presentado antes al obispo, y pedirle su beneplácito. Era entonces obispo de Goa D. Juan de Alburquerque, religioso de san Francisco, uno de los mas virtuosos prelados de la Iglesia. Después de haberle manifestado Javier las razones por las cuales el soberano Pontífice y el rey de Portugal le habian enviado á las Indias, le presentó los breves de Su Santidad, y le declaró que no pretendia servirse de ellos sino con su beneplácito: luego, arrojándose á sus piés, le pidió su bendicion, y no quiso levantarse hasta que se la hubo dado. La modestia y la humildad del Santo dejó prendado al Prelado, el que besó muchas veces los Breves del Papa; y volviéndoselos al Padre, le dijo: Un legado apostólico, enviado inmediatamente por el Vicario de Jesucristo, no tiene necesidad de recibir su mision de otra parte: use vuestra paternidad libremente de los poderes que la Santa Sede le ha dado; y esté seguro de que si la autoridad episcopal fuese necesaria para mantenerlos, no le faltará esta en las funciones de su ministerio.

Los descubridores de las Indias Orientales habian hecho renacer el cristianismo en algunos parajes; pero ya no quedaba rastro alguno: en todas partes reinaba la idolatría y el mahometismo; tanto, que hasta los mismos portugueses vivian mas como idólatras que como cristianos. No era menor la corrupcion de sus costumbres, la cual hacia que todas las Indias pareciesen enteramente paganas. Tal era la faz de la cristiandad de las Indias cuando el P. Javier llegó á ellas. Mas apenas se dejó ver este nuevo apóstol cuando aquella viña inculta vino á ser la porcion mas florida de la Iglesia. Para hacer que el cielo derramara sus bendiciones sobre una empresa tan difícil, pasaba la mayor parte de la noche en tratar con Dios, y solo dormia tres ó cuatro horas: se ponia en oracion al amanecer, y acabada la oracion decia misa. Lo restante de la mañana lo empleaba en los hospitales, y en visitar las cárceles. De vuelta de estos nuevos ejercicios

se iba por las calles de la ciudad tocando una campanilla para juntar los muchachos y enseñarles el catecismo. Estas jóvenes plantas recibian sin trabajo las impresiones que hacian en ellos las instrucciones del padre, y por ellas comenzó la ciudad á mudar de faz. Sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres: los pecadores mas escandalosos, penetrados del horror de sus delitos, se confesaron los primeros. Bien pronto los siguieron los demás: los contratos ilícitos se anularon, como tambien los usurarios; se restituyó la hacienda mal habida; se dió libertad á los esclavos que se habian hecho cautivos injustamente; y en fin, se arrojaron las concubinas. El uso de los Sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas partes con tanta admiracion del obispo de Goa, que no cesaba de publicar que una mudanza de costumbres tan repentina era uno de los mayores milagros.

Después de convertida Goa dijeron á Javier que en la costa de la Pesquería habia un gran número de pescadores, llamados páravas, que habian sido bautizados en otro tiempo, pero que ya no tenian de cristianos sino el Bautismo. No fue menester mas para inflamar el celo del Santo, el cual sin detenerse pasó allá; y luego que hubo llegado, supo que en una de aquellas chozas habia una mujer que, después de tres dias de dolores vehementísimos de parto, no podia dar á luz la criatura. Acude el Santo á este riesgo, instruye á aquella pobre india en los misterios de nuestra Religion, la convierte, la bautiza, y al instante pare felizmente, y se halla perfectamente sana: un milagro tan visible llena la cabaña de espanto y de alegría: toda la familia se convierte, y dentro de pocos dias siguen su ejemplo toda la aldea, y cási toda la costa de la Pesquería, en donde bautizó un tan gran número de páravas, que escribió de su puño á los Padres de Roma, que de tanto bautizar ya no podia levantar el brazo, y que veia renovarse todos los dias en aquel país los prodigios de la primitiva Iglesia. Se servia de los niños bautizados para curar los enfermos. Los templos de los falsos dioses fueron destruidos en poco tiempo, y los ídolos hechos pedazos. Los bracmanes, que eran como los sacerdotes y religiosos del país, sobresaltados de la novedad, se juntaron en número de muchos millares. Javier los confundió, y convirtió á muchos; y con esta gloriosa conquista triunfó la fe de Jesucristo en toda aquella comarca. El mismo Santo confiesa, que por medio del *Ave María* alcanzó de Dios la conversion de la mayor parte de los paganos. Comenzaba todas sus instrucciones rezando el *Padre nuestro*, y las terminaba con el *Ave María*. Su mansedumbre, su

caridad, sus modales agradables, su modestia, le ganaban todos los corazones: la fuerza y la uncion de sus palabras convencian los espíritus, y su santidad, manifestada por una infinidad de milagros, acababa de convertir los pueblos. Sanó repentinamente á un hombre, cuyo cuerpo era todo una llaga; y resucitó cuatro muertos en presencia de los bracmanes. En su vuelta á Goa fundó el seminario de Santa Fe, que vino á ser muy en breve un plantel de celosos misioneros. Pasó al reino de Travancor, donde predicó la fe, y en menos de un mes bautizó por su mano diez mil idólatras. Le comunicó Dios el don de lenguas; y lo que no se habia visto desde los Apóstoles en aquellas tierras, hablando una sola lengua á muchos millares de pueblos todos diferentes, todos le entendian, creyendo cada uno que hablaba en su propia lengua.

Viendo los bracmanes abandonado el culto de las pagodas, determinaron matarle; pero Dios le conservó de un nublado de flechas, de las que una sola bastaba para quitarle la vida. Entraron los badajes armados en el reino de Travancor, resueltos á llevarlo todo á fuego y á sangre: su ejército era muy numeroso: corrió hácia ellos san Javier con un Crucifijo en la mano, y luego que estuvo en paraje que pudiera ser oido, les gritó: Yo os prohibo en el nombre de Dios vivo pasar mas adelante; y os mando de su parte que volvais atrás: lo mismo fue decir estas palabras, que aquella inundacion de bárbaros, sobrecogidos de un terror pánico, echaron á huir con el mayor desórden.

La reputacion del nuevo Apóstol no estuvo encerrada en los límites del reino de Travancor, sino que se extendió á todas las Indias. Los habitantes de la isla de Manar le pidieron que fuese á instruirlos: les envió misioneros, y se convirtió toda la isla. Siendo cada dia mas abundante la miés, llevó Javier la luz del Evangelio de isla en isla, de reino en reino, hasta las últimas extremidades del Oriente; y habiendo ido á Meliapor, donde está el sepulcro de santo Tomás, hizo prodigiosas conversiones. Un mercader de Meliapor al irse á embarcar para Malaca le pidió una prenda de su amistad; Javier le dió su rosario, y le dijo: No os será inútil esta alhaja, con tal que tengais confianza en María. Apenas se habia hecho á la vela, cuando una furiosa tempestad echa el bajel contra una roca, y le estrella. El mercader, lleno de confianza en la santísima Vírgen, y teniendo el rosario de Javier en la mano, se encuentra repentinamente transportado á la costa de Negapatan, á muchas leguas de donde habia sucedido el naufragio. Llega el santo Apóstol á Malaca, para pasar de

allí á Macazar: predica, confiesa y convierte á una infinidad de facinerosos y de pecadores, bautiza á muchos idólatras, mahometanos y judíos, y entre otros á un famoso rabino, que abjuró públicamente el judaismo. En ninguna parte hizo el Santo tantos milagros como en Malaca: con solo tocar su sotana, besar sus manos, ó recibir su bendicion, quedaban curados repentinamente toda suerte de enfermos. Habiendo ido á hacer un pequeño viaje por los alrededores de Malaca, murió una doncellita, á quien habia bautizado poco antes: la madre va á buscar al Santo desconsolada, y postrándose á sus piés hecha un mar de lágrimas, le dijo: Siervo de Dios, mi hija ha muerto; pero si quereis invocar sobre ella el nombre de Jesucristo, al instante recobrará la vida. Movido Javier de compasion, ora á Dios en silencio un poco de tiempo; y volviéndose luego hácia ella, la dice: Vete, tu hija está viva. — Ha tres dias que está enterrada, replica la madre. — No importa, responde Javier; vete, abre su sepulcro, y la hallarás viva. Corre la madre á la iglesia, hace levantar la piedra que cubria la sepultura, y encuentra á su hija viva y sana.

No hallando el santo Apóstol descanso sino en sus trabajos, va á Amboyna, donde predica la fe á los paganos, y cási toda la isla se hace cristiana. Recorriendo las islas vecinas, se consternan los del bajel á vista de una furiosa tempestad; saca Javier de su pecho un pequeño Crucifijo que llevaba siempre consigo, y queriendo tocar con él la mar, se le escapa de la mano, y se le llevan las ondas: esta pérdida le aflige; pero veinte y cuatro horas después, habiendo abordado á la isla de Baranura, se vió asomar un cangrejo que llevaba en sus uñas al mismo Crucifijo, y que venia derecho á la ribera á entregárselo al Padre. De Baranura pasa á la isla de Ulate, encuentra á su rey sitiado en la capital, y á punto de entregarse al ejército enemigo por falta de agua: el Santo solicitó hablarle, y le pide licencia para plantar una cruz, ofreciéndose á darle agua con abundancia si le da palabra de hacerse cristiano con todo su pueblo. El príncipe viene en ello; y apenas se plantó la cruz, cuando una lluvia abundante proveyó á la necesidad, y obligó al enemigo á levantar el sitio. El rey, en cumplimiento de su palabra, recibió el Bautismo de mano del Santo con todo su pueblo; y después de haber convertido algunos otros reinos vecinos, parte á las Molucas. Recorre rápidamente las islas de Ternate, de Tidor, de Motir, de Machan y de Bacan: predica, convierte, y hace triunfar la fe de Jesucristo en todos estos parajes, que no habian tenido jamás la dicha de que llegase á ellos ningun apóstol. Habiendo recibido de Europa un nuevo re-

fuerzo de misioneros, emprende la conversion de todo el Oriente. Intentan impedirle el viaje á la isla de Moro, por ser el país mas bárbaro y mas terrible. Basta que haya en ella almas rescatadas con la sangre de Jesucristo para que Javier no halle ni peligro ni obstáculos; se mete en la isla, anuncia la fe á sus habitadores, los suaviza, los instruye, los convierte; y estos pueblos bárbaros y crueles vienen á ser una de las porciones mas bellas de la Iglesia de las Indias.

Convierte y bautiza en Ternate á cási toda la familia real: hace otro tanto en la isla de Ceilan, en los reinos de Candi, de Jafanapatan en las Molucas y en todas las islas que hay al rededor de Macazar; y haciendo conversiones y milagros en todos los países, viene á ser él mismo el mayor de todos los milagros. El año de 1547 los acheneses, enemigos mortales de los Cristianos, se presentan á la vista de Malaca con una flota de mas de sesenta navíos grandes, todos bien equipados y bien armados, sin contar las barcas, los brulotes y las fragatas. Su primera expedicion fue quemar todos los navíos portugueses que se hallaban en el puerto. Esta victoria hizo á los bárbaros tan fieros y tan insolentes, que habiendo hecho cortar su general las narices y las orejas á algunos pescadores que habian hecho prisioneros, los remitió al gobernador de Malaca con esta carta:

«Bajaja Soora, que tiene el honor de llevar en vasos de oro el «arroz del gran soldan Alardin, rey de Achen, y de las tierras que «lava el uno y el otro mar; te advierto escribas á tu rey que estoy «aquí á pesar de él, infundiendo terror en su fortaleza con mis fie«ros rugidos, y que me mantendré aquí todo el tiempo que se me «antoje. Pongo por testigo de cuanto digo, no solo á la tierra, y á «las naciones que la habitan, sino tambien á todos los elementos hasta «el cielo de la luna; y les protesto y declaro por las palabras de mi «boca, que tu rey está sin valor ni reputacion; que sus estandartes «abatidos no podrán enarbolarse jamás sin el permiso del que acaba «de vencerle; que por la victoria que hemos conseguido, tiene mi «rey á sus piés la cabeza del tuyo, el cual desde este dia es su va«sallo y su esclavo; y para que tú mismo confieses esta verdad, te «desafio al combate en el sitio donde estoy al presente, si te sientes «con bastante ánimo para resistirme.»

Aunque la carta del general bárbaro era ridícula y fanfarrona, no dejó de poner en gran consternacion á toda Malaca: solo Javier, lleno de confianza en Dios, animó á aquellos espíritus abatidos, y dijo al Gobernador: *Si los bárbaros tienen tantos navíos y tropas, nosotros tenemos en nuestra ayuda al Dios de los ejércitos: es menester ir á pre-*

sentarles la batalla. — *Pero ¿cómo nos embarcarémos*, dijo el Gobernador, *y en qué navíos? pues de ocho bajeles grandes que habia en el puerto, solo quedan siete cascos de fustas enteramente maltratados: y cuando pudiéramos servirnos de ellos, ¿qué seria esto contra una escuadra tan numerosa?* — *Es verdad*, replicó el Santo sonriéndose, *que las siete fustas son viejas, y solo buenas para el fuego: sin embargo, que se dispongan á toda priesa.* Nadie se atrevió á replicar á una órden tan precisa del varon de Dios. En dos dias se aprestaron las fustas; y apenas habian levantado áncoras para ir á buscar al enemigo, que se habia desviado un poco para ponerse fuera de tiro del cañon de la fortaleza, cuando la almiranta de esta pequeña tropa se abrió por medio, y se hundió repentinamente, sin que se pudiese salvar otra cosa que el equipaje. Javier estaba diciendo misa en la iglesia de Nuestra Señora del Monte cuando le vinieron á dar noticia de esta triste aventura: hizo señal al criado del Gobernador que se retirara, y cogiéndole después de la misa, le dijo: Vé á decir á tu amo que la pérdida de un bajel no debe desanimarnos: vete, y confia; porque esa pequeña flota está bajo la proteccion de la santísima Vírgen. Se pasó cerca de un mes sin que hubiese nuevas de las dos escuadras; cuando el Padre, predicando un dia en la iglesia mayor de Malaca á las diez de la mañana, al mismo tiempo que las dos flotas estaban en el combate á mas de cien leguas de Malaca, se paró de repente, como fuera de sí mismo: luego volviéndose hácia el Crucifijo con las lágrimas en los ojos, y los suspiros en la boca, exclamó: ¡O buen Jesús Dios de mi alma, Padre de misericordia! yo os suplico humildemente por los méritos de vuestra sagrada pasion que no abandoneis á vuestros soldados. Acabadas estas palabras, bajó la cabeza, recostándose sobre la silla, sin decir palabra: después, levantándose de pronto, dijo en voz alta con un transporte de gozo que no pudo contener: Hermanos mios, Jesucristo ha vencido por nosotros. En este mismo instante acaban los soldados de su santo nombre de derrotar la armada de los enemigos, en los que hacen una gran matanza: nosotros solo hemos perdido cuatro de los nuestros; el viernes próximo recibiréis la noticia, y nuestra flota vendrá bien presto. El suceso lo verificó todo: una fragata llegó el viernes, y dos dias después entró triunfante la pequeña flota al son de trompetas y al ruido de la artillería.

Habiendo el nuevo Apóstol conquistado para Jesucristo cási todas las Indias, y meditando nuevas conquistas, un japon, llamado Angeroo, arribó en una embarcacion china, el cual venia á buscar la

quietud de su conciencia en los consejos del Santo, cuya reputacion se habia extendido por todo el Oriente. Luego que Javier le vió, conoció que este japon no solo seria el primero de sus paisanos que recibiria el Bautismo, sino que por su mediacion le recibirian otros muchos en su tierra. Este conocimiento hizo que se llenase de gozo al verle, y que le abrazase con mucha ternura. Sin aguardar el Santo á que el japon le manifestara sus penas, le aseguró que hallaria el sosiego que habia venido á buscar tan léjos; pero que era preciso ante todas cosas que abrazara la ley del verdadero Dios; para lo cual le envió al seminario de Goa, á fin de prepararle á él y á todos los de su familia á recibir el Bautismo. El Padre le siguió, y después de haber acabado de convertir los idólatras que habian quedado en la costa de la Pesquería, en Monapar, en el cabo de Comorin y en la isla de Ceilan, que están al paso, llegó á Goa, donde encontró á su nuevo prosélito; y viéndole perfectamente instruido, le bautizó, le puso por nombre Pablo de Santa Fe, é hizo de él uno de sus mas celosos catequistas. Habiendo sabido por este neófito el estado del Japon, que era uno de los mayores reinos del mundo, determinó llevar á él las luces del Evangelio, á pesar de todo lo que se le pudiese oponer para desviarle de su piadoso intento. Escribió muchas cartas á Europa: la primera al rey de Portugal Juan III, llena de sabios consejos sobre el modo como debe gobernar un monarca. Escribió otra á san Ignacio su general, y á los Padres de Roma, en la cual les dice: «Como Dios le ha dado á conocer lo mucho que debe á las oraciones «de los de la Compañía, que trabajan en la tierra, y que gozan en «el cielo del fruto de sus trabajos. Cuando empiezo á hablar de nues«tra Compañía, añade, no puedo acabar; pero la partida de las em«barcaciones me obliga, contra mi voluntad, á no ser mas largo. Hé «aquí lo que yo hablo mas á propósito para acabar mi carta: si yo «te olvidare en algun tiempo, ó Compañía de Jesús, mi mano de«recha me sea inútil, y se me olvide el uso que debo hacer de ella: «*Si oblitus umquam fuero tui, Societas Jesu, oblivioni detur dextera «mea.* Pido á Nuestro Señor Jesucristo que ya que en esta vida mi«serable nos ha juntado en su Compañía, nos junte por toda la eter«nidad en la compañía de los Santos que le ven en el cielo.»

Habiendo recibido un nuevo refuerzo de misioneros al arribo de algunos jesuitas llegados de Europa, les prescribió las reglas que debian observar en sus misiones; y en calidad de nuncio apostólico y de superior general de todos los Jesuitas de Oriente, les asignó á todos el lugar de su mision, y nombró superiores que en su ausen-

cia gobernaran la Compañía en las Indias. Mientras esperaba la navegacion quedó en libertad, con lo cual se aplicó mas particularmente á los ejercicios de la vida interior, disponiéndose por medio del retiro para nuevos trabajos. Entonces fue cuando estando en la huerta del colegio de San Pablo que habia fundado en Goa, unas veces paseándose, otras retirado en una pequeña ermita, colmado de aquellas dulzuras espirituales de que estaba inundado su corazon, exclamó: Basta, Señor, basta, abriendo su sotana delante del pecho para dar un poco de aire á las llamas que abrasaban su alma. Finalmente, en abril de 1549 se embarcó en una fusta que iba á Cochin con el P. Cosme de Torres, el hermano Juan Fernandez y los tres japones convertidos, Pablo de Santa Fe y sus dos criados Juan y Antonio. Estando en Malaca, supo que uno de los reyes del Japon pedia predicadores evangélicos al gobernador de las Indias; no se puede decir cuál fue el gozo del santo Apóstol, y cuál su deseo de partir cuanto antes á esta nueva conquista. Se embarcó el 25 de junio para el Japon, y después de muchas tempestades que el Santo serenó y aplacó, abordó á Cangogima el 15 de agosto del mismo año.

Era necesario un volúmen entero solo para contar una parte de los trabajos, de los viajes, de las conversiones y de los prodigios que obró este santo Apóstol en aquel vasto imperio. Comenzó á predicar en Cangogima, donde convirtió muchas personas: disputa con los bonzos, que eran como los sacerdotes del país, y los confunde: cura toda especie de enfermedades con sola la señal de la cruz: resucita muchos muertos, entre los cuales algunos habian sido ya enterrados: predica en Saxuma, en Ekandono, en Firando, en Amanguchi: se hace mozo de espuela de un caballero para ir á Macao: anuncia el Evangelio en el reino de Bungo y en otras partes, en donde convierte millares de paganos; y en menos de un año hace florecer en el Japon la religion cristiana. Habiendo convertido Javier todos estos reinos, insaciable todavía de conversiones, busca nuevos países donde hacer nuevas conquistas. Habiéndose embarcado para volver á la India una de las borrascas mas furiosas desarboló la embarcacion, la que á cada momento se veia en peligro de naufragar: la sola presencia de Javier infundia seguridad en los soldados y marineros; mas un accidente que sobrevino introdujo la consternacion en el navío. Habia cinco portugueses con diez japones en la chalupa que iba detrás y que habian amarrado al navío con gruesos cables; pero habiéndose embravecido el viento durante la noche, la violencia de las olas rompió los cables, y la chalupa era llevada al arbitrio de las olas, que

se levantaban como montañas. Todos creyeron que los cinco hombres hubiesen perecido, y la chalupa hubiese sido ó estrellada, ó tragada por las olas. El capitan Eduardo de Gama, amigo del Santo, estaba inconsolable por haber perdido á su sobrino, y los otros sentian igualmente la pérdida de sus compañeros, cuando san Javier saliendo de su oracion, y encerrándose con Gama, le dijo con un rostro risueño: No os aflijais, hermano, antes de tres dias vendrá la hija á encontrar á su madre. Bien se comprendió lo que queria decir el Santo, mas la cosa parecia tan poco posible, que no se podia creer. Viendo el Santo que no cesaban las lágrimas, les dijo con un tono de seguridad: La confianza que tengo en la divina misericordia me hace esperar que no perecerán las personas que he puesto bajo la proteccion de la santísima Vírgen, y por las que he hecho voto de decir tres misas en Nuestra Señora del Monte. Dijo al capitan que hiciera subir á alguno á la gavia para ver si acaso parecia la chalupa. El Santo pasó todo el dia en plegarias; y saliendo de su retiro por la tarde, preguntó si habia parecido la chalupa: no le respondieron sino con la risa. Dijo que se bajaran las velas para dar tiempo á la chalupa de alcanzar al navío. Se reian interiormente de la confianza del Santo, cuando un niño, que estaba sentado al pié del árbol mayor, exclamó repentinamente: Milagro, milagro, miren ustedes allí la chalupa: en efecto abordó la chalupa, quedando todos admirados y gozosos; abrazaron á aquellos hombres que ya creian perdidos; pero se sorprendieron todavía mas cuando supieron que habian venido en medio de la mas horrible tempestad que se vió jamás, sin que temieran ni perecer ni descaminarse; porque decian que el P. Javier era su piloto, y su presencia los aseguraba.

Habiendo arribado á Malaca el santo Apóstol, toma la resolucion de llevar las luces de la fe á la China. Aunque se ofrecian muchas oposiciones, capaces cada una de trastornar una empresa tan santa, Javier, superior á todos los obstáculos cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, no se acobardó. Deseaba que se enviara una embajada á la China, para abrir por medio de ella la puerta al Evangelio; pero se opuso con tenacidad D. Álvaro, gobernador de Malaca. El Santo lo siente vivamente, y atribuye á sus pecados el que no tenga efecto la embajada: el Gobernador fue castigado terriblemente, como el Santo se lo habia profetizado; pero Javier no desistió de su empresa. Habiendo arreglado todas las cosas, así por lo que miraba á la Compañía, como á las misiones; después de haber nombrado al P. Barcia por rector del colegio de Goa y vi-

ceprovincial, y distribuido los otros Padres en las diversas misiones del Japon y de la India, se embarca con un solo hermano en una nave que iba á la isla de Sancian para pasar desde ella á la China. Después de algunos dias de navegacion, se echó el viento repentinamente; y habiéndose aplanado las olas, quedó inmóvil la embarcacion. Como la calma duró catorce dias, llegó á faltar el agua dulce, con lo que al principio murieron algunos; y todo el equipaje, que se componia de unas quinientas personas, cayó enfermo. El Santo, movido á compasion, se pone á orar; después de lo cual baja á la chalupa con un niño, al cual le hace que pruebe el agua del mar, y le pregunta si estaba dulce; y respondiéndole el niño que estaba salada, le dice que la pruebe otra vez; y el niño la halla tan dulce como la de cualquiera fuente. Subiendo entonces el Padre á la embarcacion, hace llenar de agua todas las vasijas y toneles del navío; pero corriendo todos á beber la hallaron sumamente salada: el Santo hizo la señal de la cruz sobre las vasijas, y al punto perdió el agua su gusto salobre, y quedó excelente para beber. Este milagro hizo tal impresion en los árabes y sarracenos que estaban á bordo, que creyeron en Jesucristo, y recibieron todos el Bautismo. Lo restante del viaje fue una serie continuada de milagros y de profecías. Finalmente habiendo arribado á la isla de Sancian, apenas hubo desembarcado cuando libró á la isla de los tigres de que estaba inundada. El santo Apóstol se disponia para ir á la China, de la que se descubrian ya los primeros puertos, cuando Dios le dió á conocer que se contentaba con su ardiente deseo; que queria recompensarle sus inmensos trabajos, y que la ejecucion de su designio sobre la China la reservaba á sus hermanos.

Dios trató á Javier como en otro tiempo trató á Moisés, quien murió á la vista de la tierra á donde tenia órden de conducir á los israelitas. Le entró una fiebre al P. Francisco el dia 20 de noviembre; y desde el principio de ella tuvo un conocimiento claro del dia y hora de su muerte, como lo manifestó ingenuamente al piloto del navío. Habiéndose declarado el mal un dolor de costado muy agudo, y con una grande opresion de pecho, el Santo se vió muy en breve á los últimos, sin tener otro socorro que algunas frutas que le dió el capitan. Todo el tiempo de su enfermedad fue una continua conversacion con Dios; se le oia repetir sin cesar estas palabras: *Jesu, fili David miserere mei:* Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí: y en estas otras: *O sanctissima Trinitas;* y volviendo el rostro á una santísima Vírgen, la decia continuamente: Madre mia muy amada, *monstr*

te esse matrem: muestra que eres mi madre. Finalmente, el dia 2 de diciembre, que era viernes, teniendo los ojos bañados en lágrimas, y fijos en un Crucifijo, pronunció con la mayor ternura estas palabras: *In te, Domine, speravi; non confundar in aeternum:* Señor, yo esperé toda mi vida en Vos; haced que no padezca la confusion de haber esperado en vano. Y transportado al mismo tiempo de un gozo celestial, dió apaciblemente su espíritu, á cosa de las dos de la tarde, el año 1552, á los cuarenta y seis de su edad, de los que habia empleado diez y medio en las Indias.

La nueva de su muerte hizo en todos los espíritus y corazones aquella impresion que hace la muerte de los Santos. Corrieron en tropas las gentes á su cabaña para besarle los piés, y le encontraron con el rostro tan encarnado y bermejo como si estuviera vivo. Así terminó su gloriosa carrera el apóstol de las Indias y del Japon, después de haber dilatado la Iglesia seis mil leguas mas de lo que estaba: después de haber predicado el Evangelio á cien islas ó reinos diferentes, y convertido á Jesucristo mas de cien mil almas. Sus trabajos fueron inmensos, sus milagros infinitos. Se cuentan ocho muertos resucitados; y cási puede decirse que todos los milagros estupendos de los Santos que le precedieron no igualan al número de los de este santo Apóstol.

No se dió tierra á su cuerpo hasta el domingo siguiente: su entierro se hizo sin alguna ceremonia; se le quitó la sotana, la que los oficiales dividieron entre sí. El capitan hizo cubrir el cuerpo de cal viva, para que consumiéndose antes la carne, se pudieran llevar los huesos en la embarcacion que debia volver á las Indias dentro de pocos meses. El último año de la vida del Santo se vió sudar sangre con abundancia todos los viernes á un Crucifijo que estaba en la capilla del castillo de Javier; y lo mismo fue morir el Santo, que dejar la sangre de correr.

Dos meses y medio después de la muerte del santo Apóstol, desenterraron su cuerpo, y le encontraron entero, tan fresco, tan encarnado, tan palpable y flexible como si estuviera vivo. Las vestiduras sacerdotales, de que le habian revestido, no habian recibido la menor lesion de la cal; y el santo cuerpo exhalaba un olor tan suave y agradable, que excedia al de los perfumes mas exquisitos. Luego que llegó á Malaca cesó la peste que hacia grandes estragos en la ciudad; fue recibido como en triunfo por la nobleza, el pueblo y el clero. Después de algunos meses fue desenterrado otra vez, y le encontraron tan entero y tan fresco como antes de enterrarle; se mandó hacer una

caja de madera exquisita, y después de haberla guarnecido de un rico damasco de la China, se puso en ella el santo cuerpo, envuelto en un paño de tela de oro, con una almohada de brocado bajo de la cabeza. Este precioso depósito fue recibido en Goa con toda la pompa y veneracion que le era debida. El virey con toda su corte, la nobleza y los magistrados acompañaban á la clerecía. Este santo tesoro fue depositado en la iglesia de San Pablo del colegio de la Compañía de Jesus al son de campanas, y al ruido de toda la artillería, donde todavia se conserva con mucho cuidado: se obraron infinitos milagros en todos los parajes por donde pasó el santo cuerpo; y Dios continúa hoy en hacer otros muchos por la intercesion de este gran Santo, no solo en Goa, sino en todo el mundo.

Despues de un jurídico exámen de las virtudes y milagros innumerables de este gran siervo de Dios, el papa Paulo V declaró beato á Francisco Javier, presbítero de la Compañía de Jesús, el dia 25 de octubre de 1619; y el papa Gregorio XV, sucesor de Paulo V, le canonizó solemnemente el dia 12 de marzo de 1622. El Papa en la bula de su canonizacion le llama Apostol de las Indias, y dice que su apostolado tuvo todas las señales de una vocacion divina, como son el don de milagros, el de profecía, el de lenguas, con las mas perfectas virtudes evangélicas. Se puede decir con verdad, que no se vió jamas un agregado mas pasmoso de virtudes, todas eminentes, como el que se notó en este Santo: su amor de Dios, tierno, ardiente y generoso, era sin medida; su celo por la salvacion de las almas sin límites; su pobreza y su mortificacion excesivas; su humildad tan profunda que jamas escribió á san Ignacio su general que no fuese de rodillas; y en una carta firma de este modo: El menor de vuestros hijos y el mas apartado de vos, Francisco Javier. Su devocion á la santísima Virgen fue tan tierna, tan perfecta y tan llena de confianza, que jamas pedia nada á Nuestro Señor sino por la intercesion de su Madre. Acababa todas las instrucciones con la *Salve Regina*. Cuando pasaba las noches en oracion en la iglesia, casi siempre era delante de alguna imagen de la Madre de Dios. Tome á la Reina del cielo por mi patrona, dice en una de sus cartas, para alcanzar el perdon de mis innumerables pecados; sobre que habia hecho voto de defenderla toda su vida. El cuerpo del Santo subsiste siempre en Goa; solo un brazo entero fue llevado a Roma, y se conserva con mucha veneracion en la iglesia de la casa profesa de los Jesuitas, que se llama Jesus. (*La novena de este Santo véase el dia 3 de marzo*).

SAN CASIANO, MÁRTIR.

Tal dia como hoy padeció por la fe de Cristo el notario que escribia el juicio que Aurelio Agricolano hacia del bendito san Marcelo. Llamábase Casiano. Este, pues, habiendo visto la serenidad y constancia del santo Centurion en aquel tribunal, y la rabia y furia con que el Presidente vencido de las respuestas que se le daban, prorumpia en expresiones desatinadas, así que oyó la sentencia que se le dictaba contra Marcelo, arrojó el códice y la pluma, no queriendo escribir cosa tan detestable. Al ver esta accion se pasmaron todos los circunstantes; pero el bendito san Marcelo conociendo por divina inspiracion que Casiano habia de ser compañero suyo en el martirio, mostró en su rostro la alegría de su corazon. Agricolano se levantó de su silla con gran cólera, y preguntó á Casiano, por qué causa habia arrojado al suelo el códice y la pluma. Y Casiano respondió, que no tenia otro motivo que la execrable sentencia que acababa de oir contra Marcelo. Mandó el Juez que le pusiesen en la cárcel, y habiendo llegado el dia 3 de diciembre, se examinó su causa en el lugar que la de san Marcelo, dando el bienaventurado Casiano, como buen discípulo del santo Centurion, las respuestas que habia oido de este cuando hacia el oficio de notario, siguiéndose á ellas tambien la misma sentencia, que se ejecutó en el expresado dia 3 de diciembre. *(M. Risco, t. 34, p. 347).*

La Misa es en honor de san Francisco Javier, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui Indiarum gentes beati Francisci praedicatione, et miraculis Ecclesiae tuae aggregare voluisti: concede propitius; ut cujus gloriosa merita veneramus virtutum, quoque imitemur exempla. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por la predicacion y milagros del bienaventurado Francisco quisiste agregar á tu Iglesia los pueblos de las Indias: concédenos que imitemos los ejemplos de sus virtudes, ya que honramos sus merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo x *del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Corde enim creditur ad justitiam: ore autem confessio fit ad salutem. Dicit enim Scriptura: Omnis, qui credit in illum, non confundetur. Non enim est distinctio judaei, et graeci: nam idem Dominus omnium, dives in omnes, qui invocant illum. Omnis enim, quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit.

Hermanos: Con el corazon se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesion para la salud. Pues la Escritura dice: Todo el que cree en él no será confundido. Porque no hay distincion del judío y el griego, puesto que es el mismo el Señor de todos, rico para cuantos le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Se-

Quomodo ergo invocabunt, in quem non crediderunt? aut quomodo credent ei, quem non audierunt? quomodo autem audient sine praedicante? quomodo vero praedicabunt nisi mittantur? sicut scriptum est: Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona! Sed non omnes obediunt Evangelio. Isaias enim dicit: Domine, quis credidit auditui nostro? Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi. Sed dico: Numquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum.

ñor será salvo. Pero ¿cómo invocará aquel en quien no creyeron? ó ¿cómo creerán en aquel de quien no tienen noticia? y ¿cómo la tendrán si no ha quien la predique? y ¿cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito, ¡qué hermosos son los piés de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan felicidades! Pero no todos obedecen al Evangelio; porque Isaías dice: Señor, ¿quién creyó á lo que oyó de nosotros? Luego la fe (proviene) del oido, el oido por la palabra de Cristo; pero yo digo: ¿Por ventura no ha oido? Á la verdad por toda la tierra se esparció el sonido de ellos, y sus palabras hasta las extremidades de la tierra.

REFLEXIONES.

Se cree con el corazon para conseguir la justicia, y se confiesa con la boca para llegar á la salvacion. Creer con el corazon, es someterse con una fe humilde á todas las verdades que Jesucristo nos ha enseñado, es amarlas y hacer de ellas la regla de nuestra conducta. Creer con el corazon, es vivir conforme á las verdades, á la moral y al Evangelio que se cree: nadie es justo si no tiene esta fe práctica; esto es esta fe viva, esta fe animada, sostenida y probada con las obras. Abraham creyó; pero nunca brilló mas su fe que cuando se determinó á ejecutar por sí mismo el precepto que se le habia dado de sacrificar á su hijo. El justo vive de la fe; pero la fe sin las obras es una fe muerta: luego no es esta la fe de que vive el justo. Siendo esto así, ¿hay muchos verdaderos fieles en el mundo? Confesar con la boca, es declararse abiertamente por discípulos de Jesucristo, y hacer conocer con las obras que las palabras son sinceras. ¡Qué tesoro de ira el que espera á un predicador, cuya vida desmiente á la doctrina! ¡á un padre, á una madre de familias, á un amo, á un superior, cuya conducta se opone á las instrucciones que da y á los castigos con que amenaza! Dadme valor, Dios mio, para confesaros intrépidamente delante de los hombres; para que de este modo Vos no os avergonceis de mí delante de vuestro Padre. Si el error prevaleciera, entonces debieran los fieles con particularidad hacer una profesion pública de su creencia para oponerse al torrente de la seduccion. En unas circunstancias tan críticas, hasta los solitarios dejaban en otro tiempo su retiro, y venian

en tropas á las ciudades á confesar su fe y sostener á los fieles con el ejemplo de su eminente santidad. *No hay distincion entre el judío y el griego.* Y ¿la debe haber entre el pobre y el rico, entre las personas de calidad y el artesano, cuando se trata de su salvacion? Estas predilecciones y preferencias en la direccion de las almas, esas distinciones son odiosas, y hacen ver claramente que ese pretendido celo es efecto de la carne y de la sangre. El alma del hombre mas vil ha costado tanto á Jesucristo como la del mayor monarca. ¿Se dirá que se trabaja por Dios cuando solo se halla gusto en los ministerios honrosos, y no se siente sino un celo frio, insípido y disgustado por la salvacion de la gente plebeya? El judío y el gentil igualmente son la obra de las manos del Señor. Este Dios, para con el cual no hay aceptacion de personas, pretendia que con la venida del Mesías no hubiese ya diferencia entre ellos, y que todos no hiciesen ya sino una sola familia, una sola casa, y un solo pueblo que invocara su nombre, sobre el cual derramaria sin distincion las riquezas de su misericordia. ¡Ay de aquellos que envidiosos de verlas repartir se hacen indignos de recibirlas! Este espíritu judáico, que induce á estrechar las misericordias del Señor, ¿no reina aun el dia de hoy? *El Señor de todos es rico para todos los que le invocan.* No temamos que llegue á empobrecerse por ser liberal: no sucede con Dios lo que con los grandes de la tierra; como no son ricos para todos los que les sirven, se enfadan cási siempre que se les piden favores, y ordinariamente los conceden por libertarse de ser importunados; pero nuestro Dios, como es rico para todos los que le invocan, nos manda que le pidamos sin cesar; y si alguna vez difiere el oirnos, lo hace para que la indigencia y miseria nos tenga mas largo rato cerca de él. ¿Qué motivo mayor para confiar en su bondad?

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Marcos.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur. Signa autem eos, qui crediderint, haec sequentur: In nomine meo daemonia ejicient: linguis loquentur novis: serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super aegros manus imponent, et bene habebunt.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere, y fuere bautizado, será salvo; pero el que no creyere, se condenará; y estos son los milagros que acompañarán á aquellos que creyeren: En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, manejarán las serpientes; y si bebieren cualquiera cosa mortífera, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y se pondrán buenos.

MEDITACION.

Del celo que cada uno debe tener de la salvacion propia y de la de los otros

Punto primero.—Considera que el verdadero celo es una pasio viva y ardiente de la salvacion de las almas; es un afecto generoso que tiene por principio á la fe, que está animado de la caridad, apoyado de la esperanza cristiana. Estas virtudes dan al celo toda l fortaleza, todo el aliento, todo el ardor, toda la mansedumbre, tod la paciencia y magnanimidad que tiene; y ¿no deben las mism virtudes inspirarnos á todos este celo? Cuando se piensa seriamen lo que ha costado una alma á Jesucristo, y por consiguiente lo qu vale, ¿se puede ver á sangre fria que esta alma se pierda? ¿se pue no sentir su pérdida, si hay en nosotros el mas leve vestigio de fe de caridad? Este pensamiento ha obligado en todos tiempos á los hom bres apostólicos á emprenderlo todo, sufrirlo todo por la salvacion d las almas. Él es quien obligó al gran Javier á sacrificarlo todo, pa rientes, amigos, talentos, para ir á buscar mas allá de los mares, un nuevo mundo tantas ovejas descarriadas para traerlas al redil d Jesucristo. ¿Qué no tuvo que sufrir? ¿cuántos trabajos no padeció ¿cuántas amarguras no tuvo que soportar? ¿cuántos obstáculos qu vencer? Pero el verdadero celo de nada se acobarda: *Charitas Chris urget nos*. Hé aquí lo que deben decir todos los verdaderos fieles nuestra alma es lo que mas debemos estimar, y nuestra salvacio debe ser el objeto de nuestros primeros cuidados; mas, ¡oh buen Dios qué trastorno de razon y de conducta el de una gran parte de lo Cristianos! Hay gentes sumamente celosas de la salvacion de los otros y sin la mas leve apariencia de celo de su propia salvacion no omit diligencia alguna para llevar los otros á Dios: ¡qué sermones, q energía en sus discursos, qué exhortaciones tan patéticas! pero mismo tiempo ¡qué indolencia, qué descuido de su propia salvacion Pero ¿qué le sirve al hombre haber ganado y convertido todo mundo si se pierde á sí mismo? ¿ó qué dará en trueque por su alma ¿Por ventura la salvacion de todo el universo le indemnizará de pérdida de su alma? ¡Ah Señor! nos amamos tanto; y con todo nuestra aplicacion y nuestro celo no se emplea enteramente en pro curar nuestra salvacion. Mostramos tanta viveza cuando se ofrece a guna ocasion de ganancia temporal, somos tan codiciosos de los bie nes de esta vida, y ¿hemos de estar faltos de celo de nuestra salva cion? ¡Oh Dios, qué delirio este! ¡qué extravagancia!

PUNTO SEGUNDO. — Considera como el celo hace en parte el carácter de todos los que aman á Dios. No hay uno que no deba tener celo de la salvacion de sus hermanos; como tampoco hay uno que no pueda trabajar eficazmente en la salvacion de su prójimo. ¿Qué bien no puede y no debe hacer un grande respecto de sus súbditos; un superior respecto de sus inferiores; un padre de familias respecto de sus hijos y domésticos; un amo respecto de aquellos sobre quienes tiene alguna autoridad; y hasta un particular respecto de todos, por la regularidad de sus costumbres, por sus buenas conversaciones, por sus buenos ejemplos? Cada uno puede ser obrero apostólico sin salir de su estado: ¡qué dureza, qué barbarie la de aquellos que ven perderse tantas almas á sangre fria! Pero cuidemos que la pasion no tome la máscara y el nombre del verdadero celo. El celo de Jesucristo debe ser el modelo del nuestro. ¡Qué sabiduría, qué dulzura, qué paciencia en el celo de Jesucristo! Ese celo ardiente, y demasiado duro, que deseca y devora todo lo que encuentra, y que derrama por todas partes la acedia y la amargura, prueba cuán fácil es engañarse en punto de caridad. Un celo flojo y demasiado indulgente es un celo falso. Se debe hacer la guerra al pecado sin usar de misericordia con él; pero el verdadero celo se compadece siempre del pecador. La severidad no siempre incomoda á los que predican: indulgentes muchas veces consigo mismos, hasta perdonarse los defectos mas groseros, piden á los otros una regularidad escrupulosa y extremada. Este celo amargo prorumpe de ordinario en quejas y murmuraciones. ¡Buen Dios! ¿se encontró jamás la caridad en un corazon adusto y amargo? Si hay abusos que corregir, ó errores que destruir, dejemos al padre de familias el cuidado de su viña, la que el soberano Dueño no nos ha encargado. Él sabrá separar á su tiempo la zizaña del buen grano, y hacer que sus administradores le dén cuentas del depósito que les ha confiado. ¡Qué ilusion tan ridícula la de gritar eternamente contra la licencia y la relajacion del otro, y no trabajar jamás en su propia reforma! Si tenemos celo, ¿por qué no le hemos de emplear jamás sino con los extraños? ¿No tenemos bastante que hacer en desmontar y purgar nuestro propio campo, sin inquietarnos tanto por las espinas que nacen en el campo de los otros? Que el celo que tenemos de nuestra salvacion sea un poco duro, es tolerable; mas que el celo que tenemos por la salvacion de los otros sea amargo, poco compasivo, demasiado áspero, está reprobado por el espíritu de Jesucristo. Dadme, Señor, este celo puro, caritativo y verdadero, así por lo que mira á mi salvacion, como á la de los otros,

para que ganando á mis hermanos para Vos, asegure con vuestra gracia mi eterna bienaventuranza.

Jaculatorias. — Abrasadme, Señor, con el fuego del Espíritu Santo para que os sirva con un cuerpo casto, y os agrade por la pureza de mi corazon. (*Eccles.*).

He mirado siempre á los pecadores como á unos injustos prevaricadores; y por este motivo observaré vuestra ley, y se inflamará mi celo contra los que la quebrantan. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 El verdadero celo no es turbulento ni impetuoso; antes bien es moderado y discreto: sabe buscar ocasion para insinuarse con suavidad; es tierno y compasivo. No son los grandes discursos los medios de que se vale para hacer los grandes efectos; ordinariamente hace los mayores progresos por medio de conversaciones familiares y de servicios hechos á tiempo; tal vez usando prudentemente de la autoridad que tiene sobre los otros, y de la confianza que los otros tienen de él; pero sobre todo, el buen ejemplo es el medio mas eficaz para la conversion de las almas. Ten este género de celo, y no necesitas ser sabio, ni discreto, ni muy elocuente para ganar á los otros; basta para esto que seas verdaderamente cristiano y ejemplar. Advierte que los que tienen celo se dan á conocer fácilmente; mira si te sientes inflamado de este fuego, que solo busca como alumbrar, calentar é inflamar á todo el mundo con el mismo ardor. ¿Sientes vivamente la desgracia de los que se pierden? ¿Has llorado alguna vez la ceguedad de los malos cristianos? ¿Llevas con pena el que Dios sea tan poco conocido, y tan poco amado de los hombres? ¿Sientes una secreta alegría cuando le ves honrado? ¿Miras con estimacion y con ternura á las personas devotas? Estas son las señales del verdadero celo: procura tener un celo tan cristiano como este.

2 Tenemos hermanos segun el espíritu, y tal vez tambien segun la carne. ¿Cuántos se pierden todos los dias á nuestros ojos? Procura hacer todos los dias alguna oracion, primero por tu conversion y después por la de todos los pecadores, especialmente por la de los herejes, procurando llorar su infelicidad. Vela sobre todo sobre tus hijos, sobre tus inferiores, y sobre todos tus domésticos; vela sobre su conducta; si frecuentan los Sacramentos, si hacen sus oraciones regulares por la mañana y por la tarde, si tienen una vida inocente y cristiana; dales á menudo lecciones saludables: no todos son predica

dores; mas todos pueden ser apóstoles y misioneros en su comunidad y en su familia. Ten de hoy en adelante este oficio, y ejercita sus funciones.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

San Pedro Crisólogo, obispo y confesor, de quien se hace memoria el dia 2 de este mes. *(Véase su historia en las de hoy).*

El suplicio de santa Bárbara, vírgen y mártir, en Nicomedia; la cual en la persecucion de Maximiano, después de haber padecido una larga y penosa cárcel, fue quemada con antorchas, le cortaron los pechos, y con otros tormentos llegó á la corona del martirio siendo degollada. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Teófanes y sus compañeros, en Constantinopla. *(Formaban parte de la servidumbre del palacio del emperador Leon el Armenio, hereje iconoclasta, y por no querer obedecer las órdenes de su amo que se oponia al culto de las imágenes de los Santos, fueron martirizados el año* 780.

San Melecio, obispo y confesor, en el Ponto, esclarecido por su gran erudicion, y mucho mas por su virtud é inocencia de vida. *(Floreció en el siglo III, y durante la persecucion de Diocleciano, aunque padeció mucho por la fe, no pudo alcanzar la corona del martirio. San Basilio en su libro de* Spiritu Sancto, *cap.* 29, *hace un magnífico elogio de este santo Obispo).*

San Félix, obispo, en Bolonia; el cual habia sido diácono de la Iglesia de Milan en tiempo de san Ambrosio. *(Fue el quinto obispo de Bolonia, y trabajó contra los Arrianos y contra los estragos de los godos, hasta que murió santamente por los años de* 398).

San Osmundo (ú Osimondo), obispo y confesor, en Inglaterra. *(Fue conde de Seez en Normandía, y pasó á Inglaterra con Guillermo el Conquistador, por quien fue creado conde de Dorset. Su vida en el mundo fue siempre la de un Santo, siendo á un tiempo cortesano, soldado y magistrado, pues fue algun tiempo gran canciller del reino. Pero no contentando nunca á aquel corazon que solo gozaba en Dios, ni las dignidades ni los honores, retiróse del mundo, abrazó el estado eclesiástico, y en* 1078 *fue consagrado obispo de Salisbury. Compuso el Uso, Breviario, Misal y Ritual, llamado despues* de Sarum, *para el uso de su iglesia. Ejercitada su paciencia, y purificada su alma con una prolija enfermedad, partió para el Señor en el año* 1099. *Calixto III lo canonizó solemnemente en* 1456).

San Annon, obispo, en Colonia. *(Fue un caballero que siendo jóven sirvió en el ejército; pero en breve, tocado de la gracia, renunció el mundo, y abrazó el estado eclesiástico. En* 1056 *á instancias ó propuesta del emperador Enrique III el Negro, fue elevado á la silla de Colonia, venciendo á la fuerza su humildad, que se resistió cuanto pudo á ocupar aquel puesto. Buscaba á los pobres en sus mismos cotarros, les llevaba á veces á sus hombros, y remediaba todas sus necesidades. Ayunaba mucho, sujetaba la carne con cilicios, y predicaba. Reformó los monasterios de su diócesis, erigió dos de canónigos regulares en Colonia, y tres de Benedictinos en varias partes. Fue nombrado*

regente del imperio durante la menor edad de Enrique IV por la emperatriz Inés y los Estados generales. Y habiendo sido admirable en el gobierno de la Iglesia y en el del Estado, murió santamente en Colonia en el año 1072).

San Marutas, obispo, en Mesopotamia; el cual restableció en Persia las iglesias arruinadas en la persecucion del rey Isdegerdes; y esclarecido con muchos milagros, mereció que le veneraran hasta sus mismos enemigos. *(Este santo Prelado fue uno de los mas ilustres Padres de la Iglesia de Siria á fines del siglo IV, y obispo tambien de Talgrit en Mesopotamia, diócesis fronteriza al reino de Persia. Compiló las actas de los Mártires que padecieron en aquel reino durante la persecucion de Sapor, desde el año de* 340 *á* 380, *parte de cuya apreciable coleccion fue recogida y publicada por Esteban Assemani en el año de* 1748. *Escribió tambien varios himnos en alabanza de los Mártires. El emperador Teodosio el Menor depositó su confianza en el santo Prelado, y por dos veces consecutivas lo envió de embajador á la corte de Isdegerdes, rey de Persia, el cual por las oraciones del Santo fue curado de un violento dolor de cabeza, que sus magos no habian acertado ni aun á aliviar. Estos temiendo que el Príncipe se dejase persuadir de san Marutas á abrazar la religion cristiana, inventaron calumnias, y urdieron tramas traidoras y villanas para perderle, de las cuales triunfó el Santo por medio de la virtud milagrosa con que le habia dotado el cielo. Después de haber hecho mucho bien á la Persia, erigiendo y reedificando iglesias cuantas quiso, volvió en su edad avanzada á su diócesis, llevando consigo varias reliquias de Mártires persas, con que enriqueció de tal modo sus iglesias, que la ciudad de Talgrit se llamó desde entonces con el nombre raro de Martirópolis. La obra principal de este Padre es una liturgia siro-caldáica, de que usan todavía los maronitas que celebran en aquella lengua. Murió santamente en su propia silla antes del año de* 450. *Su cuerpo fue después conducido á Egipto, donde aun permanece en un magnífico monumento del monasterio de monjes siros en el desierto de Sceté.* Butler).

San Bernardo, cardenal y obispo de Parma, en la misma ciudad: era de la congregacion de Valle Umbrosa, del Órden de san Benito. *(Como legado apostólico consiguió restablecer la paz en Italia, muy agitada en su tiempo por las discordias civiles. Y entre otros de los muchos milagros que obró, se refiere que un dia hizo volver á su cauce natural las aguas del Po, que inundaban todo el país. Murió en Roma en* 1133).

SANTA BÁRBARA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Bárbara, tan célebre en la Iglesia, así griega como latina vino al mundo hácia la mitad del tercer siglo. La opinion mas verisímil es que era de Nicomedia en Bitinia: su padre se llamaba Dióscoro, uno de los mas furiosos secuaces del paganismo que jamás se conocieron; tan obstinado y tan adicto á las extravagancias y supersticiones de los paganos, que su devocion y su culto á los falsos dioses iban hasta el delirio y la necedad. Era por otra parte de un humor extravagante y de un natural cruel, teniendo todas sus inclinaciones bárbaras: no tenia mas que esta hija, en la que Dios habi

juntado todas las calidades y prendas que hacen admirar á las de su sexo; una belleza extraordinaria, un talento superior, un alma noble, y tan amiga de la razon, que desde su infancia se admiraba en ella una prudencia sin igual.

Por mas bárbaro que fuese Dióscoro, no dejaba de amar apasionadamente á su hija; y este misántropo era tan idólatra de su hija como de sus falsas divinidades. El temor de que hubiese otro que la amase tanto como él, le hizo tomar la ridícula resolucion de hacerla invisible á los hombres. Hizo construir un cuarto acomodado en una alta torre, donde la encerró con algunas criadas desde su primera juventud; y como habia reconocido en ella un espíritu extraordinario, quiso cultivarle, para lo cual la puso maestros.

Creciendo Bárbara en edad, crecia igualmente en espíritu y en sabiduría: sus delicias eran contemplar el cielo, y aquella multitud innumerable de estrellas, astros y planetas que le hermosean. No era menor la atencion, admiracion y gusto con que observaba la revolucion periódica de los cielos y de las estaciones: el curso de los astros tan regular, y toda la armonía que advertia en la naturaleza la embelesaban; y elevándose sobre los sentidos con las solas luces de la razon, decia: ¡Cuál debe ser la sabiduría infinita, el poder sin límites del artífice que ha criado todo este vasto universo, que ha arreglado con tanta habilidad todas las partes de que se compone, y que le conserva con tanto órden! ¿Quién se atreverá á imaginar que esta grande obra, que este vasto y magnífico palacio ha sido fabricado por sí mismo, ó que este mundo tan unido, tan bien ordenado y tan adornado ha sido hecho por el acaso? ¿Quién no reconoce en este todo y en todas sus partes un Ser soberano, y una suprema inteligencia que lo conserva y lo gobierna? ¡Qué poco merecen nuestros dioses el nombre que llevan! ¡Qué divinidades tan ridículas! se sabe cuando nacieron estos pretendidos dioses: ellos no existieron siempre; luego no se han criado á sí mismos; porque cuando uno no existe, no puede producirse ni criarse; luego es preciso que haya una suprema inteligencia, un Ser soberano, que no haya comenzado jamás á existir.

Estando Bárbara ocupada en estas sabias reflexiones, supo por uno de sus maestros que habia un cristiano célebre por su espíritu y su ciencia, llamado Orígenes, que hacia gran ruido en todo el Oriente, y que pasaba por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Bárbara, segun se cree, halló modo de hablar con él; y se asegura, que fue quien antes de su caida la instruyó en todos los misterios de la

fe, y la confirió el Bautismo. Hecha cristiana Bárbara, conoció luego que la verdad no podia encontrarse sino en un espíritu verdaderamente cristiano. Ilustrada por las luces de la fe, no halló gusto en adelante sino en las máximas del Evangelio. Haciendo impresion la gracia en una alma tan inocente, no aspiró sino á la soberana felicidad. El mundo la pareció no tener cosa que fuese digna de un corazon cristiano. La virginidad con especialidad la pareció una virtud tan preciosa y tan amable, que hizo propósito de perder antes la vida que este rico tesoro; siendo la augusta calidad de esposa de Jesucristo el solo objeto de su ambicion y de su ternura.

Como Dióscoro tenia distintas miras en cuanto á su hija, y esta era su ídolo, pensó en buscarla un establecimiento correspondiente á su mérito y á sus prendas: desde luego se le presentó un partido ventajoso, que debia hacerla una de las señoras mas principales de la provincia. La hizo Dióscoro la proposicion, y se la doró con todo lo que podia tentar á una señora jóven. El desprecio con que miró la Santa este matrimonio no hizo que su padre perdiera de todo punto las esperanzas; el cual teniendo que hacer un viaje, creyó que el tiempo la mudaria, y que á su vuelta la encontraria mas dócil: nuestra Santa en este tiempo pidió á su padre que mandara hacerla en lo mas bajo de la torre un baño para su uso. Consintió Dióscoro en ello, no atreviéndose á negar cosa alguna á su hija: ella misma trazó el plan, y su padre mandó á los albañiles que hicieran cuanto antes la obra. Habiendo partido Dióscoro, nuestra Santa dió priesa á los obreros; pero lo que queria no era un baño, sino una capilla: mandó hacer en ella tres ventanas, que á falta de imágenes la representaban el misterio de la santísima Trinidad.

Habiendo vuelto Dióscoro de su viaje, corre á donde estaba su hija, la abraza, y no dudando que hubiese mudado de sentimientos sobre el partido que la habia propuesto, la pregunta si permanece siempre resuelta á no admitir el casamiento. Nuestra Santa le responde, que la ternura con que ama á su padre no la permite apartarse de él para pasar á la casa de su esposo. Vos, padre mio, sois ya viejo, le dice con un tono tierno y afectuoso; permitid que cuide yo de vuestra vejez. Dióscoro, enternecido y embelesado de una respuesta tan oficiosa y tan obligatoria, no la habló mas de casamiento; pero imaginando que la soledad en que habia criado á su hija fuese la causa de lo disgustada que estaba del mundo, determinó ponerla en su casa, y hacerla tratar con toda especie de gentes.

La Santa sintió vivamente dejar su soledad; pero instruida por el

Espíritu Santo, y fortalecida con la gracia, determinó hacerse un retiro interior en el fondo del corazon, en donde esperaba no perder jamás de vista á su Dios. Como su padre era el pagano mas supersticioso que se vió jamás, habia procurado llenar su casa de ídolos: al entrar Bárbara en ella quedó sorprendida de esta tapicería; y no pudiendo disimular su indignacion, dijo á su padre con un tono indignado: ¿Qué hacen aquí todos estos ridículos muñecos? Dióscoro herido vivamente de esta pregunta, y de los términos de menosprecio de que se habia servido para burlarse de sus dioses, la respondió con un tono áspero, mezclado de amenazas: ¿Cómo hablas así? ¿Llamas muñecos á los sagrados ídolos de nuestros dioses? ¿Ignoras acaso el respeto que se les debe, y á qué castigo se expone el que les insulta? Nuestra Santa movida de compasion á vista de una ceguedad tan lastimosa, y animada al mismo tiempo de un nuevo celo, le dice: ¿Es posible, padre mio, que un hombre del juicio y cordura que vos, tenga por dioses á las obras de los hombres? ¿Ignorais las infamias de una Vénus, y los horrendos desórdenes de un Marte, de un Neptuno, de un Apolo, de un Júpiter? ¿Esta sola multiplicidad de divinidades no es el mayor monstruo que se puede pensar? Sabed, padre mio, que no hay mas que un solo Dios, el cual es el ser supremo, criador de todas las cosas, todopoderoso, infinito, soberano señor del universo, solo juez árbitro de la suerte de todos los hombres; y este Dios único y solo digno de respeto y adoracion es el Dios de los Cristianos; toda otra divinidad es una pura quimera.

Dióscoro estaba tan aturdido de lo que oia, que parecia haber quedado yerto todo el tiempo que duró el razonamiento. Mas volviendo de su pasmo, se abandonó á su natural fogoso y brutal; y haciéndole olvidar su cólera que era padre, arrebatado de un furor que no le permitia usar libremente de la razon, corre á tomar el sable para degollar á su hija, jurando por sus dioses que él mismo ha de ser su verdugo. No ignoraba la Santa lo que era capaz de hacer su padre, y así creyó que debia quitarle la ocasion de cometer un tan horrible parricidio: escapando, pues, de su furor por medio de la fuga, atraviesa un campo para buscar un asilo donde ocultarse. No bien habia vuelto en sí Dióscoro, corre en su seguimiento; pero una roca se divide milagrosamente para franquearla paso: mas esta maravilla hizo poca impresion en aquel furioso; el cual, habiéndola perdido de vista, se puso mucho mas colérico. Se informa dónde estaba aquella á quien perseguia con tanto furor y rabia. Un pastor le señala una gruta cubierta de ramas donde la hija habia ido á esconderse. Ha-

biéndola encontrado el bárbaro padre, se arroja sobre ella como un lobo rabioso sobre una inocente oveja, la arrastra por los cabellos, y habiéndose convertido en furor toda su ternura, la trata con tanta crueldad, que hubiera causado lástima aun á las bestias mas feroces. Llevándola después medio muerta á su casa, hubiera acabado de quitarla la vida, si hubiera creido poderlo hacer impunemente. Resolvió delatarla al gobernador por cristiana, esperando que podria negar la fe á vista de los suplicios, ó que si perseveraba en querer ser cristiana, por lo menos tendria el bárbaro placer de verla espirar en los tormentos.

No aguardó Dióscoro mucho tiempo á ejecutar su cruel designio: va á buscar al presidente, llamado Marciano, y le presenta aquella inocente víctima atada como un criminal, y maltratada toda á golpes. Viendo Marciano á esta jóven doncella, en quien la mansedumbre y la modestia igualaban á la belleza, se movió á compasion: la hizo quitar los cordeles con que estaba atada, y blasfemando de la severidad que el padre habia usado con ella, emplea todos los artificios para hacerla renunciar su religion. Alaba su belleza, su talento, sus raros méritos, y la promete todo lo que puede lisonjear y tentar á una doncella jóven, si quiere obedecer las órdenes del Emperador, y adorar los dioses del Imperio. Entonces nuestra Santa, que hasta aquí no habia dicho palabra, habló al Gobernador con tanta energía y elocuencia de la nada de todas las ventajas pasajeras con que la lisonjeaba, de la quimérica y extravagante divinidad de los pretendidos dioses de los paganos, y de la verdad y santidad de la religion cristiana, que toda la asamblea quedó admirada; el juez mismo se sorprendió; pero temiendo caer en desgracia de la corte si disimulaba el hecho, ó si no usaba de severidad con esta jóven cristiana, la hizo despedazar á golpes, que hicieron de todo su cuerpo una sola llaga: después, poniendo sobre su carne un horroroso cilicio de cerdas, la hizo encerrar en un calabozo, donde cada instante sufria un horrible y doloroso suplicio. Jesucristo se la apareció por la noche, la consoló, la animó, y la prometió sostenerla en medio de los tormentos; y para darla pruebas sensibles de su proteccion, la curó repentinamente de todas sus llagas.

Por la mañana Marciano la hizo comparecer ante su tribunal, y hallándola perfectamente curada, quiso persuadirla que debia su curacion al poder de los dioses; pero la Santa, mirando con compasion á este pagano, le dijo: Señor, ¿sois tan ciego que creais que unos ídolos, que necesitan de la mano de los hombres para ser lo que son,

hayan podido obrar este prodigio? Ninguno de vuestros quiméricos dioses tiene poder para tanto: quien me ha curado es solo Jesucristo, vuestro Dios y mio. Aunque hagais piezas mi cuerpo, el que me ha dado la salud puede tambien darme la vida. Yo le he hecho un sacrificio de la mia, asegurada que vive eternamente con él en el cielo el que muere aquí por su amor. Irritado el tirano de esta respuesta, la hizo despedazar con uñas de hierro, y después la hizo quemar los costados con hachas encendidas. Todo el tiempo que duró este cruel y horroroso suplicio tuvo la Santa levantados sus ojos al cielo; y con un rostro risueño decia: Señor, que conoceis el fondo de los corazones, Vos sabeis que el mio no ama sino á Vos, no desea sino á Vos, y en Vos solo pone toda su confianza. Dignaos socorrerme en este rudo combate; y no permitais que vuestra esclava y vuestra esposa sea jamás vencida. No me arrojeis de vuestra presencia: haced que vuestro santo espíritu no se aparte jamás de mí. El tirano, enfurecido y despechado al ver la intrepidez de esta heroína cristiana, mandó que la cortaran los pechos. Aunque el suplicio fue cruel, y el dolor vivo y agudo en una doncella de diez y ocho á veinte años, la mano del Todopoderoso la fortaleció y la sostuvo. Se la apareció segunda vez Jesucristo, y derramó en su alma tantas dulzuras, que en adelante cási no sintió el rigor de los suplicios. Por último, perdiendo el Presidente toda esperanza de vencer su fe, y de cansar su perseverancia, la condenó á que la cortaran la cabeza.

Dióscoro, este padre cruel, inhumano y bestial, no contento con haber estado presente á todos los suplicios de su hija, llevó la barbarie hasta el extremo de querer ser él su último verdugo. Pidió al juez le hiciese el gusto de que su hija no muriese por otras manos que por las suyas. Una peticion tan bárbara, que causó horror á todos los que estaban presentes, le fue otorgada. Aquella casta víctima fue llevada fuera de la ciudad á una pequeña colina, donde apenas llegó se puso de rodillas, levantó los ojos al cielo, y habiendo hecho una breve oracion, suplicando al Señor que aceptara el sacrificio que le hacia de su vida, alargó el cuello á aquel padre inhumano, el que de un golpe de sable terminó una tan bella vida, y la procuró la gloria del martirio el dia 4 de diciembre, siendo emperador Maximino. El cielo miró con horror la inhumanidad de este padre bárbaro, y quiso librar al mundo de este monstruo de crueldad; pues al bajar de la colina todo teñido en la sangre de su propia hija estando el cielo sereno y el aire muy quieto, se oyó el ruido de un trueno, y un rayo vino á estrellar al pié del monte á este padre inhumano. Poco tiempo

después tuvo la misma suerte el gobernador Marciano, siendo muerto por un rayo. Desde entonces se hizo universal el culto de esta gran Santa, tanto en la Iglesia griega, como en la latina; y en toda ella es invocada, especialmente contra los truenos y rayos. Por el mismo motivo la invocan tambien para alcanzar de Dios la gracia de no morir sin los últimos Sacramentos. Un insigne milagro aumentó esta devocion y la confianza de los fieles en esta gran Santa.

El año 1448 sucedió en la ciudad de Gourcun en Holanda, que un hombre llamado Enrique, muy devoto de santa Bárbara, por la confianza que tenia de que le alcanzaria la gracia de no morir sin Sacramentos, se encontró rodeado de fuego en un incendio, sin esperanza de salvar la vida. En este conflicto recurrió á su santa Protectora, la que se le apareció; y aunque no le habia quedado ya sino un soplo de vida, por haber sido tan maltratado del fuego que no tenia figura de hombre, le dijo que Dios le alargaba la vida hasta el dia siguiente para darle tiempo de recibir los últimos Sacramentos de la Iglesia; y habiéndose apagado el fuego al mismo instante, se confesó, recibió el Viático y la Extremauncion: el mismo sacerdote que le confesó, llamado Teodorico Pauli, dejó á la posteridad la historia de este gran milagro. En la historia de san Estanislao Koska, de la Compañía de Jesús, se halla otra prueba insigne de esta singular proteccion, de resultas de una confianza semejante á la expresada.

Habiendo sido llevado á Constantinopla el cuerpo de esta Santa, fué depositado al fin del siglo IX en una iglesia erigida á honra suya por el emperador Leon. Pero el año 991, siendo emperador Basilio, dieron estas santas reliquias á los venecianos, cuya mayor parte se guarda todavía hoy en la iglesia de los Padres de la Compañía de Jesús de Venecia.

SAN PEDRO CRISÓLOGO, ARZOBISPO Y CONFESOR.

San Pedro, llamado *Crisólogo* ó palabra de oro, fue natural de Imola, llamada antiguamente Forum Cornelii, ciudad en el Estado eclesiástico cerca de Ravena. Cornelio, obispo de ella, de quien el Santo habla siempre con gran veneracion y con muestras de gratitud, le enseñó las ciencias sagradas y le ordenó de diácono. Llámale padre, y nos dice que todas las virtudes brillaban en grado heróico en su conducta, y que el lustre de sus grandes acciones le habian hecho conocido en todo el mundo. Bajo su prudente direccion fue formado nuestro Santo desde su juventud en todas las virtudes con los ejercicios de la vida interior, y con ellos llegó á entender que el do-

minar sus pasiones y sujetarse á sí mismo era la verdadera grandeza y el único medio de granjear el espíritu de Cristo. Porque el oráculo de la verdad nos asegura, que el sufrir con paciencia una injuria es á veces accion mas heróica que vencer naciones enteras, y que cuando nos amanezca la aurora, y desvanezca las sombras en que al presente estamos abismados, verémos claramente, que el mas leve acto de perfecta mansedumbre, humildad, resignacion y paciencia, es de mucho mas valor que ganar millones de mundos. Este es el mas glorioso triunfo con que es honrado Dios en nosotros, y en que el alma goza de una verdadera alegría y paz interior; pues que sus afectos se regulan entonces y se sujetan enteramente á su santa voluntad. Esta victoria doméstica es á veces demasiado grande para poderse alcanzar sin muchos esfuerzos; ni las dificultades que en ella ocurren pueden vencerse, ni ser removidos sus obstáculos de otro modo que con una constante vigilancia y aplicacion. Para completar, pues, con mas facilidad esta grande obra de sujetar enteramente sus pasiones, y depositar en su alma el espíritu de Cristo, abrazó el estado monástico; y habia ya servido á Dios en él con gran fervor y sencillez por algun tiempo, cuando fue colocado en la silla arzobispal de Ravena. Muerto el arzobispo Juan por los años de 430, el clero y pueblo de aquella iglesia erigieron un sucesor, y suplicaron al obispo de Imola fuese con sus diputados á Roma para obtener del papa Sixto III la confirmacion de aquel nombramiento. Cornelio llevó consigo á su diácono Pedro, y el Papa (que segun los historiadores de Ravena habia sido avisado para ello de una vision en la noche antecedente) no quiso ratificar la eleccion hecha, y propuso á Pedro como persona diputada por el cielo para aquella dignidad; en cuya proposicion consintieron los diputados después de alguna resistencia.

Recibida la consagracion episcopal fue nuestro Santo conducido á Ravena, y recibido en ella con extraordinaria alegría, residiendo á la sazon en aquella ciudad el emperador Valentiniano III y su madre Gala Placidia. El santo Obispo extenuaba su cuerpo con los ayunos, y ofrecia sus lágrimas á Dios por los pecados de su pueblo, á quien nunca cesó de instruir con sus palabras y su ejemplo. Cuando entró en el goce de su dignidad halló en su diócesis muchas reliquias de la supersticion pagana, y aun entre los fieles se habian introducido en algunas partes varios abusos; pero fueron dichosos frutos de su celo apostólico la total extirpacion de las primeras, y la reformacion de los segundos. La ciudad de Classis, situada en las costas, era entonces el puerto de Ravena, de donde distaba como tres

millas; y san Pedro erigió cerca de su iglesia mayor una gran fuente y el monasterio de San Andrés. Ejercitaba una caridad sin límites y una vigilancia infatigable con todos los de su grey, alimentándoles con el manjar de vida y con la palabra de Dios. Ciento setenta y seis discursos suyos existen todavía, cuya coleccion hizo Félix, obispo de Ravena, en el año de 708. Todos ellos son muy cortos, porque nunca quiso fatigar la atencion de sus oyentes. En ellos junta una elegancia grande con la extrema brevedad: su estilo no tiene los defectos comunes de hinchado ni forzado en la expresion, aunque está entretejido de sentencias y frases que dicen entre sí una admirable conexion: las palabras son muy oportunas, muy sencillas y muy naturales; y las descripciones afluentes y claras. No obstante, sus discursos mas son instructivos que patéticos; y aunque en ellos se explica muy por extenso la doctrina, se encuentran pocas expresiones que hieran con vehemencia en los afectos. Ni deben tampoco contarse sus discursos entre los mejores modelos de elocuencia, sin embargo de haber llegado á grado tan alto su reputacion en cuanto á la calidad de predicador que mereciese el nombre de Crisólogo, que quiere tanto decir como discursos de oro, ó arengas excelentes. Recomienda fuertemente la frecuente Comunion, para que alimente diariamente nuestras almas la santa Eucaristía, que llama él por lo comun Cuerpo de Cristo, en que, dice él mismo, comemos al mismo Cristo. En todos ellos repite y ensalza la excelencia y la obligacion de dar limosnas, de orar y de ayunar: los cuarenta dias de ayuno en la Cuaresma dice que no fueron de invencion humana, sino de autoridad divina. Á los que su poca salud no permita ayunar estos cuarenta dias, exhorta á recompensar aquella falta con abundantes limosnas. Entre las reliquias del paganismo que él dice haber extirpado, cuenta el Santo el rito y modo de celebrar el dia de año nuevo; del que dice: «El que se divierte con el demonio, jamás podrá reinar con Cristo.» Segun aparece de sus escritos, muchas veces predicó en presencia del Emperador y de la católica emperatriz Placidia, madre de tres hijos, Valentiniano III, Placidia y Eudocia. Dice tambien que la silla de Ravena acababa de ser elevada á la dignidad de metropolitana por el Papa, y por el favor de un príncipe cristiano. Porque aunque Ravena hacia mucho tiempo que era metrópoli de la provincia Flaminiana, los obispos no obstante seguian siendo sufragáneos del arzobispo de Milan, hasta que en tiempo de san Pedro Crisólogo fue elevada á esta dignidad. Condenado por Flavian el heresiarca Eutiques, escribió una carta circular á los prelados mas ilustres de la Iglesia en

defensa y justificacion de su persona y conducta: y nuestro Santo en la respuesta que le dió, le decia que habia leido con empacho su carta; porque si la paz de la Iglesia es una cosa que causaba alegría aun en los cielos, la division y turbulencia no podia menos de ocasionar tristeza y descontento: que el misterio de la Encarnacion, aunque inexplicable, nos habia sido transmitido por la ley divina; y que todo esto debia creerse con sinceridad de fe. En virtud de esto le exhortaba tambien á aquietarse y no disputar, pues que tenia delante de sus ojos las rocas y escollos en que habian dado por seguir aquel rumbo Orígenes, Nestorio y otros. En el año de 448 nuestro Santo recibió á san German de Auxerre con grande honor en Ravena, y después de la muerte de este no tuvo menos dicha en haber heredado su cogulla y su camisa. No le sobrevivió mucho tiempo, pues que en el año de 452, en que Átila se aproximó á Ravena, ocupaba ya su silla Juan, sucesor de Crisólogo, y en efecto salió aquel á recibirle. Amonestado, pues, el Santo de su próxima muerte, se volvió á Imola, patria suya, y allí dió á la iglesia de San Casiano una corona de oro engastada en perlas, un cáliz de oro con patena de plata, y otras alhajas que se conservan en el dia, y son famosas por sus milagros. Pedro murió en Imola, probablemente en 2 de diciembre del año de 450, y fue sepultado en la iglesia misma de San Casiano. La mayor parte de sus reliquias se conserva en ella; pero un brazo del Santo se venera en Ravena depositado en una rica urna. (*Butler*).

SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, PADRE DE LA IGLESIA.

Tito Flavio Clemente fue natural de Atenas; principió sus estudios en Grecia, los continuó en Italia, Asia Menor, Asiria y Palestina, y acabó sus dias en Egipto; porque el deseo insaciable de saber le hizo medir el mundo á viajes, por aprovechar en la humana literatura. Hace mencion él mismo de cinco maestros eminentes que tuvo: uno en Grecia de la secta jónica, dos en Calabria, y dos mas en el Oriente. Era muy versado en la filosofía platónica; pero se inclinaba mas á los principios de los estóicos; y sin contraerse á instituto particular elegia libremente lo que le parecia mas excelente. Uno de los maestros que tuvo en Palestina fue de linaje judío, y probablemente cristiano de profesion; pero el último, y á quien preferia siempre á todos los demás fue Panteno, que tenia escuela catequética en Alejandría. En este exámen é inquisicion de la verdad halló claramente lo craso de los errores de la idolatría, y vino en busca de la luz de la fe; porque luego que estuvo enriquecido con toda la opu-

lencia de la literatura profana, principió á conocer que habia otra especie de ciencia mucho mas importante y delicada, que era la de la Religion, como que esta era la que traia la felicidad al hombre. Desde entonces su sed por sabiduría tomó otro rumbo diferente, y fijó sus deseos en la teología, no queriendo ya mas, dice él mismo, que una vida perfecta de todas las virtudes. Dícenos, que algunos de aquellos que fueron inmediatos sucesores de los Apóstoles, y que preservaron la verdadera doctrina por tradicion desde san Pedro, Santiago, san Juan y san Pablo, habian vivido hasta su tiempo para sembrar en los corazones de los que entonces vivian la semilla que habian recibido de los Apóstoles mismos sus predecesores. Enviado Panteno á las Indias por el obispo Demetrio, en el año de 189, Clemente Alejandrino le sucedió en su escuela de doctrina cristiana en Alejandría, en la cual enseñó con mucho fruto, y entre otros discípulos contó al famoso Orígenes y á san Alejandro, que fue después obispo de Jerusalen y mártir. Su modo de instruir era enseñar en primer lugar lo que tenia de bueno la filosofía pagana, y después ir inclinando gradualmente á sus discípulos al cristianismo: de modo que le abrazaban fácilmente, como que tenian ya gustadas muchas suaves máximas de moralidad que les advertia la luz de la razon, y que habian hallado esparcidas en los escritos de los filósofos. Clemente fue promovido al sacerdocio á principios del reinado de Severo; porque Eusebio le da ya este título en el año de 195. La persecucion que este Emperador levantó contra la Iglesia en el año de 202 le obligó á abandonar su empleo y pasarse á Capadocia. Poco después pasó á Jerusalen donde predicó con gran constancia y mucho fruto, como se ve por una carta escrita por Alejandro. De aquí marchó á Antioquía, y por cuantas partes pasaba extendia y aumentaba el rebaño del Señor, hasta que desde esta ciudad volvió á entrar en Alejandría.

Grandes encomios nos han dejado los antiguos de la virtud y doctrina de san Clemente; pero su mayor elogio son sus propios escritos, en que comunicó á otros parte del tesoro que con tanto desvelo habia juntado. En su *Exhortacion á los gentiles* hace patente lo absurdo de la idolatría, dando una relacion histórica de la mitología: en cuya obra esparció muchos curiosos descubrimientos que en sus viajes habia hecho, formando una agradable pintura de varias preciosidades. Su segunda composicion fue la que llama *Stromata*, que viene á ser una miscelánea en ocho libros, sin mucho órden, comparándolo el autor no con un jardin en que se adviertan en disposi-

cion ordinal árboles y plantas dispuestas en órden armonioso, sino con un bosque intrincado, en que se ven promiscuamente árboles y plantas de todas especies. En esta obra, que dice él haberla hecho para que le sirviese como de coleccion en su edad avanzada, por si perdia la memoria de lo que habia aprendido, expresa con candidez haber hablado á veces como demasiado filósofo, y haber dicho algunas cosas incautamente, pero que por lo general admiten interpretacion sencilla y cándida. El estilo en esta es algo mas duro que en las demás obras suyas: no obstante se advierte en ella una copia grande de materiales y riquezas de ingenio, con una profusion de doctrina prodigiosa; y muchos discursos sobre moralidad, metafísica, sobre varias herejías, sobre la idolatría, y sobre la teología cristiana. En el libro sexto pinta el carácter del verdadero gnóstico, ó buen cristiano. Los principales rasgos de esta pintura son, que el verdadero gnóstico tiene un perfecto dominio sobre sus pasiones, es exactamente templado, y no concede á su cuerpo mas que lo indispensablemente necesario: ama á Dios sobre todas las cosas, y á las criaturas por él, y por el respecto que al Señor dicen, no habiendo cosa que sea capaz de separarle de él. Lleva con paciencia todos los infortunios, y pone todo su estudio en saber aquello que es relativo á Dios. Jamás se deja vencer de la ira; y pide continuamente aquella caridad que le hace inseparable de él, rogando por la remision de sus pecados, y gracia para no pecar mas y hacer todo lo bueno. En el libro séptimo discurre por todas las virtudes de su gnóstico, y dice, que este está siempre empleado en honrar á Dios, en amarle, en entenderle ó conocerle, oir é imitar á su Verbo que se hizo hombre por nuestra salvacion: que es cortesano, afable, paciente, caritativo, sincero, fiel y templado en todo: que desprecia los bienes del mundo, y está dispuesto á sufrir cualquiera penalidad por Jesucristo: que nada hace por ostentacion, miedo, ni deseo de recompensa, sino por puro amor y por puro respeto á la bondad y justicia de Dios: últimamente que en todo es santo y divino. El gnóstico ora en todo lugar, pero en secreto, en el seno de su corazon: tanto en los lugares públicos, como en sus conversaciones, y mientras está ocupado en sus labores. Alaba á Dios continuamente no solo por la mañana cuando el sol nace, y por la tarde cuando se pone; sino cuando se pasea, cuando se viste, cuando se acuesta, glorificando á Dios incesantemente, como los Serafines de que habla Isaías. Distingue después san Clemente los verdaderos gnósticos de los falsos ó herejes que en su tiempo turbaban la Iglesia con abominables novedades, y con el pretexto de una perfeccion imagi-

naria. Los errores y las extravagancias en que han incurrido algunos acerca de la perfeccion, demuestran la mucha delicadeza con que debe tratarse esta materia. San Clemente para precaverse contra los falsos místicos, explica la naturaleza y propiedades de cada virtud teológica, y particularmente la pureza del amor de Dios. Señala juiciosamente los límites entre la resignacion y la indiferencia, y trata sobre la actividad, la transformacion y la union, de modo que se eviten todas las equivocaciones, oscuridad de palabras, el lenguaje y las ilusiones del fanatismo. El corto tratado de este Santo, titulado: *¿Quién es el rico que puede salvarse?* es una exposicion de las palabras de Cristo al rico avariento (*Marc.* x), demostrando que para salvarse no es necesario que un hombre abandone todas sus riquezas, con tal que haga buen uso de ellas conforme á los preceptos de Dios. Aquí discurre el autor sobre el amor de Dios y del prójimo, y sobre el arrepentimiento; y para probar su eficacia cuenta la famosa historia del ladron á quien san Juan convirtió de su mala vida.

El *Pedagogo* de san Clemente, en tres libros, es un compendio excelente de la moral cristiana, y manifiesta el modo con que vivian en aquellos siglos todos los buenos cristianos. En el primero demuestra el Santo que Cristo es el pedagogo, conductor y pastor de los hombres, y que todos necesitan de su direccion; porque toda la vida de un cristiano debe ser una serie continuada de acciones virtuosas. En el libro segundo se establecen varias reglas para algunas obligaciones particulares, especialmente las relativas á la abstinencia, mortificacion, modestia, humildad, silencio, oracion, limosnas, y castidad tanto en el estado del matrimonio como en el del celibato. Prescribe por regla el alimento sencillo y escaso para la salud y la robustez: una comida al dia, y esta por la tarde; ó cuando mas dos, esto es, fuera de la principal dos, como desayuno, ó merienda de un poco de pan, ó cosa semejante, sin el exceso del beber. Prueba ser lícito contra los Encratitas el moderado uso del vino; pero le prohibe á los jóvenes, y desea que solo se bebiese, y esto escasamente, en la comida principal. Condena el lujo en el aparato, y se produce contra él mucho mejor que Juvenal y que ninguno de los satiristas anteriores al Santo. Manda que el sueño sea moderado, y nunca concede que deba tomarse entre dia: quiere que se principie la noche rezando las divinas alabanzas, y que se levanten á orar alguna vez entre noche, levantándose, ó dejando el lecho por la mañana al romper el dia. Contra las licenciosas libertades de los paganos demuestra, que toda impureza es pecado contra la misma razon natural. En el libro

tercero habla de la modestia, etc., y manifiesta que solo los Cristianos son verdaderamente ricos, porque el tesoro de estos es la frugalidad ó moderacion. Concluye exhortando á los hombres á dar oidos á los saludables preceptos de Cristo, á quien dirige una oracion, alabándole con el Padre y el Espíritu Santo, y dándole gracias por haberle hecho miembro de su Iglesia. En esta obra se establecen muchas reglas excelentes para conducir las almas á la verdadera perfeccion; pero seria de desear que en alguna traduccion se hiciesen mas agradables y conformes á las costumbres de nuestros tiempos algunas expresiones propias de aquellos siglos, ó no extrañas al oido en ellos.

El estilo de san Clemente en su *Pedagogo,* y especialmente en su *Exhortacion á los gentiles,* es florido, elegante y sublime, como observa Phocio; pero su decir no es ático ó perfectamente puro. En todos sus escritos se advierte explayada una erudicion grande, especialmente en su *Exhortacion á los gentiles.* San Gerónimo le llama «el mas sabio de nuestros autores,» y Teodoreto dice: «aquel santo «varon excedió á todos en extension de doctrina.» San Alejandro de Jerusalen y otros antiguos Padres recomiendan sumamente la santidad de su vida. El piadoso autor francés de la Biblioteca portátil de los Padres de la Iglesia nota, que Clemente es uno de los maestros mas excelentes de la vida interior entre los antiguos Padres, y que sus máximas principales son: que el gnóstico, ó verdadero cristiano, debe orar en todo lugar y tiempo, tanto dentro de su corazon, como diciendo y rezando á veces himnos y salmos al Señor; que debe crucificar todos los apetitos desordenados, y debe tener todos sus sentidos bajo de una subyugacion perfecta; y aunque por caridad esté unido con el Señor, debe estar siempre pidiendo gracia para no pecar, y perdon por lo pecado. Murió pues san Clemente en Alejandría antes de acabar su reinado Caracalla, á quien mataron en el año de 217. Su nombre ocupó su lugar en el Martirologio de Usuardo, que se usó por mucho tiempo en las iglesias de la Galia, pero nunca en el Romano. El papa Benedicto XIV en su sabia disertacion dirigida en forma de Breve al rey de Portugal, prefijada á la edicion del Martirologio Romano, hecha en el año de 1749, demuestra excelentemente que no hay razon suficiente para no haber jamás insertado su nombre en este Martirologio. La autoridad, pues, de algunos calendarios particulares, y la costumbre general de los biógrafos sagrados basta para que pongamos su vida en este lugar. (*But.*)

La Misa es en honor de santa Bárbara, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui inter caetera potentiae tuae miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius; ut qui beatae Barbarae, virginis et martyris tuae, natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre los otros prodigios de tu poder has hecho victorioso en los tormentos del martirio el sexo mas frágil, concédenos la gracia de que honrando el dichoso nacimiento al cielo de santa Bárbara, vírgen y mártir tuya, caminemos á tí por medio de sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo LI *del Eclesiástico.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo; quoniam adjutor et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguae iniquae, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiae nominis tui à rugientibus praeparatis ad escam, de manibus quaerentium animam meam, et de portis tribulationum quae circumdederunt me; à pressura flammae, quae circumdedit me, et in medio ignis non sum aestuata; de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta. Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio; porque has sido mi ayuda y mi protector glorificaré tu nombre; y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes, de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Me libraste segun la muchedumbre de tus misericordias de los leones rugientes. ¿Por ventura no son nuestras pasiones estos leones rugientes? á lo menos tienen toda la fiereza, toda la fuerza y toda la crueldad de los leones; y ¡qué horrible destrozo no hacen en nuestra alma! Las pasiones son nuestros mas mortales enemigos, tanto mas temibles, cuanto son mas domésticos. Por mas que se las acaricie, se las

halague y se las trate bien, jamás se domestican, jamás se amansan. ¡Qué enemigo, buen Dios, no alimentamos en nosotros mismos! El medio de domar un enemigo tan terrible es no hacer jamás paces ni treguas con él. Somos vencidos desde el instante mismo en que le tratamos con blandura. La victoria depende cási enteramente de la resistencia y porfía del combate. ¿Se halaga una pasion? se hace desde luego mas fiera y mas impetuosa; basta que se la deje respirar un momento para que tome nuevas fuerzas, forme nuevas cadenas, y lo lleve todo á fuego y sangre. Hay pasiones que es menester maltratarlas enteramente: otras se deben atacar de frente; las hay tambien de tal calidad, que solo con la huida podemos no ser vencidos de ellas. No vencer una pasion sino á medias es irritarla, no quitarla las fuerzas. Las reflexiones sobre los tristes efectos de las pasiones son un excelente remedio contra las pasiones mismas. Ciertos pueblos procuraban hacer ver á sus hijos un hombre inflamado en cólera, en los furiosos transportes de esta pasion, para inspirarles horror á este brutal frenesí. Esta especie de pinturas no dejan de hacer su impresion. Si el avaro, si el orgulloso pudieran ver sus retratos al natural; si aquel sus sucios ahorros y su voluntaria miseria, á fin de dejar mas hacienda á unos ingratos que se divertirán á costa de un tonto; si este sus ridículas ideas de grandeza, y la desmedida estimacion que hace de sí mismo con mérito tan mediano; esta sola vista les podria servir de contraveneno, ó á lo menos debilitaria mucho la pasion. Un hombre cuerdo se avergonzaria de ser colérico, de ser avaro; y un hombre cristiano de ser soberbio y altivo. Todas las demás pasiones no dan mejor idea de sí á quien las ve tales como son. Es un artificio de nuestro amor propio el no hacernos ver nuestras pasiones sino á una falsa luz; no nos parecen violentas, hediondas, enemigas y perniciosas sino en los otros. Queremos que las nuestras sean siempre mas bien acondicionadas, queremos que tengan un aire mas afable y menos rústico. Mirémoslas sin preocupaciones; pensemos de nosotros mismos como los otros piensan; no miremos nuestras pasiones sino en sus efectos; estos son sus verdaderas imágenes; quitémoslas la mascarilla, veámoslas sin disfraz, y nos desagradarán. ¡Buen Dios! ¿no es de temer que estemos de inteligencia con ellas? Lo cierto es, que se alimentan á nuestras expensas. La indulgencia con que las excusamos da bastante á conocer que no las miramos siempre como á enemigas. Con mas indulgencia tratamos á nuestras pasiones, que ellas á nosotros: si quisiéramos vencerlas, no nos faltarian modos ni medios para conseguirlo.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus: quae accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae, et quinque prudentes: sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquae virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle; entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

De la vigilancia cristiana.

Punto primero. — Considera cuán funesto fue á estas vírgenes poco vigilantes su corto sueño. Despiertan sobresaltadas, echan de ver entonces que se apagan sus lámparas por falta de aceite, y corren á comprarlo. En este corto intervalo viene el esposo, y llena de sus gracias á las vírgenes sabias; esto es, á las vírgenes vigilantes que no se habian dejado coger del sueño. Las vírgenes necias, quiero decir, las que por su descuido y su soñolencia no habian provisto sus

lámparas, vuelven á toda diligencia; pero el esposo habia ya entrado, y se habia cerrado la puerta: llaman, gritan, suplican, lloran, pero se les responde: *Nescio vos:* No sé quiénes sois; no os conozco. ¡Ah, Señor, y qué necesaria es para la salvacion la vigilancia cristiana! Mientras estamos en esta vida vivimos en un país enemigo: todo es riesgos, todo tentaciones, todo lazos: nuestros sentidos nos engañan, nuestro espíritu nos deslumbra, nuestro propio corazon nos hace traicion. Muchos son los objetos que nos tientan: el aire del mundo es contagioso: nosotros mismos somos nuestros mayores enemigos; ¿de qué armas, de qué precauciones no necesitamos para no ser vencidos? El Salvador del mundo reduce todas sus instrucciones á dos obligaciones esenciales en que están contenidas todas las otras: *Vigilate et orate:* velad y orad para que no caigais en la tentacion. Y ¿por qué esto? Porque estas dos obligaciones encierran en sí toda la economía de la gracia y de la libertad del hombre, las que deben concurrir juntas para vencer la tentacion. La oracion nos alcanza del cielo los socorros que necesitamos para pelear; y la vigilancia nos pone en estado de usar valerosamente de estos socorros, inútiles si no concurren juntos. Tú oras, pero te falta la vigilancia; oracion inútil, pues tu falta de vigilancia impide el efecto de tus oraciones. Tú velas, pero no oras; vigilancia vana é ilusoria, porque te prometes vencer al tentador con tus propias fuerzas. Un hombre que ora sin velar sobre sí mismo, es, por decirlo así, un hombre armado de toda suerte de armas, que se duerme á vista de su enemigo. Un hombre que vela y no ora sin cesar, es un hombre que está siempre en estado de pelear, pero sin armas y sin defensivos. Considera cuán indispensablemente necesarios son estos dos medios, y reconoce con dolor el funesto orígen de todas tus tristes caidas.

Punto segundo. — Considera que orar sin velar es presumir de la gracia, y lisonjearse de una esperanza quimérica de vencer sin pelear con el enemigo. Velar sin orar es presumir de sus propias fuerzas, y exponerse temerariamente al peligro de caer en la tentacion. Orar sin velar es contar sobre un socorro, que ó no le tendrémos, ó que harémos nos sea inútil. Velar sin orar es contar sobre un socorro demasiado débil para sostenernos, y pedir demasiado á una naturaleza tan corrompida como la nuestra; pero descuidar de velar sobre sí mismo y de orar, es estar muy cerca de ceder á la tentacion, y ser vencido. Y ¿no es esta la conducta lastimosa de la mayor parte de las gentes? Esas personas tan poco religiosas, tan poco cristianas

¿juntan la oracion á la vigilancia? ¿la juntan las que se entregan ciegamente á todos los peligros, las que alimentan y halagan á todas sus pasiones, las que conocen que no son tan insensibles á la impresion de los objetos que se las presentan? Esas mujeres de mundo ¿juntan la oracion á la vigilancia cuando pasan los dias en la mas perniciosa ociosidad, cuando no piensan sino en el fausto, en la compostura, en los espectáculos, en las diversiones, cuyas costumbres son tan contrarias á la moral de la Religion, y cuya conducta es enteramente pagana? Y ¿se pasman después que el infierno se llene de cristianos? y ¿se lastiman de la dificultad que hay en el mundo de obrar su salvacion? y ¿se excusan y disculpan con su flaqueza? Cuando la salvacion fuera tan fácil como es difícil, viviendo como viven hoy la mayor parte de los cristianos, ¿se salvarian? ¿pueden hacer mas gastos de los que hacen para asegurar su propia reprobacion? Las almas mas inocentes, mas retiradas y mas fervorosas; aquellas almas tan verdaderamente cristianas, las vírgenes sabias no dejan de velar y orar sin cesar, y con todos estos socorros se las dice que obren su salvacion con temblor y temor; y unas almas esclavas del pecado, y tantas veces vencidas, viven en una profunda seguridad. ¡Oh delirio, oh frenesí!

Dignaos, Señor, hacer que estas reflexiones me sean saludables y provechosas; no me negueis la gracia que os pido de velar y orar incesantemente.

Jaculatorias. — Penetrad mi carne de vuestro temor para que esté en estado de evitar vuestros terribles juicios. (*Psalm.* xviii).

Ayudadme, Dios mio, y me salvaré: y meditaré sin cesar vuestros preceptos. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Se pasan los dias de la mayor parte de los cristianos en un continuo esparcimiento hácia afuera, en una espantosa disipacion de espíritu y de corazon; se derraman hácia toda suerte de objetos, y se prometen una suerte feliz y dichosa. Corrige desde hoy este error y después de haber considerado la necesidad que tienes de orar y de velar sin cesar, haz una firme resolucion de poner en práctica todo lo que conocieres serte necesario. No te contentes con tus oraciones ordinarias: en tus oraciones acuérdate de pedir á Dios la victoria de tus pasiones y de tus tentaciones: acostúmbrate tambien á hacer continuamente por el dia, y cuando despertares por la noche, estas ora-

ciones jaculatorias ó aspiraciones devotas: Yo os amo, Dios mio; antes morir, Señor, que ofenderos: Señor mio y Dios mio. *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina:* Tened cuidado, Dios mio, de ayudarme; daos priesa, Señor, de venir á asistirme, etc.

2 Vela á toda hora sobre tí mismo, está alerta contra tí mismo, desconfia sin cesar de tu amor propio y de tu propio corazon. El fruto de esta vigilancia es la guarda de los sentidos; la modestia y la circunspeccion son las llaves, por decirlo así, del tesoro de la inocencia. El silencio es un freno de nuestra alma: nadie se arrepintió jamás de haberlo observado; y nunca se habla mucho sin que se saque algo de que arrepentirse. No te olvides jamás de esta sentencia del Salvador: *Vigilate et orate:* Velad y orad.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

San Sabas, abad, en Mutalasca en Capadocia; el cual en Palestina resplandeció con admirable ejemplo de santidad, y trabajó fielmente en defensa de la fe católica contra los que impugnaban el concilio Calcedonense. *(Véase su historia en las de hoy).*

Santa Crispina, mujer nobilísima, en Tebaste en África; la cual en tiempo de Diocleciano y Maximiano, porque no quiso sacrificar á los ídolos, fue degollada por mandato del procónsul Anulino: san Agustin la alaba muchas veces en sus escritos. *(Nos dice este Santo* in Psalm. CXX et CXXXVII, *que esta santa Mártir era una señora de ilustrisima cuna, muy rica y casada; que tuvo muchos hijos, y que aunque de complexion delicada su espiritu era varonil en lo que tenia relacion con Dios. Cuando fue preciso confesar públicamente el nombre de Cristo, no hizo ningun caso de las amenazas ni de las exhortaciones del mayistrado que trataba de persuadirla, mereciendo así la palma del martirio por el generoso sacrificio de su vida en el año 304).*

Los santos mártires Julio, Potamia, Crispin, Félix, Grato y otros siete, en Tagura en África.

San Baso, obispo, en Nicea junto al rio Varo; el cual por confesar la fe católica en la persecucion de Decio y Valeriano, por decreto del presidente Perennio fue atormentado en el caballete, abrasado con planchas de hierro ardiendo, herido con varas y con escorpiones, y arrojado al fuego; mas saliendo de todo sin daño, le traspasaron la cabeza con dos clavos, y consumó su ilustre martirio *(en el año 254).*

San Dalmacio, obispo y mártir, en Pavía, que padeció durante la persecucion de Maximiano. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Pelino, obispo de Porantru, en Pentina en el Abruzzo; al cual en el imperio de Juliano Apóstata, porque con sus oraciones se desplomó el templo de Marte, indignados los sacerdotes de los ídolos del mismo templo, le azota-

ron cruelísimamente, y luego con ochenta y cinco heridas que le abrieron alcanzó la corona del martirio.

San Anastasio, mártir, igualmente; el cual con el ansia de padecer el martirio se ofreció voluntariamente á los perseguidores.

San Nicecio, obispo, en Tréveris, varon de admirable santidad. *(San Gregorio el Grande nos ha dejado un elogio grande de este santo Prelado, y otros muchos Santos del siglo en que vivió dan testimonio de la inocencia de sus costumbres, de su extraordinaria santidad, y de sus milagros. Murió por los años de* 506).

San Juan, obispo, llamado el Taumaturgo, en Poliboro en Asia. *(Floreció en tiempo del emperador Leon III, llamado Isauro, con quien disputó muchas veces acerca del culto que se debe á las imágenes de los Santos. Fuele concedido el don de milagros, y fueron tantos y tan asombrosos los que obró, que sus contemporáneos le dieron el sobrenombre de Taumaturgo. Segun Baronio murió el año* 731).

SAN SABAS, ABAD.

Nació san Sabas el año 439 en la aldea de Mutalasca, en el territorio de Cesarea de Capadocia: era hijo de Juan y de Sofía, ambos notables en el país por su nobleza y por su virtud. Su padre era oficial en los ejércitos del Emperador, y mandaba una compañía de isauros. Habiéndose excitado en Alejandría algunas turbaciones, fue enviado Juan á apaciguarlas, y su mujer Sofía le siguió. La detencion que se vieron precisados á hacer los obligó á dejar á su hijo Sabas, que solo tenia cinco años, bajo la direccion y cuidado de Hezmías, su tio materno. El niño, aunque muy sufrido, no pudo aguantar el mal humor de su tia, que le trataba mal; lo que le obligó tres años después á retirarse á casa de un tio llamado Gregorio, hermano de su padre, que vivia en el lugar de Escandos. Esta preferencia causó muy en breve celos entre los dos tios, pretendiendo cada uno apoderarse de la persona del sobrino, y entrar en la administracion de la hacienda del padre: aunque Sabas solo contaba entonces ocho años, se escandalizó de estas contestaciones, de las que determinó hacer cesar la ocasion, y quitar la causa, para lo cual se retiró secretamente al monasterio de Flaviano, á una legua corta de Mutalasca. Sola su fisonomía prevenia tan poderosamente en su favor, que aquellos buenos religiosos le recibieron con gusto, y se encargaron de su educacion. El buen genio del jóven, su inclinacion á la virtud su aplicacion y su inocencia le hicieron en breve adelantar tanto en las ciencias y en la virtud, que desde entonces se le miraba como á quien debia ser un dia uno de los mas bellos ornamentos de la vida cenobítica. Habiendo su retiro reconciliado á los dos tios, no omitie-

ron diligencia alguna para sacar al sobrino del claustro; mas el jóven les protestó que ninguna cosa seria capaz de hacerle abandonar jamás su vocacion; que siempre preferiria el estado religioso á todas las ventajas del siglo.

Sin embargo de sus pocos años no se veia persona en el monasterio á quien no excediese en austeridad, en exactitud y en fervor. Habiendo cogido un dia una manzana en el huerto, no solo no la comió, sino que se afligió tanto de esta venialidad, que se prohibió el uso de toda especie de fruta lo restante de su vida. No era menos sobrio en el dormir que en el comer; pasaba una parte de la noche en oracion, y por el dia no dejaba vacío alguno entre la oracion y el trabajo.

No tenia Sabas mas que diez y ocho años, y ya era la admiracion de los mas viejos del monasterio. Habiendo un dia manifestado al superior el deseo que tenia de ir á visitar los Santos Lugares y los desiertos de la Palestina, el abad, que conocia su virtud, se lo permitió, aunque con el pesar de privar á su casa de un tan excelente modelo. Partió, pues, para Jerusalen el año 457; y pasó el invierno en el monasterio de San Pasarion, en donde su rara virtud se hizo admirar tanto como lo habia hecho en el de San Basilio. Los monjes no omitieron diligencia alguna para fijarle en este lugar; pero el amor que tenia al retiro, al silencio y á la austeridad, le hizo preferir á todos los otros el monasterio de Eutimio. Este santo Abad al verle tan jóven y delicado, no quiso detenerle todavía en su laura. Esta era un monasterio grande, á cuatro leguas de Jerusalen, donde todos los solitarios vivian separadamente, como el dia de hoy los Carujos, cada cual en una celdita separada. El santo Abad le envió á otro monasterio que dependia de él, y tenia por superior á san Teoctisto. Viéndose nuestro Santo en una comunidad donde reinaba la mas exacta disciplina religiosa, no se ocupaba mas que en Dios; y aspirando sin cesar á la mas alta perfeccion por medio de un fervor siempre nuevo, vino á ser en pocos dias el modelo de los mas perfectos. Dedicaba todos los dias al trabajo, y las noches á la oracion. Estaba tan recogido y tan continuamente unido con Dios, que el trabajo corporal era para él una sublime oracion; hacia todas las cosas con un espíritu de penitencia y de caridad, hasta encargarse de llevar el agua y la leña que se ofrecia para las necesidades de sus hermanos. Aliviaba á todos los que estaban empleados en los varios oficios de la casa; y se decia que Sabas hacia todos los oficios de los demás. Tenia un cuidado particular de los enfermos; y con tantas y tan continuas ocupaciones se le veia siempre el primero en el oficio divino.

La estimacion general que hacian todos de su virtud se aumentó mucho con la victoria que alcanzó de una tentacion bien delicada, que puso su vocacion á una prueba muy extraña. Habiéndole nombrado por compañero de un religioso que iba á Alejandría, se encontró allí con sus padres, quienes le conocieron, sin embargo de la mutacion que habia causado en él una ausencia de mas de veinte años, pasados en los continuos ejercicios de la mas austera penitencia. El amor paternal hizo todos los esfuerzos posibles para obligarle á mudar de estado y volver al mundo; pero los ruegos, las solicitudes y las lágrimas de los suyos no pudieron torcer jamás su vocacion: dijo á su padre, que si las leyes de la guerra castigaban con tanto rigor á los desertores, ¿qué castigo no debia esperar de Dios el que abandonaba su servicio? Esta generosa respuesta embelesó á sus padres, quienes admiraron su constancia y su virtud, y se contentaron con encomendarse á sus oraciones.

Habiendo muerto Teoctisto, nuestro Santo obtuvo permiso del santo abad Eutimio para retirarse á una soledad mas austera. Se encerró en una pequeña gruta, donde pasaba cinco dias á la semana sin alimento, ocupado únicamente en la oracion y en el trabajo de manos, el que no interrumpia su oracion: hacia regularmente diez cestillos cada dia, y el sábado llevaba sus cincuenta cestillos al monasterio, donde pasaba el domingo con sus hermanos; y por la tarde se llevaba los ramos de palma que necesitaba para ocuparse los cinco dias siguientes, con los que se encerraba en su gruta. San Eutimio, que llamaba á nuestro Santo el jóven viejo por su alta virtud y sabiduría, le llevaba todos los años el dia 14 de enero al desierto de Ruban, donde se creia que el Salvador habia pasado los cuarenta dias después de su bautismo: ambos permanecian allí hasta el domingo de Ramos en un espantoso ayuno, y ejercitando todos los rigores de la mas pasmosa penitencia.

Pero habiéndose introducido la relajacion en el monasterio de San Teoctisto, Sabas se retiró de él de todo punto, y se fué al desierto del Jordan á vivir cerca de san Gerásimo. Aquí fue donde no pudiendo los demonios sufrir una tan eminente virtud en un religioso jóven de treinta y cinco años, que sin haber perdido la inocencia llevaba mas léjos que todos los otros sus austeridades, le declararon una guerra sangrienta, y emplearon todos sus artificios para ver si podian vencerle, ó á lo menos aterrarle. Se le aparecian mil fantasmas horribles: los terribles aullidos con que acompañaban sus insultos eran capaces de inspirar terror á los mas alentados; pero san

Sabas, armado de la oracion, alcanzó otras tantas victorias cuantos fueron los combates que le presentaron los enemigos, y léjos de acobardarse, buscó cuatro años después una soledad todavía mas horrorosa, la que encontró en las rocas de un alto monte, donde habia vivido san Teodosio el Cenobiarca. La cueva que escogió para su celda estaba tan alta, y el camino para subir era tan difícil, que para llevar el agua que iba á buscar dos leguas de allí, se vió obligado á atar una larga soga desde lo alto para asirse al subir con la carga. No tuvo allí otro alimento que las raíces que nacian á los piés de las rocas; pero los consuelos celestiales que inundaban su alma le indemnizaban abundantemente de tantos trabajos. Habiendo unos paisanos visto un dia aquella soga, subieron hasta la cueva del Santo, y quedaron asombrados de su penitencia. Desde entonces comenzaron á venir de todas partes tantas gentes á recibir sus instrucciones, que no pudo negarse á los que á imitacion suya determinaron pasar sus dias en la soledad; y viendo aumentarse el número de sus discípulos, consintió en que se edificase allí una laura con una capilla y un altar que hizo bendecir, á donde los sacerdotes de los lugares vecinos iban regularmente á decirles misa. Habia formado una idea tan alta del sacerdocio, que estaba persuadido á que sin una eminente virtud nadie podia ser elevado á esta formidable dignidad; de la que no solo se tuvo por indigno toda su vida, sino que ni aun creyó que alguno de sus discípulos tuviese bastante virtud para merecerla. Esta religiosa rigidez desagradó á muchos de sus religiosos, y fue acusado de este pretendido delito ante el Patriarca; á que añadieron, que era demasiado simple y demasiado escrupuloso para ser su superior, y le pidieron que les señalase algun otro. Salustio, patriarca de Jerusalen, informado del mérito particular de nuestro Santo, fingió dar oidos á sus quejas. La mañana siguiente mandó al Santo que viniera á verle con todos sus religiosos. San Sabas, que ignoraba lo que pasaba, se fué á casa del Patriarca á la cabeza de su comunidad: no hubo uno de sus religiosos que no esperase ver á su Abad depuesto; pero quedaron sorprendidos al ver que el Patriarca, después de haberle conferido en presencia de ellos todos los órdenes sagrados, le ordenó de presbítero; y habiendo acabado de ordenarle, dijo á todos los religiosos: Este es vuestro superior; no han sido los hombres, sino Dios, quien le ha puesto en este empleo. Yo no he hecho otra cosa que prestar mis manos al Espíritu Santo para conferirle el sacerdocio. Honradle como á vuestro padre, y obedecedle como á vuestro superior. Después de este razonamiento los volvió á todos á la lau-

ra, donde consagró la iglesia que san Sabas habia hecho edificar.

Creciendo cada dia mas la fama del Santo, se veian llegar todos los dias nuevos discípulos, entre los cuales recibió á san Juan, llamado el Silenciario, que habia dejado el obispado para ponerse bajo su direccion. Habiendo quedado viuda después de algunos años Sofía, madre del Santo, vino á acabar sus dias en una celdita cerca de su monasterio, y tuvo el consuelo de morir santamente entre sus brazos. Del dinero que le habia llevado edificó el Santo dos hospitales muy capaces para los pobres pasajeros, y para los religiosos extranjeros que iban de viaje. Fundó asimismo un nuevo monasterio á una legua de su ermita; y á media legua un convento para educar á los novicios en la vida monástica y en la virtud, separados de los viejos. Era tan universal la fama de la sabiduría y santidad de san Sabas, que todos los solitarios, así los de las ciudades como los de los desiertos, deseaban con vivas ansias estar bajo su conducta; la que obligó al Patriarca á nombrarle exarca, esto es, superior general de todos los anacoretas que vivian en las lauras, en las ermitas y en los desiertos; pero como jamás se vió una virtud eminente sin persecucion y sin disgusto, aquellos falsos hermanos, á quienes no sentaba bien la exacta regularidad de nuestro Santo, apenas tuvieron noticia de la muerte del patriarca Salustio cuando procuraron con mil artificios engrosar su partido, y sacudir el yugo de la obediencia. Nuestro Santo, que solo suspiraba por el retiro, se valió de estas turbaciones para retirarse á un horroroso desierto, donde deseaba no ser conocido de persona viviente; pero habiendo sido descubierto, le volvieron á su laura contra su voluntad; mas no duró mucho tiempo. Continuando los espíritus turbulentos en amotinarse contra él, se retiró secretamente, queriendo ceder á los hombres, aunque estaba acostumbrado á combatir con los demonios. Pasó algun tiempo bajo de un árbol muy frondoso que le servia de celda, hasta que el dueño del campo en que estaba mandó fabricarle una, que muy en breve llegó á ser un numeroso monasterio. Pero habiendo sido conocido, otra vez le volvieron á su laura por órden del nuevo Patriarca. Los rebeldes no se atrevieron á oponerse; pero no queriendo someterse, tomaron el partido de retirarse; mas habiendo sido arrojados de todos los monasterios á donde iban á presentarse, se vieron precisados á retirarse á unas celdas abandonadas, de donde tambien los querian arrojar. Solo nuestro Santo tomó su partido; les envió una suma de dinero para facilitarles algun alojamiento, proveyó á todas sus necesidades, les alcanzó la propiedad de las celdas en que se habian metido, é hizo

un viaje expresamente para llevarles algunas provisiones; y finalmente les fabricó una iglesia. Con estas armas supo vencerlos; reconocieron su culpa, le pidieron perdon, y después de haber provisto abundantemente á sus necesidades, les dió por abad uno de sus primeros discípulos: este monasterio se llamó desde entonces la nueva Laura. Durante este viaje convirtió á la verdadera fe algunos nestorianos, y otros que seguian los errores de Eutiques y de Dióscoro.

Por mas amante que fuese del retiro, sin embargo supo privarse de él siempre que lo pedian la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. El emperador Anastasio, fautor de los herejes, desterró á Elías, patriarca de Jerusalen, y perseguia á los Católicos. Apenas tuvo noticia san Sabas del peligro que corria la fe en el Oriente, hizo dos viajes á Constantinopla. Su vista aterró al Emperador, confundió á los Eutiquianos, y detuvo el curso de la persecucion; fué intrépido á consolar en su destierro á los confesores de Jesucristo, y animó la fe vacilante de un gran número de solitarios.

Mientras que nuestro Santo trabajaba con una solicitud continua en mantener la pureza de la fe ortodoxa, y el vigor de la disciplina regular en todos los monasterios de la Palestina, una horrible hambre le dió ocasion de ejercitar su caridad, y de hacer patente su santidad con un gran número de milagros. De todas partes le iban á representar la extrema necesidad de los monasterios, y al mismo instante hacia Dios algunos milagros para aliviarlos. El ecónomo de su gran laura le fué á decir que no habia ni aun para decir misa. San Sabas levantó los ojos y las manos al cielo, y cási á la misma hora se vieron llegar treinta acémilas cargadas de víveres. El emperador Justino, príncipe católico, sucesor de Anastasio, publicó un edicto mandando que en todo el imperio se recibiera el concilio de Calcedonia: lo mismo fue llegar á noticia de san Sabas esta determinacion del Emperador, que sin reparar en lo avanzado de su edad, que era de ochenta años, ni en lo exhausto que se hallaba de fuerzas corporales á causa de su penitencia y de sus muchos trabajos, se plantó en Cesarea, en Escitópolis, y en otras principales ciudades de la Palestina; hizo que recibieran el edicto, y que registraran en las iglesias los cuatro concilios generales. Los Católicos fueron acusados falsamente ante el emperador Justiniano. San Sabas, que ya tenia noventa años, hizo un viaje á Constantinopla en donde el emperador Justiniano le recibió como á un ángel bajado del cielo, y le concedió mucho mas de lo que pedia: fundó á sus ruegos un hospital en Jerusalen, hizo reparar las iglesias que los samaritanos habian arrui-

nado, y dió órden para que se fortificase la laura de san Sabas, para que los ermitaños pudiesen retirarse á ella mientras las correrías de los bárbaros. Al tiempo que el Emperador hacia despachar en su gabinete las órdenes para este negocio, san Sabas, á quien este Príncipe habia hecho entrar para que estuviera presente al despacho, viendo que habia llegado la hora de tercia, se levantó para ir á rezar su oficio: el monje Jeremías, que le acompañaba, le dijo si pensaba que estaba con el Emperador. Lo pienso, respondió el Santo; pero tambien pienso que es hora de tercia, y que Dios me quiere al presente mas en otra parte que aquí.

Paseándose un dia san Sabas con un monje jóven á lo largo del Jordan, pasaron muy cerca de ellos unas señoras, acompañadas de una dama jóven magníficamente adornada. El Santo, que andaba siempre con los ojos bajos, y que desde su noviciado se habia puesto la ley de no mirar jamás á la cara de mujer alguna, queriendo saber si su compañero habia estado tan modesto como él, le dijo: Es lástima que esta señorita sea tan desgraciada; me parece que no tiene mas que un ojo. —Con vuestra licencia, le respondió el novicio, yo la he mirado con mucho cuidado, y he notado que es muy bien hecha, y que tiene sus dos ojos. El Santo dió una viva reprension al monje jóven; y haciéndole comprender cuán necesaria era la modestia para conservar la inocencia, le envió á una soledad muy retirada, donde pudiese acostumbrarse á la mortificacion de los sentidos.

Finalmente, el Señor quiso recompensar los méritos de su siervo: cayó enfermo, y tuvo revelacion de su muerte. El Patriarca fué á visitarle en su última enfermedad, y viendo la falta que habia de todo en su pobre celda, le hizo llevar á una casa vecina que dependia de él. El Santo convino en ello por obedecer; mas conociendo que su fin estaba cercano, se hizo transportar á su celdita, donde murió con la muerte de los justos, entre los brazos de sus hijos, el dia 5 de diciembre del año 531, de edad de mas de noventa y dos años. Su cuerpo fue enterrado en medio de su laura con una pompa religiosa cual correspondia á la fama de su santidad; se encontraron en su entierro muchos obispos, y un gran número de solitarios. Dios hizo glorioso su sepulcro con una infinidad de milagros. Sus reliquias han sido transportadas después á Venecia, en donde están en grande veneracion.

SAN GIRALDO, ARZOBISPO DE BRAGA.

San Giraldo, decoroso ornamento de la reforma de Cluni, uno de los obispos mas célebres que han brillado en la Iglesia de España,

fue natural del obispado de Carducio en el reino de Francia, descendiente de las familias mas distinguidas de aquel país. Sus padres vivieron muchos años sin sucesion; y habiendo recurrido al cielo con fervorosas oraciones, con religiosos votos, y con promesas continuadas, el Señor les concedió por fruto de sus dulces bendiciones á Giraldo, cuyo nacimiento llenó de alegría á toda su familia. Diéronle una educacion tan propia de su piedad como de su distinguido nacimiento; pero no queriendo dilatar la promesa que hicieron al Señor, le ofrecieron á Dios desde su infancia en el monasterio Moisaco del Órden de san Benito, observando los ritos prescritos en la regla del santo Patriarca sobre la oblacion de los niños. Crióse Giraldo en aquella ilustre casa, y observando en él los monjes una conducta irreprensible, un entendimiento sólido, una docilidad suma, y una devocion fervorosísima, se granjeó el amor de todo aquel claustro religioso. Hizo su solemne profesion cuando tuvo edad competente; y como sus deseos no eran otros que aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion, lo consiguió á expensas de sus religiosas virtudes, dejándose ver desde luego fervoroso en la oracion, vigilante en los oficios, ciego en la obediencia, profundo en la humildad, ángel en la pureza, incontrastable en la paciencia, admirable en la mansedumbre, rigoroso consigo, y suave para con los demás. Sus amados compañeros eran los libros; cuyo estudio, y con especialidad el de la santa Escritura, le granjeó el mas alto concepto de hombre verdaderamente sabio en las ciencias que se fundan sobre el sólido principio del santo temor de Dios.

Quisieron los monjes aprovecharse de los grandes talentos de Giraldo, y para ello le nombraron visitador de los prioratos sujetos al monasterio Moisaco; cuya comision desempeñó con tanto acierto, que dentro de breve tiempo se experimentaron los efectos de un visitador tan santo, como celoso y sabio. Halló alguna resistencia en los monjes del monasterio ó priorato de santa María Dourada; mas su inalterable paciencia, su dulzura y su suavidad lograron los mismos efectos que todas las demás casas. No quedaban estos reducidos dentro de los claustros, pues habiéndole dotado el cielo de una singular elocuencia, y de unos talentos extraordinarios para la predicacion, salia con frecuencia por todos los pueblos y aldeas de la comarca á ilustrar á sus moradores con la luz de la doctrina evangélica, atrayendo á muchos pecadores de los desórdenes comunes de los vicios á la observancia de una vida arreglada.

El rey Alfonso VI de Castilla nombró por arzobispo de Toledo á

Bernardo, abad de Sahagun, uno de los varones mas célebres que han florecido en España; y conociendo este que aquella santa iglesia, recien conquistada del poder de los árabes, tenia necesidad de sugetos sobresalientes en ciencia y en santidad, para restituirla al antiguo esplendor que tuvo en tiempo de los godos, y entre los que trajo del reino de Francia para esta gloriosa empresa fue uno Giraldo. Confirióle una de las dignidades de aquel ilustre cabildo, que fue la de Chantes, segun algunos escriben, y se portó en ella con una conducta tan justificada, que todos á una voz le proclamaban digno de mayores empleos.

Vacó por entonces el obispado de Braga, y conociendo el arzobispo D. Bernardo, que solo la eminente virtud y el ardiente celo de Giraldo podria reparar el lastimoso quebranto que habia padecido aquella iglesia en tiempo de los bárbaros africanos, hizo que se eligiese por prelado de ella, ó bien por nombramiento del rey D. Alfonso, ó por eleccion del clero y pueblo, con aprobacion del conde D. Enrique, á cuyo cargo estaba la regencia de la provincia de Portugal. No fue tan fácil la admision de Giraldo como fue su promocion, porque hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos, fue necesaria toda la autoridad del Rey y la del Arzobispo, que se hallaba con las facultades de legado apostólico, para obligarle á que aceptase la dignidad.

Los arzobispos de España tenian por entonces la costumbre de pasar personalmente á Roma, ó enviar persona digna para obtener del Papa la confirmacion de su eleccion y el uso del palio, insignias de los metropolitanos; y habiéndolo sido los de Braga en tiempo de los godos, determinó Giraldo ir á la capital del orbe cristiano, así para lo dicho, como para tratar con el sucesor de san Pedro sobre los medios de reparar los daños que habia padecido su iglesia en el dilatado tiempo que estuvo bajo el yugo de los agarenos. Tenia Pascual II, monje que habia sido de la congregacion de Cluni, grandes noticias de las recomendables cualidades del insigne Prelado; y habiéndolo recibido con las demostraciones del mayor afecto, no solo confirmó su eleccion y le concedió el palio, sino que le llenó de honores, previniendo en sus Letras apostólicas al conde Enrique, que lo tratase con toda veneracion, y le auxiliase para la recuperacion de los bienes y derechos enajenados de su Iglesia.

Giraldo regresó de Roma para Braga condecorado con los muchos privilegios que le concedió el Vicario de Jesucristo, y comenzó á ejercer las funciones de su ministerio episcopal con aquel celo y con aque-

lla vigilancia que exige el Apóstol de los prelados perfectos colocados en el candelero de la Iglesia, de suerte que en muy breve tiempo mudó de semblante toda su diócesi, poseida antes de una sensible relajacion. La conducta admirable que observó el santo pastor facilitó la obediencia á sus sabias exhortaciones, pues jamás se dispensó de los religiosos ejercicios que observó en su monasterio, ni aflojó un punto de aquella vida ejemplar que hizo siendo dignidad del cabildo de Toledo. Con la frugalidad de su mesa, y con el modesto tren de su casa y familia, tuvo medios para socorrer á una multitud de pobres, á quienes miraba como acreedores de sus rentas, portándose con todos con tanto amor, con tanta dulzura, y con tanta benevolencia, que hecho dueño del corazon de sus súbditos, todos le amaban como á padre, y reverenciaban como á pastor santo.

Conoció el ilustre Prelado que el vicio predominante en su diócesi era el de la sensualidad, tanto que no se veian sino estrupos, incestos y fornicaciones; y como era tan amante de la castidad, empleó toda su reputacion en extirpar este torpe vicio que tanto afea la hermosura del alma racional, comenzando á corregirlo por los caballeros y poderosos, á fin de que diesen ejemplo á los hombres humildes del pueblo. Era Giraldo naturalmente suave y compasivo; pero cuando lo pedia la necesidad, se manifestaba inexorable en la correccion de los pecados públicos que causaban escándalo, sin reparar en la cualidad de las personas, bien fuesen nobles ó plebeyos, acreditando el Señor con visibles prodigios lo agradable que le era en esta parte el celo de su fidelísimo siervo. Vivia en la ciudad de Braga un caballero llamado Egeas Perez, mas esclarecido por su sangre que por sus relajadas costumbres: el santo Arzobispo procuró separarlo del amancebamiento que tenia con una parienta suya, por cuantos medios le dictó su ardiente caridad; pero desatendiendo el pertinaz caballero todos los consejos paternales de Giraldo, se vió en la indispensable necesidad de herirlo con la formidable espada de la excomunion. Despreció Egeas la censura con jactanciosa soberbia, y no absteniéndose de comunicar con los fieles, tuvo la osadía de entrar en la iglesia en cierta ocasion que el Arzobispo celebraba de pontifical á presencia del conde Enrique y de su mujer Teresa. Cesó Giraldo en la misa, intimando á todos los asistentes que no proseguiria si no se expelia del templo al público excomulgado, lo que se ejecutó puntualmente. Egeas salió de la iglesia lleno de furor y confusion; pero prorumpiendo muchas injurias contra el santo Prelado, se apoderó de él un maligno espíritu, que atormentándole furiosamente le

dejó caer en tierra cási muerto. Pidió la condesa Teresa al Santo, luego que concluyó el sacrificio, que tuviese compasion de aquel miserable, y rogando á Dios por él puesto de rodillas, quedó libre del demonio; cuyo prodigio sirvió para que se reconociese Egeas, viviendo en adelante como cristiano. Igual castigo del cielo sobrevino á dos hermanos poderosos del territorio de Braga entregados totalmente al vicio de la lujuria, los que excomulgados por el celosísimo Prelado por haber desatendido sus paternales amonestaciones, murieron infelizmente. No menor fue el de Ordoño, familiar y privado del conde Enrique: apasionóse este de una nobilísima señora llamada Loda, de singular hermosura y de rara virtud, que vivia en un castillo propio dos leguas de Braga, y para obligarla á que contrajese matrimonio con él, la llevó con violencia á su palacio. Rehusaba la ilustre vírgen condescender con la pretension de su ciego amante, y para libertarse de su opresion, trocó los vestidos con los de una criada, fingiendo ir por un cántaro de agua de la fuente, con cuyo artificio se salió del palacio de Ordoño. Supo este el artificio, y salió en busca de Loda con una grande comitiva de sus familiares y amigos: sintió la devota doncella, que apenas podia andar por su delicadeza, la turba de los que la buscaban, y puesta de rodillas, imploró la proteccion del santo Prelado, para que la libertase de aquel inminente peligro; y fue cosa admirable, que habiendo pasado junto á ella toda la comitiva, no fue vista por ninguno de ellos. Llegó á entender Ordoño que por la intercesion del Santo se habian malogrado sus intenciones, y teniendo la osadía de pronunciar contra él varias injurias, las vengó el cielo con una desgraciada muerte.

Estos y otros muchos portentos con que quiso Dios manifestar la eminente santidad de su fidelísimo siervo, le hicieron respetable en todo su obispado; y aprovechándose de este general concepto, redoblaba su vigilancia pastoral para imprimir en todos sus súbditos la religiosidad y la piedad, de las que estaba penetrado su corazon. Quiso visitar personalmente á su diócesi, á fin de comunicar á sus ovejas las correspondientes instrucciones de la doctrina cristiana, de que estaban necesitadas, porque habiendo vivido los Cristianos muchos años mezclados con los moros, no dejaron de adoptar varias de sus relajadas costumbres. Hizo su visita segun la costumbre de los Padres antiguos, dando á todos saludables documentos, para que obrasen segun el espíritu de la religion que profesaban, y no satisfecho con los pastos espirituales, socorria con mano liberalísima todas las necesidades corporales de sus súbditos. Era para con todos

dulcísimo, y siendo solo severo y rígido para consigo, llegó ocasion de pasar tres dias sin desayunarse, por no impedir las funciones de su ministerio, cuyo rigor fue la causa de no poder continuar su visita por falta de fuerzas. Acometióle una ardiente calentura en un pueblo llamado Bornes, y conociendo que se llegaba el fin, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos Sacramentos con grande devocion: vistióse de cilicio, y cubrió con ceniza su cabeza segun la costumbre de aquellos siglos, y dando su bendicion á los suyos, murió en el Señor en el dia 5 de diciembre del año 1109, habiendo gobernado su iglesia como un verdadero sucesor de los Apóstoles nueve años, dos meses y once dias. Luego que se supo en Braga la muerte del santo Arzobispo, se dispuso inmediatamente transferir á su Iglesia el venerable cadáver con la posible magnificencia, y ejecutado así, se depositó en la capilla de San Nicolás que él mismo hizo construir, donde sus reliquias se tienen en gran veneracion; y el Señor se digna obrar muchos prodigios por la poderosa intercesion de su fidelísimo siervo.

SAN DALMACIO, EN VULGAR CATALAN SAN DALMAU, OBISPO Y MÁRTIR.

El bienaventurado san Dalmacio fue natural de Italia y de linaje nobilísimo de senadores. Era ocultamente cristiano, por cuyo motivo pasó á una ciudad llamada Alba, y allí comenzó á predicar la fe de Cristo, y hacer milagros. Aconteció que cierto caballero llamado Valentin, capitan de soldados, habiendo oido referir las maravillas que obraba el Santo, viniendo de Ravena fué á él, y suplicóle que rogase á Dios por un hijo suyo, que estaba muy enfermo. El glorioso Santo hizo oracion por él, conforme se lo pidió, y pudo tanto con ella, que se fué al dicho caballero y le dijo que cesase de estar afligido, porque su hijo ya estaba curado de la enfermedad. Volvió el capitan á su casa, y halló que era verdad lo que Dalmacio le habia dicho, y volviendo otra vez al Santo, y abjurando con el hijo sus errores, se convirtieron á la fe católica, recibiendo luego el Bautismo. Este capitan vuelto á su tierra se puso a predicar la fe, y con aquel testimonio, que hacia del milagro, convirtió muchos á Jesucristo.

Después Dalmacio guiado por un Ángel vino á la ciudad de Pavía, y ya no muy léjos de esta ciudad pasó un caudaloso rio sin puente ni barco, siendo llevado encima de las aguas en un momento, por cuyo milagro, muchísimos que lo vieron se convirtieron á la santa

fe de Cristo. Con el discurso del tiempo fue electo obispo de Pavía, cuya iglesia gobernó maravillosamente, dedicándose especialmente al ministerio de la predicacion. Desde allí procuró pasar á Francia para convertir á los infieles que en ella habia, y fue Dios servido que convirtió á muchos á la fe. Finalmente, habiendo obrado el Santo grandes maravillas en dicho país, fuele revelado que era la voluntad de Dios volviese á su obispado.

Hízolo Dalmacio, y en llegando cerca del rio de Pavía, le prendieron los infieles, y como perros rabiosos pusieron en él las manos, dándole muchas puñaladas en la cabeza hasta quitarle la vida corporal, con la cual conquistó la eterna y corona de mártir. Mostró Dios en su muerte un grande milagro, para que entendiesen los hombres cuán agradable le habia sido la vida del Mártir, y fue, que después de muerto se quedó su cuerpo derecho de tal suerte, que muchos de aquellos gentiles se convirtieron al Señor. Sepultáronle en su iglesia de Pavía, donde Dios por su intercesion hace muchísimos milagros.

Padeció el martirio tal dia como hoy; pero se ignora el año, aunque segun Baronio floreció en el siglo III. Después pasados algunos centenares de años fue traida una muy principal reliquia de este Santo á la iglesia parroquial de San Dalmacio ó Dalmau, cerca de la ciudad de Gerona, donde sin duda hace el Señor por su siervo á los hombres grandes mercedes. *(Domenech, Hist. Sant. Cat.)*.

La Misa es en honra de san Sabas, y la Oracion la que sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Sabbae abbatis commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Sabas nos haga gratos á vuestra divina Majestad, para que consigamos con su proteccion lo que no podemos con nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico.*

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los Santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le

enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

El Señor le hizo oir su voz, y entrar en una nube. El texto griego dice que le hizo entrar en la oscuridad. Este de quien habla aquí el Eclesiástico es Moisés, cuando por un favor muy singular le llamó Dios á la cima del monte, donde haciéndole invisible á los israelitas, le hizo oir su voz en aquella sagrada soledad, y en medio de aquella misteriosa oscuridad. Ninguna cosa representa mejor, al parecer, la gracia de la vocacion al estado religioso, que esta voz de Dios que llama á su siervo á este santo monte. Pocas gracias hay ciertamente mas estimables que la vocacion al estado religioso; y pocas, sin embargo, cuyo precio se conozca menos. ¿Qué obstáculos no se encuentran desde que se quiere seguir la voz de Dios? ¿Se ha tenido la dicha de abrazar un estado tan santo? ¿Cuántos israelitas ingratos no se encuentran que suspiran todavía por el Egipto, de donde la misericordia del Señor los sacó, haciendo para ello bastantes prodigios? La confesion de las gentes del mundo es un testimonio nada sospechoso de la felicidad de la vida religiosa; no hay un hombre de buen juicio, no hay un hombre cristiano que no convenga en que es un buen partido. Sin embargo, si una persona jóven determina dejar el mundo para tomar este buen partido, ¡cuántas dificultades, buen Dios, no la oponen los parientes y los amigos! ¡qué obstáculos no tiene que vencer, especialmente si está dotada de bellas prendas, si es rica! Se teme siempre y se recela que su determinacion sea efecto del capricho ó de la ligereza; se la piden años enteros para deliberar sobre esta eleccion; jamás se ha probado bastante su vocacion; no se consiente en ello sino con pena. ¿Por ventura se hace otro tanto cuando una persona jóven se quiere quedar en el mundo? pero ¡que artificios para probar su vocacion! ¡qué máquinas para desquiciarla! ¡cuántas razones capciosas y seductivas para disuadirla! ¡qué convites, qué solicitudes, qué lágrimas! ¡qué pintura tan espantosa la que se le hace de todo lo que tendrá que sufrir en el estado que quiere abrazar! Se exageran todas sus pretendidas dificultades: se quiere que en este estado todo sea adverso, todo pesado, todo insoportable. Los males mas ordinarios, y por otra parte inseparables de todos los estados, se representan aquí como unos monstruos nuevos que no

nacen, segun dicen los mundanos, sino en esta tierra. Este es un país, segun ellos, que se traga á sus habitadores, y que no produce sino espinas. Se quiere que el yugo del Señor, el cual, ha dicho él mismo, es suave y ligero, sea aquí muy amargo, y de un peso enorme. El retiro, que hace gustar unas dulzuras tan puras y tranquilas, le pintan siempre con los colores mas sombríos: es una prision, dicen, es una cárcel, es una esclavitud. No hay mundano que no mire al claustro como al sepulcro de una persona que se entierra en vida: ocupaciones totalmente santas, oficios divinos, inocencia tan poco conocida fuera de allí, ejemplos de religion, seguridad de conciencia, todo esto es en la idea de los mundanos una ley dura, unos ejercicios desabridos, unos cargos impracticables. Sobre esta espantosa idea que se tiene del estado religioso, creen estar obligados á intimidar por medio de retratos horribles á todos los que piensan é intentan abrazarle. Pero, en fin, los que piensan y hablan de él tan mal, hablan de una tierra desconocida y de un clima donde jamás han estado: se les pueden perdonar sus errores y su terror pánico. Pero esas mismas personas que conocen el mundo y declaman tan á menudo, y con razon, contra sus injusticias, su tiranía y su mala fe; que conocen demasiado por su triste experiencia los terribles riesgos que corre en él la salvacion: que gimen cien veces por haberse metido en él: que quisieran á la hora de la muerte haber dado al mundo todo lo que tienen por haber vivido en un claustro; ¿aconsejan, por ventura, las mismas precauciones á los que piensan meterse y quedarse en el mundo? ¿les dan los mismos consejos? ¿son tan elocuentes para apartarlos de sus intentos? ¿piden las mismas pruebas á esas víctimas jóvenes? Buen Dios, ¡que injusto es el hombre cuando solo sigue la razon humana, los sentidos ó la pasion!

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido; ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesús les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó her-

agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

manas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Que la virtud es fácil en toda suerte de estados y condiciones.

Punto primero. — Considera como no hay cosa alguna de parte de la virtud que me deba hacer creer que yo no puedo adquirir la perfeccion propia de mi estado. La virtud en cualquiera estado que se halle, y de cualquiera lado que se mire, parece amable, y lo es; su carácter solo hace su elogio. La mansedumbre es su compañera inseparable: la ingenuidad, la buena fe, la modestia, la caridad, la justicia, y todo lo que en la vida cristiana y en la civil funda el verdadero mérito, y merece la estimacion y el respeto, todo esto entra en su verdadero retrato, y hace su verdadero carácter. Uno solo de estos rasgos que falte á la virtud, ya no es, ni puede llamarse virtud. Pues ¿qué dificultad se encuentra en ser hombre de buena fe, hombre ingenuo y sincero? ¿qué dificultad se encuentra en ser afable, benigno, cortés, caritativo? ¿qué dificultad en cumplir con las obligaciones de su estado? juzguémoslo por la pesadumbre, la pena, la deshonra que lleva consigo á todas partes el que es poco cristiano, el que no es hombre de bien: ¿qué cosa mas despreciable, y en efecto, qué cosa mas despreciada que un libertino, que un disoluto, que un hombre sin religion? Es así, dicen; pero la virtud está puesta sobre un alto monte: es verdad: pero se sube á él muy fácilmente, y la gracia nos allana todos los caminos: cuesta un poco de trabajo el llegar allá arriba, es verdad; pero el camino no es largo, y muchos han subido y llegado á lo mas alto. ¡Qué aire tan suave, qué paz, qué serenidad, qué tranquilidad la que se experimenta en la cima de este monte! ¡qué abundantemente recompensados é indemnizados quedamos del trabajo que hemos tenido, y de los gastos que hemos hecho para subir! Es mucha razon que se padezca para ser virtuoso en su estado lo que indispensablemente se padece en él cuando se tiene una vida poco cristiana.

Punto segundo. — Considera como para llegar á ser santos y perfectos en el estado en que Dios nos ha puesto, no es menester mas que cumplir con las obligaciones de cristianos con puntualidad y con fervor. ¿Por ventura es mucho trabajo el cumplir cada uno con su

obligacion, y ser hombre de bien? ¿no lo es mucho mas el no cumplir con ella? ¡Qué pesadumbres, qué inquietudes, qué remordimientos no padecen los que no son hombres de bien, ni cumplen con sus obligaciones! Pero la lástima es que se desacreditan sin provecho. Los remordimientos siguen siempre á los disgustos que se han procurado voluntariamente. Por el contrario, ¡qué placer, qué satisfaccion la de cumplir con las obligaciones de su estado, por poco que haya quedado de honradez, de religion y de buen juicio! ¿Á quién puede no gustar la dulzura y paz de una buena conciencia? La virtud doma las pasiones que son los tiranos de nuestro corazon; y ¿qué ventajas no se siguen de esta victoria, al paso que los que son esclavos de ellas gimen bajo de sus cadenas? Por mas que se disimule, por mas que se finja, por mas que se afecte una alegría siempre artificial, la que no sufoca una sola pesadumbre, ni cura una sola herida: esas inquietudes, esos temores, ese mal humor que acompaña siempre á todos los imperfectos, hacen sin querer el mas cumplido elogio de la virtud de las gentes de bien; y publican, aunque no quieran, los tormentos secretos que despedazan á los libertinos: al paso que las personas que cumplen con las obligaciones de cristianos gozan de una paz inalterable, de un gozo interior, que nada puede alterar, de un bello humor que embelesa y hace que envidien su felicidad aquellos mismos que no siguen su ejemplo. Sí por cierto; mas cuesta el ser malo que el ser santo. Por mas que el mundo y los imperfectos griten y digan contra una verdad que les parece una paradoja, la experiencia confunde las falsas preocupaciones de los mundanos.

Haced, Señor, por vuestra gracia que yo haga en mí mismo esta dichosa experiencia; ya estoy firmemente resuelto á no hacer cosa que no contribuya á hacer aspirar á la perfeccion de mi estado.

Jaculatorias.—¡Qué abundancia de consuelos no derramais, Dios mio, en el alma de los que os aman! (*Psalm.* xxx).

Dichoso una y mil veces el que teme á Dios, y guarda sus mandamientos. (*Psalm.* cxi).

PROPÓSITOS.

1 Entre los ardides del demonio quizá no hay uno mas peligroso, ó á lo menos que le salga mas bien, que la opinion general que ha introducido en el mundo, y aun en el claustro, de que sin un horrible trabajo no se puede ser santo; pero aunque esta opinion fuese tan verdadera como es falsa, ¿deberíamos ahorrar gastos para llegar

á ser santos, y para adquirir la virtud que nos es necesaria en el estado á que Dios nos ha llamado? Está alerta contra este error que reina el dia de hoy, y que hace desmayar á tantas almas cobardes; aplícate seriamente á adquirir las virtudes propias de tu estado, y á cumplir con todas tus obligaciones; no omitas una, y procura corregir cada dia algun defecto, y tener mas devocion. Esta práctica parece demasiado difícil á quien no tiene vivos deseos de obrar su salvacion; pero ¿deja de ser indispensable á cualquiera que no se quiera perder?

2 No te acobardes á las primeras dificultades: á los principios esta aplicacion, estos combates, estas violencias, estas victorias te parecerán imposibles: tente firme contra tí mismo: el celo de la salvacion al principio violenta, incomoda al corazon, al espíritu, á los sentidos y á las pasiones: todo se alborota; pero el combate no dura mucho, y el fruto de la victoria es eterno. Lo que al principio espantaba, causa un dulce placer en adelante. Si tu resolucion es firme y sincera, todas tus dificultades se desvanecerán desde luego. Dobla tu fervor, tu puntualidad, tu celo, y al instante verás desaparecer todas aquellas fantasmas que te espantaban.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

La dichosa muerte de san Nicolás, obispo y confesor, en Mira, metrópoli de Licia, de quien entre otros milagros se cuenta uno muy señalado á saber), que apareciéndose al emperador Constantino, que estaba muy léjos, con persuasiones y amenazas le indujo á perdonar la muerte á unos hombres, que no obstante la distancia que los separaba de este Santo, le invocaban encomendándose á él. *(Véase su historia en las de hoy).*

Las santas mujeres Dionisia, Dativa y Leoncia; Tercio, varon religioso, Emiliano, médico, y Bonifacio, con otros tres, en el África; todos los cuales por defender la fe católica en la persecucion de los vándalos, en tiempo del rey Hunerico, arriano, padecieron atroces é innumerables tormentos, y merecieron contarse en el número de los confesores de Cristo. *(Santa Dionisia, mujer celebrada por su hermosura, cuando su cuerpo estaba ya desfigurado y hecho una llaga, viendo á su hijo único Mayorico temblar á vista de sus tormentos, le dijo entre otras cosas: «Acuérdate, hijo mio, de «que fuimos bautizados en el nombre de la santísima Trinidad y en el seno de «la Iglesia católica nuestra madre.» Aconteció este martirio el año 484.*

San Mayorico, hijo de santa Dionisia, en el mismo país; el cual siendo mocito, y temiendo los tormentos, confortado con las miradas y persuasiones de su madre, se hizo mas valiente que los demás, y en los tormentos entregó su alma á Dios: abrazóle su madre, y le dió sepultura en su casa, y oraba continuamente ante su sepulcro.

San Policronio, presbítero, en el mismo dia; el cual en tiempo del emperador Constancio estando diciendo misa, fue sorprendido y degollado por los Arrianos.

El martirio de san Pedro Pascual, del Órden de Nuestra Señora de las Mercedes, redencion de cautivos, y obispo de Jaen, en Granada en España; cuya fiesta por decreto del papa Clemente X se celebra el dia 23 de octubre. *(Véase su vida en las del dia 24 de octubre).*

Santa Asela, vírgen, en Roma; la cual, como escribe san Gerónimo, siendo bendita en el vientre de su madre, perseveró toda su vida hasta la vejez en ayunos y oraciones.

SAN NICOLÁS, OBISPO.

San Nicolás, obispo de Mira en Licia, tan célebre en todo el universo por el resplandor de sus virtudes, por el número de sus milagros y por la confianza de los pueblos en su intercesion, nació en Pátara, ciudad de la Licia en el Asia Menor. Sus padres eran muy ricos, pero todavía eran mas piadosos; habian perdido toda esperanza de tener hijos cuando su madre se halló embarazada; lo que se miró desde luego como un don del cielo, y como el fruto de las grandes limosnas de sus padres, á quienes llamaban en el país padres de los pobres. Dios le previno tan visiblemente con sus bendiciones desde su nacimiento, que se asegura no fue posible hacerle mamar jamás los miércoles y viernes, como si hubiera comenzado desde entonces á ayunar estos dos dias de la semana, que eran dias de abstinencia y de ayuno en la Iglesia oriental. Su tio Nicolás, obispo de Mira, que le habia puesto su nombre, y habia ido á la iglesia á dar gracias á Dios por haber dado á su familia un heredero, tuvo, durante su oracion, una revelacion en que se le manifestó que el niño que Dios les habia dado seria un astro luminoso que alumbraria con su virtud á toda la tierra.

Tantos presagios de la futura santidad del niño Nicolás movieron á sus padres á poner mucho cuidado para darle una educacion del todo cristiana. El natural dichoso de este hijo de bendicion no necesitó de muchas lecciones para salir consumado en la virtud. Su piedad se anticipó, por decirlo así, á la edad de la razon. Jamás fueron de su gusto los entretenimientos ordinarios de los niños. Si querian divertirle y darle gusto, era menester llevarle á la iglesia á hacer oracion. Sus sentimientos por la Religion, su respeto á las cosas santas eran mirados como un prodigio en un niño de cinco años.

Como descubria un excelente ingenio, y no tenia otra cosa de jóven que la edad, le aplicaron con tiempo al estudio de las ciencias,

en las que hizo maravillosos progresos; pero al paso que crecia en sabiduría, se aventajaba todavía mas en santidad. Su mansedumbre, su docilidad y su modestia le distinguian tanto de los demás, que era el modelo que se proponia para imitar á todos los jóvenes. No habia quien no admirase su regularidad, su devocion tierna y su prudencia en una edad en que, por lo comun, dominan la vivacidad y el amor del deleite, y en que las pasiones son regularmente el mayor móvil de las acciones. Perdió sus padres todavía muy jóven, cuya pérdida sintió como era razon; pero esta falta en nada perjudicó á su virtud. La muerte de un padre y de una madre, á quienes amaba con extremo, y que le dejaban grandes bienes, solo sirvió para hacerle mas devoto, mas retirado y mas caritativo. Habiendo sabido que un caballero pobre de la ciudad estaba en ánimo de prostituir tres hijas, por no tener con qué casarlas segun su calidad, Nicolás llenó de piezas de oro una bolsa, y al anochecer la tiró muy secretamente por una ventana en el cuarto de este desventurado padre, el cual quedó gozosamente sorprendido al encontrar una suma considerable, bastante para dotar á su hija mayor, con la que la casó al instante, esperando que la Providencia proveeria á las otras dos. No tardó mucho tiempo en ver cumplida su esperanza; pues aquella misma noche echó nuestro Santo por la misma ventana en el cuarto otra igual cantidad, la que sirvió para casar á la segunda. El dichoso padre, no dudando que el que le habia hecho estas dos obras de caridad le haria tambien la que faltaba para casar á la menor, quiso tener el consuelo de conocer á su bienhechor, para lo cual se puso en acecho; y luego que nuestro Santo, valiéndose de la oscuridad de la noche, hubo echado su limosna, corrió tras él, le abrazó, y conociendo á su compatriota, le dió mil gracias por tan insignes beneficios. El Santo, tan mortificado como sorprendido de verse descubierto, le pidió con las mayores instancias que no propalara esta limosna. El caballero se lo prometió, pero no le cumplió la palabra. La mañana siguiente ya toda la ciudad era sabedora, y estaba admirada de una caridad tan liberal; solo san Nicolás tuvo mucho que sufrir de esta manifestacion.

Una virtud tan eminente y tan pura no era para el mundo: nuestro Santo pensaba en dejarle; pero Dios, que le habia escogido para que fuese uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia, dispuso que entrara en el clero con la aprobacion pública. Conociendo el obispo de Mira su virtud y su sabiduría, se dió priesa á hacerle sacerdote. Con la dignidad creció su piedad; y entrando en el sacer-

docio con unas costumbres tan puras y un alma tan cristiana, dió á su virtud un nuevo lustre, y nuevo vigor á su fervor.

Habiendo hecho su tio un viaje por devocion á la Tierra Santa, dejó á nuestro Santo el gobierno de su diócesis, quien la gobernó con tanta prudencia y edificacion, que no hubo quien no le deseara tener algun dia por obispo. Habiendo muerto su tio poco después de su vuelta, nuestro Santo, que nada temia tanto como el obispado, se alejó de su país, haciendo un viaje á la Palestina. Apenas entró en la embarcacion, pronosticó al piloto una tempestad furiosa, la que no tardó, y fue tan horrible, que todo el equipaje se creyó perdido. En este conflicto recurrieron al Santo, el que lo mismo fue ponerse en oracion, que cesar la tempestad, y quedar el mar en calma. Como este Santo obró este prodigio muchas veces en su vida, y se ha recibido el mismo socorro por su intercesion después de su muerte, los marineros y los navegantes le han tomado por su patron y le invocan en todas las borrascas.

Después de haber visitado los Santos Lugares se retiró á una cueva, donde dicen que el niño Jesús, la Vírgen santísima y san José pasaron la noche cuando salieron de la Judea para huir á Egipto. Nuestro Santo tenia intencion de pasar allí el resto de sus dias; pero Dios le dió á conocer que debia volver á Mira. Habiendo llegado á esta ciudad, se retiró á un monasterio, resuelto á pasar en él el resto de sus dias en el silencio, en la oscuridad y en los ejercicios de la mas austera penitencia. Habiendo muerto entre tanto el obispo Juan, que habia sucedido al tio de nuestro Santo, se juntaron en Mira los obispos de la provincia para dar un obispo á aquella iglesia. No se convenian en la eleccion, cuando uno de los mas santos de la asamblea, inspirado de Dios, dijo que el Señor queria que eligieran por obispo de Mira á un santo sacerdote que la mañana siguiente iria el primero á la iglesia. Nuestro Santo fue este elegido de Dios; pues sin saber nada de lo que pasaba, fué al amanecer á la iglesia á hacer oracion segun costumbre. Todos quedaron gustosamente sorprendidos cuando vieron al presbítero Nicolás; el cual queriendo escaparse de sus manos, fue detenido, y entre las aclamaciones públicas del pueblo y de todo el clero fue consagrado obispo. Al fin de la consagracion una mujer, rompiendo por entre la muchedumbre, fué á arrojarse á sus piés, presentándole un hijo jóven, que habiendo caido en el fuego habia sido sufocado por las llamas. El nuevo Prelado, habiendo hecho la señal de la cruz sobre el difunto, le resucitó en presencia de todo el concurso.

Viéndose colocado en la silla episcopal, se aplicó á cumplir con todas las obligaciones de un buen prelado, y á adquirir con perfeccion todas las virtudes de un santo obispo, para lo cual pasaba cási toda la noche á los piés de los altares, orando por sí y por su pueblo. Nunca ofrecia el divino sacrificio, que su rostro no pareciese inflamado de aquel fuego sagrado de que estaba abrasado su corazon. Su fervor crecia con sus dias, y su solicitud pastoral se extendia generalmente á todas las necesidades de su pueblo. Sus rentas solo servian para los pobres. No se le hallaba sino en la iglesia, en las cárceles y en los hospitales á la cabecera de los enfermos. Encargado de distribuir el pan de la divina palabra á su pueblo, lo hacia con tanto fruto y con tan feliz suceso, que en menos de un año mudó de cara toda la diócesis. Sus austeridades crecian con sus trabajos; desde el principio de su vida habia ayunado dos dias á la semana: cuando jóven ayunaba tres; pero después que fue obispo los ayunaba todos.

Habiendo el emperador Licinio renovado la persecucion de Diocleciano, envió ministros á Mira para restablecer la idolatría. San Nicolás hizo ver al mundo en esta ocasion que un Santo nunca parece mas grande que cuando combate por la Religion. Su celo se manifestó en todas las necesidades de su pueblo; y el deseo que tenia del martirio, le hizo menospreciar las amenazas de los ministros del Emperador. Fue por último condenado á un destierro, y cargado de cadenas por Jesucristo. Sufrió en el destierro toda especie de malos tratamientos, despedazándole todos los dias á golpes de varas y de correas. Pero habiendo sido derrotado Licinio por el gran Constantino, volvió triunfante á su iglesia, y su viaje fue una serie continuada de insignes conversiones y de milagros.

Si se mostró tan celoso contra los idólatras, no lo fue menos contra los Arrianos. Asistió al primer concilio Niceno, donde resplandeció como uno de los mas generosos confesores de Jesucristo, y como uno de los mas grandes prelados de la Iglesia. El número de los milagros que Dios obró por su intercesion es tan prodigioso, que con razon se ha llamado en todos tiempos el taumaturgo de su siglo. San Buenaventura escribe, que resucitó en Mira dos estudiantes que habian sido asesinados. El mismo milagro hizo con tres niños que habian sido cruelmente degollados, y cuyos cuerpos habian sido encerrados en una cuba. Esto es lo que pretenden representar los pintores cuando le pintan con tres niños pequeños á sus lados. En una terrible hambre se vieron multiplicar entre sus manos los pequeños pedazos de pan hasta saciar una muchedumbre innumerable de pueblo.

Su caridad para con todos los desventurados fue siempre en parte el carácter y distintivo de este santo Obispo. Estando un dia con tres maestres de campo á la puerta de la ciudad, le vinieron á decir que se iba á ejecutar la muerte en tres aldeanos inocentes. Corre al lugar donde debia hacerse la ejecucion: encuentra á los tres pacientes ya sobre el cadalso con los ojos vendados, y el verdugo en accion de irles á cortar la cabeza; le quita el sable con una osadía que solo podia ser efecto de la santidad; y diciendo al juez que él sabia la inocencia de aquellas pobres víctimas de su avaricia y de sus atropellamientos, le amenaza con la justicia del Emperador, y pone en libertad á los tres hombres. Los maestres de campo, que habian sido testigos de todo lo que habia pasado, aun no bien habian llegado á Constantinopla, cuando fueron acusados por la mas negra calumnia de haber entrado en una conspiracion contra el Estado, y condenados como reos de lesa majestad á perder la vida. En un lance tan apurado se acordaron de lo que habian visto en Mira; invocan al Santo, aunque ausente, y después de Dios ponen en él toda su confianza. Al mismo tiempo que hacian su plegaria, que era la noche que precedia al dia de la ejecucion, se apareció en sueños san Nicolás al emperador Constantino, y le amenazó con la indignacion de Dios si no revocaba el decreto que habia expedido contra los tres oficiales inocentes; y al mismo tiempo se apareció á Alabio, su primer ministro, intimándole la misma amenaza. Apenas amaneció, el Emperador envió á buscar á los tres oficiales, les declaró su vision, y les absolvió de su pretendido delito. Cási al mismo tiempo, viéndose unos navegantes en peligro de naufragar en una furiosa borrasca, imploran el socorro del Santo: al punto se les aparece visiblemente en la embarcacion, echa la mano al timon, y los conduce al puerto de Mira. Tantos prodigios hicieron tan célebre el nombre del Santo en todo el universo, en donde la fama habia ya hecho tan insigne su santidad. Finalmente, el Señor quiso recompensar su virtud y sus trabajos; le dió á conocer el dia y la hora de su muerte. Esta revelacion le llenó de gozo, y después de haberse despedido de su pueblo al fin de su misa pontifical, se retiró al monasterio de Sion, donde después de una corta enfermedad, en que se hizo administrar los últimos Sacramentos, entregó su espíritu á Dios en medio de muchos Ángeles, que se dejaron ver de los que estaban en su cuarto. Sucedió esta muerte preciosa el dia 6 de diciembre, hácia el año de 327; no se sabe en qué año de su edad. Fue enterrado en la iglesia del monasterio en un sepulcro de mármol; y desde entonces salió de su

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

sepulcro un licor milagroso, que curaba todo género de enfermedades. El emperador Justiniano edificó á honra suya una soberbia iglesia, la que Basilio reparó con magnificencia el año 1087. Estando los turcos saqueando toda la Licia, este santo cuerpo fue transportado á Bari de la Pulla, en Italia, donde se conserva con gran veneracion en una iglesia de las mas magníficas, en la que su sepulcro es cada dia mas glorioso por los innumerables milagros que se obran en él todos los dias.

SAN FORTIAN, MÁRTIR.

El bienaventurado niño san Fortunato ó Fortian, segun le llama el vulgo catalan, del cual hace solemne fiesta tal dia como hoy la iglesia parroquial de Torelló, en el obispado de Vich y principado de Cataluña, segun se entiende, y así está pintado en su antiquísimo retablo, es uno de los santos Inocentes que mató el cruel rey Herodes, cuya historia se lee en las del dia 28 de este mes. Tiénese allí por tradicion que una paloma tomó con su pico la arquilla donde estaba el cuerpecito de este bienaventurado Santo, y la trajo á una fuente que está cerca de la villa de Torelló, la cual no está muy léjos de una iglesia edificada fuera de aquel pueblo llamada San Fortian. Y segun añaden algunos, habiendo la paloma aparecido en la dicha fuente trajo la santa reliquia á la iglesia parroquial de Torelló, y la puso en el coro, viniendo de una manera tan maravillosa aquel gran tesoro al dicho pueblo. Refiérense muchísimos milagros obrados por la misericordia divina, mediante la intercesion de este bienaventurado niño, cuya autenticidad bien se colige de la grande veneracion con que es honrado de aquellos naturales. El clero dice misa de este santo Mártir, y nómbranle en la colecta de ella, llamándole Fortunato. (*Domenech, Historia de Santos de Cataluña*).

La Misa es en honor de san Nicolás, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Nicolaum pontificem innumeris decorasti miraculis; tribue, quaesumus, ut ejus meritis et precibus à gehennae incendiis liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que honraste con innumerables milagros al bienaventurado obispo Nicolás, haz que por sus méritos y ruegos seamos libertados de los fuegos del infierno. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XIII *de san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Mementote praepositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt ver-

Hermanos: Acordaos de vuestros Prelados, los cuales os anunciaron la

bum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratia stabilire cor, non escis, quae non profuerunt ambulantibus in eis. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviunt. Quorum enim animalium infertur sanguis pro peccato in Sancta per Pontificem, horum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum extra portam passus est. Exeamus igitur ad eum extra castra: improperium ejus portantes. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo: id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus. Beneficentiae autem, et communionis nolite oblivisci: talibus enim hostiis promeretur Deus. Obedite praepositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.

palabra de Dios, de los que habeis de imitar la fe, poniendo los ojos en el fin de su vida. Jesucristo ayer y hoy: y él mismo es por los siglos. No os dejeis llevar de doctrinas varias y peregrinas. Porque es cosa excelente confortar el corazon por medio de la gracia, no por medio de aquellas comidas que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar del cual no tienen derecho á participar los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es llevada por el pontífice al Sancta Sanctorum por el pecado, son quemados fuera de poblado. Por lo cual tambien Jesús, para santificar el pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á él fuera de poblado llevando su improperio. Porque aquí no tenemos ciudad estable, sino que buscamos la futura. Ofrezcamos, pues, siempre por él á Dios hostia de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre. Y no querais olvidaros de la beneficencia, ni de la comunion de caridad, por cuanto con semejantes víctimas se gana á Dios. Obedeced á vuestros Prelados, y estad sujetos á ellos, porque ellos velan, como quienes han de dar cuenta de vuestras almas.

REFLEXIONES.

Lo que Jesucristo era ayer, eso es tambien hoy; y lo será por todos los siglos. ¡A cuántas gentes deberia sacar los colores esta verdad! ¡qué sentimientos de piedad y de religion no teníamos en aquellos tiempos de devocion y de fervor, en aquellos bellos dias de inocencia! ¡qué horror al pecado! ¡qué pureza de costumbres! ¡qué regularidad de conducta en aquellos primeros años de religion, ó en aquellos que se siguieron á la conversion, y que parecieron tan cristianos! Penetrados entonces de las grandes verdades de la Religion, ilustrados con las luces de una fe viva, nos parecia Jesucristo el solo objeto digno de nuestro amor, el solo dueño á quien teníamos que servir, y el solo soberano á quien teníamos interés en no desagradar: su palabra era entonces nuestra ley, y su Evangelio la regla de nues-

tra conducta: no podíamos comprender entonces como un negocio temporal pudiese ocuparnos mas que el negocio de nuestra salvacion; y como un hombre de buen juicio podia no mirar el negocio de su salvacion como su importante y su único negocio. ¿Qué impresion no hacia en nuestro corazon la memoria de todo lo que Jesucristo hizo y padeció por nuestro amor? El misterio de la Encarnacion, el de la Redencion y de la Eucaristía, todo nos movia, todo nos echaba en cara nuestro poco reconocimiento, todo nos enternecia y nos interesaba. Como éramos Cristianos en toda nuestra conducta, ¿qué respeto no nos inspiraba el lugar santo? ¡con qué santo horror asistíamos al sacrificio de la misa! ¡con qué hambre de la justicia nos llegábamos á los santos Sacramentos! ¡qué temor saludable á los juicios de Dios, qué dulce confianza en los méritos del Redentor, qué deseo de nuestra salvacion, qué inquietud, qué celo! Como nos mirábamos como peregrinos sobre la tierra, sufríamos con paciencia las amarguras de nuestro destierro: la vista de Jesucristo endulzaba todos los sinsabores de nuestra peregrinacion. Como éramos herederos del mismo Dios, y coherederos de Jesucristo, ¡qué gozo no sentíamos en tener parte en sus sufrimientos con la bien fundada esperanza de tener parte en su gloria! Todo esto obraba en nosotros la gracia de Jesucristo en aquellos años de inocencia y de fervor, en aquel tiempo en que confesábamos que éramos cristianos, que éramos cuerdos: ¿de dónde, pues, ha venido esta espantosa mudanza de costumbres, de conducta y de sentimientos? Lo que Jesucristo era ayer, ¿no lo es todavía hoy, y lo será por todos los siglos? ¿de dónde viene, vuelvo á decir, que no seamos hoy lo que éramos ayer, respecto de Jesucristo y de su moral? Nuestra religion es tan invariable como su autor. Las mismas verdades que hubo antes subsisten hoy, y subsistirán por todos los siglos. Jamás se envejecerán; jamás se verá que las verdades del Evangelio pierdan un punto de su vigor y de su fuerza. ¿Éramos cuerdos cuando vivíamos segun el espíritu de Jesucristo, y segun las solas máximas del cristianismo? ¿somos cuerdos el dia de hoy que hemos mudado de dueño? El dueño no se ha mudado: el mismo es que fue, y lo será eternamente; la misma soberanía tiene hoy que tuvo siempre; el mismo poder, la misma bondad, la misma misericordia. ¿Qué es lo que nos ha podido hacer dejar su servicio? ¿Por ventura hemos encontrado otro dueño mejor? Este dueño es nuestro Dios; este Dios nuestro redentor; será nuestro juez. Nos vamos acercando á su terrible tribunal; quizá tocamos ya en el término fatal de nuestra vida. En aquella última hora ¿nos alegraré-

mos de haber dejado su servicio? ¿nos alabarémos de haber mudado de amo, cuando no nos quedará otro que él por toda aquella espantosa eternidad, que harán tan cruel el pesar, el arrepentimiento sin fruto y la desesperacion?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 21.*

MEDITACION.

Que no hay estado de donde sea mas difícil salir que del estado de la tibieza.

Punto primero.—Considera como el estado de la tibieza no solo es muy arriesgado por lo que mira á la salvacion, sino que lo que hay mas que temer es, que cási no tiene remedio; y que cuando una alma está en este estado, es cási imposible que salga jamás de él. Para salir de un estado peligroso es menester conocer que se está en él, y conocer su peligro; y esto es cabalmente lo que el alma tibia no conoce. Por mas que un pecador esté abismado en los mayores desórdenes, no le cuesta trabajo el conocer el peligro en que está; pero una alma tibia jamás cree que lo es. Se puede decir que desde que empieza á conocer que es tibia, empieza á no serlo ya. Solo en el fervor se descubre la desgracia y la infelicidad de una vida tibia; y hé aquí lo que hace tan difícil la conversion de una alma tibia: ¿por qué camino se la descubrirá que se halla en este estado, cuando la ceguedad es el primer efecto de la tibieza? Como no se relaja sino poco á poco, se familiariza insensiblemente con el pecado, se acostumbra á sus defectos, y finalmente gusta de ellos. El hábito sufoca, y aun previene todas las reflexiones, y extingue todos los remordimientos: ninguna cosa da golpe á una alma tibia, á nada teme, de nada desconfia, no encuentra cosa que la escandalice: cae en la tibieza sin omitir sus ejercicios espirituales: los hace, pero de un modo desabrido; y estos ejercicios espirituales solo sirven para deslumbrar al alma, y para adormecerla en su lastimoso estado. El mismo Dios, que hace tanto ruido para despertar al pecador, parece que calla, y que embaraza lo que podria excitar y avivar á una alma tibia. Amonestaciones saludables, sermones capaces de convertir al pecador mas endurecido, lecciones piadosas, accidentes adversos que hacen abrir los ojos á las personas mas depravadas, no hacen la menor impresion en una alma tibia. Y ¿cómo es capaz que piense en el remedio, cuando no cree tener mal alguno? La insensibilidad va á los alcances á la

ceguedad, y el endurecimiento sucede siempre á una insensibilidad habitual. ¿Se puede imaginar un estado mas lastimoso? ¿la reprobacion dista mucho de este funesto estado?

Punto segundo. — Considera como entre todas las enfermedades del alma no hay una, al parecer, mas incurable que la de la tibieza. Los Sacramentos, las meditaciones, las reflexiones, los ejemplos son unos remedios excelentes para los males espirituales. Pero ¿son eficaces estos remedios en una alma tibia? Se confiesa en este estado, se comulga como en el estado de fervor, y tal vez con tanta frecuencia como una alma fervorosa; pero ¿cuál es el fruto de estas confesiones y comuniones? Se confiesa sin contricion, sin propósito sincero de mudar de vida; cási no se sabe de qué ha de acusarse; tan ciega está una alma tibia. Una fórmula de confesion, un chorrillo que dice siempre una misma cosa y produce siempre un mismo efecto; esto es, un aumento de sopor, una continuacion de decaimiento, una infeliz desgraciada hazañería y simulacion que ahoga todos los remordimientos, que da una perniciosa y mortal seguridad que tranquiliza al alma. Se sale del tribunal de la Penitencia con la misma disposicion con que se habia entrado: se recae á las dos horas de haberse confesado en los mismos defectos de que se habia acusado. Les sucede á estas almas con los Sacramentos lo que á los enfermos de una calentura lenta con los remedios superficiales que les dan; los cuales solo sirven para contentar y entretener la imaginacion del enfermo, el cual no por eso deja de morir un dia mas ó menos tarde. Buen Dios, ¡cuán comun es esta enfermedad de decaimiento y de tibieza entre las personas que hacen profesion de ser devotas! y ¡cuán ordinario es ver personas tan celosas por la perfeccion de los otros, directores, predicadores, superiores, que saben reprender tan bien los menores defectos, cuyo celo se agota todo en procurar la salvacion de los otros, cayendo ellos mismos en la tibieza, por descuidarse de corregir sus propios defectos é imperfecciones!

Pero, Dios mio, ¿de que servirá todo esto á una alma tibia, á no ser que Vos, por un milagro de vuestra misericordia, la hagais conocer su infelicidad? á lo menos haced este milagro en mi favor, y no permitais me sean inútiles estas saludables reflexiones.

Jaculatorias. — Inflamad, Señor, mi corazon en el amor de vuestra santa Ley, y haced que os sirva con desinterés y con fervor. (*Psalm.* cxviii).

Abrasad, Señor, mi corazon y llenadle de un santo fervor en vuestro servicio. (*Psalm.* XXV).

PROPÓSITOS.

1 Por mas arreglada que sea tu vida, por mas santo que sea tu estado, por mas exacto que seas en tus santos ejercicios, teme la tibieza: es esta una enfermedad epidémica y contagiosa, y así no debes omitir cosa alguna para preservarte de ella. Solas las almas tibias no temen estar en la tibieza; para no caer en ella, ejercítate con frecuencia en las prácticas siguientes: Primera: cumple con una puntualidad escrupulosa con todos tus ejercicios de piedad. Segunda: no te contentes con no omitirlos jamás; ten un cuidado particular de hacerlos siempre el mismo dia y á la misma hora. Tercera: haz cada uno de ellos cada vez, como si esta fuera la última que los hicieras en toda tu vida. Cuarta: practica estos avisos, con especialidad respecto de la confesion y comunion; esta práctica es de las mas excelentes. Quinta: luego que hubieres caido en algun defecto, aunque sea el mas leve, castígate el mismo dia con alguna penitencia. Sexta: pide á Dios todos los dias el fervor, y no sirvas jamás al Señor con pereza, ociosidad y negligencia.

2 Procura en todas las grandes fiestas renovar tu fervor, celebrarlas con una nueva devocion: comienza por la festividad de la inmaculada Concepcion que viene luego. Acúsate en las confesiones de la tibieza con que sirves á Dios. Está alerta contra las distracciones voluntarias, especialmente en tus oraciones vocales. Jamás te descuides de orar y rezar con respeto. Evita las posturas acomodadas y poco decentes. Vela singularmente sobre tus sentidos, y haz alguna mortificacion, porque el amor propio y la falta de mortificacion son siempre el orígen funesto de la tibieza. Finalmente, ten un extremo horror á esta enfermedad espiritual, de la que cási nunca se cura.

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

La consagracion de san Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia, en Milan, cuya doctrina y santidad sirve de ornamento á toda la Iglesia. (*Véase su vida hoy*).

El triunfo de san Agaton, soldado, en Alejandría; el cual en la persecucion de Decio como quisiese impedir la befa que algunos gentiles hacian de los cuerpos de los Mártires, se levantó contra él de repente el clamor del vulgo:

le prendieron, y presentado ante el juez, permaneciendo constante en confesar á Cristo, en castigo de su piedad fue sentenciado á muerte.

Los santos mártires Policarpo y Teodoro, en Antioquía.

San Siervo, mártir, en Tuburbo en África; el cual en la persecucion de los vándalos, por órden del rey Hunerico, arriano, fue azotado por largo tiempo con varillas, levantado en alto repetidas veces con una polea, dejándole después caer á plomo sobre agudos pedernales, y tambien frotado con piedras muy afiladas, y así alcanzó la palma del martirio.

San Urbano, obispo y confesor, en Teano en la Campaña.

San Martin, abad, en Saintes en Francia, en cuyo sepulcro obra Dios continuos milagros. *(Fue discípulo de san Martin, obispo de Tours y maestro de san Eutropio).*

Santa Fara, vírgen, en una aldea de Meaux. *(Era hija de uno de los principales dignatarios de la corte de Teodoberto, rey de Austrasia, y hermana de san Faron. Cuando llegó á la pubertad sus padres la propusieron un ventajoso casamiento; pero declarando ella que habia hecho voto de castidad, y que nunca tendria otro esposo que Jesucristo, auxiliada de san Eustasio, tomó el velo de religiosa en Meaux el año 614. Dos años después se fundó por su padre el célebre monasterio que en su orígen se llamó Brige, y después de Faremoutier; y aunque la Santa era muy jóven, fue nombrada primera abadesa; y asistida de los consejos de san Cognoaldo y san Walberto, estableció en él la regla de san Columbano. La reputacion de su santidad corrió desde luego por toda la Francia, de modo que fueron á visitarla muchos príncipes y prelados, y llenaron su monasterio muchas almas heróicas honradas en los calendarios, como las santas Sisetrudis, Gibitrudis, Hercantrudis, y otras. Después de una prolija y penosa enfermedad, fue llamada á recibir la corona eterna en el dia 3 de abril del año 655, y por su intercesion se han obrado innumerables milagros. En los escritos antiguos es llamada Burgundofora.* Butler).

SAN AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Ambrosio, uno de los mas célebres Doctores de la Iglesia, era hijo de Ambrosio, prefecto del pretorio de las Galias, dignidad que daba entonces en el imperio el mayor honor y la primera autoridad después del emperador: nació el año de 340 en la ciudad de las Galias, donde residia entonces su padre; esto es, ó en Arles, ó en Tréveris, ó en Leon. Su nacimiento fue acompañado de un presagio seguro de su futura elocuencia; pues estando aun en la cuna, entró en el cuarto un enjambre de abejas, y revoloteando al rededor de él, parecia que entraban en su boca, y salian unas después de otras. Corrieron á echarlas de allí; pero el padre, que se hallaba presente, no dudando que hubiese en esto algun misterio, lo embarazó, y quiso ver el fin de este prodigio. Pasado un rato salió el enjambre por la ventana, y se elevó por el aire tan alto, que le perdieron de vista. Al ver esto, dijo el padre que su hijo seria un dia alguna cosa grande

si Dios le conservaba la vida. Le educaron con cuidado, y su educacion correspondió á la piedad de sus padres y á la nobleza de su nacimiento. Tuvo la dicha de tener una madre todavía mas distinguida en el mundo por su eminente piedad que por lo elevado de su condicion. De tres hijos que tuvo, no hubo uno que no fuera santo. Su hija, que era la mayor de todos tres, fue santa Marcelina: su hijo mayor fue san Sátiro; y el menor de todos, que era Ambrosio, los sobrepujó á todos en méritos y en santidad.

Ambrosio se mantuvo en las Galias hasta la muerte de su padre; después de la cual se fué con su madre á Roma, no teniendo mas que cuatro ó cinco años de edad. Viendo un dia que su madre y su hermana besaban la mano al obispo, que probablemente era el papa san Julio, les presentó tambien, por modo de juego, la suya para que la besaran, diciendo, aunque de chanza, que habia de ser obispo. El suceso hizo ver que quien hablaba entonces en él era el Espíritu Santo. El niño Ambrosio mostraba ya en sus mas tiernos años un genio tan vivo, tan despejado y tan superior á todos los de su edad, que procuraron aplicarle con tiempo al estudio de las bellas letras; á poco tiempo se habilitó en la lengua y ciencia de los griegos, y particularmente en la elocuencia, que era entonces la principal ocupacion de los jóvenes de calidad que aspiraban á los empleos del imperio. Habiendo su hermana Marcelina hecho profesion de virginidad, y recibido el velo de mano del papa Liberio, Ambrosio quedó admirado y movido de este ejemplo doméstico, y juntando la piedad al estudio, vino á ser el mancebo mas cabal que se conocia en Roma; se adquirió la amistad de Anicio Probo, prefecto del pretorio: peroró algun tiempo en su tribunal con tal elocuencia y majestad, que Probo le eligió por su asesor, y poco tiempo después le nombró gobernador de la Emilia y de la Liguria, que comprendian todo el país conocido hoy bajo el nombre del Milanesado, Genovesado, Piamonte, Parmesado, Boloñés, el Modenés y el Estado eclesiástico. Luego que el emperador Valentiniano hubo confirmado esta eleccion, á que añadió las insignias del consulado, el prefecto Probo dijo á Ambrosio cuando partia para su gobierno: Vé, y obra, no como juez, sino como obispo; queriendo darle á entender en esto, que un gobernador debe ser padre del pueblo por su afabilidad y su dulzura.

Ambrosio para esto no tuvo que hacer otra cosa que seguir su natural. Se portó con tanta cordura, y supo ganar tan bien los corazones de todos, que se respetaba hasta el solo nombre de Ambrosio. No habia sino uno ó dos años que estaba en Milan cuando el año de

374 murió Aujencio, obispo arriano, á quien el emperador Constancio habia entrometido en aquella iglesia: se movió una gran disputa entre los Arrianos y los Católicos de Milan sobre la eleccion de sucesor, queriendo cada uno de los dos partidos poner en la cátedra episcopal un sugeto de su comunion: creyó Ambrosio que como gobernador debia ir á la iglesia; en efecto fué, y arengó al pueblo en asunto de la eleccion con tanta elocuencia, que llevó todos los espíritus á la paz y tranquilidad pública. Apenas acabó de hablar, un niño exclamó en medio de la iglesia: *Ambrosio obispo*. Este grito se tomó como una voz del cielo; y toda la multitud se puso á repetir por tres veces con grande aplauso: *Ambrosio es nuestro obispo*. Lo que hay mas que admirar aquí es, que todos los espíritus se unieron en este punto como por milagro, por mas que fuesen de diversa secta, y todos convinieron en pedir por él, aunque era magistrado, y no era todavía sino catecúmeno. Todos reconocieron la voz de Dios en esta unanimidad; Ambrosio solo fue el que no quiso reconocerla; nunca habló con mas fuerza y elocuencia que para defenderse de admitir el obispado. Sus razones, sus ruegos, sus mismas lágrimas, sus renuncias fueron en vano; por lo cual huyó y se escondió. Pero Dios, que le habia escogido para ser una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, y el modelo de los mas santos prelados, permitió que habiendo salido de la ciudad en medio de la noche para retirarse á Pavía, cuando creia haber caminado mucho, se encontrase al amanecer á la puerta de Milan. Halló medio de ocultarse en la campaña en casa de uno de sus amigos; pero fue descubierto por el mismo que le habia franqueado este retiro: sin embargo, empleó todos los artificios imaginables para que no tuviera efecto la eleccion: aparentó una gran severidad, y aun quiso dar á entender que era de costumbres no buenas; pero conociendo el pueblo que todo era fingido, no mudó de determinacion. Enviaron al emperador Valentiniano una fiel relacion de todo lo que habia pasado; y este Príncipe, que estaba entonces en Tréveris, se llenó de gozo al ver que le pedian por obispo al que él habia enviado por gobernador: mandó á Itálico, vicario de Italia, que procurara que Ambrosio se ordenara y consagrara cuanto antes. No pudiendo este dudar mas que fuese esta la voluntad de Dios, recibió el Bautismo de mano de un obispo católico, como lo habia pedido expresamente. Recibió después todos los sagrados órdenes, y fue solemnemente consagrado obispo el dia 7 de diciembre del año 374, á los treinta y cinco de su edad.

Luego que Ambrosio se vió obispo distribuyó á la iglesia y á los

pobres todo el oro y plata que tenia, y donó á la iglesia todas sus tierras. Asimismo se impuso tres obligaciones particulares, de las que jamás se dispensó. La primera, de no pasar dia alguno sin decir misa: la segunda, de predicar todos los domingos el Evangelio á su pueblo; y la tercera, de no omitir nada de cuanto podia contribuir para hacer florecer la Religion, y destruir la herejía. El estudio de la Religion fue el único estudio en que se ocupó mientras fue obispo. Pasaba una parte de la noche, y todos los ratos que podia hurtar á los negocios por el dia, en meditar las verdades de la sagrada Escritura, y en leer los escritos de los Padres. Los de san Basilio el Grande fueron muy de su gusto: trabó una grande amistad con este incomparable Doctor, y los dos grandes Santos toda la vida se correspondieron por cartas. Estudiaba mucho, pero todavía oraba mas; y aunque su espíritu era muy eminente, y muy continua su aplicacion, la posteridad ha estado siempre persuadida á que su ciencia era infusa; y por este motivo le pintan con el símbolo del Espíritu Santo en una paloma que le habla al oido.

En medio de un trabajo tan grande, mortificaba su cuerpo con un ayuno continuo y con una abstinencia prodigiosa. No cenaba sino el domingo y las grandes festividades: los otros dias no tomaba por la noche sino una refeccion muy moderada; dormia muy poco, y en sus vigilias no interrumpia sus ordinarios trabajos. Tenia un amor tan ardiente y tan tierno á Jesucristo sacramentado, que no ofrecia jamás el divino sacrificio sin derramar muchas lágrimas. Sus escritos muestran demasiado su ternura y su confianza para con la Madre de Dios; por eso la Iglesia ha mirado siempre á este gran Doctor como uno de los mas celosos devotos de la Vírgen santísima.

San Ambrosio no estuvo mucho tiempo sin hacer conocer lo que la Iglesia debia esperar de su celo y de su generosidad. Queriendo los ministros del Emperador emprender algunas cosas contra los derechos y los cánones de la Iglesia, se opuso con vigor, se quejó animosamente á Valentiniano, y embarazó el que se hiciera cosa alguna contra el buen órden. Habiendo muerto este Príncipe el año 375, dejó el imperio á sus dos hijos, Graciano, de edad de diez y siete años, y Valentiniano el Jóven, que no tenia sino cuatro. San Ambrosio miró á estos jóvenes Emperadores con una ternura de padre; y ellos por su parte le honraron así el uno como el otro como si fueran sus hijos.

En este tiempo los Arrianos, acostumbrados á dominar en la iglesia de Milan bajo de Aujencio su predecesor, no omitian diligencia alguna para frustrar los deseos y providencias del santo Obispo; pero

san Ambrosio, sostenido de la autoridad del emperador Graciano, vino á ser su azote, y los precisó á convertirse, ó á vivir en paz y callar. Como en los sermones que predicaba tan frecuentemente á su pueblo sobre los medios de salvarse cada uno en su estado, se aplicaba particularmente á exaltar la excelencia de la virginidad, y hacer conocer la dicha de las vírgenes, sus predicaciones produjeron muchos y pasmosos efectos. Se vieron venir á Milan, no solo de las ciudades de Italia, sino tambien de la Mauritania, varias doncellas á consagrar á Dios su virginidad bajo su direccion, y tomar el sagrado velo de mano del santo Obispo. Los frutos de sus sermones fueron tan léjos, y sus predicaciones eran tan eficaces, que las madres encerraban sus hijas para que no asistieran á sus instrucciones; lo que le hizo decir con gracia, que pues las exhortaciones que hacia en Milan producian efectos tan prodigiosos en las provincias remotas, mientras que su pueblo era insensible á ellas, estaba en ánimo de ir á predicar á las provincias distantes, á fin de mover á los de Milan. El buen efecto que producian sus sermones le obligó á recogerlos, y hacer de ellos un cuerpo que dividió en tres libros, intitulados: *De las Vírgenes*. No habia sino tres años que era obispo cuando hizo esta coleccion; y pocos dias después compuso el libro *de las Viudas*, que fue bien pronto seguido de un segundo tratado de la Virginidad, contra los que pretendian imputarle á delito el que tantas gentes renunciasen al matrimonio.

Habiéndose declarado Valente, emperador de Oriente, protector de la herejía arriana, atrajo el enojo de Dios sobre sí y sobre todos sus Estados. Los godos vinieron á arrojarse sobre él con un ejército formidable: vendo en su socorro el emperador Graciano, su sobrino, quiso tener de san Ambrosio un preservativo contra los errores de los orientales, lo que obligó al Santo á componer su excelente tratado *de la Fe*, que fue citado después con tantos elogios en el concilio general de Éfeso. Habiendo muerto en Milan su hermano san Sátiro en el año 389, san Ambrosio predicó su oracion fúnebre el dia de su entierro, y distribuyó á los pobres los bienes que habia dejado. Dos años después hizo convocar un concilio en Aquileya, donde confundió é hizo condenar á Secundiano y Paladio, presbíteros arrianos, y logró del Emperador un edicto en que se prohibia á los herejes tener asambleas en adelante.

Habiendo vacado el obispado de Sirmio, metrópoli de Panonia, fué allá nuestro Santo para embarazar el que ocupase aquella silla algun obispo arriano por el favor que esta secta lograba de la emperatriz

Justina. Estando sentado en la silla episcopal, una jóven arriana tuvo el descaro de subir al presbiterio, y coger a san Ambrosio de los hábitos para hacerle bajar. El Santo se contento con decirla de un modo grave, que aunque el fuese indigno del sacerdocio, no convenia ni a su sexo ni a su profesion poner la mano sobre un sacerdote cualquiera que fuese, y que debia temer los juicios de Dios. Pocas horas despues murio de repente esta desventurada doncella, y san Ambrosio quiso asistir la mañana siguiente a sus funerales. Estando nuestro Santo de vuelta para Milan, fue a pedir perdon por un reo al emperador Graciano. El mayordomo mayor, llamado Macedonio, hombre duro, le hizo cerrar la puerta de palacio: al volverse el Santo hacia su casa dijo sin alterarse: Algun dia vendras a la iglesia, y no entraras en ella: esta prediccion se cumplió despues de la muerte del Emperador, cuando queriendo Macedonio refugiarse en la iglesia, no pudo dar con la puerta; tan aturdido y ciego le habia puesto el miedo.

Habiendo san Ambrosio ido a Roma para asistir al concilio que habia juntado el papa san Damaso, fue recibido y escuchado de todos como un oraculo. Una mujer que estaba paralítica en una cama, sabiendo que el Santo estaba allí, se hizo llevar, y habiendo tocado su ropa quedo sana al mismo instante. Despues que volvio de Roma, compuso su tratado del misterio de la Encarnacion. A la salida de un sermon que habia predicado sobre este misterio, dos oficiales arrianos le propusieron una cuestion, ofreciendole venir la mañana siguiente a la misma hora a oir la solucion. El Santo se fue al paraje donde le habian propuesto la cuestion; pero los oficiales, burlandose de la palabra que le habian dado, se metieron en su coche para irse a divertir: el Santo, despues de haberlos esperado inutilmente, explico la cuestion; y al bajar del pulpito supo, que habiendose volcado el coche, habian caido los dos oficiales en un precipicio, donde perecieron miserablemente.

El año 383, habiendo sido asesinado en Leon el emperador Graciano por la perfidia de algunos de los suyos que le abandonaron por seguir la rebelion del tirano Maximo, se recurrió a san Ambrosio como el unico dique que podia oponerse a este terrible enemigo: acepto el Santo esta arriesgada comision; se planto en Treveris, hablo al tirano, y le hicieron tanta impresion sus razones, que dejo la resolucion que habia tomado de pasar a Italia. Luego que llego a Milan de vuelta de esta expedicion, supo que Simaco, prefecto de Roma y pagano obstinado, queriendo aprovecharse de la flaqueza del gobierno del joven Valentiniano, y de su madre Justina, habia

dirigido una representacion al Emperador, en que le pedia el restablecimiento del altar de la Victoria, de los sacerdotes paganos, de los sacrificios y de las vestales. San Ambrosio compuso una respuesta á esta representacion, tan cabal, tan enérgica y tan concluyente, que el Emperador quedó convencido de la iniquidad de la peticion: negó á los paganos todo lo que le pedian; y se puede decir que despues de Dios fue la Iglesia deudora á san Ambrosio de esta última victoria que alcanzó sobre el paganismo.

La emperatriz Justina, ingrata á los grandes servicios que nuestro Santo habia hecho al Estado, y ciega mas que nunca por su arrianismo, viendo que se acercaba la fiesta de Pascua, pidió al Santo una iglesia en Milan donde pudiesen juntarse los arrianos que la servian y acompañaban: el Santo se la negó intrépidamente. La Emperatriz mandó, amenazó é hizo ocupar la basílica Porciana á nombre del jóven Emperador; pero el Santo permaneció inflexible, y fue menester que la ira de la Emperatriz cediese á su intrepidez. El eunuco Calígono, camarero mayor del Emperador, arriano declarado, tuvo la insolencia de decir al santo Obispo que le cortaria la cabeza si proseguia en menospreciar las órdenes de S. M. El Santo se contentó con responderle, que si Dios le permitia cumplir su amenaza, como él lo deseaba, Ambrosio padeceria como obispo, y Calígono obraria como eunuco.

El año siguiente se declaró abiertamente la persecucion, en la que Justina no guardó mas medidas: resuelta á emplear todo su poder para restablecer el arrianismo en todo el Milanesado, amenazó arrojar de sus sillas á los obispos, si no recibian los decretos del concilio de Rimini, y publicó una ley en nombre del Emperador su hijo para autorizar las juntas de los Arrianos. Benévolo, secretario de Estado, inviolablemente adicto á la fe católica, quiso mas perder su empleo, que extender y firmar este edicto. Mercutino, escita de nacion, obispo arriano, á quien los herejes habian nombrado obispo de Milan por la faccion arriana, y el que, desacreditado por sus delitos, habia mudado su nombre de Mercutino en el de Aujencio, que estaba en veneracion entre los Arrianos, extendió y dirigió este edicto. La Emperatriz, hallando á san Ambrosio contrario en todo á sus perniciosos designios, determinó pervertirle ó arrojarle de su silla, y le mandó á decir que escogiera jueces y árbitros por su parte, como Aujencio lo habia hecho por la suya, para que la causa de entrambos fuese juzgada por el Emperador en su Consejo: que si no adheria á este

convenio, no tenia que hacer sino retirarse, y ceder su silla episcopal á Aujencio.

San Ambrosio hizo presentar una respetuosísima representacion sobre todos los capítulos: y añadió, que segun el edicto de Valentiniano su padre, en las causas de fe el juez no debe ser de inferior condicion que las partes: que á los obispos tocaba juzgar á los emperadores cristianos en las causas de Religion; pero que nunca habian tenido facultad los emperadores cristianos para juzgar á los obispos; y que el lego no debe echar jamás la mano al incensario. Después de haber enviado esta humilde representacion al Emperador, se retiró á la iglesia, donde fue seguido de un sin número de gentes prontas á morir antes que permitir que les llevasen su pastor. La iglesia fue cercada de soldados, que no se quitaban de dia ni de noche: entonces fue cuando nuestro Santo, para entretener santamente á los fieles, compuso muchos himnos que hacia cantar á dos coros, mezclados con salmos. La Emperatriz, temiendo una sedicion, dejo de perseguirle; y Dios consoló á nuestro Santo descubriéndole las reliquias de los dos santos hermanos mártires Gervasio y Protasio, lo que aumentó la rabia y el despecho de la Emperatriz arriana. Un cierto Eutimio, que habia un año tenia dispuesto el carruaje en que debia ser llevado nuestro Santo, fue puesto en él para ser conducido al destierro; y san Ambrosio le dió, de pura caridad, el dinero necesario para el viaje.

Durante esta calma continuó el Santo en dar instrucciones al pueblo, y siempre con mayor fruto. La conversion del gran san Agustin es una de las conquistas que hará eternamente una de las mas bellas partes del elogio de nuestro Santo; se cree que fue por este tiempo cuando los dos grandes Santos compusieron el célebre cántico: *Te Deum laudamus..*, que hacian cantar á dos coros en las juntas de los fieles para dar gracias á Dios por la calma no esperada que habia dado á la iglesia de Milan, y por la victoria conseguida sobre la herejía arriana.

Á pesar del odio que la Emperatriz tenia á san Ambrosio, necesitó de él en las apretadas urgencias del Estado: recurrió al Santo, y le pidió que volviera á verse con el tirano Máximo. El Santo aceptó esta peligrosa comision: fué á Tréveris, y habló á aquel Príncipe con una libertad y una intrepidez cristiana que pasmó al tirano. Máximo le respetó; pero como habia determinado entrar en Italia y destronar á Valentiniano, hizo poco caso de las razones y representacio-

nes de san Ambrosio. Sabiendo Justina que el tirano habia pasado los Alpes, se retiró á Oriente con su hijo Valentiniano, y fué á arrojarse entre los brazos del gran Teodosio. Este gran Príncipe los recibió benignamente, y les dijo claramente que su desventura no tenia otro principio que la proteccion que habian dado á los Arrianos en lugar de escuchar y sostener á los obispos católicos. El emperador Teodosio pasó con un ejército á Occidente, atacó á Máximo, le derrotó enteramente, y restableció á Valentiniano en el trono.

Apenas este gran Príncipe hubo conocido á san Ambrosio cuando le estimó, le honró y le veneró; pero si quedó prendado de su gran piedad, no quedó menos edificado de su firmeza en sostener los derechos de la Iglesia. Habia consentido el Emperador que se volviese á los judíos de Milan su antigua sinagoga, á lo cual el santo Obispo se opuso; pero nada da á conocer mejor que se sobreponia á todo respeto humano, que aquella santa libertad con que habló al Emperador después de la cruel matanza de Tesalónica. Los habitantes de esta desventurada ciudad, habiendo dado la muerte en una sedicion á uno de los capitanes generales del Emperador, le irritaron tan cruelmente, que abandonó la ciudad á discrecion de sus tropas, las que pasaron á cuchillo hasta quince mil personas: todo el mundo se horrorizó de una accion tan bárbara. San Ambrosio escribió á Teodosio una carta respetuosa, pero viva, para representarle la atrocidad de esta ejecucion, y moverle á penitencia. La carta hizo en el Emperador el efecto que deseaba Ambrosio, haciendo que el Emperador se manifestase arrepentido de lo hecho: algun tiempo después, habiendo este Príncipe ido á Milan, quiso entrar en la iglesia, mas el santo Prelado le prohibió la entrada, presentándose ante el Emperador, y hablándole con respeto, mas con toda la autoridad que le daba su carácter sostenido de la santidad de su vida. El Emperador le oyó con los ojos bajos, sin hablar palabra, hasta que habiendo acabado de hablar Ambrosio, le respondió: *Ya conozco mi culpa, y espero mucho en la misericordia divina. David*, añadió, *esperó mucho en ella, y no padeció jamás la confusion de haber esperado en vano, aunque cometió un adulterio y un homicidio.— Vos le habeis imitado en su pecado*, replicó el Santo; *imitadle, pues, en su penitencia*. Hizo el Emperador lo que le aconsejaba Ambrosio; pues mirándose como excomulgado, estuvo ocho meses sin entrar en la iglesia; y Ambrosio no le absolvió de su pecado, ni le admitió á la participacion de los divinos misterios sino después de una penitencia pública. Teodoreto añade, que el religioso Príncipe después de haber ido al ofertorio

con los ojos bañados en lágrimas, fué á ponerse en el coro, y se quedó en el presbiterio. Habiéndolo advertido san Ambrosio, le preguntó si queria alguna cosa; el Emperador respondió que aguardaba que llegara el tiempo de la Comunion. El Santo le envió á decir, que solo á los ministros sagrados les era permitido entrar en el lugar santo; que la púrpura podia hacer príncipes, pero no sacerdotes; y que el presbiterio no era para los emperadores. Teodosio recibió la advertencia con humildad, salió fuera de la barandilla, y se puso entre los legos, donde el santo Obispo le hizo dar un puesto cual convenia á su clase y á su dignidad. Estando en Constantinopla este Príncipe algun tiempo después, y hallándose en la iglesia un dia de fiesta, salió del presbiterio después de la ofrenda; y habiéndole preguntado el patriarca Nectario por qué habia salido del coro, respondió el Emperador con un suspiro: «¡Ah! hasta de poco tiempo á esta parte no «he sabido la diferencia que hay entre el sacerdocio y el imperio. «Apenas he podido hallar un hombre que me enseñase la verdad: no «he conocido otro que Ambrosio que lleve con justo título el nom«bre de obispo.» Este Príncipe tuvo toda su vida una idea tan alta de la prudencia y santidad del santo Prelado, que al morir le recomendó sus hijos Honorio y Arcadio.

Ningun obispo estuvo jamás en mas alta reputacion que nuestro Santo: de todas las partes del mundo venian á verle, á consultar con él, y á oirle. Le miraban todos como el general de los ejércitos del Señor; como el azote no solo de los Arrianos, sino tambien de todos los herejes de su siglo. Asistió y presidió á muchos Concilios, en los que confundió á Prisciliano, á Joviniano, y á todos los otros enemigos de la fe. Sus escritos hacian tanto fruto en los países extranjeros como en Milan; y de todas partes se le consultaba como al oráculo de la Iglesia. Con un mérito tan eminente jamás se vió prelado mas humilde. Su mansedumbre, su modestia, su afabilidad le hicieron dar el nombre de padre del pueblo; y su caridad inmensa el de padre de los pobres. Después de haber dado todo su patrimonio, agotado sus rentas, y vendido sus muebles para asistir á los miserables, vendió hasta los vasos sagrados para emplear el precio en rescatar los cautivos cristianos, y aliviar los pobres durante la tiranía de Máximo.

El año 396, Fritigila, reina de los marcomanos, pueblos de Germania que ocupaban lo que comprende hoy la Bohemia, habiendo oido hablar de san Ambrosio á un cristiano que habia ido á Italia, quedó tan impresionada de todo lo que le dijo de él, que no pudo dudar que la religion de Ambrosio fuese la verdadera; creyó, pues,

en Jesucristo, y envió embajadores á Milan para pedir al Santo que la diera algunas instrucciones por escrito, y la señalase la regla que debia observar en su creencia y en su conducta: lo que ejecutó el Santo en una admirable carta que la escribió en forma de catecismo. Esta Princesa quedó tan prendada del Santo, que ella misma vino á Milan para tener el consuelo de verle y oirle; pero encontró que ya habia muerto.

Cayó enfermo en el mes de febrero del año 397. El conde Estilicon, amigo íntimo del Santo, exhortó á todos los habitadores de Milan que pidiesen á Dios por la vida de un hombre que era tan necesario al bien del Estado y de la Iglesia. Estando los principales de la ciudad llorando al rededor de su cama, les dijo el Santo: No he vivido entre vosotros de modo que deba tener vergüenza de vivir todavía: tampoco temo morir; porque tengo que tratar con un Señor infinitamente bueno. Poco antes de morir se le apareció Jesucristo, quien le llenó de un dulce consuelo, y le convidó á la gloria celestial. Finalmente, el Sábado Santo, que cayó á 4 de abril el año 397, aquella grande alma fué á recibir en el cielo el premio debido á su eminente virtud, á sus trabajos y á sus méritos. San Honorato, obispo de Verceli, que se halló á su muerte, le administró el Viático pocas horas antes de espirar. Sus funerales fueron una pompa célebre por la cual se empezó á darle los honores debidos á los Santos, y esta veneracion se ha ido aumentado con los siglos.

A mas de su insigne piedad, de su celo infatigable y de sus raros talentos, tenia una ciencia tan llena de uncion, y una dulzura tan particular en la expresion, que le ha hecho dar el sobrenombre de doctor melifluo, ó que destila miel. Como murió en un tiempo que por lo comun está ocupado con el oficio de Pascua ó de Cuaresma, la Iglesia ha fijado su fiesta á 7 de diciembre, dia de su consagracion: fuera de esta fiesta hay otra que se celebra en Milan á 30 de noviembre, que fue el dia de su bautismo.

La Misa es en honor de san Ambrosio, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui populo tuo aeternae salutis beatum Ambrosium ministrum tribuisti: praesta, quaesumus; ut quem doctorem vitae habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que diste á tu pueblo por ministro de la salvacion eterna al bienaventurado Ambrosio; os rogamos nos concedais que ya que le tuvimos en la tierra por doctor y director de nuestra vida, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola de la vocación del apostol san Pablo a Timoteo, capítulo IV.

Carissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus, prædica verbum: insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum impple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus Judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, por su venida y por su reino, que prediques su palabra; que insistas a tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amonestes con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina: antes bien juntarán maestros conforme a sus deseos que les hagan el oído, y no querrán oír la voz de la verdad, y se convertirán a las fábulas. Pero tu vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Se templado. Porque yo ya voy a ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo Juez: y no solo a mi, sino tambien a todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá un tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina, sino que buscarán a sí mismos los doctores, apartarán los oidos por no escuchar la verdad, y se volverán a las fábulas. Una persona se extravía siempre demasiado cuando se deja llevar de sus deseos. No hay un deseo que no corra y se derrame como un torrente; no hay uno que no sea impetuoso, no hay uno que no sea capaz de excitar un furioso incendio. Nuestros deseos son nuestras pasiones; ¿hubo jamas un conductor mas malo? No hay una pasion que no sea ciega, impetuosa, insaciable y capaz de corromper las mejores calidades del espíritu y del corazon. Sea un hombre del mas bello natural, de espíritu mas bien acondicionado, tenga las mas bellas disposiciones para la virtud, sea el hombre mas generoso del mundo; desde el punto que este hombre se abandona a una pasion, y se hace su esclavo, todas estas brillantes calidades desaparecen, estas mejores disposiciones para la virtud se acedan y se corrompen, el natural se avinagra, el corazon se avinia, se diria que la pasion le ha hecho volver

el juicio. Buen Dios, ¿no hemos de abrir jamás los ojos? ¿ha de durar siempre el encanto? ¿la fe y la razon no han de hallar algun hueco para hacerse oir? ¿Ignoramos que la pasion lo corrompe todo, y que todos nuestros desórdenes, nuestros mismos disgustos, nuestras inquietudes, nuestros pesares no tienen cási otro orígen? Estando envenenada esta fuente, como en efecto lo está, ¿se puede dudar que sea vicioso todo lo que viene de ella? pero el colmo de la desgracia está en que no hay persona que por mas abandonada que esté á la pasion quiera persuadirse jamás que obra por pasion. Todas las pasiones tienen esto de comun, que apenas han nacido cuando ciegan. Estarán apoderadas del espíritu y del corazon, serán el primer móvil de la mayor parte de nuestras acciones, el alma será su esclava, y todavía creerémos estar exentos de sus violencias y de su tiranía; de aquí nace la dificultad cási inseparable de hacer volver de sus desbarros á una persona que se deja arrastrar de sus deseos. Porque si la ceguedad no fuera el efecto mas natural de las pasiones, ¿cómo se podrian encontrar tantas gentes, no destituidas enteramente de razon, cerrar los oidos para no oir la verdad? ¿cómo unas gentes, con alguna sombra de buen juicio, se habian de entregar á las fábulas, y gustar de ellas? Sin embargo, esto es lo que hacen todos los que se dejan dominar de la pasion. A montones tenemos los ejemplos en los herejes de todos los siglos. La pasion es la madre de todas las herejías: no hay uno que al caer en el error no haya caido en mil fabulas. ¿Es esto porque entre esos hijos rebeldes contra la Iglesia su madre no ha habido jamás gentes de entendimiento ni de buen juicio que hayan podido descubrir estas extravagancias? Entre todos los partidarios del error ha habido grandes ingenios; pero la pasion los cegaba. Arrianos, Maniqueos, Nestorianos, Eutiquianos, Pelagianos, Luteranos, Calvinistas, y por decirlo de una vez, todos los herejes han vuelto á otra parte los ojos para no ver la verdad, han desviado el oido para no oirla, y se han vuelto al lado de las fábulas. No hay una herejía que no contenga mil extravagancias que repugnan á todo hombre de buen juicio, y que no esté encaprichado ni dominado de la pasion. ¿Cuántas veces se ha visto abrazar un hombre los errores que habia combatido él mismo? Enrique VIII mereció el glorioso título de defensor de la Iglesia; mas este defensor de la fe, arrebatado de una violenta pasion, vino á ser su mas cruel enemigo. Buen Dios ¡cuánto es de temer una pasion dominante! ¡y qué guerra no debemos hacer á todas las pasiones!

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno coelorum; qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Sobre la preparacion para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Vírgen María.

Punto primero.—Considera que las mayores festividades han sido establecidas por la Iglesia para procurar los mas grandes favores del cielo á todos sus hijos; pero estas gracias abundantes piden las disposiciones necesarias en los fieles, sin lo cual estas fuentes de bendiciones se secan respecto de aquellos á quienes faltan las necesarias disposiciones. La cena de aquel gran señor de que habla el Evangelio estaba dispuesta para muchas gentes, que fueron privadas de ella por no haber querido negarse á sus placeres, á sus intereses particulares, á cien cuidados inútiles, y á mil embarazos del todo mundanos. Entre los mismos que asistieron al convite fue severamente

castigado aquel que se halló sin las disposiciones con que debia asistir. Todas las fiestas que celebra la Iglesia son una especie de banquete, por decirlo así, á que Dios nos convida. Y ¿no se encuentran personas que se dispensan de asistir á él por razones tan poco cristianas, tan frívolas como las de los convidados al banquete? Un dia de campo, *villam emi:* negocios de interés; porque, en fin, ¿quién no sabe que todo esto se guarda para los dias de fiesta? *Compre cinco yugadas de bueyes:* negocios domésticos: *me he casado, y por eso no puedo asistir.* ¿Cómo se santifican los dias de fiesta el dia de hoy? ¿Por ventura son dias de negocios, de indevocion, de diversiones, de pasatiempos? ¿Con qué disposiciones se celebran? ¿Qué preparaciones se hacen la vigilia de las grandes festividades? Para una fiesta mundana, para una fiesta profana se disponen muchos dias antes; pero una fiesta de religion, ¿quién hay que piense en ella aun desde la vigilia? ¿por ventura se piensa en ella el mismo dia? ¿Debemos admirarnos de que estos dias consagrados, de que estos dias de bendicion sean unos manantiales tan estériles? ¿La Iglesia en estos santos dias no franquea sus tesoros? Y los Santos, cuya memoria se celebra, cuyas virtudes se ensalzan, cuya intercesion, cuyo poder se implora, emplean todo el favor que gozan con Dios para derramar sobre nosotros todos los tesoros de su misericordia. ¿Qué gracias no reciben entonces los que asisten al banquete con el vestido de boda, los que se encuentran con santas disposiciones, los que se han preparado desde la vigilia para la solemnidad? ¡Cuánto nos daña, Dios mio, nuestra insolencia, nuestra poca vigilancia y nuestra poca devocion!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hay pocas fiestas entre año que nos deban interesar mas, y que nos puedan ser mas útiles que la de mañana. Como la Virgen santísima mira la gracia, el privilegio, la insigne prerogativa de su inmaculada Concepcion como el mas insigne favor que ha recibido de Dios; no puede dejar de mirar con el mayor agrado la fiesta solemne que la Iglesia la celebra: discurre, pues, con qué complacencia, con qué benevolencia, con qué gusto mirará á los que procuran celebrar esta fiesta con devocion, con fervor, con solemnidad. ¡Con qué gozo se celebra el dia del nacimiento de un monarca! ¡qué magnificencia en los vestidos, qué alabanzas en los cumplimientos! pero ¡qué benevolencia, qué liberalidad en el monarca! La fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen la honra mas, la es mas agradable que la de su santa Natividad. ¡Con qué alegría, pues, verá las acciones de gracias que sus hijos dan al

Señor por un privilegio tan singular! ¡con qué complacencia escuchará las súplicas que se la hacen! ¡con qué liberalidad derramará entonces los tesoros de las misericordias del Señor, de las que es la dispensadora! Considera cuánto importa celebrar esta gran fiesta con devocion, con fervor, con magnificencia. Pero considera igualmente cuán importante es el prepararse para ella. Si alguna excusa frívola nos embarazara en este dia hacer nuestros obsequios de religion á la santísima Vírgen; si nos faltara el celo, el fervor y una santa impaciencia para mostrar á nuestra amada Madre la parte que tomamos en su gloria; si careciéramos del vestido de boda en un dia tan solemne; si no distinguiéramos este dia de todos los otros por una devocion particular, ¿qué pérdida no seria todo esto para nosotros? Estemos persuadidos á que no podrémos dar mayor gusto á la Madre de Dios, que honrando con un culto particular y con la mas tierna devocion su inmaculada Concepcion, y la gracia singular que recibió en aquel primer instante.

Alcanzadme, ó Vírgen santísima, esta tierna devocion, para que os de pruebas de mi amor, de mi respeto, de mi celo y de mi veneracion: desde hoy en adelante procuraré disponerme como es razon para esta grande festividad; haced por vuestra intercesion que sea eficaz esta preparacion.

Jaculatorias. —Hacedme ver en este dia, Vírgen santísima, que sois mi madre; alcanzadme de vuestro Hijo que oiga las súplicas que le hago. (*Eccles.*).

No ceso, Señor, de implorar vuestra misericordia, ni cesaré de pediros que me mireis con rostro propicio, especialmente en este dia. (*Psalm.* xxvi).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que el fruto que podemos esperar de las mayores solemnidades depende de las disposiciones con que las celebramos, procura prepararte desde este dia para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. Se viene á los ojos que la primera disposicion necesaria es un corazon puro: aplícate, pues, desde hoy á tener esta pureza por medio de una confesion mas exacta y mas perfecta que las regulares. Hermosea tu alma, por decirlo así, con algunas buenas obras, con alguna limosna que darás con intencion de prepararte para la fiesta de mañana; y como empieza desde las primeras vísperas de esta tarde, procura asistir á ellas; y si no puedes,

suple este defecto con el recogimiento interior, el que puedes observar en medio del tumulto de tus empleos; pero haz cuanto puedas por pasar algun rato en oracion esta tarde en la iglesia.

2 Procura exhortar á tus hijos, á tus domésticos, á tus inferiores á celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion con toda la devocion posible, haciéndoles conocer las grandes utilidades de esta devocion. Procura, sobre todo, disponer tan bien todos tus negocios, y tomar tan bien tus medidas para mañana, que no haya nada que te ocupe ó distraiga. Es una santa preparacion la de ayunar la vigilia de todas las fiestas de la santísima Vírgen; pero singularmente esta. Sé diligente en levantarte mañana temprano, aun mas de lo ordinario; y haz que todo el dia se pase devotamente.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LA CONCEPCION DE LA GLORIOSA SIEMPRE VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS. *(Véase su historia hoy).*

San Eutiquiano, papa, en Roma; quien con sus propias manos dió sepultura en distintos lugares á trescientos cuarenta y dos Mártires; á los cuales siendo él tambien asociado en el imperio de Numeriano, fue coronado con el martirio, y sepultado en el cementerio de Calixto.

San Macario, mártir, en Alejandría; el cual en tiempo de Decio, cuanto mas le persuadia el juez que negase á Jesucristo, tanto mas firme estaba en confesar la fe católica: por cuya causa le quemaron vivo.

San Eucario, en Tréveris, discípulo del apóstol san Pedro y primer obispo de aquella ciudad.

San Sofronio, obispo, en Chipre; memorable defensor de los pupilos, huérfanos y viudas, y remediador de todos los pobres y desvalidos.

San Romarico, abad, en el monasterio de Luxeuil; el cual ocupando el primer lugar en la corte del rey Teodoberto, después de renunciar al mundo fue el mas exacto observador de la disciplina monástica. *(Era príncipe de la sangre real en Aquitania, y obtuvo los primeros destinos del Estado en la corte de su pariente Teodoberto. Pero en tiempo de Clotario II vendió sus bienes y Estados, dió la mitad á los pobres, y el resto lo empleó en fundar un monasterio en Luxeuil, bajo la regla de san Columbano. Quiso vivir en él como simple religioso, hasta que por muerte del primer abad le compelieron á tomar á su cargo el gobierno de aquella abadía. La caridad, la humildad y la dulzura formaban especialmente el carácter de este Santo, que pasó de esta á mejor vida en el año de 653.* Butler).

San Patapio, solitario, esclarecido en virtudes y milagros, en Constantinopla. *(Entregado en un desierto á la oracion y á la penitencia, fue por muchos años el pasmo de cuantos iban á visitarle para admirar sus virtudes y milagros).*

La consagracion de san Zenon, obispo, en Verona.

LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Entre todas las festividades que celebra la Iglesia en honor de la santísima Virgen, no hay otra que sea mas gloriosa que la de la inmaculada Concepcion; por tanto ninguna debe excitar mas la devocion de los fieles. En esta festividad celebramos aquel primer instante en que María, saliendo de la nada, se encontró, por una especial gracia, perfectamente hermosa á los ojos de su Criador, quien, habiéndola formado como la obra mas cumplida y mas cabal de su omnipotencia, y habiéndola colmado al mismo tiempo de todos los dones, mas liberalmente que jamás lo habia hecho en favor de todas las criaturas, halló en ella un objeto digno de su amor y de sus mas dulces complacencias. Este primer momento, tan ignominioso y tan fatal á todos los hombres, pues todos comienzan á ser hijos de ira desde el instante mismo que empiezan á vivir; esclavos del demonio tan pronto como hombres; objetos del odio de Dios al mismo salir de la nada; este momento es en María el principio y origen de todas las bendiciones que Dios puede derramar, al parecer, sobre una pura criatura. Este primer momento, vergonzoso para todos los hombres, es un momento de gloria para ella. Hija del Altísimo, heredera del cielo, digna Esposa del Espíritu Santo, precioso objeto del amor de Dios, ve á todos los hijos de Adan esclavos del demonio, herederos del infierno y víctimas de la justicia divina.

Sí, Vírgen santa, exclama el sabio Idiota, Vos sois toda hermosa en todo el curso de vuestra vida, sin exceptuar un solo momento, y jamas ha habido en Vos mancha alguna de pecado, sea mortal, sea venial, sea original. María solo ha sido dispensada, por un privilegio singular y único, de aquella ley general de que nadie se ha exceptuado. *No por ti, sino por todos se ha puesto esta ley*, podemos decir de María, mejor que Asuero de la hermosa Ester. (*Esth.* xv). María en su concepcion fue exenta de aquella ley general, y esto es lo que se entiende por la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen; quiere decir, que María no tuvo parte alguna en el pecado del primer hombre; y por consiguiente que jamás contrajo la mancha del pecado original que inficiono toda la descendencia de Adan. Dios, por una gracia especialísima, hizo en favor de María una excepcion de la ley. Sola ella, por un privilegio tan señalado, no fue envuelta en aquel naufragio universal. Se debe exceptuar de la ley general la Vírgen María, cuando se trata del pecado, dice san Agustín; quien no puede sufrir ni aun que se ponga en cuestion si estuvo jamás su-

jeta á él. (*Lib. de Nat. et Grat. cap. 36*). La razon que alega el Santo manifiesta todavía mejor su pensamiento. Porque sabemos, añade este gran Doctor, que esta incomparable Vírgen recibió tanto mayores gracias para triunfar enteramente del pecado, cuanto mereció concebir y llevar en su casto seno á aquel que jamás fue capaz de pecado alguno. Esto es lo que movió á los Padres del concilio de Trento á declarar, que no era su intencion comprender á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios en el decreto en que se trataba del pecado original. (*Sess. 1*). No habiendo, pues, querido el santo Concilio confundirla con el resto de los hombres en la ley general del pecado, ¿quién se atreverá á envolverla en esta maldicion comun?

Este es tambien el motivo que ha tenido la Iglesia, gobernada por el espíritu de Dios, para instituir esta fiesta particular bajo el título de la Concepcion de María. En ella pretende honrar la gracia privilegiada y milagrosa que santificó á la santísima Vírgen en el momento que fue concebida; pudiéndose decir que esta primera gracia es propiamente la que pone el colmo a la plenitud de gracias que recibió, y de la que el Ángel la felicitó; porque ¿cómo hubiera podido el Ángel saludarla llena de gracia si hubiera habido en su vida un momento en que estuviese privada de ella? La Iglesia quiere que todos los fieles junten sus parabienes en esta festividad para celebrar un tan insigne favor.

En este dichoso momento se cumplió en ella, dicen los Padres, lo que Dios habia predicho á la serpiente: *Ella te quebrantará la cabeza.* (*Gen.* III). El pecado original, dice san Agustin, es como la cabeza de la serpiente infernal, pues este pecado es el principio fatal por el cual el demonio se hace dueño del hombre. (*Apud Ench. serm. de Conc.*). Habiendo sido María libertada de la mordedura de esta serpiente en su inmaculada Concepcion por una gracia preveniente, dice el célebre Jacobo de Valencia, obispo de Crisópolis, fue propiamente en este momento cuando le quebrantó la cabeza (*Sup. Magnificat*); y este insigne privilegio fue quien le hizo decir: *No se alegrará este enemigo sobre mí.*

En virtud de esta predileccion la llama la Iglesia la primogénita entre todas las puras criaturas, y la aplica estas palabras de los Proverbios: *El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos. Dios la protegerá desde el amanecer, desde el primer momento de su vida. Dios la ayudará por la mañana muy temprano,* dice el Profeta. (*Psalm.* XLV). *El Altísimo santificó el tabernáculo que escogió para habitar en él. La santidad mas pura debe adornar su casa.* (*Psalm.* XXXII). Era decente

y convenia, dice san Anselmo, que la Vírgen que Dios habia escogido para madre suya fuese de una tal pureza que no se pudiese imaginar otra mayor en alguna criatura. (*De Conc. B. V.*). Habiendo sido criados los Ángeles en el estado de la inocencia, la Reina de los Ángeles, dicen los Padres, ¿debia cederles un solo momento en santidad? ¿Cómo era posible que la gracia que Dios concedió á Eva, la primera mujer que trajo al mundo la muerte, la negase á María, que debia dar á luz al Autor de la vida? Es cierto, dice san Ildefonso, que fue exenta de todo pecado original aquella por la cual no solo hemos sido libertados de la maldicion que habia traido sobre nosotros nuestra primera madre, sino que hemos alcanzado toda suerte de bendiciones. (*De partu Vir.*). ¿Se podia creer que aquel Dios que crió la primera Vírgen sin pecado haya negado este privilegio á la segunda, dice san Anfiloquio? (*De Deipar.*). Debiendo la carne de Jesús ser una porcion de la carne de María, segun la expresion de san Agustin (*Serm. de Assumpt.*), ¿se podria imaginar que este Dios de pureza, tan celoso de la inocencia y de la santidad mas perfecta; que este Dios, que tiene un horror infinito á la mancha que deja el menor pecado, hubiese permitido que la carne de María, de la cual debia formar su propio cuerpo el Salvador del mundo, hubiese sido jamás manchada? No quiera Dios, exclama san Bernardo, que nos venga al pensamiento el que esta dichosa morada, donde el Verbo hecho carne habitó nueve meses, haya necesitado jamás de ser purgada de la menor mancha. (*Serm. 2*).

Dijo Dios, hágase la luz, y la luz fue hecha. Esta luz pura, dice san Vicente Ferrer, es la feliz concepcion de la Virgen María; porque fue hecha sin tinieblas, ni sombra alguna de pecado. (*Serm. de Nat.*). No creais, continúa el mismo Padre, que la concepcion de María haya sido como la nuestra. Nosotros somos concebidos todos en pecado; pero en la concepcion de María lo mismo fue formarse su cuerpo y criarse su alma, que ser ella santificada; y en este mismo instante, añade, por haberse encontrado del todo pura, del todo santa, del todo hermosa á los ojos de Dios, los Ángeles en el cielo celebraron, por decirlo así, la fiesta de su concepcion.

Queriendo Dios escoger una madre que fuese digna de sí, para distinguirla no se propuso, ni las ventajas del nacimiento, ni los bienes de fortuna, ni lo elevado de la condicion, ni el resplandor del poder mundano, ni todo aquello que las cualidades naturales tienen de mas brillante, sino solo la gracia santificante, dada desde el primer momento de su concepcion. Habiendo el Verbo eterno resuelto

hacerse hombre, siendo árbitro de elegir una madre que estuviese sobre el trono, y de hacerla soberana de todos los reinos del mundo, en nada menos piensa que en eso. Si la hace nacer de una sangre ilustre que habia juntado el sacerdocio y el reino, no es tanto en vista de la nobleza, cuanto por recompensar la fe de Abraham, de Isaac, de Jacob y la santidad de David; porque si hubiera buscado el esplendor del nacimiento, ¿hubiera escogido una nobleza confundida con la plebe, reducida á la condicion de artesano, pobre, oscura, sin nombre, sin cargos y sin empleos? No piensa el Señor en todas estas ventajas que tienen tanto atractivo para nosotros. Estos bienes naturales serian comunes á María con todas las gentes del mundo; la Madre de un Dios merece una distincion, un privilegio que la sea de tal modo propio, que no convenga á otra persona que á ella. Pues ¿cuál es esta ventaja que Dios se propone con preferencia á todas las otras, y que hace el carácter y distintivo de la grandeza de María? ¿cuál es esta insigne gracia que la hace digna de ser Madre de Dios? ¿cuál es este privilegio singular que la distingue de los Jeremías, de los Bautistas, de todos los mas grandes Santos y de todas las Vírgenes? Es, sin duda, la gracia insigne y especial que distingue tanto el primer momento de su concepcion. La santificacion en el seno de su madre, un nacimiento del todo santo no hubieran sido un privilegio particular de la Madre de Dios; que en sentir de los Padres, recibió mas gracia ella sola y mas insignes favores que todos los Santos juntos; y á quien Dios dió todas las gracias, toda la perfeccion, toda la gloria que el entendimiento puede concebir en una pura criatura, dice santo Tomás de Villanueva, y todavía mas de lo que el espíritu humano puede concebir (*Serm. 2 de Nat.*); en fin, dice san Bernardino de Sena, á quien Dios dió una gracia tan grande y tan singular, cual podia darse á una pura criatura. No hay, propiamente hablando, otra prerogativa que la de su inmaculada concepcion que la distinga de todo lo criado.

Toda eres hermosa en tu concepcion, dice el sabio Idiota: ved aquí la sola prerogativa que el Señor ha juzgado digna de la Madre que escogió; y ved aquí tambien lo que da un lustre singular á la gloria de la Madre de Dios. Este privilegio único es el que tira el último trasgo de semejanza entre ella y los retratos enigmáticos que el Espíritu Santo ha hecho de ella; entre esta Señora y todas aquellas figuras misteriosas que nos la representan, ya bajo el símbolo de la azucena, cuya blancura se hace admirar en medio de las espinas (*Cant.* IV.); ya bajo el de un jardin cerrado á la serpiente, y de una

fuente sellada. La santísima Trinidad cerró de tal suerte este jardin, dice Ricardo de San Lorenzo, que ha sido impenetrable á todo insulto enemigo. ¿Qué apariencia, dicen los Padres, hay que la que debia ser Madre de Dios fuese un solo momento objeto de su odio; que la Reina de los Ángeles y de los hombres fuese un solo instante esclava del demonio; y en fin, que la gracia de la inocencia original, concedida á los Ángeles y á Eva, fuese negada á María?

¡Qué votos, Dios mio, por espacio de cinco mil años para ver aparecer el Redentor de los hombres! Sepultados todos los mortales en las tinieblas que se habian esparcido sobre la faz de la tierra desde el pecado de Adan, suspiraban por aquel hermoso dia que debia producir el Sol de justicia; la inmaculada concepcion de María es la aurora de este dia, dice el venerable Pedro de Cluni. ¡Qué gozo ver aparecer la aurora cuando se espera con impaciencia el dia! La memoria de este gozo tan puro, el primer momento en que esta aurora aparece sin sombra alguna, es lo que la Iglesia celebra en este dia; y como no puede la Iglesia hacer fiesta sino de lo que es santo, segun santo Tomás, la que celebra en este dia demuestra la santidad de esta concepcion inmaculada.

María es aquella vara derecha de que habla el Espíritu Santo, dice san Ambrosio, en la que no se halló ni el nudo del pecado original, ni la corteza del actual. Esto hizo decir á san Juan Damasceno, que la naturaleza antes de producir su efecto respecto de María, habia esperado, por decirlo así, que la Gracia produjera el suyo. Los otros hombres, dice san Buenaventura, han sido levantados de su caida por la gracia del Redentor; pero María ha sido sostenida para que no cayera. (*In 3, dist. 2*). Esto hizo decir á san Bernardino, que María era la primogénita del Redentor del mundo. El impedir la caida es un beneficio mucho mayor que el levantar al que ha caido.

San Buenaventura se explica sobre este insigne favor de un modo todavía mas preciso: digo, que Nuestra Señora fue llena de la gracia preveniente en su santificacion, dice este seráfico Doctor, esto es de una gracia preservativa de la mancha del pecado original, el que hubiera contraido por la corrupcion de la naturaleza, si no hubiera sido preservada por una gracia especial, con la que fue prevenida. (*Bonav. dist. 13*); porque se debe creer que por un nuevo género de santificacion la preservó el Espíritu Santo del pecado original, no porque estuviese ya en ella, sino porque hubiera entrado si por una gracia singular no hubiera sido preservada de él. (*Idem, Sermo de B. V.*).

El angélico doctor santo Tomás, oráculo de la teología, y uno de los

mas devotos de la santísima Vírgen, no se explica menos claramente sobre su inmaculada concepcion. He hallado, dice, un hombre sin pecado, es á saber, Jesucristo; pero no he hallado mujer alguna que fuese totalmente exenta de él hasta del original y venial, fuera de la santísima Vírgen, toda pura y digna de toda alabanza (*In. Epist. ad Gal. edit. 1529*): bien se puede hallar, dice en otra parte, una criatura mas pura que todo lo que hay puro entre lo criado, si se halla exenta del pecado original; y tal fue la pureza de la bienaventurada Vírgen, la que fue exenta de todo pecado original y venial. (*In 1 Sent. dist. 44, art. 3*).

En este mismo sentido habla de la inmaculada Concepcion de María san Bernardo, uno de los mas devotos de la Señora, cuando en su sermon sobre la *Salve Regina,* exclama: Vos habeis sido inocente, María, así por lo que mira al pecado original, como á los actuales, y no hay otro que lo sea sino Vos sola... Porque de todas partes, esto es, de parte del pecado original y del actual, sois inocente Vos sola: todos los otros, si fueran preguntados, ¿qué podrian decir sino lo que dice el apóstol san Juan: Si decimos que no tenemos pecados, mentimos: no hay uno entre los hijos de los hombres, ni grande ni pequeño, que esté dotado de una tan grande santidad, ni tan privilegiado, que no esté concebido en pecado, excepto la Madre de aquel que no puede tener pecado, sino que quita él mismo los pecados del mundo? (*Serm. 15 in Coena Dom. Paris 1640 ex typogr. Reg.*). Estas palabras las tomó san Bernardo de san Agustin.

Si esta gracia de predileccion, que María hubiera preferido, en sentir de los Padres, á la maternidad divina, si el uno ó el otro de estos dos insignes favores se hubieran dejado á su eleccion; si esta gracia, si este privilegio ensalza tanto la gloria de María, no excita menos la devocion de los fieles. Desde el nacimiento de la Iglesia no ha habido siglo alguno en que la inmaculada concepcion de la Madre de Dios no haya sido el objeto de su veneracion y de su culto.

En el primer siglo se ven los Santiagos, san Marcos y san Andrés en sus liturgias, y especialmente en la de Santiago el Mayor, referida por Ctesifon y por Alacio. En el segundo san Justino mártir, san Hipólito y san Cipriano. En el tercero san Gregorio Taumaturgo, Orígenes y san Dionisio Alejandrino. En el cuarto san Atanasio, san Ambrosio y san Anfiloquio, que todos hablan de la santísima Vírgen como exenta, por una gracia especial, de toda mancha de pecado. La Vírgen María, dice Orígenes, es digna del digno, inmaculada del inmaculado, una del uno, única del único. (*Orig. t. 1 in*

Matth.). En el quinto siglo tenemos á san Agustin, san Gerónimo, san Máximo de Turin y á Teodoreto. En el sexto á san Fulgencio y san Sabas, que se cree autor de un oficio á honra de la inmaculada concepcion de la Madre de Dios, al cual san German, patriarca de Constantinopla, añadió una antífona. En el siglo séptimo están san Ildefonso, Sofronio, patriarca de Jerusalen y el sexto concilio general, tenido en Constantinopla, que recibió con aplauso la carta de este Patriarca, quien llama á María *inmaculada y exenta de todo contagio de pecado.* En el octavo Radberto, abad de Corbia, san Juan Damasceno, Raimundo Jordan, abad de Selles, tan conocido bajo el nombre de Idiota, que tomó por humildad; y el segundo concilio general Niceno, que llama á la santísima Vírgen mas pura que toda la naturaleza sensible é intelectual; esto es, mas pura que los mismos Ángeles que jamás fueron manchados con el menor pecado, ni original ni actual. En el siglo nono Teófanes y las Meneas griegas tan antiguas (*In Moenis hom. de Ann.*); estos son unos libros eclesiásticos para el uso de los griegos, donde está bien señalada su devocion á la Concepcion inmaculada: *por singular providencia,* se dice en ellos, *hizo Dios que la sagrada Vírgen desde el mismo principio de su vida fuese tan pura como convenia á la que habia de ser digna de tanto bien; esto es, de Cristo.* En el siglo décimo san Gilberto, san Anselmo, el beato Pedro Damiano, cardenal, y san Bruno, fundador de los Cartujos. En el undécimo los beatos Ivos de Chartres. En el duodécimo santo Tomás, san Buenaventura y Escoto. En el decimotercio Alberto Magno y Alejandro de Alés. En el decimocuarto san Lorenzo Justiniano. Se cuentan mas de cuatrocientos autores de los tres siglos siguientes, de los cuales los setenta son obispos, célebres todos por su piedad y por su ciencia; todos los cuales han escrito en favor de la Concepcion inmaculada de la Madre de Dios. Se puede decir que después de las verdades de la fe, no hay una en la cristiandad mas segura, mas sólidamente establecida que la de la inmaculada Concepcion de la Vírgen santísima.

Los soberanos Pontífices hablan siguiendo el lenguaje de los Padres. Todos los que han gobernado la Iglesia después de Sixto IV, excepto tres que no habiendo vivido mas que un mes en el pontificado no han tenido tiempo de mostrar su devocion á la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, todos los otros han procurado excitar el fervor de los fieles, franqueando los tesoros de la Iglesia en favor de todos los que honran con un culto religioso á esta inmaculada Concepcion.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

El papa Sixto IV, en dos bulas expedidas á este fin, publica un oficio compuesto por un religioso de Verona para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Vírgen, cuyo fin principal es declarar que fue enteramente preservada del pecado original, y el papa san Pio V en 1569 dió permiso á toda la Órden de san Francisco para rezar este oficio; cuyo permiso extendió á todo el clero secular y regular de España el papa Clemente XIII en 1761. El papa Clemente VII habia ya publicado con el mismo fin un Breviario compuesto por el cardenal Quiñones, en el cual, á mas de la oracion, hay en los Maitines un invitatorio en estos términos: *Celebremos la Concepcion inmaculada de la Vírgen María; y adoremos á Jesucristo, Nuestro Señor, que la preservó.* Fuera de esto, en los himnos que Zacarías, obispo de Guardia, compuso de órden y con la aprobacion del papa Leon X y de Clemente VII, se dice que Nuestra Señora fue criada en estado de gracia. Alejandro VI y Adriano VI aprobaron que algunas comunidades religiosas tomasen el título de Órden de la Concepcion inmaculada de la Vírgen María, y las honraron concediéndolas muchos privilegios. Pocos Papas ha habido que no hayan concedido muchas indulgencias á las cofradías erigidas bajo el título de la inmaculada Concepcion y en favor de esta fiesta. El célebre P. Antiste, de la Órden de Predicadores, hace mencion de una Órden de religiosas fundada en honor de la inmaculada Concepcion de la Reina del cielo, con la autoridad del papa Inocencio VIII, y confirmada después por Julio II el año 1507 á 17 de setiembre. En la regla que este Papa da á estas religiosas, después de haber dicho en el capítulo 1.° que las que entran en esta Órden pretenden honrar la Concepcion inmaculada de la Madre de Dios, añade, que entrar en esta Órden es hacer un servicio singular á esta augusta Reina. Manda igualmente, que las religiosas anden vestidas de un hábito y escapulario blancos, y de un manto de color azul celeste; y la razon que da de esta ordenanza es: que con este vestido dan á entender que el alma de la santísima Vírgen desde su creacion fue hecha de un modo particular templo del Hijo de Dios. El papa Paulo V prohibe, bajo graves penas, que se predique, se enseñe ó se escriba que la santísima Vírgen pecó en Adan; y Gregorio XV extiende esta prohibicion hasta los discursos particulares y conferencias. El papa Alejandro VII, en un nuevo decreto de la inmaculada Concepcion, su data 8 de diciembre de 1661, dice que es una antigua piedad de los fieles creer que la Madre de Dios fue preservada de la mancha del pecado original, é hizo que su fiesta se celebrara en Roma con magnificencia. No hay iglesia particular que no tenga

la misma devocion, y procure esmerarse en celebrar con solemnidad la misma fiesta todos los años.

Se puede decir que se ve el mismo celo para con la Concepcion inmaculada de la santísima Vírgen en los mas antiguos concilios. El concilio general de Éfeso, tenido el año 431, llama á la santísima Vírgen inmaculada; esto es, como lo interpretó Sofronio, citando á san Gerónimo: *por eso inmaculada, porque en nada fue corrompida.* El cuarto concilio de Toledo del año 634 aprueba con elogio el Breviario reformado por san Isidoro, arzobispo de Sevilla, en el que hay oficio de la inmaculada Concepcion señalado para toda la octava, y en todo él se dice preservada, por un privilegio singular, del pecado original. El concilio undécimo de 675 hace un elogio de la doctrina de san Ildefonso, y da bastante á entender alabando á este ilustre devoto de María, que esta Señora no fue comprendida en el pecado original.

La devocion particular de todas las Órdenes religiosas de la inmaculada Concepcion; el celo de todas las universidades; el unánime consentimiento de todos los pueblos en honrar este primer privilegio de la Reina de los cielos, principio y fundamento de todos los otros, todo esto hace esta fiesta todavía mas célebre. El sabio P. Antiste, en su admirable tratado de la inmaculada Concepcion, prueba que desde santo Domingo hasta su tiempo, todos los grandes y santos personajes que ha habido en su Órden, cuyo número es bien grande, han empleado su celo y su ciencia en adelantar la gloria de la Madre de Dios, y singularmente en defender su inmaculada Concepcion. Las célebres Órdenes de san Benito, de las Camáldulas, de los Cartujos, del Cister, de Cluni, de los Premonstratenses, y de todas las que han venido después de ellas, todas hacen profesion de honrar la santidad privilegiada de la Vírgen María en este primer momento, y darla testimonio de su celo y tierna devocion con la magnificencia de su culto. Las mas célebres universidades de Europa, y en particular las de Paris, Colonia, Maguncia, Salamanca, Alcalá, Sevilla, Valencia, Praga, etc., tienen estatuto de no admitir al grado de doctor á quien no se obligue á defender la inmaculada Concepcion de la Vírgen María. Lo mismo practican muchas hermandades y cofradías. El concilio de Basilea lo decidió en la sesion 36 como una verdad de fe; pero no habiendo aprobado el Papa este concilio, su decision no tiene fuerza de ley, ni está recibida en toda la Iglesia.

Á fines del siglo XIV Juan de Monzon, doctor en teología, habiendo osado enseñar que la santísima Vírgen fue concebida en pecado, sublevó contra sí á todos los fieles. La universidad de Paris cen-

suró y condenó como falsa y escandalosa esta opinion. El obispo Pedro de Orgemonte confirmó esta censura, y condenó solemnemente las proposiciones del Doctor en presencia de una infinidad de personas que habian concurrido á este espectáculo, como al triunfo de la santísima Vírgen. Habiendo sido llevado el negocio al Papa, después de un exámen de cerca de un año, confirmó el soberano Pontífice la sentencia del obispo de Paris, y la censura de la universidad; pero no habiendo querido el Doctor sujetarse á ella, le excomulgó el Papa con todos sus adherentes por una bula expedida expresamente á este fin.

Habia ya mas de setecientos años que la Iglesia griega celebraba la fiesta de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, como es fácil mostrarlo por las tablas de los griegos, cuando se comenzó á celebrar en el Occidente á principios del siglo XII. Hallándose un abad de Normandía, llamado Elsin, en una furiosa tempestad de mar, tuvo revelacion que evitaria el naufragio si hacia voto á Dios de celebrar en su monasterio la fiesta de la inmaculada Concepcion. Hizo el voto, la tempestad cesó, y la fiesta fue celebrada con la mayor solemnidad. De Normandía pasó la celebridad á Inglaterra, donde se solemnizó todavía mas por el celo y devocion de san Anselmo; de Inglaterra pasó luego á Francia. La iglesia de Leon, tan célebre por su antigüedad, por el número de sus Mártires, y singularmente por su tierna devocion á la santísima Vírgen, fue la primera en celebrar públicamente la fiesta de su inmaculada Concepcion el año de 1145. San Bernardo, aunque tan celoso de la gloria de la Madre de Dios, no creyendo que una iglesia particular pudiese establecer una fiesta nueva sin la autoridad de la Santa Sede, escribió á los canónigos de Leon aquella famosa carta, en la que, bien léjos de condenar su sentimiento sobre la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, el que ciertamente no era diferente del suyo, después de haber alabado su celo y su piedad, se toma la libertad de representarles que antes de hacer una novedad tan extraordinaria debian á lo menos consultar á la Santa Sede, sin cuyo permiso no se debe introducir en la Iglesia novedad alguna. *Me admiro,* les dice, *que hayais introducido una nueva fiesta que la Iglesia no celebra.* Convengo en que se debe honrar á la Vírgen santísima cuanto sea posible; pero aprobar y reglar el culto, solo toca á la Iglesia. *Por lo que á mí toca, hago profesion de no seguir sino lo que ella me enseña.* La Iglesia me dice que honre el triunfo de su gloriosa asuncion á los cielos, y el dia feliz de su nacimiento santísimo sobre la tierra. No hay duda que la Madre del Señor fue santificada antes de nacer: no es permitido creer que Dios

haya negado á María los privilegios que ha concedido á otros. Pero á sola la Iglesia, prosigue el Santo, toca determinar las fiestas que debemos celebrar. Para autorizar san Bernardo su delicadeza sobre esta novedad, dice, que hasta que la Iglesia haya hablado, nada se puede decidir sobre este artículo. *Siendo esto así*, añade, *¿qué razon teneis para celebrar la fiesta de la Concepcion?* Si creeis que María fue verdaderamente exenta del pecado original, y por consiguiente que su concepcion es toda santa, no debíais obrar por vuestro propio dictámen, sino que debíais consultar á la Santa Sede. El santo Doctor acaba su carta protestando que cuanto ha dicho sobre este particular lo sujeta á la autoridad de la Santa Sede, estando pronto y dispuesto á corregir todo lo que no fuere conforme á su juicio. Esta docilidad de san Bernardo para con la Santa Sede, ¿puede hacer balancear un momento sobre el partido que hubiera tomado si la hubiese visto declararse tan abiertamente como lo ha hecho después en favor de la inmaculada Concepcion, de la que ha ordenado se celebre fiesta con octava en toda la Iglesia?

La iglesia de Leon recibió esta carta con respeto, alabó el celo de san Bernardo; pero no defirió un punto á su representacion. La fiesta de la inmaculada Concepcion se ha celebrado cada año en ella con mas solemnidad; y se puede decir que como en la cristiandad no hay iglesia particular mas noble, mas ilustre y mas respetable que la de Leon, tampoco hay otra mas amante de promover la gloria y el culto de la santísima Vírgen. Sus ritos y costumbres, épocas sagradas de la mas venerable antigüedad, publican bastantemente cuál es su devocion á la Vírgen María. Ninguna de sus fiestas deja de celebrarse con solemnidad. Se ven siempre quince ministros oficiando en el altar el dia de todas sus fiestas.

Jamás se pronuncia en el oficio el nombre de María sin que se haga en señal de respeto una genuflexion ó inclinacion de cabeza. Todos los dias se cantan al fin de Completas una antífona y una oracion particular en honra suya. Y cinco veces al año todos los miembros de este ilustre cabildo, con velas encendidas en las manos, se ven cantar himnos de alabanza y de accion de gracias á honra de la santísima Vírgen. Lo que añaden en la *Gloria* durante la misa es una prueba no menos insigne de su devocion: *Qui tollis peccata mundi*, dicen, *suscipe deprecationen nostram ad Mariae gloriam:* tú, que quitas los pecados del mundo, recibe nuestra súplica para gloria de María. *Quoniam tu solus Sanctus Mariam sanctificans, tu solus Dominus Mariam gubernans, tu solus Altissimus Mariam coronans, Jesu Christe;*

porque tú, ó Jesucristo, eres el solo Santo que santifica á María, el solo Señor que gobierna á María, el solo Altísimo que corona á María.

Aunque la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Vírgen santísima no sea de precepto sino después de las bulas de Sixto IV, sin embargo se celebraba ya por devocion en la mayor parte de las iglesias de Inglaterra, Francia, Italia y España, y en todas partes con mucha piedad y fruto.

El gran Luis XIV, rey de Francia, admiracion y milagro de su siglo, no contento con haber renovado por una declaracion de 1650 la consagracion solemne que el difunnto rey su padre Luis XIII habia hecho de su persona, de su familia real y de su reino á la santísima Vírgen, en 1667 quiso señalar todavía mas su piedad para con la misma Vírgen, impetrando del papa Clemente IX una octava de la fiesta de la inmaculada Concepcion; y se ha notado que desde entonces el reinado de este gran Príncipe ha sido una continuacion de prosperidades y maravillas.

El año de 1647 el emperador Fernando III de este nombre hizo una igual consagracion de su persona y de sus Estados á la santísima Vírgen, bajo el título de su Concepcion inmaculada; y para hacer eterna la memoria de este ofrecimiento mandó erigir en la plaza mayor de Viena una soberbia columna adornada de emblemas y de figuras, que son otros tantos símbolos de la victoria que María ha conseguido sobre el pecado. Sobre esta columna se lee la inscripcion siguiente: *Deo Optimo, Maximo, Supremo coeli, terraeque Imperatori, per quem reges regnant. Virgini Deiparae Immaculatae Conceptae, per quam principes imperant; in peculiarem Dominam Austriae Patronam, singulari pietate susceptae, se, liberos, populos, exercitum, provincias, omnia denique confidit, donat, consecrat, et in perpetuam rei memoriam Statuam hanc ex voto ponit Ferdinandus III Augustus.* Cási en los mismos términos el rey D. Juan el I de Aragon y de Valencia, el año 1394, hizo igual consagracion de su persona y de su reino á la Vírgen santísima con una declaracion auténtica en favor de su inmaculada Concepcion.

Son bien notorios el culto y la devocion de todos los españoles para con la santísima Vírgen; y sobre todo se sabe cuál es su devocion y su celo á la inmaculada Concepcion. Esta fiesta ha muchos años que en España es de las mas solemnes; y en las Cortes de Madrid de 1760, María santísima, bajo el título de la inmaculada Concepcion, se tomó por patrona de todos los dominios sujetos al Rey Católico á proposicion de su devotísimo rey Carlos III, autorizada por

el papa Clemente XIII. Ningun predicador secular ó regular deja de comenzar un sermon en este reino con estas palabras: Sea bendito y alabado el santísimo Sacramento del altar, y la inmaculada Concepcion de María santísima, Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser y animacion. Amen.

Finalmente, en el oficio compuesto por un religioso de Verona para la fiesta de la inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, y publicado en dos bulas de Sixto IV, cuyo principal fin es declarar que fue enteramente preservada del pecado original, se encuentra la oracion que sigue al himno, que es la que ya regularmente se dice en toda España.

HIMNO.—SAN BERNARDO.

Ave maris stella
Dei Mater alma,
Atque semper Virgo
Felix coeli porta.

Salve del mar estrella,
De Dios Madre sagrada,
Y siempre Vírgen pura,
Puerta del cielo santa.

Sumens illud Ave
Gabrielis ore,
Funda nos in pace
Mutans Evae nomen.

Pues de Gabriel oiste
El Ave, ó Vírgen sacra,
En él mudando el de Eva,
Da paz á nuestras almas.

Solve vincla reis,
Profer lumen caecis,
Mala nostra pelle,
Bona cuncta posce.

A los ciegos da vista,
Las prisiones desata,
Destierra nuestros males,
Nuestros bienes alcanza.

Monstra te esse Matrem,
Sumat per te preces,
Qui pro nobis natus
Tulit esse tuus.

Muéstrate Madre nuestra,
Y lleguen tus plegarias
Al que por redimirnos
Nació de tus entrañas.

Virgo singularis,
Inter omnes mitis,
Nos culpis solutos,
Mites fac et castos.

Vírgen, que igual no tienes,
La mas dulce entre tantas,
Libra el alma de culpas,
Hacedla pura y mansa.

Vitam praesta puram,
Iter para tutum,
Ut videntes Jesum
Semper collaetemur.

Renueva nuestra vida,
El camino prepara,
Y así á Jesús veamos
Alegres en la Patria.

Sit laus Deo Patri,
Summo Christo decus,
Spiritui Sancto,
Tribus honor unus.
Amen.

Rindamos á Dios Padre,
Y á Cristo su alabanza,
Y al Espíritu Santo;
Una á los tres sea dada.
Así sea.

La Misa es en honra de la inmaculada Concepcion, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui per immaculatam Virginis conceptionem dignum Filio tuo habitaculum praeparasti: quaesumus; ut qui ex morte ejusdem Filii sui praevisa, eam ab omni labe praeservasti; nos quoque mundos ejus intercessione ad te pervenire concedas: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por la inmaculada concepcion de la Vírgen preparaste una morada digna para tu Hijo; te suplicamos, que así como por la muerte prevista de este Hijo la preservaste de toda mancha, nos concedas tambien por su intercesion la gracia de ir á Vos después de esta vida purificados de nuestros pecados. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *del libro de los Proverbios.*

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio. Ab aeterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant: necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar: adhuc terram non fecerat, et flumina, et cardines orbis terrae. Quando praeparabat coelos, aderam: quando certa lege, et gyro vallabat abyssos: quando aethera firmabat sursum, et librabat fontes aquarum: quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis, ne transirent fines suos: quando appendebat fundamenta terrae. Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum, et deliciae meae esse cum filiis hominum. Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam. Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem à Domino.

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio, antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban sentados sobre su pesada mole: antes que los collados estaba yo parida: todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines: cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fijaba al mar sus confines, é imponia ley á las aguas, para que no traspasasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra, estaba yo con él disponiendo todas las cosas: y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, oidme: bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios, y no querais despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta: el que me hallare, hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

REFLEXIONES.

El Señor me ha poseido desde el principio de sus caminos. ¿Quién es esta hija favorecida del cielo á quien la Iglesia aplica estas palabras, y que puede gloriarse de no haber estado jamás bajo de la esclavitud del demonio? Es una pura criatura que Dios escogió por madre desde la eternidad. ¿Nos pasmarémos á vista de esto que el Señor haya sido tan celoso de la posesion de su corazon, y que se haya reservado sus primeros homenajes? Es un templo donde debe residir toda la plenitud de la divinidad. ¿Debe pasmarnos el que Dios no sufra en él la menor profanacion? *No es hombre, es Dios para quien se prepara esta habitacion.* (*I Par.* IX). Es preciso que María sea exenta del pecado original, porque el Hijo de Dios debe nacer en su seno como en su templo; y el primer uso de su destino y de su oficio merece el privilegio de su santidad. No se debe discurrir de su concepcion como de la concepcion de los otros hombres. María parece exteriormente una mujer como las demás; pero es un templo que la Gracia prepara para Dios. Y si para honrar el templo de Jerusalen quiso Dios, en cierto modo, presentarse él mismo, bajando sensiblemente en figura de una nube; ¿no era preciso que habiendo formado el designio de bajar al templo vivo de María le consagrase tambien? En este templo no debe preceder la construccion á la consagracion como sucede en los otros: es necesario que el primer momento de su vida sea asimismo el de su consagracion; para que de este modo se pueda decir de ella lo que se dijo del templo de Salomon, que Dios le llenó de su majestad y de su gloria. De tal suerte llenó Dios todos los estados de la vida de María, de su gracia y de su gloria, que ninguno estuvo vacío de Dios; y por consiguiente el primer momento de su concepcion estuvo lleno de su majestad, y consagrado con su gloria. En el templo de Salomon no se oyó cuando se edificaba ni martillo, ni cuña, ni ruido de otro instrumento: figura perfecta de la pureza y de la santidad de la concepcion, y de toda la vida de la santísima Vírgen. Es esta Señora el arca de Noé que se salva sola de las aguas que anegaron á todos los habitadores de la tierra. Es el arca de la alianza fabricada de una madera incorruptible, y adornada de un oro finísimo por dentro y por fuera. Es un espejo sin mancha que jamás ha sido empañado con el soplo de la serpiente. Es una sangre de que el Espíritu Santo debe formar un cuerpo para el mismo Dios. ¿No es justo, pues, que impida el que se corrompa? El Santo de los Santos ¿podria unir á sí una carne manchada con el pecado? Apren-

damos de la Iglesia á reverenciar en María una prerogativa tan singular, sin querer escudriñar este misterio con una curiosidad infiel, que deroga mucho á la gloria de la Madre del Salvador. Pero ¿qué instruccion debemos sacar de aquí para nuestra edificacion, siendo hijos de ira y de odio? ¿Podemos evitar la triste desgracia en que fuimos envueltos desde el primer momento de nuestro orígen? ¿podemos hacer que este momento fatal no sea un momento de maldicion para nosotros? No por cierto; pero podemos aprender de esta prerogativa la idea que es preciso formar de la gracia santificante, por la distincion que Dios pretende hacer de María, dándosela desde el primer instante de su orígen; y asimismo el horror que Dios tiene al pecado, y el que nosotros debemos tener; pues Dios exime á María de la ley comun para no unirse á una carne que hubiera estado un solo momento manchada con el borron del pecado. Nosotros no podemos embarazar el ser concebidos en pecado; pero podemos y debemos vivir sin pecado, con la ayuda de la Gracia, que á ninguno falta.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas.*

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quaedam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera, quae suxisti. At ille dixit: Quinimo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo: Hablando Jesús á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesús): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

De la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen.

Punto primero. — Considera que por la inmaculada Concepcion de la Vírgen santísima se entiende aquel insigne y singular privilegio, por el cual preservó Dios á esta dichosa criatura de la mancha del pecado original que inficionó á toda la posteridad de Adan. Todo el mundo sabe que el privilegio es una ley particular que exime á las personas privilegiadas de una ley comun á que todos los demás están sujetos. El privilegio, pues, tanto es mas apreciable, cuanto la ley de que exime es mas universal y mas dura. María en su concepcion fue sustraida de la ley que sujetaba todos los hombres al pecado. Y ¿hubo jamás ley mas dura y mas comun? Imagina, si es posible, el precio, la grandeza, la excelencia del privilegio de la inmaculada Concepcion de María. Es tal este privilegio, dicen los Doctores

y los Padres, que si se hubiese dejado á la eleccion de María, ó el ser Madre de Dios, ó el ser concebida sin pecado, hubiera preferido la inmaculada Concepcion á todas las otras preeminencias, y á la misma maternidad divina. Conociendo á Dios la santísima Vírgen, y amándole en aquel alto grado en que le conocia y amaba, ninguna prerogativa, ninguna gracia, ninguna dignidad la hubiera parecido capaz de indemnizarla de la desgracia de haber estado un solo momento en la enemistad de su Dios. Aprendamos la idea que debemos formar del pecado. Á la verdad, si la augusta calidad de Madre de Dios pedia que fuese exenta de toda corrupcion después de su muerte, y de toda mancha de pecado venial durante su vida; ¿cuánto mas pedia esta incomprensible dignidad que fuese exenta del pecado original? ¿Qué apariencia de verdad puede tener, qué decencia seria el que la Madre de Dios estuviese en el primer instante de su vida bajo la tiranía del demonio? ¿Qué bien pareceria que pudiendo este Dios eximirla de él tan fácilmente, hubiese querido que fuese su esclava? Por otra parte, ¡cuán glorioso es para la Madre de Dios este insigne privilegio! ¡de cuántos dones, de cuántos privilegios no es orígen y fundamento! Supuesta esta verdad, la santísima Vírgen fue colmada de los mas grandes favores en este primer momento; y en este primer momento estuvo ya llena de gracia. *Vos sola poseeis*, dice san Bernardo, *todas las virtudes y méritos de todos los Santos juntos.* ¿Con qué devocion, pues, y con qué culto no se debe honrar y celebrar el primer momento de la mas santa vida? Como todos los rios entran en el mar, dice san Buenaventura, así todos los torrentes de gracias y bendiciones que salen del seno de Dios, y se reparten por todos los Santos, se reunieron en el corazon de María en el primer momento de su vida, en el cual fue ya santificada. ¡Cuán justo y debido es celebrar este dichoso momento con todas las demostraciones de gozo y de la solemnidad mas perfecta! Un hijo bien nacido mira como la mas natural y mas justa obligacion el tomar toda la parte que puede en las prosperidades y en la gloria de su madre. La naturaleza, la razon, el reconocimiento inspiran á todos los hijos estos sentimientos. Se han visto y se ven todos los dias soberanos que hacen dar á sus madres los honores del triunfo que ellos mismos han rehusado para sí, deseando que los pueblos hiciesen fiesta solo para honrar á sus madres. ¡Cuál debe ser, pues, el gozo, la veneracion, la alegría de todos los verdaderos fieles en este dia! ¡con qué devocion, con qué gusto, con qué fervor no debemos celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios! De todas las fiestas

instituidas á honra suya, ¿qué otra le es mas agradable, y en qué otra se complace mas? Nuestra tibieza y nuestra indiferencia en esta ocasion ¿no seria una prueba de nuestro poco reconocimiento, de nuestra poca confianza y de nuestro poco amor? El no tener sino una mediana devocion á la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios ¿podria ser una prueba sensible de nuestra veneracion y de nuestra ternura?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en esta admirable santificacion hay tres prerogativas singulares, tres ventajas que jamás se han encontrado juntas en la santificacion de otra pura criatura, y son, que la santificacion de la santísima Vírgen fue original, inalterable, y siempre fué en aumento. Los Ángeles, Adan y Eva fueron criados con la gracia santificante; pero podian perderla; y en efecto, Adan y Eva la perdieron, como tambien los ángeles rebeldes. Pero María en su inmaculada Concepcion estuvo llena de una santidad que jamás perdio, y que era incapaz de perderla, no por naturaleza, sino por gracia. Los Apóstoles fueron confirmados en gracia después de la venida del Espíritu Santo; pero además que habian sido pecadores, no estaban exentos de faltas leves; al paso que María, desde el primer instante de su vida, fue inmutablemente abrasada del mas puro amor de Dios, inmutablemente unida con su Dios, y por un particular favor exenta toda su vida de faltas aun las mas leves. Los bienaventurados en el cielo están libres de toda imperfeccion, y gozan de una santidad incapaz de alteracion; pero esta santidad no puede crecer ni ser mas perfecta; pero la de María siempre fué creciendo, multiplicándose al infinito, por decirlo así, todo el tiempo que vivió sobre la tierra. Esta primera gracia estuvo acompañada de los dones del Espíritu Santo, de los hábitos infusos, de las virtudes morales é intelectuales, de los dones de profecía, de milagros, de inteligencia de las Escrituras en el mas alto grado de perfeccion. Las nieblas que ofuscan el entendimiento de los otros niños no oscurecian las luces del suyo. Su corazon no estuvo ocupado desde entonces sino en amar ardientemente á aquel divino Esposo, de quien debia ser un dia Madre; y el tiempo, que es perdido para el resto de los hombres, fue para ella un tiempo de mérito y de bendiciones. ¡Qué gracia, qué gloria la de María en este primer momento! No se puede decir, ni aun se puede comprender lo que valió este privilegio. Porque ¿qué progresos no debia hacer en la santidad una alma que tenia mas gracia que todos los Serafines, y que no sentia alguna de las imperfec-

ciones de la naturaleza corrompida? ¿A qué grado de contemplacion no debió elevarse la que no sentia el peso de su cuerpo, y la que tenia un espíritu tan ilustrado? ¿Cuál debió ser el exceso de su amor á Dios, pues léjos de que le entibiasen las otras pasiones, podia hacer servir todas sus demás pasiones para inflamarle mas y mas cada instante? ¡Cuál debe ser, Dios mio, nuestra admiracion, nuestra ternura, nuestra veneracion para con vuestra Madre en este primer instante de su Concepcion! Pero ¡con qué devocion debemos celebrar esta fiesta!

Vírgen santa, Vírgen inmaculada, yo creo firmemente que Dios te poseyó desde el principio, creo que no solo tu concepcion, sino tambien toda tu vida estuvo sin mancha; y que amaste á Dios sin interrupcion alguna hasta el último instante de tu vida. Haz, Vírgen santa, que por esta confianza que tengo en tu bondad entre en la amistad de tu Hijo para no perderla jamás; y que honrando toda mi vida tu Concepcion inmaculada, lo mejor que me sea posible, alcance por tu intercesion la gracia de una santa muerte.

Jaculatorias. — Eres toda hermosa, amada Madre mia, y no hay mancha alguna en tí. (*Cant.* IV).

Todos los que celebran, ó Vírgen santa, tu inmaculada Concepcion, experimenten los efectos de tu proteccion. (*Eccl.*).

PROPÓSITOS.

1 Como no hay misterio de la santísima Vírgen, ni fiesta establecida á honra suya que le sea mas agradable que la de su inmaculada Concepcion, se puede decir que tampoco hay otra en que la santísima Vírgen sea mas liberal para con los que la celebran con fervor, y tienen una particular devocion á este misterio. Sé tú de este número: ten toda tu vida una singular devocion á esta inmaculada Concepcion; quiero decir, que no se te pase dia alguno sin honrar á la Vírgen santísima concebida sin pecado. Da gracias á Dios todos los dias por este privilegio singular, por esta gracia única que hizo á su Madre. Ten en tu oratorio ó en tu cuarto la imágen de la inmaculada Concepcion de María. Salúdala muchas veces entre dia con esta corta oracion jaculatoria: *Ave, Maria, sine labe originali concepta:* Dios te salve, María, concebida sin pecado original. Inspira esta santa devocion á tus hijos, á tus criados, á tus amigos y á todo el mundo. Celebra esta fiesta con mas solemnidad que las otras. Reza todos los dias el oficio parvo de la inmaculada Concepcion, el que pue-

des rezar cómodamente mientras oyes misa. Se ha notado de muchos siglos á esta parte, que no hay Santo ni verdadero devoto de la Vírgen que no tenga una particular devocion á su inmaculada Concepcion.

2 Es una obra de piedad muy agradable á la Madre de Dios vestir de blanco el dia de hoy á alguna pobre doncella en honra de este misterio. Tambien es una obra muy piadosa celebrar su octava, haciendo cada uno de los ocho dias una oracion, una limosna, ó alguna otra buena obra con esta intencion, y comulgando lo mas á menudo que se pueda durante esta octava. Si hay una iglesia ó capilla donde la santa Vírgen sea honrada, particularmente bajo la invocacion de la inmaculada Concepcion, vé á ella á hacer oracion una vez cada dia de la octava. De la oracion siguiente, que se debe rezar todos los sábados del año, puede servirse tu devocion estos ocho dias.

ORACION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Vírgen santísima, concebida sin pecado, toda hermosa y sin mancha desde tu primer instante, gloriosa María, llena de gracia, y Madre de mi Dios, que por solo este título mereces tan justamente los mas profundos respetos de los hombres y de los Ángeles, yo te adoro humildemente como á digna Madre de mi Salvador, el cual, aunque es Dios, me ha enseñado por su deferencia, su respeto y su sumision, qué honras y qué homenajes te debemos tributar; dígnate recibir el que te tributo el dia de hoy. Tú eres el asilo seguro de los pecadores penitentes: yo, pues, tengo derecho de recurrir á tí. Eres la Madre de misericordia; y así no puedes dejar de compadecerte de mis miserias. Después de Jesucristo eres toda nuestra esperanza; y así es imposible que no gustes de la tierna confianza que tengo en tí.

Penetrado de los mas vivos sentimientos de respeto, de amor y de reconocimiento por todos los beneficios que he recibido de Dios por tu mediacion, vengo á consagrarme para siempre á tu servicio, persuadido de que jamás seré agradable al Hijo, si no soy siervo fiel de la Madre: como tal, Reina y Madre mia, alcanzadme de mi salvador Jesucristo, tu querido Hijo, una fe viva, una esperanza firme, un amor de Dios tierno, generoso y constante. Propongo desde hoy honrar tu inmaculada Concepcion cuanto me sea posible: alcanzadme una pureza de cuerpo, de espíritu y de corazon, que jamás se tizne ni se empañe; una humildad sincera, que jamás se altere; una paciencia en las adversidades, que jamás se turbe: una sumision á la voluntad de Dios, que jamás esté partida con las criaturas; una per-

severancia en la práctica de la virtud, que jamás decaiga; finalmente, aquella gracia última, aquella santa muerte, que pone el sello á la bienaventuranza de los escogidos.

Reconocido al favor que me haces de querer admitirme en el número de tus hijos y tus siervos, permíteme que te mire, te honre y te ame de hoy en adelante como á mi querida Madre; que recurra á tí en todas mis necesidades; y que me atreva á asegurarte que con la ayuda de la gracia, que estoy seguro me alcanzarás, no haré jamás cosa que me haga indigno de la augusta calidad de siervo é hijo de María. No permitas que yo quebrante jamás una voluntad y una protesta tan sincera. Protégeme durante la vida, y asísteme con especialidad á la hora de mi muerte. Así sea.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de santa Leocadia, vírgen y mártir, en Toledo en España; la cual en la persecucion del emperador Diocleciano por mandato de Daciano, presidente de España, fue encerrada en una estrecha cárcel, y habiendo oido los tormentos que habian padecido santa Eulalia y los otros santos Mártires, puesta de rodillas en oracion entregó su alma pura al Criador. *(Véase su historia hoy, y la de la traslacion de sus santas reliquias en las del* 26 *de abril, pág.* 420).

San Restituto, obispo y mártir, en Cartago, en cuya festividad san Agustin predicó de sus virtudes al pueblo.

Los santos mártires Pedro, Suceso, Basiano, Primitivo y otros veinte, en el África tambien.

Santa Valeria, vírgen y mártir, en Limoges en Francia. *(Convirtióse á Jesucristo por la predicacion de san Marcial).*

San Próculo, obispo, en Verona; el cual en la persecucion de Diocleciano fue abofeteado, azotado con varillas, y echado de la ciudad; mas restituido después á su iglesia, murió en paz.

San Siro, en Pavía, primer obispo de aquella ciudad, esclarecido por sus milagros apostólicos y por sus virtudes. *(El apóstol san Pedro, de quien recibió la luz de la fe y el bautismo, le consagró obispo, y le envió á Pavia, cuya iglesia engendró en Jesucristo. Muchas otras ciudades de Italia ilustró tambien, y por todas partes confirmó con milagros las doctrinas que enseñó. Su vida fue la de un apóstol, y su muerte la de un santo, la cual aconteció en el año* 112).

San Julian, obispo, en Apamea en Siria; el cual resplandeció en santidad en tiempo del emperador Severo. *(Distinguióse este Santo en combatir las doctrinas de los herejes catafrigas, que aparecieron en Oriente durante el siglo II).*

San Cipriano, abad, varon de gran santidad, en Perigueux en Francia.

Santa Gorgonia, hermana de san Gregorio el Teólogo, en Nacianzo; el

cual escribió sus virtudes y milagros. *(Fue un esclarecido dechado de todas las virtudes; la oracion fúnebre que su hermano san Gregorio Nacianceno pronunció con motivo de su muerte, se halla en la coleccion de las obras de este gran Padre de la Iglesia).*

SANTA LEOCADIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

La España ha sido en todos tiempos un campo fértil en grandes Santos, y la sangre de los muchos gloriosos Mártires con que fue regada desde los primeros siglos de la Iglesia ha aumentado considerablemente su número. Entre tantos héroes cristianos se vió un prodigioso número de doncellitas, que elevándose sobre la delicadeza de su edad y de su sexo por su constancia en la fe, insultaron la barbarie de los mas crueles tiranos, y vinieron á ser unos milagros de la Gracia. Una de las mas célebres entre todas estas vírgenes mártires es santa Leocadia [1]. Era natural de Toledo, ciudad bien conocida en España: su familia era de las mas antiguas y nobles del país; vino al mundo á fines del tercer siglo. Como sus padres eran cristianos, tuvieron cuidado de educarla segun los principios y máximas de la religion cristiana. El natural y las inclinaciones de la jóven Leocadia abreviaron mucho las lecciones de su educacion. Como si solo hubiera nacido para la piedad, ignoró los entretenimientos mas ordinarios de los niños. Prevenida desde la cuna de las mas dulces impresiones de la Gracia, hizo creer por su conducta que su virtud habia prevenido á la edad de la razon; tanta era la cordura, tanto el juicio que manifestaba desde sus mas tiernos años. Su principal diversion era la oracion; y aunque dotada de un espíritu vivo y desembarazado, de una rara belleza, y de todas aquellas brillantes prendas en que de ordinario fundan su principal mérito las de su sexo, no conoció otras galas sino las que da la virtud; y ninguna cosa tenia atractivo para ella sino el retiro. Su modestia inspiraba veneracion y respeto. Era mirada en Toledo como un prodigio de talento y de santidad; y pasaba hasta en el dictámen de los paganos por la doncella mas cabal que habia en España.

Vivia Leocadia en su casa como verdadera religiosa, y estaba en esta alta reputacion de prudencia y de virtud en toda la ciudad, cuando Daciano, gobernador de la España Tarraconense, fue envia-

[1] En las lecciones del Breviario antiguo de Ebora dice Resendio, que *Leocadia* es corrupcion de *Leucadia*, que era el nombre propio de esta gloriosa vírgen, el cual segun la derivacion que tiene del griego, quiere decir *Blanca*. De aquí infiere el M. Villegas que tuvo orígen el nombre de Blanca que solian tomar en Castilla algunas mujeres.

do á Toledo por los emperadores Diocleciano y Maximiano, con órden de valerse de todos los medios imaginables para exterminar el culto del verdadero Dios. Quizá no hubo jamás tirano mas cruel ni mas bárbaro, ni mas enemigo del nombre cristiano. Lo mismo fue llegar á su gobierno, que hacer publicar los edictos de los emperadores contra todos los que profesaban la religion cristiana, y empezar á perseguir á los fieles con furor. No se veian en todas partes sino horcas y cadalsos; no se hablaba sino de crueles tormentos y de ejecuciones; las cárceles estaban llenas de cristianos, y en todas partes no se presentaban á la vista sino destrozos y una horrorosa carnicería.

Habiendo venido á Toledo Daciano, respirando rabia y furor contra los Cristianos, hizo publicar los edictos de los Emperadores, y prohibió so pena de la vida adorar á otro dios que á los dioses de los Emperadores. Mandó que se hiciese una exacta pesquisa de todos los cristianos, y se le diese una lista de ellos. Ejecutóse la órden: Leocadia era demasiado conocida hasta de los paganos para no tener la gloria de estar puesta á la cabeza de esta lista. El Gobernador se informó primero quién era la doncella que hacia profesion de una religion proscrita por los Emperadores: le dijeron que era una jóven de la primera calidad, cuyos antepasados habian ocupado hasta entonces los primeros empleos del Estado, y que mil bellas cualidades la hacian recomendable, pero que era cristiana; y como su gran virtud, la pureza de sus costumbres y su modestia tenian embelesado al público, hacia honor á su religion, y desacreditaba altamente con su ejemplo el culto de los ídolos. Desde luego comprendió Daciano que si podia pervertirla, ninguna cosa adelantaria tanto sus designios como esta conquista; y así mandó que se la trajeran. Apenas oyó Leocadia que el Gobernador la llamaba, se dispuso para el martirio. Renovó el voto que habia hecho á Dios de su virginidad, y con un nuevo fervor le hizo sacrificio de su vida. Después de lo cual, animada de un valor que solo Dios puede inspirar, se fué á palacio, y se presentó al Gobernador con una intrepidez verdaderamente cristiana.

Al verla Daciano, quedó prendado y embelesado de su compostura y modestia; se levantó para hacerla este honor, y con un tono dulce, afable y respetuoso la dijo: Estoy informado de la nobleza de tu nacimiento, del mérito de tus abuelos, y de las bellas calidades de tu persona. Yo mismo veo que por brillante que sea el retrato que se me ha hecho de tí, es inferior á tu propio mérito. Haré saber

á los Emperadores el tesoro que se oculta en Toledo; y tú debes esperar ser llamada muy en breve á la corte, en donde harás un papel muy sobresaliente, y hallarás bien pronto un partido digno de tu nacimiento. Á la verdad te han querido hacer no muy buenos servicios para conmigo, delatándote como cristiana; pero yo no he querido escuchar la calumnia; tienes sobrado entendimiento, y eres demasiado prudente para dejarte arrastrar de una secta que miran con horror todas las gentes de bien, y que está proscrita en todo el Imperio.

Santa Leocadia escuchaba todo este razonamiento sin decir palabra, con los ojos bajos, y sin mostrar en su semblante ni terror ni alteracion alguna. Habiendo acabado de hablar Daciano, tomó la palabra nuestra Santa, y con un tono de firmeza y de seguridad, sin faltar jamás á su modestia, le dijo: Señor, estoy muy reconocida á los sentimientos ventajosos que habeis formado de mí, y á la honra que haceis á mi familia; pero permitidme que os diga que no puedo menos de mirar con dolor la preocupacion en que os veo contra los Cristianos, y el menosprecio que haceis de la religion cristiana. Solo puede no estimarla el que no la conoce; basta ser racional para estar persuadido á que esta Religion es la sola verdadera. Esos que llaman dioses del Imperio son unos dioses fabulosos. ¿Puede ser hombre cuerdo, puede hacer buen uso del juicio y de la razon el que solo tiene una idea quimérica de la divinidad? Sola la religion cristiana nos hace conocer este Ser supremo, omnipotente y eterno; ella nos enseña que la verdadera nobleza no se encuentra sino en el servicio de Dios, y que no hay honra igual á la que se tiene en servirle con fidelidad; y por lo que á mí toca, añadió levantando la voz, no reconoceré jamás otro Dios que este, y pondré toda mi gloria en ser cristiana. Dijo esto la Santa con tanta valentía, modestia y agrado, que toda la asamblea pareció aplaudirla y darla la enhorabuena: al mismo Daciano le dió golpe una intrepidez tan bien fundada; pero reflexionando que el mostrarse blando en favor de los Cristianos era desagradar á los Emperadores, y que seria una cosa vergonzosa para él ceder á las razones de una doncellita cristiana, se trocó en furor toda su admiracion, y mirando á la Santa con ojos terribles, la dijo: Anda, vil esclava, eres indigna de la familia de que has salido. Luego, volviéndose hácia los verdugos que le rodeaban, añadió: Pues esa mujerzuela hace profesion de ser sierva de un galileo muerto en una cruz, que se la trate como á esclava. Mandó después que la moliesen á palos; ejecutóse la sentencia con crueldad; bien pronto

fueron quebrantados sus miembros; su cuerpo delicado molido á palos se abrió por todas partes en grietas, y la sangre corria á arroyos de sus heridas. Durante un suplicio tan cruel y tan horroroso [1], no se le soltó á la Santa el menor suspiro ni la menor lágrima. Una alegría sobrenatural derramada sobre su cara manifestaba los dulces consuelos interiores de que estaba inundado su corazon. Sus ojos estaban fijos en el cielo, y su boca no se desplegaba sino para dar gracias á Dios por el favor que la hacia de permitirla padecer por su gloria. El tirano, que no queria hacerla espirar á golpes, mandó que fuese llevada á la cárcel, y encerrada en un horroroso calabozo, á fin de reservarla para mayores suplicios. Viendo Leocadia á los Cristianos deshechos en lágrimas, y movidos á compasion por verla en tan lastimoso estado, los consoló diciéndoles que antes bien debian tenerla envidia, y dar gracias á Dios por el favor que la hacia de dejarla padecer por su divino esposo Jesucristo.

La Santa, encerrada en el calabozo, alababa dia y noche al Señor, y miraba su prision como una habitacion que preferia á los mas magníficos y mas deliciosos palacios del mundo. Habiéndola dicho los horribles tormentos en que la vírgen Eulalia habia consumado en Mérida su glorioso martirio, la enterneció tanto esta noticia, y la de los suplicios que hacian padecer á los Cristianos, y asimismo la de la horrible persecucion que se encendia contra los siervos de Dios, de la cual esta primera barbarie no era mas que un preludio, que suplicó con instancias al Señor la sacara de una tierra en que el nombre de su divino Esposo iba á estar en execracion, y en que se iba á hacer una tan espantosa carnicería en los fieles. Fue oida su súplica, y en el mayor fervor de su oracion habiendo besado tiernamente una cruz que habia grabado milagrosamente en una piedra dura con sola la impresion de su dedo, espiró de repente. Esta preciosa muerte sucedió el dia 9 de diciembre del año 303. Algunos afirman que habiendo sabido nuestra Santa en la cárcel los combates y el triunfo de santa Eulalia y de los otros Mártires, se puso en oracion para pedir á Dios la gracia de gozar cuanto antes de su gloria; y que este deseo de ver á Dios fue tan ardiente, que le entregó su dichoso espíritu entre estos violentos transportes de amor. Su cuerpo fue arrojado al campo por los paganos; pero los Cristianos tuvieron cuidado de llevárselo, y enterrarlo en un sitio muy cercano. Después se edificó una magnífica iglesia en el paraje donde estuvo

[1] Refiérese este suplicio en las lecciones de su oficio del monasterio de Cella, confirmándolo algunas pinturas antiguas que se hallan en Toledo.

sepultada; en cuya iglesia se tuvieron muchos concilios, y en ella misma sucedió aquel gran milagro que refieren los mas antiguos autores.

Estando en oracion san Ildefonso, arzobispo de Toledo, ante el sepulcro de esta Santa en presencia del rey Recesvinto y de toda la corte, se quitó por sí misma la losa que cubria el sepulcro, que era de una enorme grandeza. Santa Leocadia salió del sepulcro cubierta con un gran velo, y encarándose con el santo Arzobispo, le dijo: Eres dichoso, Ildefonso, en tener una tan viva y tierna devocion á la santísima Vírgen, y por haber defendido con tanto valor contra sus enemigos su gloria, y sus insignes prerogativas; continúa, ilustre devoto de María, en honrar y hacer que los demás honren á nuestra comun Reina. Os aseguro, que lo debeis esperar todo de su poder y de su bondad. Habiendo dicho esto, se volvió santa Leocadia á su sepultura, dejando á todos los asistentes con un santo temor y una respetuosa admiracion, que se asemejaban á un dulce éxtasis. Durante esta milagrosa aparicion, habiendo san Ildefonso tomado en su mano la punta del velo de la Santa, cortó un pedazo de él con el cuchillo que el Rey llevaba á la cinta, cuya preciosa reliquia se conserva todavía en el sagrario de la santa iglesia de Toledo.

Hay en esta ciudad tres magníficas iglesias consagradas bajo el nombre de santa Leocadia; una en el sitio donde nació ó donde vivió, junto á la parroquia de San Roman; otra donde estuvo en la cárcel, donde murió junto al Alcázar; y la tercera donde estuvo sepultada, que estaba fuera de la ciudad en la vega no léjos del Tajo. Esta última fue edificada por la piedad y liberalidad del rey Sisebuto. De las traslaciones de las santas reliquias de santa Leocadia hablamos el dia 26 de abril.

La Misa es en honor de santa Leocadia, y la Oracion la que sigue:

Beatae Leocadiae, virginis et martyris tuae, quaesumus, Domine, precibus et meritis adjuvemur: ut, quae pro tui nominis confessione carceres, et mortem pertulit, suo nos patrocinio ab aeterno carcere defendat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Señor, os pedimos que seamos ayudados por los ruegos y méritos de la bienaventurada Leocadia, vuestra vírgen y mártir, para que seamos librados de la cárcel eterna por el patrocinio de la que por confesar vuestro nombre sufrió la cárcel y la muerte. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo LI *del Eclesiástico, pág.* 29.

REFLEXIONES.

Alabaré sin cesar vuestro nombre. Tal debe ser el lenguaje de todos los Cristianos; pero ¿pueden todos tener este lenguaje? y si hablaran así, ¿no los desmentiria su conducta? ¿Se alaba al Señor en esas concurrencias de mundo y de placeres, en esos espectáculos profanos en donde todo conspira á seducir el alma y afeminarla? ¿en donde el corazon, gobernándose por los oidos y por los ojos, se aficiona y se tira á todo lo que le agrada, y en donde la razon, suspensa entre tantos encantos, calla y enmudece? La Religion ¿es atendida, es oida entre un grande estruendo de placeres? Solo gusta lo que lisonjea los sentidos; y entre tantos objetos tan capaces de agradar, y que en efecto agradan, ¿será el alma señora de sus deseos? Los espectáculos profanos, hablando en propiedad, no son otra cosa que una sabia escuela de todas las pasiones. En ellos se dan á las claras, y con feliz suceso, lecciones públicas de galanteo, de engaño, de venganza, de ambicion; en ellos se aprende cómo se ha de conducir con habilidad un enredo amoroso, cómo se ha de deslumbrar la escrupulosa vigilancia de los padres, cómo se ha de sorprender la buena fe por medio de ardides: allí se aprende á no poner jamás en vano lazos á la inocencia, á deshacerse con destreza de un inconveniente, á vengarse á golpe seguro de un enemigo, á fabricar la fortuna sobre las ruinas de la fortuna ajena, y todo esto con habilidad y con destreza; y como todas son lecciones lisonjeras, y á las cuales los autores dan un maravilloso relieve, ¿qué progreso no hará una pasion viva y ardiente, insinuada con tanto artificio, en un corazon donde encuentra ya tan bellas disposiciones? Todo lo que se ve, todo lo que se oye en el teatro son tiros que se hacen á los sentidos y á alguna pasion; galas, mutaciones, canciones, armonía, concurso, todo tienta; y á fuerza de gustar lo que encanta, se encuentra cierto embeleso en los mismos lazos, se halla gusto en ser tentado, se gusta ser movido, ser ganado y rendido. ¿Por ventura enseña el teatro otras lecciones? ¿se va al teatro á aprender otra moral? Fácilmente se familiariza el alma con lo que la agrada, sin reparar en que haya en ello peligro; la dulzura del veneno hace olvidar los funestos efectos que produce; no se ve cosa que sea vergonzosa en las pasiones desde que han sido disfrazadas en el teatro y hermoseadas por el arte; á fuerza de admirar y de aplaudir lo mas vergonzoso, se aprende á no avergonzarse de nada. Pero esos eternos admiradores del teatro, ¡cuánto han aprendido en él, y siempre

á sus propias expensas! Ellos saben cuánto han aprendido. ¿Salieron jamás de él con una conciencia mas delicada? ¿aprendieron jamás á ser mas modestos, mas circunspectos, mas cautos? ¿sacaron de él ideas mas puras, maneras de hablar menos libres, modos de obrar mas cristianos? Al salir de los espectáculos ¿queda mucho gusto á la devocion? ¿se puede dejar de convenir que esta desenfrenada licencia del siglo, que esta espantosa corrupcion de las costumbres, que este disgusto de la piedad tan universal en el mundo, que esta indiferencia, por no decir este desprecio de la Religion, la que el dia de hoy cási está reducida á ciertas exterioridades de decencia entre los mundanos; se puede dejar de convenir que todo esto es uno de los frutos mas naturales y mas ordinarios de los espectáculos profanos? Ciertamente, á no ser que se quieran ahogar hasta los primeros principios de la razon y de la Religion, ¿con qué artificio se puede concordar el Evangelio con los espectáculos?

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 76.*

MEDITACION.

De la leccion espiritual.

PUNTO PRIMERO. — Consideremos que en la oracion hablamos á Dios, y en la leccion espiritual es Dios quien nos habla y nos dice lo que leemos. Por los libros de piedad nos instruye el Señor, y nos da á entender lo que quiere de nosotros; por medio de ellos nos descubre los ardides mas sutiles del enemigo, y nos enseña á evitarlos. Estas lecturas saludables son un espejo en que el Señor nos pone á la vista las enfermedades mas ocultas del alma, mostrándonos al mismo tiempo los remedios eficaces para curarlas. Por estas piadosas lecturas nos habla el Espíritu Santo al corazon, nos descubre nuestras imperfecciones, y nos desenvuelve todos los misterios de iniquidad del amor propio: en ella aprendemos á conocer el valor, el mérito y las dulzuras de la virtud; los efectos funestos del pecado, los caminos de Dios, y el arte de llegar á una santidad perfecta. La lectura espiritual es propiamente donde aprendemos la ciencia de los Santos. Los libros de piedad, dice san Agustin, son como unas cartas que nos vienen de nuestra patria celestial. Leámoslas, pues, con aquella atencion que podria un hombre que recibiera cartas de su país después de haber estado ausente de él mucho tiempo. Leámoslas para ver lo que nos dicen de nuestros padres, de nuestros her-

manos y de nuestros amigos que estan allí; qué fortuna han tenido, cuál es el motivo de su actual gozo, por qué camino han llegado á este dichoso estado, qué es lo que piensan de nosotros, qué idea tienen de las alegrías, de los bienes, de las honras y de las adversidades de esta vida. Finalmente, leámoslas para ver lo que nos cuentan de un lugar á donde tenemos tanta ansia de llegar. Los libros devotos son como un espejo que debemos poner delante de los ojos de nuestra alma para ver en él nuestro interior: en ellos nos es fácil conocer todas las manchas y todos los defectos que hay en él. Considera cuánto puede ayudarte la leccion espiritual para obrar tu salvacion.

Punto segundo. — Considera qué fruto no puedes sacar de la lectura de las vidas de los Santos, y mas bien, si la haces con un corazon dócil, por un motivo puro, con un verdadero deseo de aprovecharte. Unas veces nos cuentan los hechos admirables de los Santos, á fin de excitarnos á imitarlos, y para que la vista de sus combates, de sus victorias y sus triunfos confunda nuestra cobardía, y sostenga nuestro aliento. Otras veces nos hablan de sus tentaciones, de sus imperfecciones, y tambien de sus caidas para animar nuestra confianza en Dios, y avivar nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro celo. En ellos vemos unas personas como nosotros, sujetas á las mismas pasiones, acometidas de los mismos enemigos, envueltas en los mismos embarazos; de la misma condicion, del mismo estado, del mismo sexo y de la misma edad; las cuales, mas generosas, mas fieles y mas determinadas que nosotros, vencieron, con la gracia del Señor, y con el socorro de las mismas armas que tenemos nosotros, vencieron á esos enemigos, superaron esos obstáculos, domaron sus pasiones, mortificaron sus sentidos, practicaron la virtud, y llegaron por último á la mas sublime perfeccion. ¿Y por qué no podré yo hacer lo que ellos y ellas hicieron? ¿tengo yo menos interés en obrar mi salvacion que tuvieron ellos? ¿cómo es posible leer estos grandes modelos á sangre fria y sin provecho? Los libros devotos son el resúmen, y como el jugo de la sagrada Escritura: son un alimento ya masticado y preparado para cada uno en particular. ¡Qué poco se conoce, Dios mio, el mérito y la utilidad de la leccion espiritual! ¡cuántos Santos ha hecho Dios por este medio!

Ya conozco, Señor, lo mucho que he perdido menospreciando un medio tan fácil y tan á propósito para ser virtuoso. Haced, Dios mio, que desde hoy no me sea inútil un socorro tan poderoso, del cual propongo servirme en adelante.

JACULATORIAS. — Yo, Señor, de hoy en adelante tendré mas gusto en leer vuestras instrucciones, que en probar la mas dulce miel. (*Psalm.* CXXXVIII).

Espero, Dios mio, que las reflexiones que haré leyendo los libros de piedad abrasarán mi corazon en el fuego de vuestro amor. (*Psalm.* XXXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Nada es mas útil que la leccion espiritual; pero para que sea provechosa es menester leerla, no de corrida, y como quien lee una cosa por pura diversion, sino despacio y con suma aplicacion. Las lluvias de tempestad nunca son útiles: las que fertilizan la tierra son las lluvias apacibles y continuadas. Lee con reflexion; y cuando alguna cosa te dé golpe, vuélvela á leer mas de una vez. La reflexion debe acompañar siempre á la lectura. Cuando leas, no tanto has de buscar el aprender las cosas de Dios, cuanto el gustar de ellas. Lee poco, pero bien; quiero decir, procura penetrar lo que el Espíritu Santo te dice por medio de la lectura. No hagas estudio de la lectura: tómala como una leccion que Dios te da.

2 Destina cada dia algun rato determinado para tener tu leccion espiritual, y nunca te dispenses en este particular. Levanta tu espíritu á Dios para pedirle sus luces al empezar á leer; y acaba la lectura por estas palabras: *Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis:* Haced, Dios mio, que sean eficaces los buenos afectos que acabais de inspirarme. Lee todos los dias un capítulo del libro de la *Imitacion de Jesucristo;* la *Introduccion á la vida devota*, por san Francisco de Sales; la *Guia de pecadores*, por Fr. Luis de Granada; el *Conocimiento y el amor de Nuestro Señor Jesucristo*, por san Jure; la *Práctica de la perfeccion cristiana*, por el P. Rodriguez, etc. Todos estos son libros excelentes; infórmate de tu director cuáles te convienen; y no leas sino los que sean de su aprobacion.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

SAN MELQUÍADES, papa, en Roma; el cual habiendo padecido muchos trabajos en la persecucion de Maximiano, restituida la paz á la Iglesia murió en el Señor. *(Véase su historia en las de hoy).*

LOS SANTOS MÁRTIRES CARPÓFORO, presbítero, y ABUNDIO, diácono, en el mismo dia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, primero fueron apa-

leados cruelmente, luego encarcelados sin darles de comer ni beber; después los volvieron á atormentar en el caballete, y al cabo de otro largo carcelaje fueron degollados.

El martirio de santa Eulalia, vírgen, en Mérida en España; la cual en tiempo del emperador Maximiano, siendo de doce años de edad, por mandato del presidente Daciano padeció muchos tormentos por haber confesado á Jesucristo; y últimamente colgada en el caballete, allí le arrancaron las uñas, y con hachas encendidas le abrasaron ambos costados, y ahogada con la violencia del fuego, entregó su espíritu al Señor. *(Véase su historia en las de hoy).*

Santa Julia, vírgen y mártir, en la misma ciudad, compañera de santa Eulalia, de la cual no se separó durante todo el tiempo de su martirio.

Los santos mártires Menas, Hermógenes y Eugrafo, martirizados en tiempo de Galerio Maximiano, en Alejandría. *(Menas era un funcionario público encargado de hacer cumplir los mandatos del Emperador. Habiendo reprendido cierto dia á Hermógenes, porque con su elocuencia convertia á muchos gentiles, viendo que el siervo de Dios no hacia caso de sus amonestaciones, mandó prenderle, y luego arrancarle la lengua y los ojos. Mas dos dias después de haberse ejecutado sus órdenes volvió á ver al Santo con los ojos y la lengua recobrados. Admirado del portento, y tocado de la divina gracia, abrazó la fe y fue bautizado. Eugrafo era otro gentil que tambien hacia el oficio de notario en las ejecuciones, y que igualmente se convirtió en vista de los milagros de los Mártires, y los tres Santos fueron juntamente degollados en el año* 307).

Los santos mártires Mercurio y sus compañeros soldados, en Lentini de Sicilia; los cuales en el imperio de Licinio por sentencia del presidente Tertilo fueron degollados.

San Gemelo, mártir, en Ancira de Galacia; el cual después de crueles tormentos en tiempo de Juliano Apóstata, habiéndole crucificado consumó el martirio *(en el año* 362. *Á ejemplo del divino Salvador pidió por sus verdugos estando pendiente en la cruz, y con sus oraciones logró la conversion de muchos).*

San Sindulfo, obispo y confesor, en Viena.

San Deusdedit ó Diosdado, obispo, en Brescia.

La traslacion de la santa casa de María Madre de Dios, en la cual encarnó el Verbo divino, en Loreto en la Marca de Ancona. *(Véase su historia en las de hoy).*

SANTA EULALIA DE MÉRIDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Eulalia [1] no es menos célebre en España que santa Leocadia. Su ardiente deseo del martirio, su heróica constancia en los combates por la fe, su magnanimidad en los mas horribles tormentos, su victoria y su triunfo, son otros tantos prodigios: quizá no se ha visto en la Iglesia cosa que muestre mas visiblemente el poder de la Gracia, ni quizá cosa que dé mas honor á la Religion. Esta jóven heroína cristiana, oriunda de una noble y antigua familia de Espa-

[1] Voz griega que quiere decir *buena habla.*

ña, era natural de Mérida, ciudad célebre de la Lusitania, que en las divisiones posteriores ha sido adjudicada con todo su territorio á Castilla la Nueva en Extremadura, y no á Portugal, aunque su metrópoli eclesiástica fue trasladada á Santiago de Galicia. Vino al mundo esta Santa á fines del tercer siglo, habiendo querido Dios dar en ella el ejemplo mas insigne de la constancia y de la generosidad cristiana en tiempo de la mas horrible persecucion que experimentaron los Cristianos.

Sus padres eran cristianos, y su piedad los distinguia todavía mas que su nobleza; y así tuvieron gran cuidado de educarla en los principios de la Religion y en los sentimientos mas perfectos de la piedad cristiana: tomó tan bien estas lecciones, que desde la infancia dió á conocer bastantemente que estaba destinada para el cielo. Quizá no se vió jamás un natural mas dichoso, un espíritu mas suave ni mas dócil, un corazon mas noble, y unas inclinaciones mas cristianas que las que manifestó desde muy niña. Se distinguia particularmente por su mansedumbre, por la gravedad de sus costumbres, por su pudor y por su modestia. No se vió jamás cosa pueril en la jóven Eulalia. Desde su primera infancia la disgustaron todos los juegos, todos los vanos adornos, los pequeños placeres que los niños buscan con ansia, y en que se saborean en aquella primera edad: los años siguientes todavía fueron mas santos, como lo manifestó el voto de virginidad que hizo á Dios cuando aun no habia conocido bien el precio y el mérito de esta virtud.

Se puede decir que el deseo del martirio fue siempre su pasion dominante. Su mayor gusto era oir contar los combates y los triunfos de los Mártires, cuyas actas eran la materia mas ordinaria de su lectura: cuando oia hablar de las maravillas de los Confesores de Jesucristo, ó de las Vírgenes cristianas, preguntaba luego si habian sido mártires. La habian dado por compañera una doncella jóven llamada Julia, cási de su misma edad y de sus mismas inclinaciones. Sus mas frecuentes conversaciones se reducian, por lo comun, á hablar de la gloria y dicha del martirio, y todas sus pequeñas disputas eran sobre la ambicion que cada una tenia de morir por la fe.

Hacia Eulalia todos los dias muchos progresos en los caminos del Señor, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron la mas cruel persecucion contra la Iglesia. Se publicó el edicto en Mérida, la que todavía era entonces la capital de toda la Lusitania; en él se intimaba que todos los pueblos, sin excepcion de edad, de sexo ni profesion, sacrificasen ú ofreciesen incienso á los dioses del

imperio, que es lo mismo que decir, á los demonios y á sus ídolos. La jóven Eulalia tomó esta publicacion por una señal del combate á que era llamada para dar pruebas de su fe; y aunque á la sazon no tenia mas que doce años, se sintió abrasada de un deseo extraordinario del martirio. Su madre lo conoció; y aunque no ignoraba su ardor por el martirio, pues su hija la habia hablado de él muchas veces, pero la ternura de madre no la permitia dejar que la jóven víctima siguiese los impulsos de su celo, y así procuraba templar el ardor que admiraba en Eulalia; para lo cual la hacia pinturas vivas, pero espantosas, de los horribles tormentos que se aparejaban para los Confesores de Jesucristo: la representaba la inhumanidad y la barbarie de los verdugos: la hacia una menuda descripcion de los diferentes géneros de suplicios que se habian inventado para atormentar á los Cristianos; y exageraba séria y patéticamente la flaqueza de muchos, y sus deplorables caidas. Eulalia escuchaba con un rostro sereno todo lo que su querida madre la decia, y sus respuestas mostraron bastantemente el ningun terror que la ocupaba. Viendo su madre la poca impresion que hacian en aquel generoso corazon las pinturas espantosas que la acababa de hacer para moderar sus ardientes deseos, temió que este gran celo la condujese á algun extremo; y así determinó apartarla de las ocasiones. Sabiendo que el teniente de Daciano llamado Calfurniano habia llegado á Mérida, tomó el partido de llevar á Eulalia á una casa de campo que tenia á algunas leguas de la ciudad, y tenerla allí oculta para moderar su ardor, y estorbar el que ella misma se presentase á sus perseguidores; pero la Santa, animada del espíritu de Dios, y prevenida de una gracia del todo extraordinaria, hizo inútiles todas estas precauciones.

Queriendo Calfurniano hacer un grande obsequio á los Emperadores y al tirano Daciano, gobernador de toda España, en la que se incluia entonces la Lusitania, creyó que convenia señalar su prefectura con un golpe ruidoso, y aterrar desde luego á los Cristianos, cuyo nombre tenia órden de exterminar, juntamente con su religion, empleando para ello todos los artificios. Queriendo, pues, informarse de todos los que hacian profesion del cristianismo, hizo publicar un dia de fiesta para los paganos, en el que mandó que todos los habitadores asistiesen al sacrificio solemne que queria hacer á los dioses del imperio. Habiéndose publicado esta órden en la ciudad y en la campaña, se sobresaltaron los padres de Eulalia; y observando su hija de mas cerca, aumentaron sus desvelos y sus cuidados para tenerla escondida. Pero ¿qué pueden todas estas industrias humanas

contra el espíritu de Dios? No bien hubo oido Eulalia hablar de la órden y edicto del Prefecto, cuando buscó todos los medios para burlar la vigilancia de su madre. Determinó huir de la casa, y presentarse al tirano; y habiendo confiado su resolucion á su querida compañera Julia, ambas tomaron la determinacion de escaparse secretamente de noche y de ir á la ciudad, donde no dudaban que habian de hallar el martirio. Habiendo tomado con mucho secreto todas sus medidas, salieron al anochecer sin otra guia que el espíritu de Dios, y sin otro socorro que el ardor de su celo. Se pusieron entrambas en camino, y marcharon con precipitacion hácia la ciudad. Como Julia se adelantase en el camino á su compañera, la dijo Eulalia con espíritu de profecía: Anda todo lo apriesa que quieras, que yo moriré la primera.

Estas dos jóvenes heroínas cristianas anduvieron toda la noche por caminos extraviados, tan llenos de espinas y de pizarras, que la jóven Eulalia llegó con los piés desollados y chorreando sangre; pero ni esto, ni el horror de las tinieblas de la noche la acobardaron, ni embarazaron el que después de haber caminado así mas de diez leguas, llegase por la mañana á la ciudad. Se metió desde luego con Julia en el palacio del Prefecto, y apenas se abrió la audiencia, se presentó animosa al tribunal del Juez. Lo mismo fue comparecer Calfurniano en su dosel, que (dejándose Eulalia llevar del mismo espíritu que la habia hecho dar estos primeros pasos) echarle en cara con valentía la impiedad del culto que él y los demás idólatras daban al demonio, ofreciendo incienso á los ídolos de madera y de piedra. Sorprendido el Juez al ver la intrepidez de una doncellita, que en su aire y en sus modales parecia ser mujer de calidad, la preguntó quién era, y por qué hablaba con tanta osadía. — Soy cristiana, respondió Eulalia, y el Dios verdadero, todopoderoso, eterno y único que adoro me inspira el horror que tengo á vuestra impiedad. — Pero ¿sabes tú, hija mia, replicó Calfurniano, sabes con quién hablas, y ante quién estás? — Sí, replicó Eulalia; sé que tengo la honra de hablar con el subdelegado del Gobernador, y por eso mismo me tomo la libertad de representarle la impiedad que comete en querer obligar á los Cristianos á ofrecer sacrificios á unos dioses de madera ó de piedra. Calfurniano, movido todavía á compasion de una doncellita tan jóven, procuró ganarla, ya fuese con promesas, ya con amenazas; mas viendo que todo era inútil, y que persistia siempre en decir que era cristiana, y que nada deseaba tanto como dar su sangre y su vida por Jesucristo, mandó á dos verdugos la cogieran y la hicieran sufrir las torturas y tormentos destinados para los mas delincuentes.

Comenzaron descargando sobre su tierno y delicado cuerpo una tempestad de golpes con látigos armados de plomo, los que bien pronto hicieron una llaga de todo él. Corriendo la sangre á arroyos por todas partes, echaron sobre las heridas aceite hirviendo. El gozo y el aliento con que sufrió estas primeras pruebas hicieron conocer fácilmente que aquel, por cuya causa padecia, la comunicaba unas fuerzas sobrenaturales; y quedaron enteramente convencidos de ser así, cuando de este tormento se pasó á otros suplicios, y se aplicaron hachas encendidas á los costados y sobre el estómago. De parte de nuestra Santa todo era bendiciones, alabanzas y acciones de gracias á Dios. Su constancia en medio de tan crueles suplicios irritó tanto la inhumanidad del Juez y de los verdugos, que después de haberla dislocado todos los miembros con una cruel tortura, la rasgaron todo el cuerpo hasta los huesos con uñas de hierro muy puntiagudas. Durante este horrible tormento la Santa no cesaba de dar gracias á Jesucristo porque la daba alguna parte en sus sufrimientos. Hasta aquí habia tenido los ojos levantados al cielo: ahora, mirando todo su cuerpo rasgado y como grabado á buril con las puntas de hierro, que no habian dejado en su cuerpo paraje alguno sin su herida, exclamó: Ved aquí, divino Salvador mio, unos caractéres que me hacen un resúmen de tu pasion, y que dicen que soy al presente esposa tuya; acaba, por tu misericordia, de hacer mi alma menos indigna de tal esposo. Viendo los verdugos que ninguna cosa podia alterar su gozo y su tranquilidad, ni debilitar su constancia, tomaron la bárbara resolucion de quemarla viva. Encendieron para ello una grande hoguera al rededor de la Santa. La llama prendió desde luego en sus cabellos, que estaban tendidos honestamente por su cuello y espaldas. El poeta Prudencio, que vivia á fines del mismo siglo, y que escribió en verso su martirio, dice, que esta generosa vírgen tenia tan gran deseo de morir por Jesucristo, que mientras duró el martirio estuvo con la boca abierta; de suerte, que la llama la sufocó, consumando así su glorioso martirio el dia 10 de diciembre del año 303 ó 304. El mismo historiador añade, que al momento que espiró se vió salir de su boca una paloma de una blancura extraordinaria, que fue vista de todo el mundo, y tomó el vuelo hácia el cielo. Los verdugos y los soldados paganos que asistieron á la ejecucion fueron tambien testigos de este prodigio; y nadie dudó que fuese figura ó símbolo del alma de la bienaventurada Mártir, que iba á recibir en el cielo la corona debida á su inocencia y á sus combates. Cuando se apagaron las llamas se encontró el cuerpo todo en-

tero, no habiendo padecido lesion alguna con el fuego: luego cayó una abundante nieve que le cubrió, y facilitó á los Cristianos el medio de enterrarle cerca del sitio de su martirio. El Breviario gótico añade que la santa vírgen fue encarcelada con prisiones y que fue crucificada. Algunos Breviarios antiguos de España con la autoridad de muchos santorales manuscritos añaden que fue metida en cal viva. Doce años tenia Eulalia cuando padeció.

Apenas la Iglesia logró la paz que la procuró el gran Constantino, lo que sucedió pocos años después del martirio de esta Santa, se fabricó una magnífica iglesia sobre su sepulcro, el que Dios hizo glorioso con un prodigioso número de milagros. San Gregorio de Tours dice, que en su tiempo se veian tres árboles delante del altar de sus reliquias, los cuales el dia de la fiesta, en el mes de diciembre, producian flores de un olor maravilloso, que curaban todo género de enfermedades. El cuerpo de esta Santa fue llevado de Mérida á Oviedo, en el siglo VIII, para librarle de los insultos de los sarracenos, en donde se conserva en la iglesia catedral en el altar particular dedicado á su nombre en una arca de plata, labrada de ataujía, que muestra grande antigüedad. Hay en España mucha devocion á esta Santa, tomando su nombre muchas mujeres, especialmente en los reinos de Andalucía y de Toledo. Tambien se sabe que el rey D. Pelayo, restaurador de la España, se mandó enterrar en una iglesia de esta Santa, llamada Santa Olalla de Velania, por haberla llamado en su favor en una batalla con los moros, y vencídolos. Asimismo, teniendo el rey Teodorico de los godos cercada á Mérida, la socorrió santa Eulalia, y la libró de que fuese asolada, mandando en sueños al Rey que levantase el sitio, el cual hizo lo que le mandó la Santa.

Santa Julia, su querida compañera, fue igualmente presa y condenada á cortarla la cabeza; lo que se ejecutó después de la muerte de santa Eulalia, verificándose su prediccion de que moriria la primera, aunque llegase la última.

Nota del traductor.

El autor dice que santa Eulalia murió después que su compañera santa Julia, y en consecuencia de ello pone en boca de esta la profecía con que manifestó á santa Eulalia que moriria la primera, aunque llegase la última á casa del Gobernador; pero como todos nuestros autores y santorales digan lo contrario, se ha puesto así en la traduccion.

LA TRASLACION DE LA SANTA CASA DE LORETO.

Era justo que la Iglesia de España tuviese una fiesta particular para celebrar la comun alegría y grande consuelo que recibieron todos los fieles cuando la majestad de Dios se dignó de establecer en el seno de la Iglesia aquella santa mansion en que se obraron tantos misterios y maravillas. Su historia es verdaderamente admirable; pero ¿qué obras de Dios no merecerán justamente todas nuestras admiraciones? Es cierto que si Dios no fuese capaz de hacer mucho mas de lo que pueden imaginar los hombres, y que si el humano discurso y las débiles reglas de la crítica hubiesen de ser los límites á que se hubiese de estrechar la divina omnipotencia, esta tendria mas de ilusion que de verdad. Pero los hombres, descendientes legítimos y herederos de las debilidades de aquel que quiso tener una sabiduría como la de Dios, pretenden con igual soberbia dar por verdadero ó falso lo que ellos conciben por tal, tal vez segun sus caprichos; y examinan las obras de Dios, y las califican de apócrifas ó legítimas segun las reglas de su voluntad. Por esta causa, el hecho de la presente festividad, que se reduce á haber sido trasladada desde Nazaret á Dalmacia, y después á Piceno, aquella santa casa en que el Verbo divino se vistió de carne mortal, ha sufrido de los propios y extraños tantos exámenes, tantas contradicciones, que hubiera sido enteramente destruido ó difamado, si la piedad sólida, unida con la verdadera sabiduría, no se hubiesen empeñado en sostener su autenticidad. Del número de estos esclarecidos varones fueron el venerable Pedro Canisio, el gran Baronio, su continuador Reinaldo, Turselino, Turriano, Venzonio y otros infinitos que seria largo referir. Hiciéronse varias comprobaciones para certificarse de la identidad de la santa Casa por comision de varios sumos Pontífices, siendo los agentes hombres virtuosos, desinteresados, ingenuos y amantes de la verdad; y hallóse después de todo que nuestro Dios y Señor quiso favorecer á los Cristianos en los tiempos mas calamitosos con uno de los mayores favores que dispensó jamás su divina misericordia. Este fue la traslacion de la santa casa de Nazaret, donde se crió y habitó la santísima Vírgen, al campo Lauretano por ministerio de Ángeles, cuya historia deducida de los autores que mejor la escribieron es como se sigue:

Después que nuestro Redentor Jesús redimió al mundo por medio de una muerte ignominiosa, y que por medio de su Resurreccion, y gloriosa Ascension subió triunfante á los cielos, quedó su santísima

Madre triste, sola y desamparada. Eranla ya enojosos aquellos lugares y sitios de Jerusalen, en donde su Hijo habia hecho tantos milagros, y habia manifestado al mundo su doctrina. En todos ellos no veia otra cosa que la imágen de aquella muerte sangrienta con que habian quitado de en medio de los hombres al hijo de sus entrañas. Para no ver tan funestas imágenes, se retiró á su casa de Nazaret, en donde habia sido criada, y en donde el divino Verbo habia bajado á tomar carne de sus entrañas purísimas. En esta mansion dichosa fue en donde la visitaron los Apóstoles, en donde la sirvió y cuidó el evangelista san Juan, y en donde los primeros fieles celebraban los divinos misterios, viéndose en aquel corto recinto congregada muchas veces la augusta, la santa, la magnífica pero naciente Iglesia. Habiendo vivido la santa Vírgen aquel tiempo que su Hijo juzgó necesario para que con su doctrina se arraigase mas fuertemente el Evangelio, y con su presencia cobrasen nuevos ánimos los propagadores del cristianismo, llegó aquella hora bienaventurada en que embriagada su alma santísima del amor de su Esposo, salió fuera de sí en un dulcísimo y soberano éxtasis, que la trasladó de la tierra al cielo, y solo con mucha impropiedad puede llamarse muerte. La santa casa en que se obraron tan grandes maravillas, que dió abrigo á Jesús, María, y José, y cuyo terreno fue consagrado con la augusta presencia de tan grandes personajes, comenzó desde luego á recibir de los fieles aquella veneracion y respeto que de justicia se la debia. Es tradicion que, aun viviendo en ella la santísima Vírgen, fue consagrada por san Pedro en iglesia, y que el príncipe de los Apóstoles y vicario de Jesucristo celebró en ella el incruento sacrificio, dando el sagrado cuerpo y sangre de su hijo Jesús á su Madre santísima, que le recibia en el adorable Sacramento con toda la ternura y devocion de su alma. Por esta causa el altar interior que existe actualmente en la misma santa Casa se llama altar de San Pedro, aludiendo sin duda á esta tradicion antigua.

Así se fué conservando la veneracion de aquella santa Casa hasta principios del siglo III, en que dada la paz á la Iglesia por Constantino el Magno, hubo ocasion de darla nuevo esplendor, siendo mayor la libertad de los Cristianos para profesar su religion, y coadyuvando la piedad y grandeza de Constantino y de su madre santa Elena. Establecida la corte de este Emperador por lo respectivo á Oriente en la nueva Roma edificada por él, y á la que dió el nombre de Constantínopla, que quiere decir ciudad de Constantino, comenzó santa Elena á dar una particular veneracion á aquellos santos lugares

en que habia obrado nuestra redencion Jesucristo. Á la casa de Nazaret, como tan principal entre todos ellos, la cupo la suerte de ser erigida en templo, formando sus paredes al rededor de la santa Casa, y en su frontispicio mandó poner esta inscripcion: *Esta es el ara en la cual se puso el fundamento de la salud del hombre.* En los primeros tiempos fue llamada esta iglesia la casa de la Encarnacion, y duró en ella por muchos siglos el fervor de los fieles como á un particular santuario. No solamente el Asia, sino el África y Europa enviaban de continuo muchos peregrinos piadosos, que solícitos de ver por sus ojos aquellos lugares sagrados en que se habia obrado nuestra salud, ni los caminos largos los amedrentaban, ni eran parte los multiplicados peligros para que dejasen de poner por obra sus santas intenciones. San Gerónimo hace mencion de esta iglesia en la epístola á Eustoquio, por estas palabras: *Es Nazaret, en donde vivió Cristo, una aldea de Galilea cerca del monte Tabor, por lo cual Nuestro Señor Jesucristo se llamó Nazareno. Tiene una iglesia en el lugar en que entró el Ángel á saludar á la santísima Vírgen, y otra en donde Jesucristo fue criado.* En estas palabras se da bastante á entender la veneracion en que aquel sitio era tenido de los fieles; pero sucedieron después tiempos borrascosos, y su piedad hubo de sujetarse á todas las vicisitudes á que están expuestas las cosas humanas. En el año de 700 fue tomada Jerusalen por los sarracenos, y en su consecuencia fueron prostituidos todos los Santos Lugares. En el de 1050 ocuparon los turcos no solamente á Jerusalen, sino tambien toda la Siria; pero formando Urbano II una liga de príncipes católicos para la recuperacion de la Tierra Santa, concurrieron poderosos ejércitos de todas partes del mundo cristiano; y en el año de 1100 volvieron los Cristianos á la posesion de Jerusalen y de la Siria. Sobrevinieron después los partos, y fue perdida otra vez Jerusalen, destruida y saqueada por aquellos bárbaros, sin que las lágrimas que derramaban los fervorosos cristianos al ver sus desacatos y crueldades lograsen piedad de sus corazones crueles, y misericordia del Dios de las venganzas, cuya justicia estaba irritada. San Luis rey de Francia, movido de su piedad, y de las instancias del Vicario de Jesucristo, juntó un ejército poderoso, y en el año de 1245 se embarcó con él para la Siria, con ánimo de libertarla del yugo de los infieles. ¿Quién creeria que unos intentos tan santos no tuviesen de parte de Dios todo aquel auxilio y proteccion necesaria para ser llevados á debido efecto? Pero los juicios de Dios son muy distintos de los juicios del hombre, y el que pretenda averiguar sus arcanos será oprimido de la gloria. La

peste y la mortandad asolaron el ejército de san Luis; y acometido de los bárbaros fue derrotado y vencido y hecho prisionero. Tal vez esta calamidad fue una especial disposicion de la divina Providencia para que se restableciese la devocion á la santa casa de Nazaret. Habian vencido los sarracenos á san Luis; pero no habian arrancado de su corazon aquel celo y amor á la Religion que le habia conducido á tan remotos países dejando las delicias de su reino. Por tanto, todo el tiempo que estuvo prisionero se empleó en restaurar la devocion y culto á los Santos Lugares, y muy particularmente á la santa casa de Nazaret, en la cual se conservan todavía algunas memorias de los dones con que la adornó y enriqueció su piedad régia. En el año de 1268 Benedocdar, general del Sultan, tomó á Antioquía, habiendo matado al filo de la espada diez y siete mil cristianos, y reduciendo otros cien mil á miserable esclavitud. En el de 1289 el Gran Sultan acometió á Tiro y Sidon, habiendo tomado antes y destruido á Trípoli; y obrando de acuerdo con él la faccion de los gibelinos, le incitaron en el año 1291 á que tomase y destruyese á Ptolemaida, capital de la Fenicia, y único asilo que en aquellas partes tenian los Católicos. Ejecutóse así, y perdieron los Cristianos el reinado en la Siria, y toda la Palestina y Santos Lugares quedaron expuestos desde entonces á los desacatos de los infieles. Pagó bien el Sultan su atentado y temeridades, pues al año siguiente cuando pensaba invadir á Chipre, y hacerla esclava de su poder, fue asesinado de los suyos, perdiendo de un solo golpe la vida y el reino.

En esta última accion contraria á los Cristianos quedó la casa de Nazaret expuesta á los ultrajes y abominaciones de una gente pérfida, enemiga del nombre de Cristo. Pero Dios, que queria que aquella adorable mansion en que su omnipotencia habia ejecutado las mayores obras tuviese la veneracion y culto que se le debian, dispuso otra obra no menos digna de su grandeza y poder, la cual fue la traslacion de esta santa Casa á tierra de cristianos. Dia 9 de mayo de 1291, bien fuese por un soberano decreto de su omnipotencia, ó por ministerio de Ángeles, la santa casa de Nazaret fue arrancada de sus cimientos y trasladada á Tersato, lugar de la Dalmacia. El descubrimiento de esta traslacion fue prodigioso. Hallábase enfermo gravemente el párroco del territorio de Tersato, llamado Alejandro: su enfermedad le habia conducido á términos que ninguna esperanza habia de que pudiese salvar la vida. Hacíanse todas las disposiciones para los funerales, y todos los asistentes y feligreses suyos le contaban ya por difunto. En este mismo tiempo ven que se levanta de la

cama sano, robusto, y como si tal accidente no hubiera tenido. Quédanse todos suspensos y pasmados al ver un caso tan maravilloso: todos acuden á él á preguntarle la causa, y á que les descifre quién ha sido el agente de tan grande maravilla. Entonces el párroco les anunció á todos como estando á los umbrales de la muerte se le habia aparecido la Madre de Dios, le habia avisado de como en un collado vecino estaba la santa casa de Nazaret que acababa de ser allí trasladada, y que dicho esto la santísima Vírgen se habia desaparecido, dejándole perfectamente sano y convalecido de su dolencia. La relacion de Alejandro causó no menos admiracion en los que le oian, que habia causado el milagro de su salud repentina. Todos se encaminaron al collado inmediatamente, sin que quedase en la poblacion de Tersato persona que no aspirase á ser el primer testigo de una tan grande misericordia de Dios. Pero ¡cuánta fue su admiracion y ternura cuando al llegar al collado hallaron una casa muy antigua y pequeña, en figura de capilla, la cual ninguno de aquellos habitantes habia visto jamás en aquel sitio! ¡cuánta su consolacion cuando entrando dentro hallaron un altar enfrente de la puerta con una imágen de Cristo crucificado, y en un nicho de la pared una efigie de María santísima con el niño en los brazos hecha de cedro, y en la misma figura que les habia explicado antes el Párroco, á quien le fue tambien revelado que habian sido hechas por san Lucas! Cualquiera cristiano que siente dentro de su corazon los verdaderos sentimientos de piedad que es capaz de producir nuestra Religion sacrosanta, se persuade fácilmente á que aquellos fieles venturosos se postrarian humildemente, besarian mil veces aquel suelo sagrado, y derramarian copiosas lágrimas de agradecimiento y de ternura. Creció esta notablemente cuando observando la celestial casita con mas atencion, vieron al fin de ella una ventana cuadrada, que desde luego supusieron seria por donde entró el Ángel á anunciar á María la encarnacion del Verbo divino, y al testero de ella una chimenea en donde tantas veces se guarecerian del frio, y gastarian mucho tiempo en celestiales conversaciones Jesucristo, su Madre santísima y su padre putativo José. Á un lado de la puerta en un rincon á la mano izquierda hallaron tambien un basar en donde encontraron algunos pocos platos, y unas escudillas de barro en que tomaban su pobre alimento las tres augustas personas de esta sagrada familia. Es indecible la ternura, alegría, admiracion, compuncion, sobresalto, lágrimas y otros semejantes afectos que experimentó aquella venturosa gente: dieron á Dios gracias infinitas por tamaño benefi-

cio, y publicaron el caso por todas las regiones circunvecinas.

No solamente los dálmatas, sino los esclavones, los croatos, y los habitantes de los países mas remotos venian en tropas á visitar aquella bienaventurada habitacion, y honrarla con dones y votos, manifestando una piedad verdaderamente cristiana. Pero muy en breve comenzó la desconfianza de los hombres á manifestarse, dudando de la identidad de la casa, y poniendo dificultades sobre la posibilidad del suceso. Para desvanecer uno y otro pensaron los dálmatas enviar á Nazaret personas de autoridad y fidedignas, que confrontando las medidas de la casa con los cimientos que habian quedado en Nazaret, y examinando con sagacidad las demás circunstancias de la traslacion, declarasen, bajo de juramento, si esta se habia de tener por verdadera ó por apócrifa. Enviáronse en efecto tres sugetos de los mas nobles y distinguidos de Dalmacia, juntamente con el párroco Alejandro, los que llegados á Nazaret hicieron una confrontacion escrupulosa de las medidas y del tiempo, y hallaron que todo probaba la identidad de la casa, y la verdad de la traslacion. Las paredes de la santa Casa, que estaba en el collado de Tersato, correspondian exactamente en el grueso, anchura y longitud con los cimientos que habian quedado en Nazaret, y los habitantes de este pueblo, no obstante ser gente bárbara y enemiga del cristianismo, confesaron ingenuamente el dia y la hora en que la habian echado menos, que eran puntualmente los mismos en que el Párroco habia tenido la revelacion, habia sido sanado de su enfermedad, y habian visto en el collado aquel desconocido edificio. Después de esta averiguacion era la santa Casa venerada y frecuentada mucho mas de los fieles: pero sin embargo no tenia toda aquella veneracion y toda aquella seguridad que podria tener estando colocada en el seno de la Iglesia. Por tanto, á los tres años y nueve meses de haber sido trasladada á Tersato, quiso Dios hacer de esta santa Casa una nueva traslacion, haciendo que sus santos Ángeles atravesasen con ella por los aires el mar Adriático, y la llevasen á la Marca de Ancona, colocándola en una selva cuatro millas distante de la ciudad de Recanate, y una del mar. Sucedió esta segunda traslacion el dia 10 de diciembre del año de 1294, en cuyo dia la celebra la Iglesia. La selva en donde fue colocada la santa Casa era posesion de una noble señora de Recanate llamada Laureta, de cuyo nombre vino luego después á llamarse aquel famoso santuario Nuestra Señora de Loreto. El concurso de peregrinos y de familias enteras que comenzaron á frecuentar aquel sitio, viniendo en peregrinacion de las tierras mas remotas, hizo que se de-

tuviesen allí varias familias, y formasen sus habitaciones, de lo cual se formó una ciudad que se llamó Loreto, á la que Sixto V rodeó de murallas. En este mismo recinto se dice tambien que la santa Casa mudó de situacion por dos veces, la una para evitar que los peregrinos fuesen asaltados de los asesinos y ladrones que se ocultaban en la espesura de la selva, y la otra para cortar el pleito de dos hermanos que se disputaban mutuamente la posesion del terreno en que estaba la santa Casa. Lo cierto es, que está situada en un terreno ameno y fertilísimo, y de un aire saludable después que fue talada la selva que la ceñia, y desecada una gran laguna que exhalaba vapores poco sanos.

Referir la grandeza de esta santa Casa, la nobleza y majestad de su edificio, las inmensas riquezas con que la han enriquecido á porfía los sumos Pontífices, los Emperadores, los Reyes, los Cardenales y todas las personas poderosas del universo, seria emprender un trabajo incapaz de reducirse á la estrechez de pocas páginas, y de poca utilidad para el principal fin que se intenta en la relacion de estas festividades. Hay libros enteros en donde puede verlas el curioso; por ahora baste decir que el templo edificado por Paulo II con el diseño del Bramante, comprendiendo en su centro á la santa Casa, es de la mayor magnificencia y grandeza que puede imaginarse. Los inteligentes saben que con ser pensamiento del Bramante, tiene lo bastante para acreditar la grandiosidad y nobleza de su arquitectura. Por lo que corresponde á estatuas de mármol y de bronce, bajos relieves, mármoles preciosos exquisitamente embutidos de piedras finas, pinturas de los mas famosos artífices, y demás adornos de toda clase, no cede á ningun otro templo del mundo. La multitud de sacerdotes penitenciarios, y demás asistentes para celebrar los divinos oficios con sagrada pompa y majestad es numerosísima, y no faltan hospitales bien provistos y todo género de provisiones para que se hospeden cómodamente los innumerables peregrinos que diariamente concurren de todas partes á venerar la santa Casa, ya sean príncipes y grandes señores, ya sean caballeros y nobles, ó bien sean pobres y plebeyos. Lo que mas sorprende á cuantos visitan este gran santuario de la cristiandad es el rico é inmenso tesoro que posee de oro, plata y piedras preciosas, en tanta copia, que con dificultad se encontrará en el mundo otro sitio en donde se vean juntas tantas preciosidades. Son muchos los salones y los armarios en que se custodian gran multitud de lámparas, blandones, candeleros, cruces, custodias, cálices, incensarios, coronas imperiales y aras, cadenas,

toisones, anillos, pieles y otras innumerables piezas artificiosas hechas de oro, plata, cristal de roca, con ricas guarniciones de diamantes, esmeraldas, zafiros, topacios, crisólitos, ametistes, perlas gruesas, y cuanto puede imaginarse de raro, de rico y de precioso. El Sr. Felipe IV, rey de España, dió á la Señora un vestido con cincuenta y ocho botones, y ciento doce alamares, todo de oro vaciado, y engastados en diferentes partes del vestido seis mil cincuenta y cuatro diamantes, muchos de ellos de una magnitud y brillantez asombrosa. La señora duquesa de Uceda regaló á María santísima un globo, un gran racimo ó un monton de diamantes, rubíes y esmeraldas, todo cuajado de oro, y sobre él un pelícano formado de un gran rubí en ademan de herirse el pecho para alimentar á sus hijos. Á esta semejanza son todos los demás dones que se guardan en aquel santuario, hechos por los mayores príncipes y señores que ha tenido la tierra. Los sumos Pontífices, poseedores de tan grande riqueza, conociendo muy bien que un tesoro tan inmenso, á distancia de una milla del mar, provocaba á un asalto repentino, y estaba expuesto á una incursion de piratas, le guarnecieron de fortines y murallas, colocando bastante artillería, y el número de tropa necesario para guarnecerlo. Á proporcion de las riquezas temporales que se conservan en esta santa Casa, son tambien los espirituales beneficios que allí reciben los fieles. Los penitenciarios son muchos, y de todas las lenguas conocidas. Cuantas indulgencias y gracias han conferido los sumos Pontífices á San Juan de Letran, á Santa María la Mayor, á los Santos Lugares de Jerusalen, al sepulcro de Santiago, á la iglesia de San Pedro y á todas las demás basílicas del mundo, todas están concedidas igualmente á la santa casa Lauretana. Es verdad que este santuario es tambien el mas digno de cuantos hay en el mundo por las grandes obras que en él se hicieron. En esta santa Casa fué concebida sin pecado original, nacida y educada la siempre Vírgen María. En ella vivió por espacio de muchos años con su santo esposo José. En esta Casa recibió esta santa doncella aquella augusta embajada de toda la santísima Trinidad, por medio del arcángel san Gabriel, á la cual, dando su consentimiento, el Verbo divino se hizo hombre en sus purísimas entrañas, que es la obra mayor de la omnipotencia. Dicho esto, se deja conocer fácilmente la multitud de prerogativas, gracias y dones que le son debidos por haberse obrado en ella tantos y tan grandes misterios, y con cuánta razon y justicia celebra la Iglesia de España esta festividad, convidando á los fieles á

que testifiquen su agradecimiento al Dios de las misericordias por medio del culto y veneracion que tributen á esta santa Casa.

SAN MELQUÍADES Ó MILTÍADES, PAPA.

San Melquíades, que segun algunos nació en Madrid, sucedió á Eusebio en la silla de san Pedro, habiendo sido electo á aquella dignidad el dia 2 de julio del año 311 imperando Majencio. Constantino venció aquel tirano en 28 de octubre de 312, y poco después publicó sus edictos para que los Cristianos tuviesen el libre uso de su religion, y la libertad de erigir iglesias. Para apaciguar á los gentiles que andaban inquietos con esta concesion, cuando llegó á Milan en el año de 313 por un segundo edicto concedió á todas las sectas, menos á los herejes, la libertad de conciencia. Entre las primeras leyes que estableció en favor de los Cristianos eximió en una al clero de toda carga de tributos y oficios concejiles. Obligó á todos sus soldados á rezar todos los domingos una oracion dirigida al un solo Dios, y no hubo idólatra que escrupulizase en hacerlo. Abolió las festividades gentílicas y los misterios en que tenian parte las rameras públicas. Como la impureza contranatural estaba entre los romanos cási sin freno, y la lujuria y el abandono se hizo tan general entre ellos, principiaron á huir del matrimonio, para seguir con mas libertad el ímpetu de sus pasiones. Por esta causa Augusto se vió en la precision de animarles á aquel estado por las leyes, y mandar á todos los hombres que se casasen, imponiendo pesadas multas y cargas á los desobedientes. Contenidos algun tanto los abusos con la religion cristiana, y con mucha mas eficacia de lo que pudieran las leyes humanas, Constantino repitió la ley *Poppæa* en favor del celibato; y tambien hizo otra ley castigando el adulterio con pena de muerte. Regocijábase el buen Papa al ver la prosperidad de la casa de Dios, y con su celo extendió grandemente sus límites; pero tuvo tambien la pena de ver su grey afligida y trastornada con una division intestina, en el cisma donatista que corrió con tanta furia por el África. Acusado falsamente Mensurio, obispo de Cartago, de que habia entregado los sagrados libros á los perseguidores, Donato, obispo de Casanigra en Numidia, se separó injustamente de su comunion, y continuó su cisma aun después que Ceciliano sucedió á Mensurio en la silla de Cartago, juntándosele varios enemigos de aquel buen Prelado, especialmente una señora muy poderosa llamada Lucilla, que tenia varios resentimientos personales con Ceciliano, siendo este diá-

cono de aquella iglesia. Los cismáticos apelaron á Constantino, que estaba entonces en las Galias, y le suplicaron enviase al África tres obispos de aquel país á quienes ellos nombraron determinadamente para que juzgase su causa contra Ceciliano. El Emperador les concedió los jueces que le pedian; pero mandó por medio de una carta que los tales obispos pasasen á Roma, juntamente con los que de la Galia enviaba aquel Príncipe con otra en que le suplicaba al papa Melquíades examinase aquella controversia, y la decidiese conforme á justicia y equidad. El Emperador dejó á los obispos la decision de este negocio, porque era peculiar de los obispos. El papa Melquíades abrió un sínodo en el palacio Lateranense en 2 de octubre de 313, á que se hallaron presentes Donato de Casanigra y Ceciliano de Cartago, en el que este último fue pronunciado inocente por el Papa y por el concilio de cuantos cargos le habian hecho. Donato fue el único que le condenó en aquella ocasion: á los demás obispos que habian adherido á este se les permitió conservar sus sillas con tal que renunciasen del cisma. San Agustin hablando de la moderacion de que usó el Papa le llama hombre excelente, verdadero hijo de paz, y padre de los Cristianos. No obstante los Donatistas después de su muerte recurrieron á sus comunes y acostumbradas armas de la calumnia para manchar la pureza de su carácter, y pretendieron tambien imputarle que habia entregado las Escrituras santas á los perseguidores: cuya mentira llama san Agustin maliciosa é infundada calumnia. San Melquíades murió en 10 de enero de 314, y fue enterrado en la via Apia en el cementerio de Calixto. En algunos calendarios es titulado mártir, sin duda por razon de lo mucho que tuvo que sufrir en las anteriores persecuciones. (*Butler*).

SAN INVENTO, LLAMADO EN VULGAR CATALAN SAN TROBAT, MÁRTIR, Y LOS TRESCIENTOS Y CINCUENTA Y NUEVE MÁRTIRES, CUYAS RELIQUIAS SE CONSERVAN EN LA IGLESIA DE SAN FÉLIX DE GERONA.

En la iglesia colegial de San Félix de Gerona se honra la memoria de trescientos y sesenta Mártires, cuyas sagradas reliquias posee, los cuales padecieron, si no todos, á lo menos gran parte de ellos, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, siendo presidente en España el cruel Daciano, y lugarteniente de este Rufino, el mismo que quitó la vida á san Félix. Créese que son del número ya dicho todos aquellos cristianos que estaban oyendo la misa cuando

fue muerto el bienaventurado obispo san Narciso en este mismo tiempo de Diocleciano y Maximiano, y que fueron allí sacrificados por los gentiles. San Invento indudablemente seria de aquella muchedumbre de bienaventurados caballeros de Cristo. Este Santo es abogado especial contra las calenturas que llaman cuartanas, y por eso en la ciudad de Gerona le tienen en mucha devocion, y hasta nuestros tiempos se celebra de él particularmente en dicha iglesia nombrándole en la colecta de la misa, y es costumbre allí decir esta: *Praesta quaesumus omnipotens Deus: ut intercedente beato Invento martyre tuo, et à cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et à pravis cogitationibus mundemur in mente. Per,* etc. Está pintado este Santo en el retablo nuevo de Nuestra Señora del Rosario de dicha iglesia de San Félix, y tambien lo estaba en el viejo, que era antiquísimo.

El número de los Mártires se saca de un sumario impreso de indulgencias de la misma iglesia de San Félix; el cual dice que en ella está el cuerpo del glorioso san Narciso con las reliquias de san Félix, y con otros trescientos y sesenta Mártires. Lo mismo dicen ciertas bulas del Papa que se hallan en el archivo de la precitada iglesia. (*Dom. Hist. Sant. Cat.*).

La Misa es en honor de santa Eulalia, y la Oracion la que sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui infirma mundi eligis ut fortia quaeque confundas: da nobis in festivitate sanctae virginis et martyris tuae Eulaliae congrua devotione gaudere; ut et potentiam tuam in ejus passione laudemus, et promissum nobis percipiamus auxilium: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Dios todopoderoso y eterno, que escoges lo mas débil del mundo para confundir lo mas fuerte: haz que celebremos con alegría y devocion la fiesta de santa Eulalia, vírgen y mártir; para que alabemos tu poder en su pasion, y experimentemos los auxilios que nos has prometido. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Quae immolant gentes, daemoniis immolant, et non Deo. Nolo autem vos socios fieri daemoniorum: non potestis calicem Domini bibere, et calicem daemoniorum. Non potestis mensae Domini participes esse, et mensae daemoniorum. An aemulamur Dominum? numquid fortiores illo sumus? Omnia mihi licent, sed

Hermanos: Lo que sacrifican los paganos, lo sacrifican á los demonios, y no á Dios. No quiero que vosotros os hagais compañeros de los demonios: no podeis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios: no podeis ser participantes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿Por ventura provocamos emulacion al Señor?

non omnia expediunt. Omnia mihi licent, sed non omnia edificant.

¿acaso somos mas fuertes que él? Todo me es lícito, pero no todas las cosas me convienen. Todo me es permitido, pero no todo edifica.

Nota del traductor.

En el Misal de España la Epístola que se dice en la misa de esta Santa es del capítulo LI del Eclesiástico, que empieza: *Confitebor tibi, Domine.*

REFLEXIONES.

Lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican á los demonios y no á Dios. Fue supersticion en los paganos el comer viandas consagradas á los ídolos vanos: fue piedad en los judíos el comer unas víctimas ofrecidas al Dios verdadero; pero entre los Cristianos es el acto mas santo y mas agradable de religion el comer la hostia viva sacrificada sobre nuestros altares. Y pues un Dios ofreciéndose en sacrificio para honrar á su Padre quiere darse para ser alimento de su pueblo, ¿se debe, se puede asistir jamás sin deseo, por lo menos, de comer de la víctima? Misterio de amor de un Dios que ama como Dios, ¡cuán incomprensible sois! Pero la incomprensibilidad no está en este milagro de amor: la omnipotencia de un Dios, el amor infinito de un Dios, que ama como Dios, todo esto hace callar á mi razon demasiado débil y demasiado limitada para que se atreva á poner medidas á una potencia infinita; por lo menos yo comprendo que no puedo comprender todo lo que Dios puede hacer. Pero lo que soprepuja mi razon, lo que altera y remueve todo mi espíritu es, que creyendo verdaderamente que Dios ha hecho en mi favor este prodigio, no tenga ni experimente en mí mas que una mediana hambre de este divino alimento, que me sea insípido y desagradable; este es un misterio de iniquidad que yo no puedo comprender. *No podeis,* dice el Apóstol, *tener parte en la mesa del Señor y en la de los demonios, ni participar del sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, y asistir después á las concurrencias mundanas, donde se sacrifica al demonio de la gula y de la impureza. No podeis ir á nuestros templos á comer el Cordero sin mancha, y no salir de ellos sino para hartaros de las viandas de Egipto.* Esto es en efecto pasar de la mesa del Señor á la mesa de los demonios. Haber un cristiano gustado solamente las viandas sacrificadas á los ídolos, se miraba como una apostasía; y la Iglesia ha arrojado siempre de sí á estos escandalosos apóstatas. ¿Qué debemos pensar nosotros de aquellos que después de haber participado por la mañana

de la mesa del Señor, se encuentran por la tarde en el banquete, por decirlo así, que apareja el demonio á sus secuaces en los espectáculos y en las concurrencias profanas? ¿Á quién no alteran y remueven, Dios mio, estas contradicciones de conducta y de creencia? Escoged, Cristianos, ó las delicias que se gustan en la mesa del Señor, ó las que se esperan gustar en la mesa del demonio. Pero ¿se puede balancear un punto entre un amigo tierno que nos prepara un banquete para testificarnos su amor, y un amigo cruel que no nos convida sino para envenenarnos? Temed, temed la falsa dulzura de la copa que os presenta; es un cebo este para haceros beber el veneno que debe embriagaros y causaros la muerte. Cuando después de haber probado las dulzuras del servicio de Dios, y las delicias de su mesa, damos la indigna preferencia al mundo y al demonio; parece que querríamos, por decirlo así, dar celos á nuestro Dios, y provocar su indignacion por un menosprecio que ultraja tanto su bondad. *¿Por ventura damos celos á Dios?* Esto es lo que hace sentir y conocer la malicia y el peligro de los pecados de recaida. *Todo me es permitido, mas no todo es conveniente; todo me es permitido, pero no todo edifica.* Cuando no nos negamos nada de lo que se cree permitido, no estamos léjos de concedernos alguna cosa mas de lo que la ley nos permite; siendo la caridad el espíritu de la ley, ella debe, por lo comun, explicarla y entenderla, segun la utilidad y la edificacion del prójimo lo piden.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 76.*

MEDITACION.

Que no hay verdadera libertad sino en el servicio de Dios.

Punto primero.—Considera cuán groseramente se engañan los hombres en buscar la libertad apartándose del servicio de Dios: ¿ignoran acaso que cuando no son de Dios no son jamás de un solo amo? No son de Dios; son, pues, del mundo, que tiene sus leyes; son de su amor propio, que tiene sus máximas; son de sus pasiones, que tienen sus inclinaciones, y muy diferentes y muy varias. No están en el servicio de Dios; están bajo de la esclavitud de mil tiranos, que no les dejan un momento de reposo. Nuestras pasiones y las de los otros se ponen todas de concierto para atormentarnos. ¿Qué no se tiene que sufrir de la multitud de los concurrentes, de la malicia de los envidiosos, de la mala fe de esos amigos interesados, de esas

almas venales, que no buscan sino sus intereses en todas esas lisonjeras demostraciones que os dan de una falsa amistad? No sois verdaderamente de Dios; sois, pues, de cien amos, que no se convienen entre sí, porque cada uno tiene intereses diferentes y miras muy opuestas; y os encontrais en la fatal necesidad de no contentar jamás á alguno, sin que seais castigados por todos los otros. ¿Es esto gozar de una gran libertad? Buen Dios, ¿es esto encontrar aquella libertad tan dulce, tan tranquila y de tanto consuelo para los hijos de Dios? Fuera de vuestro servicio, ¿qué esclavitud mas pesada? ¿qué sujecion mas odiosa? ¿qué violencia mas servil que aquella en que se vive en el mundo? Es preciso soportar á unos, condescender con otros y depender de todos. Y por el contrario, en el servicio de Dios, ¡qué dulzura la de no depender de tantas suertes de personas, la de no tener que contentar sino á Jesucristo! ¡qué ventaja, por ejemplo, en el estado religioso, y se puede decir cási lo mismo de todos los que aman á Dios y hacen profesion de estar en su servicio; qué ventaja la de no estar obligados á contemplar á los pequeños y á los grandes, la de poder pasarse sin los servicios de los unos, sin el favor de los otros; y por decirlo así, sin mirarles la cara á todos! Se puede decir, sin que sea exageracion, que si se tuviera que sufrir en el servicio de Dios todo lo que indispensablemente se tiene que sufrir en el servicio del mundo, no sé si el Señor hallaria muchos que le sirvieran. En efecto, ¿dónde se pueden encontrar tantas violencias que sufrir, tantos respetos que guardar, tantas pesadumbres que disimular, tantas ficciones que tragar, tantas adulaciones, tantas bajezas que hacer como en el mundo? ¿Cuándo el que no está animado sino de su espíritu no se ha sujetado á todas sus leyes, no se ha hecho esclavo de sus máximas? ¡Y este tirano encuentra quien le sirva, y este amo bárbaro y duro tiene quien le siga! ¡y al paso que el yugo del Señor parece amargo y demasiado pesado, no falta quien se sujete con tanto trabajo y tan á su costa á todas las leyes tiránicas del mundo!

Punto segundo. — Considera como no hay parte alguna en el mundo en que pueda encontrarse aquella libertad que se lisonjean gozar los mundanos apartándose de Dios. No se encuentra en la corte ni en casa de los grandes: en ninguna parte se está con mas violencia, con mas apremio, con mayor estrechez, mas en esclavitud. No está tampoco en los empleos y cargos mas vistosos: no hay cosa que dé mas sujecion; el que los ocupa es responsable de sus acciones á todo el mundo: no es suyo, es del público; el cual pretende que le

debe hasta su tiempo y sus vigilias. Esta libertad no está en la vida particular, ¡ qué tropel de negocios, todos los mas fatigosos, qué esclavitud no impone una familia, el cuidado de una casa! El mundo es una asamblea de esclavos, que no se consuelan de su esclavitud, sino por la generalidad de la condicion, y por el largo hábito que han hecho de su servicio. Hijos del siglo, ¡ qué lástima causais, lisonjeándoos de una libertad que no teneis, y que no se puede encontrar en el mundo! Gritad cuanto querais libertad: haced ostentacion de una cualidad que solo os conviene como á un cómico el nombre y la cualidad de rey ó de emperador. Desengañaos, que no hay otra verdadera libertad que la libertad de los hijos de Dios. *El que está unido con Dios posee su espíritu; y la libertad está siempre donde está el espíritu de Dios.* Dios se complace en hacer la voluntad de los que le temen, dice el Profeta. Es verdad que en el servicio de Dios hay leyes que guardar; pero ¿quién no sabe que estas leyes son mas dulces y mas deliciosas que la miel mas exquisita, y que la paz y la tranquilidad son inseparables de este dulce servicio? La vida de los que sirven á Dios es arreglada, uniforme, apacible; pero cabalmente en esta regla y en esta uniformidad de conducta es donde se encuentra una verdadera libertad. No hay cosa mas desasosegada que una vida sin órden. Hagamos juicio de la dulzura de la vida de las gentes de bien por su gozo inalterable, el cual hace uno de los mas bellos rasgos de su retrato: hagamos juicio por aquella igualdad de humor que muestra cuán contenta está el alma; al paso que los que están en el servicio del mundo viven en el tumulto, en la inquietud, y no tienen ni aun libertad de quejarse de sus pesadumbres y tedios.

¡Oh, Señor! ya conozco la diferencia que hay entre los que sirven al mundo, y los que os sirven á Vos: haced, por vuestra gracia, que me aproveche de este conocimiento.

Jaculatorias. —¡Cuánto mas dulce es un dia pasado en el servicio de Dios, que mil pasados en el servicio del mundo! (*Ps.* LXXXIII).

¡Qué dulzuras no reservais, Dios mio, para los que os temen! (*Psalm.* XXX).

PROPÓSITOS.

1 Pondérense cuanto se quiera las insípidas y superficiales dulzuras del mundo: lisonjéense los mundanos de una libertad que no gozan; siempre será cierto que no hay ni puede haber verdadera libertad sino en el servicio de Dios. Probad esta dulce verdad sirviendo

á Dios con una fidelidad que sea á prueba de todos los falsos raciocinios del mundo. No mires jamás como una sujecion, como una esclavitud la exacta puntualidad y la observancia escrupulosa de tus ejercicios de piedad y de tus reglas. Á todos los que hablan la jerigonza del mundo, y dicen que las gentes de bien viven demasiado sujetas, díles que los mundanos son mucho mas esclavos, y gimen mas bajo de la tiranía en solos ocho dias que los devotos en toda su vida. ¿Quieres no sentir la sujecion? sé cada dia mas exacto y mas regular.

2 Hazte una ley, y toma la resolucion de no faltar jamás á las mas pequeñas obligaciones de tu estado, ni á la menor regla, y de observar con puntualidad tus prácticas de devocion, rezos ordinarios, uso frecuente de los Sacramentos, misa todos los dias, oracion, leccion espiritual, visitas arregladas cada dia al santísimo Sacramento, retiro de un dia cada mes, otro retiro cada año; cuanto mas fiel fueres en observar estas pequeñas prácticas de piedad, tanto mas experimentarás la dulzura de la libertad de los hijos de Dios, y el gusto que se halla en servir á tal dueño. Haz todos los dias mas religiosa y mas exacta tu fidelidad.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

San Dámaso, papa y confesor, en Roma; el cual condenó al heresiarca Apolinario, y restituyó á Pedro, obispo de Alejandría, que habia sido ahuyentado de su silla por los herejes: halló tambien muchos cuerpos de santos Mártires, é ilustró sus sepulcros con epitafios en verso. *(Véase su historia hoy).*

El martirio de san Trason, igualmente en Roma; el cual porque alimentaba de su hacienda á los cristianos que trabajaban en los baños y otras obras públicas, y á los encarcelados, por decreto de Maximiano fue preso y coronado con el martirio juntamente con otros dos llamados Ponciano y Pretextato.

Los santos mártires Victórico y Fusciano, en Amiens, los cuales en el mismo imperio, por sentencia del presidente Riccio Varo fueron atormentados atravesándoles las narices y las orejas con sortijas de hierro, taladrándoles las sienes con clavos ardiendo, arrancándoles los ojos y asaeteándolos, y de esta suerte degollados juntamente con san Genciano, su huésped, pasaron al Señor. *(Los santos Victórico y Fusciano eran dos hombres apostólicos que fueron á predicar la fe á las Galias cási al mismo tiempo que san Dionisio de Paris. Penetraron hasta las partes mas remotas de aquel reino, y al fin hicieron á Teruan asiento principal de su mision. Pasando á Amiens, donde Riccio Varo perseguia á los Cristianos con mas que salvaje brutalidad, se alojaron en casa de un tal Genciano que deseaba ser discípulo de Cristo. Este les informó de que poco antes san Quintin habia padecido el martirio; y ellos fueron á poco de esto presos tambien con su caritativo huésped, y todos tres muertos por Cristo, por los años de* 287).

San Barsabas, mártir, en Persia.

San Eutiquio, mártir, en España.

San Sabino, obispo esclarecido en milagros, en Plasencia.

San Daniel Stilita ó de la Columna, en Constantinopla. (*Habiendo determinado imitar el modo de vida que habia visto en san Simeon, eligió un sitio en el próximo desierto de las montañas que avanzan hasta el Ponto Euxino, á unas cuatro millas del mar, y siete de Constantinopla hácia el Norte. Allí le construyeron una columna, en cuyo remate vivió expuesto sin abrigo á fuertes vientos y frios crueles, hasta la edad de ochenta años. Sin bajarse de ella fue ordenado de sacerdote por Gennadio, obispo de Constantinopla, y el Santo dijo misa en el mismo estrecho sitio; y la primera vez administró la comunion al Patriarca, como lo hizo en adelante muchas veces de sus manos. La comida de que comunmente usaba eran raices y yerbas desabridas, y á veces pasaba dias enteros sin tomar alimento alguno. Honróle Dios con el espíritu de profecía y el don de milagros. Predijo su muerte propia, la cual aconteció en su columna en el año de 494, habiéndole asistido en sus últimos momentos el patriarca Eufemio. Tres dias antes de morir ofreció á media noche el santo sacrificio, y fue visitado de los Ángeles en una vision.* Butler).

SAN DÁMASO, PAPA.

San Dámaso era español de nacimiento; no se sabe de qué ciudad ó provincia, pretendiendo los de Tarragona en Cataluña, y los de Guimarans en Portugal apropiarlo á sus respectivas ciudades; y una lápida que hay en la parroquial de San Salvador de Madrid le hace natural de esta corte. Vino al mundo por los años de 304. Habiéndose establecido en Roma su padre, llamado Antonio, llevó consigo su familia, que consistia en dos hijos pequeños; Dámaso el uno, la otra Irene, mas pequeña todavía que su hermano. Habiendo su padre enviudado, se hizo clérigo, se ordenó de lector; y como era de una hombría de bien conocida, de una piedad ejemplar é instruido en las sagradas letras, fue hecho diácono, y finalmente presbítero de la Iglesia romana, agregado á una de las parroquias de la ciudad, que tenia el título de San Lorenzo. Nuestro Santo fue educado con gran cuidado al lado de su padre, quien encontrando en Dámaso un excelente ingenio, y un corazon nacido para la piedad, no omitió diligencia alguna para darle una bella educacion, y para hacer que se instruyera en todas las ciencias. Gustaba Dámaso del estudio, pero no tenia menos inclinacion á la piedad; y así hizo maravillosos progresos en la virtud y en las ciencias. La pureza de sus costumbres y su rara erudicion le conciliaron la estimacion de todos. Fue admitido en el clero, y bien pronto llegó á ser la admiracion y el ejemplo de los eclesiásticos. Servia en la misma iglesia que su padre, y toda su conducta fue de una tan grande edificacion, que era, como lo testi-

fica san Gerónimo, el modelo que se les proponia á todos para imitar. Era diácono de la Iglesia romana, cuando el papa Liberio fue arrojado de su silla por el emperador Constancio por la defensa de la fe y de la inocencia de san Atanasio el año 355. Por poderosos que fuesen los Arrianos, y por mas arriesgado que fuese el declararse por el Papa, el dia mismo que le cogieron para llevarle al lugar de su destierro, Dámaso se obligó con juramento solemne ante el pueblo, con todo lo restante del clero, á no recibir jamás otro Papa mientras viviese Liberio. Tuvo tambien valor para acompañarle en su destierro, y permaneció algun tiempo con él en Berea de Tracia, donde le sirvió de mucho consuelo. Habiendo vuelto á Roma, tuvo mucho que sufrir de los Arrianos, que tenian un partido muy pujante; y á pesar de sus amenazas y de sus solicitaciones, permaneció siempre fielmente unido á la comunion de Liberio. Habiendo vuelto este Papa del lugar de su destierro, se sirvió de los consejos y de la habilidad de nuestro Santo en todos los negocios espinosos de la Iglesia.

Habiendo muerto el papa Liberio el año 366, no se encontró sugeto mas digno que Dámaso para ocupar la Santa Sede. Fue elegido por la mayor y mas sana parte del clero romano á los sesenta y dos años de su edad; y sin embargo de su resistencia, fue consagrado solemnemente en la basílica de Lucina, que era su título. Todas las gentes de bien manifestaron su gozo, y dieron gracias á Dios por haberles dado un Pastor tan digno y tan á propósito por su santidad y su ciencia para domar á los enemigos de la Iglesia. Algunos del pueblo y del clero, cuyas costumbres estaban tan corrompidas como su espíritu, no se acomodaron á esta eleccion. Uno de los principales diáconos de la Iglesia romana, llamado Ursicino, lleno de una ambicion desmedida, no pudiendo sufrir que se le hubiese preferido á Dámaso, agavilló una tropa de sediciosos y de gentes despreciables en una iglesia de Roma, y habiendo sobornado á Pablo, obispo de Tívoli, hombre grosero é ignorante, le obligó á que le ordenara obispo de Roma. Por mas irregular é indigna que fuese esta accion, no dejó el antipapa de formarse un poderoso partido, el que en poco tiempo vino á parar en una sedicion y tumulto, en que hubo ciento treinta y siete personas muertas, sin que el Papa tuviese en ello la menor parte, ofreciéndose de todo corazon á renunciar el pontificado, si era necesario para aplacar estas turbaciones. Pero Juvenco, prefecto de Roma, envió desterrado á Ursicino y á los diáconos Amancio y Lupo, sus principales favorecedores; con lo que san Dámaso quedó tranquilo en su silla. Mas no duró mucho la calma. Los del partido del

antipapa no cesaban de importunar al emperador Valentiniano para que mandara que se levantase el destierro á aquel cismático. El Emperador, demasiado fácil, consintió en ello; pero no bien habia llegado á Roma Ursicino, cuando comenzó á alborotar mas que antes; lo que obligó al Emperador á desterrarle dos meses después á las Galias con todos sus adherentes; y con su destierro quedaron en paz la Iglesia y el Estado.

Aunque la severidad de la disciplina eclesiástica que el santo Papa hacia guardar en la Iglesia hubiese dado ocasion al cisma, el Papa no aflojó en nada de su justa rigidez, especialmente tocante á la prohibicion que se habia intimado á todos los eclesiásticos y religiosos de meterse en las casas de las viudas, y en las de las doncellas huérfanas, y de recibir algun don de las mujeres que dirigian. El Emperador habia autorizado esta prohibicion con un edicto, y el santo Papa tenia un gran cuidado de hacerle observar sin dispensa.

Por este tiempo, esto es, el año 369 ó el 370, juntó san Dámaso en Roma un concilio de muchos obispos, para ver cómo se habia de socorrer á los que habian caido en el arrianismo tanto en Oriente como en Occidente. Ursacio de Singuidon, y Valente de Mursa, dos obispos del Ilírico, herejes declarados, fueron condenados en el Concilio. El Papa dió noticia de esta determinacion á san Atanasio, que era el azote de los Arrianos, y el blanco de su odio y de sus inquietudes. El santo Patriarca juntó un concilio de noventa obispos en Alejandría, y en nombre de todos dió gracias al santo Papa por su celo y solicitud pastoral: añadiéndole que esperaban trataria á Aujencio, obispo arriano, é intruso en la silla de Milan, como habia tratado á Valente y á Ursacio. No se engañó en su esperanza; porque habiendo juntado san Dámaso en Roma un segundo concilio de noventa y tres obispos de diferentes países el año 373, Aujencio y todos sus adherentes fueron condenados y excomulgados; se confirmó en él la fe de Nicea, y todo lo que se habia hecho en perjuicio de ella en la asamblea de Rímini, se declaró por nulo.

Habiendo muerto el gran san Atanasio el año 373, Pedro su sucesor, echado de su silla por los Arrianos, vino á refugiarse á Roma, donde permaneció cási cinco años cerca del santo Papa. Habiendo muerto en este tiempo el emperador Valentiniano I, los del partido del antipapa Ursicino renovaron sus turbaciones en Roma. Los Lucíferianos, otros cismáticos desterrados de Roma por un rescripto del difunto Emperador, no dejaban de inquietar y de ejercitar el celo de nuestro Santo. Los Donatistas tenian su partido en Roma; pero san

Dámaso, infatigable en sus funciones, hacia inútiles todos los esfuerzos de los enemigos de Jesucristo y de la paz de su Iglesia. En este tiempo fue cuando san Optato, obispo de Milevi, publicó su grande obra contra todos estos cismáticos; en la cual, queriendo demostrar la unidad de la Iglesia por la sucesion continuada de los obispos de Roma, la que es el centro de esta unidad, hace un catálogo de los Papas, empezando por san Pedro, y terminándole en san Dámaso: *El cual es hoy nuestro hermano,* dice, *con quien todo el mundo mantiene comunion, así como nosotros, por el comercio de las epístolas ó cartas formadas.*

El año 377 tuvo el santo Papa un concilio en Roma, en que condenó al heresiarca Apolinario y á su discípulo Timoteo, que se portaba como obispo de Alejandría, deponiéndolos á entrambos. Hasta entonces se habia gloriado falsamente este heresiarca de tener comunion con el papa san Dámaso; y no habia hereje alguno en aquel tiempo que no afectase decirse unido en comunion con la Santa Silla. Pero queriendo el santo Pontífice impedir que los seductores sorprendiesen la simplicidad de los fieles, declaró públicamente que los habia separado á todos de su comunion, y por consiguiente de la comunion de la Santa Sede. San Gerónimo se alegró tanto de esta resolucion, que le escribió en estos términos: «Como yo hago profesion, santísimo Padre, de no seguir á otro capitan que á Jesucristo, estoy inviolablemente unido á la comunion de vuestra santidad, que es decir, de la cátedra de san Pedro. Sé que la Iglesia «ha sido edificada sobre esta piedra; cualquiera que come el cordero fuera de esta casa, es profano; el que no está dentro del arça de «Noé, perecerá en el diluvio. No pudiendo consultaros á toda hora, «me arrimo á vuestros hermanos como una pequeña barca á los grandes bajeles. No conozco á Vital; desecho á Melecio; no quiero saber quién es Paulino; cualquiera que no congrega con Vos, esparce y disipa; quiero decir, al que no está por Jesucristo le pongo «en el partido del Anticristo. Os conjuro que me autoriceis con vuestras cartas si debo ó no decir una ó tres *Hipostases;* porque unos «toman estos términos por *personas subsistentes,* otros por *sustancia* «ó *naturaleza.* Os suplico igualmente que señaleis con quiénes debo «comunicar en Antioquía.»

Antes que san Gerónimo hubiese recibido la respuesta á esta carta, escribió otra al mismo santo Papa de lo interior de su destierro de Calcis, en la que representándole el triste estado de la iglesia de Antioquía, le dice: «Por una parte vemos á los Arrianos pujantes

«con la autoridad del Príncipe que los sostiene, por otra á la Igle-«sia dividida en tres partes; cada uno de los cuales quiere atraerme «á sí. Los monjes que me rodean, me instan y atormentan para ha-«cernos tomar partido. *Yo no les digo otra cosa, sino que soy de aquel «que esté unido á la cátedra de Pedro.* Melecio, Vital y Paulino di-«cen que están unidos con Dámaso; yo pudiera creerlo si uno solo «lo dijera; *pero dos de ellos mienten, y quizá todos tres.* Y así os con-«juro me señaleis por vuestras cartas con quién debo comunicar en «Siria; y que no menospreciéis á una alma, por la que Jesucristo «ha muerto.»

El antipapa Ursicino, aunque distante, no dejaba en este tiempo de embrollar en Roma por medio de sus emisarios. Ganó á un judío llamado Isaac, quien tuvo el atrevimiento de calumniar al santo Papa ante el Emperador; pero habiéndose descubierto la calumnia, el judío fue severamente castigado, y desterrado á un paraje de España. Queriendo el emperador Teodosio que reinara en todo el Imperio la uniformidad de la fe de Nicea en toda su pureza, hizo publicar una ley, en que advertia que solamente serian reputados por católicos los que siguiesen la fe que enseñaba el papa Dámaso; que todos los otros serian tenidos por herejes, y castigados como enemigos de la Iglesia y del Estado. El santo Pontífice, cada dia mas solícito en quitar la mascarilla á los herejes y alejarlos del rebaño de Jesucristo, tuvo un concilio en Aquileya el año 381, en que condenó á Paladio y á Secundiano, obispos del Ilírico.

Además del cuidado que tuvo el santo Papa en desterrar todas las herejías de todo el mundo cristiano, se aplicó con el mismo celo y con el mismo fruto á reformar las costumbres y á cortar los abusos que se habian introducido entre los fieles. Habiendo ido á Roma el heresiarca Prisciliano con sus principales discípulos para justificarse delante de él, léjos de oir sus disculpas, no quiso ni aun verlos. Con el mismo vigor se opuso en el Senado al restablecimiento del altar de la Victoria, encargándose él mismo de la representacion de los senadores cristianos contra la de los senadores paganos, la que envió á san Ambrosio, y tuvo todo el efecto que se habia deseado.

Su caridad era universal; no hubo quien no experimentase sus efectos. Para asegurar mas bien la paz que habia procurado á la Iglesia con su celo y sus cuidados, juntó en Roma un concilio de muchas provincias de Oriente y Occidente, en el que se encontraron san Ambrosio de Milan, san Valeriano de Aquileya y san Ascolio de Tesalónica; y los orientales llevaron consigo á san Gerónimo, el que lleno

de estimacion y de veneracion á un tan gran Santo, se quedó con él para servirle de secretario, y ayudarle á responder á las consultas que le enviaban los concilios de diversas iglesias. El santo Papa le habia ya consultado muchas veces sobre varias cuestiones de la Escritura, y le habia ya empeñado á corregir la version latina antigua del Nuevo Testamento, para hacerla conforme al griego, con cuyo motivo hizo una nueva version latina de todo el antiguo sobre el hebreo; y esta es la version que la Iglesia latina adoptó después para el uso público, y que se llama *Vulgata*.

Este gran Pontífice extendió todavía su celo á la disciplina eclesiástica, haciendo reglamentos concernientes á ella. Arregló la salmodia, é hizo que en Occidente se cantaran los Salmos de David segun la correccion de los Setenta, que san Gerónimo habia hecho por su órden. Edificó dos iglesias en Roma; adornó el sitio donde habian reposado largo tiempo los cuerpos de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo, cuyo sitio se llama la Platonia. Hizo construir un magnífico baptisterio, del que el poeta Prudencio hace una bella descripcion, y expuso muchos cuerpos de Santos á la veneracion pública.

Finalmente, después de haber vivido ochenta años, y gobernado la Iglesia con tanta prudencia y santidad diez y ocho, murió con la muerte de los Santos el dia 11 de diciembre del año 384. Su muerte fue seguida de un gran número de milagros, que hicieron ver bastantemente cuán preciosa habia sido delante de Dios. Fue enterrado en una de las iglesias que habia hecho edificar en las catacumbas en el camino de Ardea. San Gerónimo hace de él un magnífico elogio; le llama amante de la castidad, doctor vírgen de la Iglesia vírgen; hombre excelente y hábil en las santas Escrituras; y Teodoreto nos le representa como un Pontífice de una eminente santidad, y uno de los mas grandes y mas santos Papas de la Iglesia.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Exaudi, Domine, preces nostras; et interveniente beato Damaso, confessore tuo atque pontifice, indulgentiam nobis tribue placatus et pacem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Señor, oid nuestras oraciones, y dignaos por vuestra bondad concedernos por la intercesion del bienaventurado Dámaso, vuestro confesor y pontífice, la indulgencia y la paz. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *del apóstol san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Plures facti sunt sacerdotes secundum legem, idcirco quod morte prohiberentur permanere: Jesus autem, eo quod maneat in aeternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat, ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus, et excelsior coelis factus: qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi; hoc enim fecit semel, seipsum offerendo Jesus Christus Dominus noster.

Hermanos: Tuvo la ley antigua muchos sacerdotes sucesivamente; porque eran mortales, y no podian permanecer. Mas como Jesús permanece eternamente, posee un sacerdocio eterno. De aquí proviene, que Él puede para siempre salvar á los que por su mediacion se acercan á Dios; como que siempre está vivo para interceder por nosotros. Convenia, pues, que nosotros tuviésemos un pontífice como este, santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos: que no tuviese necesidad, como los otros pontífices, de ofrecer todos los dias víctimas, primero por sus propios pecados, y después por los del pueblo, que es lo que hizo una vez Jesucristo Nuestro Señor ofreciéndose á sí mismo.

REFLEXIONES.

Jesus está siempre dispuesto á salvar á los que por él van á Dios. Jesucristo quiere salvar á todos los hombres; pero es cierto que no todos los hombres quieren salvarse con una voluntad sincera y constante. De aquí nace que el número de los que se salvan es tan corto. Entre cien pruebas, todas las mas concluyentes y las mas palpables, de la falta de la voluntad sincera de salvarse en la mayor parte de los hombres, una de las menos equívocas es la infeliz inclinacion que se tiene á aumentar cada dia la malignidad del corazon humano, buscando con ansia y con furor todo lo que envenena el alma. ¿Hubo jamás veneno mas activo y mas mortal que el que se halla esparcido en los libros malos? y ¿qué ansia no se tiene por leer estos libros envenenados? ¿quién no sabe que la lectura de los malos libros es un veneno preparado? En ellos se halaga el gusto, todo es hermoso, todo agrada, y por consiguiente todo envenena. Se lee serenamente lo que se tendria horror de oir contar en una conversacion. Las pasiones mas peligrosas se insinúan en el alma por medio de estas perniciosas lecturas; en cualquiera otra parte, aun en las mas perniciosas ocasiones, en las tentaciones mas violentas, el espíritu y el corazon pueden distraerse; espantados del peligro pueden ponerse alerta con-

tra los ardides del enemigo; pueden prevenir el golpe, pueden á lo menos salirse de la red por medio de la huida; mas en la lectura de los malos libros se va á buscar con toda advertencia y deliberacion el veneno, se bebe á pequeños sorbos, se mastica, se actúa, y se convierte en propia sustancia. ¿No es la lectura de los libros malos el arte que ha encontrado el demonio para detener el corazon y el espíritu, los que nunca están menos distraidos, los que nunca son mas susceptibles de la pasion, los que en los malos libros hallan siempre nuevos embelesos, nuevos encantos? En ellos no hay objeto extraño que distraiga; su lectura deja al alma en manos de las pasiones. Por mas disfrazado que esté el vicio, tiene siempre algo de asqueroso cuando se presenta á nuestros ojos; pero los libros le presentan siempre al espíritu y al corazon tan suave, tan bello, bajo de unos caractéres tan artificiosos, que no es posible defenderse de él; quizá no tiene el demonio artificio mas eficaz para perder las almas que estos libros envenenados. Pocas personas hay que no hayan naufragado en este escollo. Y qué, ¿no hay en el mundo y en nosotros mismos bastantes enemigos de nuestra salvacion, sin que vayamos á buscar otros en los libros? ¡Cuántos ardides, cuántos artificios á un mismo tiempo! Al principio no es mas que curiosidad, esta familiariza con el vicio un corazon á quien el delito inquietaria y asustaria desde luego; á la curiosidad se sigue el gusto, é insensiblemente se halla preso el corazon. Los buenos libros convierten muchas gentes; los malos libros pervierten mas. Dar un libro malo, es dar un veneno. ¡Cuántos se deshacen de un libro malo por hacer malas á un sin número de personas!

El Evangelio es del capítulo XXIV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vigilate ergo, quia nescitis qua hora dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideo et vos estote parati, quia qua nescitis hora Filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus, et prudens, quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cum venerit dominus ejus, invenerit sic facientem.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad, porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor

Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum.

cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

De las malas compañías.

Punto primero. — Considera que las malas compañías son el famoso escollo en que la virtud, aun la mas robusta, padece triste naufragio; son estas unos emisários del enemigo de la salvacion, que disfrazándose, por medio de mil artificios engañan á los siervos de Dios y los pervierten. Pocas personas dejan de caer en los lazos que las ponen; para evitar el riesgo, no hay otro medio que la huida. Si no se rompe con estos perniciosos amigos, si no se huye prontamente de las malas compañías, no hay virtud que pueda resistir á la seduccion. Y ciertamente, si hay que elegir un amigo, ¿no debe ser este un hombre de bien? Un compañero libertino es siempre nuestro mayor enemigo. Imitamos fácilmente á los que tratamos con frecuencia; con esta funesta diferencia, que el vicio hace siempre mas conquistas que la virtud. El mal ejemplo es mucho mas poderoso para pervertir á las personas virtuosas, que el buen ejemplo para convertir á los pecadores. Pasma que no nos deshagamos de las malas compañías, sabiendo que jamás nos retiramos de ellas sino menos inocentes. Si es preciso tomar un consejo, si es menester confiar un depósito considerable, si es menester fiar un secreto importante se elige siempre un hombre de una probidad conocida. ¿Se echaria mano de alguno de aquellos que se sabe tienen una conducta poco cristiana? ¿nos dirigiríamos á un compañero disoluto y perdido de costumbres? ¿Por qué, pues, nos confiamos, nos entregamos nosotros mismos á un libertino? Hablemos de buena fe; la amistad sincera, la hombría de bien, digamos tambien, la ingenuidad, la prudencia, la buena fe, ¿reina en las malas compañías? ¿qué hombre cuerdo no se arrepiente tarde ó temprano de haberlas frecuentado? ¿Cuántas personas jóvenes, tan recomendables por su inocencia, por su cordura, y por otras mil bellas cualidades, se han perdido por las malas compañías? ¿cuántos condenados deben su última desdicha á la familiaridad que tuvieron con los libertinos? ¿cuántos jóvenes educados en las comunidades religiosas, después de haber pasado los primeros años en el fervor, en la mas tierna devocion, y que parecia debian ser un dia el ornamento de su Órden, han te-

nido un desgraciado fin por haberse unido con gentes que no les daban sino malos ejemplos? Se puede decir que la salvacion depende muy de ordinario de la eleccion de amigos.

Punto segundo. — Considera que no hay tentacion mas peligrosa que la de las malas compañías. Bien puede suceder que con la ayuda de la Gracia se resista la primera vez que se encuentre uno en ella; pero como la vuelta es voluntaria, y la elegimos nosotros, es moralmente imposible que no nos haga caer una tentacion á que nosotros mismos añadimos fuerzas. Cuando las conversaciones impías, libertinas y poco religiosas están todavía sostenidas por el buen ejemplo, es dificultoso que un corazon, por mas dispuesto y preparado que esté para la seduccion, sea seducido y engañado; pero en las malas compañías la relajacion, la indevocion, la impiedad misma entran en el alma por los ojos y por los oidos; y aunque fuera uno un Santo hecho de milagro, saldria siempre de ellas, como vemos, menos devoto. ¡Cuántas gentes deben su condenacion á las malas compañías! ¡qué otro es el orígen de la mayor parte de las desdichas de la gente jóven! ¡cuántos malos sucesos, cuántos accidentes adversos no reconocen otro principio que las malas compañías! Todo es contagioso en ellas. ¡Qué horror, qué aversion no debiera tener un hombre de honor, un hombre de buen juicio á una concurrencia, donde no se encuentra persona á quien no se deba mirar con un sumo desprecio! ¡Qué mal no hacen estas pestes de las casas religiosas cuando se introducen hasta en aquellas comunidades que por sí mismas son el asilo de la virtud! Como los imperfectos y los inobservantes son siempre mas osados, mas desvengonzados, mas insolentes, no omiten diligencia alguna para ganar á aquellas jóvenes almas inocentes, que no se recelan ni temen el lazo que se las pone. Adulaciones, alabanzas, dones, de todo esto se valen para engrosar su perniciosa compañía. ¡Con qué altanería dogmatizan! ¿Qué mofa, qué burla no hacen de la regularidad de los fervorosos, del celo mismo de los superiores, de las menudencias de las Reglas? Las murmuraciones, las detracciones, las calumnias son el lenguaje ordinario de estas sociedades poco observantes y nada religiosas. ¡Y nos pasmarémos de que tantas personas jóvenes se encuentren pervertidas cási antes de haber advertido el lazo!

Divino Salvador mio, inspiradme un tan grande horror á la conversacion de los imperfectos y de los libertinos, que jamás me halle en su compañía.

JACULATORIAS.—Libradme, Señor, de las malas compañías, donde siempre reinan la malicia y la iniquidad. (*Psalm.* CXXXIX).

Señor, hasta aquí me habeis protegido contra la malignidad de las juntas de los libertinos; continuad en hacerme el mismo favor hasta el fin de mi vida. (*Psalm.* LXIII).

PROPÓSITOS.

1 Las malas compañías son la escuela de todos los vicios. No hay un libertino que no enseñe todo lo malo que sabe; no hay uno de los que le escuchan que no salga mas malo de su conversacion. Una junta de demonios no seria tanto de temer; á lo menos se tendria horror á sus máximas y á sus ejemplos, al paso que en las malas compañías de nada se recela. El vicio se aprende riendo, el espíritu se corrompe, por decirlo así, por honor, y el corazon por complacencia. En las malas compañías todo es contagio, todo es veneno: las almas mas inocentes se familiarizan con el vicio. Si hay alguna cosa en el mundo á que se deba tener horror, ¿por ventura es otra que á las malas compañías? Tenlas este horror toda tu vida; inspírale á tus hijos y á tus inferiores; y huye de ellas como de los pecados mas enormes.

2 ¡Cosa extraña! si hay un hombre imperfecto, si en una comunidad hay una persona poco regular, esta es de ordinario con quien los jóvenes especialmente se introducen desde luego; sea porque estos imperfectos tienen mas maña para ganarlos, sea porque su conversacion los sujeta menos, y los divierte mas. Por lo que á tí toca, no hagas amistad ni tengas trato sino con los mas perfectos. Escoge siempre los que son mas regulares y mas santos, y no trates sino lo preciso con los otros.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN SINESIO, mártir, en Roma; el cual ordenado de lector en tiempo del papa san Sixto, habiendo convertido á muchos á Jesucristo, fue acusado ante el emperador Aureliano, y siendo degollado, alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES EPIMACO Y ALEJANDRO, en Alejandría; los cuales en tiempo del emperador Decio, después de haber padecido una larga prision y diversos géneros de tormentos, vista su gran constancia en la fe, fueron sentenciados á ser quemados vivos.

LAS SANTAS MUJERES AMONARIA, vírgen, MERCURIA, DIONISIA Y OTRA AMONARIA, en la misma ciudad; de las cuales la primera en la misma persecucion de Decio, después de vencer tormentos nunca oidos, al golpe de la es-

pada llegó al glorioso fin del martirio. El juez afrentado de verse vencido de una mujer, y temiendo que le sucediese con las otras tres lo mismo que con la primera si ejecutaba en ellas los mismos tormentos, mandó que al punto fuesen degolladas.

Los santos mártires Hermógenes, Donato y otros veinte y dos, en el mismo dia.

Los santos mártires Maxencio, Constancio, Crescencio, Justino y sus compañeros, en Tréveris; los cuales en la persecucion de Diocleciano padecieron por sentencia del presidente Riccio Varo.

LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MÉJICO.

Ninguna de cuantas provincias forman el mundo cristiano puede quejarse de no haber tenido siempre pronta la proteccion de María; antes bien por el contrario en todas estas ha manifestado esta Señora que es verdadera Madre de los pecadores, anticipando las mas veces sus beneficios á las necesidades y á los deseos. España tiene entre todas tan repetidas experiencias de esta verdad, que solamente en su península puede ofrecer ejemplares auténticos y de la mayor excepcion que persuadan al mundo entero de que María no puede mirar á los Cristianos sino con ojos de misericordia. Desde aquel instante en que, segun una antigua tradicion, quiso alentar las penosas fatigas del apostolado, apareciéndose visiblemente á Santiago á las orillas del Ebro, no ha cesado esta Madre amorosísima de repetir sus piedades en las mayores aflicciones. Apenas ha visto que los pueblos que habia tomado bajo de su patrocinio eran oprimidos de la hambre, de la peste ó de la guerra, cuando inmediatamente ha desplegado las alas de su proteccion, acudiendo cual solícita madre al socorro de sus amados hijuelos. No solamente con este fin, sino con el de premiar las virtudes y obsequios particulares que la han hecho algunos siervos suyos, se ha visto á esta Reina amabilísima descender de las moradas celestiales para recrear y premiar á sus devotos con sus favores. Bien auténtica y celebrada es la descension de María santísima en la santa catedral de Toledo para regalar á su siervo san Ildefonso aquella sagrada vestidura fabricada en el cielo, con que el santo Obispo decia misa en los dias mas solemnes y festivos. No contenta la Reina de los Ángeles con proteger á los españoles dentro de su recinto, los siguió con sus favores cuando enardecidos en el celo de la honra de Dios, y propagacion del santo Evangelio, emprendieron las penosas y difíciles empresas del descubrimiento y conquista de un nuevo mundo. Cortés, Pizarro y el portugués Vasco de Gama, en las muchas batallas que dieron á los gentiles experimentaron que

María santísima protegia sus expediciones. El primero con un corto número de soldados conquistó todo el imperio de Méjico, en donde habia soldados aguerridos, que no carecian tampoco de política y astucia militar. Pizarro venció con ciento y cincuenta soldados un ejército de doscientos mil peruanos; y en la India Oriental hizo prodigios no menos asombrosos el valeroso Gama. Pero semejantes prodigios no se deben atribuir á fuerzas é industria humana; pues sin embargo del valor y pericia militar de tan esforzados españoles, hubieran sin duda sido oprimidos de la multitud, si no hubiera sido por la proteccion de María. Vióse á esta Señora repetidas veces caminar delante de las huestes españolas, y cegar con polvo á las de los gentiles, manifestando como un empeño de que se estableciese en aquella region la religion de su Hijo Jesucristo.

En efecto, viéronse cumplidos sus deseos por medio de la famosa conquista de Cortés, que llenó al mundo de admiraciones, y que si no estuviera acreditada con monumentos tan auténticos, en las generaciones futuras se creeria una conquista fabulosa. La religion del Crucificado tomó posesion de aquellos vastos dominios al mismo tiempo que el rey Católico. Al paso que se iban disipando las tinieblas del error, y destruyendo los templos de los ídolos, en los cuales se les ofrecian por víctimas innumerables niños y doncellas, que se degollaban sobre sus aras, haciendo una horrible carnicería capaz de espantar á la misma naturaleza, se iban levantando templos al Dios verdadero, en que se tributaban justísimas adoraciones al Hacedor de todas las cosas, ofreciéndole el sacrificio pacífico y agradable de su unigénito Hijo. Viendo la Reina de los Ángeles desde el alto trono de la gloria la copiosa miés que los obreros evangélicos habian recogido en aquellas regiones, y que de los nuevos alumnos del Evangelio se formaba ya una iglesia respetable, quiso dispensarles las mismas misericordias que á los antiguos españoles, honrándolos y felicitándolos con su presencia. Apenas se contaban diez años después de la conquista, cuando bajando visiblemente la Vírgen María de los cielos, se apareció á un indio sencillo y temeroso de Dios, llamado Juan Diego, en un monte cercano á Méjico, ordenándole que fuése al obispo de esta ciudad, y le intimase de su parte que era su voluntad que en aquel mismo lugar se la edificase un templo en donde fuese venerada de los fieles, y en donde la Señora por su parte les dispensaria siempre sus piedades. Esta aparicion estuvo tan llena de prodigios y de tan singulares circunstancias, que testificadas auténticamente por la tradicion constante de aquellas gentes, y por los es-

critos de los mismos indios, ha merecido una particular atencion á la Silla apostólica. El Pastor universal de la Iglesia, no contento con haber concedido al reino de Méjico que celebrase con festividad particular esta maravillosa aparicion, concedió á toda la Iglesia de España que participase igualmente del mismo consuelo. Esta es la festividad que celebramos en este dia, y cuya historia auténtica, deducida brevemente de la que escribió el bachiller Luis Becerra Tanco, presbítero y cura beneficiado del arzobispado de Méjico, es como se sigue:

Por los años del Señor de 1531, á los diez años y cási cuatro meses del dominio de los españoles en las provincias mejicanas, dia sábado á 9 de diciembre, un indio, llamado Juan Diego, salió del pueblo de Quatitlan para pasar al templo de Santiago á oir la misa que se cantaba á María santísima. Era este indio humilde, sencillo, pobre y de unas costumbres inocentes. Aunque casado, era tal su devocion á la Vírgen María, que dejando el lecho nupcial antes de rayar la aurora, caminaba á pié á tener la consolacion de ver celebrar los divinos misterios que tenia arraigados en su corazon, juntamente con la fe de Jesucristo. Al tiempo de romper el alba llegaba al pié de un pequeño cerro llamado Tepeyacac, que está situado cerca de la laguna mejicana, en cuya cumbre oyó una música suavísima, como si fuera de muchedumbre de canoros pajarillos, que parecian corresponderse los unos á los otros en armoniosos y concertados coros. Sobresaltado de la novedad, levantó los ojos, y vió en lo alto del cerrillo una nube muy blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un arco hermoso de varios colores muy parecido al íris, el cual se formaba de los rayos de la luz que salian del centro de la nube, en donde se percibia una claridad excesiva. Semejante vision era para causar en el sencillo corazon del indio alguna turbacion y espanto; mas no fue así, sino que por el contrario quedó como en un dulce arrobamiento, y con un gozo tan extraordinario en su corazon, que le parecia habérsele juntado dentro de su alma la posesion de infinitos bienes. En medio de este enajenamiento decia el indio entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo, ó á dónde he sido llevado, ó en qué lugar del mundo me hallo? ¿por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites que llamaban nuestros mayores orígen de nuestra carne, jardin de flores ó tierra celestial oculta á los ojos de los hombres?* En medio de esta suspension oyó llamarse por su nombre de una voz sumamente delicada que salia de en medio de la nube. Trepó la cuesta á toda priesa, y vió en medio de la claridad á una hermosísima Señora, muy parecida á la que después fue pintada en su tilma por

ministerio de Ángeles. La Señora despedia de sí tales resplandores, que transformaba todas las cosas del monte, de manera que las piedras y espinos le parecian al indio oro bruñido, topacios, esmeraldas, diamantes y cosas aun mas preciosas.

Habiéndose acercado el indio, la Madre de Dios con semblante apacible le dijo: *Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeñito y delicado, ¿á dónde vas? Voy, noble Dueña y Señora mia,* respondió el indio venturoso, *voy á Méjico y al barrio de Tlatelulco á oir la misa que nos dicen los ministros de Dios y sustitutos suyos.* Oyendo esto la Vírgen santísima, le declaró sus intenciones y el motivo de su aparicion, diciéndole de esta manera: *Sábete, hijo mio muy querido, que yo soy la siempre Vírgen María, Madre de Dios verdadero, autor de la vida, criador de todo, y señor del cielo y de la tierra, el cual está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como madre piadosa y tuya, y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones. Aquí oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad has de ir á la ciudad de Méjico, y presentándote al obispo que allí reside, le dirás que yo te envio, y como gusto de que se me edifique un templo en este lugar. Referirásle cuanto has visto y oido, y ten por cierto que te agradeceré lo que por mí hicieres, ensalzándote y haciéndote famoso. Ya has oido, hijo mio, mi deseo; vete en paz, y pon todo el esfuerzo que pudieres.* Postróse el indio, lleno de respeto y profunda reverencia; y habiendo ofrecido con las mas afectuosas palabras que le dictó su simplicidad hacer exactamente cuanto la Señora le mandaba, se despidió de ella, y tomó el camino de Méjico. Fuése derecho al palacio del obispo, que era á la sazon D. Fr. Juan de Zumarraga. Los familiares del ilustrísimo Prelado hicieron poco caso de él, viéndole tan pobre y de modales tan inocentes; pero vencidos de su constancia en esperar entrada, se la concedieron finalmente. Luego que llegó á presencia del Obispo, se puso de rodillas, y le dió su embajada, diciéndole como le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella mañana, añadiendo á estas palabras todo cuanto habia pasado, y la Señora le habia dicho. El prudente Prelado en una materia tan delicada y expuesta á supersticiones se portó con toda la prudencia que se podia esperar de su virtud y sabiduría. Sin despreciarle ni exasperarle del todo despidió á Juan Diego, encargándole que volviese mas adelante, y que entre tanto

él consideraria mejor aquel negocio. Salió el pobre indio de la presencia del Obispo sumamente desconsolado, no tanto por el poco aprecio que habia visto hacian de su persona, como por ver sin efecto alguno la pretension y deseos de la Señora. Con este desconsuelo la dió parte en el mismo lugar en que la habia visto por la mañana de cuanto le habia pasado con el Obispo, y del desprecio con que le habian mirado. Pero sus palabras traducidas fielmente por el beneficiado Tanco del idioma mejicano primitivo, segun los naturales lo conservaban en sus historias, dicen mejor que cuanto se puede encarecer los sentimientos del indio, su simplicidad y reverencia, y conservan al mismo tiempo la gracia y ternura de una lengua muy semejante á las asiáticas. Juan Diego, pues, habiendo vuelto por la tarde al mismo sitio en que vió y habló á la Vírgen María por la mañana, encontró á la Señora que esperaba la respuesta, y postrándose á sus piés con un profundo respeto, la dijo así: *Niña mia muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar al Obispo hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atencion: mas á lo que yo ví en él, y segun las preguntas que me hizo, colegí que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba, y escudriñarlo muy de raíz. Presumió que el templo que me pides se te labre es ficcion mia ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego que envies para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envias: perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido al decoro que se debe á tu grandeza, no sea que yo haya caido en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.*

Oyó la Señora con suma benignidad la respuesta del indio, y despues de haberle asegurado como tenia millares de Ángeles que ejecutasen sus órdenes si queria servirse de ellos, le mandó que volviese segunda vez, y que diese al Obispo el mismo mensaje. No obstante que Juan Diego hizo sus humildes representaciones á María santísima temeroso de que le sucediese lo que la primera vez, con todo eso prometió obedecer á la Señora, y traerla la respuesta segun se la diese el Obispo. Volvió al palacio de este, domingo dia 10 de diciembre, y aunque en los familiares encontró la misma acogida que la vez primera, el venerable Prelado le trató de muy diferente modo, pues le recibió con una especie de veneracion llena de agasajo y de cariño.

El indio, puesto de rodillas delante del Obispo, le dijo anegado en lágrimas como habia visto segunda vez á la Madre de Dios en el mismo lugar que la primera: que le habia repetido el mismo encargo sobre la edificacion del templo, y principalmente le habia encomendado mucho que le certificase de como era la Madre de Jesucristo y la siempre Vírgen María aquella que le enviaba. El Obispo le hizo muchas preguntas sobre todas las partes que contenia su propuesta, á todas las cuales satisfizo el indio con una sencillez que acreditaba ser verdad todo lo que decia. La última resolucion del Prelado fue que le dijese á la Señora le diese algunas señas por donde pudiesen venir en conocimiento de que era verdad que la Madre de Dios le enviaba. Preguntóle el indio qué señal queria para pedírsela á la Señora; pregunta llena de sinceridad que acabó de convencer al Prelado de que en aquella materia estaba el cielo verdaderamente interesado. Pero temeroso siempre de algun engaño en materia tan importante, llamó á algunos de sus familiares, y hablándoles con cautela, les mandó que siguiesen al indio luego que él lo hubiese despedido, que notasen cuidadosamente cuanto le sucediese, para darle después exacta cuenta. Despidió al indio el Obispo, siguiéronle sus familiares; pero apenas llegó á un puente, que cerca del cerrillo tiene un rio que desagua en la laguna, cuando desapareció Juan, sin que los criados pudiesen volver á verle mas. Registraron con toda diligencia el cerro, y no encontrando rastro de semejante hombre, volvieron á su amo, asegurándole que el indio era un embaucador, y que como á tal debia castigarle si otra vez tenia el atrevimiento de volver á su presencia. Luego que Juan Diego desapareció de la vista de los criados, no por malicia ó artificio suyo, sino porque el cielo habia determinado que en aquel prodigio no hubiese mas testigos que aquel indio sencillo y humilde, se encaminó al sitio en donde le esperaba María santísima. Postróse en presencia suya, refirió cuanto le habia pasado con el Obispo, y como le habia mandado que la pidiese una señal cierta, por la cual se conociese que era la Madre de Dios quien le enviaba, y que era voluntad suya que en aquel cerro se la edificase un templo. María santísima se manifestó muy agradecida, y con palabras muy cariñosas encargó á Juan Diego que volviese al dia siguiente á aquel propio sitio, en donde le daria la señal por la cual fuese creido. Prometió volver al dia siguiente, y se despidió con las señales de mayor humildad y reverencia. No pudo cumplir lo prometido al dia siguiente; porque habiendo caido enfermo un tio suyo, llegó á estar en aquel dia de tanto peligro, que le pidió

á su sobrino Juan Diego fuése al convento de Santiago á buscar un religioso que le administrase los Sacramentos, á cuya justa peticion no pudo negarse. En esto pasó el lunes 11 de diciembre, y en la madrugada del 12 se puso en camino para el referido convento, con ánimo de dar á su tio la consolacion que pedia, trayéndole él en persona un religioso que le administrase los Sacrmaentos.

Al tiempo de romper el alba llegaba puntualmente á la falda del montecillo en donde se le habia aparecido Nuestra Señora. Entonces se acordó de su infidelidad, y de como, habiendo prometido á María santísima volver á tomar la señal, habia faltado á su palabra. Temió alguna áspera reprension si se encontraba con la Señora, y para evitarla tomó otra vereda, juzgando con simplicidad que esta sola diligencia bastaria para que María santísima no le encontrase. Juzgó en su corazon que era diligencia mas precisa la que le ordenaba la caridad de socorrer espiritualmente á su tio, que cumplir un mandamiento de la Madre de Dios, aunque tan lleno de prodigios. Esta persuasion le hizo preferir lo uno á lo otro; pero siempre conservaba en su alma una sencilla determinacion de volver á cumplir á la Vírgen María lo que la habia prometido, luego que hubiese llevado á su tio enfermo las medicinas espirituales de que tanto necesitaba. Entre recelos y temores caminaba el indio, cuando vió á la Madre de Dios bajar de la cumbre del montecillo para salirle al encuentro. Bajaba rodeada de una nube resplandeciente, que despedia de sí mucha luz en la misma forma que la vió la vez primera, y luego que estuvo cerca de Juan Diego, le dijo: *¿A dónde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?* Confuso el indio, temeroso y lleno de turbacion se postró á sus piés sacratísimos, y con palabras dictadas por la misma sencillez, la dijo así: *Niña mia muy amada y Señora mia, Dios te guarde: ¿cómo has amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que está enfermo de peligro un siervo tuyo, y tio mio, de un accidente grave y mortal, y porque se ve muy fatigado, voy de priesa al templo de Tlatelulco en la ciudad á llamar un sacerdote para que venga á confesarle y olearle; y despues de haber hecho esta diligencia volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.* La Reina de los Ángeles admitió su disculpa, y habiéndole certificado de que en aquella misma hora se hallaba ya sano su tio, Juan Diego lo creyó sin el menor recelo: dispúsose para volver otra vez al Obispo, y la

pidió que le diese la señal concertada. *Ordenóle María santísima que subiese á la cumbre del cerro, y que recogiese las rosas que encontrase allí, y recogiéndolas en su capa, las llevase á su presencia, y le diria lo que debia hacer y decir.* No obstante que sabia Juan Diego que por aquellos peñascos no habia flores algunas, ni allí se producia otra cosa que abrojos, obedeció sin replicar, y subiendo á la cumbre del cerrillo, se encontró con un verjel lleno de rosas tan frescas y recientes como pudiera haberlas en la primavera. Cortó cuantas cabian en la capa ó tilma que llevaba sobre sus hombros, y se presentó á María santísima que le esperaba al pié de un árbol. Llegó el indio, y poniéndose de rodillas delante de la Madre de Dios, la mostró las rosas. Entonces la Señora las cogió con sus manos, y volviéndolas á dejar caer en la tilma, le dijo: *Esta es la señal que has de llevar al Obispo, á quien dirás, que por señas de estas rosas haga lo que le ordeno. Ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del Obispo, y díle lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.* Despidióse el indio de María, y muy regocijado se encaminó al palacio del Obispo, con gran confianza de que luego que viese la señal habia de ser creido. Por el camino iba de rato en rato mirando las flores, recreándose con su fragancia y hermosura.

Habiendo llegado al palacio del Obispo, solicitó, como otras veces, hablarle, y fue tambien detenido y desatendido de la misma manera. Mientras esperaba, advirtieron los criados que llevaba en la tilma alguna cosa, y el demasiado cuidado con que procuraba encubrirla despertó en ellos la curiosidad de averiguar qué cosa era. Resistió el indio cuanto pudo; pero forcejeando, advirtieron los criados que eran rosas, y al querer tomarle algunas se encontraron burlados, porque advirtieron que estaban pintadas en la tilma. Dieron cuenta al Obispo; y entrando Juan Diego á su presencia, le dió la embajada de parte de María santísima, diciéndole: *Que aquella era la señal que le habia dado de que era su voluntad que se la edificase un templo.* Al decir esto desplegó la tilma: apareció en ella una hermosísima imágen de María santísima, ni bien se sabe si tejida ó pintada, y de ella cayó una porcion de rosas en el suelo, tan frescas, que tenian todavía el rocío con que habian sido cortadas. Quedó el Obispo atónito á vista de semejantes prodigios; ni bien sabia si admirar las flores en un tiempo el mas crudo de invierno, en que absolutamente eran imposibles, ó la imágen santa pintada y dispuesta de manera, que pare-

cia obra de Ángeles. Un asombro reverente se apoderó de su corazon, y reconociendo que en aquellas cosas obraba el dedo de Dios, y mediaba la virtud divina, veneró la santa imágen, mandó colocarla en su oratorio, y en breve tiempo se divulgó por la ciudad la fama de aquel prodigio. Todo aquel dia permaneció Juan Diego en el palacio del Obispo, haciéndole este muchos agasajos, como á persona á quien consideraba sumamente favorecida de la Reina de los Ángeles. Al dia siguiente fué el mismo Prelado en su compañía para que señalara el sitio en que se le habia aparecido aquella Señora, y en donde habia mandado que se la edificase el templo. Luego que lo señaló Juan Diego manifestó al Obispo el cuidado que tenia por la salud de su tio, á quien habia dejado enfermo de peligro. Pidióle licencia para irse á verle; y el Obispo, que estaba ya enterado de lo que habia pasado en la última aparicion, y como María santísima le habia certificado de que ya estaba sano en aquella hora, envió con el indio á algunos familiares suyos, personas de inteligencia y respeto, para que examinasen y se informasen bien de aquel caso. Lo que resultó de estos fue hallar á Juan Bernardino, que así se llamaba el tio del indio, perfectamente sano, y como si nunca jamás hubiera padecido aquella enfermedad. Hicieron los españoles escrupulosas investigaciones sobre la hora en que habia sentido la mejoría, y hallaron puntualmente que habia sido la misma en que la Madre de Dios lo habia asegurado. Enterado de todo el Obispo, se llevó á los indios á su palacio como á personas dignas de la mayor veneracion por haber intervenido en aquellos prodigios del cielo. Al principio tuvo en su oratorio la milagrosa imágen; pero viendo el innumerable concurso de gentes que venian á venerarla, hizo que se trasladase á la iglesia mayor, en donde permaneció mientras se la edificó una decente capilla. Concluida esta, se trasladó á ella la imágen milagrosa con una procesion solemnísima, y en aquel sitio han recibido los mejicanos tantos favores de la misericordiosa Señora, y los reciben cada dia, que ven perfectamente cumplidas las promesas que hizo la Reina de los Ángeles al venturoso indio Juan Diego.

La Misa es propia de la festividad, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui sub beatissimae Virginis Mariae singulari patrocinio constitutos perpetuis beneficiis nos cumulari voluisti; praesta supplicibus tuis, ut cujus hodie commemoratione laetamur in terris, ejus conspectu perfrua-

Ó Dios, que quisiste que puestos bajo el singular patrocinio de la bienaventurada Vírgen María fuésemos colmados de beneficios perpetuos; concédenos á tus humildes siervos, que ya que en este dia nos alegramos con su

mur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

conmemoracion en la tierra, lleguemos á gozar de su presencia en el cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico.*

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchrae dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctae spei. In me gratia omnis viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis; et haereditas mea super mel et favum. Memoria mea in generationes saeculorum. Qui edunt me, adhuc esurient; et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos: porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen, tendrán todavía hambre, y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

REFLEXIONES.

Al ver los prodigios que ha hecho la divina Omnipotencia para asegurar á los hombres la proteccion y patrocinio de su Madre la Vírgen María, se sorprende cualquier entendimiento criado, y se abisma entre la confusion y el agradecimiento. Solamente el hecho que se refiere en la aparicion de este dia está tan lleno de maravillas, que basta para llevarse tras sí todas nuestras admiraciones. Pero si al mismo tiempo reflexionamos lo que se dice en la Epístola de este dia, que segun la inteligencia de la santa madre Iglesia, se entiende tambien de la Madre de Dios, hallarémos que nuestras admiraciones nacen por la mayor parte de falta de consideracion de la dignidad del cristiano, y de que nuestro Dios es un Dios de piedad infinita. Embriagados con los placeres terrenos, ocupados únicamente con los intereses perecederos, no fijamos la consideracion sino en la carne y sangre. Por esto se nos hace un prodigio y una maravilla el que Dios sea benéfico y misericordioso, y el que su Madre santísima se parezca tan perfectamente á su Hijo. Si el conocer esto pendiese de la adquisicion de algunas ciencias difíciles y enredosas, que necesitasen mu-

chos años de meditacion para su logro, ya pudiéramos tener alguna disculpa; pero la lástima es, que la eterna Sabiduría nos ha hecho la ciencia de la salvacion una ciencia fácil, y nosotros dejamos de percibir sus máximas por falta de atencion y reflexiones. Porque ¿cómo pudiéramos extrañar que la Madre de Dios se apareciese á un indio sencillo y humilde, si considerásemos lo que de la misma Reina de los Ángeles nos dice la Iglesia en la Epístola de este dia? *Yo fructifiqué*, dice, *como la vid, la suavidad de olor, y mis flores son frutos de honor y honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. En mí se encuentra toda gracia de camino y de verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud.*

De estas palabras solas se deducen fácilmente todas las obras benéficas de María por maravillosas que sean. Porque, ¿qué extraño es que se aparezca á Juan Diego, y que le colme de sus favores, siendo madre del amor hermoso, en quien encuentran los hombres la mas benigna acogida? ¿qué extraño es que despreciando á los nobles y poderosos del mundo, quiera aparecerse á un personaje tan oscuro y desconocido, teniendo en sí todas las gracias, siendo el depósito de la virtud y de la vida? Por ventura, ¿serian mas á propósito para recibir los favores inefables de la Reina del cielo aquellos fantasmas del mundo, henchidos de vanidad y de soberbia, que un humilde y sencillo indio, cuya alma estaba llena de fe y de pureza? ¿será digno de admiracion que dé por señal de la veracidad de su aparicion y de su voluntad santa unas flores milagrosas aquella que está rodeada de fragancias y aromas con la vid fructífera, y abunda de las flores de honor y honestidad que en ella son inseparables de los frutos? Consideradas con reflexion estas cosas, resulta que la Madre de Dios no puede obrar de otra manera: que en semejantes apariciones manifiesta bien que es Madre de Dios y nuestra; y que nosotros no conocemos nuestra felicidad, porque no reflexionamos sobre ella. Nos ensoberbecemos y engreimos, ostentando los escudos de armas de nuestros abuelos; y un linaje perecedero, ó una ascendencia, que ya no existe, ocupan nuestras atenciones, y nos hacen creer que por ellas somos algo de provecho en el mundo. Al mismo tiempo nos dice María santísima que es madre nuestra, que nos ama como á hijos, y que tiene en sí un depósito de todas las gracias para favorecernos. Nos insinúa que no podemos tener esperanza, con tal que esté bien fundada, que no cuente con sus misericordias y patrocinio: que en los temores que nos oprimen en esta vida, en que nuestros enemigos nos rodean de continuo para devorarnos, nada puede dar una ver-

dadera tranquilidad á nuestro corazon, sino su piedad maternal, y la confianza en su misericordia. Sin embargo de esto, nosotros apenas nos acordamos de tal Madre sino para faltarla al respeto, ó para ofenderla con una temeraria y sacrílega confianza. Esto consiste en falta de reflexion, en un falso concepto que se forma de la piedad, en una idea equivocada que tenemos de la devocion; en una palabra, en falta de reflexion y conocimiento; y así exclamaba bien el Profeta cuando decia: *La tierra está desolada con desolacion, porque no hay nadie que piense dentro de su corazon y reflexione.* El descubrimiento de esta enfermedad está hecho: se han indicado igualmente las mortíferas causas de donde proviene; por último, se ha señalado la verdadera medicina; en la mano del cristiano está la curacion de la dolencia.

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Lucas.*

In illo tempore: Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda. Et intravit in domum Zacariae, et salutavit Elisabeth. Et factum est, ut audivit salutationem Mariae Elisabeth, exultavit infans in utero ejus: et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth, et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me? Ecce enim ut facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo: et beata quae credidisti, quoniam perficientur ea, quae dicta sunt tibi à Domino. Et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

En aquel tiempo: Levantándose María fué con presura á la montaña á una ciudad de Judá: y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. Y sucedió que luego que Isabel oyó la salutacion de María, saltó el niño en su vientre: é Isabel fue llena del Espíritu Santo, y exclamó en alta voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí que la madre de mi Señor venga á mi casa? Porque mira: apenas la voz de tu salutacion llegó á mis oidos, brincó de gozo dentro de mi vientre el niño; y dichosa tú que has creido, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas por el Señor. Y María dijo: Mi alma ensalza al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi salvador.

MEDITACION.

Sobre la verdadera y sólida devocion que se debe tener con María santísima.

Punto primero.—Considera que en la Madre de Dios tienes el remedio de todos tus males, y el refugio mas seguro en todas tus necesidades; pero que al mismo tiempo que esto es verdadero, debe ser tambien sólida y arreglada á las máximas del Evangelio aquella devocion con que pretendes conseguir los favores de María.

Para conseguir esto has de considerar en la santa Vírgen su dignidad, lo que merece por ella, y á lo que nos excita; y de estas tres cosas resultará una devocion pura y santa, y un obsequio razonable, como deseaba el Apóstol escribiendo á los romanos (cap. XII). Para hacer un justo concepto de lo primero no tienes mas que considerarla como Madre de Dios. Esta dignidad es tan grande por sí misma, que con razon la atribuyen los santos Padres un no sé qué de infinito, en que se abisma el humano entendimiento sin poder llegar á comprender sus prerogativas. Conoce, sí, que el ser María Madre de Dios la da una dignidad y precio superiores á todas las criaturas, que entre todo lo criado nada puede llegar á dar una leve idea de la alteza de su dignidad, y que por ella concebimos justamente en María todo lo que no es Dios, con tal que sea perfeccion y gracia; que es decir, la concebimos grande y perfecta hasta un grado tan sublime, que solo tenga sobre sí á la divinidad. Pero una perfeccion tan grande no la podia sostener María sin un cúmulo prodigioso de virtudes; y así, colmada de gracias en el instante de su Concepcion, estuvo creciendo en gracia y en virtud todo el discurso de su preciosa vida, hasta que fue trasladada á reinar con su Hijo. Madre de Dios y perfectamente santa se presentará María á tu entendimiento como una mediadora y abogada tuya para con su Hijo Jesucristo, en quien puedas depositar todos tus cuidados y todas tus confianzas. Por esta parte será sólida tu devocion, venerando á María como á la criatura mas perfecta, admirándola como llena de todas las gracias, y amándola tiernamente como á tu Madre y tu protectora. Por esta dignidad sublime merece María santísima un culto y veneracion inferior al que se da á Dios, pero superior al que se tributa á los Ángeles y Santos. Este culto particular que se da á la Vírgen se llama hiperdulía; cuyo carácter es fácil de concebir si se considera lo que es culto, y las causas por qué se da. Culto no es otra cosa que un honor concebido en lo íntimo del corazon, y protestado con señales exteriores que se ofrece á algun objeto en testimonio de su excelencia. Esta es la causa principal del culto, y la medida por donde se debe tasar. Segun la excelencia que se halle en el objeto á quien se tributan adoraciones, así debe ser el culto: á Dios, como á ser supremo é infinito, se le debe adorar de un modo superior á todas las criaturas: á María santísima menos que á Dios; y á los Ángeles y Santos menos que á María santísima. Tu devocion á esta Señora será arreglada y perfecta por lo que toca á esta materia, si sabes hacer una discreta separacion de sus gracias y virtudes, de manera que las coloques en lugar superior

á las de todos los bienaventurados; pero que de ninguna manera llegues á confundirlas con la grandeza del Sér supremo, ni á atribuir á María santísima sacrílegamente los dotes que son propios de la divinidad. Supuesto que María santísima es Madre de Dios, y que como tal es nuestra protectora y abogada, se sigue naturalmente la consecuencia de que procuremos imitar sus virtudes. Hé aquí el capítulo principal por donde se constituye la verdadera devocion que debemos tener á María. En vano te cuentas entre sus devotos, si conociendo su grandeza, y venerando sus virtudes, rehusas ó te descuidas en imitarlas. Tu devocion en tal caso será un mero fantasma, cuyas apariencias exteriores serán de piedad; pero su esencia verdadera no será otra cosa que impiedad é indevocion.

Punto segundo. — Considera que en el instante en que te declares por devoto de María, y comiences á poner por obra los afectos de tu corazon, en el mismo instante verás levantarse contra tí una multitud de quejas, en que te verás condenado por supersticioso; pero considera al mismo tiempo que siendo semejantes quejas producciones de la impiedad, no deben inquietar tus proyectos, sino confirmarte mas y mas en la verdadera y sólida devocion de María.

La depravacion humana ha llegado á tal punto de exceso, principalmente en los tristes dias en que vivimos, que no ha dejado piedra ninguna por mover para retraer á los fieles de los caminos de la salvacion. Como los que hacen las veces del comun enemigo, y le sirven de instrumento en sus operaciones, participan de una astucia propiamente diabólica, han conocido muy bien que el camino mas oportuno para lograr sus depravadas intenciones, y retraer á los Cristianos de los ejercicios piadosos, era hacérselos mirar con desconfianza. Para este efecto se han valido de todas las astucias imaginables, y hasta á la misma piedad y sabiduría las han hecho tomar parte, á pesar suyo, en tan criminales intentos. Con una ciencia aparentemente religiosa, pero verdaderamente carnal é impía, se han puesto á escudriñar los actos de devocion que se practican con la Vírgen María. Han llamado en su socorro una piedad severa, rigurosa, inexorable, bien diferente de la que adopta la religion instituida por Jesucristo. Han establecido unas reglas crueles, formadas á su antojo y capricho; y segun ellas han fallado, que á María santísima se la mira por los fieles y se la adora, no como á una criatura muy santa, sino como si fuese la misma divinidad. Que embriagados los fieles con esta preocupacion, no han dudado ni dudan darla nombres

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

magníficos que de ninguna manera la convienen, cuales son: Mediadora nuestra, Reparadora y Corredentora de los hombres. Últimamente, fallan que se la atribuyen privilegios por una autoridad humana, popular y mal entendida, que ni en los Concilios, ni en la tradicion, ni en las Escrituras la atribuye el Espíritu Santo. Así combate la impiedad á la sólida devocion; pero tú, ó cristiano, mantente firme en ella, bien instruido de que el culto que se le da á María santísima no es otro que el que la conviene. Quisieran los incrédulos y desapiadados que no se la tributase ninguno, porque les duele íntimamente el ver que los Cristianos se enfervorizan y conciben grande ternura reverenciando á tan piadosa Madre; pero debiera contenerlos en sus sacrílegas quejas el ver que hasta ahora no ha habido cristiano, ó tan ignorante ó tan supersticioso, que ofreciese á María sacrificios. Por lo demás, el ver á los santos Padres, que considerando la alta dignidad que reside en María por ser Madre de Dios, no hallan voces á propósito con que explicarla, deben calmar todos sus recelos. No dudes llamar á la Vírgen santísima reparadora del género humano, y mediadora entre Dios y los hombres, como la llama san Bernardo, supuesto que no dudas llamarla Madre de Dios, como te lo manda la fe. Desprecia, pues, con ánimo valeroso los injustos clamores de los impíos; reconoce en la Madre de Dios un título justo para atribuirla todos los privilegios, por grandes que sean; y bajo de estos principios consérvala una devocion tierna como á tu protectora, como á tu abogada, y lo que es mas, como á Madre tuya.

Jaculatorias. — Ó Señor, yo soy siervo tuyo, y soy tambien hijo de tu sierva. (*Psalm.* cxv).

Salvad, Señor, al hijo de vuestra sierva: haced conmigo un milagro de vuestra gracia que resulte en mi ventura, para que lo vean los que me aborrecen, y se confundan al ver en Vos tanta misericordia. (*Psalm.* lxxxv).

PROPÓSITOS.

Has visto, ó cristiano, en la historia de la aparicion de María santísima al venturoso indio Juan Diego el amor maternal con que esta Señora ha mirado siempre á los españoles, haciéndose protectora no menos de sus conquistas espirituales que de las temporales, que acrecentaban su poder y gloria. Has visto tambien en las meditaciones que debes pagar á esta Señora los esfuerzos de su amor con una devocion sólida y arreglada á las máximas del Evangelio. De consi-

guiente, nada te resta sino deducir de todo unas saludables consecuencias, que ilustren y aseguren tu fe, y esparzan luz sobre los caminos por donde te apresuras para llegar á la patria celestial. Hay pocas cosas en la Iglesia católica que traigan tanto provecho al cristiano como una verdadera devocion á la Madre de Dios: las repetidas decisiones con que han declarado los Concilios cuanto concernia á la dignidad, santidad y grandeza de esta feliz criatura: el ejemplo mismo de la Iglesia, que no se cansa jamás de dedicarla cultos y festividades, celebrando no solamente sus misterios, sino sus apariciones y particulares beneficios; y últimamente, el ejemplo de todos los Santos y Padres de la Iglesia, que tenian toda su consolacion en la devocion de María, prueban que esta es una práctica saludable de un precio y utilidad cási infinita. Pero para lograr todo el provecho que contiene, te has de fijar en aquellos fundamentos sólidos y verdaderos que te enseña la Religion. Has de considerar la grande excelencia de la Madre de Dios por solo este glorioso título: has de considerar las perfectísimas acciones de toda su vida, con las cuales se hizo acreedora á que toda la beatísima Trinidad se empeñase en dispensarla sus gracias. Y últimamente, has de fijar tu consideracion en sus ejemplos, los cuales, si los llegas á imitar con perfeccion, bastan para asegurarte una felicidad eterna. De todas estas consideraciones resultará una veneracion y un culto racional con que reverenciarás su sagrada persona como sublimada sobre los coros de los Ángeles, y levantada por su Hijo al honroso grado de Reina de los cielos y de la tierra; buscarás con ansia todos los medios y modos de propagar su culto, ya persuadiendo á los fieles su provecho con ejemplos y con razones, y ya desterrando de los menos cautos aquella tibieza criminal que causaron en ellos las quejas de los impíos. Tendrás en su misericordia una confianza saludable, conociendo que la que es Madre de Dios, y padeció juntamente con su hijo Jesucristo tantos y tan penosos trabajos para sacarte del cautiverio de Satanás, ningun otro interés puede tener que el de tu misma salvacion. Últimamente, pondrás todos tus esfuerzos en imitar sus virtudes, sin cuyo preciso requisito todo culto la es desagradable, y no puede menos de mirar con indignacion á los que presumen honrarla de otra manera. Pero, ó gran Dios, ¡cuántos engaños, cuánta preocupacion se ve en los fieles sobre una materia tan interesante y delicada! Se juzga neciamente que consiste la devocion en unas meras exterioridades, y se pretende alucinar á María, y aun al mismo Dios, pensando que han de calificar nuestro corazon y las secretas intenciones de nues-

tras almas por una obra exterior que es efecto de la costumbre. El traer un hábito de una religion, ó alguna de sus particulares insignias; el mandarse sentar por hermano de una cofradía ó hermandad dedicada á la Reina de los Ángeles; el rezarla sin atencion particular, antes bien con una total distraccion, el rosario, el escapulario ó la correa, se tiene vulgarmente por una verdadera devocion á María. Hay muchas personas que llevan tan adelante esta preocupacion, que confiados en ella, no temen vivir una vida escandalosa, alimentando al mismo tiempo la necia esperanza de ser gratos á la Vírgen santísima. Esto es un error, es un engaño, es una temeridad, y aun se pudiera decir, es una pretension sacrílega. Desengáñate, ó cristiano; la Madre de la Justicia eterna, y de la eterna verdad, no se puede complacer ni agradarse sino de una devocion verdadera y sencilla, ni estarán en su gracia jamás los que al tiempo de invocarla no abominan su vida criminal, y se convierten de veras á Dios.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de santa Lucía, vírgen y mártir, en Siracusa en Sicilia; la cual en la persecucion de Diocleciano, por mandato del cónsul Pascasio fue entregada á unos hombres deshonestos para que el populacho hiciese burla de ella; pero no pudo ser llevada ni movida, aunque la tiraban con maromas y con muchas yuntas de bueyes: después de esto venció el tormento de la pez, resina y aceite hirviendo, sin recibir lesion alguna, hasta que por último atravesándole la garganta con una espada consumó el martirio. *(Véase su vida en las de hoy).*

La pasion de los santos mártires Eustracio, Auxencio, Eugenio, Mardario y Orestes, en la Armenia, durante la persecucion de Diocleciano; Eustracio primeramente por el presidente Lisias, después en Sebaste por el presidente Agricolao, junto con Orestes, padeció atroces tormentos, y últimamente metido en un horno ardiendo entregó su espíritu: san Orestes fue puesto sobre un lecho de hierro hecho ascua, en donde durmió en el Señor: los demás estando entre los Arabracos, por mandato del presidente Lisias con varios y muy crueles tormentos alcanzaron la palma del martirio. Sus cuerpos trasladados después á Roma, fueron honoríficamente colocados en la iglesia de san Apolinario.

El martirio de san Antíoco, en la isla del mismo nombre junto á la de Cerdeña, en tiempo del emperador Adriano.

San Autberto, obispo y confesor, en Cambray en Francia. *(Este gran Prelado fue uno de los mas preciosos ornamentos del siglo VII, y de los mas eminentes promovedores de doctrina y de piedad en la Iglesia galicana. El gran rey Dagoberto fué muchas veces en busca del Santo para ser instruido en los medios de asegurar su salvacion eterna. Murió en* 23 *de junio de* 1076. *La*

urna de san Autberto es el tesoro mas rico de la magnífica iglesia y abadía de San Pedro en Cambray. Butler).

San Judoco (ó Jadoc ó Jossé), confesor, en una aldea de Ponthieu. *(Renunciando la corona de Bretaña con que le brindaba su hermano mayor, recibió la tonsura y fué en peregrinacion á Roma. Promovido después á los sagrados órdenes de presbítero, se retiró con un discípulo suyo llamado Vurmaro á un bosque solitario de Ray; luego se pasaron á Runiac, donde el siervo de Dios Jadoc acabó su vida penitencial en el año de 669, y fue honrado con milagros antes y después de su muerte. Su ermitaje llegó á hacerse con el tiempo famoso monasterio, y uno de los que Carlomagno cedió á Alcuino en el año de 792.* Butler).

Santa Otilia, vírgen, en la diócesis de Strasburgo. *(Fue natural de Strasburgo y de una familia ilustre, pero bautizada en Ratisbona por san Erchardo, obispo de aquella silla. Su padre erigió un gran monasterio en Alsacia, en que condujo Otilia por los pasos de la perfeccion á ciento treinta monjas virtuosas, y murió en el año de 772.* Butler).

SANTA LUCÍA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Lucía, tan célebre en toda la Iglesia, y gloria de la Sicilia, era de una de las mas nobles familias de Siracusa, capital entonces de toda la Isla. Pero por mas distinguidos que fuesen sus padres por su nobleza y por sus abundantes bienes de fortuna, ponian su principal gloria en la dicha que tenian de ser cristianos. No tenian mas que una hija llamada Lucía, heredera de sus grandes riquezas; pero sobre todo de su virtud, á la que añadió nuestra Santa la de la pureza y la gloria del martirio. Habia nacido hácia el fin del tercer siglo con particulares inclinaciones á la piedad, y con un amor á Jesucristo y un celo extraordinario por la Religion: se tuvo gran cuidado en cultivar un tan buen natural y unas tan bellas disposiciones. Su modestia, su propension al retiro, su amor á la virginidad dieron bastantemente á conocer á los que la veian de cerca que Jesucristo la habia escogido por su esposa.

Perdió á su padre cuando no tenia todavía sino cinco ó seis años; pero su madre, llamada Eutiquia, se aplicó con mas cuidado durante su viudedad á inspirarla los mas altos sentimientos por la piedad cristiana. Como las calidades corporales de la hija correspondian á las de su corazon y de su espíritu, pues estaba dotada de una rara belleza, á que se añadia el ser rica y discreta, pensó Eutiquia en procurarla con tiempo un establecimiento honroso, cual correspondia á sus prendas y calidades. No la fue difícil encontrarla un partido ventajoso. Entre todos los señores que se presentaron puso su madre los ojos en un jóven bizarro que parecia ser el que la convenia, y que

ciertamente tenia calidades dignas de ella, excepto el ser pagano; pero esta consideracion no detuvo á Eutiquia, sea que creyese que la diversidad de religion no perjudicaria á la fe de Lucía, cuya aprobada virtud tenia bien conocida, sea que esperase que su celo y su virtud podrian fácilmente convertir algun dia al jóven esposo; pero nuestra Santa se hallaba con muy distintos pensamientos.

Abrasada desde su infancia en el amor de su divino Salvador, y encantada de la belleza de este Esposo celestial, le habia consagrado su virginidad; y como habia previsto todo lo que la podia suceder, estaba resuelta á no tener jamás otro esposo que á Jesucristo, aunque hubiese de perder por ello todos sus bienes y la misma vida. Informada del designio de su madre, la suplicó que no se precipitase: la representó que era todavía demasiado jóven para pensar en casarse, que la alargase todo lo posible el gusto que tenia de servirla, de cuidar de su salud y de estar en su compañía. Este discurso embelesó á la madre, y aunque el pretendido esposo instaba á toda hora por concluir un casamiento que le era tan ventajoso, Eutiquia dilató su conclusion por dar gusto á su hija. Entre tanto nuestra Santa no cesaba de suplicar al Señor que impidiese el designio de su madre. Fue oida su oracion, pues molestada su madre de un flujo de sangre que la atormentó por espacio de cuatro años, una enfermedad tan molesta lo suspendió todo; de modo, que mientras Eutiquia estuvo en la cama, no se habló palabra del casamiento.

Como la fama de los milagros que se obraban continuamente en Catania en el sepulcro de santa Águeda se extendió tanto por toda la Isla, que concurrian á él de todas partes, no solo los Cristianos, sino tambien los paganos, á buscar socorro en sus enfermedades; como por otra parte todos los remedios que se habian aplicado á Eutiquia en los cuatro años habian sido inútiles, afligida santa Lucía de ver padecer á su madre tanto tiempo, la propuso que podian ir las dos á Catania, que tenia una gran confianza en que por la intercesion de santa Águeda recobraria la salud. La enferma vino bien en ello, y entrambas hicieron el viaje. Luego que llegaron á Catania se fueron al sitio donde estaba el sepulcro, y se pusieron en oracion. Como estaban muy fatigadas, santa Lucía se quedó dormida, y durante este sueño se la apareció santa Águeda, acompañada de muchos Ángeles; y encarándose con ella, la dijo: «Lucía, querida «hermana, esposa sagrada de nuestro comun Salvador, ¿por qué me «pides lo que por tí misma puedes alcanzar fácilmente? Jesucristo, «tu esposo y mio, te concede gustosamente la salud de tu madre que

«tanto deseas; y como este Señor se ha dignado hacer célebre la ciu-«dad de Catania por honrarme á mí, así tambien quiere que tu nom-«bre haga célebre la ciudad de Siracusa: tu alma le es grata y pre-«ciosa; y en la pureza de tu corazon encuentra una habitacion agra-«dable.» Acabadas de decir estas palabras, desapareció la vision.

Habiendo despertado Lucía, exclamó: Madre mia muy amada, ya estais curada: por la intercesion de su esposa santa Águeda os ha dado Dios la salud; démosle humildemente las gracias. Después de haber mostrado su reconocimiento á Dios y á su santa Protectora, quedaron muy contentas entrambas; pero antes de retirarse del sepulcro, abrazando Lucía á su madre, que estaba penetrada toda de reconocimiento por un beneficio tan señalado, la dijo: Mi querida madre, Dios acaba de haceros un gran favor, y yo me lisonjeo que no me negaréis el que yo os pido por amor de Dios; este es el que no me hableis mas de casamiento: he consagrado mi virginidad á Jesucristo, estimaré lleveis á bien no tenga yo otro esposo que á este Señor. Eutiquia, enternecida y embelesada al mismo tiempo de una resolucion tan generosa, vino en lo que la pedia su hija. No basta, añadió la hija, que consintais en mi matrimonio espiritual, es menester que me deis mi dote para que yo le entregue á mi divino Esposo por las manos de los pobres, á quienes he determinado distribuir todos mis bienes. — Hija mia, respondió Eutiquia, todos los bienes de la familia son tuyos; pero no quieras que pierda yo mis derechos, y que la caridad que quieres ejercitar con los pobres me reduzca á pedir limosna; vengo bien en que dispongas del rico dote que te habia destinado; pero quiero conservar mi caudal durante mi vida, aunque resuelta siempre á dejarlo á los pobres después de mi muerte. — ¿Después de su muerte? replicó la santa hija; ¿qué sacrificio hacemos á Dios en darle lo que no podemos retener? Creedme, madre mia, demos á Dios los bienes que él mismo nos ha dado; y démoselos antes que la muerte se nos los lleve; contemos sobre su bondad y sobre su providencia: el Señor cuidará de nosotras, como nosotras no contemos sino con él. Eutiquia se enterneció al oir este razonamiento de su hija, y tomó la resolucion de distribuir sin detencion todos sus bienes á los pobres, para no poseer en adelante sino á Dios.

Habiendo vuelto á Siracusa empezaron á distribuir entre los pobres todo el dinero que tenian, pasando después á vender todas sus alhajas y joyas para rescatar los cautivos cristianos, y procurar la libertad á los encarcelados. El caballero á quien estaba prometida

Lucía, sabiendo que entrambas vendian sus tierras, fué á estar con el aya de la Santa para informarse de la verdad, y la suplicó le descubriese el misterio. Es verdad, le respondió el aya, que Eutiquia vende todo lo mas precioso que tiene; pero es para comprar una tierra de un valor infinito y de unas rentas inmensas. Esta respuesta que el caballero pagano no comprendió, le satisfizo, creyendo encontrar en ella su propio interés; pero habiendo sabido que todo el dinero que habian sacado de la venta de todos sus bienes se habia empleado en alimentar pobres y en libertar presos, conoció que se jugaba con él; se arrebató de un furioso enojo, se fué despechado á buscar al prefecto de la ciudad, le informó de todo, y le dijo que aquella disipacion de bienes nacia de que Lucía era cristiana. No fue menester mas para hacerla prender. No se puede decir cuál fue el gozo de nuestra Santa cuando se vió en vísperas de ser mártir. Compareció delante del juez con aire de paz, de constancia y de seguridad. Nada omitió el tirano para persuadirla á abandonar su religion; la representó las grandes ventajas que hallaria en el mundo, si consentia en el casamiento que se la habia propuesto; y levantando luego la voz, la dijo: Que era preciso que en aquel mismo dia ofreciera un sacrificio á los dioses. — Yo no conozco otro Dios, respondió la Santa, sino al Dios omnipotente y eterno, criador del cielo y de la tierra, á quien ya he hecho sacrificio de todos mis bienes; ya no me resta mas que hacerle sacrificio de mí misma. Pascasio (este era el nombre del prefecto) al ver la firmeza con que la Santa le respondió, la dijo: Bien veo que no conviene andar á razones contigo; los tormentos harán cesar tu bachillería, y los golpes harán cesar tus palabras. — Los suplicios que se padecen por Jesucristo, replicó la Santa, no pueden hacer callar á sus confesores; pues él mismo nos ha asegurado que cuando estemos ante nuestros jueces, no serémos nosotros los que hablarémos, sino que el Espíritu Santo hablará por nuestra boca. — ¿Juzgas, respondió Pascasio, que el Espíritu Santo está en tí, y que él es quien te sugiere lo que respondes? — Creo, replicó la Santa, que los que tienen una vida pura y casta son templos del Espíritu Santo. — Si es así, respondió el Juez, pronto hallaré yo medio de arrojar de tí ese espíritu, prostituyéndote como á una mujer infame. — Temo poco todas tus violencias, replicó la Santa; el Dios que adoro, y á quien desde mi niñez he consagrado mi virginidad, sabrá muy bien preservarme de tus insultos. Irritado el tirano con estas respuestas, mandó que llevasen esta casta esposa de Jesucristo á un lugar infame para ser abandonada á la brutalidad de

todos los libertinos de la ciudad. Pero ¿qué puede toda la malicia de los hombres y del mismo infierno contra la omnipotencia de Dios? Santa Lucía fue detenida por una mano invisible en el mismo lugar donde estaba, y por mas que se hicieron los mayores esfuerzos para tirarla; hasta emplear en ello muchos pares de bueyes, no fué posible moverla. Los paganos lo atribuyeron á encanto, las gentes cuerdas á milagro. El tirano, lleno de confusion, y reventando de rabia y de despecho, mandó que se encendiese una hoguera al rededor de ella, que la cubriesen de pez y resina, que añadieran toda suerte de materias combustibles, y que se la pegase fuego; pero el mismo que la habia hecho inmóvil, la conservó sana en medio del incendio. Un fuego horrible la rodeó toda, la cubrieron espesas llamas, se creyó quedaria sufocada y consumida en un momento; pero se pasmaron todos cuando disminuyéndose el fuego, vieron á santa Lucía en medio del brasero con la misma serenidad y entereza que si estuviera en un baño fresco, sin que uno solo de sus cabellos hubiese perecido, y sin que el fuego la hubiese tocado á la ropa. Este prodigio causó grande admiracion en los corazones de cuantos estaban presentes; exclamaron todos en voz alta: Gloria al Dios de los Cristianos; solo él merece nuestros cultos. Habiendo acudido Pascasio á los gritos de la gente, y viendo que la Santa cantaba las alabanzas de Dios con los ojos levantados al cielo; y no pudiendo sufrir las maldiciones que vomitaba contra él la muchedumbre, mandó al verdugo la cortase el cuello de una cuchillada. No habiendo muerto la Santa al instante, la cogieron los Cristianos, y la llevaron á una casa inmediata. Estando en este estado, predijo el fin de la persecucion, y la paz que gozaria la Iglesia después de la muerte de Diocleciano; y se dice que antes de espirar tuvo el consuelo de recibir el Viático: después de lo cual, colmada de gracias, de victorias y de merecimientos, dió apaciblemente su espíritu á Dios el dia 13 de diciembre del año 304. Su cuerpo fue enterrado en Siracusa, donde estuvo hasta el siglo VIII en que Faroaldo, duque de Espoleto, habiéndose apoderado de Siracusa, le hizo transportar á Italia á la ciudad de Corsino. Este santo cuerpo permaneció en este lugar cerca de doscientos cincuenta años, esto es, hasta el año 970, en que habiendo pasado á Italia Tierri, obispo de Metz, con el emperador Oton I, su primo, y deseando enriquecer su diócesi con preciosas reliquias de Mártires, se llevó las de santa Lucía. Las puso en su iglesia de Metz, y dos años después las hizo trasladar á la de San Vicente, donde habia hecho edificar una magnífica capilla dedicada á santa Lucía. En 1042, otro obispo

de Metz, llamado tambien Tierri, sacó un brazo de la caja, y se le dió al emperador Enrique III, quien le colocó en el monasterio de Ladembourg, ó Landeberg, en la diócesis de Espira. Cuando Tierri trasladó el cuerpo de la Santa á Metz, se habia ya trasladado la cabeza á Roma. Se han distribuido algunas porciones de estas santas reliquias á otras iglesias, donde se guardan con grande veneracion.

Se tiene á esta preciosa Vírgen por abogada de la vista, y comunmente la pintan con sus ojos en un plato que tiene en sus manos. No se sabe la causa de pintarla así, ni su historia dice se sacase los ojos por librarse de un hombre lascivo que la perseguia. Pero como cada dia se experimentan nuevas gracias que hace el Señor á los que, teniendo mal de ojos, se encomiendan con devocion á santa Lucía, tengámosla todos gran devocion, para que por su intercesion se nos conserve la vista corporal, y mucho mas para que alcancemos la espiritual y eterna. Otros escriben, y con fundamento, que es abogada contra el fuego.

EL BEATO JUAN DE MARINONI, CONFESOR.

El beato Juan de Marinoni, confesor, fue hijo tercero y el menor de una familia noble, originaria de Bérgamo, pero nacido en Venecia en el año de 1490. Desde su infancia fue toda su delicia estar de rodillas al pié de los altares, y oir muchas misas todos los dias que le era permitido. Por lo comun estudiaba ante un Crucifijo, y santificaba sus estudios con frecuentes actos de amor divino. Para pedir á Dios la gracia de no manchar la inocencia y pureza bautismal gastó cuarenta dias en oracion y ayunos rigorosos en honor de la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios. Habiendo abrazado el estado eclesiástico sirvió entre los asistentes de la iglesia de San Pantaleon; y ordenado de presbítero fue hecho capellan, y después prior del hospital de incurables, en cuyo caritativo destino era un ángel consolador de cuantos padecian aquellas aflicciones. De allí fue llamado para que admitiese una canonjía en la célebre iglesia de San Marcos, donde su vida fue la edificacion de sus compañeros, y de toda aquella ciudad. Deseoso de servir á Dios con un desprendimiento mas perfecto de las cosas del mundo, pidió el hábito de clérigo regular, de los llamados Teatinos, é hizo su profesion en el año de 1530 en el dia 29 de mayo, siendo á la sazon de cuarenta de edad, ante sus mismos fundadores san Cayetano y Caraffa, antiguo obispo de Chieti, ó Teate, que habia instituido esta Órden seis años antes. Llamado san Cayetano de Venecia á fundar el convento de San Pablo en Ná-

poles, llevó consigo á nuestro Santo. En esta gran ciudad Marinoni no cesó un punto de predicar la palabra de Dios con admirable sencillez y celo; y electo varias veces Superior, mantuvo siempre en su Órden el verdadero espíritu religioso.

Tanto con sus oraciones, como con sus sacrificios, en que se veia á veces bañado en tiernas lágrimas, y con sus exhortaciones en púlpito y confesonario fue el instrumento de la salvacion de muchas almas pecadoras. Murió de una violenta terciana en Nápoles en 13 de diciembre de 1562. Fue beatificado por bula de Clemente XIII en el de 1762, quien en el de 1764 concedió á su Órden un oficio en honor suyo que habia de celebrarse en aquel dia.

La Misa es en honor de santa Lucía, y la Oracion la que sigue:

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatae Luciae virginis et martyris tuae festivitate gaudemus; ita piae devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oidnos, Dios Salvador nuestro, y haced que el gozo que nos causa la fiesta de santa Lucía, vuestra vírgen y mártir, esté acompañado de sentimientos de una verdadera piedad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiae meae, sed et supportate me: aemulor enim vos Dei aemulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os celo, por celo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

El que se gloría, gloríese en el Señor. No hay virtud sobre la tierra, no hay mérito, se puede tambien añadir, no hay buen espíritu, no hay verdadera probidad, no hay buen juicio fuera del que Dios reconoce por tal. El hombre piensa con poco arreglo; su juicio, por lo comun, lleva á la falsedad y á la mentira. Todas las cosas se juzgan en un tribunal donde los jueces ordinariamente son partes. Los sentidos dan su dictámen, y son atendidos; las pasiones tienen voto decisivo en este tribunal. El humor, el natural, los intereses parti-

culares, el espíritu del mundo todo aboga y defiende la causa del amor propio. Y ¿nos admirarémos que nuestros juicios sean tan falsos; que nuestras ideas sean tan contrarias á las de Dios; que estimemos y alabemos tan frecuentemente lo que Dios reprueba, y por consiguiente lo que es verdaderamente digno de despreciarse? En solo el Señor debemos buscar nuestra gloria, quiero decir, en la perfecta sumision á sus órdenes, y en hacer lo que le agrada. Porque, ó las cosas en que nos gloriamos no se pueden referir á Dios, y entonces la gloria no puede ser sino muy vana; ó nos gloriamos de aquellas ventajas de que no estamos revestidos sino para usar de ellas segun los fines de Dios; y entonces el hombre es muy injusto en apropiárselas á sí mismo. La vanidad de alabarse uno á sí mismo ¿no es una gran flaqueza? ¿Qué piensan los hombres de los que se alaban á sí mismos? ¿esto solo no roba á las acciones mas loables lo que tendrian de mérito por otra parte? á lo menos, ¿esto no empaña la mas hermosa virtud? ¿Por qué ensalzar el poco bien de que somos capaces? ¿á qué fin publicarlo donde creemos que puede atraernos la aprobacion de los hombres? Si Dios nos quiere en puestos donde nos sea necesaria la estimacion de los hombres, él sabe muy bien mostrarles que somos dignos de ella, sin que nosotros la procuremos por nuestra parte. La flaqueza de alabarse uno á sí mismo es mas que pueril; no solamente es señal de poca virtud, sino de una simpleza que disminuye la estimacion que por otra parte se pudiera tener de las bellas prendas de la persona. Esta necia y ridícula vanidad denota un espíritu apocado, cuyas luces son tan limitadas que no pueden descubrir el perjuicio que ocasiona al mismo mérito la flaqueza de alabarse. Y así no hay quienes mas se alaben á sí mismos que los entendimientos muy regulares. Un gran talento, un hombre de un mérito muy sobresaliente, habla poco de sí.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo, pág. 30.*

MEDITACION.

Cuánto aborrece Dios el pecado.

PUNTO PRIMERO. —Considera que no hay mas fuerte antipatía que la que hay entre Dios y el pecado; esta antipatía le es esencial á Dios. La naturaleza de Dios es esencialmente enemiga del pecado, y por consiguiente del pecador. Si el pecado pudiese dejar de ser contrario á Dios, no seria ya pecado; y si Dios pudiese dejar de aborrecer al

pecado, no seria Dios; luego no debo esperar poseer á Dios mientras estuviere poseido del pecado. Así como el pecado no entra en el cielo, porque Dios reina en él, así Dios no entra en una alma donde reina el pecado. Si se tuviese una idea cabal del pecado, el nombre solo de pecado causaria en el alma un horror y un espanto mortal. El pecado es propiamente el solo mal del hombre; la pérdida de los bienes, las desgracias, las enfermedades, los dolores, las persecuciones, la muerte misma no son males sino muy impropiamente, y en cuanto son efectos y consecuencias del pecado: en efecto, que un hombre sea desgraciado, pobre, enfermo, perseguido, y el desecho del género humano; que sea despreciado, calumniado, y aun reducido á la última miseria; si este hombre está en gracia y amistad del Señor, por no ser respetado no deja de ser respetable. Es como un diamante de gran precio cubierto de polvo, que no se conoce, y se lleva entre los piés; la misma muerte, tan terrible al pecador, no espanta á este hombre, ni menos da fin á su mérito. El estado de gracia nos hace agradables á los ojos de Dios, y por él gozamos de los derechos que constituyen el honor y la gloria de hijos suyos. El pecado, por el contrario, obra la suma desdicha del hombre. ¿Qué estado mas triste, mas horroroso y mas digno de lástima que el de un hombre que ha caido de la gracia de su soberano? Cuando una persona ha incurrido en la indignacion del rey, se tiene por muy desgraciada. ¿Qué estado, pues, mas miserable que el de un hombre á quien Dios mira como á su enemigo; de un hombre á quien Dios mira con horror, y que es triste objeto de su furor y de su enojo? Hé aquí lo que produce un solo pecado mortal; arma todas las criaturas contra el pecador. Posea este todas las bellas cualidades, tenga un espíritu excelente, un natural feliz, sea de un nacimiento distinguido, posea todos los tesoros del universo; si Dios le aborrece, es sumamente infeliz; hé aquí cuál es el fruto de una falta grave.

Punto segundo. — Considera como Dios no está ocupado, por decirlo así, en el mundo, sino en destruir el pecado; todo lo que hace fuera de sí, no se encamina sino á esto. Si envia á su Hijo á la tierra, es para desterrar de ella el pecado; si forma la Iglesia, es para exterminar el pecado; si nos da sus gracias, es para armarnos contra el pecado; si nos premia, es por haber vencido al pecado; si nos castiga, es por haber amado al pecado. ¡Ah! esta ocupacion es digna de Dios; ¿por qué, pues, no me ocuparé yo tambien en lo mismo? Todos los dias se me ofrecen mil ocasiones de impedir el que se pe-

que; y ¿por qué no lo hago? Pero ¡ay! mientras que Dios se ocupa en destruir el pecado, me ocupo yo en obrarle y en establecerle. Pero nada es mas á propósito para hacernos conocer el odio que tiene Dios al pecado, que la severidad con que le castiga. Dios castiga el pecado en cualquiera persona que le vea. ¡Con qué rigor le castigó en los Ángeles, que eran las mas excelentes de sus criaturas, sin respetar ni á su excelencia, ni á sus prerogativas, ni á sus brillantes prendas! Un solo pecado de soberbia borra y aniquila todas estas excelencias. ¡Con qué severidad le castigó en el hombre, á quien amaba tan tiernamente, y á quien habia criado á su imágen y semejanza! Un solo pecado de desobediencia le arroja de aquel paraíso de delicias en que habia sido colocado, y le sujeta á este espantoso cúmulo de desdichas y miserias que inundan la tierra. Le castigó, en fin, en su propio Hijo, digno objeto de sus mas dulces complacencias, aunque no tuviese sino la apariencia del pecado. Pongamos los ojos en Jesucristo clavado en la cruz; este retablo de dolores es un efecto del odio que tiene Dios al pecado. Si así trata Dios á su propio Hijo, por solo haberle encontrado cargado de pecados ajenos, ¿cómo tratará á un esclavo cargado de los suyos propios? Basta que Jesucristo, la inocencia misma, quiera pagar por los pecadores, para que Dios no se detenga, ni en la santidad, ni en la majestad, ni en el mérito infinito de este amado Hijo: le ve bajo la apariencia de pecador; no es menester mas para que descargue sobre él todo el peso de su indignacion. Se puede decir de algun modo, que el odio que tiene al pecado puede mas en él que el amor tierno con que ama á su Hijo. ¡Oh, y cómo este solo ejemplo da una justa idea de la enormidad del pecado y de su malicia!

Haced, Señor, que yo le tenga un tan grande horror, que pierda los bienes, la salud y la misma vida antes que incurra en vuestra desgracia por el pecado.

Jaculatorias. — He pecado, ó Salvador de los hombres; pero estoy pronto á hacer y padecer cuanto querais para aplacaros. (*Job*, VII).

Señor, no me castigueis en vuestro furor y en vuestro enojo. (*Psalm.* VI).

PROPÓSITOS.

1 No se sabe lo que es mal cuando se dice que es un gran mal la pobreza, la enfermedad, etc. No hay en esta vida otro mal sino el pecado; pues ninguna cosa sino el pecado puede impedirnos el poseer

el sumo Bien. Ninguna cosa me desvia de mi último fin, ninguna me aparta de mi Dios sino el pecado. ¡Qué horror no debemos tener á este monstruo! Haz que este horror sea muy vivo; ten horror á la sola sombra del pecado; cuando vas á decir ó á hacer alguna cosa, piensa ante todas cosas si hay pecado en ello. Vive con una extrema delicadeza de conciencia, no acabando jamás tu oracion de por la mañana sin protestarle á Dios el horror que tienes al pecado, y pedirle gracia para no cometerle.

2 No te contentes con tener tú este horror vivo y sensible al pecado; procura inspirarle tambien á tu familia. Desde que tus hijos empiecen á tener conocimiento, no dejes de inspirarles frecuentemente este horror al pecado: díles á menudo como la reina D.ª Blanca á san Luis: Hijo mio, aunque es muy grande la ternura con que te amo, antes quisiera verte muerto que en pecado mortal. Haz muchas veces esta oracion, y enséñala á tus hijos: Concededme, Dios de pureza, la gracia de velar con tanto cuidado, y de orar con tan grande eficacia, que el tentador no consiga jamás ventaja alguna sobre mí. Haced que me aleje tanto de todas las ocasiones de pecar, y que conciba tan grande horror á todo lo que puede manchar mi alma, que ninguna cosa sea capaz de hacerme caer jamás en pecado, ni perder vuestra amistad y gracia.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Eron, Arsenio, Isidoro y Dióscoro, niño, en Alejandría; á los tres primeros en la persecucion de Decio atormentó el juez con varios suplicios; y viendo que no desfallecia su constancia, los mandó quemar. Dióscoro fue azotado de muchas maneras; pero quiso Dios que le dejasen libre para consuelo de los fieles.

El triunfo de los santos mártires Druso, Zósimo y Teodoro, en Antioquía.

El triunfo de los santos Justo y Abundio, en el mismo dia; los cuales en tiempo del emperador Numeriano, por mandato del presidente Olibrio fueron echados en una hoguera, y saliendo de ella ilesos, los degollaron. *(Véase su historia en las de hoy).*

La pasion de los santos Nicasio, obispo, Eutropia, vírgen, su hermana, y sus compañeros mártires, en Reims; los cuales murieron á manos de los bárbaros enemigos de la Iglesia. *(Véase la historia de este martirio en las de hoy).*

La gloriosa muerte de san Espiridion, obispo, en la isla de Chipre: fue otro de aquellos confesores á quienes Galerio Maximiano, sacado el ojo derecho y jarretados los nervios de la rodilla izquierda, condenó á las minas; este

Santo estuvo dotado del espíritu de profecía y del don de milagros; y en el concilio de Nicea convenció á un filósofo gentil, que escarnecia de la religion cristiana, y le convirtió á Jesucristo *(Véase su historia en las de hoy)*.

San Viator, obispo y confesor, en Bérgamo.

San Pompeyo, obispo, en Pavía.

San Agnelo, abad, en Nápoles en Campaña, esclarecido con la gracia de los milagros; viéronle muchas veces con el estandarte de la cruz libertar la ciudad cercada de los ejércitos enemigos.

San Juan de la Cruz, confesor, en Úbeda en España, compañero de santa Teresa en la reforma de los Carmelitas: su festividad se celebra el dia 24 de noviembre. *(Véase su vida en aquel dia)*.

San Matroniano, ermitaño, en Milan. *(Corresponde este Santo á los primeros siglos de la Iglesia)*.

SAN NICASIO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Nicasio, reputado universalmente por una de las principales lumbreras de la Iglesia, de quien quiso Dios servirse para ilustrar á las Galias, floreció en los infelices tiempos que varios enemigos de la religion de Jesucristo arrasaban á sangre y fuego los mas antiguos y cuantiosos pueblos de las provincias del Occidente donde emprendió su barbarie. Aunque no convienen los escritores de las actas de este ilustre Mártir de Jesucristo en el tiempo fijo de su promocion al obispado de Reims, la opinion mas verosímil le sostiene á fines del siglo IV y principios del V, cuando los vándalos, los suevos y los alanos, después de haber derrotado á los francos, que guardaban los límites del Rhin bajo la dominacion de los romanos, se arrojaron cruelmente sobre las Galias, tomaron y quemaron á las ciudades de Mayence, de Wormes, Amiens, Arras y otros muchos pueblos.

En esta desgraciadísima época, colocado en la cátedra de Reims san Nicasio, brillaba como luminosa antorcha sobre el candelero de la Iglesia por la justificacion de su conducta, por el ardor de su celo, y por los muchos milagros con que Dios recomendaba su santidad, preparado de su parte á cuanto podia sobrevenir de aquellas implacables gentes. Habia prevenido á su pueblo con sus frecuentes predicaciones, con sus paternales exhortaciones y con saludables consejos á que procurasen por medio de su conversion sincera á Dios y fructuosa penitencia evitar el castigo con que les amenazaba la divina justicia, justamente irritada por sus ofensas. Pero como habia en aquella multitud de fieles varios espíritus altivos y rebeldes que rehusaban prestar oidos á la esforzada voz de su santo Pastor; penetrado este del mas vivo dolor por su extraña resistencia, trató de poner en movimiento todos los arbitrios que le dictó su pastoral vigi-

lancia, y de valerse de cuantos medios discurrió oportunos para dar mas fuerza á sus instrucciones. Gemia el Santo en la presencia de Dios, y procuraba aplacar su justa cólera con rigorosas penitencias: pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo, y no perdonaba ayunos, mortificaciones, ni vigilias, para que el Señor abriese los ojos de aquel ciego rebaño, por cuya salvacion estaba pronto á sacrificar su vida. Pero como supo, ó por revelacion divina, ó por unas prudentes conjeturas, que se acercaba el estrago de su pueblo, y que era inevitable su ruina, mediante la precipitada marcha de los bárbaros hácia la Galia Bélgica, persuadió á su rebaño la necesidad en que se hallaba de disponerse á recibir con toda humillacion y sumision á la mano de Dios, y con espíritu de verdadera penitencia, el azote severísimo con que el Señor iba muy presto á vengarse de sus delitos por el ministerio de sus enemigos.

Sucedió así con efecto segun lo profetizó el Santo; y cuando los vándalos se presentaron delante de la ciudad para formar el sitio, Nicasio, en lugar de aprovecharse de una fácil retirada como se lo aconsejaban, quiso permanecer con la parte de su rebaño que no podia huir, y con los que estaban destinados á la defensa del pueblo, á fin de trabajar á lo menos en la salvacion de las almas que no podian librarse de la muerte, siempre dispuesto como buen pastor á rescatar la vida de la menor oveja á precio de la suya. Durante todo el tiempo del sitio, que el vigor de los sitiados hizo mas lugar al santo Obispo, expuesto á todos los peligros como un simple soldado, no cesó de predicar la penitencia y la perfecta sumision á las disposiciones de Dios, exhortando á todos á sufrir sin alteracion ni impaciencia los efectos de la adorable providencia que los tenia reducidos á aquella penosa situacion, aprovechándose de las penalidades que padecian para la expiacion de sus culpas; y en fin, á preferir generosamente la muerte á una vida que no podia conservarse sin detrimento de la religion cristiana que profesaban; haciéndoles la misma exhortacion su hermana Eutropia, puestas las manos y los ojos en el cielo, excitando á la plebe llena de fervor á que lograse la corona del martirio en ocasion tan oportuna por defensa de la fe.

Luego que la ciudad se rindió, y que los bárbaros, irritados de la valerosa resistencia que se les habia hecho, se negaron á toda compasion, el santo Obispo salió de la iglesia, acompañado de su hermana y algunas otras personas que se refugiaron con él á implorar la misericordia de Dios en aquel conflicto; y puesto en el atrio del templo, indicando con la mano silencio á las tropas, lleno de aquel

celo santo y de aquella generosa valentía que constituye el carácter de los varones apostólicos, les habló en estos términos: *¿Por qué convertís en ira vuestras victorias contra las leyes de la humanidad, que dictan á los nobles triunfadores perdonar á los rendidos, y solo castigar á los rebeldes? Mirad este pueblo cristiano postrado á vuestra presencia esperando la remision de su delito. Cesad en la inhumanidad, arrepentíos de vuestras crueldades, reconoced al verdadero Dios, que solo os permite para correccion de los fieles sus hijos: temed su ira, no sea que se convierta en dispendio de vuestra eterna condenacion. Pero si no quereis perdonar á mis ovejas, ofrecedme á mí primero en sacrificio por ellas á la Majestad suprema.*

Cuando un discurso tan conciso como nervioso parece que debiera contener el furor de los invasores; como ellos no tenian ideas de humanidad, ni respetaban el carácter de las personas mas santas, se arrojaron cruelmente sobre el venerable Prelado, y después de una multitud de ultrajes, le cortaron la cabeza, repitiendo el Santo al tiempo del sacrílego atentado aquellas expresiones del real Profeta: *Vivificame, Señor, segun tu palabra.* Aparentaron los bárbaros querer perdonar á santa Eutropia, hermana de Nicasio, vírgen consagrada á Dios en este estado; pero persuadiéndose la Santa que la reservarian para violar su honor, y aun la fe, les hizo entender en un tono majestuoso, que ella estaba resuelta á sacrificar su vida para salvar cualesquiera de los dos extremos; é irritados los bárbaros de su ardimiento, le dieron muerte con la inhumanidad de su costumbre, haciéndola participante, contra su perversa intencion, del mismo glorioso triunfo que su santo hermano.

No tardó el cielo en tomar venganza del sacrílego atentado. Apenas lo ejecutaron, experimentaron los bárbaros una derrota terrible por medio de los Ángeles que envió el Señor para castigo de su insolente atrevimiento; y oyeron en la iglesia un sonido formidable y espantoso, de lo que, aterrados los invasores, huyeron con precipitacion á los montes, sin atreverse después á volver á la ciudad; con cuyo motivo los pocos ciudadanos fugitivos que se ocultaron en diferentes partes, habiendo observado la repeticion de luces celestiales, luego que entendieron la fuga de los enemigos, concurrieron al pueblo, y dieron sepultura á los venerablos cuerpos de san Nicasio y santa Eutropia en el cementerio de la iglesia de San Agrícola, donde Dios hizo conocer la santidad y la gloria del santo Obispo por medio de los muchos prodigios que obró por su intercesion. En el siglo VIII ó IX un obispo de Noyon, que lo era tambien de Tournay, elevó una

porcion considerable de las reliquias de san Nicasio, y las colocó en las iglesias de ambas ciudades; y el resto fue transportado después por Foulques, arzobispo de Reims, á la iglesia de Nuestra Señora. Pero habiéndose prendido fuego á la catedral de Tournay, un sacerdote salvó la reliquia del Santo, y la llevó á Reims, donde colocada con las demás, se le tributa el culto y veneracion correspondiente.

SAN JUSTO Y ABUNDIO, MÁRTIRES.

Entre los muchos Mártires de Jesucristo que testificaron con su sangre las infalibles verdades de nuestra santa fe en España, varios escritores nacionales cuentan á san Justo y Abundio, ambos dignos de memoria eterna por los gloriosos triunfos que consiguieron de los gentiles. Sucedió en el imperio romano, por muerte del emperador Probo, Marco Aurelio Caro, quien tomó por compañeros en el gobierno á sus dos hijos Carino y Numeriano, y aunque los dos primeros fueron algo favorables á los Cristianos, no así Numeriano que los persiguió cruelísimamente. Envió este á España por gobernador de la provincia de la Bética ó Andalucía á Olibrio, uno de los mas ciegos partidarios de las supersticiones paganas; y queriendo acreditarlo así, hizo padecer en las ciudades de su departamento á muchos cristianos inocentes, no por otra causa que la de resistirse con heróica fortaleza á ofrecer sacrificio á los ídolos. Supo este tirano que en Baeza se distinguia Justo entre los fieles por el celo que manifestaba en la defensa de la religion de Jesucristo; y como sus deseos no eran otros que los de castigar severamente á semejantes profesores, hizo que compareciese á su tribunal, en el que reprendió sus procedimientos contra lo mandado por los príncipes del mundo. Sufrió Justo un dilatado interrogatorio en órden á su religion; pero solicitando Olibrio obligarle á que prestase adoracion á los dioses romanos, le hizo entender que estaba pronto á perder la vida una y mil veces si posible fuera, antes que cometer la sacrílega impiedad á que queria precisarle. Ofendido el tirano de una respuesta que no le daba esperanza de poder reducirlo, mandó atormentarlo en ciertas ruedas con que los gentiles despedazaban los cuerpos de los Mártires de Jesucristo. Mantúvose el ilustre Confesor en medio de aquel bárbaro tormento con una tranquilidad inalterable, cantando himnos de divinas alabanzas; y queriendo el Señor ostentar su infinito poder para confusion de los paganos, hizo que se deshiciese aquella máquina horrible, quedando su fidelísimo siervo sin el menor daño.

Parece que Olibrio debiera abrir los ojos á vista de aquel extraor-

dinario prodigio; pero creyendo que perdia toda su reputacion, si no triunfaba de un hombre que despreciaba á sus dioses, mandó que lo echasen en un horno encendido. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor puntualidad; mas repitiendo el Señor la misma maravilla que obró en el horno de Babilonia con los tres ilustres jóvenes Ananías, Azarías y Misael arrojados al fuego por Nabuco, se conservó ileso entre las llamas, bendiciendo á Dios con festivos cánticos.

Hallábase presente á aquel espectáculo cierto cristiano llamado Abundio, y encendido en vivísimos deseos de ser participante de la dicha de Justo, comenzó á declamar contra los procedimientos del tirano en términos, que enfurecido Olibrio como un bravo leon, le amenazó con los mas fieros tormentos si no sacrificaba á los ídolos. Despreció Abundio con generosidad la conminacion, y revestido de aquella fortaleza que es propia de los héroes del cristianismo, le hizo entender el enorme error en que vivian los gentiles, ofreciendo sus sacrificios á los demonios bajo el velo de quiméricas deidades representadas en unas vanas estatuas, manifestándole al mismo tiempo la razon y la justicia que habia para que todos los hombres tributasen sus cultos al Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra. No pudo contener Olibrio la indignacion dentro del pecho al oir las expresiones de Abundio, y encendido en una rabiosa cólera mandó que le arrojasen al horno donde estaba Justo. Ejecutóse así sin la menor dilacion; pero como Dios queria manifestar á los paganos el cuidado especial que tenia de sus ilustres Confesores, dispuso que el incendio no tocase ni aun á sus vestidos.

Últimamente apurado todo el sufrimiento de Olibrio viendo que con tantas maravillas se confirmaba mas y mas la verdad de la religion de Jesucristo, al paso que se desacreditaba el ningun poder de sus mentidas deidades, los sentenció á degüello. Llevaron los paganos á Justo y Abundio al lugar del suplicio, y presentando ambos con igual valor y con igual alegría los cuellos al verdugo, lograron la deseada corona del martirio en el dia 14 de diciembre por los años 283. No se olvidó la Iglesia de España del glorioso triunfo de los dos ilustres Mártires, cuya memoria se celebró en tiempo de los godos, como se acredita por el oficio y elegante himno que consta en el Breviario Mozárabe segun el órden del Padre san Isidoro.

SAN ESPIRIDION, OBISPO.

San Espiridion, uno de los mas ilustres Confesores de Jesucristo, célebre en toda la Iglesia por su santidad y por sus milagros, nació

en la isla de Chipre á mitad del tercer siglo. Su familia era cristiana, y se distinguia por la hospitalidad que ejercitaba con los siervos de Dios. Nuestro Santo pasó sus primeros años en el monte guardando el ganado de su padre, y esta soledad no sirvió poco para criarle y arraigarle en la inocencia. El Señor, que gusta derramar abundantemente sus gracias en las almas puras, le dió desde niño un gusto particular á la virtud. Espiridion gustaba de Dios; la soledad tenia muchos atractivos para él; y hubiera pasado su vida en este inocente y humilde retiro, si sus padres no le hubieran obligado á casarse. Aunque tenia repugnancia á abrazar este estado, obedeció, resuelto siempre á vivir una vida pura y cristiana en el matrimonio. Este nuevo estado no desconcertó la regularidad de sus costumbres, ni su conducta. Quiso continuar su ejercicio de pastor, el que apartándole del comercio de los hombres, le daba mas libertad para conversar con Dios, y no perderle jamás de vista. Su soledad le hacia cada dia mas interior, y el Espíritu Santo que le instruia, le hacia admirar todos los dias las maravillas y las perfecciones del Criador en todas sus criaturas.

Por mas oscuro que fuese el empleo y la habitacion de Espiridion en los bosques, el resplandor de su alta virtud no dejaba de hacerse admirar en los poblados. No se hablaba en toda la isla sino de la santidad de este admirable pastor; cuando Maximino, apellidado Daca ó Danés, habiendo sido creado César con Severo el año 304, y habiéndole cabido en la particion el Oriente, comenzó á ejercer contra los Cristianos crueldades nunca oidas. La reputacion de Espiridion estaba demasiado extendida por todo el país para no ser delatado á los ministros de Maximino, como uno de los mas célebres cristianos que habia en la isla de Chipre. En efecto, fue preso y condenado á las minas después de haberle sacado el ojo derecho, y desjarretado el nervio de la corva izquierda. El santo Confesor, saltando de gozo por haber sido encontrado digno de padecer por Jesucristo, fué al ludar de su destierro, y trabajó en las minas hasta la muerte del tirano, que sucedió hácia el año 313. Habiendo cesado la persecucion por la muerte de Maximino, volvió san Espiridion á la isla de Chipre, y gozó de la paz que dió á la Iglesia el reinado del gran Constantino.

Como el amor á su querida soledad se habia hecho mas vivo y mas ardiente después de su gloriosa confesion de la fe, volvió san Espiridion á su primer ejercicio de pastor y á la oscuridad de su primer retiro. Pero no tardó Dios en manifestar con prodigios la eminente santidad de su siervo. Cuenta Sozomeno, que habiendo entrado una

noche en su cabaña unos ladrones, se sintieron detenidos por una mano invisible, y como presos con cordeles que no los dejaban escapar. Habiendo ido por la mañana san Espiridion, segun costumbre, á apacentar su ganado, los encontró todavía suspensos é inmobles; y ellos, avergonzados de verse cogidos en esta postura, le confesaron su mala intencion. El Santo se compadeció de ellos, se puso en oracion, y habiendo conseguido desatarlos, les dió un carnero, añadiendo con gracejo, que queria pagarles la pena que habian tenido en guardar su ganado durante la noche: al despedirlos les dijo que hubieran hecho mejor si le hubieran pedido lo que necesitaban, que en tomarlo por su mano; y después de haberles hecho una reconvencion llena de dulzura y caridad sobre la vida que traian, los dejó que se fueran en paz.

Nuestro Santo crecia todos los dias en virtud, y su virtud se hacia admirar cada dia mas: cuando mientras él se ocupaba en apacentar las ovejas, le escogió Dios como á otro Moisés para conductor de su pueblo. Habiendo muerto el obispo de Tremitunte en la isla de Chipre, el clero y el pueblo clamaron, sin duda por inspiracion, que querian todos por obispo á Espiridion. Estaba viudo habia muchos años, y su vida hubiera podido servir de modelo á los mas santos religiosos y á los mas perfectos anacoretas. Una eleccion, que tenia tantas señales de ser de Dios, no halló oposicion sino de parte del Santo. Representó su poca capacidad, su simplicidad y su poca habilidad para encargarse del cuidado de una iglesia. Todo se despreció, y después de haber recibido todos los sagrados órdenes, fue consagrado obispo con universal aplauso. Su conducta, llena de prudencia y de piedad, justificó bien pronto una tan santa eleccion. Aunque la sencillez parecia ser el carácter particular de todas sus acciones, era una sencillez acompañada siempre de prudencia, una sencillez que le hacia familiar la comunicacion con Dios, y que le hacia caminar con seguridad: aunque no tenia letras, ni parecia haber estudiado las ciencias humanas, no dejaba de estar muy instruido en las santas Escrituras; y parecia haber sido instruido por el Espíritu Santo, segun poseia la ciencia de la Religion, y segun la exactitud con que observaba y hacia observar las tradiciones eclesiásticas.

Hallándose un dia en una junta de los obispos de Chipre, uno de ellos, llamado Trifilo, obispo de Ledres, hombre elocuente y de gran literatura, fue encargado de predicar al pueblo en la misa: teniendo que citar el pasaje del Evangelio en que Jesucristo dijo al paralítico que se levantara y cogiera su lecho, se sirvió de otra expresion griega

como mas noble. San Espiridion no pudo sufrir aquella falsa delicadeza, y levantándose, con una especie de indignacion, representó al predicador con humildad que él no era mas hábil que aquel que habia dicho *tolle grabatum*, para que quisiera usar en lugar de *grabatum* de la palabra *lectum*. Se aplaudió su celo, y conocieron todos el respeto con que se deben mirar todas las palabras de la sagrada Escritura.

Jamás se vió mas dulzura, mas caridad, mas celo en un pastor: todo el mundo le respetaba como á un varon de Dios, todos le miraban como á su padre. No hubo pobre en toda su diócesi, que por decirlo así, no fuese mas rico que él, pues todo lo que tenia lo daba á los pobres. Habia tenido de su matrimonio una hija, llamada Irene, que habia consagrado á Dios su virginidad; la cual vivia con él, y le servia, haciendo profesion de una virtud muy ejemplar. Habiendo muerto esta hija antes que él, una particular vino á pedirle un depósito que habia entregado á su hija sin noticia del padre. Habiendo buscado san Espiridion por toda la casa el depósito, y no habiéndole encontrado, se fué con el dueño al sepulcro de su hija; y en presencia de mucha gente que le habia acompañado, la llamó por su nombre, y la preguntó ¿dónde habia puesto el depósito que le pedia aquella mujer? Y diciendo la difunta, en voz inteligible á todos, el lugar donde le habia puesto, el Santo dijo: *Descansa en paz, hija mia, hasta que el Señor te resucite.*

Los milagros acompañaban todas sus acciones, y se multiplicaban á cada paso. Saliendo un dia de su casa para ir á la iglesia, se le puso delante una mujer jóven, extranjera, que llevaba un hijo muerto entre sus brazos; y ya sea que el dolor la impidiese explicarse, sea que ignorase la lengua del país, no hizo otra cosa que poner su hijo á los piés del Santo, no hablando sino con gemidos, sollozos y lágrimas. El santo Obispo conoció fácilmente lo que esta mujer desconsolada queria; y movido á compasion suplicó á Dios consolase á aquella mujer, y al mismo instante resucitó el niño, lo que causó en la madre un gozo tan excesivo, que murió allí mismo, y fue necesario que el Santo hiciese otro milagro para dar la madre al hijo, así como habia dado antes el hijo á la madre.

Hacia siempre á pié la visita de su diócesi, sin tren, sin fausto, sin equipaje: su pobreza y su sencillez en nada derogaban á su carácter; su santidad le hacia en todas partes mas respetable; y en efecto, no se veia obispo mas respetado, confirmando Dios todos los dias con nuevos milagros la veneracion que le tenian. Habiendo sido calumniado un amigo suyo, que estaba ya para ser condenado al úl-

timo suplicio, en este conflicto escribió al Santo rogándole que viniera á verle: el Santo tomó al punto su camino; pero hallándose detenido por un arroyo, hizo la señal de la cruz sobre las aguas, las que habiéndose separado, le dejaron libre el paso, y quedaron detenidas hasta que hubo llegado á la otra ribera.

Habiendo sido convocado en su tiempo el primer concilio general de Nicea, asistió á él nuestro santo Obispo, y aumentó el número de tantos ilustres Confesores como hacian la mayor parte de este concilio. Una junta de tan sabios y tan santos prelados atrajo muchas gentes; y sobre todo muchos sofistas y filósofos paganos, muy versados en la dialéctica, los que pidieron los dejasen conferenciar con los obispos, esperando embrollarlos con sus sutilezas, y vengar con esta pretendida victoria el daño que la religion cristiana habia hecho al paganismo. Uno de los mas osados y mas hábiles de estos filósofos se presentó, y dió desde luego pruebas de su suficiencia. Aunque entre los obispos se encontraban muchos hombres sabios, y ejercitados tambien en el arte de la disputa, ninguno pudo llegar á convencerle y cerrar la boca á este sofista insolente, el que por su artificiosa locuacidad y por sus sofismas eludia las mas fuertes razones, y con tono y ademan de triunfo parecia insultar á los obispos. No pudiendo sufrir san Espiridion la arrogancia del filósofo pagano, que se burlaba de los defensores de la verdad con fausto y altanería, se levanta de su silla, y pide á los prelados de la asamblea que le dén permiso para hablar. Por mas alta que fuese la idea que se tenia de su piedad, como no era tenido por sabio, su peticion hizo reir á muchos; los mas sabios llegaron á avergonzarse, pareciéndoles que la simplicidad del buen viejo habia de dar á los enemigos de la Religion alguna ventaja sobre los Cristianos: sin embargo, el respeto que se tenia á su edad y á su santidad hizo que nadie se atreviera á embarazarle el que hablase. El filósofo, fiero como otro Goliat, le recibió como á un niño que aun no sabe articular las palabras. Habiéndose el Santo acercado á él, le dijo con un tono grave y majestuoso: «Oye, filósofo, «en el nombre de Jesucristo, y aprende la verdad: No hay mas que «un Dios, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles «é invisibles; que lo ha hecho todo por la virtud de su Verbo, y que lo «ha afirmado todo por la santidad de su Espíritu. Este Verbo, á quien «nosotros llamamos el Hijo de Dios, tuvo compasion de los desbarros y «miserias de los hombres, y quiso encarnar y nacer de una Vírgen, «conversar entre los hombres, como uno de ellos, morir por ellos, «resucitar para abrirles y allanarles el camino de una vida eterna.

«Al fin de los tiempos vendrá á juzgar á todos los hombres para pre-«miarlos ó castigarlos, segun el bien ó el mal que hubiesen hecho. «Hé aquí, filósofo, lo que nosotros creemos sin curiosidad y sin os-«tentacion. Ahora, pues, sin atormentarte inútilmente en buscar ra-«zones contra lo que acabo de decirte, ni examinar lo que ni tú ni «yo somos capaces de comprender, respóndeme solamente si lo crees; «esto es solamente lo que te pido.» El filósofo, que le habia estado escuchando atentamente y con respeto todo el tiempo que habia hablado, dijo en voz alta que lo creia; y no pudo responder otra cosa. «Si crees estas verdades, replicó el santo Obispo, ven conmigo á la «iglesia, y recibe la señal y el sello de esta fe.» Como se habia levantado un gran ruido en toda la sala, que estaba llena de una tropa innumerable de gentes, excitado por el pasmo de los unos, y por la admiracion de los otros, el filósofo que se habia puesto en ademan de seguirle, volviéndose hácia la gente, exclamó: «Oidme, los que «haceis profesion de sabios: mientras que se ha disputado conmigo con «palabras, he respondido con palabras, y he empleado el arte del «raciocinio para refutar los raciocinios que se han empleado contra «mí; mas cuando á las palabras se ha hecho suceder una fuerza en-«teramente divina, las palabras humanas no han podido sostener esta «fuerza, y el hombre no ha podido resistir á Dios. Sentid vosotros «esta virtud sobrenatural, y os rendiréis fácilmente á la verdad, cree-«réis en Jesucristo como yo creo, y seguiréis como yo á este santo «Obispo por quien Dios ha hablado.» Este filósofo, á quien algunos llaman Eusebio, después de haber dado mil gracias al Santo por haberle convencido y convertido, se fué tras él, y recibió el Bautismo el mismo dia.

Un suceso tan maravilloso dió un nuevo lustre á la virtud de nuestro Santo, é hizo célebre su nombre en todo el imperio. San Espiridion asistió aun muchos años después al concilio de Sárdica, donde la fe de Nicea fue confirmada, y absuelto san Atanasio. Habiendo caido enfermo el emperador Constancio, que habia sucedido al gran Constantino su padre, y estando desahuciado de los médicos, recurrió al valimiento que tenia nuestro Santo con Dios, y le hizo venir á Antioquía á pesar de su avanzada edad. Habiéndose presentado á la puerta de palacio con un equipaje muy pobre, fue despedido con desprecio, y aun se dice le dieron una bofetada, y que habiendo presentado el otro carrillo, este acto de humildad del venerable viejo dió tal golpe al guardia, que le hizo arrepentir, y pedirle perdon de su arrebato. Habiendo entrado, oró á Dios por la salud del Empe-

rador, el cual sanó milagrosamente, lo que aumentó la veneracion al Santo en la ciudad y en el palacio.

San Espiridion se volvió á su iglesia, donde tuvo revelacion del dia de su muerte; pero no tuvo mucho que hacer para disponerse á tener una muerte santa y preciosa, pues su larga vida no habia sido otra cosa que una continua preparacion para la muerte. Murió, en fin, lleno de dias y de merecimientos, el 12 de diciembre segun el Menologio de los griegos, que celebran todavía su fiesta con gran solemnidad, y la ponen entre las de primera clase y de primera obligacion.

La Misa es en honor de san Nicasio, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Nicatii, martyris tui atque pontificis, annua solemnitate laetificas: concede propitius; ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice san Nicasio: concédenos benigno que merezcamos la proteccion de aquel, cuya memoria celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quae operatur tolerantiam earumdem passionum quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Bendito sea el Dios de todo consuelo. ¡Oh, y cuánta verdad es que solo Dios es el Dios de todo consuelo! Inútilmente se procura engañar, divertir y alegrar el corazon con todo lo que le gusta: *Inquietum est cor meum, donec requiescat in te.* Siempre está acompañada de amargura la mas exquisita alegría en no teniendo á Dios por principio: solo Dios puede saciar y sosegar nuestro corazon: de todos tiempos y de todos climas son fruto los cuidados y las inquietudes: llorando nacimos, y llorando morirémos. Sembrado está de espinas el espacio que hay entre la cuna y la sepultura. Todos los frutos que lleva la tierra son verdes y amargos: solo pueden saber bien á los que tienen estragado el paladar. Dios es únicamente el Dios de todo consuelo, y así no hay que buscarle en otra parte, pues no hay verdadera dulzura que no se derive de este manantial. Fue el hombre criado para Dios; este es nuestro único fin, y toda nuestra felicidad. Aquel Señor que á cada criatura señaló su fin y el centro de su reposo, no es verosímil que solo al hombre le negase esta prerogativa, especialmente habiéndole él mismo impreso una ansia extremada de ser dichoso, con imposibilidad de serlo en este mundo. Mas há de seis mil años que todos los hombres trabajan por ser felices, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar aquella felicidad llena y perfecta, que colme y fije todos sus deseos; siempre queda en el corazon un inmenso vacío, que no pueden llenar todos los objetos criados. No nació para ellos el hombre, y así no le pueden satisfacer, ni le pueden consolar en el lugar de su destierro; es necesario que se eleve á Dios, y luego que tome este partido halla la paz, la suavidad y el consuelo que no puede encontrar en otra parte. ¡Cosa extraña! buscar el consuelo en medio de las amarguras de que está inundada toda la tierra. En el mundo no hay bien alguno puro, todos están mezclados con las adversidades. Son las cruces hereditarias en todas las familias; ni las mas opulentas son las mas felices, ni las mayores las mas tranquilas. Son muy contados los dias serenos; y se pasan pocos sin disgustos ni desazones. En vano se busca el consuelo en los tesoros, en las fiestas, en el juego, ni en los espectáculos; esas diversiones suspenden por algunos momentos nuestro desasosiego; pero solo Dios es quien nos consuela total y plenamente.

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animae vero suae detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum Angelis suis, et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ó ¿qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus Ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De las diversiones de las gentes del mundo.

Punto primero.—Considera que nada causa mas admiracion que el ansia con que en el mundo se solicitan las diversiones, en medio de profesarse una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion. Los pasatiempos son en el dia de hoy cosecha de todas las estaciones y de todas las edades. Ya no se pregunta si conviene á un cristiano pasar una vida delicada, ociosa y divertida. ¿Cuántos cristianos miran hoy con cierta especie de lástima, y tienen por infelices á los que no se hallan en estado de entregarse á la delicadeza, á la ociosidad y á las delicias? Y en medio de eso, esos mismos cristianos que viven de esta suerte, creen en nuestro Evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven totalmente abandonados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que no es vida cristiana la delicada, la ociosa y la divertida, y que no puede ser discípulo de Jesucristo el que cada dia no lleva su cruz, mortificándose todos los dias. Busca, imagina, si puedes, otra contradiccion mas monstruosa. Con todo, esta es puntualmente la contradiccion que nos presenta la licenciosa conducta de la mayor parte de las gentes del mundo. Y ¿qué se ha de concluir de dos filosofías morales tan opuestas? Pero ¿cuál será, Dios mio, el fin de estas espantosas contradicciones? Divertímonos, se dice, es verdad; pero ¿qué pecado es el divertirse? ¿qué mal hay en estas diversiones? El retirarse al campo, es para respirar, es para desahogarnos un poco de las enfadosas

ocupaciones de la ciudad. El otoño es el tiempo mas oportuno para lograr la diversion de la campiña. ¿Qué pecado hay en los juegos inocentes, en la concurrencia de cuatro amigos, y en las diversiones de campo, en que se emplea con poca interrupcion el tiempo que se vive en la aldea? Respondo con otra pregunta: y ¿en qué parte del Evangelio se lee que haya algun tiempo en la vida, en el cual sea lícito entregarse totalmente al regalo, á la diversion y á los pasatiempos con un entero olvido de Dios? ¿Qué mal se hace? Y ¿no será bastante malo no hacer cosa buena el que en todos tiempos y á todas horas está obligado á hacerlas; el que será irremisiblemente reprobado si no hizo todas las que debió? ¿Qué mal se hace? ¡Pues qué! una vida consumida en mil inutilidades; una vida, por decirlo así, embriagada en la delicadeza y en la ociosidad, ¿será vida cristiana? Y si no lo es, ¿no será este un gran mal? El alma sin la gracia es una tierra seca sin agua, que solo puede producir hojas sin fruto. La gracia, los auxilios sin correspondencia y sin buenas obras, son talentos sepultados, de los cuales no obstante es preciso dar estrecha y terrible cuenta. Y de buena fe, una vida que la ocupan toda entera, alternando entre sí, los negocios y las diversiones, ¿será muy oportuna para negociar con esos talentos de que el mundo hace tan poco caso, sin embargo de ser de tanto valor? Sin embargo, esta es la vida de la mayor parte de las gentes del mundo; pero ¡cuál será su suerte!

Punto segundo. — Considera que las diversiones del mundo son hoy los lazos mas ordinarios, y los mas peligrosos que arma el demonio á la inocencia. Bien se puede asegurar que en ellas todo está emponzoñado, no ya con un veneno precipitado y violento, sino lento, disimulado y cási imperceptible. Conversaciones, juegos, concurrencias, espectáculos; todo se hace mas temible, por lo mismo que parece menos sospechoso, menos contagioso y menos maligno. No son á la verdad accesos violentos de una impiedad descarada, ó de una declarada disolucion; porque el espíritu del mundo que reina en ellos no ejerce un imperio tumultuoso y arrogante. Insinúase en el alma y en el corazon con mucha dulzura, disimulado en modales cultos, desembarazados y cortesanos. Todo va anivelado por la regla de una urbanidad, de una atencion y de un respeto que encanta. Guárdanse todos bien de preconizar el vicio ni la irreligion en semejantes teatros; contentándose con celebrar ciertas personas poco escrupulosas, alabándose su genio sociable, su docilidad, su natural dulce y apacible, su exquisito gusto en divertirse y en vestirse. Si

sale á conversacion la virtud, siempre se la pinta con colores tristes y sombríos, sin olvidarse de que salga tambien de cuando en cuando á divertir á los circunstantes una bufonadilla aguda, fina y alegre. De esta manera se va insinuando el veneno, que desde luego introduce en el corazon cierto tedio, ó cierto desprecio de la virtud, de manera que se tendria vergüenza en aquel concurso de pasar por virtuoso, pues el nombre solo de devoto se reputaria por zumba, y no pocas veces por agravio. Temeria uno desacreditarse haciéndose ridículo, si en tales ocasiones se descuidase en soltar alguna máxima cristiana. Y ¿qué efecto produce este aire pestilente y contagioso? Un disgusto cási necesario de la devocion, y una delicadeza cási incurable. Sálese de estas conversaciones mundanas, de estas profanas ó poco cristianas concurrencias, de estas diversiones punto menos que gentílicas, con cierto gusto á todo lo que es mundo, que puede pasar por una especie de hechizo. Oraciones, devociones, ejercicios piadosos, obligaciones de cristiano, todo se hace impracticable, de todo se huye. Debilítase la fe, y poco á poco se va extinguiendo el espíritu del cristianismo. Justifíquense cuanto se quisiere estas habituales y perpetuas diversiones; ellas serán siempre el fatal escollo de la piedad, y no pocas veces de la inocencia; apenas es posible ser largo tiempo indevoto, sin pasar á disoluto. Y después de esto ¿se preguntará friamente qué mal hay en estas diversiones que se llaman honestas y decentes? Pero ¿con qué cara hay valor para asegurar, por poco conocimiento que se tenga del mundo, que esos espectáculos, famosa escuela de todas las pasiones, y si es lícito decirlo así, cuartel general de todos los vicios, son honestos é inocentes; que no hay mal ni inconveniente en esas conversaciones tiernas y amorosas; en esos corrillos en que el menor pecado que se comete suele ser el de una murmuracion sangrienta, satírica y mordaz; en esos juegos en que la menor pérdida es la del dinero; en esos pasatiempos en que la desenfrenada licencia parece haber adquirido derecho para no avergonzarse de nada; en esos banquetes en que por lo comun reina la intemperancia? ¿Habrá valor para decir que no hay mal, donde todo es tentacion, todo contagio, y cuando menos todo es lazos y peligros?

¡Ah Señor! dignaos por vuestra infinita misericordia abrirme los ojos del alma para que conozca todos estos riesgos. Dignaos mover mi corazon para que haga eficaces estas reflexiones, poniéndolas en práctica. Esto es hecho, mi Dios, esto es hecho, jamás usaré de diversiones que no sean muy cristianas.

JACULATORIAS. — Diversiones engañosas, ¿para qué intentaréis hacerme caer en vuestros lazos? (*Eccles.* II).

¿Qué alegría, qué diversion puedo tener yo, viviendo rodeado de tinieblas? (*Tob.* V).

PROPÓSITOS.

1 Ya se ha dicho en otra parte, pero nunca estará de sobra el repetirlo, para destruir la falsa idea que se tiene en el mundo de que la virtud excluye toda diversion, y que para salvarse no es menester hacerse uno anacoreta; ya se ha dicho, vuelvo á decir, que no se pretende prohibir á todo género de personas toda suerte de diversiones; las puede haber muy inocentes, y con efecto las hay muy lícitas. El fin es el que las debe arreglar. El ánimo aplicado largo tiempo á cosas serias pide algun desahogo, y el cuerpo fatigado con el continuo trabajo necesita de descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no deben ocupar; en usándose con exceso, siempre son perniciosas. Nunca ha de ser la pasion su alma, ni su regla; para ser lícitas siempre han de ser cristianas. Seas de la condicion que fueres, nunca emplees ni toda, ni la mayor parte de los dias festivos en jugar y en divertirte. No se pretende prohibir á los oficiales, ni á las demás personas ocupadas en los dias de trabajo, que en los de fiesta ocupen algunas horas en una honesta diversion; pero en todo caso vayan delante las obligaciones del cristiano, y sea respetada la santidad de tales dias.

2 Por lo que toca á las gentes de conveniencias, para las cuales todos los dias de la semana son tan desocupados como los de fiestas, es cosa indigna que si piensan en algun dia de diversion, le reserven para estos, ó para algun domingo. Procura evitar este abuso.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE LA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA. *(Véase su historia en las de hoy).*

LA CONSAGRACION DE SAN EUSEBIO, obispo de Verceli, en el mismo dia; de cuyo dichoso tránsito se hace conmemoracion el dia 1.° de agosto; y su festividad se celebra en el siguiente por constitucion del papa Benedicto XIII. *(Véase su historia en las de hoy).*

LOS SANTOS MÁRTIRES IRENEO, ANTONIO, TEODORO, SATURNINO, VÍCTOR, Y OTROS DIEZ Y SIETE, en Roma; los cuales padecieron por la fe de Jesucristo en la persecucion de Valeriano.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

El martirio de los santos Faustino, Lucio, Cándido, Celiano, Marcos, Genaro y Fortunato, en África.

San Valeriano, obispo, en África tambien; el cual siendo de mas de ochenta años de edad, en la persecucion de los vándalos intimándole Genserico, rey arriano, que entregase los vasos y ornamentos de la Iglesia, se resistió á ello constantemente, por lo cual mandó que solo saliese desterrado de la ciudad, é hizo pregonar que nadie le diese acogida ni en poblado ni fuera de él. Y después de haber estado mucho tiempo en el camino real á la inclemencia del cielo, acabó la carrera de su santa vida confesando y defendiendo la verdad católica.

San Maximino, confesor, en la diócesis de Orleans.

Santa Cristiana, esclava, en Hiberia, al otro lado del Ponto Euxino; la cual por sus milagros convirtió á las gentes de aquel país á la fe católica en tiempo del emperador Constantino.

LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

La octava de una fiesta no es otra cosa que el intervalo de aquellos ocho dias seguidos que emplea la Iglesia en celebrar la fiesta de algun Santo ó misterio que se celebra con mucha solemnidad. Estos ocho dias no son sino una continuacion de la misma fiesta, segun el lenguaje de la Iglesia, la misma celebridad, la misma misa, el mismo oficio; y como este último dia es como el sello y la cerradura de toda la fiesta, por eso es cási tan solemne como el primero. Esta religiosa ceremonia la ha tomado la nueva Ley de la antigua. El primer dia, dijo Dios á Moisés, hablando de las fiestas que se debian celebrar, será muy célebre y muy santo: no haréis en él obra alguna servil: *Dies primus vocabitur celeberrimus, atque sanctissimus, omne opus servile non facietis in eo.* (Levit. XXIII). Ofreceréis holocausto al Señor en estos siete dias. El octavo será muy célebre y muy santo, y ofreceréis un holocausto al Señor, porque es un dia de junta, y no haréis en él obra alguna servil: *Dies quoque octavus erit celeberrimus.* La Iglesia dispensa en este dia octavo por lo que mira á la cesacion del trabajo; mas no por lo que toca á la oracion y á la devocion: aunque la celebridad sea menor, no lo debe ser la devocion interior; y como el dia de la octava es la consumacion de la fiesta, desea la Iglesia que este último dia reuna, por decirlo así, y perfeccione todas las gracias que hubieren recibido en los ocho dias. Así el rey Salomon cuando hizo la dedicacion del templo, no despidió al pueblo hasta el dia octavo: *In die octava dimisit populos.*

El Hijo de Dios autorizó esta especie de solemnidades viniendo todos los años á Jerusalen á celebrar por ocho dias la fiesta de la pu-

rificacion del templo y la de su renovacion (*Joan.* x); como tambien á la que se llama de los tabernáculos ó tiendas (*Joan.* vii), á la que no vino una vez hasta la mitad de la octava; y el último dia de la octava, que era el mas solemne, fue cuando Jesucristo dijo en alta voz que si alguno tenia sed acudiese á él, y bebiese; como si hubiese querido darnos á conocer cuán pronto está á derramar sobre nosotros los tesoros de sus gracias en el último dia de la fiesta, y cuán ventajoso puede ser el dia de la octava para los que le celebran con devocion. No se duda que este rito se observa en la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles, como se ve por las Meneas de los griegos.

No hay otras que las grandes fiestas que tengan octava. Las de la santísima Vírgen son demasiado célebres en toda la Iglesia, y sobre todo, la de su inmaculada Concepcion, para que no tenga octava. Es esta demasiado gloriosa para la Madre de Dios, y muy interesante para los fieles, para que no excite la devocion y el celo de sus hijos; y pues la Iglesia quiere que el oficio de este último dia sea el mismo que el del dia de la fiesta, ¿no es muy debido que en este dia demos á la Vírgen el mismo culto y con el mismo fervor?

La conclusion de las mayores solemnidades es, por lo comun, mas provechosa que el discurso de la festividad. Las liberalidades del monarca son ordinariamente mas abundantes y mas fáciles de conseguir en el dia último: las gracias y los favores son quienes coronan y dan fin á los mas plausibles regocijos; y los que se han distinguido mas por su magnificencia y por su celo durante la alegria de las fiestas públicas, no piden inútilmente cuando se retiran. Por eso tambien en el último dia de la octava se debe renovar el fervor y la devocion, y multiplicar las súplicas y peticiones.

La devocion á la santísima Vírgen está tan autorizada en la Iglesia, que no hay verdadero católico que no reconozca su utilidad, y la mire como una de sus primeras obligaciones. La Iglesia griega y la latina están conformes en este punto, porque el cisma nada ha alterado en cuanto á él. Así en el Oriente como en el Occidente se hacen públicas peticiones á la Vírgen, se celebran con solemnidad fiestas á honra suya, se consagran templos á Dios bajo su advocacion, se exponen sus imágenes en los altares, y se la invoca en el sacrificio. Nada establece mejor una verdad que esta conformidad de los griegos con nosotros, á vista de la propension que tienen á discordar y apartarse de nosotros. El sentimiento de los Padres griegos, como se ha podido ver, es conforme al de los Padres latinos por lo tocante á la inmaculada Concepcion. La devocion á la santísima Vírgen, la

confianza en lo que puede con Dios, en su bondad para con los pecadores, en su proteccion, en su misericordia, es de todos tiempos. Unos y otros hemos recibido esta doctrina de nuestros padres por una tradicion constante de todos los siglos desde Jesucristo hasta nosotros. Los griegos del dia de hoy tienen los sentimientos por lo que mira á la devocion de esta santísima Madre de misericordia que tenian san Atanasio, san Gregorio Nacianceno, san Cirilo, san Juan Damasceno, san Crisóstomo, san Basilio; del mismo modo san Bernardo nos ha conservado y traspasado estos sentimientos como los habia recibido de san Ambrosio, de san Agustin, de san Ildefonso y de los otros Padres de aquellos primeros tiempos. Cuando no tuviéramos otras pruebas de que esta tradicion viene de los Apóstoles, sino la fuerza que tenia ya en tiempo del concilio de Éfeso, que es decir, el año 430, ¿se podria dudar de ello razonablemente? El consentimiento de los sabios, del pueblo, de los Santos, de la cabeza de la Iglesia y de todos los Prelados que el orgullo, la parcialidad, la cábala, el interés no habian corrompido: el ardor de todos los católicos, no solo en defender el dogma particular de que se trataba, sino en ensalzar tanto mas las grandezas, la santidad y los insignes privilegios de la santísima Vírgen, cuanto el espíritu de error las atacaba con mayor malignidad: el celo en hacer de ella los mas frecuentes elogios, en edificarla templos magníficos; este celo tan vivo, tan universal, tan constante, ¿podia tener otro fundamento que una tradicion establecida, que cada dia se ha ido fortificando mas, y que no ha sido combatida sino por aquellos que la Iglesia ha arrojado de su seno?

El consentimiento unánime de todas las naciones en honrar con un culto particular á la santísima Vírgen, es tambien una prueba bien sensible de su excelencia y de su grandeza; porque ¿cómo era posible que pueblos tan distantes, de costumbres tan diferentes, hubiesen podido por tantos siglos convenir en este punto, si no hubiesen mirado á María como mucho mas elevada por su dignidad y por su mérito que el resto de todos los hombres y Ángeles? Los templos consagrados á honra suya en todos los siglos y en todos los países del mundo, ¿no nos deben empeñar á darla el culto que la es debido?

Jacobo de Valencia, obispo de Cristópoli, explicando estas palabras: *Beatam me dicent omnes generationes:* todas las generaciones me llamarán bienaventurada, refiere un hecho que muestra la veneracion y aprecio en que los mismos infieles tienen á la Madre de Dios. Cuenta que en el pontificado de Juan XXII un hijo del rey de Armenia vino á Aviñon, residencia entonces de los sumos Pontífices.

Como su designio era ver todos los ejercicios de la religion cristiana, asistia á todas las ceremonias de Religion. El dia de la fiesta de la inmaculada Concepcion asistió á un sermon en que el predicador pareció querer probar que María habia sido concebida en pecado. El jóven Príncipe, que tenia un entendimiento muy despejado, y era muy hábil é inteligente, se escandalizó tanto del sermon, que sin aguardar mas se salió de la iglesia con el firme propósito de volverse á su tierra: quiso despedirse del sumo Pontífice, quien, sorprendido de una partida tan arrebatada y pronta, le preguntó la causa. Me voy, Santísimo Padre, le respondió, porque no puedo aguantar el modo tan injurioso con que he oido hablar públicamente de María; y me atrevo á asegurar á Vuestra Santidad, que si hubiese alguno entre nosotros, aunque somos mahometanos, que se atreviera á hablar así de María, seria sin remedio apedreado.

Se asegura que en los archivos de Nuestra Señora de Chartres se halla que Prisco, rey de Chartres, mandó hacer cien años antes del nacimiento de Jesucristo la imágen de la santísima Vírgen que se ve el dia de hoy en la iglesia de Nuestra Señora, y que la hizo llevar por los sacerdotes de los galos á la gruta en que hacian sus sacrificios con esta inscripcion: *Virgini pariturae:* á la Vírgen que ha de parir; habiendo tenido noticia de este misterio por los oráculos proféticos de las Sibilas. De esta gruta se hizo después una iglesia por san Ponciano ó Potenciano, y pasa por la iglesia mas antigua de Francia, dedicada á honra de la santísima Vírgen. La iglesia de Nuestra Señora del Puy no la cede ni en veneracion ni en antigüedad; la mayor parte de las catedrales de este reino están dedicadas á la santísima Vírgen, y el número prodigioso de las otras iglesias, bajo el mismo título, denota bastantemente cuál ha sido en todos tiempos la tierna devocion de nuestros padres á la santísima Vírgen. Se cuentan en sola la ciudad de Roma cuarenta y seis iglesias dedicadas á honra suya; y todos los paises del mundo están llenos de antiguos monumentos de esta religiosa piedad para con la Madre de todos los fieles.

¿Qué se deberia pensar si se hallasen espíritus siempre dispuestos á hacer nacer dudas sobre las grandezas de la santísima Vírgen, y sobre sus mas ilustres prerogativas, ocupados siempre en buscar falsas razones para hacernos sospechoso nuestro culto y nuestra devocion, para desacreditarla y para extinguirla á fuerza de estrecharla? Después que los primeros hombres de nuestra Religion se han agotado, y han empleado todo el caudal de su saber en publicar las gran-

dezas de la santísima Vírgen; después que han perdido las esperanzas de hallar términos proporcionados á la sublimidad de su estado, á la santidad de su inmaculada Concepcion, á la perfeccion incomprensible de su pureza y á la gloria inmensa de su triunfo en la Jerusalen celestial; después que san Agustin, en nombre de todos, ha confesado su insuficiencia, y protestado altamente que le faltaban expresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que le eran debidas: *Quibus te laudibus efferam, nescio;* ¿tendrá alguno atrevimiento de decir que teme excederse en sus alabanzas? ¿se atreverá alguno á blasfemar de ciertas prácticas y actos de devocion tan religiosos, tan útiles á todos los fieles, tan santos, como son rosarios, escapularios, congregaciones? Es verdad que á proporcion que los fieles se han pervertido, se ha adelgazado demasiado sobre la simplicidad del culto. La devocion á la Madre de Dios es un medio muy eficaz para conseguir la salvacion, y así no hay que admirar que sea tan combatido por el enemigo de la salvacion. No hay otros que los herejes, que se hayan desencadenado contra la multiplicidad de fiestas que se celebran á honra suya, contra el número infinito de templos y de altares consagrados á Dios bajo su nombre, contra tantas prácticas establecidas por la Iglesia para fomentar nuestra devocion á la santísima Vírgen. Vos, santísima Madre de Dios, Vos sois el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores, y lo seréis siempre: Vos sola habeis triunfado de todas las herejías; apenas se ha formado alguna en el Cristianismo que no os haya hecho la guerra; pero no ha habido una que no hayais Vos confundido, y de que no hayais triunfado: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo.*

Introduciendo san Agustin á Jesucristo hablando á los Maniqueos, que no querian honrar á la Madre de Dios, le hace decir estas palabras: *Esta que desprecias, maniqueo, es mi madre, y fabricada por mi mano.* Siendo esto así, ¿quién puede dudar que no la haya formado toda pura, toda hermosa, adornada con la justicia original, y con las mas resplandecientes virtudes, enriquecida de todos los tesoros del cielo, y colmada de todas las gracias? *Si hubiese sido manchada con el pecado original cuando yo la formé, yo tambien hubiera podido mancharme naciendo de ella.* De donde debemos concluir, que como este divino Hijo fue quien formó á su Madre, no la negó nada de cuanto podia contribuir á su excelencia, á su perfeccion y á su dignidad. La escogió, dice san Bernardo; pero formándola él mismo tal como convenia á su honor, á su santidad, á su propia gloria no menos que á la de su madre. ¿Qué bien hubiera parecido que aquella

sangre que se unió á la divina, hubiera estado un solo instante manchada con el pecado, y bajo la tiranía del demonio? No era decente que la Madre de Dios estuviese ni un momento en desgracia de Dios. Una Vírgen escogida para destruir el pecado, de ningun modo debia estar sujeta al pecado. No hubiera sido honra del Hijo de Dios, que el santuario en que debia habitar sirviese de posada á su principal enemigo. Finalmente, su amor le empeñaba á usar con su Madre de toda su misericordia; y no hubiera usado de toda, si no la hubiera preservado de la caida mas profunda, y del golpe mas mortal, teniendo en su mano el medio infalible y pronto de preservarla. Este medio, felicísima Vírgen, era rescataros, no sacándoos del estado del pecado, sino impidiendo el que cayérais en él: de este y no de otro modo teneis parte en la redencion del divino Mediador que debeis dar al mundo. Este Señor es nuestro Salvador, porque rompe nuestras cadenas, y nos saca de la esclavitud; pero lo es vuestro, porque os conservó siempre en una santa libertad. Es nuestro Salvador, resucitándonos á la gracia: lo es vuestro, conservándoos siempre la vida de la gracia. Es nuestro Salvador, purificándonos; lo es vuestro, eximiéndoos de toda mancha. Finalmente, es nuestro Salvador por via de reparacion; y lo es vuestro por via de proteccion. Este segundo medio es tanto mas excelente, cuanto la gracia es el bien mas precioso, y el pecado es el mal mas temible. Pero es justo que el cielo os haya privilegiado, formándoos para ser un dia ensalzada á la mas alta dignidad que hubo jamás ni puede haber; y no es menos justo que toda la tierra publique este insigne privilegio, que fue el orígen de todos los favores que habeis recibido: es justo que toda la Iglesia honre este primer instante de vuestra vida, en el cual fuisteis mas santa que todos los Santos juntos lo fueron al fin de sus dias: es justo que todos los fieles celebren con una particular devocion y con una singular alegría una fiesta que ha sido el principio de todas las otras; y que sirviendo como de basa á todas las otras gracias de que fuisteis colmada, ha venido á ser tambien como el principio de nuestra dicha.

SAN EUSEBIO, OBISPO.

San Eusebio, uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, y uno de los mas célebres, mas fuertes y mas celosos defensores de la fe católica contra los violentos ímpetus de la herejía arriana, fue natural de la isla de Cerdeña, donde su familia era muy respetable y distinguida, tanto por su antigua nobleza, como por sus

considerables bienes. Luego que murió su padre, de quien algunos dicen que sufrió una larga y penosa prision por sostener la religion cristiana durante la persecucion del emperador Diocleciano, su madre, llamada Restituta, pasó á Roma con el objeto de que el niño se instruyese en las letras humanas y divinas, á favor del reposo que hizo gozar á la Iglesia el grande Constantino después de tantas tormentas con que la afligieron los príncipes paganos.

Como Eusebio se hallaba dotado de un ingenio vivo, sólido, claro y penetrante, de un corazon noble y generoso, y de una inclinacion como nacida para la virtud, reunidos estos principios con una incesante aplicacion al estudio, hizo en muy breve tiempo admirables progresos en las ciencias humanas, y mayores en la de los Santos. Incorporado en el clero de la Iglesia de Roma, ascendió por los grados prescritos en los cánones á los órdenes sagrados, y dió á conocer en todas sus funciones el relevante mérito para el que era llamado por Dios en el ministerio sacerdotal; acreditando sobre todo con pruebas prácticas el ardoroso celo que abrasaba su corazon por la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, que procuraba manchar alevosamente el dogma mas sacrosanto de nuestra santa Religion.

Cuando vivia Eusebio respetado y aun venerado en Roma por la inocencia de su vida, por sus irreprensibles costumbres, y por la justificacion de su conducta, dispuso la divina Providencia que pasase á Verceli, ciudad hoy comprendida en el Piamonte, donde luego se dió á conocer por sus eminentes virtudes y por su sobresaliente ciencia. Vacó por aquel tiempo la cátedra episcopal de Verceli, y como los naturales habian concebido tan alta idea de sus relevantes méritos, fue proclamado por todo el clero y pueblo, en términos que viendo los obispos comprovinciales que concurrieron á la eleccion un consentimiento tan general, no tardaron en consagrarle. Solo los Arrianos sintieron la promocion de Eusebio, temiendo que condecorado con la dignidad episcopal un hombre de su celo y de su sabiduría, les haria la mas fuerte guerra. Procuraron estorbarle la entrada en su iglesia, cerrando con violencia las puertas; pero puesto el Santo de rodillas delante de ellas, se abrieron por sí mismas inmediatamente, con cuyo prodigio se acobardaron los herejes.

Colocada aquella brillante antorcha en el candelero de la Iglesia, se portó desde luego con tal justificacion, que el desempeño de todas las obligaciones y cargos del ministerio fue el mayor elogio y mayor crédito del acierto de su eleccion. Seguramente puede decirse, que con su porte verdaderamente apostólico santificó los deberes que exige

el Apóstol en los prelados perfectos; y aun se extendió á otras invenciones utilísimas, que fueron reconocidas por efectos de su gran sabiduría y de su ardiente celo. El Padre san Ambrosio, que ensalza encarecidamente las sublimes cualidades de este insigne Prelado, asegura haber sido el primero que reunió en la Italia la vida monástica á la clerical á imitacion de san Basilio en Capadocia, de san Agustin en África, y de san Martin en Francia. El santo Obispo vivia por sí, y hacia vivir á su clero con una regularidad cási igual á los monjes de los desiertos. Ocupándose en santas vigilias, ayunos, estudio, leccion espiritual, oracion y labores de manos, para lo cual los juntaba con frecuencia por el dia y por la noche, instruyéndoles en máximas saludables para precaverse contra las tentaciones del enemigo comun, y para evitar todas las ocasiones de pecar. Bajo esta educacion se dejó ver el clero de Verceli como un seminario, de donde salieron muchos ilustres obispos, cuya santidad se debió á la enseñanza de Eusebio, que supo sacar grandes ventajas de aquel género de vida austera para soportar mas fácilmente las persecuciones que tuvo que sufrir en lo sucesivo.

El arrianismo habia penetrado hasta el Occidente después que asoló cási toda la Iglesia oriental. Engañado el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, de su mujer infecta con la peste de aquella herejía, se declaró protector de la impiedad con tanto empeño, que por defenderla persiguió á la Iglesia tan cruelmente como pudieran los príncipes paganos mas enemigos del Cristianismo. Encendido Eusebio en un celo ardiente y generoso por la defensa de la divinidad de Jesucristo, que era el punto de la reñida controversia entre los Católicos y Arrianos, no satisfecho con mantener á sus ovejas en la firme creencia del dogma católico, no cesaba de declararse contra el error, por lo que era tenido por uno de los mas formidables enemigos del arrianismo. Afligido el papa Liberio con el mal suceso del concilio celebrado en Arles en el año 353, donde su legado Vicente de Capua habia cedido á los Arrianos, eligió nuevos legados para con el emperador Constancio, á fin de obtener de este Príncipe el permiso para la convocacion de otro concilio, donde se terminasen las sangrientas disputas que turbaban la paz y la tranquilidad de la Iglesia. Como la corte estaba en Milan, escribió el Papa á Eusebio, que no estaba distante, á fin de que uniéndose con los nuevos legados, interpusiese su autoridad y su respeto para con el Emperador en tan importante negociacion, recomendándole la defensa de la fe católica, y la de san Atanasio ausente, de quien los Arrianos prose-

guian la condenacion contra todas las leyes. Aceptó Eusebio la comision en los términos que le prevenia el Papa; y sin reparar en el eminente riesgo á que exponia su vida para con un Príncipe implacable enemigo de los Católicos, le persuadió con tanto celo y nerviosa elocuencia la necesidad del concilio para pacificar á la Iglesia, que con efecto logró de Constancio el que se convocase en Milan á fines del año 355.

Aunque concurrieron pocos orientales al concilio, conociendo Eusebio por el estado de las cosas que los herejes serian señores de la asamblea, auxiliados de Constancio, se retiró á su iglesia bajo el supuesto de quedar en el sínodo los legados apostólicos. El concilio deputó dos obispos, rogando al Santo que asistiese, y le escribió una carta firmada de treinta prelados, todos famosos arrianos, exhortándole á entrar en sus resoluciones dirigidas á la paz de la Iglesia. Tambien le escribió el Emperador suplicándole abrazase el dictámen de aquellos obispos; y asimismo le instaron los legados apostólicos, estrechándole á venir para que con su autoridad y su gran sabiduría pudiese disipar los artificios de los Arrianos, y resistir á Ursacio y á Valiente, caudillos de la impiedad.

Condescendió Eusebio en pasar al concilio; pero antes previno al Emperador y á la asamblea por dos cartas, en las que les decia que solo haria lo que le pareciese justo y agradable á los ojos de Dios. El espíritu y generosidad de sus respuestas sobresaltó tanto á los herejes, que cuando llegó á Milan por espacio de diez dias le impidieron el que entrase en la iglesia donde se tenian las juntas sinodales. En fin, asistió al sínodo, y habiendo propuesto los Arrianos que suscribiera á la condenacion de san Atanasio, respondió, que para pasar á este acto era preciso antes que todos suscribiesen el símbolo del concilio Niceno, pues estaba cierto de que en la asamblea se hallaban algunos obispos infectos con la herejía condenada en aquel concilio general. Opúsose Valiente de Murse, é indignado el pueblo de un procedimiento tan injusto, se puso de parte de Eusebio, y de los que sostenian un principio tan indispensable; pero temerosos los Arrianos de que este suceso les impidiese el manejo del negocio, transfirieron el concilio á la capilla de palacio por órden del Emperador, que quiso presidir la desordenada junta. Hizo venir Constancio á ella á los obispos católicos, para obligarles con su autoridad á que firmasen la condenacion de san Atanasio; y aunque algunos débiles poseidos de una infame cobardía condescendieron con una resolucion tan inicua, revestido Eusebio de aquella fortaleza y de aquel valor que consti-

tuve el carácter de los varones apostólicos, resistió con los legados apostólicos providencia tan injusta, representando que, además de ser pública la inocencia de san Atanasio, contestada por sus mayores enemigos, que lo eran Ursacio y Valiente, prohibian las leyes condenar al ausente sin ser oido.

Ofendido el Emperador de esta justa resistencia, amenazó á Eusebio y á los legados con el último suplicio, y concibió tal enojo, que su cólera llegó al extremo de sacar contra ellos la espada, bien que se contuvo condenándolos á destierro, cuyo atentado causó un sentimiento universal á todo el orbe católico. Contristado el papa Liberio de aquella desgracia, escribió al Santo para felicitarle por su constancia, elogiando el ejemplo de fortaleza recomendable en todo el mundo cristiano, que habia dado á todos los obispos. Cupo á Eusebio por lugar de su destierro Sintópolis, donde cayó bajo el poder de Patrofilo, uno de los mas crueles arrianos, que le hizo sufrir los tormentos y las penalidades que pudieran inventar los gentiles mas enemigos del Cristianismo; llegando su inhumanidad al extremo de no suministrarle cosa alguna de alimento por muchos dias, á fin de que muriese de necesidad. Pero Dios templó estos rigores con algunas consolaciones. Su Iglesia le envió á visitar por el diácono Siro y por el exorcista Victorino, los que le llevaron cartas llenas de amor, y le condujeron limosnas para el socorro de sus necesidades; de lo que ofendidos los Arrianos, le sacaron del alojamiento que ellos mismos hicieron le señalasen los agentes del Emperador, y con la mayor violencia é indignidad le encerraron en un estrecho aposento, donde abandonado a las mas crueles necesidades, concurrian á ciertas horas los herejes á redoblar los castigos y malos tratamientos que le hacian sufrir; entre los cuales era uno arrastrarlo de alto abajo por una escalera muy pendiente, añadiendo á esto la prohibicion de que viniesen á darle algun consuelo los presbíteros y los diáconos. Entonces fue cuando el Santo hizo contra aquellos impíos una especie de protestacion, en la que después de haber reprendido sus violencias, les declaró que no comeria ni beberia, si no le prometian con juramento y por escrito que no impedirian á sus hermanos venir á verlo, y suministrarle el alimento preciso; añadiéndoles que en otros términos publicaria y escribiria á todas las iglesias su tiranía, para que supiese todo el mundo el carácter de los Arrianos, y cuánto hacian padecer á los Católicos.

Volvieron los herejes al lugar de su primera habitacion á Eusebio, donde el pueblo edificado de su sufrimiento le recibió con tales

demostraciones de júbilo, que rodearon su alojamiento con lámparas encendidas; de lo que irritados los Arrianos, acompañados de una multitud de esceleratos, se arrojaron sobre el Santo, y después de muchos golpes, injurias y malos tratamientos, le llevaron arrastrando á una dura prision. Tambien encarcelaron á otros sacerdotes y diáconos del partido de Eusebio, los que desterraron de su propia autoridad á diversos lugares; y cometieron la temeridad de poner en prisiones públicas á muchas personas seculares, y mujeres religiosas que se declararon á favor de la inocencia del injustamente perseguido. Mientras los herejes causaban semejantes violencias, se mantuvo el santo Obispo sin comer seis dias por no tomar cosa alguna de sus sacrílegas manos, de suerte, que asustados por una parte sus enemigos de verle muy cerca á morir desfallecido, y aterrados por otra con los gritos del pueblo que les amenazaba, se vieron obligados á dejar en libertad á un familiar del Santo para que le asistiese.

Finalmente, libre Eusebio de tan execrables insultos por la interposicion de algunas personas piadosas, se le dejó en casa de cierto señor poderoso, donde concurrieron á visitarle muchos sugetos visibles condolidos de su desgracia; de lo que concibieron tanta emulacion los Arrianos, que solicitaron se le mudase el lugar de su destierro, enviándole á Capadocia. Pero notando que allí no se le trataba con la dureza que ellos querian, por último le desterraron á la Tebaida inferior por bajo de Egipto, donde se mantuvo padeciendo indecibles trabajos hasta la muerte de Constancio, que sucedió en el dia 3 de noviembre de 361.

Juliano, sucesor de Constancio, dicho el Apóstata, quiso señalarse en los principios de su imperio en la piedad para con todos los obispos desterrados por su antecesor; con cuyo motivo salió Eusebio de la Tebaida, y pasó á ver á san Atanasio para deliberar con él sobre los negocios de la Religion, como lo hicieron ambos en un concilio que se celebró por entonces en Alejandría. Tambien se interesó Eusebio en la reunion de la Iglesia de Antioquía que estaba dividida entre los que obedecian á san Melecio, y los que se llamaban eustatianos, que rehusaban reconocerle por legítimo prelado, acreditando con todos los que se opusieron á la reunion su valor y fortaleza apostólica.

Penetrado del mas vivo dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaban las iglesias del Oriente, en las que no se oian mas que escándalos, cismas, perfidias y nuevos errores, todos efectos del protegido arrianismo, que de tal manera habia desolado la viña del Señor, que apenas habian quedado en ellas unas débiles señales, é

imperceptibles reliquias de la religion católica; las visitó por comision del papa Liberio, y en todas se vieron los gloriosos frutos de su celo apostólico, de su gran sabiduría y de su consumada prudencia, confundiendo siempre á todos los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, que no pudieron resistir al espíritu de Jesucristo que animaba el de Eusebio. Concluida esta penosísima expedicion, habiendo dejado en todas partes celosos y sabios ministros católicos, capaces de oponerse al poder de la herejía, tomó el camino para su Iglesia, siendo recibido en todos los pueblos por donde hizo tránsito como un glorioso defensor de la divinidad de Jesucristo, que volvia cargado de laureles, triunfante de tantos enemigos.

Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo y con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel nunca bien ponderado Pastor, por cuya vista suspiraban incesantemente. Restablecido en su silla, no se contentó con que floreciese en su diócesi la pureza de la fe, la disciplina eclesiástica, y la justificacion de las costumbres relajadas con motivo de su ausencia; los efectos de su celo siempre infatigable y siempre activo se comunicaron á otras provincias inficionadas con el arrianismo, persiguiéndolo hasta sus mas fuertes trincheras. Finalmente las iglesias del Occidente experimentaron las mismas utilidades que las de Oriente; por lo que los obispos de Italia y otros latinos, comprendiendo lo que Dios habia hecho por el ministerio de su fidelísimo siervo, por quien arruinó el imperio de la herejía, y confundió vergonzosamente á sus protectores, le felicitaron con los mas altos elogios, y le enviaron copias de las suscripciones, por las que condenaban los decretos del concilio de Rimini, y hacian profesion de seguir inviolablemente la fe ortodoxa definida en el general de Nicea.

Después de estas laudables empresas Eusebio no sobrevivió mucho tiempo, pues se cree que murió lleno de triunfos y merecimientos el año 370. Algunos han escrito que los herejes arrianos quitaron la vida á este insigne Obispo, por lo que es calificado de mártir en el Martirologio romano; bien que otros no le dan este título, solo sí el de ilustre Confesor, aunque nadie duda lo mucho que padeció por los herejes. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Teonesto ó Teognesto que él habia hecho construir, la cual se llamó después de San Eusebio; quien habiendo escrito mucho sobre la defensa de la fe católica, no nos quedan de aquellos preciosos monumentos sino unas cartas que se hallan al fin de las ediciones de san Hilario. Tambien se le atribuye una version latina de los Evangelios, que se im-

primió en Milan en el año de 1748, pero se duda si esta sea obra del Santo.

SAN URBE, CONFESOR.

San Urbicio, comunmente llamado san Urbe, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en el obispado de Huesca, que fue el teatro de su prodigiosa vida, nació en Burdeos, ciudad principal del reino de Francia. No nos consta quién fue su padre, del que quedó huérfano en sus mas tiernos años; pero sabemos que fue su madre una señora de mucho mérito llamada Asteria, que si bien distinguida por su calificada nobleza, y por la particular instruccion que tuvo en las letras griegas y latinas, lo fue mucho mas por sus virtudes cristianas. Crió á Urbe en el sólido principio del santo temor de Dios, y correspondiendo fielmente á su buena educacion, fue su infancia un preludio de su santidad futura.

Cuando la madre y el hijo vivian en Burdeos dedicados enteramente al servicio del Señor, entraron en la Aquitania los moros, dueños de la mayor parte de España, y no satisfechos con los enormes estragos que hicieron en la irrupcion, cautivaron á no pocos cristianos, y entre ellos á Asteria y á Urbe, siendo este de edad de unos catorce á quince años. Sintieron ambos aquella desgracia; pero resignándose con la voluntad de Dios que así lo permitia, sufrieron con inalterable paciencia el pesado yugo de la esclavitud. Consiguió Asteria su libertad pasado algun tiempo, y dejando á su amado hijo en el cautiverio, se ausentó á su patria no con otro fin que el de proporcionar los medios para su rescate. Hizo cuantas diligencias le fueron posibles; mas no habiendo producido el efecto deseado, recurrió al Señor con fervorosas oraciones y con rigorosos ayunos, rogándole que se dignase conceder libertad á su amado hijo.

Vivia Urbe en el cautiverio sirviendo á sus amos no por temor sino por conciencia, segun la prevencion de san Pablo, portándose en todo con tanta fidelidad y con tanta alegría, como si gozase la suerte de un ingenuo y no de un esclavo; pero como sus deseos no eran otros que ocuparse enteramente en el servicio del Señor, pedia á Dios de continuo que le diese libertad, poniendo por intercesores á san Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá de Henares, á quienes profesaba una devocion singularísima. Consiguió en efecto la apetecida libertad, y reconociéndola debida á la poderosa mediacion de los santos niños, pasó inmediatamente á Alcalá á dar las gracias á sus bienhechores por tan grande beneficio. Hallábase aquella ciudad en poder

de los mahometanos, y penetrado el corazon de Urbe del mas vivo dolor, al ver expuestas á la profanacion de los bárbaros las santas reliquias de aquellos dos recomendables héroes que dieron tanto honor á la religion de Jesucristo, esperando ocasion oportuna, hizo el piadoso robo de los cuerpos de los ilustres niños, llevándolos á su patria con toda la posible cautela, no separándolos jamás de su vista.

Mantúvose Urbe algun tiempo en Burdeos en compañía de su madre; pero como todas sus ansias y todos sus suspiros eran por la soledad, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion libre de los impedimentos de sus parientes y amigos, volvió á España, y buscando en las montañas de Huesca un sitio proporcionado para satisfacer sus intenciones, le pareció muy á propósito el valle Nocito, cinco leguas distante de aquella ciudad, donde fijó su residencia en una ermita ú oratorio que habia en aquel desierto, al que dió después su nombre. Cuando el Santo se vió en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor de los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que la de castigar su cuerpo con rigorosos ayunos y con asombrosas mortificaciones, gastando en oracion los dias y las noches.

Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para engañar al ilustre solitario; pero de todos los combates del tentador le libró la humildad y el frecuente recurso á la oracion: con efecto, mediante la asistencia de la divina Gracia triunfó de los enemigos infernales, á quienes se hizo tan temible, que al imperio de su voz huian precipitadamente de los cuerpos humanos que tiranizaban.

Esparcióse la fama del célebre eremita por toda aquella region, y atraidos del buen olor de su virtud los cristianos mozárabes, esto es, los que vivian mezclados con los árabes, concurrian con mucha frecuencia á visitar á Urbe, para disfrutar sus santas conversaciones y sus saludables consejos, quedando admirados de ver tanto número de prodigios como obraba el Señor cada dia por la intercesion de su siervo, no siendo el menor de ellos la sumision con que le obedecian todas las fieras de aquellas montañas.

Cincuenta años gastó Urbe en una vida tan rígida y tan penitente, con que renovó en su persona aquellas espantosas imágenes de mortificacion que nos refiere la historia de los mas famosos solitarios de Egipto. Conoció por el quebranto de su salud, nacido del rigor de sus austeridades, que se acercaba el fin, y aunque toda su vida habia sido una continua preparacion para la muerte, con todo renovó

su fervor, é hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia en los últimos instantes, de suerte que abrasado como preciosa víctima en divinos incendios, murió en el Señor en el dia 5 de diciembre por los años 802 segun el cálculo de algunos escritores. Dispuso el Santo que se diese sepultura á su cadáver en la misma ermita que fue el teatro de su prodigiosa vida, con la prevencion de que se enterrasen junto á él los cuerpos de los santos niños Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá, para que no se separasen hasta en la muerte los que tuvo siempre en su compañía; y ejecutado así, el cuerpo del ilustre eremita permaneció en el mismo santuario sin la menor corrupcion después de tantos siglos, cuya festividad celebra la ciudad de Huesca en el dia insinuado de su feliz tránsito, concurriendo en todo tiempo los pueblos de la comarca á implorar su poderoso patrocinio, y con especialidad en los años estériles, en los que se digna Dios favorecerlos con abundancia de lluvias por la intercesion del Santo.

La Misa es la misma que la del dia de la fiesta de la Concepcion, y la Oracion la siguiente:

Deus qui per immaculatam Virginis conceptionem dignum Filio tuo habitaculum praeparasti: quaesumus; ut qui ex morte ejusdem Filii sui praevisa, eam ab omni labe praeservasti; nos quoque mundos ejus intercessione ad te pervenire concedas: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por la inmaculada Concepcion de la Vírgen preparaste una morada digna para tu Hijo; te suplicamos, que así como por la muerte prevista de este Hijo la preservaste de toda mancha, nos concedas tambien por su intercesion la gracia de ir á Vos después de esta vida purificados de nuestros pecados. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VIII *del libro de los Proverbios, pág. 139.*

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos. Los antiguos, dice un gran siervo de María, celebraban todos los años el dia de su nacimiento y de su concepcion con una gran copia de lágrimas; así Job después de haber maldecido el dia en que nació, profirió el mismo anatema contra el momento de su concepcion. *Perezca el dia en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido este hombre.* Porque todos nosotros somos concebidos, y nacemos hijos de la ira de Dios: en el mismo instante que nuestras almas se unen al cuerpo, se hallan separadas de Dios por el pecado que las inficiona, y ved aquí cuál era el justo motivo de las lágrimas de los antiguos; pero María

es de otra clase y de otra condicion. El primer instante de su Concepcion es un tiempo de gracia, y el principio de su felicidad. Nunca fue hija de ira, porque siempre fue toda hermosa, *tota pulchra*, no habiendo recibido jamás las impresiones de la mancha, que no puede sufrir Dios en parte alguna sin que la aborrezca; y así toda la Iglesia se regocija y manifiesta su gozo en el momento de la Concepcion de María. Los mismos Ángeles, como lo testifica san Bernardino de Sena, celebran en el cielo la fiesta que nosotros celebramos hoy en la tierra. Aunque la santificacion de María en el momento que fue concebida sea lo que ha hecho tan venerable á los fieles su Concepcion, sin embargo, no es esto todo lo que hay de glorioso para ella en este misterio. Nosotros solemnizamos su memoria para dar gracias á Dios por los favores de que quiso colmarla desde aquel momento; pero tambien lo hacemos para hacer justicia á los méritos de esta incomparable Vírgen, los que desde este momento igualaron, ó por mejor decir, excedieron á los méritos de los mas grandes Santos. Es verdad que el Criador la distinguió desde entonces de los demás hombres, preservándola del pecado; pero tambien es verdad que se distinguió ella misma, correspondiendo desde luego á la gracia. El último momento de la vida de los Santos es propiamente cuando se celebra el dia de su fiesta; porque en vano hubieran sido Santos toda su vida, si no lo hubieran sido en este último momento; pues la santidad de este último es á quien corresponde toda la gloria que gozan: y pues María es mas santa en el primer instante de su Concepcion, que lo fueron todos los Santos al fin de su vida, ¿no era justo que se celebrase con una fiesta solemne este primer instante, tan santo y tan glorioso para la santísima Vírgen? En este primer momento se consagra ya á Dios perfectamente esta celestial niña. El primer movimiento de su corazon fue para aquel Señor que la habia formado. El reconocimiento siguió tan de cerca á las gracias que habia recibido, que en el momento mismo que fue colmada de beneficios, estuvo llena de amor á su bienhechor. Pero ¿de qué amor, Señor? ¿quién es capaz de explicar el ardor, la perfeccion y la excelencia de este amor? Baste decir con san Vicente Ferrer, que en el primer instante de su inmaculada Concepcion recibió la gracia con mas plenitud que la tuvieron todos los Santos y Angeles juntos.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas, pág. 141.*

MEDITACION.

De la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen.

Punto primero. — Considera que es una verdad que la santísima Vírgen ha sido la sola entre los hombres que no ha sido envuelta en la maldicion comun, ni pereció en el naufragio universal que ocasionó la prevaricacion de Adan. Podemos representárnosla como aquella arca maravillosa que nada sobre las aguas del diluvio, y que se salvó en atencion á Noé, el primer restaurador, por decirlo así, del linaje humano, el cual era un retrato y figura de Jesucristo nuestro Redentor. Confesémoslo, no hubo jamás privilegio mas singular que este. El demonio tiene en sus cadenas á todo el linaje humano; y una sola niña se le escapa, la que no solo conserva su libertad, sino que además de esto le quebranta la cabeza al tirano; y en este primer momento, que es la puerta, el orígen y principio de todos los males que tendrán que sufrir los hombres, halla María el principio de todas las bendiciones de que será colmada. En este primer momento en que todos los hombres están sepultados en una espantosa oscuridad, María sola comparece con un resplandor que deslumbra á los mismos Ángeles. En este primer instante de la vida en que todos los hombres, sin distincion, comienzan á padecer tan pronto como á vivir, se encuentra María colmada de tan dulces delicias que son el pasmo y la admiracion de las celestiales inteligencias: *Quae est ista, quae ascendit de deserto deliciis affluens?* No debe admirarnos el que un manantial tan puro haya conservado toda su pureza lo restante de su curso. María creció en amor de Dios, en fervor, en todo género de virtudes todos los momentos de su vida; y si el primero fue tan santo, ¿cuáles serian los otros, pues en cada momento dobló el fondo de méritos que habia en ella? Pero lo que todavía es mas admirable, y de mayor instruccion para nosotros es, que exenta de toda flaqueza, y confirmada en gracia desde su Concepcion, no dejó de huir del mundo y de la corrupcion del mundo. Aunque concebida con todos los privilegios de la inocencia, no dejó de vivir en el retiro, en la austeridad y en medio de todos los rigores de la penitencia. Aunque llena del Espíritu Santo desde el primer instante de su orígen, no cesó de trabajar; y sin poner jamás límites á su santidad, fué siempre creciendo en virtudes y en merecimientos. Admiremos y reverenciemos sin cesar la excelencia y el mérito de esta feliz criatura; pero

acordémonos que el único medio de honrarla bien y de agradarla es imitar su pureza, su humildad y demás virtudes.

Punto segundo.—Considera que si es un grande privilegio para la santísima Vírgen haber recibido la gracia con la vida, no es menor ventaja el haber, no solo conservado esta gracia, sino tambien haberla aumentado hasta la muerte; y nosotros, que somos concebidos y nacemos en pecado, no recibimos sino muy tarde esta gracia que nos hace amigos de Dios; pero lo que hay en esto mas deplorable es, que la perdemos cási tan pronto como la hemos recibido, y pasamos el resto de nuestros dias en la cruel incertidumbre de haberla jamás de recobrar. ¡Ah, que la mayor parte de nosotros no conservamos la gracia del Bautismo, sino el tiempo que ignoramos lo que es el pecado que nos la arrebata! ¿Qué dicha la nuestra, si á lo menos empezáramos á vivir desde hoy una vida inocente? Hagamos de modo que desde ahora para en adelante tengamos esta vida, para que tengamos el consuelo y la dicha de morir con una muerte semejante á ella. Aunque no hayamos sido concebidos en gracia, podemos consolarnos con que este favor no estaba en nuestro poder. Pero la mayor de todas las desgracias, y para la que jamás habrá consuelo, es no morir en estado de gracia, es morir en pecado. Ser concebido en pecado es una desgracia, contra la cual el Bautismo es un remedio eficaz; pero morir en pecado es el colmo de todas las desgracias, y á lo que no alcanza ningun remedio. ¿Qué socorro mas poderoso, qué remedio mas eficaz para evitar esta desgracia que la devocion á la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen? Como todo este misterio estriba sobre el singular privilegio, sobre la insigne gracia, por la cual María fue preservada del pecado original y de todo pecado actual; la devocion á este misterio empeña á esta Madre de misericordia á alcanzar para sus devotos la gracia de vivir y morir en la inocencia. Se puede decir que el efecto particular de la devocion á la inmaculada Concepcion es esta pureza de costumbres, esta inocencia de vida, y esta gracia final, que es siempre un puro don de Dios. ¿Son menester otros motivos para honrar sin cesar á la santísima Vírgen bajo este glorioso título, bajo la singular prerogativa de haber sido concebida sin pecado?

Sí, Vírgen santísima, al honraros bajo este título pretendo honraros como á Madre de Dios, y como á Madre sin dejar de ser vírgen: como á la Hija muy amada del Padre, como á la Madre del Hijo, y como á la Esposa sin mancha del Espíritu Santo: dignaos ser mi

madre; y sobre todo alcanzadme la gracia tan necesaria de vivir en la amistad de Dios y en la inocencia; alcanzadme la gracia final, sin la cual todas las otras gracias de nada me servirán.

JACULATORIAS. — Vírgen incomparable, de una pureza y mansedumbre sin ejemplo, alcanzadme una y otra virtud. (*La Iglesia*).

Haced, Vírgen santa, que yo experimente en mí que sois mi querida madre. (*La Iglesia*).

PROPÓSITOS.

1 Se puede decir, que ninguna cosa obliga tanto á la Vírgen santísima para que nos alcance la gracia de vivir y morir en la inocencia y en la pureza, como la devocion á su inmaculada Concepcion; y así debes honrar esta inmaculada Concepcion, no solamente durante esta octava, sino que no debes dejar que se te pase dia alguno sin que dés gracias á Dios por la gracia singular que hizo á la santísima Vírgen de haberla privilegiado de esta suerte. Ten en tu cuarto ó en tu oratorio alguna pintura ó imágen de la inmaculada Concepcion, é inspira á todo el mundo y en toda ocasion una devocion tan saludable.

2 Comulga hoy para acabar mas santamente esta octava: asiste, si puedes, al oficio divino, especialmente á vísperas. No dejes de hacer por la tarde una visita al santísimo Sacramento para dar gracias á Dios por el singular favor que hizo á esta santísima Vírgen en este misterio; y para protestar á la Madre de Dios que quieres vivir y morir en su servicio, y honrar sin cesar su inmaculada Concepcion: reza hoy el rosario con mas devocion de la que acostumbras.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

SAN EUSEBIO, obispo de Vercelí y mártir, de quien se hizo memoria el dia 1.° de agosto, y tambien ayer.

LOS TRES SANTOS NIÑOS ANANÍAS, AZARÍAS Y MISAEL, cuyos cuerpos se depositaron junto á Babilonia en una cueva. (*Véase su historia en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES VALENTINO, maestre de campo, CONCORDIO, su hijo, NABAL Y AGRÍCOLA, en Ravena; los cuales en la persecucion de Maximiano derramaron su sangre por Jesucristo.

SANTA ALBINA, vírgen y mártir, en Formi, donde ahora está Moya en Campania, en tiempo del emperador Decio.

EL MARTIRIO DE MUCHAS SANTAS VÍRGENES, en África; las cuales en la persecucion de los vándalos, reinando Hunerico, arriano, sufriendo por la fe ca-

tólica ser colgadas en el aire, atadas graves pesas, y ser abrasadas con planchas de metal ardiendo, llegaron dichosamente á la corona del martirio.

San Adon, obispo y confesor, en Viena en Francia. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Beano, obispo, en Aberdona en Irlanda.

San Irenion, obispo, en Gaza en Palestina.

SAN ADON, ARZOBISPO DE VIENA.

San Adon era de una de las mas nobles y mas antiguas familias del Gatinés. Vino al mundo en tiempo de Carlo Magno por el año de 800. Como sus padres eran muy virtuosos, queriendo dar á su hijo una educacion honrada y verdaderamente cristiana, siendo todavía muy jóven, le pusieron en el monasterio de Ferrieres, que estaba inmediato al lugar de su habitacion, para que allí lo educasen en la piedad y en las ciencias. El abad Sigulfo le recibió con tanto mayor gusto, cuanto además de la atencion que se debia á su familia, descubrió en Adon un genio tan feliz, un espíritu tan vivo y tan desembarazado, una ingenuidad, y sobre todo, una inclinacion tan visible á la piedad, que propuso no omitir diligencia alguna para darle una educacion, que sirviese para cultivar y hacer valer tan grandes talentos. En efecto, hizo tan grandes progresos en las ciencias, que se dejó muy atrás á todos los de su edad; pero en lo que mas adelantó fue en el camino de la virtud. Todos estaban admirados de ver tanta prudencia en un mancebo tan jóven. Su devocion sobresalia tanto, que no habia uno que no estuviese encantado de su modestia, de su mansedumbre, de su humildad; pero lo que mas pasmaba era, que elevándose sobre las flaquezas ordinarias á los niños, se privaba de las comodidades y diversiones, aun las mas indiferentes, procurando imitar en todo la gravedad de los viejos del monasterio.

Conforme Adon crecia en edad, crecia en prudencia y en virtud: todo su tiempo estaba dividido entre la oracion y el estudio; aunque el estudio no interrumpia su oracion. El mundo le lisonjeaba, y nada olvidaba para seducirle con la esperanza de una de las mas brillantes fortunas, fundada sobre tantas y tan bellas calidades; pero el virtuoso jóven estaba demasiado ilustrado para dejarse sorprender de apariencias. Habia ya experimentado demasiado las dulzuras y ventajas sólidas que se encuentran en el servicio de Dios, para que quisiese servir jamás á otro dueño; y así se resolvió á abrazar el estado religioso. La abadía de Ferrieres, en que se habia criado, estaba á la sazon llena de santos religiosos, todos los cuales recibieron con un increible gozo á Adon, quien en poco tiempo llegó á ser el mas per-

fecto modelo de todos ellos. Se distinguió desde luego por la exacta observancia de las menores reglas, y por una puntualidad pasmosa en cumplir perfectamente con todas sus obligaciones: duro consigo mismo, no tenia para con todos los otros sino modales dulces y corteses, y una igualdad de humor que hacia el elogio de su alta virtud. En poco tiempo llegó á ser uno de los mas sabios de su siglo; pero su ciencia le hizo todavía mas humilde, y los empleos mas humillantes del monasterio fueron los únicos de su gusto.

Una virtud tan eminente no podia estar oculta: en los monasterios vecinos se hablaba de la ciencia y de la rara piedad del monje Adon como de un prodigio; y todos envidiaban al monasterio de Ferrieres un tan rico tesoro. Marcuardo, abad de Prom en la diócesi de Tréveris, que habia sido monje en Ferrieres, donde conservaba todavía muchas correspondencias, habiendo oido hablar del mérito de nuestro Santo, quiso tenerle cerca de sí para hacerle maestro de novicios: por mas que los monjes de Ferrieres sintiesen perder un tan excelente sugeto, no pudieron negárselo al abad Marcuardo. La presencia de Adon dió á conocer que la fama se habia quedado muy corta en sus alabanzas. Se descubrieron en él todavía mas virtudes que las que la reputacion les habia anunciado, y quizá mas que los imperfectos hubieran querido ver en uno de sus hermanos. Su vida austera, su exactitud en el oficio, su fervor, su devocion, hirieron y amargaron los ojos y el corazon de aquellos á quienes su ejemplo hacia desesperar, por lo cual halló mas envidiosos que imitadores; y viendo que los espíritus se enconaban mas y mas, después de haber permanecido algun tiempo en el monasterio de Prom, pensó en retirarse, lo que ejecutó después de la muerte del abad Marcuardo, que sucedio el año 853, habiendo tomado primero la venia de quien debia. No queriendo volver á Ferrieres, emprendió con permiso de sus superiores el viaje de Roma, á fin de visitar los sepulcros de los santos Apóstoles y de los Mártires: permaneció en aquella ciudad cerca de cinco años, y su virtud se hizo admirar tanto como su ciencia; de suerte, que el nombre de Adon vino á ser muy conocido. De vuelta para Francia pasó por Ravena, donde compuso su Martirologio sobre otro mas antiguo que se habia enviado de Roma á Aquileya, y se le prestaron. Esta obra aumentó la reputacion que se habia ya adquirido. Al volver de Italia pasó por Leon, de donde era obispo san Remigio, quien quiso detenerle en su ciudad. El fondo admirable de doctrina y de piedad que descubrió en Adon le hizo creer que no podia hacer cosa mejor que agregarle al servicio de su iglesia. Pidió

el permiso para ello á Lupo, abad de Ferrieres, su superior, de una manera tan enérgica, que lo consiguió. Teniéndole ya san Remigio á su disposicion, le dió á gobernar la iglesia y la parroquia de San Roman, cerca de Viena. San Adon se portó en este nuevo encargo con tanta prudencia y edificacion, y su celo y piedad se hicieron admirar tanto, que derramó Dios tantas bendiciones sobre sus trabajos, que vino á ser el oráculo de todos los países vecinos; de modo, que venian á él gentes de todas partes para aprovecharse de sus consejos y ejemplos.

Estaba nuestro Santo en una reputacion tan grande en todo el país, que habiendo muerto Agilmaro, arzobispo de Viena, fue nombrado de comun consentimiento por el clero y el pueblo para ocupar la silla vacante. Todos los obispos de la provincia aplaudieron la eleccion; solo él no queria prestar su consentimiento, antes bien pensaba en retirarse; pero viendo que todos insistian en que habia de aceptar el obispado, se rindió y cedió por no resistir mas tiempo á la voluntad de Dios, manifestada visiblemente en este unánime consentimiento. En medio de ser la eleccion tan canónica, no dejó de tener oposicion. Se hizo correr la voz que Adon era un monje vagamundo, que se habia escapado fugitivo de su monasterio. Para aclarar este rumor fue preciso un testimonio de su abad, el que dió Lupo, su antiguo maestro abad entonces de Ferrieres, y le dirigió al conde Gerardo, que era el señor mas poderoso de la provincia; en él declaró que Adon, su religioso y su discípulo, jamás se habia huido de su monasterio: que él mismo le habia enviado á Prom, á ruegos del abad Marcuardo, para educar á los novicios en aquel espíritu de regularidad y de fervor, de que él mismo daba tan grandes ejemplos: que después de haber morado algun tiempo en el monasterio de Prom, cediendo á la envidia de aquellos á quienes su demasiado mérito tenia disgustados, habia emprendido con el permiso de sus superiores el viaje de Roma: que á ruegos de Remigio, obispo de Leon, que deseaba tenerle junto á sí, le habia enviado sus letras de obediencia, aunque la licencia que le habia dado de palabra podia bastar: que Adon era un hombre de calidad, todavía mas digno del obispado por la pureza de sus costumbres, por su saber, por su eminente virtud, y por la regularidad y prudencia de su conducta, que por su nacimiento: que él se creia obligado á dar este testimonio en favor de la inocencia y de la virtud de Adon.

Quitado el obstáculo de una manera que era tan gloriosa para Adon, fue consagrado por los obispos de la provincia con universal

aplauso. Luego que se consagró el nuevo Obispo, escribió al papa Nicolao I, quien le envió el palio en señal del aprecio que hacia de su mérito. Su elevacion no le hizo mudar de costumbres; solo dió un nuevo realce á su virtud haciéndola todavía mas perfecta. Conservó la misma humildad, la misma dulzura, el mismo espíritu de mortificacion y de piedad que se habia siempre admirado en él. Su celo hizo los mayores esfuerzos para desterrar la ignorancia, reformar las costumbres, corregir los abusos, restablecer en todas partes la disciplina y el buen órden; lo que le salió tan bien, que en menos de un año toda la diócesi mudó de semblante.

Aunque era austero consigo tenia una dulzura extraordinaria con los demás; y sin adular al pecado, usaba de mucha indulgencia con los pecadores que querian seriamente convertirse á Dios. Con sus modales corteses y con sus palabras llenas de dulzura atraia á los pecadores, los movia con sus conferencias y con sus sermones animados del espíritu de Dios; y poniendo sumo cuidado en no espantar ni agriar los espíritus, se hacia tan dueño de los corazones, que les inspiraba un horror infinito al pecado, y les hacia abrazar gustosos la penitencia. Arregló el oficio divino y toda la policía de su iglesia con una prudencia que fue admirada en los países mas distantes. Como la salvacion de su pueblo tenia el principal lugar en su corazon, no hubo industria de que no se valiese para la conversion de los pecadores, y para inspirar á todos el amor á la penitencia. Con este fin hizo construir á la entrada de su iglesia catedral una capilla sobre el modelo del sepulcro de Nuestro Señor, bajo la invocacion de los tres célebres penitentes, santa María Magdalena la pecadora, san Pedro y el Buen Ladron. El Señor quiso mostrar cuán agradable le era la piadosa industria de su siervo, y cuán de su aprobacion era la devocion de los fieles á estos santos penitentes, por medio de un número prodigioso de milagros que se obraron en esta capilla.

Su caridad con los pobres era tan ardiente, como su celo por la conversion de los pecadores. Fuera de que no tenia rentas sino para ellos, edificó y dotó muchos hospitales; siendo tan viva y tan conocida la compasion que tenia á los pobres, que era mirado como el padre de todos ellos. Su puerta estaba abierta para todo el mundo, y en todo tiempo, aun en el de su preciso descanso; diciendo que una de las primeras obligaciones de un obispo era ser á toda hora accesible á su pueblo para aliviarle y consolarle á toda hora en todas sus penas y aflicciones.

Asistió nuestro Santo al concilio de Tonsi, cerca de Tul en Lo-

rena el año 860, donde resplandeció y se hizo admirar, tanto por su piedad y su regularidad, como por su erudicion y su ciencia. Mostró su rectitud y firmeza en el espinoso negocio del divorcio de Lotario, rey de Lorena, y de su mujer Tierberga, y de su casamiento escandaloso con Valdrada. Adon, enemigo de todo respeto humano, y de toda indigna adulacion, muy léjos de seguir el pernicioso ejemplo de muchos cobardes prelados, sostuvo la verdad y autoridad de los sagrados cánones con tanto celo, que el papa Nicolao, que le llamó su santísimo hermano, no pudo dejar de alabar su firmeza y su vigilancia, y el celo que le habia animado á obrar tan poderosamente por el honor y la edificacion de la Iglesia, contra los prevaricadores de las santas leyes, y corrompedores de la disciplina.

Habiendo vuelto á su iglesia, tuvo un concilio el año 870; y asistió á otros dos celebrados en la ciudad de Chalons, sobre el Sona, el año 873 y 875. Pero aunque no habia negocio de importancia en la Iglesia en que no se viese obligado á tomar parte, y aunque las necesidades de su diócesi daban que hacer bastante á su solicitud pastoral, todos estos negocios no le hacian cercenar nada de su frecuente oracion, ni de la severidad de su ayuno y demás austeridades; y aunque estaba continuamente ocupado en atender á las necesidades exteriores de los fieles, tenia siempre el espíritu tan recogido, que jamás se le veia distraido. Era tan infatigable en el ejercicio de sus funciones episcopales, que léjos de dar á su cuerpo el reposo necesario, pasaba la mayor parte de la noche en oracion y en el estudio. Ilustró su siglo con los frutos de sus estudios y de sus trabajos. Además del Martirologio de que hemos hablado, y que le hizo tanto honor, compuso la historia del martirio de san Didiero, arzobispo de Viena, y la vida de san Teudero, abad de la misma ciudad. Tenemos tambien de él una Crónica universal desde el principio del mundo hasta el fin de su vida, dividida en seis edades: la primera, desde el principio del mundo hasta el diluvio; la segunda, desde el diluvio hasta Abraham; la tercera, desde Abraham hasta David; la cuarta, desde David hasta la cautividad de Babilonia; la quinta, desde la cautividad de Babilonia hasta el nacimiento de Jesucristo; y la sexta, desde el nacimiento de Jesucristo hasta el tiempo en que el Santo escribió esta historia. Sus ocupaciones no le embarazaban asistir todos los dias el primero á los oficios de su catedral, y emplearse en todas las obras de caridad que ocurrian. En fin, lleno de dias y de méritos, le llamó Dios para darle la recompensa eterna, á que eran acreedores los trabajos que habia padecido por su amor. Sucedió su santa

muerte el 16 de diciembre del año 875, el décimosexto de su obispado, y el setenta y cinco de su edad. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de los Apóstoles, que después se ha llamado mas comunmente la iglesia de San Pedro, y que ha sido el sitio ordinario de la sepultura de sus sucesores.

LA TRASLACION DE SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA.

El cuerpo de san Fructuoso, arzobispo de Braga, cuya vida dejamos escrita el dia 10 de abril, se mantuvo en el monasterio que habia él fundado junto á aquella ciudad, mucho tiempo después de la pérdida de España, hasta el año 1102 en que el obispo de Compostela D. Diego Gelmirez pasó á visitar las posesiones que en tierra de Portugal pertenecian á su iglesia. Viendo que las reliquias de los Santos no tenian allí el culto debido, resolvió trasladar á su catedral las que pudiese. Para esta empresa imploró primero el auxilio de Dios con oraciones y sacrificios; descubrió su designio á algunos familiares suyos muy confidentes, y con ayuda de ellos, sin que nadie lo entendiese, sacó de allí un gran tesoro de reliquias con que pudiese enriquecer su iglesia. Una de ellas fue el cuerpo de san Fructuoso. Encargó á su arcediano que le llevase por caminos desusados hasta la ciudad de Tuy. Quedóse el Obispo en Corneliana, villa perteneciente á la iglesia de Compostela. El rio Miño que pasa junto á Tuy habia salido de madre en aquellos dias, ni con barcos se podia atravesar. Al llegar el arcediano á su ribera, se deshinchó como si hubiera sentido la presencia de las santas reliquias. Depositáronlas en el convento de San Bartolomé, que estaba en el arrabal de Tuy. Dejó allí el arcediano á un diácono de la iglesia de Santiago que las guardase, y volvió á donde estaba el Obispo. El diacono por mandato del Pontífice llevó devotamente estas reliquias á la iglesia de San Pedro de Cella, que habia edificado san Fructuoso. Diez dias estuvo allí aguardando al Obispo. Llegado el Obispo á aquel monasterio, se dispuso la conduccion de las santas reliquias á Compostela; hízose con toda solemnidad y decoro, saliéndolas á recibir el clero de aquella iglesia á pié descalzo con entrañable devocion y ternura. El cuerpo de san Fructuoso le colocaron primero en la nave mayor de la iglesia junto al altar del Salvador. Cuatro años después el Obispo le fabricó y consagró altar determinado entre el de Santiago apóstol y la puerta del claustro, á donde fue trasladado. Hízose esta colocacion el año 1102 á 16 de diciembre, en cuyo dia la celebraba anti-

guamente la iglesia de Compostela. Ahora se celebra en el mismo dia la fiesta del santo Obispo.

SANTA ALICIA Ó ADELAIDA, EMPERATRIZ.

El segundo reino de Borgoña llamado tambien de Arles fue erigido por Carlos el Calvo, emperador y rey de Francia, que en el año de 879 dió la Borgoña, Provenza, Bresse y el Delfinado con este título á su cuñado Boso, descendiente por su madre de Ludovico Pio. Ralfo ó Rodulfo II, rey de Borgoña, fue padre de Adelaida, á quien dejó por su muerte acaecida en el año de 937 de solos seis años de edad. Á los diez y seis casó con Lotario, rey de Italia, de quien tuvo una hija llamada Emma, que casó después con otro Lotario, rey de Francia. La muerte del marido de nuestra Santa, que acaeció por los años de 949, la dejó viuda y jóven; y las aflicciones de que fue visitada contribuyeron no poco á desprender enteramente su corazon del mundo, y la hicieron dedicarse á las prácticas de piedad, que desde su infancia habian sido objeto de sus inclinaciones. Berenguel III, margrave de Ivrea, se apoderó de toda la Lombardía, y sucedió en el título de rey de Italia. Este Príncipe, que habia sido siempre enemigo declarado de la familia de su antecesor, puso á Adelaida en una prision, donde padeció las mayores injurias y penalidades. Al fin halló modo de escaparse, y huyó hácia Alemania; pero fue hallada de Oton I, que á solicitud del papa Agapito II, iba marchando al frente de un ejército de cincuenta mil combatientes para hacerla justicia. Apoderóse de Pavía y de otras plazas, y se casó con Adelaida; pero restituyó el reino á Berenguel con la condicion de feudatario del imperio. Berenguel olvidó muy presto sus pactos y promesas; por lo que Oton, á ruego del papa Juan XII, envió á su hijo Luitulfo contra aquel Príncipe, y muerto aquel después de ganadas varias victorias, pasó el Emperador en persona á Italia, hizo prisionero á Berenguel, y le desterró á Alemania, donde murió en Bamberg. Después de esta victoria fue coronado Oton en Roma por el Papa mismo en el año de 963.

No se envaneció la buena Emperatriz con esta prosperidad, y solo usó de sus riquezas y de su poder para hacer bien á todos, especialmente para proteger, consolar y socorrer á todo necesitado. Oton I, por sobrenombre el Grande, murió en el año de 973, habiendo reinado en Alemania treinta y seis, y como emperador cerca de once. Adelaida educó á su hijo Oton II con mucho cuidado y vigilancia, y su reinado fue feliz mientras se gobernó por los consejos de aquella

buena Princesa; pero no precaviéndose bastantemente contra los artificios de los lisonjeros, se dejó seducir y llevar de malos consejeros. Después de muerta su primera mujer, que era hija del marqués de Austria, casó con Teofania, princesa griega, y olvidó de tal modo las obligaciones que debia á su buena madre que la desterró de su corte. Los infortunios hicieron abrir los ojos á este Príncipe; la restituyó de su destierro. Y dando oidos á los consejos de ella reformó los muchos abusos de su gobierno. Derrotado en Calabria este jóven Emperador por los griegos murió de una disenteria en Roma en el año de 983 después de un reinado de nueve. Su imperiosa viuda Teofania, que quedó gobernadora por su hijo Oton III, hizo punto de honor insultar á su piadosa suegra; pero Adelaida no daba mas recompensa á sus malos tratamientos que mayores muestras de amor, mansedumbre y paciencia. Quitada de en medio con una muerte repentina la jóven Emperatriz, se vió obligada la Santa á tomar á su cargo la regencia del reino, en cuya ocasion se manifestó mas que nunca lo muerta que estaba para sí misma. Miraba su poder únicamente como carga, y como un peso insoportable para sus hombros; pero al mismo tiempo se aplicaba á los negocios públicos con un esmero infatigable. Tan insensible se mostraba al odio y al resentimiento, que pagaba con beneficios á quienes la ofendian con injurias, y á aquellos cortesanos de quienes antes habia recibido mayores daños; pero su atencion á estos negocios jamás la impidió la que siempre tuvo á los ejercicios de mortificacion y devocion. Á las siete se retiraba á su oratorio á pedir con humilde oracion la luz celestial en sus consejos, y á llorar delante de Dios por aquellos pecados del pueblo que no estaba en su mano remediarlos. Al corregir á otros sentia en su interior la misma confusion y sobresalto que podia darles á los reprendidos; por lo que no omitia cosa que pudiera suavizar sus correcciones. De este modo ganando su confianza y su afecto les conducia fácilmente á la virtud. Su casa y familia parecia tan arreglada como un monasterio edificante. Llenó todas las provincias que tenian la dicha de participar de su proteccion, y especialmente á la ciudad de Magdeburgo, de casas religiosas, y de otros monumentos de caridad y piedad, y promovió celosamente la conversion de los rugos y de otros infieles. En el último año de su vida hizo un viaje al reino de Borgoña, á reconciliar con Rodulfo su sobrino los vasallos de aquellos dominios, y murió en el camino, en Salces, en Alsacia, en el año de 999. Su nombre es honrado en calendarios de varias iglesias de Alemania, aunque no en el romano. Una porcion de sus reliquias se conserva

en una costosa urna del tesoro de reliquias de Hanover, y se hace mencion de ella en la lipsanografía del palacio electoral de Brunswick-Lunemburgo, impresa en el año de 1713. (*Butler*).

LOS TRES SANTOS NIÑOS ANANÍAS, MISAEL Y AZARÍAS.

Estaban cautivos en Babilonia juntamente con Daniel los nobilísimos jóvenes hebreos Ananías, Misael y Azarías, cuando al rey Nabucodonosor se le antojó mandar que de los hijos de Israel que gemian en la esclavitud, y de la estirpe de sus reyes y grandes, se escogiese cierto número de niños en los cuales no hubiese defecto, de buena presencia é instruidos en todo saber, hábiles en ciencia y bien disciplinados, y que se les enseñasen las letras y la lengua de los caldeos, y que se les mantuviese con delicados manjares de su propia mesa, para que al cabo de tres años quedasen al inmediato servicio de su persona. Fueron del número de estos Daniel y los tres jóvenes mencionados, Ananías, Misael y Azarías, á los cuales el prefecto de los eunucos por órden del Rey mudóles los nombres llamando á Daniel, Baltassar, como pronosticando la cabida y gracia que habia de tener con los reyes de Babilonia, de los cuales era aquel nombre; á Ananías, Sidrach; á Misael, Misach; y á Azarías, Abdénago. Mas Daniel y sus tres compañeros con celo santo de su ley, propusieron entre sí de no contaminarse con los manjares de la mesa del Rey, ni con el vino de su bebida; y rogaron al prefecto de los eunucos que no les forzara á comer faltando á su conciencia. Movido por Dios el corazon del prefecto, este les respondió: «Me temo yo del Rey mi «señor, el cual os ha señalado comida y bebida, que si viere vues- «tras caras mas flacas que las de los otros jóvenes vuestros coetá- «neos, haréis que el Rey me condene á muerte.» Insistieron Daniel y sus tres compañeros, diciéndole: «Haz con nosotros la prueba por «diez dias, y que nos dén legumbres á comer, y agua á beber, y se- «gun vieres, harás con tus siervos.» Avínose el palaciego, y á los diez dias de prueba vió sus caras mejoradas y mas llenas de carne que las de todos los jóvenes que comian de las viandas del Rey; por lo que les permitió que siguiesen con aquel método que tan bien les sentaba.

En premio de su buena intencion y fidelidad, otro milagro hizo Dios con estos jóvenes israelitas, dándoles ciencia é inteligencia en todo libro caldeo, en que se contenian las ciencias é invenciones de aquella nacion, y sabiduría grande; mejorando empero á Daniel en la inteligencia de visiones y sueños: de todo lo cual hizo Nabucodo-

nosor experiencia á su tiempo, y halló que ellos excedian extraordinariamente á todos los adivinos y magos de su reino. Quedáronse pues en la cámara del Rey, siendo luego ensalzados y establecidos sobre las obras de las provincias de Babilonia, cuyas obras, dice el Hebreo, eran las de agricultura.

Ensoberbecido Nabucodonosor de verse levantado en la monarquía primera, segun le habia revelado Daniel, hizo fabricar una estatua de oro de sesenta codos de altura y seis de ancho, y púsola en un campo cerrado cerca de Babilonia. Y queriendo celebrar de un modo notable su dedicacion, mandó que se hallasen presentes á esta solemnidad todos los príncipes, sátrapas, magistrados y personas constituidas en dignidad de su reino; y que en oyendo el sonido de los instrumentos músicos, postrándose todos adorasen la estatua de oro, con pena que los rebeldes que no la adorasen postrados, fuesen echados al instante en un horno de fuego ardiendo. Halláronse presentes á este espectáculo, por razon de su dignidad, los tres hebreos amigos de Daniel (estando este ausente de Babilonia, segun se colige de la Escritura y la afirma Nicolao de Lira), Ananías, Misael y Azarías; mas estuvieron firmes en no adorar la estatua de oro; por lo cual siendo acusados al Rey de haber desobedecido sus decretos, indignado este contra ellos, oyéndoles decir que antes querian ser echados en el fuego, que adorar á otro Dios que el de Israel, que era poderoso para sacarlos del horno de fuego ardiendo, y librarlos de sus manos; mandó que se encendiese el horno siete veces mas de lo que solia encenderse, y que fuesen echados en él aquellos tres mozos atados de piés y manos. Mas el fuego devoró á los que lo atizaban, y el Ángel del Señor bajó al horno encendido, y con él se paseaban Ananías, Misael y Azarías en medio de las llamas, desatadas sus ligaduras y consumidas por las mismas llamas. El fuego subia al cielo, tanto que la llama se levantó cuarenta y nueve codos; pero el Ángel del Señor sacudiendo la llama fuera del horno, hizo que soplase como un viento fresco y húmedo que los recreaba, de manera que ninguna pena sentian. Entonces aquellos tres jóvenes como con una sola boca alababan, y glorificaban y bendecian á Dios, diciendo el cántico bien celebrado y repetido en la Iglesia, que comienza: *Benedictus es Domine Deus patrum nostrorum*, etc.

Dice Villegas que el señalar la Escritura que se levantaba la llama cuarenta y nueve codos, denota que este fuego era figura del de el infierno, á donde la llama no llega al número de cincuenta, que es el año del Jubileo, porque nunca lo habrá, ni perdon para los que

en él son atormentados, sino que será y es eterno. En las adiciones del Maestro de las historias se advierte, que al tiempo que se canta en la misa del Sábado Santo la profecía donde se contiene esta historia, en la oracion que va en ella no se dice *Flectamus genua* por razon que los tres santos hebreos no quisieron arrodillarse á la estatua de Nabucodonosor.

Visto por el Rey lo que pasaba, y admirado de que el fuego no quemase á los tres mozos, habiendo quemado á sus soldados, como de que se viesen cuatro personas dentro del horno, á donde solo habian echado tres, exclamó: «Salid del horno, siervos del Dios altísi-«mo.» Y al instante salieron, y se vió que el fuego no los habia tocado, y que ni un solo cabello se habia atrevido á quemarles, ni siquiera á deslustrarles sus vestidos. Á consecuencia del portento expidió Nabucodonosor un edicto prohibiendo bajo pena de la vida blasfemar el nombre del Dios de Sidrach, Misach y Abdénago, adorando al Dios que ellos adoraban, y alabando lo que habian hecho de no adorar á otro, pues era tan poderoso, y después los promovió en cargos honoríficos por diversas partes de su reino.

Segun refiere Ribadeneira, los tres amigos fueron enterrados en una cueva, sepulcro real, en Babilonia, donde algunos años después fue tambien sepultado su compañero el santo profeta Daniel, á todos los cuales, esto es, Daniel y sus amigos, san Atanasio llama Mártires gloriosos. Los cuerpos de estos cuatro Santos fueron trasladados de Babilonia á Alejandría, y después á Venecia, de donde una pierna de san Daniel fue trasladada á Vercelós, donde hoy se guarda con gran veneracion, como inestimable tesoro, y la mayor parte de las reliquias de los tres santos niños se guardan hoy en Roma con la misma veneracion en la diaconía de San Adriano; y en Alejandría se edificó un templo magnífico, para venerar en él una mano que les quedó de uno de los santos niños. Las vidas de estos gloriosos Santos se hallan en varios lugares de la sagrada Escritura, en especial en el libro I de los Macabeos, capítulo II, donde se les canoniza por Santos, como igualmente en la misma profecía de Daniel. Sobre ella han escrito tambien todos los santos Padres, comentadores de aquellos lugares, y en particular san Epifanio. *De vit. et inter. Prophet. cap. 2 et 10.* (*Véase la historia de Daniel en las del dia 10 de abril*).

La Misa es del comun de los Santos confesores pontífices, y la Oracion la siguiente:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Adonis, Oid, Señor, las súplicas que os ofrecemos en la fiesta del bienaventurado

confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Adon, vuestro confesor y pontífice; y absolvednos de todos nuestros pecados por los méritos é intercesion de un Santo que os sirvió tan dignamente. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VIII *del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? (sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die: aestimati sumus sicut oves occisionis). Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos.

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada? (como está escrito: Por tí cada dia somos condenados á muerte: se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo). Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó.

REFLEXIONES.

¿*Quién nos separará del amor de Jesucristo*? Nada hay mas natural que esta conclusion que saca san Pablo; lo que pasma es que esta conclusion no esté en el corazon y en la boca de todos los fieles. Jesucristo murió por todos: es, á mas de esto, nuestro mediador en el cielo; ¿quién nos separará, pues, de su amor? ¿Podemos tener motivos mas justos, mas obligatorios, mas interesantes, mas fuertes, ora se consideren sus beneficios, ora se atienda á lo que se merece su persona? ¿temerémos padecer por quien no ha rehusado morir por nosotros? No, Señor; al acordarme de lo que padecísteis, me parece sentirme con bastante ánimo, mediante la ayuda de vuestra gracia, para desafiar á todos los males, á que no son capaces de separarme jamás de Vos; dadme asimismo fuerzas para triunfar de los deleites mas lisonjeros, y mas sensibles todavía que los mismos tormentos. Un cristiano debiera preguntarse á menudo á sí mismo: lo que el mundo tiene de mas amable ó de mas terrible ¿podrá separarme de Jesucristo? Si para hacer una brillante fortuna no fuera menester mas que cometer un pecado secreto, ¿permaneceria yo fiel? Lo que su corazon le responda entonces, le hará conocer si ama á Dios. Si el corazon hubiera de hablar lo que siente, ¡oh, y cómo es de temer que Jesucristo reconoceria pocos siervos fieles! ¿Hay necesidad de semejantes pruebas para descubrir la flaqueza de nuestro amor? ¿por ventura no muestra bastantemente ser semejante á esos fuegos artificiales, que el menor soplo apaga, á esas flores tiernas y delica-

das, que á la menor escarcha se marchitan y se queman? Nada mas ruin, nada mas débil que nuestro amor al Salvador: juzguémoslo por nuestra indiferencia, por nuestro poco respeto en el templo, por nuestra poca solicitud por agradarle; añadamos por nuestra espantosa serenidad después de haberle ofendido. Esto aturde y repugna á todo espíritu cristiano; esto parece increible á los mismos bárbaros. Jesucristo posee y tiene en sí solo todas las calidades y perfecciones capaces de mover y ganar todos los corazones: Jesucristo es nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Rey, nuestro Mediador, nuestro Salvador, nuestro Padre. Nosotros no ignoramos lo que ha hecho por nosotros; ¿no ha hecho bastante? ¡Ah, que por ganarnos y obligarnos á amarle, ha hecho mas de lo que podemos creer! ¡y con todo esto nosotros no amamos á Jesucristo!

El Evangelio es del capítulo XXIV *de san Mateo, pág. 185.*

MEDITACION.

Sobre el amor que debemos tener á Dios.

Punto primero.— Considera como es cosa extraña que tengamos necesidad de que se nos pruebe que debemos amar á Dios, y que haya sido necesario imponernos un precepto de amar á un Dios infinitamente amable, y que nos ama infinitamente, y esto bajo las mas graves penas; pero lo que todavía pasma mas, lo que repugna á todo entendimiento que no ha perdido la razon es, que con todas estas razones tan convincentes que tenemos para amar á Dios; con este mandamiento tan expreso y tan positivo de amar á nuestro Dios; con el conocimiento de todas las dichas y de todas las horribles penas que caerán sobre todos los que no hubieren amado á Dios; este Dios tan bueno, tan poderoso, tan justo, tan benéfico, no sea amado. Hé aquí una cosa que parece tan incomprensible como la misma eternidad. ¡Qué hemos de conocer el sumo Bien, la fuente de todos los bienes, el solo verdadero bien, y no le hemos de amar! Es preciso, Dios mio, que seais bien poco conocido, cuando tan pocas gentes os aman; es preciso que el corazon del hombre sea muy perverso, si conociendo á Dios no le ama. Si Dios no nos hubiese mandado expresamente que le amásemos, quizá se podria decir que el no sentir esta extrema ternura para con él es una especie de respeto que le tenemos. Pero pues nos permite, y aun nos manda que le amemos, ¿quién puede dejar de amarle? ¿qué cosa hay en todo el universo, en to-

das las criaturas existentes y posibles; qué cosa hay capaz de mover nuestro corazon, que no la posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad, vosotras no sois en todos los objetos criados sino unas sombras muy imperfectas. Dios solo es grande, hermoso, poderoso, bueno. En las criaturas las cualidades amables están divididas en diferentes sugetos, y regularmente están acompañadas de tantos defectos, que por lo comun no gustan sino de léjos: Dios solo tiene todas las perfecciones sin alguna mezcla que pueda desagradar. Cuanto mas de cerca se le ve, mas se le admira. No hay cosa en él que no te mueva y te lleve á amarle. Entre los hombres la majestad inspira respeto; pero no siempre gana los corazones: en Dios su infinita grandeza le hace todavía mas amable. El entendimiento se pierde en este océano infinito de perfecciones puras é infinitas; pero el corazon del hombre encuentra en él su verdadera felicidad. Así lo que hace la suma bienaventuranza de los predestinados en el cielo, es el ver á Dios y poseerle; de aquí nace aquel amor divino que llena de gozo, de dulzura, de paz y de inefables delicias á los hombres y á los Ángeles. Se puede decir que los bienaventurados en el cielo no son sino entendimiento y corazon, para no conocer ni amar sino á Dios. ¡Oh, qué consuelo! ¡oh, y qué satisfaccion la que produce este amor! Y ¿por qué no comenzarémos desde esta vida á gustar la bienaventuranza de los Santos, amando á Dios de todo corazon?

Punto segundo.—Considera que el amor de las criaturas es una pasion inquieta y turbulenta, que hace al corazon esclavo, y le sujeta á otras mil pasiones; pero el amor de Dios es dulce y tranquilo, extingue las pasiones desordenadas, sacia el alma, y la pone en aquella dichosa libertad de que gozan los hijos de Dios. Por mas que hagamos, por mas amable y cabal que sea el objeto á que se aficiona nuestro corazon sobre la tierra, no es capaz de hacernos dichosos un solo momento. ¡Oh, y cuántos accidentes adversos, cuántas mudanzas no previstas, cuántos reveses, cuántos trastornos de cosas turban todos los dias nuestro reposo! El temor, ó por mejor decir, la seguridad de perderlos un dia nos sobresalta é inquieta continuamente. El amor de las criaturas es inseparable de la inquietud, del pesar y de la tristeza. Vos solo, Dios mio, que sois toda mi felicidad, Vos solo podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. Ninguna aventura, ningun accidente, ningun poder enemigo puede robarme mi tesoro: no tengo que temer en un objeto tan amable, ni disgusto ni

mudanza. Aun en la suposicion que se encuentre un objeto criado digno de nuestro amor, ¿quién podrá asegurarnos que él nos juzgará dignos del suyo? Este Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable, no solo no se desdeña de nuestro corazon, sino que se complace en él; gusta, por decirlo así, y quiere hacer de este corazon sus delicias: *deliciae meae esse cum filiis hominum.* Un nacimiento oscuro, un entendimiento mediano, una desgracia te hacen el desecho del mundo. Pero sabes que si amas á Dios, este Dios te mira con ojos de complacencia. Los grandes no hacen caso de tí; pero Dios te ama. Tus concurrentes, tus envidiosos te aborrecen; pero Dios te quiere; y ¿no amarás á tu Dios? ¿Qué sentimientos de reconocimiento y de amor no se excitarian en nuestro corazon, si supiésemos que el mayor Rey del universo nos honraba con su amistad y benevolencia? Vos me amais, Dios mio; todas las cosas me lo dicen; todas me lo prueban; todas me lo demuestran; y ¡yo no os amaré á Vos!

Esto es hecho, Dios mio: yo os amaré, Dios de mi corazon, y pongo por testigos al cielo y á la tierra de que no quiero vivir sino para amaros. Haced, Señor, que esta resolucion sea eficaz.

Jaculatorias. — Yo os amaré, Señor, á Vos, que sois toda mi fortaleza. (*Psalm.* xvii).

¿Qué cosa hay en el cielo y en la tierra, Dios de mi corazon, que yo quiera y yo pueda amar fuera de Vos? (*Psalm.* lxxii).

PROPÓSITOS.

1 Acuérdate que toda nuestra felicidad en este mundo y en el otro no consiste, propiamente hablando, en otra cosa sino en amar á Dios; y que todos los ejercicios de piedad no sirven sino para hacernos amar á Dios cada dia mas; y que no tenemos mérito, ni valemos nada si no amamos á Dios. Hé aquí el blanco á que deben dirigirse todas nuestras devociones y ejercicios espirituales. Excítate á este amor de Dios tierno y afectuoso; acostúmbrate á decir frecuentemente por el dia y por la noche: yo os amo, Dios mio. Procura hacer todas tus buenas obras por amor de Dios. Si visitas los pobres enfermos ó encarcelados, si perdonas las ofensas, si das limosna, haz todas estas cosas como otras tantas pruebas que das á Dios del amor que le tienes.

2 Piensa á menudo en tus meditaciones cuán digno es Dios de ser amado; cuán infelices son los que no le aman, y cuán felices los que le aman. Convéncete bien, que toda nuestra fortuna consiste en

amar á Dios; y que sin este amor somos nada, aunque fuésemos los primeros hombres del mundo: *sine charitate nihil sum.* Enseña frecuentemente á tus súbditos y á tus hijos esta importante leccion: pídele á Dios su amor en todas tus oraciones; y en cada comunion díle á Jesucristo con san Pedro: *Señor, Vos sabeis que os amo*: ó con san Agustin: *Me atrevo á decir, Señor, que estoy cierto que os amo.* Finalmente, haz todos los dias esta bella peticion de san Ignacio: Dame, Señor, solo tu amor con tu gracia, y estoy bastante rico y bastante contento.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Floriano y Calanico, y cincuenta y ocho compañeros, en Eleuterópolis en Palestina; los cuales en el imperio de Heraclio fueron muertos á manos de los sarracenos por confesar la fe de Jesucristo.

San Lázaro, obispo, en Marsella en Francia, al cual resucitó el Señor, como se lee en el Evangelio. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Juan de Mata, fundador del Órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos, en Roma; cuya fiesta, por decreto de Inocencio XI, se celebra el dia 8 de febrero. *(Véase su historia en las de aquel dia).*

San Sturmio, abad y apóstol de la Sajonia, en el monasterio de Fulda, al cual canonizó el papa Inocencio II en el concilio segundo de Letran. *(Murió en 779).*

Santa Vivina, vírgen, en el monasterio de Bigarda junto á Bruselas, cuya esclarecida santidad manifiestan sus frecuentes milagros.

Santa Olimpíada (*ó mas bien* Olimpias), viuda, en Constantinopla *(gloria de las viudas de la Iglesia oriental: fue una señora de ilustre progenie y de opulenta fortuna. Nació en el año 368, y quedó huérfana bajo la tutela de Procopio que parece era su tio; pero su mayor dicha fue haber sido educada por Teodosia, hermana de san Anfiloquio, virtuosísima mujer, á la cual san Gregorio Nacianceno llamaba modelo perfecto de piedad. Era Olimpias todavia muy jóven cuando casó con Nebridio, tesorero del emperador Teodosio el Grande, y algun tiempo prefecto de Constantinopla; pero murió á los veinte dias de casado. La Santa quiso conservarse viuda no obstante el empeño de Teodosio para que aceptase por esposo á Elpidio, caballero español, y se dedicó enteramente á las obras de piedad y mortificacion del cuerpo. Su virtud era la admiracion de toda la Iglesia, como se infiere del modo con que de ella hablan todos los prelados y hombres grandes de aquella era. San Anfiloquio, san Epifanio, san Pedro de Sebaste, y otros mantuvieron con ella una fina correspondencia. Nectario, arzobispo de Constantinopla, la creó diaconisa; y san Crisóstomo, elevado á aquella silla en 398, no tuvo menos respeto á la santidad de Olimpias que su predecesor. Murió por los años de 408 rodeada de tribulaciones, mereciendo la recompensa de los Confesores.* Butler).

Santa Begga, viuda, hermana de santa Gertrudis, en Anden en la abadía de Siete Iglesias. *(Fue hija de Pipino de Landen, hermana mayor de santa*

Gertrudis de Nivelle, y casada con Anseguiso, hijo de san Arnoldo, que fue algun tiempo mayor de palacio, y después obispo de Metz. Muerto su marido en una cacería, y después de haber hecho una peregrinacion á Roma, erigió siete capillas en Anden sobre el Meusa, á imitacion de las siete iglesias principales de Roma. Tambien fundó un gran monasterio á semejanza del que su hermana gobernaba en Nivelle, del cual la enviaron una pequeña colonia. Partió para el Señor en el año de 698. Butler).

La traslacion de san Ignacio, obispo y mártir, en el mismo dia, el tercero que gobernó la iglesia de Antioquía después del apóstol san Pedro: desde Roma, en donde padeció este Santo imperando Trajano, fue trasladado su cuerpo á Antioquía, y colocado en el cementerio de la iglesia fuera de la puerta llamada de Daphne, en la cual fiesta predicó al pueblo san Juan Crisóstomo: después volvieron á trasladar sus reliquias á Roma, y las depositaron con suma veneracion en la iglesia de San Clemente junto con el cuerpo de este mismo santo Papa y mártir.

SAN LÁZARO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Lázaro, aquel hombre de milagro, á quien Jesucristo llama su amigo, *Lazarus amicus noster*, y á quien este divino Salvador amaba con una ternura que era conocida de todo el mundo, *Ecce quem amas*, era originario de Betania, que era una aldea distante tres cuartos de Jerusalen, residencia ordinaria de su familia, muy distinguida entre los judíos del país, ya fuese por los grandes bienes que poseia, ya por su nobleza y antigüedad. San Antonino dice que su padre se llamaba Siro y su madre Eucaria, los cuales tuvieron tres hijos: Lázaro, que era el primogénito, y dos hijas, Marta y María. Habiendo muerto el padre y la madre, los hijos dividieron los bienes entre sí. Se dijo en la vida de santa Magdalena que Lázaro y Marta heredaron los que tenian en Betania y al rededor de Jerusalen, y que las tierras y el castillo de Mágdalo ó Magdelon, que estaban en la Galilea, fueron la herencia de María.

No se sabe á punto fijo el tiempo en que esta afortunada familia tuvo la dicha de conocer á Jesucristo por el Mesías tan ardientemente deseado, y por tanto tiempo esperado; ni tampoco cuando empezaron á seguirle. Es muy probable que fue una de las primeras de Judea que descubrió este tesoro escondido; y que Lázaro tenia una vida tan regular segun la ley, de quien, á causa de la pureza de sus costumbres, se podia decir lo que el Salvador dijo de Natanael, que era un verdadero israelita en quien no habia dolo ni doblez; es probable, digo, que Lázaro, que era un hombre de bien y temeroso de Dios, y esperaba la consolacion de Israel, apenas hubo oido hablar del Salvador, ó apenas le hubo visto, cuando se hizo su discípulo.

Marta, que era una doncella muy ejemplar, siguió bien pronto el ejemplo y los consejos de su hermano; y si María no tuvo tan pronto parte en la misma dicha, reparó bien esta pérdida por su extremado amor y por la rigurosa penitencia, de que fue un pasmoso ejemplo en adelante.

Las instrucciones del Salvador hicieron maravillosas impresiones en el corazon y en el espíritu de Lázaro. Encontrando esta divina palabra una tierra tan bien preparada, es decir, una alma casta y un corazon noble y generoso, produjo abundantísimos frutos. Derramando el Hijo de Dios con abundancia sus gracias sobre el hermano y la hermana, los hizo bien pronto dignos de su benevolencia y cariño. Jesucristo no pasaba por Betania, que no viniese á hospedarse en casa de este discípulo privilegiado. Las conversaciones familiares que tenia con el Salvador encendieron en su corazon un amor para con él de los mas ardientes y mas tiernos. La castidad, que hacia á san Juan el discípulo amado, hacia á san Lázaro el amigo de corazon, sin que esta predileccion del Salvador causase los menores celos entre los discípulos, ganando y previniendo á todo el mundo en su favor la mansedumbre, la humildad y la modestia de nuestro Santo. Su casa servia de retiro al Salvador cuando predicaba en las inmediaciones, en la cual tomaba su refeccion, y dormia por la noche. El hermano y la hermana eran demasiado estimados del Salvador para no alcanzar la conversion de María, su hermana menor. Como esta moraba en su castillo de Magdelon en Galilea, no se habia aprovechado de las visitas de Jesucristo; por otra parte su vida licenciosa era un grande obstáculo para que la gracia obrase en su corazon; pero las oraciones de Lázaro y Marta consiguieron la conversion de una pecadora, en cuya salvacion eran tan interesados. El Hijo de Dios oyó favorablemente sus afectuosas plegarias; y predicando en Betsaida y en Cafarnaum, pueblos vecinos al castillo de Magdelon, fué María á oirle, y se convirtió. Se sabe la generosidad y el ruido con que ella misma publicó su conversion; la que sin duda fue una de las mas insignes conquistas de la gracia. La amistad que tenia el Salvador con su hermano fue causa de la dicha de la hermana, la que desde aquel punto dejó su tierra de Magdelon para vivir en casa de sus padres, donde tenia la dicha de ver mas á menudo al Salvador, y aprovecharse de sus santas instrucciones.

Hácia los principios del año 30 de Jesucristo cayó Lázaro peligrosamente enfermo en Betania. Sus dos hermanas sobresaltadas á vista del peligro, enviaron un expreso á hacer saber al Salvador la

enfermedad de su hermano; el que no le dijo sino estas pocas palabras de parte de entrambas: *Señor, mirad que el que amais está enfermo*. Jesucristo se contentó con responderlas por el mismo mensajero, que la enfermedad de su hermano no debia darlas cuidado, que no moriria de ella absolutamente, que Dios queria ser glorificado en ella, y que con motivo de esta enfermedad glorificaria el Señor maravillosamente á su Hijo. Esta respuesta serenó por algun tiempo á las dos hermanas; pero se sorprendieron mucho al ver que la enfermedad se aumentaba, y que no venia el soberano Médico. En efecto, el Salvador permaneció todavía dos dias en el lugar donde estaba, y no partió hasta que conoció que su amigo habia muerto. Entonces dijo á sus discípulos: Volvamos á Judea. Ellos le respondieron al punto: Señor, ¿cómo te atreves á volver tan pronto á un país donde ha tan poco tiempo que te querian apedrear? — Nuestro amigo Lázaro duerme, replicó el Salvador, y quiero ir á despertarle. No comprendiendo los discípulos su pensamiento, le dijeron: Si duerme es buena señal, él escapará de esta enfermedad; imaginándose que hablaba del sueño ordinario, tan saludable á los enfermos; pero Jesucristo hablaba de la muerte de Lázaro. Entonces les dijo abiertamente: Lázaro ha muerto, y me alegro de no haberme encontrado en su casa antes que muriera, por tener ocasion de afirmaros en la fe con el mas estupendo milagro, de que vais á ser testigos: vamos á ver en el estado en que está. Partió, pues, Jesús para Betania, y afectó que no iba sino á cortas jornadas. Luego que estuvo cerca le vinieron a decir que Lázaro habia ya muerto, y que ya habia cuatro dias que estaba enterrado. Como Betania no estaba léjos de Jerusalen, habian venido muchas personas de los alrededores á consolar á Marta y á María, y á llorar con ellas la muerte de su hermano. Pero ellas esperaban de otra parte su consuelo; solo Jesús podia enjugar sus lágrimas. En efecto, luego que Marta supo que venia, dejó prontamente á su hermana y á toda la visita para ir á presentársele; y al punto que le vió, le dijo llorando: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero con todo no desespero de verle resucitado. — Tu hermano resucitará, le dijo Jesús. — Sé, replicó Marta, que resucitará en el último dia, cuando se obrará la resurreccion general. — ¿No sabes, la dijo el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida? ¿dónde está tu fe? Ella sin replicar se fué corriendo á casa á avisar á su hermana la llegada de su divino Maestro, diciéndola al oido que habia llegado Jesús. María se levantó al punto, y le fué á encontrar. Viéndola partir con tanta precipitacion los

que habian ido á visitarla, la siguieron, creyendo que iba á llorar sobre la sepultura de su hermano. María encontró al Señor fuera del lugar, y arrojándose á sus piés, le dijo: Ah, Señor, ¿dónde habeis estado? ¡qué falta nos habeis hecho! Si hubiérais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Dichas estas palabras, empezó á llorar, y los judíos que la acompañaban tampoco pudieron contener sus lágrimas.

Este triste espectáculo enterneció al Salvador de modo, que la emocion de su corazon se manifestó en el rostro. ¿Dónde le habeis enterrado? les dijo, queriendo con esta pregunta excitar mas su fe y su confianza. Venid, Señor, respondieron las dos hermanas, venid á ver donde está enterrado. Á estas palabras no pudo el Salvador contener sus lágrimas. Lo cual hizo decir á los judíos: Mirad como le amaba; y aun hubo algunos que dijeron: Este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, y que hizo tantos milagros, ¿no podia haber hecho que Lázaro no muriese? Fué, pues, Jesús al sepulcro, que era una caverna en una roca, cubierta con una gran piedra. Su ternura no pudo menos de prorumpir en algunos suspiros; luego mandó que se quitara la piedra que cubria la sepultura. Á este tiempo le dijo Marta que habia ya cuatro dias que estaba enterrado, y que no podia dejar de oler mal; á lo que respondió el Señor: No temas; ¿no te he dicho ya que si tienes fe verás la gloria de Dios? Se quitó, pues, la piedra; y entonces Jesucristo levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, gracias os doy porque me habeis oido; pues aunque sé muy bien que siempre me oís, mas he dicho esto por los que están aquí presentes; para que crean que Vos me habeis enviado, y para que su fe se avive y aumente. Después de estas palabras dijo en voz muy alta: Lázaro, sal del sepulcro. Esta palabra volvió la vida y el movimiento al difunto, el cual se levantó, salió y empezó á andar; pero como todavía tenia atados los piés y las manos con las vendas, y el rostro cubierto con el sudario con que habia sido enterrado, mandó Jesús que le desataran y le quitaran el sudario. Un milagro tan portentoso llenó de admiracion á todos los que se hallaban presentes; los cuales levantaron las manos al cielo, exclamando cada uno: Este es el verdadero Hijo de Dios; este es el Mesías prometido á los hombres. La fama de este prodigio llegó bien pronto á Jerusalen, y se extendió por toda la Judea con tanta mayor publicidad, cuanto Lázaro era hombre de representacion, y muy conocido en toda la provincia. Su muerte habia hecho mucho ruido; pero su resurreccion dió todavía mas golpe. De todos los alrededores venian

las gentes en tropas á ver esta prueba sensible de la venida del Mesías. No se hablaba en todas partes de este nuevo Profeta sino con admiracion, y todo el mundo empezó á creer en él; lo cual excitó todavía mas contra él el odio de los escribas y fariseos.

Después de este gran milagro, queriendo el Salvador evadirse de la multitud de gentes que acudian á él todos los dias, se retiró con sus discípulos á Efren, ciudad inmediata al desierto de Judea. Pero seis dias antes de la última Pascua que celebró con sus discípulos, queriendo acercarse á Jerusalen, volvió á Betania, donde fue convidado á comer por uno de los mas ricos vecinos, llamado Simon. Lázaro fue uno de los convidados, y uno de los principales del convite; y como se hubiese esparcido por todo el país la llegada del Salvador á Betania, fueron allá muchos judíos, no solo por tener la satisfaccion de oir á Jesucristo, sino tambien por ver á Lázaro con sus propios ojos. Este hombre vuelto del otro mundo era un predicador, que sin hablar palabra, daba á conocer á todo el pueblo el poder y la santidad del que le habia dado segunda vez la vida. Sola su presencia daba tanto golpe en el corazon de muchas personas, que convencidas de la verdad, renunciaban y se desengañaban de los errores de los saduceos, y daban de mano á las supersticiones judáicas. Nuestro Santo, que era uno de los mas fieles y mas celosos discípulos de Jesucristo, no contribuia poco á estas conversiones con sus exhortaciones y su presencia.

Los príncipes de los sacerdotes concibieron tanta rabia contra Lázaro, que mirándole desde entonces como su enemigo, porque era el mayor amigo del Salvador, resolvieron deshacerse de él. Sin duda hubieran ejecutado su pernicioso designio, si no hubiesen temido dar al Salvador ocasion de hacer un nuevo milagro que los confundiera y abochornara mas. Creyeron que era menester comenzar por hacer morir al que habia resucitado á Lázaro; y esto es lo que ejecutaron pocos dias después.

El Evangelio no nos dice nada mas de nuestro Santo. Es cierto que entre todos los discípulos de Jesucristo fue san Lázaro uno de los que tuvieron mas parte, así en las humillaciones como en su gloria. La ternura con que el Salvador le amaba, y el amor que nuestro Santo tenia al Salvador, el insigne beneficio que habia recibido de él, y su fidelidad constante en seguirle, le hicieron muy sensible á los dolores é ignominias de su muerte, como tambien á la gloria de su triunfo. Amándole san Lázaro tan extremadamente, no se duda que seria uno de los testigos ordinarios de sus apariciones después

de su resurreccion, y que recibiria el Espíritu Santo con los Apóstoles y demás discípulos el dia de Pentecostes. Habiendo el furor de los judíos contra los discípulos de Jesucristo hecho morir á san Esteban el primer mártir, se excitó una furiosa persecucion contra todos los fieles, en la que fueron echados de Jerusalen, y la mayor parte precisados á salir de Judea; pero la rabia de los príncipes de los sacerdotes, y de todos los que ocupaban los primeros puestos entre los judíos, descargó con mas particularidad contra Lázaro y su familia. Ninguna cosa los confundia mas, ni probaba mas invenciblemente que habian quitado la vida al Mesías, al verdadero Hijo de Dios, que este hombre resucitado, mientras estuviese en vida. El hacerle morir era un delito que manifestaba su injusticia y su impiedad. Era Lázaro un hombre de calidad, irreprensible en sus costumbres, que no podia tener otro delito que el ser amigo de Jesucristo, y haber sido resucitado por medio del mas insigne milagro. Dejarle en la Judea era dejar una prueba viva de la divinidad del Salvador, y de su horrendo deicidio; y así tomaron el partido de hacer desaparecer á Lázaro y á sus hermanas, que durante la sublevacion del pueblo de Jerusalen contra los fieles se habian retirado á Joppe, hoy Jafa, ciudad marítima, distante seis ó siete leguas de Jerusalen; y habiéndolos metido en una nave muy maltratada, sin timon, sin mástiles, sin pertrechos, con todos los fieles que se encontraron con ellos, los expusieron de esta suerte á un evidente naufragio. Esto nos dicen muchos antiguos manuscritos, fundados en una antigua y piadosa tradicion, como se dijo en la historia de la vida de santa Magdalena y de santa Marta.

La divina Providencia, que saca siempre su gloria de los designios mas siniestros y mas malignos de los enemigos de Jesucristo, permitió que esta nave aportase dichosamente á las costas de Marsella. Esta maravilla aturdió á aquellos pueblos gentiles, naturalmente corteses y tratables, y dispuso los espíritus para oir á unas gentes á quienes el cielo protegia de una manera tan visible. No se duda que los Apóstoles consagraron obispos á la mayor parte de los discípulos de Jesucristo, antes de esparcirse por el universo; y sobre todo á Lázaro, como que era el mas ilustre y mas privilegiado de todos los discípulos. Luego que esta santa colonia de héroes cristianos desembarcó, anunciaron la fe de Jesucristo en aquella célebre ciudad, que después de Roma era de las mas considerables del mundo seiscientos años habia. San Lázaro, que sabia bien que Dios le habia destinado para ser apóstol de ella y su primer pastor, dió desde luego muestras

de su celo. Marsella era á la sazon muy célebre, no solo por su antigüedad, sino tambien por sus victorias, por su alianza con los romanos y por su academia. Las ciencias y las artes florecian en ella, y habia un gran número de personas hábiles, á quienes se confiaba la educacion de la juventud de todas las Galias y aun de Roma; lo que adquirió á Marsella el nombre de ciudad de las ciencias, y á los antiguos marselleses la gloria de haber civilizado á cási toda la Galia, y haber aumentado y dado lustre á la Religion. Á esta ilustre ciudad fue á quien dió el Señor por primer obispo á san Lázaro, su grande amigo. El buen acogimiento que hacian á los extranjeros en ella dió á nuestro Santo toda la libertad de anunciar á sus habitantes las divinas verdades del Evangelio; oyéronle con gusto al principio, y muy pronto con admiracion: un aire noble y agraciado, unos modales suaves, afables y corteses; una religion tan pura, tan santa, tan racional; una moral, que reglando el corazon y el entendimiento rectificaba la razon; una doctrina, sostenida y confirmada con toda especie de milagros: todo esto hizo triunfar muy en breve la fe de Jesucristo, y convertirse á ella un prodigioso número de personas. San Lázaro veia aumentarse todos los dias su rebaño: su maravilloso celo consiguió que en menos de un año se levantase la religion cristiana, y se fundase en todas partes sobre las ruinas del paganismo. Se vió cuánto contribuyeron á esta milagrosa obra santa Magdalena y santa Marta con sus palabras y sus ejemplos. El célebre templo de Diana, convertido con el tiempo en una iglesia con el título de Nuestra Señora la Mayor, que es la catedral, es un augusto monumento de este insigne triunfo del Cristianismo sobre los paganos, y del prodigioso celo de san Lázaro. En el siglo IV se creia ya que tenia treinta años cuando fue resucitado, y las actas de la iglesia de Marsella le dan treinta años de obispado, durante los cuales el santo Obispo hizo un prodigioso número de conversiones, derribó muchos templos dedicados á los falsos dioses, é hizo pedazos una pasmosa multitud de ídolos.

Se cree que fue en el imperio de Vespasiano cuando el procónsul, que habia sido enviado á Marsella por gobernador, infatuado de las supersticiones paganas, solicitado por los sacerdotes de los ídolos, rabiosos por ver su reputacion y sus rentas reducidas á nada después que san Lázaro convirtió á la fe de Jesucristo una parte de la ciudad, mandó prender al santo Obispo, y habiéndolo hecho comparecer ante su tribunal, le echó en cara con un tono áspero todo lo que habia hecho contra la religion y el culto de los dioses del imperio.

Después, con un aire colérico y dominante, le dijo: Es preciso, ó que sacrifiques á nuestros dioses, ó que pierdas la vida entre los mayores suplicios. — Por lo que mira al sacrificio, respondió el Santo, no puedo ofrecerle sino al verdadero Dios; y tú, señor, tienes demasiadas luces para no ver que lo que llamas tus dioses no merecen sacrificios; por lo que mira al último suplicio con que me amenazas, sé que no me puede suceder cosa mas dulce ni mas gloriosa que el dar la vida por aquel que me la volvió á dar á mí después de haberla perdido, y que se dignó morir por mí para que yo viva eternamente. El Prefecto, irritado con esta generosa respuesta, le hizo despedazar con látigos armados de puntas de hierro, con tanta crueldad, que su cuerpo quedó hecho una sola llaga. Acabado este cruel suplicio, le encerraron en un horrible calabozo: se creyó que este tormento le hubiera hecho negar la fe; pero habiéndole preguntado de nuevo el Prefecto si permanecia todavía en su creencia, y habiéndole encontrado siempre mas inflexible, le hizo atar á un poste, y atravesarle de una multitud de flechas; pero Dios le conservó la vida en medio de este suplicio. Cada llaga, dicen las actas de su martirio, era una boca que publicaba la gloria y el poder de su Dios. Le aplicaron después sobre el cuerpo láminas de hierro hechas ascuas: el tormento era espantoso, pero la constancia del Santo no se disminuyó ni aflojó un punto. Finalmente, corrido el Juez de verse vencido de la paciencia heróica del Santo, mandó que le cortaran la cabeza, lo que se ejecutó el 17 de diciembre del año 72 de Nuestro Señor Jesucristo, á los setenta y tres de su edad y treinta de su obispado. Su cuerpo fue enterrado por los Cristianos en una cueva con los ornamentos pontificales de que se servia en la celebracion de los divinos misterios. Se ve todavía el horrible calabozo donde fue encerrado en el célebre monasterio de religiosas de San Benito, llamado San Salvador, delante del cual está la plaza donde le cortaron la cabeza.

Se guarda con mucha veneracion en la iglesia catedral de Marsella la cabeza de san Lázaro en un relicario de plata sobredorada, que pasa por el mas rico y de mas bello gusto que hay en Francia. Se asegura que el año 957 el resto de sus reliquias se llevó á Autun por el obispo Vivaldo, en el reinado de Lotario, rey de Francia. Lo cierto es que se conserva en Marsella, en la misma caja donde está esta preciosa cabeza, un escrito muy antiguo, hecho por un sacerdote que parece haber sido sacristan de esta iglesia, y firmado por dos testigos, en que afirman, que habiendo sabido querian llevarse el cuerpo de san Lázaro, el sacerdote habia quitado secretamente la cabeza, y

habia sustituido otra en su lugar. Este escrito, que se leyó durante la visita de la catedral que hizo Mons. Guillelmo de Veintimilla de Luco, entonces obispo de Marsella, y después arzobispo de Paris, tiene todas las señales de autenticidad que se pueden desear en uno de los mas antiguos testimonios. Habiendo sido el obispado de Marsella bajo san Lázaro, su primer obispo, la silla mas antigua, debiera ser, al parecer, uno de los primeros de las Galias, si la Iglesia no hubiera seguido, por decirlo así, en la economía y distribucion de las sillas episcopales el órden y distribucion de la magistratura romana. San Lázaro ha tenido ilustres sucesores, entre los cuales se cuentan veinte y uno reconocidos por Santos. Las crueles persecuciones contra los fieles, que dieron á la Iglesia tantos millones de Mártires desde el año 180 hasta el 306, han hecho perder el nombre de un gran número de ilustres prelados que gobernaron esta iglesia durante aquel largo intervalo. Sin embargo, se cuentan ciento y seis grandes obispos, que nos son conocidos desde san Lázaro hasta monseñor Enrique Francisco Javier de Belsunce de Castel Moron, que ocupó esta silla con tanta dignidad, y fue uno de los mas brillantes ornamentos del obispado, no tanto por la nobleza y fama de su nombre, cuanto por su celo ardiente por la Religion, por la efusion generosa de su inagotable caridad, por su eminente ciencia, y por la tierna piedad con que edificó á toda la Iglesia.

SAN FRANCO DE SENA, CONFESOR, DEL ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

El glorioso san Franco de Sena fue natural de Groti, aldea de la Toscana, seis millas distante de la ciudad de Sena. Nació en el año de 1211 á 3 de diciembre. Pocas horas antes que saliese Franco á gozar de la luz, soñó su madre que paria un monstruo horrible, el cual poco á poco se convirtió en hombre, como la pena de su madre en consuelo, dándole el Señor á entender la mudanza de costumbres que habia de ver en su hijo, pasando con el tiempo de ser bruto á racional, y de las inclinaciones torpes y obscenas, que en sus primeros años habia de seguir, á la alteza de virtudes y santidad con que habia de pulirle la Gracia. Pusiéronle en el Bautismo Franco, pronóstico feliz de sus mejoras; pues fue tan franco y liberal en el servicio de Dios, como lo habia sido en los vicios. Criáronle sus padres con amor y virtud; y llegando á los años de la discrecion, le pusieron al estudio, para lo cual le enviaron á Sena á casa de un deudo suyo,

donde, aunque gastó algunos años, no pasó de leer y escribir; porque ya su mal natural, ya los malos lados no le daban lugar de aprovecharse: lo cual visto por sus padres, se lo volvieron á casa para ponerle freno: y viéndole ya mancebo, le inclinaron á oficio de curtidor, que pide mas fuerzas que ingenio: pero no lo continuó; porque el trabajo honesto no era para su genio. Murió su padre; y como era quien lo tenia á raya, presto pasó la de la razon; y sin respetar ni obedecer á su madre, se entregó á toda suerte de vicios y maldades, y acabó de perder finalmente el temor á Dios.

Su trato y conversacion era con hombres de mala vida, ladrones, blasfemos, jugadores, rufianes, y mujercillas perdidas, de aquellas que se venden por esclavas del pecado. Con tales lados frecuentaba los garitos, tabernas y lupanares, gastando los dias y las noches en convites y pendencias; y como su caudal era ninguno, gastaba á cuenta de lo que á otros robaba. Nadie tenia segura su hacienda, ni su mujer; porque como fiera á todos ofendia: no admitia consejos; y como frenético tenia por enemigo al médico que procuraba su cura: huia de los virtuosos: no queria oir misa, ni recibir los Sacramentos, ni entrar en la iglesia, sino es á ver, ó solicitar algunas mujeres, haciendo la casa de Dios terreno de su apetito. Afligida de dodolor la pobre madre, perdió la vida, cuya muerte fue nuevo título para las disoluciones de Franco. Disipó brevemente la mayor parte de la herencia, y con ella creció en sus disoluciones; porque el dinero en manos de un desperdiciador es lo mismo que la espada en las manos de un loco. Pero el Señor, que si le habia figurado monstruo en su primera edad, juntamente en la mayor le delineó para Santo, dispuso su reduccion, dejándole caminar por su mismo precipicio; á la manera, dice san Ambrosio, que una madre deja que se ahite el hijo de leche, para quitarle el pecho.

Abrasábanse en guerra viva las ciudades de Sena, y Orbieto; y Franco, sentando plaza de soldado, dióse al juego, y con mas disolucion á los votos y blasfemias, con universal escándalo: quitaba las mujeres á sus maridos: robábales sus haciendas; y junto con otros bandoleros, ni á las vidas de sus dueños perdonaba. No satisfecho de la fuerza, usó tambien del arte, para hurtar mas á su salvo, vistiendo diversos trajes de estudiante, soldado, labrador, peregrino, borgoñon, francés, italiano, y español, usando barbas postizas, unas negras, y otras blancas, con que engañaba á todos, y hacia de las suyas. De esta suerte el Señor iba dando cuerda á aquella fiera: así permitia se dejase arrastrar de sus vicios, para que después la expe-

riencia le enseñase que son dueños tiranos; y al fin, que es primor de Dios usar de reglas torcidas, para sacar derechos sus renglones. Todo lo experimentó así Franco; porque continuando su ejercicio, se sentó una noche á jugar, y habiendo perdido cuanto tenia, hasta el vestido y zapatos, señalando á sus ojos, dijo á los jugadores: *¿Hay quién quiera jugarme estos ojos? Porque descreo de quien los hizo.*

Al eco de esta blasfemia respondió el Señor con un tan grave dolor y ardor en ellos, que quedó ciego del todo: con que por inútil, y mas por su disolucion, lo echaron de una fortaleza en que estaba de guarnicion. Viéndose arrojado, y tan mal visto de todos, que no habia quien le diese un bocado de pan: haciendo de la necesidad virtud, tomó por motivo de su reduccion la miseria en que se hallaba. Volvió el corazon á Dios: renunció los yerros de su pasada vida; y llorando con grande amargura sus pecados, los decia y confesaba á voces: tomaba rigurosas disciplinas, y con grandes señales de contricion imploraba la divina clemencia, redimiendo con su dolor el tiempo que habia malogrado. Limpió su conciencia con una confesion general de sus pecados: borrólos con muchas penitencias y lágrimas: vendió la poca hacienda que le quedaba, para satisfacer las muchas que habia robado: lo que hizo, en cuanto pudo, por medio de su confesor. Con estas diligencias desnudándose del hombre viejo, renació nueva criatura vestido de Cristo. No contento de los muchos rigores y penitencias con que maceraba su carne, hizo voto de venir en romería á visitar el sepulcro de nuestro patron Santiago. Por la falta de vista deseó llevar compañía, y hallóla en un mozo llamado Dato, que tambien se habia reducido á penitencia; pero como este, persuadido de sus parientes, no solo se negase á acompañarle, sino tambien procurase disuadirle de tan buenos intentos, resistióse valerosamente Franco, respondiendo con gran confianza en el Señor.

Emprendió, pues, Franco su camino, y á pocos pasos experimentó la mano del Señor y su asistencia; porque se le aclaró un poco la vista, y en este favor conoció que el Señor se agradaba de su camino. En breves dias llegó á Compostela: visitó al santo Apóstol; y habiendo recibido con gran devocion los santos sacramentos de la Confesion y Eucaristía, mereció que con nueva luz del alma le restituyese el Señor enteramente la corporal, quedando á tantos favores tiernamente agradecido, y haciendo rigurosas penitencias. Viendo cuán bien le habia ido en esta romería, determinó hacer otras no menos devotas: partió á Roma, donde habiendo recibido la bendicion

y una indulgencia plenaria del papa Gregorio IX, gastó en aquella ciudad santa toda la Cuaresma: la cual ayunó á pan y agua, fuera de otras penitencias y rigores: de allí pasó á visitar otros santuarios en Italia, Nápoles, y Sicilia, recibiendo en todas partes grandes favores del Señor, y dejando ejemplos raros de humildad y penitencia. Visitó la casa angelical de Nuestra Señora de Loreto; y pidió á María santísima el perdon de sus antiguos desacuerdos con grande humildad, confesando haber blasfemado de ella muchas veces. Consiguió el perdon de la Madre de piedad; y en señal de que estaba ya en su gracia, tuvo un soberano éxtasis, en el cual apareciéndosele la divina Señora, le consoló y exhortó á que perseverase en su santo propósito.

Alentado con favor tan soberano, se volvió á la ciudad de Sena, en donde, vestido de un saco, descalzos los piés, y descubierta al sol y al frio la cabeza, dió mas alto punto á sus rigores. Gastaba las noches en oracion, y lo mas del dia en la iglesia: frecuentaba los Sacramentos, oia los sermones; y deseoso de edificar á los que con sus obras y palabras habia escandalizado, salia de noche por las calles diciendo á voces: *Pecadores, convertios á Dios y haced penitencia*. Íbase á los lugares públicos, y desnudando sus espaldas, las castigaba rigurosísimamente con cadenas de hierro, dando con tan rigorosa penitencia enseñanza para la que debian hacer los mas divertidos. Entraba en las casas de juego, y derribaba las mesas de los naipes y dados. Entraba continuamente en las cárceles y hospitales, y aplicando á cada uno su medicina, á todos dejaba mejorados, y hacia grandes conversiones. Muchos años gastó en estos ejercicios tan útiles al bien comun como al provecho de su alma: la cual teniéndola Dios destinada á la religion de su santísima Madre, quiso que esta celestial Señora le enseñase el camino por donde habia de llegar á esta dicha. Estando cierto dia en la iglesia mayor de Sena, después de sus acostumbrados ejercicios se quedó suspenso; y en aquel rapto ó sueño se le apareció la Reina de los Ángeles, cercada de gran resplandor, y le dijo: que para no caer, y vencer á la carne, al mundo y al demonio, dejase el mundo, buscase la soledad, y huyese de la conversacion de los hombres.

Obedeciendo Franco á la voz celestial, se fué á un yermo, en donde fabricó una pequeña choza; y escondido en ella, sin mas sustento que las yerbas, continuó algunos años sus ásperos ejercicios. Allí recibió las consolaciones de la sacratísima Vírgen, en diferentes apariciones; las cuales en vez de hacer confiado á Franco, se dió á mas rigurosas

penitencias, doblando los ayunos, multiplicando las disciplinas, y quitando del poco sueño que á las noches tomaba. Ciñóse al cuerpo una gruesa cadena de hierro, tan estrecha y apretada, que se la incorporó en la carne, con tanto deseo de mortificarla, que ni un solo punto la apartó de sí hasta el dia de su muerte.

Es la santidad como especia aromática, que presto se exhala y difunde: así la de Franco se exhalaba de suerte que su mayor mortificacion eran las alabanzas que los pueblos circunvecinos le daban: pero él, como verdadero humilde, deseoso de huirlas, se fué hácia Groti, su patria, y á milla y media del lugar, hallando un bosque cerrado de malezas, en lo interior de él edificó una casilla, á la cual no dejó ninguna luz, donde negado á visitas y aclamaciones, gastaba lo mas del dia y noche en oracion, favorecido de Dios y de su santísima Madre, que habiéndole llevado á la soledad, tenian con él dulces y frecuentes coloquios.

Llegó por fin el dia en que viendo la sagrada Vírgen María cuán animosamente se portaba el siervo que habia escogido para suyo y de su órden en las diferentes peleas y tentaciones que á cada paso permitia el Señor que le suscitase el demonio, así para su humillacion, como para dar nuevo aumento á sus coronas, se le apareció asistida de muchos cortesanos celestiales: traia en la mano derecha una guirnalda de hermosas flores, y en la siniestra el hábito de su religion carmelita; y díjole, que era su voluntad que vistiese aquel hábito, en la cual si perseveraba sirviéndola con pureza y perfeccion, seria coronado en la gloria con aquella guirnalda. Con esto desapareció la Madre de Dios; y Franco, procurando obedecerla, partió al convento de los Carmelitas de Sena: comunicó la revelacion con un religioso, y rogóle fuese medianero con el prelado para que le concediese el hábito. El prior, considerando su mucha edad, y que ni habia estudiado para corista, ni para fuera del coro tenia fuerzas, le despidió, y aconsejó que perseverase en su vocacion de ermitaño; pues en ella servia á Dios, y edificaba á los fieles. El pretendiente sintió mucho la repulsa, pero alentado por la santísima Vírgen, y echándose á los piés de los religiosos, ya con ruegos, ya con lágrimas, consiguió lo que tanto deseaba. Entraron los Padres en capítulo, y con gusto le admitieron: solo faltaba el dinero para comprarle los hábitos; porque no lo tenia Franco, ni el convento, que con mas de quinientos años de antigüedad conservaba su pureza primitiva. Entonces dijeron á Franco que era preciso tuviera paciencia, hasta tener posibilidad para comprarle los hábitos.

Tiernamente sintió el fervoroso pretendiente la detencion; aunque no duró mucho su pena: porque la Reina del cielo, que todo lo solicitaba, envió al convento, al mismo punto, un Ángel en forma de agraciado mancebo, que trayendo en sus manos ya cosido y dispuesto el hábito de la religion, entró en la pieza donde asistia la comunidad, y dándoselo al prior, dijo: *Este hábito es para Franco;* y al punto desapareció. Quedaron todos tan pasmados, que en largo espacio nadie pudo hablar palabra: y cuando ya pudieron, levantando las manos al cielo, y los corazones á Dios, dieron á su Majestad y á su Madre santísima las gracias de que trajese á su religion á un varon tan hijo de sus cuidados: y Franco, no menos obligado que reconocido, y mas advirtiendo en que aquel hábito era el mismo que traia en sus manos la soberana Reina María; derramando muchas lágrimas de ternura y gozo, le ofreció de nuevo su humilde corazon, por coronarlo, á sus divinas plantas.

Viéndose con el hábito, que tomó el año 1279, y con la profesion á su tiempo, no es decible los fervores con que procuró que su vida se conformase con el nuevo estado: desmentia con su aliento las carnes: la edad volvió en juventud: ninguno habia mas diligente en el trabajo, mas continuo en la oracion, mas ferviente en los rigores, mas afecto á la humildad, siendo en todo un perfecto ejemplar, de que aprendian los mas ejercitados en la religion. La vida que en ella sentó fue en esta forma: Su comida ordinaria no pasaba de unas raíces de yerbas, y en falta de ellas, pan y agua; que vino no lo probaba: esta comida era solo los tres dias de la semana; porque lunes, miércoles, viernes y sábado, se sustentaba con sola la sagrada Comunion. Su cama era la tierra desnuda y una tabla. Para enjaular el cuerpo, hizo unos aros de hierro de dos dedos de ancho, ligados con unas cadenas, tan estrechos y apretados, que le entraban por las carnes. Echóse una argolla al cuello, para padecer de todas maneras, que no hubiese parte en su cuerpo que no participase su dolor; y para guardar perpetuo silencio, hizo una bola de plomo de media libra de peso, y la traia siempre en la boca; y para no perderla, cuando se ofrecia sacarla, la traia pendiente de una cadena, de las que ceñian su cuerpo. En el coro siempre era el primero, sin faltar por eso á las ocupaciones en que le ponia la obediencia. Compadecíanse mucho los religiosos: admiraban aquel espectáculo los Ángeles; y aun el mismo Dios, sin duda, lo atendia con ternura, segun lo dió á entender con el suceso siguiente: Estaba Franco en viernes contemplando los misterios de la sagrada pasion,

y se le apareció nuestro Redentor puesto en la cruz, cubierto de las muchas llagas y heridas que padeció en el Calvario; y mirando á Franco, como consolándose con él, dijo: *Mira, Franco, lo mucho que padecí por los hombres, y lo mal que lo agradecen.* Dicho esto desapareció.

Con esta vision nació en el Santo un temor filial, en que considerando lo mucho que Dios padeció por él, y lo poco que él padecia, andaba confuso y dudoso si Dios le habia perdonado sus pecados, y si ellos eran la causa de que se le mostrase tan dolorido, cuando le consideraba glorioso. Para sacarle de esta congoja, le hizo Dios, entre los demás, dos singularísimos favores. Estando un dia en la infraoctava del Corpus disponiéndose para comulgar, el confesor para probar su obediencia y resignacion le mandó no comulgase aquel dia, y reconociéndose por indigno de recibir tan gran Señor, se contentase con recibirle espiritualmente en su alma. Así lo hizo, sin discurrir en lo que su padre espiritual le mandó, juzgándose tan indigno como su maestro y humildad le persuadian. Su divina Majestad aceptó el sacrificio de su resignacion; mas no quiso privarle de sus provechos: y así estando ayudando una misa, ordenó que cuando el sacerdote partia la hostia, saltase una parte de ella, y volando por el aire se fuese á la boca de Franco, sirviéndole de Sacramento y sacerdote el mismo Señor, en premio de su humildad grande y singular resignacion.

El otro no fue menos tierno; porque estando en oracion delante de un Crucifijo, y receloso si estaba en su gracia y amor, le suplicaba con instancia le sacase de aquella perplejidad; mereció que desenclavando su divina Majestad los brazos de la cruz, y echándoselos al cuello, por dos veces lo abrazase, y dijese: *Franco, no tienes que temer: persevera en lo comenzado, y alcanzarás lo que deseas.* Con ser tan excesivamente grande este favor, aun se quedó Franco en sus dudas y recelos. Para salir de ellas acudió á la sacratísima Vírgen María para que intercediese con su Hijo, y le alcanzase el perdon de sus pecados. Continuando esta súplica un sábado se le apareció esta Señora tan cercada de luz y resplandores, que los que paseaban la ciudad creyeron que se abrasaba el convento; y díjole con mucha afabilidad y ternura: *Franco, Dios ha perdonado tus pecados, y todos aquellos por quienes has rogado han conseguido remedio en sus necesidades, y lo conseguirás en lo futuro, si perseverares en la vida comenzada.* Entre tanto llegando muchos seglares al convento, y viendo que descargaban las luces y el fuego sobre la celda del Santo, asustados repetian: «Socorred, Padres, socorred á Franco; porque se

«abrasa su celda.» Acudieron todos, y viendo salir de ella grandes llamas, repararon que ni quemaban ni molestaban. Con que se persuadieron á que el incendio era sobrenatural, y mas cuando le vieron elevado en el aire, los ojos abiertos y vueltos al cielo, y tan quieto que nada podia moverlo. Así duró algun espacio, hasta que volviendo en sí, y viéndose cercado de tanta gente, de suerte se avergonzó, que retirándose á parte oculta, tomó una sangrienta disciplina, castigando al igual de las culpas que hizo, cuando pecador, la opinion en que ya estaba de Santo.

Conociendo que la penitencia que habia hecho por sus pecados le habia merecido el perdon, procuró con nuevo fervor continuarla. Buscó unos agudos abrojos, y sembrólos entre el hábito y la carne para vivir siempre atormentado: otros derramó en una pieza retirada, á donde á ciertas horas del dia se iba á pasear, llevando los piés descalzos, y de noche, hincado de rodillas sobre ellos, continuaba tres y cuatro horas la oracion. Hizo un casco de hierro, y dentro de él una cruz, en la cual y en el cerco de aquel puso unas puntas de acero en memoria de las espinas de la corona de Cristo; y para que no le viesen, le traia forrado con un casquete de paño. Á esta gala de la cabeza añadió al cuerpo, para traerlo mas ceñido y apretado, una cota de malla, llena de las mismas puntas, la cual puede decirse que estimó mas que á su vida: pues le halló con ella la muerte, atormentándole todo, de manera que á no sustentarle Dios, como de milagro, hubiera acabado brevemente la vida á manos de sus dolores.

Dióle el Señor ciencia superior á su capacidad, con la cual, siendo un hombre lego en su profesion, y rudo en ingenio, hacia unos sermones llenos de noticias tan provechosas y delicadas, que se conocia bien que su caudal era celestial é infuso. Oíale el pueblo con mayor provecho, gusto y atencion que los sermones mas estudiados de los predicadores. Su tema era el santo Crucifijo que consigo llevaba, enarbolándolo por las calles, plazas y lugares públicos, donde acudia mas gente, discurriendo en las finezas de su pasion y vida santísima. De aquí pasaba á las casas de juego, donde era grande el provecho de su predicacion, arrojando primero, como Cristo, las mesas, naipes y dados, con los dineros, sin que ninguno se atreviese á hacerle contradiccion.

Con la ciencia le comunicó tambien su Majestad el conocimiento de los sucesos futuros, y lo mas escondido de los corazones, entregándole las llaves de todos, como á tan gran amigo suyo. A esta

gracia acompañó igualmente la de hacer milagros, los cuales fueron tantos, que fuera nunca acabar referirlos todos.

Ya habia entrado Franco á los ochenta años de su edad, cuando el primer dia de diciembre de 1291 le envió el Señor una calentura tan aguda, que sobre sus grandes rigores y abstinencias le debilitó mucho: y aunque con la robustez de su espíritu encubria la falta de las fuerzas naturales; con todo el rigor de la fiebre y echar mucha sangre por la boca, le dejó tan descaecido, que al sexto dia perdió del todo las fuerzas: con que á instancias del prior y del médico se hubo de poner en la cama. Esta fue la tierra dura, hasta que constreñido con la obediencia, admitió un jergon de paja, sin sábanas ni otra cosa alguna. Como ya el Señor le habia revelado el dia de su muerte, y vió que ya se llegaba, se dispuso convenientemente con los sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion; y con ternísimas lágrimas, después de pedir perdon á los religiosos, hincado de rodillas, fué abrazando estrecha y amorosamente á cada uno, dejándoles á todos desconsolados al ver que se les ocultaba aquel sol que con el raro y singular ejemplo de su gran santidad les ilustraba.

Era ya el dia once, cuando al salir los religiosos de vísperas los llamó el Santo, y pidió se fuesen delante del santísimo Sacramento, y le suplicasen no permitiese le acometiese el demonio en aquella hora última de su vida, por ser en la que él procura con mas esfuerzos que el hombre desespere de la divina misericordia, poniéndole delante sus pecados. Antes de ponerse el sol volvieron los religiosos á la celda del enfermo, y dándole fuerzas el amor, les hizo una plática espiritual toda divina, á cuyos ecos, y á la presencia de un resplandor divino que se desprendió del cielo, huyeron las tinieblas, y quedó clara la ciudad, y el convento tan lleno del resplandor celestial, que parecia ardia en vivas llamas. La gente, antes atónita, y con tan repentina mudanza consolada, acudió luego al convento: llegó á la celda del Santo, que parecia un cielo en la claridad y resplandores que en ella habia; y acompañando con sus lágrimas las de los religiosos, aquel abrasado fénix, despidiéndose de todos, les dijo: Hermanos mios, quedaos en paz. *Y tú, buen Jesús, y Dios mio, recibe en tus manos mi espíritu.* Y con estas palabras se lo entregó con grande quietud y consuelo.

Al mismo punto comenzaron á resonar en su celda muchas voces celestiales, que alabando á Dios y al Santo, en solemne procesion acompañaron aquella dichosa alma á su reino, y con ellos caminó aquella luz celestial. Toda la noche y dia siguiente la ciudad veló

el santo cuerpo, sin permitir fuese enterrado hasta el dia de santa Lucía, siendo tanta la gente que acudia, y los milagros y portentos que hacia el Santo, sanando ciegos, cojos, tullidos, mancos, leprosos, paralíticos y endemoniados, que fue lástima que con tanta brevedad les quitasen á los enfermos un tan celestial y divino médico, que tan liberalmente y de buena gana curaba á todos. Pero no pudieron dejar de darle la debida sepultura; porque á no hacerlo no le dejaran cabellos, ni hábitos, pues todos se los cortaban para reliquia: ni tampoco se puede decir que se le quitaron á los enfermos con enterrarle; porque su sepulcro era una botica milagrosa para todas dolencias y enfermedades: pues acabado de enterrar hizo tantos milagros, sanando endemoniados, y diversos enfermos, y resucitando muertos, que fuera nunca acabar el referirlos.

Su cuerpo fue trasladado el año 1302 y colocado en el altar de una capilla suya, junto con las cadenas y aros con que ligaba su cuerpo, el jaco de malla, el casco de la cabeza, y la bola de plomo, encerrado todo en una arca muy rica: y el de 1308 lo beatificó el sumo pontífice Clemente V, teniendo bastantes noticias en confirmacion de su santidad y milagros, y de los grandes concursos que en procesiones y estaciones se hacian á su sepulcro, así de su patria Groti, como de otros pueblos circunvecinos. Concedió asimismo el dicho Pontífice misa y rezo propio del Santo, que confirmó Dios con un milagro, enviando una enfermedad tan penosa, que le quitó la vida á cierta persona que sintió mal de que tan presto se le hubiese dado misa propia y rezo á san Franco.

La admirable vida del siervo de Dios, el glorioso san Franco, debe servirnos de estímulo para mejorar con animosa caridad la nuestra: pues en ella hallamos ejemplo para convertir pecadores, regla para formar religiosos, y modelo para hacer Santos: todo lo cual podrán conseguir los que se valieren de la intercesion é imitacion de este prodigio de la Gracia, que de pecador pasó á religioso, y de religioso á Santo: el cual es festejado, y se reza en toda la religion del Cármen tal dia como hoy, aunque su glorioso tránsito fue en el dia 11, como hemos ya visto. (*Rib.*).

La Misa que se dice en honra de san Lázaro es del comun de un Mártir Pontífice, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Lazarum, Christi discipulum, quatriduanum mortuum suscitatum, pontificio et mar-

Ó Dios, que después de haber resucitado á san Lázaro, discípulo de Jesucristo, muerto y enterrado cuatro

tyrio decorasti; concede nobis ejus meritis, à peccatis resurgere, et vita æterna gaudere: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

dias habia, le honraste con el obispado y el martirio; concédenos por sus méritos que resucitemos de nuestros pecados, y gocemos de la vida eterna. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo I *del apóstol Santiago.*

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem; quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit parit peccatum; peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida, que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que lo saca de sí, y le aficiona. Después la concupiscencia, habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado después, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

Bienaventurado el que sufre la tentacion; no el que se expone á ella. ¡Cosa extraña! se conviene, se ve que todo está lleno de lazos en el mundo: no se halla á cada paso otra cosa que precipicios; el enemigo de nuestra salvacion da vueltas sin cesar al rededor de la plaza para aprovecharse de todas las ocasiones de entrar en ella: se sabe que tiene inteligencias dentro de ella, y que su partido no es el menos fuerte: todos nos dicen que surcamos un mar fecundo en naufragios; sin embargo, como si no hubiese peligros, como si no hubiese enemigos, como si nos faltaran ocasiones de pecar, como si las tentaciones fuesen muy raras, nos exponemos con plena deliberacion á los mayores peligros, á los concursos mundanos, á conversaciones tiernas, á espectáculos profanos, donde el arte amontona y reune todo lo que hay mas capaz de tentar, donde todo se pone en práctica

para envenenarnos; se corre á ellos con ansia; y se saldria de ellos con disgusto y con pesar si á la vista de tantos objetos seductivos y perniciosos se hubiera estado sin sentir ninguna impresion. El espectáculo es un pasatiempo vacío y ocioso; es un agregado vivo y engañoso de todo lo que puede agradar; no tiene otro fin que el de encantar el espíritu y los sentidos por medio de mil embelesos, que el de enternecer el corazon y hacerle susceptible de todo lo que las pasiones tienen de mas fino y delicado. Ciertamente perderia el teatro todo lo que tiene de gustoso, de divertido, perderia todo su embeleso sin este delicioso artificio; se quiere que el espectáculo mueva: la escena está fria si no irrita alguna pasion; y cuando los actores nos dejan inmobles, nos indignamos, porque no han sabido turbar nuestra tranquilidad, ni herir nuestra inocencia. Se ve en ellos una escuela de la indevocion y del vicio, á donde se corre con furor: por mas que se ponga cada leccion á un alto precio, nadie se queja del dinero que expende en ellos; pero que un pobre procure incitar la compasion, se dice que los tiempos son demasiado malos para dar limosna. Jamás falta para mantener el juego, ni con que pagar un aposento ó un asiento en los espectáculos. Todo lo que envenena, todo lo que tienta, agrada y gusta; y después de esto se atribuyen al demonio todas nuestras caidas, ¡con qué poca razon! nosotros mismos somos nuestros tentadores, y los autores de nuestras caidas.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Juan.*

In illo tempore: Erat quidam languens Lazarus à Bethania, de castello Mariae, et Marthae, sororis ejus. (Maria autem erat, quae unxit Dominum unguento, et extersit pedes ejus capillis suis: cujus frater Lazarus infirmabatur). Miserunt ergo sorores ejus ad Dominum dicentes: Domine, ecce quem amas, infirmatur. Audiens autem Jesus, dixit eis: Infirmitas haec non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam. Diligebat autem Jesus Martham et sororem ejus Mariam, et Lazarum. Ut ergo audivit quia infirmabatur, tunc quidem mansit in eodem loco duobus diebus. Maria ergo, cum venisset ubi erat Jesus, videns eum, cecidit ad pedes ejus, et dicit ei: Domine, si fuisses hic, non esset mor-

En aquel tiempo: Estaba enfermo un tal Lázaro, natural de Betania, patria de María y de su hermana Marta. (María era aquella que ungió al Señor con ungüento, y le enjugó los piés con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo). Enviaron, pues, sus hermanas á decirle: Señor, mirad, aquel que amais está enfermo. Oido esto, dijo Jesús: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que por medio de ella sea el Hijo de Dios glorificado. Jesús amaba á Marta y á su hermana María y á Lázaro. Luego, pues, que oyó que estaba enfermo, se detuvo en el mismo lugar por espacio de dos dias. Habiendo llegado, pues, María á donde estaba Jesús, y viéndole, se echó á sus piés, y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí,

tuus frater meus. Jesus ergo, ut vidit eam plorantem, et judaeos qui venerant cum ea plorantes, infremuit spiritu, et turbavit seipsum, et dixit: Ubi posuistis eum? Dicunt ei: Domine, veni, et vide; et lacrimatus est Jesus. Dixerunt ergo judaei: Ecce quomodo amabat eum. Quidam ex ipsis dixerunt: Non poterat hic qui aperuit oculos caeci nati, facere ut hic non moreretur? Jesus ergo rursus fremens in semetipso, venit ad monumentum. Erat autem spelunca: et lapis superpositus erat ei. Ait Jesus: Tollite lapidem. Dixit ei Martha, soror ejus qui mortuus fuerat: Domine, jam foetet, quatriduanus est enim. Dicit ei Jesus: Nonne dixi tibi, quoniam si credideris, videbis gloriam Dei? Tulerunt ergo lapidem: Jesus autem, elevatis sursum oculis, dixit: Pater, gratias ago tibi quoniam audisti me. Ego autem sciebam quia semper me audis, sed propter populum, qui circumstat, dixi: Ut credant quia tu me misisti. Haec cum dixisset, voce magna clamavit: Lazare, veni foras. Et statim prodiit qui fuerat mortuus, ligatus pedes, et manus institis, et facies illius sudario erat ligata. Dixit eis Jesus: Solvite eum, et sinite abire. Multi ergo ex judaeis, qui venerant ad Mariam, et Martham, et viderant quae fecit Jesus, crediderunt in eum.

no hubiera muerto mi hermano. Entonces Jesús, viéndola llorar, y á los judíos que habian venido con ella llorando tambien, gimió interiormente, y se turbó á sí mismo, y dijo: ¿En dónde le habeis puesto? Respondiéronle: Señor, ven y ve, y lloró Jesús. Dijeron, pues, los judíos: Mirad cómo le amaba; y algunos de ellos dijeron: ¿No podia este que abrió los ojos del ciego de nacimiento hacer que este no muriese? Pero Jesús, gimiendo otra vez interiormente, llegó al sepulcro, que era una cueva, á la cual se habia puesto encima una piedra. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole Marta, hermana del difunto: Señor, corrompe ya, porque tiene cuatro dias. Respondióla Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra; y Jesús, levantando los ojos arriba, dijo: Padre, te doy gracias porque me has oido: yo sabia que siempre me oyes; pero lo he dicho por causa del pueblo que me rodea, para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho estas cosas, gritó con una gran voz: Lázaro, sal afuera. É inmediatamente salió afuera el que habia sido muerto, atados los piés y las manos con fajas, y cubierto el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: Desatadle, y dejadle que se vaya. Muchos, pues, de los judíos que habian venido con María y Marta, y habian visto lo que hizo Jesús, creyeron en él.

MEDITACION.

De la confianza que debemos tener en Jesucristo.

Punto primero. — Considera los grandes motivos que tenemos para poner en Jesucristo toda nuestra confianza; es nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Padre. Como nuestro Dios es omnipotente, nada le es difícil. Su providencia divina, infinitamente sabia, de todo cuida, todo lo gobierna, todo lo ordena á nuestra salvacion; no hay acontecimiento, no hay accidente que no haya previsto desde la eternidad, y que no lo permita como un medio para la salvacion, si

se quiere hacer un buen uso de él. Como Jesucristo no desea tanto ninguna cosa como nuestra salvacion, su sabiduría infinita regla y ordena todas las cosas á la utilidad y salvacion de los que le sirven; prosperidad, desgracias, riquezas, pobreza, honras, desprecios, salud, enfermedad, todo puede servir, todo contribuye para que los que aman á Dios obren su salvacion. Lázaro era amigo de Jesucristo; ¿qué tenia que temer? Su enfermedad bien puede ser mortal, todo el arte de los médicos, todos los remedios pueden serle inútiles, Jesucristo le ama; esto basta, no importa que muera, el Señor sabrá resucitarle, si quiere que sobreviva. Así las hermanas de Lázaro no le envian otro recado que este: Señor, el que amas está enfermo. ¡Oh, si nosotros amáramos verdaderamente á Jesucristo, qué poco cuidado se nos daria, qué poco tendríamos que temer de todos los accidentes de la vida! Pero Jesucristo no solamente es nuestro Dios; es tambien nuestro Maestro. Se hizo hombre por nuestro amor; y nuestra redencion es la mayor obra que ha salido de sus manos. ¿Qué derecho no nos da á su bondad, á su misericordia, á sus liberalidades la cualidad de Redentor y de Salvador? ¿son menester otros motivos para inspirarnos una entera confianza en él? Parece que Jesucristo no nos pide sino esta confianza para oir nuestras súplicas, y para otorgarnos cuanto le pidamos: *Credite quia accipietis;* tened una entera confianza en mí, y seréis oidos. Pedid en mi nombre, y todo lo alcanzaréis de mi Padre. ¿No te he dicho que si crees, decia el Salvador á Marta, verás á Dios glorificado? Y á vista de esto, ¿estamos faltos de confianza?

Punto segundo. — Considera que Jesucristo no es solamente nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Salvador; sino que es tambien nuestro buen Pastor, nuestro tierno y amado Padre. Repasa en tu imaginacion todos los nombres que toma, todas las comparaciones de que se sirve, sus parábolas, sus milagros; y en toda su vida mortal no hallarás cosa que no sea una prueba sensible del amor que nos tiene, y de la excesiva ternura con que nos mira. Yo soy el Pastor bueno, dice; si alguna de mis ovejas se extravia, es tanto el gozo y la alegría que siento cuando la encuentro, que me tengo por bien indemnizado, por muy bien pagado de la pena que tuve al buscarla. Si san Pedro teme anegarse, al darle Jesucristo la mano no le echa en cara sino su poca confianza. ¡Qué bondad, qué caridad, qué atencion á las necesidades de los que le siguen! *Misereor super turbas:* me compadezco de estas gentes porque hace tres dias que no me de-

jan, y no tienen que comer, y no quiero despedirlas sin que primero hayan comido. Pero ¿qué milagros no hace para remediar sus necesidades? ¿qué significa la buena acogida, el gozo, el banquete del padre del hijo pródigo? Haciendo Jesucristo el retrato de este buen padre, ¿no quiso hacer el suyo propio? En fin, su vida pobre, sus tormentos, su muerte de cruz, la institucion de los Sacramentos, y sobre todo, el gran milagro, el milagro insigne de su amor, la adorable Eucaristía, todo nos excita á que confiemos en este buen Padre; todo grita contra nuestra desconfianza y nuestro poco amor para con un Padre tan amable, que no cesa de excitar nuestra confianza por sus beneficios. Y ¿es posible que después de unas pruebas tan visibles de su omnipotencia, de su celo ardiente por nuestra salvacion, del exceso de su amor, estemos todavía faltos de confianza?

No, amable Salvador mio, no me faltará esta virtud en toda mi vida; me corro de haber tenido tan poca confianza hasta aquí; y mi dolor va á hacer que de hoy en adelante sea mas viva mi confianza.

Jaculatorias.—El Señor cuida de mí, jamás me faltará nada. (*Psalm.* xxii).

Aunque el Señor me hiciere morir, no dejaré de esperar en él. (*Job,* xiii).

PROPÓSITOS.

1 ¿De dónde nace que tengamos tan poca confianza en Dios, siendo esta confianza el origen de la mas dulce tranquilidad, de los mas insignes beneficios, y teniendo tan poderosos motivos para poner en el Señor toda nuestra confianza? Esto nace de que somos poco liberales para con él. No le damos sino con dolor, á medias y tarde lo que nos pide, siempre le negamos algo, y nuestra conciencia, que no sabe adularnos, nos echa en cara esta ruindad, y con esta justa reprension debilita en cierto modo nuestra confianza, y hace que no pidamos ni esperemos sino como temblando. No niegues á Jesucristo nada de cuanto te pida, y desde luego tendrás mucha confianza en él.

2 Dile muchas veces con la Iglesia: *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.* En Vos, Señor, pongo toda mi confianza, no sea jamás confundido. Recurre con ternura á este divino Salvador en todos los accidentes de la vida. Siempre que veas á tu Crucifijo, renueva tu confianza; siempre que comparezcas ante el santísimo Sacramento, especialmente cuando comulgas, derrama afectuosamente tu corazon delante de este divino Salvador; nada le agrada mas; nada

hace mas nuestro su corazon que nuestra confianza. Haz á menudo esta deprecacion: *Credo, Domine, sed credam firmiùs. Spero, Domine, sed sperem securiùs. Amo, Domine, sed amem ardentiùs. Doleo, Domine, sed doleam vehementiùs.* Creo, Señor; pero haced que mi fe sea cada dia mayor. Espero en Vos, Señor; pero haced que mi esperanza sea cada dia mas firme. Yo os amo, Señor; haced que mi amor sea cada dia mas ardiente. Me pesa, Señor, de haberos ofendido; haced, Señor, que mi contricion sea cada dia mas perfecta.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Rufo y Zosimo, en Filipos en Macedonia, que fueron del número de los discípulos que fundaron la primitiva Iglesia en la Judea y en la Grecia: de su dichoso martirio trata san Policarpo en la carta á los Filipenses. *(Dice san Policarpo de ellos: «No han corrido estos en «vano, sino en fe y en rectitud; y ya han ido al lugar que les ha sido debido «por el Señor, con quien ellos tambien sufrieron.» No se sabe si Antioquía, ó Filipos, ó qué otra ciudad del Oriente en que predicaron, fue teatro de su triunfo, aunque sí que aconteció en el año de* 116. Butler).

Los santos mártires Teótimo y Basiliano, en Laodicea en Siria. *(Padecieron por los años de* 304).

Los santos mártires Quinto, Simplicio y otros, en el África, martirizados en la persecucion de Decio y Valeriano *(en el año de* 252).

San Moiseto ó Moisetes, mártir, en África tambien.

Los santos mártires Victuro, Victor, Victorino, Adjutor, Quarto y otros treinta, igualmente en África.

San Auxencio, obispo, en Mopsuesta en Cilicia; el cual siendo soldado en el ejército de Licinio, quiso antes despojarse de las insignias militares, que ofrecer uvas á Baco: después habiendo sido consagrado obispo, esclarecido en milagros murió en paz.

San Graciano, obispo, en Tours; al cual el papa san Fabian consagró primer obispo de aquella ciudad, y resplandeciendo con muchos milagros murió en el Señor. *(Vino desde Roma á Paris con san Dionisio á mediados del siglo III, y predicó la fe en Tours, donde fijó su silla episcopal. Los galos de aquellas comarcas eran sumamente adictos al culto de los ídolos; pero no hubo dificultades ni contradicciones capaces de abatir su perseverancia como verdadero apóstol, con la cual ganó á muchos de ellos para Cristo. Juntaba su pequeña grey en grutas y cavernas, y en ellas celebraba los divinos misterios; porque á veces se veia obligado á vivir escondido para escapar de una muerte cruel, con que le amenazaban los paganos, y que siempre estaba dispuesto á recibir con alegría en caso de caer en manos de ellos. Continuó sus trabajos hasta su dichosa muerte por espacio de cincuenta años).*

LA EXPECTACION DEL PARTO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN, QUE TAMBIEN SE LLAMA LA FIESTA DE LA O.

Se celebra este dia en la Iglesia de España, y en muchas iglesias de Francia, una fiesta particular en honra de la santísima Vírgen, que en España se llama la fiesta de la Expectacion del parto de la santísima Vírgen, y en Francia se llama la semana de preparacion; porque esta fiesta comienza ocho dias antes de Navidad, y continúa esta devocion todos los dias hasta el del sagrado parto de la santísima Vírgen; de suerte que esta fiesta es propiamente una octava antes de Navidad, destinada toda á prepararnos para el nacimiento del Salvador por medio de una devocion particular al parto de su santísima Madre.

Como la Anunciacion de la Vírgen era á un mismo tiempo la encarnacion del Verbo y la concepcion de Jesucristo, se celebraba su fiesta en la Iglesia desde los primeros tiempos el 25 de marzo con una solemnidad general; pero como esta fiesta caia algunas veces en Semana Santa, aun en Viernes Santo, ó en la semana de Pascua, se hallaba no sé qué inconveniente en celebrar la encarnacion del Verbo en un tiempo que estaba destinado á solemnizar la triste memoria de su pasion y de su muerte, ó el triunfo de su resurreccion gloriosa. En el compendio de los cánones que compuso Harmenópulo se encuentra todavía una constitucion del patriarca Nicéforo, que dice que si la fiesta de la Anunciacion cae en Jueves ó Viernes Santo, se podrá sin escrúpulo comer de pescado y beber vino: *Non peccamus, si tunc vino et piscibus utatur.*

Este inconveniente obligó á los obispos del concilio décimo de Toledo, celebrado el año 656, á trasladar esta fiesta al dia 18 de diciembre, ocho dias antes de Navidad, como á un tiempo únicamente consagrado á celebrar la encarnacion del Hijo de Dios, y la divina maternidad de la santísima Vírgen. No pareciendo conveniente, dicen los Padres de aquel Concilio, celebrar la encarnacion del Verbo en un tiempo en que se solemnizan la fiesta de su muerte y de su resurreccion gloriosa, los Padres juzgaron debian ordenar que ocho dias antes de Navidad se celebrara en España con toda la celebridad posible la fiesta particular de la Madre de Dios, para que así como la fiesta de Navidad tiene una octava solemne, así tambien la fiesta de la Madre de Dios no careciese de esta santa solemnidad. ¿Por ventura, añaden los mismos Padres, la encarnacion del Verbo no es una de

las mayores fiestas de la Madre? La Iglesia de España tuvo por conveniente trasladar esta fiesta dc la maternidad divina de la santísima Vírgen á este dia, para darle una solemnidad perfecta, y una octava entera en tiempo de Adviento, el que no es propiamente otra cosa que una continuada fiesta del misterio de la encarnacion y de la augusta maternidad de la Vírgen. Esta fiesta, dice el mencionado Concilio, estaba ya establecida en España y en otros muchos reinos del orbe católico: *In multis namque Ecclesiis, à nobis et spatio remotis et terris, hic nos agnoscitur retineri.*

No obstante, habiendo juzgado después la Iglesia de España que era mas conveniente conformarse con la Iglesia romana, que es la madre y maestra de todas las otras, y que siempre habia perseverado celebrando la fiesta de la Anunciacion el 25 de marzo, como que era el dia en que se habia obrado el misterio de la Encarnacion, quiso sin embargo retener la fiesta de la Madre de Dios ocho dias antes de Navidad, á la que desde entonces dió el nombre de la fiesta de la Expectacion del parto de la santísima Vírgen. Aunque la Iglesia católica no haga otra fiesta de la Anunciacion fuera de la del 25 de marzo, sin embargo, la iglesia de Toledo celebra siempre las dos, la una á 25 de marzo, por conformarse con la Iglesia romana, que es la madre y maestra de todas las otras iglesias: la otra á 18 de diciembre, ocho dias antes de Navidad, segun el establecimiento de la iglesia de Toledo, recibido después por todas las iglesias de España, en donde esta fiesta se celebra con mucha pompa y devocion. Las palabras de este decreto son dignas de notarse: *Quamvis Annuntiationis beatae Mariae festum suum solum nunc teneat, et octavo kalendas aprilis in universa Ecclesia catholica celebratur; Toletana tamen ecclesia utramque retinet solemnitatem; alteram mense martio, ut romanae Ecclesiae, quae magistra omnium ecclesiarum et mater est, sanctissimum institutum sequatur; alteram octavo ante natalem Domini die; tum quòd haec solemnitas ab ipsa Toletana ecclesia instituta fuerit, et magna veneratione ab aliis ecclesiis suscepta, per universam Hispaniam hactenus celebratur: tum verò*, etc.

San Ildefonso, sucesor de san Eugenio en la silla de la iglesia de Toledo, y uno de los mas devotos de la Madre de Dios, y muy celoso de su culto, confirmó este establecimiento, y fue quien le dió el nombre de Expectacion del parto de la Vírgen santísima, para dar á entender á los fieles que aunque en todo el Adviento deben pedir y desear fervorosamente con la Iglesia el nacimiento del Salvador; pero particularmente deben en estos ocho dias aumentar sus deseos, sus

votos, sus ansias, sus suspiros por el sagrado parto de la santísima Vírgen. El papa Gregorio XIII aprobó después esta fiesta, la que bien pronto pasó á Francia y á otras partes, y se celebra todavía hoy con mucha magnificencia en muchas iglesias. En España se celebra por ocho dias continuos con no menos pompa que piedad. Se dice todos los dias una misa solemne por la mañana, á la cual todas las mujeres preñadas, de cualquiera calidad y condicion que sean, procuran asistir, y el no hacerlo se mira como una especie de irreligion; y así puede decirse que son ocho dias de fiesta para ellas.

Esta fiesta de la Expectacion de la Vírgen se llama tambien la fiesta de la O, á causa de los grandes deseos que manifiesta la Iglesia durante estos ocho dias de ver nacer al Salvador del mundo, y por los ardientes votos que hace y explica por medio de antífonas particulares, que comienzan todas por la letra O: *O Sapientia, O Adonai, O radix Jesse, O clavis David, O Oriens splendor, O Rex gentium, O Emmanuel;* y que acaban todas con un *Veni:* Venid á enseñarnos el camino de la prudencia. Venid, Señor, á redimirnos con la fuerza de vuestro poderoso brazo. Venid, hijo de David, á ponernos en libertad, y no tardeis. Venid, llave de David y rey de Israel, y sacad de la cárcel á los que gimen en las tinieblas y sombra de la muerte. Venid, luz del eterno dia, Sol de justicia, y disipad las tinieblas en que vivimos. Venid, Rey de las naciones, y salvad al hombre que formásteis de la tierra; finalmente, venid, Manuel, Dios grande, que quereis venir á habitar con nosotros, venid á salvarnos, pues sois nuestro Señor y nuestro Dios. Esto es lo que se llama las *Oes:* las que, como se ve, no son otra cosa sino unas cortas pero ardientes súplicas, sacadas todas de los mas notables pasajes de la Escritura, por las cuales la Iglesia, entrando en el espíritu y en el sentido de los antiguos Patriarcas y de los mas santos Profetas, manifiesta, á imitacion de estos santos personajes, los ardientes deseos que tiene de ver nacer de la santísima Vírgen aquel divino Salvador, á quien Jacob llama la esperanza *ó expectacion de las naciones, y el deseado de los collados eternos* (*Gen.* XLIX): y el profeta Aggeo le llama *el deseado de las naciones.* (*Agg.* II). Esta misma expectacion hacia prorumpir á Isaías en estas expresiones que tienen, ó parecen tener tanto de entusiasmo: Cielos, enviad de lo alto vuestro rocío, y hagan las nubes que el Justo baje como una lluvia; ábrase la tierra, y brote al Salvador, y nazca la justicia al mismo tiempo: *Rorate coeli desuper, et nubes pluant Justum. Aperiatur terra, et germinet Salvatorem.* ¡Ojalá rompieras los cielos y bajaras! *Utinam disrumperes coelos, et des-*

cenderes; á imitacion de este hablan todos los otros Profetas.

Si todos los Santos del Antiguo Testamento suspiraron con tanto ardor, con tanta ansia por el nacimiento del Salvador del mundo, ¿cuáles serian los deseos de la que este Señor habia escogido para ser su Madre, sobre todo cuando vió que se acercaba el tiempo de su dichoso parto? ¿cuál la santa impaciencia de esta divina Madre durante los ocho dias que precedieron á su santo parto? ¡Con qué ardor, con qué ansia suspiraria por aquel feliz momento en que debia dar al mundo á su divino Salvador, su Dios, la alegría del universo, la esperanza de todas las naciones, y la salud de todos los hombres! Pues todo esto sabia era el fruto bendito de su vientre. No se duda que la santa Vírgen pasó todos estos ocho dias en transportes de amor, en los mas ardientes deseos, y en una continuada contemplacion de las maravillas encerradas así en el misterio de la Encarnacion, como en el del nacimiento del Mesías. Estos votos reiterados de la criatura mas santa, mas amada de Dios, estos deseos inflamados de la Hija muy amada de la santísima Trinidad, estas ansias amorosas de la inmaculada Madre del Verbo encarnado, esta santa preparacion, esta expectacion entusiástica de su parto son el objeto de la fiesta de este dia, á la cual san Ildefonso dió el nombre de Expectacion, bajo cuyo nombre se celebra el dia de hoy.

En el dia del sagrado parto de la Madre de Dios, dice Gerson, fueron oidos los deseos de los Patriarcas y Profetas; este dichoso dia, añade el mismo, puede llamarse la primera y principal fiesta de la santísima Trinidad, pues es el dia de sus mas pasmosas maravillas: *Hodie completa sunt omnia desideria. Hodie primum est, et principale Trinitatis festum.*

Entremos en el sentido de esta fiesta; honremos los ardientes deseos de la Madre con unos afectuosos deseos de ver nacer al Hijo. La devocion á la santísima Vírgen es la mas eficaz preparacion para todas las fiestas del Salvador. El culto que damos á la Madre atrae sobre nosotros las gracias de predileccion, que son tan necesarias para celebrar con fruto los mas santos misterios. Acordémonos, dice san Bernardo, de que así como no hay señal mas sensible de predestinacion que esta tierna y religiosa devocion á la santísima Vírgen, así tampoco hay socorro mas eficaz para la salvacion que el suyo. Busquemos la gracia, añade el mismo Padre, y busquémosla por María, porque ella encuentra lo que busca, y nunca deja de alcanzar lo que pide: *Quaeramus gratiam, et per Mariam quaeramus; quia quod quaerit invenit, et frustrari no potest.* Esta obtuvo la reparacion de to-

do el mundo, esta es la que alcanzó la salud de todos los hombres; porque es constante que tuvo mucho cuidado de que se salvara todo el género humano. Pero si quereis agradar á María, concluye el mismo Padre de quien es cuanto vamos diciendo, si teneis una verdadera devocion para con ella, manifestadla imitando su vida y sus virtudes: *Si Mariam diligitis, si vultis ei placere, emulamini.*

La Misa es en honra de la santísima Vírgen, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatae Mariae Virginis utero, Verbum tuum, Angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti, praesta supplicibus tuis; ut qui vere eam Genitricem Dei credimus, ejus apud te intercessionibus adjuvemur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que quisiste que tu Verbo tomara carne de las entrañas de la bienaventurada Vírgen María en el instante que el Angel se lo anunció; concédenos, que así como creemos que es verdaderamente Madre de Dios, así tambien seamos ayudados cerca de Vos por su intercesion. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *del profeta Isaías.*

In diebus illis: Locutus est Dominus ad Achaz, dicens: Pete tibi signum à Domino Deo tuo in profundum inferni, sive in excelsum supra. Et dixit Achaz: Non petam, et non tentabo Dominum. Et dixit: Audite ergo, domus David: Numquid parum vobis est molestos esse hominibus, quia molesti estis et Deo meo? Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce Virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Butyrum et mel comedet, ut sciat reprobare malum, et eligere bonum.

En aquellos dias: Habló el Señor á Achaz, diciendo: Pide al Señor tu Dios un portento del profundo del infierno, ó arriba en lo excelso. Y Achaz respondió: No le pediré, y no tentaré al Señor. Y dijo: Oid, pues, casa de David: ¿Por ventura es poco para vosotros el molestar á los hombres, sino que sois molestos tambien á mi Dios? Por esto el mismo Señor os dará un portento. Mirad, una vírgen concebirá y parirá un hijo, y se llamará su nombre Manuel. Comerá manteca y miel, para que sepa reprobar lo malo, y elegir lo bueno.

REFLEXIONES.

Una vírgen concebirá y parirá un hijo, el cual se llamará Manuel. Un prodigio tan fuera de toda expectacion, y tan sobre las ideas del entendimiento humano, era preciso que fuese anunciado mucho tiempo antes, para disponer los espíritus y los corazones á no sorprenderse cuando sucediera. Todo es milagro en este incomprensible misterio. Una vírgen concibe y pare un hijo sin dejar de ser vírgen; y este hijo, que se llama Manuel, es un Dios, que al mismo tiempo es ver-

dadero hombre, sin dejar de ser Dios; y este hombre Dios se digna por una bondad infinita tener sus delicias en habitar con los hombres; el espíritu humano se pierde en este océano de maravillas, todas las mas incomprensibles; pero ¿por ventura es menor maravilla el que todos estos milagros hechos en favor del hombre hagan tan poca impresion en su corazon? Dios hace anunciar estos admirables misterios setecientos años antes que sucedan, para disponer los espíritus á un acontecimiento tan inaudito. Una vírgen concibe, lo cual no puede ser sino obra del Espíritu Santo. Esta vírgen pare un hijo, sin que su virginidad padezca detrimento. Los prodigios sucedidos en el nacimiento de este hijo dan demasiado golpe para no descubrir en este niño todas las señales del Mesías. Todos estos sucesos maravillosos se predicen y anuncian siete ú ocho siglos antes que sucedan; la omnipotencia divina, el exceso del amor de Dios para con los hombres, la excelencia, la eminente santidad, y las admirables prerogativas de una madre vírgen, nunca parecieron, ni se hicieron conocer mas sensiblemente; este gran misterio jamás se manifestó mas claramente. Si las humillaciones espantosas del Verbo divino son un gran motivo de admiracion, la sublime elevacion de María á la augusta cualidad de Madre de Dios no nos descubre menores maravillas. Una vírgen concibe en tiempo al mismo Hijo que Dios Padre engendró ante todos los siglos. María es propia y natural Madre de Dios; y por esta divina maternidad tiene dominio sobre su Dios, y Dios está sujeto á María. *Yo fructifiqué: Utrumque stupor, utrumque miraculum*, exclama san Bernardo: dos grandes prodigios; un Dios con obligaciones para con María, como los demás hijos naturales las tienen para con sus madres: María posee, respecto de este hombre Dios, todos los derechos que tiene una madre sobre su hijo, y todos los bienes, por decirlo así, de este hijo, como corresponde á una madre. No nos pasmemos después de esto, si oimos decir á san Agustin, que entre las puras criaturas ninguna es igual á María. Rica con los bienes de su Hijo, inferior á solo Dios, será siempre superior á los mas magníficos elogios de los Ángeles y de los hombres: *Quidquid humanis potest dici verbis, minus est à laude Virginis.*

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Lucas.*

In illo tempore: Missus est angelus Gabriel à Deo in civitatem Galilaeae, cui nomen Nazareth, ad Virginem desponsatam viro, cui nomen erat Jo-

En aquel tiempo: Fue enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una vírgen desposada con un varon, por nombre

seph, de domo David, et nomen Virginis Maria. Et ingressus Angelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus: Quae cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait Angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et Filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus: et regnabit in domo Jacob in aeternum, et regni ejus non erit finis. Dixit autem Maria ad Angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? Et respondens Angelus, dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei. Et ecce Elisabeth, cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute sua: et hic mensis sextus est illi, quae vocatur sterilis; quia non erit impossibile apud Deum omne verbum. Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum.

José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el Angel á su presencia, la dijo: Dios te salve llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres: lo cual oyéndolo ella, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese esta. Y el Angel la dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios: mira, concebirás y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David: y reinará sobre la casa de Jacob eternamente. Y su reino no tendrá fin. Dijo María al Angel: ¿Cómo se ha de hacer esto si yo no he conocido varon? Y respondiendo el Angel, la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes la que se decia estéril; porque para Dios nada será imposible. Dijo, pues, María: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

Sobre la fiesta de la Expectacion de la santísima Vírgen.

Punto primero. — Considera cuáles serian los transportes de amor, cuáles los ardientes deseos, cuál la santa impaciencia, cuál la expectacion de la santísima Vírgen los nueve meses de su preñado; pero sobre todo los ocho dias postreros. ¡Con qué amorosa inquietud suspiraria por aquel dichoso momento en que su Dios, su Salvador, y su querido Hijo debia nacer! ¡qué pasion, qué ansia por abrazarle, por adorarle y hacerle todos los obsequios correspondientes á tal hijo! Seria necesario poder comprender cuál era la medida y el exceso de su amor á este querido Hijo, para poder concebir cuáles fueron los ardientes deseos y los transportes de amor de esta feliz Madre, durante la expectacion de aquellos ocho dias. Juntemos nuestros deseos con los suyos; unamos nuestra expectacion con la suya;

pues no puede haber preparacion mas saludable para nosotros, ni mas grata á Dios. Pero para que sea eficaz, avivemos mas y mas nuestra ternura, nuestra veneracion, nuestra confianza y nuestra religiosa devocion para con la Madre de Dios. Ella es á quien después de Dios somos deudores, por decirlo así, del Salvador que debe nacer; manifestémosla por medio de nuestra tierna devocion nuestro reconocimiento; puede decirse que esta Señora nunca fue mas liberal para con sus siervos, que en este tiempo. Se sabe que solo Jesucristo redimió al mundo con su sangre, pero no se puede ignorar que la sangre que derramó se formó de la sustancia de María; y por consiguiente, que María suministró, ofreció y entregó por nosotros la sangre que sirvió para nuestro rescate. Esto es en lo que se funda la Iglesia para darla el título de Mediadora y Reparadora de los hombres. María tiene mucha parte y mucho interés en nuestra salvacion para mirar á sangre fria nuestra perdicion. ¿Cuál debe ser, pues, nuestra devocion á la Madre de Dios, la cual es al mismo tiempo madre nuestra? ¿qué culto mas religioso? y ¿cuál debe ser nuestra confianza? María es para nosotros una fuente de vida; es nuestro consuelo en este triste desierto; es nuestra esperanza en medio de todos los peligros; mal que le pese á la herejía, la Iglesia la llamará siempre, la saludará y la invocará bajo todos estos augustos y dulces títulos: *Vita, dulcedo, et spes nostra, salve.*

Punto segundo. — Considera que nadie fue elevado jamás á un tan eminente honor, como es el de ser Madre de Dios. María comprendió la grandeza y el precio de este favor infinito; pero siempre refiriéndolo á Dios, y no á sí: jamás la vino á la imaginacion el que ella tuviese alguna parte en esta elevacion: toda la gloria de esta obra, toda la honra la atribuyó y la refirió únicamente á Dios: *Magnificat anima mea Dominum;* mi alma ensalza al Señor. Esta Señora no se regocijó en sí, ni por sí, sino únicamente en Dios y por Dios: *et exultabit spiritus meus in Deo salutari meo.* Bella leccion para nosotros que corrompemos la mayor parte de los favores que Dios nos hace por un secreto engreimiento de corazon, y por una secreta complacencia en nuestra propia excelencia. Un orgullo sordo y secreto corrompe todas nuestras mejores obras. La santísima Vírgen conoce que Dios ha hecho en ella grandes cosas; y sin embargo no concibe una alta idea de su propia grandeza, sino que publica que Dios solo es propiamente grande, poderoso y santo: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* Cuanto se ve mas ensalzada por su augusta

dignidad de Madre de Dios, tanto mas se humilla. Ninguna pura criatura es capaz de ser mas honrada, ni mas digna de nuestro culto; pero ninguna en medio de esto es mas humilde. ¡Cuándo nos aprovecharémos, Dios mio, de un ejemplo tan grande, los que no tenemos nada que no nos predique la humildad! En ningun tiempo se mostraron mas brillantes y con mayor perfeccion las virtudes de María que en estos dias de expectacion; cuanto mas se acercaba al objeto y colmo de sus deseos, tanto se encendia mas su amor, tanto era mas sensible su ternura para con su divino Hijo. ¿Quién es capaz de comprender todos los actos de virtudes que practicó esta Señora en el grado mas heróico en estos ocho dias últimos, todas las obras de la mas eminente santidad en que se ejercitó, todos los transportes del mas puro y mas ardiente amor en que se abrasó?

Dignaos, Vírgen santísima, arrojar á mi alma una pavesa de ese divino fuego; dignaos alcanzarme de vuestro divino Hijo las virtudes que me son necesarias para celebrar su nacimiento, y para agradar en todo y por todo á la Madre y al Hijo.

Jaculatorias. — Dignaos rogar por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo. (*La Iglesia*).

Así como el ciervo sediento busca las aguas de una fuente, así mi alma suspira por el dichoso momento de vuestro nacimiento, Dios mio, y fuente de todo consuelo. (*Psalm.* xv).

PROPÓSITOS.

1 La Vírgen santísima no solo es nuestra reina en calidad de Madre de Dios, sino tambien nuestra abogada, nuestro refugio, nuestra tierna madre, y nuestra poderosa mediadora para con su querido Hijo, nuestro Salvador y nuestro Dios. Nuestro culto religioso y nuestra devocion le son muy agradables, especialmente en estos dias privilegiados, en que la Iglesia, avivando sus deseos, aumenta sus peticiones, y se dirige tambien con mas frecuencia á la santísima Vírgen, pidiendo y solicitando sin cesar su intercesion y su socorro. Aviva tú tambien tu devocion, honra en este dia y en los siguientes los deseos y las piadosas ansias de esta divina Madre: no dejes de asistir todos los dias á la *Salve* que se canta á honra suya. Aumenta tus limosnas y tus buenas obras; y no dejes de pasar todas las tardes orando y rezando, siquiera media hora, ante el santísimo Sacramento.

2 Confiesa y comulga en estos ocho dias mas á menudo de lo que

sueles; pásalos en una especie de retiro interior, ó por lo menos con mas recogimiento; es un ejercicio de religion muy útil rezar nueve *Ave Marías* cada dia, y otras tantas veces el salmo *Laudate Dominum omnes gentes...* en honra de los nueve meses que estuvo en cinta la santísima Vírgen, y tres veces la oracion siguiente:

Alma Redemptoris mater, quae pervia coeli, porta manes, et stella maris, succurre cadenti, surgere qui curat populo, tu quae genuisti, natura mirante, tuum sanctum Genitorem: Virgo priùs ac posteriùs, Gabrielis ab ore, sumens illud Ave, peccatorum miserere.

«Bienaventurada Madre del Redentor, puerta del cielo siempre «abierta, astro hermoso, que sirves de guia á los que navegan el «mar borrascoso de este mundo, socorre á los que caidos en pecado «desean ardientemente salir de él; tú que con pasmo de toda la na«turaleza concebiste y pariste á tu Criador; Vírgen santa, Vírgen an«tes y después del parto, recibiendo la salutacion del ángel Gabriel, «compadécete de los pecadores que acuden á tí como á su refugio.»

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

San Nemesio, mártir, en Alejandría de Egipto; el cual primeramente fue calumniosamente acusado de ladron ante un juez, y vista su inocencia le soltaron; pero mas adelante en la persecucion de Decio, acusado de que era cristiano, mandó el juez Emiliano le pusiesen por dos veces en el tormento, y le quemasen con los ladrones: en lo cual se asemejó al Salvador, que fue entre ladrones crucificado. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los santos mártires Darío, Zosimo, Paulo y Segundo, en Nicea.

Los santos mártires Ciríaco, Paulilo, Segundo, Anastasio, Sindimio y sus compañeros, en Nicomedia.

San Timoteo, diácono, en la Mauritania; el cual por confesar á Jesucristo después de padecer un horrible carcelaje, echado en una hoguera alcanzó la palma del martirio.

El martirio de las santas Maura ó Meuris y Tea, en Gaza, en Palestina.

San Gregorio, obispo y confesor, en Auxerre.

San Adjuto (ó Adjutorio), abad, en Orleans, ilustre por el don de profecía. *(Era natural de la Normandía, antigua provincia de Francia. Animado del mas vivo deseo de ser santo abrazó el estado religioso en un monasterio de Manta, ciudad situada en la diócesis de Chartres, á doce leguas de Paris. Su eminente virtud lo elevó á la dignidad de abad, cuyo encargo desempeñó con el mayor acierto en dos diferentes monasterios que gobernó con edificacion de todos sus súbditos. Se cree que uno de estos fue el de Tiron, lugar situado en la Beocia en Francia sobre el arroyo Tiron entre Chartres y Nogent del Rotron. Esta célebre abadía de la Órden de san Benito fue cabe-*

za de una congregacion recomendable; y desde el año de 1629 fue de la de san Mauro. Abrasado por fin este gran Santo del amor de Jesucristo, encendido en una indecible ternura con la santísima Virgen; adornado de todas las virtudes, y distinguido especialmente por el don de profecía y de milagros, después de haberse despedido de sus amados monjes, á vista de los espíritus celestiales que estaban presentes para ser testigos de su último aliento, entregó su alma al Criador, probablemente en 30 de abril del año 1131. Su cuerpo fue trasladado á Orleans, y colocado en una iglesia dedicada á su nombre. Tambien en otros varios puntos se han dedicado iglesias á san Adjutorio, y merece nombrarse la que de muy antiguo se ve en Olost, diócesis de Vich, en Cataluña, donde los fieles acuden de todas partes al poderoso patrocinio del Santo. Safont, Alman. de 1835).

Santa Fausta, madre de santa Anastasia, en Roma, esclarecida por su nobleza y por su piedad.

SAN TIMOTEO Y SANTA MAURA SU MUJER, MÁRTIRES.

El fuego de la persecucion que encendió Diocleciano contra los Cristianos no se apagó con la muerte de este Emperador, especialmente en el Oriente. Galerio Maximiano, yerno de Diocleciano, hecho dueño solo y absoluto de una parte del mundo, y Maximino, por sobrenombre Daca, sobrino del emperador Galerio, creado César en el Oriente el año 304, continuaron con mas furor la persecucion contra los Cristianos, y ejecutaron con ellos crueldades nunca oidas. Entre aquel gran número de mártires se distinguieron san Timoteo y santa Maura, su mujer, así por su magnanimidad, como por su constancia verdaderamente cristiana.

Timoteo era de una aldea llamada Pérape en la Tebaida. Era cristiano, de una probidad tan exacta, y una piedad tan ejemplar, que su obispo le ordenó de lector. Aunque este órden no obligaba á permanecer célibe, sin embargo pedia una pureza de costumbres y una regularidad poco comunes. Timoteo tenia la una y la otra en muy alto grado: su celo por la Religion correspondia á su piedad y á su inocencia; y la estimacion universal en que estaba, hacia el elogio de su eminente virtud y de su extraordinario mérito.

Como la Iglesia en todos tiempos ha dejado á los lectores la libertad de casarse, Timoteo se casó con una doncella cristiana, llamada Maura, de edad de diez y siete años, muy discreta, y de un espíritu muy superior, pero que todavía no tenia sino una devocion muy mediana. No hacia sino tres semanas que se habian casado cuando el gobernador de la provincia, llamado Arriano, llegó á Pérape, y habiendo mandado que se hiciese una averiguacion exacta de quiénes eran cristianos, desde luego fue puesto Timoteo á la cabeza de la

tropa de los cristianos que se matriculó. Fue preso, y le llevaron á un horroroso calabozo. No habia faltado quien soplase al Gobernador lo que era nuestro Santo, pintándosele como el cristiano mas celoso de toda la aldea, y como el mayor enemigo que tenian los dioses del imperio.

Habiendo Arriano dado órden que se le trajesen, comenzó preguntándole por su estado, su religion, su empleo y su edad. Soy cristiano, respondió Timoteo; y esta es toda mi nobleza, toda mi gloria, y todas mis riquezas: mi empleo es tener la honra de leer públicamente la sagrada Escritura á mis hermanos. — Me parece, replicó el Juez, que no sabes las terribles órdenes del Emperador contra los que no sacrifican á los ídolos. — Las sé, respondió Timoteo; sé tambien que es menester disponerse á acabar su vida en los mas horribles tormentos si se rehusa ofrecer estos sacrílegos sacrificios; y así, señor, desde luego estoy pronto á dar mi vida y mi sangre antes que cometer semejante impiedad. Una respuesta tan generosa, dada con un aire constante y determinado, aturdió al Gobernador, pero no le suavizó; antes bien pareció irritarse mas con ella, y así, mostrando un semblante áspero y amenazador, le dijo: Pues estás resuelto á acabar tu vida en los tormentos, bien pronto quedarás satisfecho, y verémos si hablas tan alto en medio de los suplicios. ¿No ves estos horribles instrumentos? — Los veo, replicó el Santo; pero tú no ves los Ángeles del Dios omnipotente, que están al rededor de mí para alentarme y fortalecerme en los suplicios. Arriano le pidió sus libros, sin duda para quemarlos; pero el Santo le respondió sonriéndose, que sus libros eran sus hijos, y que era preciso que un padre fuese muy inhumano para entregar sus hijos al último suplicio. Irritado el Juez con una respuesta tan generosa, le hizo meter dentro de las orejas hierros hechos ascuas, cuyo efecto fue tan violento, que le hicieron saltar los ojos de la cabeza. San Timoteo sufrió este horrible tormento con una paciencia heróica, y aun mostró alegrarse de haber perdido un sentido que muchas veces no sirve sino de motivo de escándalo.

Como el Santo no cesaba de alabar á Dios y publicar sus maravillas, el tirano le hizo colgar de los piés á un poste, con una gran piedra atada al cuello y una mordaza en la boca para que no pudiese hablar. Como su paciencia en un estado tan doloroso causaba admiracion á todos, no faltó quien dijese al Juez que hacia poco que se habia casado, y que pues nada se conseguia con los tormentos, era menester emplear para vencerle ó traerle á su partido la ternura que no podia menos de tener á su mujer.

Arriano la hizo venir, y empezó á intimidarla diciendo, que no habia otro medio de salvar á su marido que obligarle á sacrificar á los dioses, aunque no fuese mas que en la apariencia. Para esto vete á tu casa, ponte tus mas ricas y vistosas galas, componte con todo arte, no perdones á joyas ni á perfumes, y cuenta, si es menester, con mi bolsillo. Maura, que á mas de ser jóven estaba todavía débil en la fe, y amaba á su marido ciegamente, consintió en todo. Se fué á casa, se puso el vestido de novia, y habiéndose compuesto y lavado con todo lo que es capaz de inspirar el arte, ayudado de la pasion de agradar, en este estado entró en el lugar del suplicio. Quedó cási pasmada de dolor al ver el lastimoso estado en que estaba su marido; aunque se acercó á él no pudo hablarle al principio sino con sollozos y lágrimas; pero apenas se recobró de este exceso de dolor, le dijo todo lo que pudo imaginar mas capaz de enternecerle, y todo lo que la pasion puede inspirar de mas halagüeño y mas tierno para seducirle y vencerle. Consiguió que se le quitase la mordaza para que la pudiese responder; pero el primer uso que hizo Timoteo de la libertad que le daban de hablar, no fue sino para suplicar á Poycilo, que era el presbítero de la aldea, y que se hallaba presente, que le pusiera un pañuelo en las narices para no verse precisado á percibir el olor de muerte que salia de los vestidos perfumados de su mujer; queriendo dar á entender con esto cuánto aborrecia y condenaba, así el lujo enteramente pagano de su mujer, como su impío y pernicioso designio. Entre tanto, prosiguiendo ella en ver si podia ablandarle con sus lloros y ruegos, y obligarle á condescender con lo que queria el Gobernador, el marido fiel santificó á la mujer infiel, ó á lo menos vacilante en la fe. Para lo cual, dirigiendo á ella la palabra, la dijo con un tono tierno pero patético: Maura, esa que oigo hablar de este modo ¿es una mujer cristiana ó una mujer pagana? ¿qué se hizo de aquellos sentimientos tan cristianos? ¿dónde está aquella fe en que fuiste criada? En lugar de alentarme á que padezca por la fe de Jesucristo unos tormentos de algunas horas, que deben ser seguidos de una eterna felicidad, ¿me exhortas á que prefiera una vida de algunos dias, á una eterna felicidad, con la cierta ciencia de haber de padecer después una eternidad de suplicios? ¿No me has de amar con ternura sino para perderme? ¿no te has casado conmigo sino para ser mi tentacion? Eres cristiana como yo; ¿por qué no has de ser tambien fiel?

Mientras que el Santo hablaba al oido de Maura, la gracia obraba vivamente en su corazon. Movida de una reconvencion tan justa, y

penetrada de un vivo dolor y arrepentimiento de su infidelidad, se puso de rodillas hecha un mar de lágrimas; y levantando las manos y los ojos al cielo, pidió á Jesucristo que la perdonara su media apostasía. Luego, encarándose con su esposo, le dijo: Amado esposo mio. perdóname mi cobardía, mi impiedad y mi flaqueza; bien léjos de aconsejarte que obedezcas al Juez para eximirte de los tormentos, te exhorto á que sufras por Jesucristo los mas terribles suplicios; demasiado feliz seria yo si pudiese reparar mi falta con mi muerte, y lograr tener parte contigo en la corona del martirio. Pero ¿qué debo hacer y qué me aconsejas que haga?

San Timoteo, que al oir la generosidad con que le hablaba su mujer no podia contener el gozo, la dijo: Querida Maura, el consuelo que me procuras dar con tu conversion me hace que olvide todas mis penas. Demos gracias á Dios por el favor que nos hace, y no cesemos de publicar sus misericordias; pero no hay que perder tiempo. Anda, querida, á reparar ahora mismo tu falta ante aquel que te incitó á que la cometieras; y díle, que tan léjos estás de solicitar á tu marido para que niegue su fe, que tú misma estás pronta á padecer y sufrir como él todos los suplicios que es capaz de inventar su crueldad. Una proposicion como esta espantó á nuestra Santa; la que respondió á su marido: Soy jóven, como tú ves, y temo que no he de poder sufrir el rostro de un juez enojado, ni el rigor de los tormentos. San Timoteo la exhortó á poner toda su confianza en Jesucristo, el que no dejaria de asistirla y de hacerla fáciles todas las cosas con su gracia, y dirigió al mismo tiempo su oracion á Dios para que les diese á entrambos fuerzas para vencer á los enemigos de su nombre. Esta oracion encendió de tal suerte el fuego del Espíritu Santo en el corazon de Maura, que intrépida fué á presentarse al Gobernador, y decirle el pesar que tenia de haber deferido á sus sentimientos, y la resolucion en que estaba de padecerlo todo antes que dejar de ser cristiana.

Sorprendido el Juez al ver una mudanza tan no esperada, no dejó de atribuirla á encanto y arte mágica de Timoteo, segun la prevencion ridícula de todos los paganos; y así la dijo: No dejo de conocer el sortilegio que hay en esta tu frenética resolucion. Créeme, hija mia, y escarmienta en cabeza de tu marido; si él quisiere ser insensato, haz que su misma insensatez produzca en tí dictámenes de prudencia y de cordura; déjale perecer en su supersticioso capricho. Yo te tengo prevenido un nuevo marido; este es uno de mis principales oficiales, que te hará feliz, haciéndote por su calidad y por su em-

pleo una de las mas grandes señoras. Maura se burló de esta propuesta; y le dijo con un tono muy resuelto, que ella no tendria ya otro esposo que á Jesucristo, el cual solo seria para ella todas las cosas. Irritado Arriano con una respuesta tan generosa, hizo que allí mismo la arrancaran sus muy hermosos cabellos. Durante este tormento se oia á la Santa que bendecia á Dios porque la purificaba de las vanas complacencias que podia haber tenido en ellos, y de los pecados que habia podido hacer cometer á los otros con este adorno superfluo. El Juez, mas colérico con esto, hizo que la cortaran los dedos, y la Santa dió tambien gracias á Dios, porque por medio de este nuevo suplicio tan doloroso esperaba que la perdonaria el mal uso que habia hecho de sus dedos para componerse con tanto artificio. Aturdido Arriano, y todavía mas irritado al ver una constancia tan poco esperada, la hizo meter en una caldera de agua hirviendo; pero Dios, con un milagro bien visible, detuvo el efecto de esta agua: de suerte que la Santa se encontró en ella como en un baño muy templado, que tambien la servia para purificar todos los pecados de su vida pasada.

El Juez pareció admirarse de este prodigio, el que no contribuyó poco á su conversion, la que sucedió pocos dias después. Pareció tambien estar resuelto á dejar ir en paz á la Santa; pero temiendo que su benignidad se la imputaran á delito, hizo aplicar al cuerpo de la Santa un fuego compuesto de azufre y pez, que causaba horror á todos los asistentes; pero la Santa se burlaba de este suplicio no menos que de los precedentes. Despechado Arriano de verse vencido por la constancia milagrosa de una jóven de diez y siete años, condenó á los dos santos Mártires á ser crucificados, y á espirar en este horrible suplicio.

Al tiempo que la llevaban al lugar de la ejecucion, se tiró á ella su madre hecha un mar de lágrimas y dando muchos gritos; todos se enternecieron á vista de este espectáculo, solo la Santa se mostró insensible; y habiéndose soltado de los brazos de su madre, corrió á la cruz que le estaba aparejada. El Juez tuvo la crueldad de mandar que dejaran al marido y á la mujer pendientes uno enfrente de otro sin quitarles la vida de pronto, á fin de prolongarles el suplicio y de aumentar la violencia de la muerte con la lentitud. Permanecieron vivos en este estado por algunos dias, alabando á Dios sin cesar, y fortaleciéndose el uno al otro con sus recíprocas exhortaciones.

Las actas del martirio de estos Santos dicen que santa Maura tuvo en este tiempo una vision en que se la mostró en el cielo un trono

muy alto con una corona para ella, y un poco mas arriba otro trono para su marido. Como ella preguntase por qué estos dos tronos estaban separados uno de otro, se la respondió : Que como después de Dios se debia su conversion al celo, á los buenos ejemplos y á las oraciones de su marido, era justo que los puestos y las coronas fuesen tambien diferentes. Antes de dar el espíritu esta heroína cristiana exhortó á todos los que estaban presentes á poner toda su confianza en Dios, á no pensar sino en el negocio importante de su salvacion, y á no hacer aprecio sino de los bienes de la otra vida. Estos dos ilustres Mártires terminaron su gloriosa carrera el dia 19 de diciembre á principios del siglo IV.

La fiesta de estos santos Mártires es todavía muy célebre entre los griegos, que han hecho pasar la celebridad de su culto hasta los moscovitas, y otros pueblos que siguen sus ritos. Se ve en Constantinopla, en el palacio de Justino, en el cuartel de Pera, ó de los Sicos, una magnífica iglesia bajo su invocacion, lo que hace creer que quizá se trasladaron sus reliquias á esta ciudad.

SAN NEMESIO, MÁRTIR.

Entre los insignes Mártires que testificaron con su sangre las infalibles verdades de la fe de Jesucristo en la sangrienta persecucion que suscitó contra la Iglesia el impío emperador Decio, por los años 250, refiere san Dionisio, célebre obispo de Alejandría, que fue uno de aquellos memorables héroes Nemesio ó Nemesion, egipcio de orígen, de costumbres y de idioma. Aunque era el Santo de una condicion comun, y no de muchos años, con todo, la justificacion de su conducta, su probidad y laudables calidades, le daban á merecer cierta recomendacion entre todas las personas mas principales del pueblo; pero no obstante este concepto comun, algunos hombres perversos, émulos de su virtud, le acusaron falsamente por cómplice de los excesos de ciertos malhechores, que habiendo cometido muchos robos, y hecho varios homicidios, fueron perseguidos y presos por tan enormes criminalidades.

Cuando se trataba de condenarlos al último suplicio, como era públicamente conocida la inocencia de Nemesio, le fue fácil justificarse de la imputacion, muy distante de su carácter y justificado porte, en virtud de lo cual el Juez le absolvió, declarando la acusacion por calumniosa. Irritados los que habian sido autores de ella de que el Santo pudiese vencerles sus secretas inteligencias, dirigidas á perderle, porque el arreglo de su conducta reprendia tácitamente la licencio-

sidad de sus costumbres, le armaron otro lazo donde cayese seguramente. Presentáronse de nuevo ante el mismo magistrado con semblante de sentidos, sobre haber perdonado á un reo de la calidad de Nemesio, y ponderándole que pudo engañarle, y eludir su justicia con sus maliciosos artificios, se ratificaron en la primera delacion, fundando su reiterada queja en que era cristiano. Informado el Juez de este nuevo crímen, que para él era mayor delito que el de ladron y el de facineroso, hizo comparecer al Santo á su presencia, y preguntándole sobre la religion que profesaba, respondió sin turbarse, ni buscar rodeos, que era cristiano y siervo de Jesucristo. Oida esta confesion, lo mandó poner en prision inmediatamente, y que bajo las mayores seguridades fuese conducido al prefecto ó gobernador de Egipto, residente en Alejandría, capital de su departamento, á fin de que le ordenase el castigo que merecia como transgresor de las leyes del imperio.

El prefecto era Sabino, hombre el mas bárbaro y el mas cruel que entre los perseguidores de la Iglesia se distinguia en aquel fatal siglo, quien habia hecho derramar arroyos copiosísimos de sangre de los inocentes fieles por todo el Egipto: en fin, era un ministro de iniquidad que se burlaba de la justicia, así como de la vida de los hombres, para el que la inocencia parecia causarle mas horror que los mas enormes crímenes. Presentaron á esta fiera á Nemesio, y al principio haciéndole semblante de gustar de sus buenas disposiciones, comenzó el interrogatorio con mucha afabilidad y dulzura, lisonjeándose de que le ganaria con promesas y agradables discursos antes de emplear el furor de su saña, y hacerle sufrir los mas crueles tormentos. De uno y otro extremo se valió el tirano, poniendo en manos del Santo, ó las muchas gracias que le prometia, librándole de la infame nota de ladron imputada, ó el hierro y fuego que le haria padecer sin misericordia; pero revestido Nemesio de aquel valor y de aquella fortaleza que constituye el carácter de los ilustres Confesores de Jesucristo; sostenido de la mano invisible de aquel Señor á quien habia confesado, dirigió al Prefecto sus palabras llenas de una generosa valentía; asegurándole, que ninguna fuerza humana seria capaz de intimidarlo para que desistiese de la fe que profesaba; añadiéndole, que á pesar de todos los bienes de este mundo, y de todos los males que pudiesen inventar todos los hombres, siempre se mantendria constante en la misma creencia; representándole asimismo que no se trataba en aquel juicio de adquirir riquezas para mantener una vida caduca, cuya duracion no podian comprar ni el poder

de los emperadores, ni todos los tesoros del mundo: la cuestion es, decia, de una gloria ó felicidad eterna, de la que solo es árbitro el Dios verdadero, á quien no conocen los gentiles; porque las vanas deidades que ha mantenido el paganismo engañado han sorprendido lastimosamente la luz de la razon, cuyos derechos han trastornado enteramente, poniéndose en la miserable constitucion de fingir ideas de felicidad en donde es imposible hallarla.

No pudiendo superar Sabino con su genio feroz la interior fuerza que hizo en su pecho tan racional como nervioso discurso; observando por otra parte que todos los asistentes admiraban la grandeza de espíritu y la eminente sabiduría de las respuestas del ilustre Confesor de Jesucristo, mandó volverlo á la cárcel pretextando tener piedad de él en concederle tiempo para que se arrepintiese de su delito. Pero como la cólera de su brutal condicion no le permitia sosegar sin vengarse de aquel insulto, mudando de intencion en el instante, ordenó que los verdugos le diesen á sufrir el doble de los castigos decretados contra los ladrones; así se verificó, abrasándole en un voraz incendio en compañía de unos facinerosos, teniendo la dicha de morir entre ladrones á imitacion de su redentor Jesucristo; cuyo glorioso martirio se cree fue en el dia 19 de diciembre, en el que se señala su festividad en varios Martirologios.

La Misa es del comun de muchos Mártires, y la Oracion la siguiente:

Sanctorum martyrum tuorum Timothaei et Maurae nos, Domine, foveant continuata praesidia; quia non desinis propitius intueri, quos talibus auxiliis concesseris adjuvari: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Señor, haced que seamos ayudados por la continua asistencia de vuestros santos mártires Timoteo y Maura; porque no dejais de mirar favorablemente á los que concedeis tales socorros. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de la del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Non erubesco Evangelium. Virtus enim Dei est in salutem omni credenti, judaeo primum et graeco. Justitia enim Dei in eo revelatur ex fide in fidem: sicut scriptum est: Justus autem ex fide vivit. Revelatur enim ira Dei de coelo super omnem impietatem, et injustitiam hominum eorum, qui veritatem Dei in injustitia detinent.

Hermanos: Yo no tengo vergüenza del Evangelio. Porque es la virtud de Dios para dar salud á todo el que cree, primero al judío y después al griego. Porque la justicia de Dios se manifiesta por él de fe en fe, como está escrito. El justo vive de fe. Porque la ira de Dios se manifiesta del cielo contra toda impiedad é injusticia de aquellos hombres que retienen la verdad de Dios en la injusticia.

REFLEXIONES.

No me avergüenzo del Evangelio. ¿Comprenderémos nosotros mejor que Dios lo que debe ser verdaderamente para nosotros motivo de gloria ó de ignominia? Cuando las humillaciones del Salvador no hicieran otra cosa que testificarnos su amor, seríamos unos ingratos, injustos, y aun insensatos en avergonzarnos de ellas. Pero pues Dios jamás ha obrado cosa mas grande, que cuando las ha tomado por instrumento; pero pues se llaman por excelencia su virtud y su fuerza, ¿dónde estará la verdadera gloria, y en qué la harémos nosotros consistir, sino en revestirnos de estas mismas armas que han vencido al demonio, triunfado del pecado, adquirido las gracias de la salvacion, abierto el cielo á todas las naciones, y merecido una gloria inmortal á tantas almas humildes y mortificadas? Estas verdades han poblado los claustros y los desiertos, han hecho descender del trono mas elevado, y despojarse de las mas brillantes coronas á tantos príncipes y princesas para abrazar las humillaciones de la cruz, y las austeridades del Evangelio. Los Fernandos, los Luises, los Enriques, las Isabeles, las Clotildes no se avergonzaron del Evangelio de Jesucristo; antes bien pusieron su gloria en seguir escrupulosamente todas sus máximas. Se puede decir, que ninguna cosa desacredita mas á los Cristianos que el avergonzarse de lo que hace todo su mérito y toda su felicidad. Porque hablando de buena fe, avergonzarse del Evangelio es avergonzarse de ser casto, justo, virtuoso; es avergonzarse de tener ingenuidad, hombría de bien, devocion; porque en fin, ¿quién se avergüenza de esta regla de nuestras costumbres sino unos libertinos, infames por sus disoluciones y por sus vergonzosos desórdenes? ¿sino unas mujeres mundanas, hechas la fábula de toda una ciudad por la corrupcion de todas sus costumbres? El Evangelio contiene los caminos de la salvacion y las máximas de la sabiduría divina; es el resúmen de la religion cristiana. ¡Qué infamia, qué deshonra, qué ignominia avergonzarse de todo esto! Á medida que se meditan las verdades del Evangelio, las mas oscuras se desenvuelven, y se hacen inteligibles al espíritu: se reconoce un Dios infinitamente bueno, infinitamente equitativo, ya sea en lo que ha hecho para curar la enfermedad del pecador, ó en lo que debe hacer para castigar su obstinacion. Dulce estudio de las almas cristianas, que las entretiene, las vivifica, y las indemniza de las alegrías pasajeras en que el mundo se ocupa, de esas sutiles inquisiciones de que se alimenta el curioso; pero donde al fin no encuentra ni el uno ni

el otro sino una deplorable indigencia, y una profunda ignorancia de los verdaderos bienes.

El Evangelio es del capítulo VI *de san Lucas.*

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judaea, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quaerebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in coelo.

En aquel tiempo: Bajando Jesús del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos; y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

Del estado de humillacion de Jesucristo en su nacimiento.

Punto primero. — Considera que por incomprensible que sea al entendimiento humano el misterio inefable de la encarnacion del Verbo, se puede decir que nada es mas pasmoso; nada da mas golpe que el estado humilde en que quiso nacer el Verbo encarnado. El entendimiento se pierde en este abismo profundo de las humillaciones del Salvador del mundo. Un Dios, el Ser supremo, infinito, omnipotente, que con un solo acto de su voluntad sacó de la nada todo lo que existe, y en cuya presencia los reyes, los príncipes, los grandes, todo el universo junto es nada; este Dios se hace niño en el seno de una Vírgen. El prodigio pasma, es verdad; pero habiendo determinado hacerse hombre, ¿qué madre podia escoger mas digna que una vírgen? ¿qué vírgen mas digna que María, qué lugar mas

puro, mas santo, menos indigno de un Dios hombre, que la mas santa, la mas inmaculada, la mas perfecta criatura que hubo jamás? ¿que esta arca misteriosa del Nuevo Testamento, que el mismo Dios habia adornado y enriquecido de las mas preciosas virtudes, y de todos los hermosos dones de la gracia y de la naturaleza? Pero no es lo mismo del lugar en que quiere nacer; ¿qué cosa mas despreciable que un establo? ¿qué cosa mas vil que un pesebre? ¿qué cosa mas indigna de un Dios hombre que nacer en una casería vieja, toda arruinada, que solo servia de albergue á los viles animales, y no hallar un lugar en la mas pobre posada? ¿Hubo jamás estado mas humilde que el de Jesucristo en su nacimiento? y ¿hubo jamás nacimiento mas humilde, mas oscuro, segun el concepto del mundo? Sin embargo, este es el estado que el Salvador, el Señor del universo, la sabiduría increada prefiere á todo el resplandor, á toda la magnificencia mundana. En su mano estaba nacer en el mas soberbio palacio; él es el dueño, el distribuidor, por decirlo así, de las condiciones; no hubiera sido menos Salvador por haber nacido en el trono. ¡Oh, y cómo esta conducta del Salvador confunde visiblemente toda la pretendida sabiduría humana! Orgullo del hombre, ¿puedes mantenerte contra el ejemplo de un Dios en su nacimiento? ¿de un Dios que nace en el lugar mas vil, en el estado mas humilde, en el desprecio y en la oscuridad de un establo? ¡Oh, y qué poco conocemos el mérito de una vida oscura! ¡oh, y qué mal conocemos el precio y el valor de la abyeccion y de la humildad!

Punto segundo. — Considera como para hacer bien nuestra corte á Jesucristo recien nacido, y para ser bien recibidos, es necesario que la humildad de corazon sea, por decirlo así, nuestro carácter, ó que á lo menos sea uno de nuestros mas bellos adornos. Ella es la que sobresale en el Salvador, el cual la eligió como el remedio eficaz y el contraveneno del orgullo de los ángeles rebeldes y del primer hombre caido del dichoso estado de la inocencia. Habiendo sido la soberbia el primer pecado, y el funesto orígen de todos los otros, el Salvador prefirió la humildad á todos los otros estados que podia haber elegido libremente. Por este motivo escogió una madre, á la verdad, de sangre real; pero pobre, y de una condicion muy oscura. Por este motivo rehusaron recibirle en todas partes, y le trataron en todas con desprecio y con desden. Un vil establo es su palacio, el pesebre de las bestias su cuna, unos pobres pastores los primeros á quienes manifiesta su nacimiento. ¿Es posible que nosotros creamos estos gran-

des misterios de las humillaciones del Salvador, y que la soberbia sea nuestra pasion dominante? ¿en qué hombre, en qué condicion no respira la vanidad? ¿qué estado hay tan despreciable, tan oscuro, y aun tan santo, donde no se insinúe el orgullo? Este vicio se esconde hasta debajo de los mas viles trapos; penetra hasta en los claustros y en el desierto; á veces el hombre de menos nacimiento, de menos talento, de menos probidad, tiene mas vanidad. Este veneno se insinúa hasta en el corazon de los que hacen profesion de piedad. Cosa extraña, la soberbia se halla algunas veces en las mismas humillaciones; se puede parecer humilde, afable, modesto por vanidad. No nos admiremos de que Jesucristo escogiese el estado mas humilde; no podia darnos remedio mas eficaz para curar esta hinchazon de corazon que su ejemplo; y ¿qué fruto sacamos de él?

¡Ah Salvador y Dios mio, cómo mi soberbia me humilla cuando os considero en el lugar de vuestro nacimiento y en el de vuestra muerte! ¿Cómo me atreveria yo á parecer ante Vos con un corazon soberbio, hinchado, vano y en unas disposiciones tan contrarias á las vuestras? Á Vos toca, divino Salvador mio, hacer el milagro. Curad mi alma de la soberbia que la domina; inspiradme vuestros sentimientos de humildad; hacedme humilde para que en el dichoso dia de vuestro nacimiento sea agradable á vuestros ojos.

JACULATORIAS. — Venid, Señor; hacednos ver los efectos de vuestra misericordia, y dadnos vuestra ayuda. (*Psalm.* LXXXIV).

Tengamos los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en su nacimiento. (*Philip.* II).

PROPÓSITOS.

1 Se copian y se imitan las inclinaciones, los sentimientos y los gustos de los grandes, algunas veces hasta la servidumbre cuando se les quiere dar gusto y parecer bien á sus ojos. Se estudia su humor, y aun su gusto, por mas singular y ridículo que sea: se alaba, se aprueba, se sigue todo lo que les agrada, sobre todo en los dias de ceremonia. Se viste con relacion á este objeto; se pone la atencion en la tela, en la forma, y en el mismo color de los vestidos; el gusto del soberano es la regla del de todos los cortesanos, especialmente en el dia de su cumpleaños; y le haria mal la corte quien se presentara de otro modo. La humildad es la virtud que domina, por decirlo así, en el nacimiento del Salvador. ¿Quieres honrarle en este dia, quieres hacerle la corte? no te presentes delante de él sino con un cora-

zon humilde; esta es la disposicion que pide á todos los verdaderos fieles. Aplícate desde este dia á una virtud tan necesaria: haz muchos actos de humildad en todos estos dias que preceden á su nacimiento. La mejor preparacion es juntar con la inocencia la humildad de corazon.

2 Añade estos dias á tus ejercicios ordinarios de piedad la visita de los pobres enfermos, y de los pobres desventurados en las cárceles. Visita los pobres de la parroquia, y distribuye entre ellos tus limosnas; particularmente socorre á los pobres vergonzantes. No pierdas ocasion de humillarte, y ahoga ese orgullo secreto, que no siempre está extinguido aun en las personas devotas. Por poco que observes los movimientos de tu corazon y los motivos de tus acciones, descubrirás bastantes artificios y sutilezas de tu amor propio, que todas son malignos efectos de ese orgullo sordo y secreto. Sé constante y exacto en reprimirlos y contradecirlos. Pídele á Dios esta importante virtud en todas tus oraciones: pon por intercesora á la mas santa, y al mismo tiempo la mas humilde de las puras criaturas, la santísima Vírgen, para que te alcance esta gracia tan necesaria para honrar el nacimiento de su adorable Hijo.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de santo Tomás, apóstol.

Los santos mártires Liberato y Bayulo, en Roma.

Los santos mártires Amon, Zenon, Tolomeo, Ingeno y Teófilo, soldados, en Alejandría; los cuales estando de guardia en los tribunales, viendo vacilar á un cristiano en el tormento, y cási determinado á negar á Jesucristo, con gestos, con miradas y otras señas tiraban á precaverle de aquella caida: y como por esta causa se levantase contra ellos la grita del pueblo, saliendo ellos en medio de la gente, declararon que eran cristianos; en cuya victoria triunfó gloriosamente Jesucristo que les habia dado ánimo y fortaleza. *(Aconteció por los años de* 251).

San Julio, mártir, en Gelduba *(durante la persecucion de Diocleciano).*

Los santos mártires Eugenio y Macario, presbíteros, en Arabia; á los cuales Juliano el Apóstata, porque le reprendian su cruel impiedad hizo azotar cruelmente, y los desterró á un áspero desierto, en donde por último los mandó degollar.

La muerte gloriosa de san Filogonio, obispo, en Antioquía; el cual era abogado cuando le llamó Dios al gobierno de aquella iglesia, y fue el primero que juntamente con el santo obispo Alejandro, y con otros compañeros, hizo la guerra á Arrio en defensa de la fe católica: esclarecido por sus méritos, murió en el Señor: en su fiesta predicó san Juan Crisóstomo un excelente panegí-

rico. *(Fue el sucesor de san Vital en la silla de Antioquia, y murió en el año de 322).*

Santo Domingo, obispo y confesor *(en los primeros años del siglo VI)*, en Brescia.

La dichosa muerte de santo Domingo de Silos, abad, del Órden de san Benito, en España; muy celebrado en milagros, especialmente por los que obró libertando á los cautivos. *(Véase su vida en las de hoy).*

SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD.

Santo Domingo, llamado de Silos por la larga mansion que hizo en el monasterio de este nombre, vino al mundo el año de 1000: fue natural de la villa de Cañas, entre Nájera y Santo Domingo de la Calzada en la Rioja: su padre se llamaba Juan Manso, de una familia muy distinguida, así por su antigua nobleza, pues descendia de los señores de Vizcaya y de los reyes de Navarra, como por su piedad, la que parecia hereditaria en su casa. El nombre de su madre no lo dicen los historiadores de la vida de nuestro Santo; se cree seria en todo correspondiente á su padre. La educacion que le dieron sus padres fue muy cristiana; bien que su bello natural, su docilidad y su inclinacion á las cosas de la Religion les ahorró mucho de aquel trabajo que suele costar á otros padres el imponer á sus hijos en los principios de la piedad y de la Religion. Sus costumbres nada tuvieron de pueril; ignoró los juegos en que los demás niños suelen pasar la primera edad, y lo que es mas, ni trataba ni se entretenia con los de su edad, siendo su única diversion ir con sus padres á la iglesia, y derramar allí su corazon en la presencia de Dios. Siendo todavía muy jóven, se empleó en guardar el ganado de sus padres, ejercicio que fue muy de su gusto, por parecerle que en ningun otro podia conservar mejor la inocencia, y unirse mas estrechamente con Dios. Cuatro años pasó en este ejercicio, después de los cuales se dió al estudio de las sagradas letras, en las que salió en breve muy consumado, como quien desde las primeras letras tiene al Espíritu Santo por maestro, el que le iba llevando como por la mano á la cumbre del sacerdocio, dignidad á que le elevó el Señor en premio de sus virtudes, y para que sirviese á los demás de luz, de guia y de modelo. Año y medio permaneció de sacerdote en casa de sus padres, siendo su porte, su compostura, su celo y su recogimiento la admiracion y edificacion de todo el pueblo; pero pareciéndole que en la vida solitaria hallaria mas pronto la perfeccion á que aspiraba, sin noticia de persona viviente, se huyó á un desierto, donde por espacio de año y medio hizo una vida la mas áspera, si se mira á los rigores con que

trataba á su cuerpo; pero la mas dulce, si se atiende á los favores con que le regalaba el cielo. Pero sin embargo de lo que habia adelantado en la virtud en la soledad, creyó que siempre se quedaria muy á los principios, si no se ponia bajo la direccion de algun maestro espiritual, que con la voz y el ejemplo le enseñase los caminos de Dios. Florecia á la sazon la disciplina monástica y la observancia regular en el famoso monasterio de San Millan de la Cogulla, del Órden de san Benito, distante una legua de Cañas, patria de nuestro Santo. Aquí tomó el hábito religioso con general aplauso de los monjes, los que á pocos dias conocieron que el nuevo religioso, léjos de tener necesidad de aprender de ellos, podia enseñarles á todos la regularidad, humildad, paciencia, mortificacion, caridad y todas las demás virtudes que constituyen á un hombre perfecto religioso. Queriendo el abad de San Millan hacer prueba de su obediencia, le nombró superior del monasterio de Santa María de Cañas, cargo que admitió sin repugnancia, aunque preveia las penalidades y molestias que le habia de acarrear el nuevo empleo, por estar el monasterio de Cañas arruinado, sin hacienda, sin provisiones y sin menaje de casa. Apenas se vió en posesion de su nuevo empleo, cuando haciéndose cargo de la escasez del monasterio, se ocupaba, en compañía de sus súbditos, en trabajos de manos para ganar la comida, sin que por eso se relajase un punto la observancia religiosa: hasta que compadecido el Señor de los trabajos de su fiel siervo, despertó los corazones de muchas personas virtuosas que desde remotas tierras vinieron á visitarle, atraidas de la fama de sus virtudes, las cuales, viendo la pobreza del monasterio, se portaron tan liberales con él, que con sus limosnas en menos de dos años se restauró el monasterio, se levantó el claustro, se acabó la iglesia, se alhajaron las oficinas, y se enriqueció de ornamentos el templo, el que consagró el obispo de Nájera, Sancho, abad que habia sido de San Millan, y amigo íntimo de nuestro Santo. Un prodigio que obró Dios en la persona del Obispo, aumentó la veneracion que tenian todos á santo Domingo. Viendo el Obispo que dos mujeres andaban como de casa por el monasterio de Cañas, creyó que no se observaba en él la disciplina regular, como era razon; se lo echó en cara á nuestro Santo, y aunque este le dijo que aquellas mujeres eran su madre y hermana, y entrambas de costumbres irreprensibles, que habian ido á componer la comida á los huéspedes, se retiró de él enojado, y se puso en camino para Nájera; pero á pocos pasos se paró el mulo en que iba, de modo que ni con el látigo ni con las espuelas se le pudo hacer dar un paso

hácia ninguna parte, hasta que conociendo el Obispo su ligereza, y pidiendo á Dios perdon de ella, quedó el mulo expedito, y se volvió á Cañas á hacer la consagracion.

Muchas gentes acudian á aquel santuario á abrazar la vida monástica: de este dichoso número fueron algunos hermanos de Domingo, y su mismo padre, que perseveraron hasta el fin en su buen propósito, y murieron santamente.

Viendo el abad de San Millan el tesoro de que habia privado á su monasterio con la ausencia de santo Domingo, le hizo volver á él, donde fue elegido prior por votos unánimes de todos los monjes, y se portó en el nuevo oficio con tanta prudencia, que así como su santidad le hacia venerar de todos, así su caridad hacia que todos le amaran, y su ejemplo que todos se adelantaran en la perfeccion cristiana y religiosa. Conoció el demonio los infinitos bienes que acarreaba al monasterio esta armonía, y así hizo los mayores esfuerzos para turbarla, inspirando al rey D. García, que reinaba á la sazon en la Rioja, el deseo de despojar al monasterio de San Millan de las riquezas que en él habia: pidióselas el Rey á santo Domingo, quien con la sumision debida representó al Rey, que ni parecia bien que S. M. las pidiese, ni él tenia poder para darle lo que una vez se habia consagrado á Dios: esta respuesta le pareció al Rey un desacato, y le amenazó haria con él un ejemplar castigo si resistia á su demanda. El Santo le respondió, que si Dios le permitia poner en ejecucion sus amenazas, él tendria la gloria de padecer por una causa tan decorosa, como era celar la honra de la casa de Dios. Pero viendo que el Rey no desistia de su empresa, y que todos sus tiros se asestaban contra él, se despidió de todos con humildad, se salió de la Rioja, y se fué á Burgos, corte entonces del rey D. Fernando, primero de este nombre. Fue recibido del Rey, de la grandeza y del pueblo con suma veneracion, y la fama de su santidad, de su prudencia y de su gobierno se empezó á extender mas por toda España. Desde luego le concedió D. Fernando lo que él pedia, que era un sitio apartado de todo bullicio para retirarse á vivir. Hay quien dice que antes de ir el Santo á Silos, con licencia del Rey edificó una casa y una ermita fuera de los arrabales en un valle que llaman *Semela*, junto al convento de San Agustin, llamado entonces San Andrés; y que dia y noche asistia con aquellos religiosos á cantar las alabanzas divinas. El sitio donde vivió el Santo es hoy la ermita de la Magdalena, la cual pertenece á la jurisdiccion de Silos. Fue esto por los años de 1040.

El tiempo que estuvo en Burgos no se sabe. Lo mas cierto es que á fines de enero del año 1041 tomó posesion del monasterio de Silos, fundado por el rey Recaredo bajo la advocacion de María santísima y de san Sebastian el año de 593; el cual, habiendo sido uno de los mayores y mas nobles santuarios de España, estaba ya tan por el suelo en lo espiritual y temporal, que obligó al rey D. Fernando y á D. Jimeno, obispo de Burgos, á buscar remedio, y no hallaron otro mejor que encomendarle á santo Domingo, disponiendo primero que renunciase la abadía D. Munio ó Nuño [1], el cual se retiró á la iglesia de San Miguel, que estaba junto á la de Silos. Entró el Santo en el monasterio de Silos, acompañado de muchos personajes de la corte, á tiempo que un santo monje, llamado Liciniano, hombre de gran virtud, pero muy afligido por la decadencia del monasterio, decia la misa conventual, el que en lugar de cantar el *Dominus vobiscum*, que precede al ofertorio, dijo cantando: *Ecce reparator venit*: el restaurador viene: y el coro respondió: *Et Dominus misit eum;* y el Señor nos le envia; y para que no se dudase que Dios habia movido la lengua del celebrante y del coro, acabada la misa bajaron á la iglesia los monjes, y vieron á santo Domingo rodeado de luces celestiales. Este suceso les confirmó á todos en la opinion que ya tenian de su santidad, y les hizo concebir las mas firmes esperanzas de que por su mano volveria el monasterio á su antiguo lustre y esplendor, lo que sucedió como lo pensaron; pues en los veinte y ocho años que fue abad le formó de manera, que podia con razon contarse por un nuevo y raro milagro. Empezó la reforma del monasterio por el ejemplo de su santa vida, practicando primero lo que queria ejecutasen los súbditos: animaba á los flacos, consolaba á los tristes, socorria los necesitados, como podia, en aquellas estrecheces á que estaba reducido el monasterio; y echando Dios la bendicion sobre sus desvelos y trabajos, consiguió enriquecer las almas de sus súbditos de todas las virtudes, y el monasterio de bienes, los cuales le daba el Señor como por añadidura de sus grandes y prodigiosos servicios, empleando para ello, si era necesario, los milagros, como sucedió en

[1] Yepes y Castro dicen que el rey obligó á D. Nuño, que entonces era abad de Silos, á que renunciase la abadía. Vergara pretende que en esto hay equivocacion, diciendo que D. Nuño no era abad de San Sebastian, sino de San Miguel, monasterio que se unió con el otro por una esquina cuyas iglesias perseveran hoy. Fueron distintas estas dos casas, hasta que D. Nuño que era abad en San Miguel el año 1056 cedió aquella casa con todos sus bienes al abad santo Domingo. La escritura de esta incorporacion puede verse en Castro, lib. 3.°, cap. 3.°, pag. 287. No es cosa del todo averiguada si antes del año 1041 eran presididos estos dos monasterios del abad don Nuño. Florez cree que sí. *Tom. XXVII, pág. 436.*

ocasion que estando el monasterio sin provision alguna, ni tener con qué comprarlas, le avisó el Rey que enviara á Burgos por una considerable porcion de trigo, el que sabia le hacia bastante falta.

Andando un dia con esta solicitud y ansia muy encendida, fue consolado con una vision del cielo. Parecióle que estaba viendo un rio de donde salian dos grandes arroyos, uno como de leche, y otro como de sangre. Pasábase este rio por un puente de vidrio, ancho como palmo y medio. Al otro lado habia dos varones de hermosura sobrehumana con ropas blancas, ceñidos con cintos de oro muy resplandecientes: el uno de ellos tenia en la mano dos coronas de oro bruñido, el otro tenia una sola siete veces mas resplandeciente y engastada de piedras preciosas. El de las dos coronas llamaba á nuestro Santo, y le decia que pasase allá. El Santo respondió que no podia por ser angosto y delicado el puente. Instábale que no temiese. Obedeció él, y estando ya al otro lado le dijo: Estas dos coronas que ves, te las envia Dios porque las tienes ya merecidas. — ¿Qué mérito hay en mí, replicó el Santo, para recibir tal galardon y por tales ministros? — La primera corona, dijo él, te la da Cristo, porque en su seguimiento despreciaste el mundo; y si perseveras hasta el fin en el mismo propósito, la gozarás para siempre. La segunda corona es por haber restaurado la iglesia de Santa María (de Cañas) por la devocion que tienes á la Madre de Dios, y tambien por la virginidad que desde mozo ofreciste guardar, la cual corona poseerás para siempre, si perseveras en esta virtud. La tercera mas preciosa se te prepara por el monasterio de Silos que reedificarás desde los cimientos, volviéndole á su primer esplendor, y por las muchas almas que en él has de ganar á Dios. Si cumplieres lo que te digo, gozarás estas tres coronas con Cristo y con nosotros eternamente. Con esto desapareció la vision. Á la mañana siguiente llamó Domingo á algunos monjes muy observantes amigos suyos íntimos, y les contó lo que habia visto. Uno de ellos era Grimaldo, el escritor de su vida, por cuyo testimonio sabemos esto, y tambien que por entonces ni entendieron ellos lo que significaba la vision, ni la creyeron del todo, hasta que después la santidad de Domingo y el espíritu de profecía que resplandeció en él, y los milagros que obraba Dios por su intercesion, fueron acreditando la verdad de aquella promesa.

En su tiempo el rey D. Sancho dió al monasterio de Silos el monasterio de Santa María de Duero con todas sus pertenencias. El rey D. Alonso VI, entre otras donaciones, le dió el monasterio de San Martin de Madrid y su parroquia, con jurisdiccion civil y criminal

al prior sobre todos los parroquianos, los que ordenó fuesen vasallos solariegos del monasterio; y que no pudiesen sin licencia del prior levantar las casas, y en la venta de ellas era preferido el monasterio. Con estas y otras dádivas levantó nuestro Santo desde sus cimientos el templo que se caia, y edificó de nuevo todo el monasterio; uno y otro persevera hoy conforme lo hizo santo Domingo.

Estas liberalidades de los fieles para con el monasterio de Silos, así como eran un claro testimonio de la veneracion en que todos tenian á nuestro Santo, así tambien eran una especie de reconocimiento á los inmensos beneficios que Dios les hacia por su mediacion, siendo infinitos los enfermos, los ciegos, los cojos, los tullidos que sanaban todos los dias por su intercesion. Pero en lo que principalmente se señaló fue en socorrer á los cristianos que estaban en poder de moros, que á la sazon eran muchos, y su seguro remedio era implorar su proteccion. Fue esto con tanto extremo, que encomendándose á él desde sus mazmorras, se hallaban á deshora en tierra de cristianos, y aun á las puertas de su monasterio, dejando allí en testimonio las cadenas, grillos, hierros y demás instrumentos de su cautiverio; y fueron tantos los despojos de los cautivos que se pusieron en aquel convento, que en Castilla se decia por refran: No te bastarán los hierros de santo Domingo.

Por este tiempo reveló Dios á san García, abad de Arlanza, que trasladase desde Ávila á su monasterio los cuerpos de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta. En esta traslacion se halló presente el abad de Silos santo Domingo; y como el Santo no hubiese pedido al abad de Arlanza reliquia ninguna de aquellos Santos, como lo hicieron los Obispos y otras personas graves que asistieron á su traslacion; los monjes de Silos se le mostraron por esto quejosos. Respondióles el Santo, que no se entristeciesen por ello, que si guardaban exactamente la ley, y tomaban sus consejos, tendrian el cuerpo de un Santo cuya proteccion no les daria lugar para que envidiasen las reliquias de otros. Dijo esto el santo Abad por impulso del cielo; ni él supo lo que se decia, ni los monjes lo entendieron hasta que él pasó de esta vida.

Llegó, en fin, el tiempo destinado por Dios para que este siervo fiel cogiera el fruto de sus trabajos: fue asaltado de una grave enfermedad, que le postró en la cama: conoció que se moria, ó por mejor decir, tuvo revelacion del dia de su muerte, pues el dia de la Expectacion de la santísima Vírgen dijo á sus monjes: He pasado toda esta noche en la iglesia con el Rey y Reina, los que me han con-

vidado para de aquí á tres dias; pasados los cuales, gustoso y alegre asistiré á su eterno y delicioso convite. Llegó el viernes 20 de diciembre, en que Jesús y María le volvieron á visitar, y habiendo recibido los Sacramentos, se despidió de sus monjes, á los que dió muchos y muy saludables documentos; y levantando los ojos y las manos al cielo, y dejándolas caer después sobre su pecho, cerró apaciblemente sus ojos para un eterno y dichoso sueño. Sucedió su muerte á los 20 de diciembre año de 1073. Luego que espiró, unos niños sin malicia, que se hallaban presentes, vieron subir al cielo su alma con tres coronas resplandecientes, cumpliendo Dios lo que le habia prometido en la vision que ya antes se ha referido: fue abad de aquel monasterio treinta y tres años menos treinta y cinco dias. Su cuerpo fue enterrado con la veneracion debida en el claustro que mira á la iglesia; pero los muchos y grandes milagros que obraba Dios todos los dias con los que se encomendaban al Santo, y las aclamaciones de los peregrinos obligaron el año siguiente á D. Jimeno, obispo de Burgos, con consulta del abad de Silos D. Fortunio ó Fortuny con acuerdo del rey D. Alonso VI, y asistencia de otros obispos y abades, y señores del reino, á levantar sus cenizas, ponerlas en una preciosa urna, y colocarlas en el altar de San Martin, y mandando que encima de su sepulcro pusiesen ara para decir misa en nombre y por reverencia del santo Abad. Así quedó santo Domingo beatificado segun la costumbre de aquel tiempo. Y en este mismo año comenzó el monasterio á perder la advocacion antigua de San Andrés, y á ser conocido por el nombre de nuestro Santo, el cual le da ya D. Alonso VI en la escritura de agregacion del priorato de San Frutos á esta casa de santo Domingo.

Diez años después, en el de 1086 fue consagrada esta iglesia de Santo Domingo de Silos por Ricardo, cardenal de la santa Iglesia romana y legado del Papa. Á esta consagracion asistieron el arzobispo de Toledo D. Bernardo, D. Gomez II, obispo de Burgos, y otros muchos prelados y señores del reino. Aun mas que por este concurso fue ennoblecida aquella solemnidad por la asistencia de un cautivo llamado *Servando,* natural de Cuzcurrita en la Rioja, á quien el Santo acababa de librar de su esclavitud, y vino libre con los grillos que él le quitó, dando á Dios gloria, y al Santo la alabanza debida. El legado vuelto á Roma contó al Papa este prodigio del Santo, y otros muchísimos que el cielo obraba en su sepulcro, por lo cual el papa Urbano II se movió á canonizarle, si bien Florez (*tom. 26, pág. 211*) disputa si fue ó no este Papa.

Para referir el número de los prodigios que en vida y en muerte ha obrado Dios por la intercesion de nuestro Santo, las donaciones y privilegios exorbitantes que los reyes de España han concedido en varios tiempos al monasterio de Silos, en atencion á santo Domingo, y los templos que se han dedicado á su nombre, era menester muchos libros. Baste decir que el mundo debe el nacimiento del patriarca de la religion de Predicadores á la intercesion de nuestro Santo, el que apareciéndose á la gloriosa beata Juana de Aza, que postrada ante su sepulcro le pidió con mucho fervor la consolase en la falta de sucesion, la prometió que Dios la daria un hijo, como se verificó: púsole á este hijo de promision el nombre de Domingo en memoria de su bienhechor. Este segundo Domingo fundó el monasterio é iglesia de religiosas de Santo Domingo el Real de Madrid, bajo la advocacion de santo Domingo de Silos, aunque comunmente se cree ser la advocacion de este convento de santo Domingo de Guzman.

En el dia 19 de abril de 1733 el sagrado cuerpo fue solemnemente trasladado á la suntuosa capilla que para esto se edificó en la misma iglesia, y colocado en una arca nueva de plata muy preciosa y de exquisito gusto. Entonces por concesion de Clemente XII el nombre de nuestro Santo fue puesto en el Martirologio.

LA VENERABLE ORIA.

Del tiempo de santo Domingo de Silos es la venerable Oria, que con su aprobacion vivió reclusa ó emparedada con grande edificacion de toda nuestra península. Antiguo es en la Iglesia este linaje de vida penitente, por el cual algunos hombres ó mujeres llamados de Dios á huir enteramente los riesgos del siglo, se cerraban en una celda estrecha tapiada por todas partes, sin mas respiradero que una ventana por donde recibian el preciso alimento. Altísima era esta penitencia, grandes pruebas se requerian en quien la hubiese de abrazar. Muchos reclusos de estos hubo en España, como en otra parte hemos dicho. La indiscrecion de algunos y la flojedad tambien, y sobre todo la miseria nuestra que hasta las cosas mas santas avinagra y corrompe, dieron ocasion á que los Padres del concilio VII de Toledo celebrado en el año 646 (en el cánon V *de reclusis*) prohibiesen admitir á este género de vida á los que antes no hubiesen dado frutos de observancia regular en algun monasterio, mandando que los vagos que no tenian estabilidad ni daban buen olor de virtud fuesen llevados á sus conventos, ó instruidos en sus obligaciones, si no hubiese otro remedio.

Una de las personas que loablemente practicaron en Silos este género de vida anacorética fue la venerable Oria, la cual desamparando sus deudos y saliéndose de su casa con deseo de entregarse toda á Dios, pidió á santo Domingo no solo el velo de esposa de Jesucristo, mas tambien licencia para vivir emparedada, á lo cual se sentia impelida del Espíritu Santo. Mostróle el santo Abad la aspereza de la penitencia á que se queria obligar; díjole que menos malo le fuera mantenerse en la casa de sus padres que abrazar aquella vida tan rigorosa, y abandonarla después por flojedad é inconstancia. Estas reflexiones muy prudentes y atinadas como de tan sabio y santo varon, no fueron bastantes para apagar en Oria el ansia de la perfeccion á que aspiraba por medio de aquella vida. Insistia siguiendo el fervor de su espíritu; al cabo entendió el santo Abad que aquella era obra de Dios, y le concedió lo que pedia. Con gran gozo se sepultó en vida la santa doncella, muriendo al mundo y á su alboroto y ruido. Con espíritu angélico emprendió esta carrera, y perseveró en ella algunos años. No pudiendo el demonio sufrir la guerra que Oria le tenia declarada, hizo grandes esfuerzos para derribarla de su propósito. Trató primero de aterrarla con miedos y espantos que suelen causar miedo especialmente á mujeres, y mas cuando son obra de tal inventor. Apareciósele en figura de serpiente, ya grande, ya pequeña, haciendo varios ademanes para que atemorizada la sierva de Dios abandonase aquel lugar y mudase de vida. Era esto continuo, dia y noche. Oria le resistia y le vencia con las armas de la oracion; al cabo viendo la tenacidad del enemigo dió parte á santo Domingo de la tribulacion en que se hallaba. Fué allá el bendito Abad, dijo misa, le dió la comunion, echó agua bendita en la celdilla de la sierva de Dios; con esto desapareció el demonio, y no volvió mas aquella vision. De esta nueva tranquilidad se aprovechó Oria para correr á paso largo hácia el blanco de su vocacion, en la cual perseverando hasta el fin mereció llegar á la eterna corona antes del año 1090 en que escribia su vida el monje Grimaldo.

La santidad de esta sierva de Dios es celebrada por los escritores de aquellos tiempos. No se sabe el sitio donde la enterraron, ni menos dónde tuvo la celda: creible es que viviese junto al monasterio de San Sebastian de Silos en que santo Domingo era abad, pues aun antes de haber ido él á Silos hubo allí casa de religiosas con iglesia dedicada á san Miguel, la cual perseveró aun después que faltaron las monjas. Y de esta casa era abad D. Nuño cuando fué santo Domingo al monasterio, como arriba hemos dicho. No léjos de este si-

tio hubo un hospital, y junto á él vivió emparedada tambien otra señora llamada doña Constanza, á la cual y al hospital, que era fundacion suya, recibió bajo su proteccion el rey de Castilla san Fernando en el año 1218. Tambien queda memoria de otra reclusa del obispado de Burgos, llamada Mariana, la cual siendo obispo D. García en el año 1097 con algunos abades y abadesas de varios monasterios confirmó la escritura de donacion hecha á favor de la sede de Burgos por Fronilda, religiosa de la órden de san Benito.

LA TRASLACION DE LAS RELIQUIAS DE SAN ISIDORO Á LA CIUDAD DE LEON.

En el dia 4 de abril prometimos hablar hoy de la traslacion del cuerpo de san Isidoro desde Sevilla á Leon, hecha por disposicion de Dios y no de los hombres. El caso pasó de esta manera: Hallábase Sevilla dominada del rey moro *Habeth*, á quien llamaban algunos *Benabeth*, y otros *Eneto*. Era rey de Leon Fernando el Grande, primero de Castilla, el cual siguiendo el impulso de su piedad, deseaba ennoblecer la corte de Leon con reliquias de Mártires. Alcanzó de Benabeth el cuerpo de santa Justa que se veneraba en Sevilla. Para trasladarlo á Leon envió allá á Alvito, obispo de aquella iglesia, y á Ordoño, obispo de Astorga, y al conde Muño con gente armada. El moro reconoció la promesa; mas halló dificultad en su ejecucion, porque ni él ni los suyos podian dar señas de donde estaba aquel cuerpo; añadió que le buscasen ellos, y le llevasen si podian hallarle. El obispo Alvito mostró á sus compañeros cuán ardua era aquella empresa, de la cual solo Dios podia sacarlos prósperamente; tres dias estuvieron en oracion ayunando; con gran fervor pedian á Dios que les revelase el sitio donde estaba el sagrado tesoro. En la noche que era principio del cuarto dia, durmiéndose Alvito vió en sueños un venerable anciano vestido de pontifical, el cual le habló de esta manera: Sé que tú y tus compañeros habeis venido acá con deseo de llevaros el cuerpo de santa Justa; y aunque no quiere Dios que esta ciudad sea desamparada del cuerpo de esta vírgen, tampoco quiere que volvais vacíos, pues os concede mi cuerpo: tomadle, y caminad seguros. Preguntóle Alvito quién era. Respondió: Yo soy Isidoro, doctor de las Españas, prelado de esta ciudad. Esto dijo, y desapareció la vision. Dispertó Alvito, y no asegurado de que aquello fuese verdad, rogó á Dios que si lo era se lo diese á entender. En seguida durmiéndose tuvo segunda y tercera vez la misma vision: á la ter-

cera Isidoro le declaró el sitio donde yacia su venerable cuerpo, hiriendo el suelo con un báculo que tenia en la mano, y diciendo: Aquí, aquí, aquí encontrarás mi cuerpo. Añadióle por señal de ser esto cierto, que luego caeria él enfermo, y pasaria de esta vida. Contó Alvito esta revelacion á los suyos; pasaron luego á dar parte de ella á Benabeth. Este Príncipe, aunque infiel mostró pesar de esto. Decíales: Si os doy á Isidoro, ¿con qué me quedo yo? Mas no teniendo ánimo para disgustar á tales embajadores, les dió licencia para que buscasen este tesoro. Halláronle por disposicion de Dios. Era tal la fragancia que de él salia, que como una niebla de bálsamo humedeció los cabellos y la barba de todos los circunstantes con un rocío de olor sobrenatural. La caja de su sepulcro era de enebro. Luego que se descubrió el venerable cadáver, enfermó Alvito; al dia siguiente entregó su alma á Dios. Al tiempo de poner el sagrado cuerpo en la caja, el rey Benabeth le echó encima un velo de seda de muy preciosa hechura que tenia dispuesto, y decia suspirando: Te apartas de aquí, venerable Isidoro; pero bien sabes que tu causa es la mia, ruégote que no me olvides.

El obispo de Astorga y los demás de su comitiva recogieron el cuerpo de Alvito y el del santísimo Isidoro, y volvieron á Leon. El rey D. Fernando dispuso que el cuerpo de san Isidoro fuese colocado en la iglesia de San Juan Bautista, edificada por él, la cual hizo después consagrar en honra de san Isidoro. Dios Nuestro Señor obró grandes maravillas en aquel templo por la intercesion de este santo Doctor. Hízose esta traslacion el año 1063 á 21 de diciembre. En este dia se pone esta fiesta en el calendario perpetuo impreso en el año 1578 donde se previene que las primeras vísperas sean suyas desde el capítulo con conmemoracion de santo Tomás apóstol. Tamayo siguió el mismo dia, previniendo que la santa iglesia de Leon escogió el dia 20 por evitar la concurrencia de esta fiesta con la del santo Apóstol.

La Misa es en honor de santo Domingo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Dominici confessoris tui praeclaris vitae meritis decorasti, et in liberandis captivis, gloriosis laetificasti miraculis; concede nobis famulis tuis, ut et ipsius instruamur exemplis, et ab omni vitiorum servitute ejus patrocinio

Ó Dios, que adornaste tu Iglesia con los esclarecidos méritos del bienaventurado Domingo, y la hiciste se gozara viendo libres muchos cautivos por su mediacion milagrosa; haz que nosotros tus siervos seamos instruidos en sus ejemplos, y que por su patrocinio nos

liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum... veamos libres de la esclavitud de todos los vicios: Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico, pág. 92.*

REFLEXIONES.

Su memoria se conserva en bendicion. ¡Oh, y qué diferencia hay entre la memoria de los Santos y la memoria de los mayores hombres! Aquella se conserva en bendicion, entre alabanzas, en veneracion y entre continuas gracias al cielo. Son alabados los Santos después de su muerte en la congregacion de los fieles. Aunque hubiese sido oscuro su nacimiento, por baja, por vil, por humilde que fuese su condicion; mas que no hubiesen tenido ni espíritu, ni talentos, ni alguna otra de aquellas prendas brillantes que tanto se estiman en el mundo, que se llevan las atenciones, que se arrastran los aplausos; todo lo suple con ventajas la santidad. Pero ¿qué veneracion se conserva por aquellos grandes hombres que hicieron bella figura mientras vivieron? Acabóse la figura con la vida. Metieron ruido; pero ¿en qué paró este ruido un momento después de su muerte? Acabóse el ruido, y con él pereció al mismo tiempo su memoria. Solo acordarse de un difunto causa miedo; se mira con un género de horror todo cuanto sirvió en vida al uso de su persona. Pero hágase concepto de que el difunto fue un Santo; ¿con qué veneracion se mira su cuerpo? Léjos de causar horror el cuarto donde murió, inspira no sé qué consuelo, alegria, respeto y confianza. El ataud donde está expuesto el cadáver se hace precioso, y se tiene por dichoso el que logra una alhajilla de las que sirvieron al difunto. Las telas mas ricas, los metales de mayor estimacion no parecen ni decentes ni bastantes para envolver ó para engastar un huesecillo, algunos cabellos, una partecilla de su vestido ó de su mortaja. Todos se atropellan por besar sus manos y sus piés; todos se postran delante de aquel cuerpo. Los grandes del mundo, los que dominan la tierra, los soberanos, los monarcas, todos se arrodillan delante de él, todos imploran su proteccion, todos se encomiendan en sus oraciones; pero es un cuerpo muerto, pero es un cadáver; no importa, la santidad no solo hace dulce la muerte de los Santos, sino que hasta sus cuerpos muertos los hace dignos de la pública veneracion. Mas que el difunto hubiese sido el hombre mas bajo de la república, toda la gente de la mayor distincion, ó por su cuna, ó por sus empleos, hará vanidad y se considerará obligada de concurrir á su entierro. Llevaráse su cadáver como

en triunfo entre los votos y los aplausos del pueblo. ¿En cuántos templos se colgarán sus retratos? ¿en cuántos altares se colocarán sus reliquias? Los siglos mas retirados celebrarán su memoria con veneracion, y en todas partes resonarán sus elogios. ¿Qué grandes del mundo recibieron jamás honra semejante? ¿qué fortuna se puede comparar á la dicha que gozan los Santos? Pero los afortunados del mundo mueren, y mueren tambien con ellos todos los honores que les tributaban. El que se rinde á los Santos, pasa hasta sus mismas reliquias. No es la reliquia el objeto directo y principal de nuestro culto; el mismo Santo que reina con Cristo en el cielo es el que adoramos y el que invocamos cuando veneramos sus reliquias. La opinion en que estamos de que aquella reliquia que se nos presenta á la vista es todo su cuerpo ó alguna parte de él: esta opinion, verdadera ó falsa, basta para excitar nuestra devocion, y para que sea agradable á Dios el culto que tributamos á las que creemos ser reliquias de los Santos. No nos pide Dios una crítica severa, sino una piadosa inclinacion á honrar lo que él mismo honra, y á proporcion de lo que le honra el mismo Señor. Acaso por eso (dice san Gregorio) para enseñarnos una verdad tan provechosa como llena de consuelo, no pocas veces obra Dios mayores milagros en los lugares donde verdaderamente no están los cuerpos de los Santos que se invocan: *Sancti ad majus fidei nostrae meritum saepe illic majora signa faciunt, ubi minime per semetipsos jacent.* (Lib. 2 Diálog. cap. últ.).

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo, pág. 94.*

MEDITACION.

Dios es muy liberal con los que le sirven.

Punto primero.—Considera la liberalidad con que recompensa Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios particulares, gracias sobreabundantes, valor de los méritos y la sangre de un hombre Dios, dones sobrenaturales mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto es alguna vez recompensa de una ligera obra de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un simple deseo de una alma justa.

Parece que ya no se acuerda Dios de todos los infinitos beneficios que nos ha hecho luego que le damos ocasion, por decirlo así, para hacernos otros nuevos con nuestra fidelidad á su servicio. Al mismo tiempo que da los talentos, da los medios y la industria para negociar con

ellos; y en ganando los dos, añade cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos que acreditan la liberalidad con que premia Dios en nosotros aquello mismo que él nos da.

Pero ¡con qué atencion está á socorrer las necesidades de sus siervos! ¡qué maravillas obra en favor de los que le siguen! Hambriento el pueblo de las instrucciones y de la doctrina del Salvador, se va tras él: ¡qué cuidado en proveer sus necesidades, y qué de prodigios para proveerlas!

Pues fuiste fiel en cosas pequeñas, yo te haré dueño de las mayores. ¿Qué proporcion hay entre el salario y el trabajo, entre el mérito y el premio? Cuando se trata de recompensar nuestros pequeños servicios, solo se aconseja Dios con la infinita grandeza de su inmenso corazon.

Pero ¿qué servicios somos capaces de hacer á todo un Dios? Todo cuanto podemos hacer ¿no es obligacion nuestra, y la mas esencial de todas nuestras obligaciones? ¿puede haber para nosotros ni mayor gloria, ni mayor recompensa que él mismo admitirnos á su servicio? Sin embargo, quiere Dios recibirnos por mérito nuestras mismas obligaciones: quiere señalar un infinito premio á la mas ligera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz, por haber alargado un vaso de agua en su nombre, por haberle tributado nuestro respeto; un paraíso, una gloria eterna, una felicidad que la hace el mismo Dios. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y después de todo esto ¡será posible, divino Salvador mio, que yo quiera servir á otro dueño!

Punto segundo.—Considera que aunque Dios no recompensara nuestros servicios con otra cosa que con dignarse de admitirlos, quedaríamos sobradamente recompensados. ¿Cuántos grandes no reciben otra recompensa en la corte por lo que sirven al soberano? Perdieron la salud, gastaron toda la vida, arruináronse en el servicio del rey, y una palabrita benigna, un mirarles alguna vez con agrado vale para ellos un elogio, y suele ser no pocas veces todo el premio que reciben. Pero al mas pequeño acto de mortificacion, al sacrificio de un momento, á una nada hecho ó padecido por Dios, se sigue al instante una asombrosa abundancia de bendiciones. Ni en el gran dia de los premios, que es el dia del juicio, quiere Jesucristo hacer mencion de otras cosas sino de las mas ordinarias, de las menos ruidosas y de las mas felices. ¡Mi Dios! un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelos, una bienaventuranza infinita,

eterna, por un maravedí que ofrecí á vuestro tesoro, por una visita que hice á un pobre enfermo, á un encarcelado; por haber cumplido con un acto de religion, á que estaba obligado debajo de graves penas; y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, Vos mismo quereis ser mi recompensa. *Ego ero merces tua magna nimis.* ¡Ó mi Dios, y con todo eso teneis pocos que os sirvan! ¡y hay hombres que tengan por gran trabajo el serviros! ¡y los hay negligentes, los hay disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿sabemos bien la religion que profesamos?

Hé aquí Señor, dice san Pedro, *que todo lo hemos dejado, y vamos en seguimiento de Vos.* Por cierto que no era gran cosa todo lo que habian dejado: una barca y unas redes viejas; pero con todo eso, ¡qué recompensa! Abundancia de dones del Espíritu Santo: favorecidos, privilegiados de Dios vivo, aun esto es poco; sentados en sus sillas con Jesucristo para juzgar á los mortales, y á la frente de todos los escogidos para seguir á Jesucristo en su gloria. ¡Mi Dios, y con qué liberalidad recompensais á los que os aman! ¡Cuánta razon tuvieron los Santos para serviros con tanto valor y con tanta fidelidad!

Mas porque no se creyese que esta liberalidad se limitaba precisamente á los Apóstoles, añade inmediatamente: *Cualquiera que por mi amor dejare su casa ó sus hermanos,* es decir, cualquiera que me amare con ternura, que me sirviere con fidelidad, que guardare mis mandamientos con perseverancia, yo mismo seré su premio por toda la eternidad. Sí; ninguna cosa se hará por Dios, por mínima que sea, que quede olvidada, ni un solo cabello será arrancado por él, que no se lleve exacta cuenta; ninguna accion exterior, ningun acto interior que tenga á Dios por motivo, que no sea eternamente recompensado. ¡O liberalidad, ó prodigalidad divina, y cuánto me confundís!

¡Qué dolor, mi Dios, y qué desesperacion es la mia por no haber querido servir á un amo tan liberal, que admite por servicios los deseos! Esto es hecho; y así os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible: yo os amaré toda mi vida, yo os serviré con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS. — ¡Oh Señor, y qué consuelos teneis reservados para los que os aman y os temen! (*Psalm.* XXX).

¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazon! (*Psalmus* LXXII).

PROPÓSITOS.

1 Basta una simple tintura de nuestra Religion, basta un mediano conocimiento de la infinita bondad de nuestro Dios, basta la memoria de lo que Dios ha dicho y hecho en favor de los que le sirven, para convencernos de la liberalidad con que recompensa los menores servicios que se le hacen, y de que siempre los recompensa como Dios. No derrama sus liberalidades únicamente sobre las grandes acciones que se hacen por él: premia hasta el mas mínimo deseo, hasta la voluntad sola que se tiene de darle gusto. Acuérdate de tantos beneficios como has recibido en el discurso de tu vida; todos los debes á la pura bondad, á la pura liberalidad de tu Dios. Pero no, no nos debemos parar en las recompensas de esta vida; nunca levantes los ojos al cielo sin considerar, que allí es donde te tiene Dios reservado el premio de tus menores servicios. Una bienaventuranza infinita y eterna, un conjunto de todos los bienes, una felicidad sin límites y sin medida, la misma esencia de Dios; este ha de ser tu premio.

2 Pero no debes servir á tan buen amo precisamente por consideracion al premio; mas puro, mas desinteresado ha de ser nuestro motivo. En medio de eso alienta el corazon la memoria de la bondad y de la liberalidad con que recompensa Dios á los que le sirven. Son ordinarias, son comunes en esta vida las adversidades, los trabajos, los contratiempos y las mortificaciones; pues cotéjalas entonces con el premio que te espera. Si te parece que Dios es poco liberal contigo en recompensas temporales, alégrate y dale mil gracias, porque es señal que te las reserva para la otra. Y ¿dónde hay mayor consuelo?

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de santo Tomás, apóstol, en Calamina; el cual habiendo predicado el Evangelio á los partos, medos, persas é hircanos, penetró finalmente hasta la India, y después de haber adoctrinado á aquellos pueblos en la religion cristiana, por mandato del rey murió alanceado: sus reliquias fueron trasladadas primero á Edesa, y luego á Ortona en la Pulla. *(Véase su historia hoy).*

Los santos Juan y Festo, mártires, en la Toscana *(en tiempo del emperador Aurelio).*

San Temístocles, mártir, en Licia; el cual en tiempo del emperador Decio se ofreció voluntariamente en lugar de san Dióscoro, al cual buscaban para matarle; y atormentado en el caballete, arrastrado y apaleado, alcanzó la corona del martirio.

San Glicerio, presbítero, en Nicomedia; el cual en la persecucion de Diocleciano, después de padecer muchos tormentos, lanzado en una hoguera consumó su glorioso martirio *(á fines del siglo III)*.

San Anastasio, obispo y mártir, en Antioquía; al cual en tiempo del emperador Focas mataron cruelmente los judíos *(por los años de 610)*.

San Severino, obispo y confesor, en Tréveris.

SANTO TOMÁS, APÓSTOL.

Santo Tomás, llamado tambien Dídimo, que significa en griego lo mismo que Tomás en hebreo, esto es, mellizo, era galileo de nacimiento, de una condicion pobre y oscura, como lo era la condicion de los que Jesucristo escogió para ser sus apóstoles. Metafrastes dice, que Dios le habia prevenido desde su niñez con sus mas dulces bendiciones, y que le habia dado un espíritu tan dócil, un corazon tan puro, un natural tan feliz y una inclinacion á la virtud tan poco comun, que todos le miraban con admiracion. Era costumbre entre los judíos dar á los niños algunos libros sagrados luego que habian aprendido á leer, dice el mismo autor; Tomás encontraba tanto gusto en esta lectura, que hacia de ella todas sus delicias y toda su diversion. Después de haber empleado y gastado el tiempo competente en su ejercicio de pescador, en lugar de irse á divertir con los jóvenes de su edad y de su condicion, se retiraba al templo, ó á algun lugar separado del bullicio, para extraer de los libros sagrados aquel espíritu de piedad y de religion que debia hacerlo digno de ser un dia uno de los mas generosos y mas amantes discípulos del Salvador del mundo. Tal fue la niñez y la juventud de Tomás antes de ser llamado al apostolado; pero no tardó el Señor en concederle esta gracia.

Habiendo oido nuestro Santo hablar de las maravillas que obraba el Salvador, no dudó que fuese el Mesías prometido, y por tanto tiempo esperado. Lo mismo fue oirle, que dejar todas las cosas por seguirle. Este nuevo discípulo le seguia á todas partes con un fervor y un celo que daba bien á conocer que el Salvador, por una predileccion singular, le habia elegido para su discípulo entre otros muchos. Habiendo sido preso san Juan Bautista por el impío Herodes, y puesto en la cárcel, parecia que Jesucristo habia de ser abandonado de todos los que le habian seguido hasta entonces; pero como era dueño de los corazones, léjos de ser abandonado, vió crecer el número de sus discípulos.

En este tiempo fue cuando el Salvador quiso elegir entre los que le seguian con mas continuacion, y le eran mas adictos, doce discí-

pulos, á los que llamó apóstoles. Tomás fue de este número; su celo, su fervor, su amor y su fidelidad á su amado Maestro hicieron bien pronto ver la sabiduría y el mérito que habian concurrido á esta eleccion. Este digno Apóstol no se separó desde entonces de su amado Maestro: el lugar que ocupaba en el corazon del Salvador se conoce por la respetuosa y religiosa familiaridad que tenia con él. Era compañero inseparable de sus correrías apostólicas, y testigo de todos sus milagros. Después que el Salvador hubo tenido cerca de sí algun tiempo á sus Apóstoles para instruirlos y formarlos, juzgó que era tiempo de emplearlos en las funciones de la vida apostólica, y de enviarlos á diversos parajes á predicar al pueblo lo que les habia enseñado á ellos en particular. Nuestro Santo se distinguió por su fervor y por su celo entre aquellos excelentes operarios, y fue dotado desde entonces de aquel don que le fue despues tan ordinario, de arrojar los demonios, y hacer toda suerte de milagros.

Estando el Salvador en Galilea, recibió por un expreso la noticia de la enfermedad de su amado discípulo Lázaro, hermano de Marta y de María; habiendo dicho á sus Apóstoles algunos dias después, que este grande amigo era muerto, que iba á Betania á resucitarle, los Apóstoles, todavía tímidos, parecieron aterrarse al oir esta resolucion del Salvador; y no pudiendo dejar de representarle el riesgo á que se exponia, sabiendo que no habia mucho tiempo que los judíos le buscaban para apedrearle, le dijeron: ¿Y cómo, Señor, teneis valor para volver tan pronto á Judea? Entonces santo Tomás, viendo á su Maestro determinado á partir y á llevar consigo á los que tendrian valor para seguirle, y serian mas generosos que los otros: Vamos, les dijo, vamos, sigamos á nuestro buen Maestro; si es preciso muramos tambien con él. Una resolucion tan generosa no podia venir sino de un amor tierno á Jesucristo, y de una fe firme, y á prueba de la malicia de los escribas y fariseos.

La confianza con que nuestro Santo se tomaba la libertad de preguntar al Salvador da bastantemente á conocer que santo Tomás era uno de sus mas amados apóstoles. Celebrando Jesús su última cena con sus discípulos la noche que precedió á su pasion, les dió diversas instrucciones para consolarlos y fortalecerlos contra la turbacion y la tristeza en que los habia puesto al anunciarles que iba á ser un motivo de escándalo á todos ellos. No os turbeis, les dijo Jesucristo; vosotros creeis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Yo voy á prepararos un lugar: volveré después á tomaros para conduciros allá; no ignorais el lugar á donde

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

voy, y por qué camino se va. Entonces santo Tomás le dijo: Señor, no sabemos el lugar á donde vas: ¿cómo pues, podemos saber el camino por donde se va? Á lo que respondió el Señor, que él era el camino, la verdad y la vida; y que nadie iba á su Padre sino por él.

Habiendo sido herido el Pastor, se esparcieron las ovejas. El miedo disipó por algun tiempo el rebaño; pero no extinguió el amor que unia á los discípulos con el Maestro. Retiráronse cási todos para llorar libremente la muerte de su divino Salvador, pero sin perder la esperanza de su resurreccion gloriosa. Santo Tomás fue uno de los que sintieron mas vivamente los malos tratamientos de Jesucristo; y si hubiera seguido la vivacidad de su natural y de su buen corazon, hubiera defendido con valor y con brio á su amado Maestro. Pero es preciso creer que el Hijo de Dios, que le conocia, que le amaba, y que le habia instruido, gobernó su conducta con su divino espíritu. Santo Tomás se retiró con los otros discípulos á Jerusalen, esperando aquel grande acontecimiento, que debia ser el triunfo de Jesucristo y el de la Religion, y el cumplimiento de sus predicciones y de sus promesas.

Habiendo resucitado Jesucristo, y aparecídose luego á la santísima Vírgen, después á san Pedro, á María Magdalena y á los otros discípulos, todos los cuales aseguraron que su amable Maestro habia resucitado, y se les habia aparecido, los dos discípulos que iban á Emaús tuvieron la dicha de verle, y de conversar con él, y volvieron inmediatamente á Jerusalen á dar parte á los fieles de su aventura: habiéndolos hallado juntos, unos decian que el Salvador habia resucitado verdaderamente, y que se habia aparecido á Pedro, á las santas mujeres y á muchos discípulos: otros nada de esto creian. Como se disputaba todavía sobre esto, se dignó Jesús aparecer visiblemente en medio de ellos sin haber abierto la puerta, ni hecho agujero alguno en la pared. Los saludó, segun tenia de costumbre, diciéndoles: La paz sea con vosotros: yo soy, no temais; y porque muchos creian que era una fantasma lo que veian, les consoló maravillosamente asegurándoles que él era; pero los reprendió, y con razon, por su demasiada inquietud y sus vanas contestaciones sobre su persona, las que denotaban una fe débil y vacilante: después de esto les mostró las llagas de sus manos, de sus piés y de su costado, como diciéndoles que las miraran de cerca, y las tocaran; finalmente, queriendo acabar de convencerlos, les preguntó si tenian alguna cosa que comer. Al instante le presentaron un pedazo de pez asado, y un panal de miel; y habiendo comido de uno y otro, no solo derra-

mó en sus corazones la paz y el gozo, sino que tambien los colmó de sus mayores gracias.

Tomás fue el único que no tuvo parte en todos estos favores por haber estado ausente; habiendo dispuesto la Providencia esta ausencia para darnos con motivo de su incredulidad la prueba mas visible y mas incontestable de la resurreccion del Salvador, y para curar, por decirlo así, con la vista y el tacto de sus llagas sacrosantas las que nuestra poca fe habia de hacer en nuestras almas. Habiendo venido este Apóstol donde estaban los demás, halló á toda la asamblea llena de gozo; le contaron como el Salvador se les habia aparecido con su cuerpo resucitado y vivo, lo que les habia dicho, como habia comido con ellos, y con qué benignidad les habia mostrado sus sagradas llagas. Tomás dijo desde luego que nada creia; como aquellos que no pueden persuadirse ser cierto lo que desean con ansia si no lo ven. Por mas que me digais, les respondió, no me persuadiréis que mi buen Maestro está vivo: no lo he de creer sin que vea con mis ojos sus manos agujereadas con los clavos, y sin que meta en ellas el dedo, y la mano entera en la llaga de su costado, para convencerme que está en vida.

El Salvador no quiso dejar mucho tiempo á su amado discípulo en su incrédula perplejidad. Como no permitia esta infidelidad sino para hacernos á nosotros mas fieles, volvió al mismo paraje ocho dias después, buscó el tiempo en que los Apostoles y los discípulos estaban todos juntos, entró, cerradas las puertas, y se presentó en medio de la asamblea, donde se hallaba tambien Tomás: habiéndoles saludado, y dádoles la paz, se encaró á este amado Apóstol, y le dijo: Ven, hijo mio, y convéncete por tí mismo de la verdad de mi resurreccion; convéncete por tus propios sentidos, que este que ves es el mismo cuerpo que yo tenia en la cruz; mira mis manos taladradas, mete en ellas el dedo; mira la llaga de mi costado, mete en ella la mano, y no seas incrédulo, sino fiel; mis palabras, mis promesas, las pruebas insignes que yo habia dado de mi resurreccion, y el testimonio de todos tus hermanos, debian bastar para convencerte de un hecho tan estupendo. Al decir esto el Salvador, obró en el corazon del obstinado discípulo una tan prodigiosa mudanza que de incrédulo se hizo fiel; reconoció sensiblemente que el que le hablaba era su Salvador; y hecho un mar de lágrimas, se postró á sus piés, y abrazándose con ellos, exclamó como transportado: Señor mio y Dios mio. Entonces el Salvador, movido de su perfecta contricion y de su fe viva, le perdonó su falta, y le dijo: Tomás, tú has creido porque

me has visto: bienaventurados los que han creido sin verme; no se puede decir que cree, el que no cree sino al testimonio de sus sentidos.

Los Padres de la Iglesia hacen excelentes reflexiones sobre toda esta conducta. San Ambrosio, san Agustin y san Cirilo excusan á santo Tomás, y pretenden que habló así mas por un santo deseo de ver á su Maestro, que por una duda formal y por infidelidad. San Gregorio, y muchos otros, confiesan su falta de fe en esta ocasion; pero todos convienen en que la fe de este santo Apóstol fue perfecta é independiente de los sentidos: *Aliud vidit,* dice, *et aliud credidit.* Vió las llagas de su divino Maestro, y vió su cuerpo vivo; pero creyó otra cosa muy diferente de lo que veia. Vió un hombre pero creyó firmemente que este hombre era su Dios; y su fe sobre la divinidad del Salvador fue de las mas expresas, de las mas perfectas y de las mas generosas.

Pocos dias despues de esta célebre aparicion de Jesucristo resucitado, habiendo los Apóstoles dejado á Jerusalen para volver á Galilea, Tomás y algunos otros se fueron con san Pedro á pescar al mar de Tiberíades: pasaron toda la noche sin pescar nada: habiendo venido la mañana, se encontró Jesucristo en la ribera, y se les apareció, sin que supiesen que era él; pero le conocieron por la prodigiosa pesca que hicieron por su órden, y comieron después con él. Después de la ascension del Salvador á los cielos, y de la venida del Espíritu Santo, los Apóstoles, movidos por este mismo Espíritu, dividieron entre sí todo el universo para llevar á todas partes las luces de la fe y del Evangelio. La tradicion desde el tiempo mismo de los Apóstoles nos enseña, que en esta division tocaron á santo Tomás los vastos reinos del Oriente, y que tuvo el consuelo de encontrarse con los reyes Magos, que eran los primeros de la gentilidad que habian venido á Belen á adorar al niño Jesús: que les hizo relacion de todo lo que habia pasado después en el discurso de la vida del Salvador, de su pasion, de su muerte, de su resurreccion, y que habiéndolos bautizado, los asoció á sí en el ministerio evangélico. Envió á Tadeo, uno de los setenta y dos discípulos que le habian seguido, á Edesa en Mesopotamia, para curar y catequizar al rey Abgaro, como el Salvador se lo habia prometido. Este hecho le asegura Eusebio, añadiendo que él habia encontrado los testimonios auténticos en los archivos de esta ciudad. Parece que el mundo entero no podia bastar al ardor y á la inmensidad del celo de santo Tomás.

Corrió toda la Etiopia, el país de los abisinios, los partos, los medos, los persas, los pueblos de Carmania, los de Hircania, los de

la Bactriana y la India; penetró hasta la isla de Ceylan y la China. El erudito P. Kirker en su Historia de la China dice, que cuando los portugueses pasaron á las Indias, hallaron que los cristianos, que se llamaban de santo Tomás, decian en su oficio en lengua siríaca las antífonas siguientes: «Los chinos y los etíopes fueron traidos al «conocimiento de la verdad por santo Tomás. El reino de los cielos «fue anunciado por santo Tomás hasta en la China, y en la solem- «nidad de la fiesta de este santo Apóstol los etíopes, los indios, los «chinos y los persas ofrecen, Señor, á vuestro santo nombre sus ado- «raciones y sus votos.» La famosa piedra hallada en la China el año 1625, en la cual está escrito con caractéres chinos un compendio de la doctrina cristiana, y una cruz de hierro de mas de treinta quintales de peso, cuya inscripcion señala el año de 239 de Jesucristo, hacen ver bastantemente, que la fe habia sido anunciada en la China desde el nacimiento del Cristianismo. Los pueblos del Brasil tambien se glorían de haber recibido de santo Tomás la luz de la fe; pero lo que hay de mas cierto es, que santo Tomás ejerció las funciones de su mision principal en las Indias Orientales.

Metafrastes escribe, que luego que el santo Apóstol entró en las Indias, se vieron los maravillosos progresos de la fe. Sus modales apacibles y modestos, su vida pobre y mortificada, su paciencia y su afabilidad le conciliaron la benevolencia de todos estos pueblos. La curiosidad los incitó á preguntar á este extranjero por su país, por su religion, y por el motivo que le habia hecho emprender un tan largo viaje. Se admiró en sus respuestas y en todos sus razonamientos tanta prudencia y tanto juicio, y quedaron todos tan embelesados de su dulzura, de su afabilidad y de sus bellos modales; entre otras cosas, se admiraron tanto de su desinterés, y de que por anunciar su Religion hubiese emprendido tan largo y tan penoso viaje, que no dudaron fuese enviado de Dios para enseñarles el camino de la salvacion; y así, lo mismo fue oir sus sermones, que convertirse aquellos pueblos. Predicó después en la isla de Zocotora, de donde pasó á los reinos de Grancanor, de Coulan y de Narsinga en la costa de Coromandel: estableció su principal residencia en Meliapor, capital de este reino, donde predicó la fe de Jesucristo con tan feliz suceso, y haciendo tantos milagros, que se convirtió todo, y bien pronto se vió florecer en él el Cristianismo.

Es una antigua tradicion de los pueblos de Meliapor que antes de venir el santo Apóstol á anunciarles el reino de Jesucristo, habia predicado el Evangelio en la Armenia, en la Mesopotamia y en la Per-

sia; que de allí habia llevado la fe á los vastos reinos de Candahar, de Cabut, de Carfustan y de Gazatara; que habiendo pasado los montes de Tebet, cerca de Bengala, llegó en fin por Decan al reino de Narsinga, y de aquí á Meliapor; que consagró en todas partes obispos y presbíteros para que cuidaran de aquella floreciente y numerosa cristiandad.

La misma tradicion, conservada por monumentos auténticos del país, añade, que queriendo el santo Apóstol edificar una iglesia en la ciudad en honra del verdadero Dios, no pudo conseguir jamás el permiso del rey por la malicia de los bracmanes. Pero habiendo arrojado el mar sobre la ribera una viga de una enorme grandeza, el rey que estaba haciendo un gran palacio, quiso servirse de ella para este edificio; mas habiendo empleado toda la industria de los artífices, y la fuerza de un gran número de elefantes para arrastrarla, no pudieron moverla de su lugar. Al ver esto el santo Apóstol, lleno de confianza en Dios se ofreció llevarla él solo si el rey queria dársela para su iglesia: consintió en ello el monarca, y todo el pueblo corrió á ver el prodigio que obraba el Santo, quien habiendo atado la punta de su correa á uno de los nudos, y hecho la señal de la cruz, condujo la viga como si fuera una paja. Atónito el rey al ver este prodigio, se convirtió con toda su familia y muchos de sus vasallos. El santo Apóstol edificó la iglesia, y levantó sobre una gruesa piedra una cruz, que, segun se dice, se ve todavía el dia de hoy. Se añade, que predijo entonces, que cuando la mar, que estaba muy distante de allí, llegara hasta aquella piedra, unos hombres apostólicos irian de la Europa á anunciarles la misma religion que él les predicaba; lo que se verificó á mitad del siglo XVI, en los misioneros que la piedad portuguesa condujo desde nuestros climas á aquellos países.

Tantas maravillas hicieron triunfar bien pronto la religion cristiana en todo el país, y establecerse la Iglesia sobre las ruinas de la idolatría; lo cual irritó á los sacerdotes de los ídolos contra el Santo, y aceleró su martirio. Habiendo observado los bracmanes que santo Tomás iba todos los dias á hacer oracion al pié de la cruz, se arrojaron sobre él, le pisaron, le maltrataron á golpes, y le atravesaron con muchas lanzadas. Así acabó su larga y laboriosa carrera este grande Apóstol, después de un prodigioso número de trabajos, padecidos por Jesucristo en tantos y tan diversos países, los que suponen una vida muy larga.

El año 1523, habiéndose apoderado los portugueses de la ciudad

de Meliapor, que el rey de Portugal Juan III hizo llamar la ciudad de Santo Tomás, abriendo los fundamentos de una iglesia se halló el cuerpo del santo Apóstol, el que fue trasladado á Goa, donde sus reliquias se guardan todavía el dia de hoy con mucha devocion.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Da nobis, quaesumus, Domine, beati apostoli tui Thomae solemnitatibus gloriari: et ejus semper et patrociniis sublevemur, et fidem congrua devotione sectemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Os suplicamos, Señor, nos hagais el favor de que solemnicemos con alegría la fiesta de vuestro apóstol santo Tomás, para que seamos siempre ayudados por su intercecion, é imitemos su fe con la devocion correspondiente. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *de la del apóstol san Pablo á los de Éfeso.*

Fratres: Jam non estis hospites et advenae: sed estis cives sanctorum, et domestici Dei: superaedificati super fundamentum Apostolorum et Prophetarum, ipso summo angulari lapide Christo Jesu: in quo omnis aedificatio constructa crescit in templum sanctum in Domino, in quo et vos coaedificamini in habitaculum Dei in spiritu.

Hermanos: Ya no sois huéspedes y peregrinos, sino que sois conciudadanos de los santos y familiares de Dios: edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, sobre la piedra misma angular, que es Cristo Jesús: en el cual todo edificio que se construye crece, hasta ser un templo santo para el Señor, en el cual tambien vosotros sois edificados juntamente, para ser habitacion de Dios en el espíritu.

REFLEXIONES.

Vosotros sois de la ciudad de los Santos. Dichosa suerte, ventaja preciosa, pero poco conocida. Vosotros sois de la ciudad de los Santos: luego sois extranjeros; luego no estais sobre la tierra sino de paso; sino como unos caminantes. El cielo solo es vuestra patria, la tierra no debe ser para vosotros sino un lugar de destierro; todos vuestros pensamientos, todos vuestros deseos no deben dirigirse sino á la celestial patria. Yo soy de la ciudad de los Santos. ¡Buen Dios, de cuánto consuelo es esta verdad para quien la conoce y comprende todas sus ventajas! Que el mundo haga todos sus esfuerzos para deslumbrarme con sus brillantes y risueñas apariencias; que los sentidos estén de inteligencia con él para engañarme y seducirme; que mi amor propio me haga encontrar en las honras que encantan el espíritu, en el resplandor que da en los ojos, en esos placeres superficiales y engañosos que embelesan, un cebo que debilita la fe y la Religion, y que disgusta de las máximas mas puras del Evangelio,

esta verdad eterna subsiste y subsistirá. Todo lo que embelesa y agrada sobre la tierra no es otra cosa que vanidad: nosotros somos de la ciudad de los Santos, y por consiguiente extranjeros sobre la tierra; y por decirlo de una vez, no somos sino desterrados. Hay caminantes, que en los países extranjeros por donde viajan encuentran amigos que se les muestran muy finos, que no omiten diligencia alguna para divertirlos, que les dan todo género de fiestas y alegrías: ¿qué se diria de estos caminantes, si embelesados con estas diversiones, se olvidaran que son extranjeros, y no pensaran en que tienen que proseguir su viaje? ¿qué se diria de un hombre, que embelesado con los festines que le dan en el lugar de su destierro, se descuidara de hacer diligencias para volver á su patria? ¿qué se diria de este hombre si en lugar de procurar hacerse amigos para negociar con el rey su vuelta, y para ser restablecido en sus honores y en sus empleos, solo pensara en establecerse en el lugar donde está, en conformarse con las costumbres y modas del país, y en querer brillar y sobresalir en él, como los que son de aquella tierra? ¿No tratarian todos á este hombre de insensato y de extravagante? y ¿no se puede decir de la mayor parte de nosotros, *tu es ille vir*, tú eres este hombre tan poco sensato, tan imprudente, tan poco cuerdo? Nosotros somos desterrados sobre la tierra; nosotros somos de la ciudad de los Santos; el cielo es nuestra patria, este mundo el lugar de nuestro destierro; ved si vuestros sentimientos y vuestra conducta se conforman con esta verdad.

El Evangelio es del capítulo XX *de san Juan.*

In illo tempore: Thomas unus ex duodecim, qui dicitur Didymus, non erat cum eis quando venit Jesus. Dixerunt ergo ei alii discipuli: Vidimus Dominum. Ille autem dixit eis: Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. Et post dies octo, iterum erant discipuli ejus intus: et Thomas cum eis. Venit Jesus januis clausis, et stetit in medio, et dixit: Pax vobis. Deinde dicit Thomae: Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum: et noli esse incredulus, sed fidelis. Respondit

En aquel tiempo: Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los demás discípulos: Hemos visto al Señor. Pero él les respondió: Si no veo en sus manos las cisuras de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no lo creo. Y pasados ocho dias, estaban otra vez los discípulos en casa, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: Paz á vosotros. Después dijo á Tomás: Mete tu dedo aquí, y mira mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. Respon-

Thomas, et dixit ei: Dominus meus, et Deus meus. Dixit ei Jesus: Quia vidisti me, Thoma, credidisti. Beati qui non viderunt, et crediderunt.

dió Tomás, y le dijo: Señor mio y Dios mio. Díjole Jesús: Porque me viste, ó Tomás, has creido. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.

MEDITACION.

Sobre la fe.

Punto primero.—Considera que la fe es absolutamente necesaria para la salvacion; es como el alma del justo, pues el justo vive de la fe, de aquella fe que obra por la caridad. Abrahan, dice san Pablo, no se justificó por las obras, sino por la fe con que las hacia. La fe sin obras es una fe muerta; no lo son menos las obras sin fe. Aunque hicieras milagros, aunque maceraras tu carne con ayunos, con las mas rigurosas austeridades; aunque distribuyeras cuanto tienes á los pobres, todo esto seria sin fruto, sin mérito, sin recompensa, si te faltara la fe. Pocos herejes ha habido que no hayan engañado con las mas hermosas apariencias. Motivos de reforma, ostentacion de penitencia, mascarilla de modestia; todos estos artificios, todas estas simulaciones de piedad se encuentran en todas las sectas; pero desdichado de aquel que se deja engañar de estas exterioridades. Todas estas apariencias son bellas, son loables, pues no presentan sino la virtud respetable á los ojos de todos; pero si estas exterioridades de virtud están sin fe; si esta persona, cuyos discursos son tan edificantes, cuyo exterior es tan religioso, cuya conducta parece tan regular, solo tiene una fe vacilante, si no oye á la Iglesia, si no sigue sino su propio espíritu, no es sino un fantasma de cristiano, no es sino un hermoso cuerpo sin alma. El justo vive de la fe. Hagámonos bien cargo de este oráculo. Sin la fe las obras de mayor edificacion no son otra cosa que unas mascarillas superficiales, que tarde ó temprano se quitan ó se caen. La fe viva es la regla y la medida de las buenas obras, de las virtudes y del mérito; sin ella todo es simulacion, artificio, monada en punto de piedad y de religion. Ninguna cosa es mas de temer para la salvacion que una fe puramente especulativa; esta fe la tienen todos los condenados. Mientras se vive, se desconocen y se tiran á olvidar las verdades terribles de la fe; pero á la hora de la muerte la fe vuelve á tomar toda su fuerza. Pero ¡qué cosa tan triste y de tanta desesperacion conocer una persona que ha andado descaminada, que no ha tenido sino una fe muerta; no conocer sus errores y sus flaquezas sino á la hora de la muerte!

Punto segundo.—Considera que la verdadera Religion, la religion divina no puede estar fundada sino sobre la fe. El entendimiento humano es demasiado limitado para conocer los divinos misterios. Los principios y la esencia de la verdadera Religion son sobre las luces del hombre. Este entendimiento tan limitado, tan escaso de luces, que no puede conocer ni aun las cosas mas naturales; que no se conoce á sí mismo; ¿cómo podia comprender el Ser eterno y supremo? Y si le comprendiese, ¿seria Dios una cosa de quien el hombre tenia un perfecto conocimiento? Es evidente que Dios, este ser infinito, necesariamente incomprensible á toda otra cosa que á sí mismo, queriendo darse á conocer á los hombres, queriendo arreglar su culto por la Religion, y queriendo establecer en el mundo una religion del todo divina en su fin, en su moral y en sus dogmas, no ha debido hacerlo sino por medio de la fe. Así vemos desde la creacion del mundo que la fe ha hecho siempre el mérito de los escogidos. Pero examinemos cuál es nuestra fe: ¿hace ella nuestro carácter? ¿tenemos una fe humilde, viva, constante y generosa? Consultemos nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestra conducta. ¿Estamos bien persuadidos, estamos bien penetrados de las grandes verdades que hacemos profesion de creer? ¿prueba nuestra conducta que las creemos? Desengañémonos, la union entre nuestra creencia y nuestras costumbres debe ser estrecha; nuestras acciones deben decir de la religion que somos; se pone poco cuidado en la voz de Jacob, solas las manos merecen las gracias y las bendiciones.

Yo, Señor, espero probar cuál es mi creencia por mis acciones, por mis sentimientos y mi conducta; para esto tengo necesidad de vuestra gracia: yo os la pido por la intercesion de aquel santo Apóstol á quien la fe hizo que se postrara á vuestros piés, os adorara por su Dios, y mereciera vuestras bendiciones.

Jaculatorias.—Yo creo, divino Salvador mio, que Vos sois mi Señor y mi Dios. (*Joan.* xx).

Creo, Señor; ayudad mi poca fe. (*Marc.* ix).

PROPÓSITOS.

1 Nuestra soberbia es la causa de nuestra poca fe; nuestro espíritu no se sujeta sino con pena; deslumbrado con sus propias luces, no quiere ver nada que sea sobre ellas. De esta fuente envenenada nacen esas dudas, esas críticas tan perniciosas á la simplicidad de la fe. Por ellas, sobre todo el dia de hoy, han perdido todo su valor las

tradiciones mas religiosas, las verdades mas antiguas, y las mas respetables autoridades. Todo se ha hecho opinion; de este modo el espíritu particular se ha erigido en juez, y se han extendido las sectas de los herejes. Mira toda tu vida con un extremado horror á esos eruditos orgullosos, y á esos críticos osados, que con el pretexto de buscar la verdad, no buscan sino como extinguir la fe, y desacreditar la Religion: lo que muchos han conseguido por nuestra desgracia.

2 La fe debe ser sencilla, humilde y viva: cree todas las verdades de la Religion con una sumision perfecta. Condena todas esas sutilezas y delicadezas de espíritu, como sumamente dañosas á la simplicidad de la fe. No permitas que jamás se hable delante de tí de semejantes puntos de crítica. Prohíbete para siempre los libros que tratan de ellos, porque ninguna cosa es mas contraria á la fe que el reducirlo todo á opinion.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de treinta santos Mártires, en Roma, en la via Lavicana, entre los dos Laureles; los cuales alcanzaron todos en un mismo dia la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano *(por los años de 303)*.

San Flaviano, en Roma tambien, que habia sido prefecto de la ciudad; el cual en tiempo de Juliano Apóstata, por confesar á Jesucristo fue como esclavo herrado con fuego, y desterrado á Aquapendente, donde estando en oracion entregó su alma al Criador. *(Véase su vida en las de hoy)*.

Los santos mártires Demetrio, Onorato y Floro, en Ostia.

San Isquirion ó Isquiridion, mártir, en Alejandría; al cual porque no hacia caso de los improperios y amenazas con que era compelido á sacrificar á los ídolos, le atravesaron las entrañas con una vara muy aguda, y así espiró.

Los santos Queremon, mártir, obispo de Nicópoli, y otros muchos mártires, en Egipto; de los cuales, estando en su furia la persecucion de Decio, huyeron algunos á las selvas y á los páramos, y allí fueron devorados por las fieras; otros murieron de hambre, de frio y miseria; á otros asesinaron los bárbaros y los ladrones, y así alcanzaron todos la corona del martirio.

San Zenon, soldado, en Nicomedia; el cual porque hizo escarnio del sacrificio que ofrecia el emperador Diocleciano á Ceres, le quebrantaron las mejillas, y le arrancaron los dientes, y finalmente lo degollaron.

SAN FLAVIANO, MÁRTIR.

Pocas familias se hallarán mas ilustres que la de san Flaviano, no solo por el resplandor de su nacimiento, y por la dignidad de sus empleos, sino mas particularmente por haber sido padre de dos ilustres vírgenes mártires, santa Bibiana y santa Demetria, y marido de santa

Dafrosia, que dió su vida por la fe, y por haber él mismo ilustrado su santa familia con el resplandor de su virtud y con la gloria del martirio.

No se sabe cosa alguna en particular de sus antepasados, ni de su niñez. Solo se sabe que era de una familia antigua de Roma, muy distinguida por su calidad y por los primeros empleos de la magistratura, y aun mas por su inviolable afecto al Cristianismo, del que su casa hacia pública profesion mucho tiempo habia. Se deja ver claramente que nuestro Santo habia tenido una educacion cristiana, y que su ejemplar piedad, junta á una tan bien fundada reputacion de la mas exacta probidad, y á una prudencia poco comun, le hizo conocer y estimar de los emperadores cristianos: les mereció su amistad, y los movió á honrarle con la primera magistratura del imperio. Fue prefecto de Roma, dignidad que era una de las primeras del imperio romano, y que ejerció á satisfaccion de los emperadores y de toda la ciudad.

Pero quien cumplia tan bien con todas las obligaciones de su dignidad no echaba en olvido las de la Religion. La santidad de su mujer y de sus hijas son el menor elogio de la santa educacion que las dio, y dan bastante á conocer los grandes ejemplos de piedad que daba á su familia. Su celo por la Religion le hacia aprovecharse de todas las ocasiones que se presentaban de extenderla, y de hacer aun mas ilustre de lo que era el nombre cristiano. Su caridad para con los pobres desvalidos hacia que le miraran como el padre de los pobres. Habia pocos que no acudiesen á Flaviano en sus necesidades, y ninguno que no hallase alivio en sus miserias. Se puede decir que la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida hacian honor á la Religion. Mostró en toda ocasion que era siervo de Jesucristo, y que su mayor deseo era que fuese conocido y adorado de todo el mundo.

Habiendo llegado á ser emperador de Oriente el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, tuvo la desgracia de hacerse arriano por las porfiadas instancias de su mujer Eusebia: persiguió á la Iglesia con furor, desterró la mayor parte de los obispos católicos, y sobre todo al gran san Atanasio. Habiendo sido muerto Constante su hermano por el tirano Majencio el año 350, vino Constancio á ser dueño de los imperios. Entonces, no teniendo ya á quien contemplar, formó la resolucion de hacer arriano todo el imperio, persiguiendo con todo rigor á los Católicos. San Flaviano era demasiado ilustre, y su celo por la religion católica sobresalia demasiado para no ser comprendido en la persecucion. Al principio no se omitió diligencia alguna para ganarle y seducirle: promesas, lisonjas, amena-

zas, de todo se echó mano para derribar su fe; pero ninguna cosa fue capaz ni aun de hacerla titubear y vacilar. De invencible defensor de la divinidad de Jesucristo vino bien pronto á ser su predicador y su apóstol. Léjos de temer las amenazas del Emperador arriano, fue uno de los generosos confesores de la divinidad de Jesucristo que confirmó mas fieles en la fe. Su constancia le hizo odioso á la corte: se le quitó su empleo, y tuvo el indecible gozo de verse obligado á vivir una vida pobre y privada por defender la honra de Jesucristo.

Una confesion tan generosa no estuvo mucho tiempo sin recompensa. Habiendo muerto el Emperador arriano en Mopsuesta de Cilicia el año 361, el impío Juliano, llamado el Apóstata, que habia sido creado César el año 355, se vió solo dueño del imperio. Sus primeros cuidados fueron declarar una guerra abierta á Jesucristo, y tomar sus medidas para exterminar el Cristianismo, si pudiese en todo el imperio. Su ciega pasion al paganismo le hizo renovar todas las persecuciones de los emperadores paganos contra los Cristianos. En todas partes no se oia otra cosa que publicar edictos terribles contra la religion de Jesucristo; no se veia otra cosa en todos los pueblos sino horcas, cadalsos, ecúleos ó caballetes y torturas. Todos los templos de los dioses se abrieron, se restablecieron sus impíos sacrificios, mientras que á los Cristianos se les prohibia todo culto del verdadero Dios, todo ejercicio de la religion cristiana. Resucitados, por decirlo así, los idólatras por la impiedad de este Emperador apóstata, declararon en todo el mundo la guerra á los fieles. Pocas persecuciones ha habido en que la crueldad fuese llevada mas léjos, y la desolacion fuese mas universal; pero en ninguna parte hizo tantos destrozos como en Roma, y con quienes mas se señaló fue con las gentes de calidad. Se vieron familias opulentas reducidas por la fe á la última miseria, y gentes de la primera clase tratadas con la mayor ignominia é indignidad.

Bien conoció san Flaviano que no seria perdonado de esta tempestad; pero sea que al principio respetasen su nombre, su edad y sus servicios, la primera borrasca pareció perdonarle. El Santo se sirvió de su libertad para aliviar y socorrer á los que la habian perdido: iba de casa en casa consolando á los fieles, y metiéndose hasta en los subterráneos, donde el temor los habia juntado. Se le veia en las prisiones exhortar á los generosos confesores, y subir él mismo sobre los cadalsos para fortalecerlos y alentarlos al martirio. A todos se extendia su celo y su caridad: consolaba á unos, animaba á otros, y hacia bien á todos.

Un celo tan puro y tan activo, y una caridad tan religiosa no fueron tolerados mucho tiempo por los perseguidores. Avisaron al Emperador que Flaviano, antiguo prefecto, conservaba la fe de los Cristianos contra los edictos que él mismo habia publicado, y que hacia inútiles todos los artificios de los idólatras. Irritado el Emperador contra este digno siervo de Jesucristo, mandó á Aproniano, sucesor de Flaviano en el empleo de prefecto, que sin tener respeto á su calidad, á su edad, ni á los servicios que habia hecho al Estado, le hiciese prender, y le obligase, ó á renunciar su Religion, ó á acabar la vida en los tormentos.

Aproniano, hombre cruel y bárbaro, ejecutó al punto la órden del Emperador. San Flaviano fue preso, cargado de hierros, y encerrado en un oscuro calabozo. Este ex-Prefecto, tan respetable por sus empleos y por su propio mérito, fue preguntado por el Juez; á lo que respondió con un aire determinado, y con un tono que dió á conocer claramente al Juez que su fe era á toda prueba, que era cristiano, y que esta era la única cualidad de que se preciaba; que estaba pronto no solo á sacrificar todos sus bienes, sino tambien la vida por su Religion; que se tendria por sumamente dichoso si Dios se dignaba aceptar su sacrificio. Cuanto mas le instaba Aproniano, unas veces con promesas, otras con amenazas, á conformarse con la voluntad y órdenes del Emperador, tanto mas constante se mostraba nuestro Santo. Queriendo el Juez impío dar gusto al Emperador, dió órden para que Flaviano fuese degradado de su nobleza y de todas las insignias de su dignidad, y que fuese tratado como el mas vil esclavo.

Uno de los suplicios mas ignominiosos entre los romanos era ser marcados en la frente con un hierro hecho ascua, como se practicaba con los mas infames facinerosos; y este suplicio tan infamatorio se le hizo sufrir á este venerable ex-Prefecto. Fue, pues, marcado en la frente; y aunque el tormento era doloroso, y muy sensible para un hombre de bien, san Flaviano le sufria con alegría, y recibió esta afrenta como la mayor honra que habia recibido en toda su vida. No paró en esto Aproniano: hubiera deseado hacerle perder la vida en un cadalso; pero sabiendo que nuestro Santo era universalmente amado y estimado en Roma, temió una sedicion; y así se contentó con condenarle á un destierro perpetuo, confiscándole todos sus bienes, sin dejarle ni aun lo preciso para vivir: fue, pues, desterrado al lugar llamado Aguas del Toro, que al presente se llama Aquapendente, con órden á las guardias de usar con él todos los malos tratamientos imaginables para hacerle morir de pura miseria.

El destierro por Jesucristo colmó de gozo á nuestro Santo, previendo desde luego que era el camino para llegar á la gloria del martirio. Aunque dejaba una mujer sin amparo, y dos hijas jóvenes, expuestas á la persecucion de un Juez impío, las abandonó con valor á los cuidados de la Providencia divina, y no dudó que su suplicio les alcanzaria del cielo todos los auxilios y bendiciones necesarias para permanecer constantes en la fe, como el suceso lo hizo ver bien pronto en estas dos ilustres Mártires.

Su mansion en el lugar de su destierro no fue larga, pero fue santa. Sufrió todo lo que la dureza del Juez y la crueldad de los paganos pudieron inventar para hacerle penosa y desagradable su habitacion. Su mayor, ó por mejor decir, su única ocupacion fue la oracion: pasaba en ella dia y noche; y en este ejercicio le corono Dios con la gloria y el mérito del martirio. Como murió de las miserias que padeció en su destierro, ha sido mirado en la Iglesia como un glorioso mártir de Jesucristo; así como otros muchos que no perdieron la vida con el hierro ni con el fuego, los cuales no dejan por eso de ser honrados como Mártires en la Iglesia.

SAN DEMETRIO, MÁRTIR.

San Demetrio, conocido en la Iglesia griega con el título de *Gran Mártir,* celebrado en ella con un culto equivalente á este concepto, y lo mismo entre los rusos, moscovitas, sirios, etiopes y otras naciones; á quien aplauden los orientales con los mas altos elogios en muchos de sus panegíricos por el heróico sacrificio que hizo de su vida al Señor, por su ardiente celo en dilatar la fe, y por sus portentosos milagros; segun nos instruyen varios escritores, siguió la profesion militar, en lo mas florido de sus años, bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano. Tenia su cuartel Demetrio en Tesalónica, ciudad mas distinguida por haber sido santificada con la predicacion de san Pablo, que por su grandeza, riquezas y antigüedad; y queriendo en aquella capital, que fue el campo de sus combates y de sus triunfos, imitar la vida y las costumbres de los Apóstoles, se constituyó predicador de la fe de Jesucristo por medio de sus sabias exhortaciones y de sus grandes ejemplos de virtud. Su candor, su modestia y afabilidad, con que se hizo amable en todo el pueblo, prevenian los penetrantes discursos que hacia á toda clase de personas, logrando á expensas de incesantes fatigas la conversion de innumerables paganos, á quienes ilustraba con la luz de la verdad, sacándoles de las miserables sombras de la muerte, en que vivian engañados, tribu-

tando adoraciones sacrílegas á los ídolos, con usurpacion de las que debian al verdadero Dios.

Aunque su bella presencia, el vigor de una floreciente juventud, y el traje militar le servian de un aspecto exterior para ocultar todas sus buenas obras á los ojos de los gentiles, y continuar con mas libertad en sus laudables empresas, durante la persecucion suscitada contra los Cristianos; sin embargo, no se ocultaba en términos que pareciese tomar precauciones para huir de la muerte en honor de la religion de Jesucristo, por cuya defensa deseaba sacrificar su vida. Y como constaban al Señor estas fervorosas ansias de su corazon, no quiso privarle de esta dicha en premio de sus relevantes merecimientos.

Presentóse el emperador Maximiano en Tesalónica á su regreso de Roma. Quiso dejar en aquella ciudad, como en todas partes por donde hizo tránsito, señales de su natural crueldad, y del odio implacable que profesaba á los Cristianos. Los soldados, á quienes tenia particularmente encargada la comision de buscarlos, hombres feroces y bárbaros del mismo brutal temperamento que el Emperador, á poca inquisicion descubrieron á Demetrio, que era bien conocido en la ciudad; creyendo que darian el mayor gusto al tirano con ofrecerle un hombre que era el autor de tantas conversiones de los paganos á la fe, con abandono de los necios designios como adoptaba la gentilidad. Prendiéndolo y atándolo en los términos mas indecorosos, lo presentaron á Maximiano al tiempo que iba á ver un combate de gladiatores, quien, por no privarse de aquella diversion bárbara en que se deleitaban los paganos, mandó que le llevasen á una cámara de los baños, que estaba junto al anfiteatro, y que lo asegurasen allí hasta su vuelta. Ejecutóse así, colocándole en un lugar lleno de inmundicias y de animales ponzoñosos. Y volviendo el Emperador del espectáculo de muy mal humor, á causa de haber muerto en los funestos juegos un gladiator que amaba mucho, apenas se le habló del cristiano Demetrio detenido de su órden, sin otra forma de juicio, ni averiguacion, mandó que á lanzadas le quitasen la vida en el mismo lugar donde se hallaba; por cuyo castigo consiguió la corona del martirio por los años 304, segun la computacion mas regular.

Abandonado el venerable cadáver por los verdugos después que le dieron muerte, lo sepultaron los Cristianos secretamente fuera de la ciudad. Era el lugar poco conveniente al mérito del ilustre Mártir; pero Dios le distinguió gloriosamente por la excelencia de los muchos prodigios que se dignó obrar allí en favor de los que con-

currian á venerarle, y reclamar su proteccion. Leoncio, prefecto de Iliria, habiendo conseguido por la mediacion del Santo perfecta curacion de un accidente en que le desahuciaron de todo remedio humano los mas hábiles facultativos, en reconocimiento de tan singular favor hizo construir sobre el túmulo de Demetrio un magnífico templo, donde se le tributasen los mas solemnes cultos. Pero creciendo de dia en dia la fama de los milagros que continuaba obrando la mano del Altísimo por la intercesion de su siervo, atrajo una multitud de fieles de todas partes, y se formó una peregrinacion famosa por toda la Grecia en obsequio de aquel célebre sepulcro.

Las historias de los orientales refieren diferentes maravillosos prodigios que dieron á merecer á san Demetrio el título de Taumaturgo, y el de gran Mártir; memorables entre otros portentos la libertad de Tesalónica de dos pestes fatalísimas; la del porfiado sitio que los bárbaros la pusieron en tiempo del emperador Mauricio; y la señalada victoria que el emperador Miguel IV consiguió de los búlgaros por intercesion del Santo; tan reconocida, que muchos emperadores de Constantinopla, y diversos señores del Oriente la contestaron con la frecuencia de sus votos: todo lo cual hizo muy recomendable la devocion de este ilustre Mártir de Jesucristo, cuyas reliquias se han distribuido por diferentes partes del orbe cristiano. Diego de Ainsa Iriarte en la historia Oscense, dice, que fueron trasladadas en el pueblo de Loarre, del obispado de Huesca, en Aragon, donde se les tributa la veneracion y culto correspondiente.

SAN VEREMUNDO, ABAD.

El glorioso monje y abad san Veremundo, ornamento y esplendor del monasterio de Hirache, nació en el reino de Navarra hácia los años 1020 de Cristo. Del lugar de su nacimiento no hay cosa averiguada. Unos tienen por patria suya á Villatuerta, y otros á Arellano, pueblos uno y otro distantes del monasterio de Hirache como una legua. Era Veremundo primo carnal del obispo de Calahorra Munio, uno de los tres que en el pontificado de Alejandro II fueron á Roma á presentar la liturgia y el rezo de España, siendo rey de Navarra D. Sancho García. Dicen de él que desde niño fue ennoblecido por Nuestro Señor con el don de milagros. Lo que se sabe de cierto es que su vida era modelo de toda virtud, y que desde sus tiernos años volvió la espalda al mundo, y dejando el regalo de la casa de sus padres, y las muy fuertes ataduras del amor paternal, se retiró al monasterio de Hirache. Vistióle el hábito el abad Munio su

tio, varon de señalada prudencia, padre y dechado de muchos monjes. Desde luego emprendió con nuevo fervor el camino de la perfeccion evangélica. Domaba su carne con todo género de asperezas, descollaba en él un candor admirable, que tenia á la comunidad embelesada y atónita. Propúsose imitar en cuanto pudiese á su patriarca san Benito; era exactísimo en la guarda de su regla, dábase todo á la oracion, leia con espíritu cristiano las santas Escrituras, con gran desvelo iba cortando en sí el ramaje vicioso de los afectos terrenos, que aun en los grandes siervos de Dios sacan la cabeza, y quieren ahogar el fruto de la santa vida. Muy á los principios de su profesion le encomendó el Abad el cuidado de la portería, oficio de viejos y virtuosos, como dió á entender san Bernardo. En este destino se hizo Veremundo padre de los pobres: socorríales por cuantos medios podia. Dió tan buena cuenta de sí en la portería, que á poco tiempo los monjes le eligieron por su abad. Fue esto no á principios de setiembre del año 1043 como dice el Leccionario de Hirache, sino después del año 1045 en que aun lo era Munio, y acaso viviendo aun este gran Prelado, pues por escrituras posteriores consta que lo eran á un mismo tiempo el tio y el sobrino.

Hecho prelado de Hirache no alteró en nada el órden de su vida; solo adelantó en el fervor. Gobernaba á sus súbditos como padre con la prudencia de la caridad. Al ejemplo añadia la exhortacion; declarábales de continuo la santa regla de san Benito, mostrando con elocuencia celestial la suavidad del yugo de Cristo. Llegó á ser entonces esta comunidad la edificacion y la admiracion de aquel reino. Siendo abad Veremundo concedió á su monasterio el rey D. Sancho Ramirez aquel famoso privilegio del año 1087, por el cual ordena que el simple dicho de un monje de Hirache haga plena probanza en juicio y fuera de él, aunque sea en causa propia. El cual privilegio renovó después el rey D. Sancho el VII llamado el Sabio el año 1176 siendo abad Viviano.

Esmeróse Veremundo con especialidad en el decoro del oficio divino. Cuidaba de que los libros del rezo estuviesen muy corregidos, y que nada hubiese en ellos ajeno de la doctrina y disciplina de la Iglesia. Y así cuando Alejandro II quiso dar fin al negocio del misal y rezo de España, de cuatro libros que se llevaron á Roma, y merecieron la aprobacion del Papa, los dos, esto es, el de las oraciones y el de las antífonas, eran del monasterio de Hirache, cuyo abad era entonces nuestro Santo. Por este tiempo san Veremundo introdujo en su monasterio la observancia del de Cluni. Era muy devoto de la

hombres diferentes, siempre en oposicion y en guerra el uno con el otro: el hombre viejo, nacido de Adan; y el hombre nuevo, reengendrado en Jesucristo. El Salvador murió para desarmar y destruir el hombre viejo, y por decirlo así, le clavó en la cruz. Si este hombre viejo revive en nosotros, recurramos al mismo remedio, crucifiquémosle; la cruz, esto es, el dolor y la humillacion seguramente le harán morir siempre que echemos mano de ella.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De la dulzura de la virtud.

Punto primero.—Considera que por poco juicio que se tenga, se conviene aun en el mismo mundo que la virtud es amable, y que la suerte de un hombre de bien es feliz. Se conviene que ha tomado el buen partido, se admira la tranquilidad de que goza, se envidia su perseverancia; y no hay uno, aun entrando los libertinos, que no quisiera morir como hombre de bien; pero por mas cuidado que se ponga para despojar á la virtud cristiana de aquel gesto áspero, austero y melancólico con que muchos se la figuran; por mas apacible y agradable que sea su cara, se forma siempre una idea espantosa de ella; por mas que se demuestre que son planas todas sus avenidas, se quiere que sus caminos sean fragosos, y que todo en ella esté sembrado de cambrones y espinas, y que en su terreno no nazcan sino cruces. Cuando todo esto fuera verdad, cuando la virtud no habitara sino sobre la cima de los mas altos y mas escarpados montes, cuando su aire se tragara, por decirlo así, á los habitadores, cuando hubiera de costar mucho trabajo el ser hombre de bien; á quien tiene fe, ¿le queda otro partido que tomar? Pero si la alegría, la tranquilidad y

la dulzura son inseparables de la verdadera virtud; si desde que un corazon está lleno de Dios, si desde que una alma es toda de Dios, lo encuentra todo llano; si las espinas que se encuentran en el camino de la virtud tienen todas las puntas embotadas; si no punzan; si ciertamente son mas abundantes en todo otro estado, donde sin duda punzan mucho mas; si la estrechez del camino les deja á todos un espacio bastante ancho y acomodado; y si todos los monstruos que se encuentran en la region de la virtud no son sino unos fantasmas, que lo mismo es acercarse á ellos, que desaparecer; ¡qué pesar, qué desesperacion algun dia la de esas personas cobardes que estiman y aun aman la virtud; pero que se alejan de ella, porque temen encontrarla rodeada de dificultades, y no dispensando sino penas á los que la abrazan!

Punto segundo. — Considera que todas nuestras turbaciones, todas nuestras inquietudes, todas nuestras amarguras, todos nuestros pesares, durante esta vida, no vienen sino de nuestras pasiones; ellas son los enemigos de nuestro reposo y de nuestra salvacion, y el origen fatal de nuestros disgustos. Con la práctica de la virtud, si las pasiones no se destruyen de todo punto, á lo menos se doman, lo que todavía es mas agradable y mas dulce. Un leon dócil, unos elefantes que pelean por tí, que respetan al que los ha amansado, y que le sirven de guardia y de defensa; hé aquí lo que la virtud hace de las pasiones. ¿Queda todavía una raíz, una fibra de soberbia? se sirve de ella para menospreciar al mundo; ¿se sienten todavía algunos movimientos de ira? se sirve de ellos para ejercitar con gusto contra sí todos los rigores de la penitencia. El primer don que Dios dispensa al alma es su gracia, con la cual se puede todo: el segundo es su amor, y el amor hace que todo sea fácil y agradable: el tercero es una confianza entera, y como una seguridad de salvacion, fundada siempre en la bondad de Dios, de la que tiene pruebas tan sensibles, y la que no permite que se dude de ella; y aunque todo esto esté mezclado con un temor saludable, este temor en nada se altera. Considera cuántos manantiales abundantes de consuelos y de gozo tienes en la virtud. Pero ¡qué dulzuras las que corren de estos manantiales! La paz del alma, la tranquilidad del corazon, la sumision de las pasiones, el dulce testimonio de la propia conciencia. ¡Buen Dios, qué abundancia de consuelos no derramais en el alma de vuestros siervos! Adversidades, cruces, enfermedades, reveses de fortuna, accidentes no esperados, desgracias, vosotras perdeis toda

vuestra amargura cuando encontrais con un corazon puro, con un corazon abrasado en el amor de Dios; el pensamiento de la muerte, la muerte misma no puede menos de llenar de gozo á una alma fiel. ¡Oh, Señor, y cuánta verdad es que vuestro yugo es suave y ligero! Haced, Señor, que yo tenga la dicha de experimentarlo en mí mismo.

Jaculatorias.—¡Qué abundancia de dulzuras no reservais, Señor, para los que os temen y os aman! Dichoso aquel que lo experimenta. (*Psalm.* xxx).

Gustad, y ved si hay cosa que pueda compararse con las dulzuras que se hallan en el Señor. Dichoso el hombre que no espera sino en su Dios. (*Psalm.* xxxiii).

PROPÓSITOS.

1 El mundo dice que el yugo del Señor es insoportable; pero el mismo Jesucristo dice que es suave, y que sus mandamientos no son difíciles de guardar: ¿á quién hemos de creer? El mundo lo dice, esto es, los que no saben cosa alguna sobre este punto; pero todos los que lo han experimentado dicen lo contrario. El mundo dice que no hay sino gozo, dulzuras, consuelos en el mundo; pero ¿en esto dice la verdad? traslado á las gentes del mundo. Afírmate bien el dia de hoy en estas importantes verdades, tan confirmadas por la experiencia; y si tú no las experimentas en tí mismo, cree que tu poca virtud tiene la culpa.

2 No niegues á Dios cosa alguna. La fidelidad en las cosas mas pequeñas abre, por decirlo así, la puerta á todas esas delicias espirituales. Jamás hables de la virtud que no sea en este tono. El pensamiento del cielo y de la eternidad son de un gran socorro para sentirlas, aun cuando el alma padece las mayores sequedades. No busques las dulzuras en el servicio de Dios, porque esto seria detener su corriente, y aun hacer secar la fuente. No sirvas á Dios sino por amor de Dios, y porque merece que le sirvas.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

Santa Victoria, vírgen y mártir, en Roma; la cual en la persecucion del emperador Decio, siendo desposada con Eugenio, idólatra, como no quisiese casarse con él, ni ofrecer sacrificio á los ídolos, después de haber obrado muchos milagros, por los cuales se habian convertido á la fe muchas doncellas, á

instancia de su propio esposo le atravesó el verdugo el corazon y murió. *(Véase su vida en las de hoy).*

El triunfo de los veinte santos Mártires, en Nicomedia; los cuales siendo cruelmente atormentados en la persecucion de Diocleciano, llegaron á ser mártires de Jesucristo.

El martirio de los santos Migdonio y Mardonio, en la misma ciudad; los cuales dieron su vida en la misma persecucion, el uno quemado, y el otro soterrado en un hoyo. Entonces padeció tambien un diácono de san Antimio, obispo de Nicomedia; el cual llevando unas cartas á los Mártires, fue preso por los gentiles, y apedreado pasó al Señor.

Los santos mártires Teodulo, Saturnino, Euporo, Gelasio, Eunician ó Eunicion, Zetico ó Zotico, Cleomenes *(por otro nombre* Pompeyo*)*, Agatopo, Basílides y Evaristo, en Creta *(ahora Candia)*; los cuales en la persecucion de Decio, después de padecer crueles tormentos, murieron degollados *(en la metrópoli de la isla. El concilio de Creta celebrado el año 438 escribia al emperador Leon que esta isla habia sido hasta entonces preservada de todo linaje de herejías, en virtud de la oracion que estos diez santos Mártires hicieron á Dios poco antes de entregar el cuello á la espada).*

San Sérvulo, en Roma, de quien escribe san Gregorio, que desde su niñez hasta que espiró vivió paralítico tendido en un pórtico junto á la iglesia de San Clemente; y cuando llegó su fin, llamándole los Ángeles con cánticos, pasó á la gloria del paraíso. Son muy frecuentes los milagros que obra el Señor en el sepulcro de este Santo.

SANTA VICTORIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Ningun nombre convino jamás mejor á la cosa á que se impuso que el de Victoria á la Santa cuya vida y triunfos sobre los enemigos de Jesucristo escribimos. Era natural de Tívoli, una de las mas antiguas ciudades de Italia sobre el Teverona, mas antigua que Roma, de quien dista poco, y célebre aun el dia de hoy por sus pinturas, por sus palacios, por sus fuentes y por sus antigüedades. Nació nuestra Santa á principios del tercer siglo, de una familia distinguida por su nobleza y por sus muchas riquezas; pero todavía mas ilustre por la adhesion á la religion cristiana de que sus padres hacian profesion. La educacion que la dieron correspondió perfectamente á su calidad y á su religion. Un natural feliz, un espíritu suave y dócil, unos modales nobles y llenos de agrado la hicieron desde luego el embeleso de sus padres; pero lo que se les hacia todavía mas amable fue su virtud, la que junta á una rara hermosura, la hizo una de las mas cabales personas de su sexo.

Era Victoria las delicias de sus padres, quienes viéndola ya casadera, y solicitada de los jóvenes mas distinguidos que habia en Roma, la prometieron por esposa á un caballero, llamado Eugenio, de los mas calificados de la ciudad, y el mancebo quizá mas cabal de

vuestra amargura cuando encontrais con un corazon puro, con un corazon abrasado en el amor de Dios; el pensamiento de la muerte, la muerte misma no puede menos de llenar de gozo á una alma fiel. ¡Oh, Señor, y cuánta verdad es que vuestro yugo es suave y ligero! Haced, Señor, que yo tenga la dicha de experimentarlo en mí mismo.

JACULATORIAS.—¡Qué abundancia de dulzuras no reservais, Señor, para los que os temen y os aman! Dichoso aquel que lo experimenta. (*Psalm.* XXX).

Gustad, y ved si hay cosa que pueda compararse con las dulzuras que se hallan en el Señor. Dichoso el hombre que no espera sino en su Dios. (*Psalm.* XXXIII).

PROPÓSITOS.

1 El mundo dice que el yugo del Señor es insoportable; pero el mismo Jesucristo dice que es suave, y que sus mandamientos no son difíciles de guardar: ¿á quién hemos de creer? El mundo lo dice, esto es, los que no saben cosa alguna sobre este punto; pero todos los que lo han experimentado dicen lo contrario. El mundo dice que no hay sino gozo, dulzuras, consuelos en el mundo; pero ¿en esto dice la verdad? traslado á las gentes del mundo. Afírmate bien el dia de hoy en estas importantes verdades, tan confirmadas por la experiencia; y si tú no las experimentas en tí mismo, cree que tu poca virtud tiene la culpa.

2 No niegues á Dios cosa alguna. La fidelidad en las cosas mas pequeñas abre, por decirlo así, la puerta á todas esas delicias espirituales. Jamás hables de la virtud que no sea en este tono. El pensamiento del cielo y de la eternidad son de un gran socorro para sentirlas, aun cuando el alma padece las mayores sequedades. No busques las dulzuras en el servicio de Dios, porque esto seria detener su corriente, y aun hacer secar la fuente. No sirvas á Dios sino por amor de Dios, y porque merece que le sirvas.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

SANTA VICTORIA, vírgen y mártir, en Roma; la cual en la persecucion del emperador Decio, siendo desposada con Eugenio, idólatra, como no quisiese casarse con él, ni ofrecer sacrificio á los ídolos, después de haber obrado muchos milagros, por los cuales se habian convertido á la fe muchas doncellas, á

instancia de su propio esposo le atravesó el verdugo el corazon y murió. *(Véase su vida en las de hoy).*

El triunfo de los veinte santos Mártires, en Nicomedia; los cuales siendo cruelmente atormentados en la persecucion de Diocleciano, llegaron á ser mártires de Jesucristo.

El martirio de los santos Migdonio y Mardonio, en la misma ciudad; los cuales dieron su vida en la misma persecucion, el uno quemado, y el otro soterrado en un hoyo. Entonces padeció tambien un diácono de san Antimio, obispo de Nicomedia; el cual llevando unas cartas á los Mártires, fue preso por los gentiles, y apedreado pasó al Señor.

Los santos mártires Teodulo, Saturnino, Euporo, Gelasio, Eunciano (ó Eunicion), Zetico (ó Zotico), Cleomenes *(por otro nombre* Pompeyo), Agatopo, Basílides y Evaristo, en Creta *(ahora Candia)*; los cuales en la persecucion de Decio, después de padecer crueles tormentos, murieron degollados *(en la metrópoli de la isla. El concilio de Creta celebrado el año 438 escribia al emperador Leon que esta isla habia sido hasta entonces preservada de todo linaje de herejías, en virtud de la oracion que estos diez santos Mártires hicieron á Dios poco antes de entregar el cuello á la espada).*

San Sérvulo, en Roma, de quien escribe san Gregorio, que desde su niñez hasta que espiró vivió paralítico tendido en un pórtico junto á la iglesia de San Clemente; y cuando llegó su fin, llamándole los Ángeles con cánticos, pasó á la gloria del paraíso. Son muy frecuentes los milagros que obra el Señor en el sepulcro de este Santo.

SANTA VICTORIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Ningun nombre convino jamás mejor á la cosa á que se impuso que el de Victoria á la Santa cuya vida y triunfos sobre los enemigos de Jesucristo escribimos. Era natural de Tívoli, una de las mas antiguas ciudades de Italia sobre el Teverona, mas antigua que Roma, de quien dista poco, y célebre aun el dia de hoy por sus pinturas, por sus palacios, por sus fuentes y por sus antigüedades. Nació nuestra Santa á principios del tercer siglo, de una familia distinguida por su nobleza y por sus muchas riquezas; pero todavía mas ilustre por la adhesion á la religion cristiana de que sus padres hacian profesion. La educacion que la dieron correspondió perfectamente á su calidad y á su religion. Un natural feliz, un espíritu suave y dócil, unos modales nobles y llenos de agrado la hicieron desde luego el embeleso de sus padres; pero lo que se les hacia todavía mas amable fue su virtud, la que junta á una rara hermosura, la hizo una de las mas cabales personas de su sexo.

Era Victoria las delicias de sus padres, quienes viéndola ya casadera, y solicitada de los jóvenes mas distinguidos que habia en Roma, la prometieron por esposa á un caballero, llamado Eugenio, de los mas calificados de la ciudad, y el mancebo quizá mas cabal de

ella por sus grandes y bellas calidades; pero tenia la desgracia de ser pagano. Victoria se sorprendió de que la hubieran destinado por esposo un jóven idólatra; pero sus padres, prendados de la dulzura, del talento y de los bellos modales de Eugenio, se habian persuadido que su hija no dejaria de convertirle; y la esperanza de esta conversion era principalmente quien los habia movido á concluir este casamiento. Victoria se rindió al gusto de sus padres, y agradándola Eugenio, y hallándole del carácter que se le habia pintado, se prometió la Santa hacer de él una conquista para Jesucristo, quitándosele al paganismo.

Tenia Victoria una amiga, llamada Anatolia, doncella de calidad, y cristiana como ella, la que no la cedia en belleza, y mucho menos en virtud: era de un talento superior, y pasaba por una de las doncellas mas cabales de la ciudad: como era con poca diferencia de la misma edad que Victoria, fue pedida al mismo tiempo por un señor romano, llamado Tito Aurelio, que la tenia una violenta pasion, y hacia muchas instancias porque se efectuara este casamiento; pero era pagano, y esta consideracion era un grande obstáculo para una doncella como Anatolia, que habia hecho voto de virginidad, y que no podia sufrir á un idólatra. Sus padres, no obstante, entraban muy bien en este partido, y no cesaban de solicitarla á que diese su consentimiento á una alianza que la era tan ventajosa.

La generosidad con que Anatolia despreció esta proposicion aumentó la pasion del caballero, el que empleó todo género de artificios para ganar á su futura esposa; pero siendo todo inútil, se imaginó que nadie era mas capaz de ablandarla que su amiga Victoria, la que debiendo casar con Eugenio, que era su grande amigo, tenia interés en que Anatolia tomase el mismo partido que ella. Va, pues, á buscarla Tito Aurelio, y la pide con las mayores instancias le haga este buen oficio. Victoria, que habia ya consentido en casarse con Eugenio, admitió gustosa la comision, y prometió ganar á su amiga Anatolia.

Va, pues, á encontrarla, y después de mil demostraciones de amistad, la dice: «Ya sabes, amiga mia, que yo soy cristiana como tú, «y en esta suposicion yo me guardaria de aconsejarte nada que te «pudiese traer algun perjuicio: no ignoras que estoy prometida al «caballero Eugenio, y yo sé que el caballero Aurelio está apasionado «por tí: tus padres desean que te cases con él: debes creer que la «voluntad de Dios se te ha manifestado por la de tus padres, y así «haces mal en rehusar porfiadamente una alianza como esta. Dios no

«condenó el matrimonio: podemos tú y yo santificarnos en este es-«tado; y yo creo que Dios nos llama á él para sacar su gloria. Los «caballeros Eugenio y Tito Aurelio es verdad que son paganos; pero «¿quién sabe si Dios nos los ha destinado por esposos, porque quiere «hacerlos cristianos? Entrambos son de un carácter demasiado bue-«no, y tienen demasiado entendimiento para que quieran morir en «su religion: ¡qué consuelo no seria el nuestro si quisiera Dios ser-«virse de nosotras para hacer de entrambos dos generosos fieles! Por «lo que á mí toca, yo he consentido en casarme con Eugenio única-«mente con la esperanza de ganarle para Jesucristo: proponte tú el «mismo motivo casándote con Aurelio, y aprovechémonos de la pa-«sion que uno y otro nos tienen para robarles al paganismo y al «infierno dos tan ilustres despojos.»

Anatolia oyó tranquilamente á su amiga sin interrumpirla; pero lo mismo fue acabar de hablar, que tomar ella la palabra y decirla: «Créeme, mi querida Victoria, tú y yo tenemos un partido mucho «mas ventajoso que el de estos dos señores romanos. Convengo con-«tigo en que el estado del matrimonio es bueno, y de ningun modo «condeno á los que siendo llamados á él le abrazan; pero tú conven-«drás conmigo en que hay un estado mucho mas perfecto, y que este «es el de las vírgenes. Estas son las que hacen la corte al Cordero «sin mancha, y le acompañan á todas partes en calidad de espo-«sas: Dios no condena el matrimonio; pero ¿cuánto mas alaba el ce-«libato? El caballero Eugenio se quiere casar contigo; pero Jesu-«cristo desea ardientemente que tú seas su esposa: mira tú ahora á «cuál de los dos quieres dar la preferencia; por lo que á mí toca, «mi partido está tomado; yo nunca tendré otro esposo que á Je-«sucristo; pero ya que me es preciso descubrirte mi corazon, el que «nada tiene oculto para tí, voy á hacerte una confianza. Luego que «supe las diligencias que el caballero Tito Aurelio hacia con mis pa-«dres para casarse conmigo, me retiré á mi oratorio, y allí, puesta «á los piés de un Crucifijo, hice voto á Dios de mi virginidad por «todo el tiempo de mi vida, resuelta á no tener jamás otro esposo «que á Jesucristo. El mismo dia distribuí á los pobres todo el valor «de mis joyas y alhajas. La noche siguiente tuve una vision en que «un mancebo de una belleza toda celestial se me apareció rodeado «de un resplandor extraordinario, llevando en su cabeza una corona «de oro; estaba vestido de púrpura y de piedras preciosas, y acer-«cándose á mí con un aire afable y risueño, me dijo estas palabras: «¡Oh si se conociera la belleza y el precio de la virginidad! Si se

«comprendieran las dulzuras ventajosas de esta celestial virtud, todo «se sacrificaria por tener esta piedra preciosa; y después de haberlo «sacrificado todo, todavía se creeria haberla adquirido por nada. Á «estas palabras desperté, y postrándome en tierra con lágrimas en «los ojos, pedí con instancias á Jesucristo, que aquel que me habia di- «cho aquellas palabras continuara en instruirme. Entonces oí la mis- «ma voz que me decia que la virginidad era una real púrpura, que «á los que están vestidos de ella los ensalza sobre los otros, y los po- «ne junto al trono del Cordero. La virginidad, añadió, es una pie- «dra preciosa que no tiene precio; es un tesoro inmenso con que «Dios enriquece á sus favorecidos: los ladrones emplean todos sus «artificios, y hacen todos sus esfuerzos para robársela á los que la «poseen. Dios te ha privilegiado, concediéndote esta preciosa vir- «tud: consérvala con cuidado. Es una flor que hace suyo, se lleva «tras sí al Señor; pero es una flor delicada: aparta de tí todo lo que «la puede marchitar, y está tanto mas solícita, cuanto la poseas en «un grado mas eminente.»

Victoria escuchaba todo esto con una atencion y de un modo que la hacia esperarlo todo á Anatolia. Movida de un discurso pronunciado con energía, y que salia de un corazon abrasado en el fuego del amor divino, se tiró al cuello de su querida amiga; y todavía mas movida de la Gracia que de lo que acababa de oir, la dice bañados los ojos en lágrimas: «Querida mia, no se dirá que sola tú «has escogido el buen partido: Jesús, mi Salvador, quiere ser mi «esposo, y yo no quiero tener otro; ninguna cosa será jamás capaz «de hacerme perder el precioso tesoro de mi virginidad. Ahora veo «que la esperanza de la conversion de un esposo pagano era un cebo, «ó por mejor decir, un lazo que el demonio me armaba. Querida «Anatolia, tú has sido mi amiga, yo seré de hoy en adelante tu com- «pañera; y aunque hubiese de costarnos la vida, ¿podríamos hallar «cosa mas dulce y de mayor satisfaccion que el martirio junto con la «virginidad?»

Apenas hubo acabado de hablar Victoria, cuando despidiéndose de Anatolia, se va á su casa, y habiendo vendido el mismo dia sus anillos, sus collares de perlas, sus ricos pendientes de oro y todos los demás vanos adornos, distribuyó el dinero entre los pobres.

La conducta de estas dos vírgenes cristianas manifestó bien pronto su generosa resolucion. Informados los dos caballeros Eugenio y Aurelio de su determinacion, hicieron las mayores diligencias para obligarlas á asentir á su casamiento; pero viendo que estaban inflexibles,

recurrieron al emperador, y no pudiendo resolverse á perderlas, se contentaron con pedir al príncipe les permitiese cogerlas y llevarlas á sus casas de campo para ver si podian ganarlas, ó con el buen modo, ó con las amenazas, ó con los malos tratamientos, si perseveraban en su propósito. Anatolia fue puesta en una casa de campo en la Marca de Ancona, donde sufrió un prolongado martirio; y en donde, célebre por los milagros que hacia, y por las conversiones que se seguian de los milagros, fue delatada por cristiana al emperador, el cual envió órden al presidente Faustiniano para que la obligara á adorar á los dioses; y si lo rehusaba, que la hiciera perder la vida. Ejecutóse la órden, y la Santa acabó gloriosamente su martirio, atravesándola el cuerpo con una espada el dia 9 de julio del año de 253, en cuyo dia celebra la Iglesia su memoria.

No fue menos dichosa la suerte de santa Victoria, habiendo sido encerrada en un castillo, donde fue tratada por mucho tiempo con una crueldad inaudita; jamás esclavo alguno tuvo tanto que sufrir; sin embargo, ninguna cosa pudo vencer su constancia; antes bien, victoriosa de todo género de enemigos de Jesucristo, tuvo tambien el consuelo, en medio de tantos malos tratamientos, de adquirir para el Salvador un gran número de nuevas esposas, habiendo persuadido á muchas doncellas que la iban á ver, que consagraran á Dios su virginidad. Adelmo, obispo de los sajones orientales en Inglaterra, que escribió su historia, dice que juntó hasta sesenta, de las que la mayor parte unieron á la virginidad la gloria del martirio. Finalmente, cansado Eugenio de su perseverancia, la delató por cristiana, y habiendo obtenido órden de hacerla morir, hizo venir un verdugo que la atravesó el corazon con una espada. Fue su glorioso martirio el dia 23 de diciembre del año 253, durante la persecucion de Decio. Se asegura que el verdugo que la quitó la vida se llenó de lepra entonces mismo, y que murió comido de gusanos á los seis dias.

SAN VINTILA, ANACORETA.

En una ermita junto á Santa María de Pungin dentro del arcedianato de Castela, á tres leguas de Orense, se venera el cuerpo de san Vintila, del cual dicen haber nacido en España de padres cristianos, que le educaron en el temor de Dios, y le dedicaron á las letras. Tenia él buen talento, aprovechó en los estudios, y mas en la virtud. Era misericordioso, honesto, causábale horror hasta la sombra de pecado. Quísole Dios apartar de los riesgos del mundo, y le llamó á la

vida solitaria. Obedeciendo él al impulso del Espíritu Santo dejó su casa y parentela, y se retiró á un monasterio, donde fue probada su vocacion, y alcanzó licencia para retirarse al desierto. Allí fue ejercitado con recias tentaciones, las cuales vencia con la oracion, con la mortificacion continua y general de sus pasiones. Volaba la fama de este siervo de Dios, de muchas partes acudian á él gentes faltas de salud, ó necesitadas de consejo, ó deseosas de mejorar de estado ó de vida. Obraba Dios por su intercesion grandes milagros. Así perseveró dando buen olor de virtud hasta que le llamó Dios para sí. Fue su dichosa muerte tal dia como hoy en el año 890 siendo rey de Leon D. Alonso el Magno, y Sunna obispo de Orense. Su cuerpo está en un sepulcro de piedra, su epitafio traducido del latin es como sigue: Aquí descansa el siervo de Dios Vintila, que murió el dia 23 de diciembre en la era CMXXVIII. Desde entonces ha proseguido hasta ahora la memoria de san Vintila con gran reverencia y devocion en toda aquella tierra.

La Misa es en honra de santa Victoria, y la Oracion la siguiente:

Indulgentiam nobis, quaesumus, Domine, beata Victoria, virgo et martyr, imploret: quae tibi grata semper extitit et merito castitatis, et tuae professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Haced, Señor, que alcancemos el perdon de nuestros pecados por la intercesion de la bienaventurada Victoria, vírgen y mártir, la que siempre os fue grata por el mérito de su castidad, y por la profesion y manifestacion de vuestra virtud y poder. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo VII *de la primera de san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Existimo hoc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quaerere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quaerere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres: Tempus breve est: reliquum est, ut qui habent uxores, tanquam non habentes sint.

Hermanos: Juzgo que esto es bueno por la necesidad que insta, porque al hombre le está bien el estarse así. ¿Estás atado á la mujer? No busques soltura. ¿Estás suelto de la mujer? No busques mujer. Pero si tomares esposa, no pecaste. Y si la vírgen se casase, no pecó. Pero los tales padecerán la tribulacion de la carne; mas yo no hablo de vosotros. Esto, pues, os digo, ó hermanos: El tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen esposas sean como los que no las tienen.

REFLEXIONES.

¿Qué elogios no han dado los santos Padres á la virginidad y á las vírgenes cristianas, siguiendo el ejemplo del Apóstol? Son estas, dicen, la mas ilustre porcion del rebaño de Jesucristo, la gloria de la Iglesia, el triunfo de la Gracia, y una prueba de la verdadera religion; prueba que no se encuentra en las sectas de los herejes, ni en las nuevas sociedades. Los novadores que las han formado no se han atrevido á aconsejar ó aprobar lo que ellos no tenian valor para practicar. No ha habido un hereje que no haya sido enemigo de la virginidad. El libertinaje, á lo menos secreto, y la impureza, han sido la pasion comun, y uno de los principales resortes de todas las sectas. Lutero, cansado del celibato, no bien se hace heresiarca, cuando al punto deja el hábito de religioso: estupra á una religiosa, llamada Catalina de Bora, y se casa públicamente con ella sin reparar en que era presbítero. Calvino, aunque habia sido cura, apenas se hizo cabeza de partido, cuando busca mujer, y se casa con Idleta de Bura, viuda de Juan Sterder. Discúrrase por todas las sectas; no se hallará una en que la virginidad no esté proscripta. Por mas que Jesucristo nos dé una tan alta idea de esta admirable virtud, por mas que san Pablo haga tan bellos elogios de ella, por mas que la aconseje como lo mas perfecto que hay, sus sentimientos sobre este punto de perfeccion jamás fueron del gusto de los herejes. Lo mismo es separarse de la Iglesia de Jesucristo, que venir á ser esclavos de la mas vergonzosa de las pasiones. La castidad es un don de Dios, y se puede decir que este don es propio y privativo de los verdaderos siervos de Jesucristo y de su Iglesia; y así no debe pasmarnos el que las sectas cismáticas sean privadas de él: ellas pueden imitar otras muchas virtudes de los verdaderos fieles; penitencias, austeridades, ingenuidad, buena fe, modestia, paciencia y aun caridad: se encuentra hasta en los mahometanos alguna semejanza de estas virtudes; se ejercitan en ellas, y producen sus actos; pero de la castidad ignoran hasta el nombre; esta virtud no es menos desconocida de los herejes. La expresion sola de que se sirve aquí el Apóstol, da bastante á conocer que el matrimonio es un verdadero yugo, y una especie de cautiverio. ¡Buen Dios, qué caro cuestan las dulzuras que en él se prometen! ¡cuántas penas, cuántos disgustos, cuántas sospechas, cuántas pesadumbres secretas, cuántas cruces invisibles; pero pesadas y ciertas, que la prudencia hace que se oculten; pero que no por eso dejan de ser mas pesadas y dolorosas! Se ven las penas de un es-

tado de perfeccion, y no se ve la uncion de la gracia que las suaviza y endulza; se ven los placeres del siglo, y no se ven las amarguras que las envenenan. Ciertamente, una reflexion séria sobre la brevedad de la vida basta para quitarnos el gusto de todos los placeres, aun los mas inocentes.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág.* 76.

MEDITACION.

De la verdadera virtud.

Punto primero.—Considera que el apóstol san Pablo hizo el retrato de la verdadera virtud, haciendo el de la perfecta caridad; son dos nombres estos que significan una misma cosa. La caridad, dice el Apóstol, es paciente, dulce, bienhechora: no es celosa, nada hace fuera de propósito; no es ambiciosa, ni desdeñosa; antes bien es atenta y oficiosa: no busca sus propios intereses: no piensa mal de nadie; siempre igual, siempre humilde, de nada se resiente, jamás se irrita, todo lo sufre con paciencia, y todo lo disculpa con benignidad. ¿Te conoces en este retrato? ¡Cuántas gentes hacen profesion de virtud, y ciertamente no son de este carácter! Desengañémonos, un hombre verdaderamente devoto es un hombre sin amor propio, sin ficcion, sin ambicion: es un hombre siempre severo consigo mismo, que nada se perdona; pero extremamente benigno con los otros, á quienes en todo los disculpa: hombre de bien sin afectacion, rendido sin bajeza, oficioso sin interés, exacto observador de la ley sin escrúpulo, continuamente unido con Dios sin alteraciones; nunca ocioso, y no pareciendo jamás demasiado hacendista ni bullicioso; nunca demasiadamente ocupado, ni menos disipado con los negocios, á los cuales se presta; pero no se entrega ni se abandona. Lleno de bajos sentimientos de sí mismo, solo estima á los otros; porque no mira en ellos sino las virtudes que tienen, y no considera en sí sino los defectos á que está sujeto. Finalmente, un hombre verdaderamente virtuoso es un hombre recto, sincero, atento, un hombre que jamás está de mal humor; porque siempre tiene todo lo que quiere, no queriendo jamás sino lo que tiene. Un hombre, á quien los mas felices sucesos no hinchan, á quien los mas adversos accidentes no abaten; porque sabe que es siempre una misma la mano de donde vienen los males y los bienes de la vida; y como solo la voluntad de Dios es la regla de su conducta, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quie-

re siempre todo lo que Dios hace. Tal es el carácter de una persona verdaderamente virtuosa. Cualquiera otro retrato no le es parecido ni se le asemeja. Confrontemos con este retrato el de los Santos, y los hallarémos perfectamente semejantes; confrontemos con él el nuestro; ¿hallarémos entre ellos alguna conformidad? Buen Dios, ¡y cuántas falsas virtudes hay en el mundo!

Punto segundo. — Considera cuán enorme es la diferencia que hay entre nuestra pretendida virtud y la de los Santos. Nos lisonjeamos que tenemos devocion, porque la estimamos y respetamos. Tenemos por amor de la virtud cristiana lo que las mas veces no es sino un puro conocimiento de su valor y de su mérito. ¿Queremos conocer si tenemos devocion? Juzguémoslo mas bien por nuestros sentimientos y por nuestra conducta, que por nuestros estériles deseos. ¡Ay, qué léjos se está de la verdadera piedad cuando las pasiones están todavía tan vivas, cuando se está dominado de sus propias pasiones! ¿Podemos ser devotos cuando somos tan poco humildes, cuando estamos tan llenos de nosotros mismos, cuando somos tan sensuales? ¿somos devotos cuando en cási todo solo buscamos nuestras comodidades y nuestras superfluidades? ¿cuando somos envidiosos del mérito ajeno? ¿cuando somos vengativos, poco compasivos, poco sinceros? ¿cuando somos tan interesados, tan ambiciosos, tan poco amigos de ceder? Si descuidamos de las obligaciones de nuestro propio estado, inútilmente nos lisonjeamos de que nos ejercitamos en todas las demás obras buenas. Cuando somos tan poco mortificados, tan amigos de nuestro propio dictámen, tan poco accesibles, somos poco devotos. Esas personas tan frecuentemente de mal humor, tan desatentas, tan ásperas; esas personas, á las que no se puede desobligar, sin excitar la acedía en su espíritu y en su corazon, sin inflamar su bílis; esas personas, sobre adustas, siempre dispuestas á prender fuego, siempre prevenidas, tan fáciles de enfadarse, y que cási nunca se olvidan de la ofensa que han recibido; esta especie de gentes pueden tener intervalos de devocion, pero no pueden lisonjearse con razon que son virtuosas. Muchas vanas apariencias de piedad, muchas exterioridades que engañan; pero en el fondo mucha hipocresía. El uso frecuente de los Sacramentos es un medio muy propio para adquirir la virtud; pero cuando están las pasiones tan vivas, cuando somos tan imperfectos después de cien confesiones y cien comuniones, quedamos como antes de ellas; este frecuente uso no es prueba de una virtud verdadera. Desengañémonos, es menester pa-

recernos á los Santos, es menester reconocer nuestro retrato en el que acabamos de hacer; sin esto, todo lo demás no es sino virtud aparente, virtud superficial, máscara de virtud.

¡Cuán distante estoy, Señor, de este feliz estado, en que se encuentran las almas verdaderamente virtuosas! Conozco que no tengo virtud; pero me parece que tengo un sincero deseo de tenerla: dadme vuestra gracia, para que mi conducta me haga conocer mas de hoy en adelante que mi deseo no ha sido vano.

Jaculatorias. — Dichoso aquel que teme al Señor, y que por la observancia exacta de sus mandamientos prueba que le ama. (*Psalmus* CXI).

Haced, Señor, que toda mi conducta no sea otra cosa que el cumplimiento de vuestra ley. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Las personas que hacen profesion de virtud, con facilidad toman una cosa por otra en materia de devocion. Se la hace consistir en ejercicios de religion puramente exteriores, como muchas oraciociones, muchas confesiones, pero poca enmienda. Se tiene celo de la perfeccion de los otros; pero se dejan vivir en paz sus propias pasiones: evita este defecto. Sea todo tu estudio reformar tus costumbres, domar tus pasiones, corregir tu genio, y mostrar que eres un siervo fiel de tu Dios.

2 Examina cuáles son tus defectos ordinarios: si eres colérico, arrebatado, de un humor poco accesible, de un genio altivo; si no tienes el cuidado que debes de tu familia; si eres adusto y rígido con tus domésticos; si eres ridículo, molesto, enfadoso. Corrige estos defectos incompatibles con la virtud cristiana; tu enmienda será prueba segura de tu devocion.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

El triunfo de cuarenta santas Vírgenes, en Antioquía, las cuales en la persecucion de Decio por diversos tormentos alcanzaron la palma del martirio.

San Gregorio, presbítero y mártir, en Espoleto; el cual en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, primeramente fue apaleado con varas nudosas, y puesto en parrillas, y preso en cárcel áspera, y después cruelmen-

te herido en las rodillas con cardas de hierro, abrasado por los costados con antorchas encendidas, y por último degollado. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los santos mártires Luciano, Metrobio, Paulo, Zenobio, Teótimo y Druso, en Trípoli.

San Eutimio, mártir, en Nicomedia; el cual en la persecucion de Diocleciano, habiendo antes animado á otros muchos al martirio, los siguió él luego en la corona siendo atravesado con una espada.

San Delfin, obispo, en Burdeos; esclarecido por su santidad en los tiempos de Teodosio.

La muerte gloriosa de santa Tarsila, vírgen, en Roma; era tia de san Gregorio, papa, de la cual afirma él mismo que en la hora de su muerte vió á Jesucristo junto á ella. *(Pocos dias después se apareció á su hermana Emiliana, y la convidó á celebrar con ella la Epifanía en la bienaventuranza. El Martirologio romano hace memoria de Emiliana en el dia 5 de enero).*

Santa Irmina, vírgen, hija del rey Dagoberto, en Tréveris.

LA VIGILIA DE NAVIDAD.

Siendo la fiesta del nacimiento temporal del Salvador del mundo, que vulgarmente llamamos Navidad, de la palabra latina *nativitas*, que significa nacimiento, una de las mas antiguas y mas solemnes en la Iglesia, no debe admirarnos el que la vigilia haya sido mirada en todos tiempos como un dia solemne, y como una solemnidad privilegiada. La misa, el oficio, todo se dirige á inspirarnos una gran veneracion á este gran dia; y el número de homilías y de discursos de los santos Padres dan bastantemente á conocer la devocion con que en todos tiempos han celebrado los fieles la vigilia de Navidad. Se ha podido ver en el dia 14 de agosto, vigilia de la Asuncion de la santísima Vírgen, el orígen y el espíritu de estas vigilias, que se pasaban en la iglesia la noche que precedia á las fiestas solemnes, y que siempre iban acompañadas de ayuno para preparar á los fieles con la oracion y la penitencia á celebrar dignamente estas solemnidades. Después la Iglesia ha quitado estas juntas nocturnas por el abuso que muchas veces se hacia de ellas, y no ha conservado esta costumbre sino en la vigilia de Navidad.

Á la verdad, como el Adviento no es otra cosa en el uso y en el espíritu de la Iglesia que un tiempo prescrito antes de Navidad para prepararnos con ejercicios de devocion á hacernos favorable el advenimiento ó la venida de Jesucristo, pues esto significa la palabra Adviento, se puede decir que todo el tiempo de Adviento no es otra cosa que una vigilia de la fiesta de Navidad; así como el tiempo de Cuaresma puede llamarse en el mismo sentido la vigilia ó preparacion para la solemnidad del santo dia de Pascua: este es el espíritu con

que tantas Órdenes religiosas y tantas personas devotas santifican el tiempo de Adviento con el ayuno y con la observancia de muchos ejercicios de religion; pero de todo el tiempo de Adviento ningun dia debe ser tan santo como el que precede al nacimiento del Salvador del mundo. La Iglesia le mira como que hace una parte de la celebridad de esta fiesta: el oficio de él le hace doble desde Laudes, que quiere decir desde el amanecer, cuando en las otras vigilias el oficio doble no comienza hasta Vísperas.

El espíritu y la intencion de la Iglesia en esta institucion es mover y llevar los fieles á santificar este dia con todos los ejercicios de devocion que pueden servir de preparacion para esta gran fiesta. Antiguamente toda obra servil y todo trabajo corporal cesaba la vigilia de Navidad; después se han contentado las gentes con cerrar los tribunales desde este dia hasta el dia después de Reyes; pero la Iglesia al dispensar en la cesacion del trabajo, no ha pretendido dispensarnos de los ejercicios de piedad y de penitencia. Como cuando nació el Salvador fue hácia media noche, la Iglesia destina todo el dia precedente para prepararnos á celebrar este dichoso nacimiento, pedido, deseado y esperado por tantos siglos.

Ninguna cosa es mas propia para hacernos entrar en el espíritu de la Iglesia en la solemnidad de este dia, que las expresiones tan dulces y tan llenas de consuelo de que se sirve en el oficio de este dia y en la misa. Parece que ha reunido en estos actos de religion cuanto hay en la Escritura de mas tierno, de mas patético y mas capaz de mover, tocante al nacimiento del Mesías. Votos de los santos Patriarcas, deseos ardientes y enigmáticos de los Profetas, figuras sagradas, acontecimientos misteriosos, símbolos proféticos, todo se reune el dia de hoy; de todo se hace como un resúmen para excitar la confianza, la esperanza y la fe en el corazon de los Cristianos; y todo conspira á hacer sentir aquel gozo puro, que les hace olvidar las amarguras del destierro á los fieles.

Hodie scietis, quia veniet Dominus, et salvabit nos, canta la Iglesia en el invitatorio y en el intróito de la misa de este dia, *et mane videbitis gloriam ejus:* Hoy sabréis que vendrá el Señor, y os salvará, y por la mañana veréis su gloria. Estas palabras tan llenas de consuelo las ha tomado la Iglesia del Éxodo. Pueblo de Judea y de Jerusalen, no gimais ya por vuestro destierro, cesen vuestros lloros y vuestros sustos, mañana tendréis un Salvador que os sacará de esta triste region del llanto: *Judaea et Jerusalem, nolite timere: eras egrediemini, et Dominus erit vobiscum:* Alegraos, pueblos del universo,

porque la iniquidad que inunda toda la tierra se debe borrar mañana por el nacimiento del Salvador del mundo que viene á reinar sobre nosotros: *Crastina die delebitur iniquitas terrae, et regnabit super nos Salvator mundi.* ¡Qué dicha, buen Dios, y qué gozo! *Dominus veniet,* el Señor vendrá en persona, salidle al encuentro, diciendo: Dios todopoderoso, Príncipe de la paz, soberano Señor del cielo y de la tierra, cuyo supremo poder y cuyo reino no tendrá jamás fin, como tampoco ha tenido principio. *Occurrite, dicentes: Magnum principium, et regni ejus non erit finis: Deus fortis, et dominator princeps pacis.* Hasta aquí es la Iglesia la que habla en el oficio de este dia. Finalmente, consolaos, porque la dilacion no es grande; *Crastina die erit vobis salus, dicit Dominus exercituum:* Mañana sí, mañana seréis salvos; el Señor es quien lo dice, el Dios de los ejércitos os lo promete.

Como el dia, segun el lenguaje de la Escritura, empieza desde la tarde que le precede: *factum est vespere et manè dies unus:* lo que observaba David cuando empezaba tambien los dias que consagraba al servicio de Dios por la tarde del dia antes: *vespere et mane et meridie narrabo,* etc., á la tarde, á la mañana y al mediodia cantaré sus alabanzas, le expondré mis miserias, y oirá mis votos; la Iglesia ha guardado siempre este estilo; y en consecuencia de este uso empieza sus fiestas por las primeras vísperas, que es decir, desde la tarde, ó después del mediodia del dia antecedente, que es la vigilia; y de aquí viene, que las segundas vísperas nunca son tan solemnes como las primeras. *A vespera usque ad vesperam dies dominica servetur,* dice el cánon 21 del concilio de Francfort. Las que la Iglesia canta en esta tarde, como que son el principio de la solemnidad de mañana, no nos inspiran menores sentimientos de devocion, de gozo y de confianza.

Rex pacificus magnificatus est, cujus vultum desiderat universa terra: El Rey pacífico, esto es, el supremo Señor del universo, que viene á establecer la paz entre Dios y los hombres, cuya venida esperan con una santa impaciencia todos los verdaderos hijos de Dios para ser librados del yugo del pecado: este Dios, este Salvador ha hecho ostentacion de su grandeza en su nacimiento temporal. *Magnificatus est rex pacificus super omnes reges universae terrae:* Este Rey pacífico, cuyo nacimiento os parece tan oscuro, es mas glorioso en este lugar vil y despreciable, en que ha querido nacer, que todos los monarcas del mundo en sus soberbios palacios; pues toda la magnificencia de los palacios de los reyes no les saca de la condicion de puros hombres; pero la pobreza del pesebre en que el Salvador acaba de nacer no le quita el que sea el solo verdadero Dios. *Completi sunt dies Ma-*

riae, continúa la Iglesia, *ut pareret filium suum primogenitum*: En fin, llegó el tiempo en que María debia dar al mundo á su Hijo; ya se han cumplido las profecías de Jacob y de Daniel, tocantes al Mesías. *Non auferetur sceptrum de Juda donec veniat qui mittendus est*: El reino que habian ocupado los descendientes de Judas habia pasado á Herodes Ascalonita, idumeo de nacion, y las setenta semanas predichas por Daniel habian espirado; luego el tiempo del nacimiento del Mesías habia llegado; y así añade la Iglesia: *Scitote quia prope est regnum Dei: Amen dico vobis, quia non tardabit*: Sabed que el reino de Dios está cerca; en verdad os digo que no tardará, pues el Salvador, el verdadero Hijo de Dios, el verdadero Mesías debe nacer dentro de pocas horas: ¿con qué sentimientos de religion, de gozo, de amor y de respeto no debemos prepararnos y disponernos para recibirle? ¿Hay en todo el año dia mas digno de la devocion de los fieles? En fin, para excitar á los fieles á que aviven sus votos, su piedad y sus ansias para que venga el Salvador del mundo, clama la Iglesia al acabar el oficio de este dia: Levantad vuestras cabezas, mirad que se acerca vuestra redencion: *Levate capita vestra: ecce appropinquat redemptio nostra.*

¡Buen Dios, y cuántos preparativos para el nacimiento de un príncipe! no se hacen tantos para el de Jesucristo: á los fieles toca indemnizarle hoy de la indiferencia, del olvido, y tambien del menosprecio que se hizo de él aun antes que naciera; pues la santísima Vírgen, su madre, y san José, que llegaron á Belen la tarde de este dia, no hallaron en todos los mesones y hospicios de la ciudad un rincon en que alojarse: una vieja majada fuera de la ciudad, que servia de establo á las bestias, fue el solo alojamiento que pudo escoger el Dueño soberano del universo. Es fácil de imaginar cuáles fueron los sentimientos interiores de María, su divina madre, todo el tiempo que aguardó la hora de su parto.

Este dia ha sido en todos tiempos un dia privilegiado y célebre en toda la Iglesia: en muchas partes era dia de fiesta, á lo menos después de mediodia, ó desde las primeras vísperas. En adelante se ha contentado la Iglesia con prohibir este dia todo negocio forense, y hacerle por la tarde fiesta de consejo.

San Agustin quiere que se santifique el domingo y las fiestas, como Dios lo habia mandado antiguamente respecto del sábado, desde las primeras vísperas hasta la tarde del dia siguiente, empleando la noche y el dia en alabar á Dios, y asistiendo á las vísperas y á las vigilias (*serm. 25 Temp.*); y si no se puede acudir á la iglesia, añade

el mismo Padre, á lo menos emplearse cada uno en su casa en ejercicios de piedad durante la noche; pero por el dia nadie deje de oir misa. ¡Qué indignidad, ó por mejor decir, qué vergüenza estarse en casa mientras los demás están en la iglesia! Hasta aquí san Agustin. Y á la verdad, cuando se abolieron las vigilias públicas que se hacian en las iglesias por los abusos y desórdenes que se cometian con ocasion de estas devociones nocturnas, no se dispensó á los fieles de la obligacion de orar á Dios mas tiempo, de ayunar y de emplear una parte de la vigilia en ejercicios de devocion y en buenas obras.

La vigilia de Navidad es la única que la Iglesia ha conservado sin innovar nada; la solemnidad del dia, la grandeza y la santidad del misterio pedian esta distincion; pero ¡qué impiedad si se profanara un tiempo tan sagrado con introducciones irreligiosas! y ¡qué delito no seria profanar con disoluciones é irreverencias, enteramente paganas, la sola vigilia de todo el año que la Iglesia ha querido hacer pública, y el tiempo en que nació Jesucristo! ¡Cuántos después de haber llenado el estómago de viandas y de vino en una colacion en que la tolerancia de los prelados permite tomar alguna cosa de mas en señal de alegría, ó en atencion al mayor trabajo que se tiene esta noche en la iglesia; cuántos de estos, digo, después de haber hecho de la colacion una espléndida cena, van después al templo á dormir, á bostezar, y aun á vomitar; mientras los demás están dando gracias á Dios por el beneficio grande que les acaba de hacer, de venir á vivir entre los hombres después de haberse hecho hombre!

SAN GREGORIO, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

Entre los ilustres Mártires que hicieron demostracion de su valor en tiempo que los príncipes gentiles persiguieron á la Iglesia de Dios, es digno de memoria eterna san Gregorio presbítero, uno de los mas célebres Confesores, y uno de los mas esforzados militares de Jesucristo; que con generosa intrepidez y admirable fortaleza despreció á los falsos dioses, burlándose de los mas crueles tormentos de los paganos, sostenido con la divina gracia.

Movieron los emperadores Diocleciano y Maximiano, en principios del siglo III, una de las mas crueles persecuciones que ha padecido la Iglesia. Encendióse el fuego de aquella tempestad en Italia, en términos que se dejó ver un horroroso teatro de la sangre inocente de los Cristianos, que derramaba el furor de los infieles. Contribuyó Flaco, uno de los mayores lisonjeros de los referidos Príncipes, á fomentar en ellos el odio contra la Iglesia; persuadiéndoles que man-

dasen levantar en todas las partes de sus dominios simulacros de los dioses romanos, á quienes se ordenase ofrecer sacrificios por todos los vasallos del imperio, descubriendo á los Cristianos por la resistencia de su adoracion.

Agradó la diabólica invencion á los Emperadores; y como Flaco era un hombre cruel, muy proporcionado para llevar adelante sus impíos intentos, dirigidos á extinguir si pudiesen el nombre cristiano, le eligió Maximiano para que promoviese su mismo pensamiento. Entró este tirano en la ciudad de Espoleto, y mandó publicar que concurriese todo el pueblo á la plaza, donde hizo que se le dispusiese un tribunal majestuoso. Sentado en él, preguntó á Tircano, juez de la ciudad, si todos los concurrentes tributaban culto á los dioses romanos, cuyos simulacros se elevaron á este efecto en Espoleto. Todos los que ves, respondió Tircano, prestan adoracion á Júpiter, á Minerva y á Esculapio, nuestros inmortales dioses, que miran propicios á todo el universo: con lo que lleno Flaco de satisfaccion, mandó retirar al pueblo.

Habia á la sazon en Espoleto un presbítero cristiano llamado Gregorio, varon recomendable por la justificacion de su conducta, ocupado en los santos ejercicios de oracion, vigilias, ayunos y asombrosas penitencias; admirable por los muchos portentos que obraba cada dia, curando á no pocos enfermos, y expeliendo á los demonios de los cuerpos humanos que tiranizaban; en virtud de los cuales, y de sus continuas celosas exhortaciones, convertia á la religion cristiana á muchos gentiles, desengañándolos de los necios delirios de las supersticiones paganas, y aun tenia valor de destruir á los ídolos. Delató Tircano á Flaco á este hombre portentoso con la infame impostura de que pervertia al pueblo, induciendo á los ciudadanos á que despreciasen á los dioses romanos, sin hacer caso de los decretos de los príncipes del mundo.

Apenas oyó Flaco la acusacion, mandó á cuarenta soldados que le trajesen preso; y luego que lo tuvo á su presencia, le preguntó en tono demasiadamente airado: *¿Eres tú el Gregorio de Espoleto, rebelde á nuestros dioses, y menospreciador de nuestros Príncipes?* — *Si deseas saber la verdad,* respondió el Santo sin alguna turbacion, *yo soy Gregorio, ciudadano de este pueblo, que desde mi infancia jamás me separé de mi Dios, que me formó del polvo de la tierra.* — *Pues ¿quién es tu Dios?* siguió el tirano; y el Santo contestó: *El que crió de la nada al hombre á su imágen y semejanza, Dios fuerte é inmortal, que remunera á cada uno segun sus obras.* — *No quieras ser hablador,*

replicóle Flaco, *haz lo que te mando.* — *Ya sé lo que mandas*, dijo entonces Gregorio; *y tambien sé lo que me conviene hacer.* — *Pues si lo sabes*, respondió el tirano, *cuida de tu vida, entra en el templo, y sacrifica á los grandes dioses Júpiter, Minerva y Esculapio, para que consigas muchos bienes de nuestros Príncipes, y seas nuestro amigo.* — *Yo no deseo vuestra amistad*, respondió el Santo, *ni menos sacrifico á los demonios, solo sí á mi Dios y Señor Jesucristo; pues es bien notorio que esos que tú llamas dioses fueron unas criaturas torpes y abominables, como se acredita por vuestras mismas historias.*

Fuera de sí el tirano al oir tan sabias como concisas respuestas, mandó á los verdugos que le hundiesen las mejillas á golpes y bofetadas. Quiso Tircano aconsejarle que sacrificase á los mismos dioses antes que su cuerpo fuese hecho pedazos á fuerza de tormentos; pero animado Gregorio de aquel valor y de aquel espíritu que constituye el carácter de los héroes del Cristianismo, despreció las amenazas de ambos tiranos, diciéndoles: *Haced lo que quisiéreis, que yo no sacrifico á los demonios, sino á mi Dios verdadero.* Entonces Flaco ordenó apalearle con varas nudosas como á un vil esclavo; y mirando al cielo el Santo en medio de aquel castigo, oraba en estos términos: *Ten misericordia de mí, Señor Dios de Israel, y líbrame de las manos de tus enemigos.* Quisieron Flaco y Tircano persuadirle á que tuviese compasion de sí mismo antes de morir; pero despreciando el ilustre Mártir sus diabólicos consejos, les respondió, que se separasen de él, pues eran ministros de Satanás. Resentido Flaco de aquel desprecio, mandó que arrojasen al célebre Confesor de Jesucristo á un globo de ardiente fuego, y estando en medio de las llamas, hizo oracion al Señor, rogándole se dignase obrar el mismo prodigio que con los tres niños en el horno de Babilonia para confusion de los paganos. Oida su peticion, sucedió un terrible terremoto que arruinó una gran parte del pueblo, en la que murieron mas de quinientos cincuenta infieles; de lo que aterrado Flaco, huyó precipitadamente, dando órden á Tircano de conducir á Gregorio á una dura prision. Ejecutóse así; pero apenas entró en la cárcel, iluminado el calabozo con un resplandor maravilloso, se le apareció un Angel del Señor, que dejándole libre de las cadenas como en otro tiempo á Pedro, y sanándole de todas las heridas, lo confortó para los siguientes combates.

Impaciente el tirano por vengarse, dispuso que el ilustre Confesor se presentase ante su tribunal en el dia inmediato. Insistió en sus antecedentes porfías sobre que sacrificase á los dioses romanos, valiéndose para ello de ventajosas promesas y terribles amenazas; pero des-

preciando el Santo con nuevo valor ambos extremos, le añadió, que semejantes actos de adoracion solo eran debidos al verdadero Dios, y no á los demonios. Irritó tanto á Flaco esta respuesta, que no satisfecho con haber dispuesto que le quebrantasen las piernas con un cepo de hierro, mandó que aplicasen hachas encendidas á sus costados; mas burlándose Gregorio de todas las crueles invenciones, le hizo entender que aunque despedazase todo su cuerpo, tenia á su favor pronto á un soberano médico, que era su Señor Jesucristo, que curaria todos los males que pudiera causarle su crueldad.

Finalmente, viendo Flaco la inutilidad de todos sus esfuerzos, los que solo servian para dar materia al Santo de mayores triunfos, por último recurso mandó que lo degollasen en medio del anfiteatro público; y orando el Santo en el lugar del suplicio, oyó una voz del cielo que le convidaba á disfrutar los premios de su fortaleza. Ejecutada la impía sentencia, ordenó el tirano que soltasen las fieras para que devorasen al venerable cadáver; pero olvidándose estas de su natural condicion, le inclinaron las cabezas en señal de veneracion: por cuyas maravillas todo el pueblo clamó á grandes voces que solo era grande el Dios de los Cristianos; y se convirtieron á la fe muchos gentiles. No quedó Flaco sin el merecido castigo, pues habiéndole herido mortalmente un Angel del Señor, vomitando las entrañas por la boca, murió infelizmente en el mismo dia. Cierta mujer cristiana, llamada Abundancia, compró á Tircano el cadáver del santo Presbítero, y embalsamándolo con preciosos aromas, lo depositó cerca de la puente del Rio Sanguinario, contiguo á los muros de Espoleto, y sus reliquias hoy se conservan en grande veneracion en la iglesia de Colonia.

La Misa es de la vigilia de la Natividad del Salvador, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos redemptionis nostrae annua expectatione laetificas: praesta, ut Unigenitum tuum, quem Redemptorem laeti suscipimus, venientem quoque judicem securi videamus Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum: Qui tecum vivit...

Ó Dios, que nos llenais de gozo todos los años con la expectacion de nuestra redencion: haced que así como recibimos alegres á vuestro Hijo único, nuestro redentor Jesucristo, cuando viene á redimirnos; así tambien le podamos ver seguros y sin temor cuando venga á juzgarnos: El que siendo Dios vive, etc.

La Epistola es del capítulo 1 *de la del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Paulus, servus Jesu Christi, vocatus apostolus, segregatus in Evangelium Dei, quod ante promiserat per prophetas suos in Scripturis sanctis de Filio suo, qui factus est ei ex semine David secundum carnem, qui praedestinatus est Filius Dei in virtute secundum spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum Jesu Christi Domini nostri: per quem accepimus gratiam, et apostolatum ad obediendum fidei in omnibus gentibus pro nomine ejus, in quibus estis et vos vocati, Jesu Christi Domini nostri.

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado apóstol, separado para el Evangelio de Dios, el cual habia prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, en órden á su Hijo: el cual fue hecho para él de la semilla de David segun la carne: el cual fue predestinado Hijo de Dios por propia virtud, segun el espíritu de santificacion por la resurreccion de la muerte, Jesucristo Señor nuestro; por el cual recibimos la gracia y el apostolado, para obedecer á la fe en todas las gentes, por su nombre, en las cuales habeis sido llamados tambien vosotros por Jesucristo Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Pablo, siervo de Jesucristo. Ya era el tiempo que Roma supiese reconocer y respetar otros títulos, que los que únicamente se fundan en las ventajas de la naturaleza y en la grandeza humana. Pablo, siervo de Jesucristo: esta es la primera calidad de que se gloría el maestro de los gentiles, calidad augusta y preferible al honor mismo del santo ministerio, el que sin la humildad y sin la fidelidad de un verdadero siervo, solo contribuye á la ignominia y á la perdicion del predicador, del pastor, del apóstol. Calidad que debe preferirse á todos esos títulos pomposos y relumbrantes de grande, de príncipe, de monarca; pues á la hora de la muerte todos estos grandes nombres quedan vacíos, y todos se desvanecen en el sepulcro. La calidad de siervo de Dios es la sola que ennoblece, es el solo título que da derecho para reinar eternamente en el cielo. ¡Qué consuelo este para todos aquellos que no tienen en este mundo ni fama, ni distincion, ni prerogativas de nacimiento! Isidro, pobre labrador, vive y muere siervo de Jesucristo; esta es toda su nobleza, su fortuna, su calidad; y este pobre labrador, tan vil, tan despreciable á los ojos de los hombres, viene á ser el objeto de la veneracion de los pueblos y de los reyes. Los Alfonsos, los Carlos, los Felipes, los Fernandos, señores de tantos reinos, se postran delante de sus reliquias, imploran su socorro, y confian en el valimiento que logra con Dios, mientras que nadie se acuerda de rendirles á ellos el menor respeto despues de su muerte, cuando apenas han quedado en la historia sus nombres. To-

dos no pueden ser reyes, pero todos pueden ser siervos de Dios. ¡Qué locura no hacer todos los esfuerzos para merecer este título. Las profecías fueron anunciadas á los judíos por espacio de muchos siglos, no solo por predileccion y preferencia para con este pueblo, sino para que siendo fiel en guardar su cumplimiento, excitase la curiosidad de las naciones, y las dispusiese poco á poco á recibir el Evangelio. Hay gracias que nos miran á nosotros, aunque no nos sean hechas precisamente á nosotros. Hay ciertas lecciones que Dios nos da para estudiar su conducta y los designios que tiene sobre nosotros. Dichoso aquel que por su falta de atencion no deja escapar sus gracias. *El Hijo de Dios nacido de la descendencia de David;* espíritu humano, humíllate, pues el Hijo de Dios, siendo Dios, elige voluntariamente una humillacion tan espantosa; una generacion eterna escoge un nacimiento hecho en tiempo. Si tu espíritu se confunde cuando busca cómo conciliar estos dos términos, debe bastarle la revelacion, y hacerse cargo que este no es un punto disputable, que deba aclararse en la escuela; lo que debe bastarnos, y lo que nos salva es la fe humilde en el Verbo encarnado.

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Mateo.*

Cum esset desponsata Mater Jesu Maria Joseph, antequam conveniret, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto. Joseph autem vir ejus cum esset justus, et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam. Haec autem eo cogitante, ecce Angelus Domini apparuit in somnis ei dicens: Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est. Pariet autem filium, et vocabis nomen ejus Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.

Estando desposada la Madre de Jesús María con José, se halló preñada del Espíritu Santo antes de haber estado juntos. José, su marido, siendo justo, y no queriendo delatarla, quiso dejarla secretamente. Pero mientras pensaba esto, hé aquí que un Angel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar á María por tu consorte, porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Parirá un hijo, y le pondrás por nombre Jesús: porque él será el que salvará á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

Sobre la preparacion para la fiesta de mañana.

Punto primero. — Considera que si hay alguna fiesta en el año en que Dios derrame sus favores y sus gracias con liberalidad y con profusion, es ciertamente en el dia glorioso del nacimiento del Salvador del mundo. Es un uso establecido en todas las naciones y en

todos los pueblos, recibir muestras de la liberalidad de los grandes el dia aniversario de su nacimiento. La Iglesia parece que imita esta costumbre universal, llamando dia del nacimiento de los Santos á aquel en que celebra su fiesta, y en que implora sus intercesiones con Dios. Pero las liberalidades del Señor en la fiesta de mañana dependen de las disposiciones con que la celebremos. Se adorna una persona, gasta, á nada perdona por brillar en la corte y por dar gusto al rey el dia de su nacimiento. El medio de honrar al Señor, de agradarle en la celebridad de su nacimiento, es imitarle en un estado tan humilde, y en que tanto padece. Los pastores y los Magos que vinieron á adorarle en el establo nos pueden servir de modelo. ¡Con qué fe, con qué ansias, con qué pureza de conciencia vinieron á rendirle sus homenajes estas primicias de los verdaderos adoradores del Salvador! Habia muchos pastores en aquellos alrededores; pero solo los que velan tienen la dicha de encontrar y ver al Mesías. La estrella milagrosa fue vista de muchas gentes; pero solo la siguen los Magos que estaban atentos á la voz del cielo, y eran dóciles á la Gracia. ¿Queremos participar de los mismos favores en esta gran fiesta? tengamos las mismas disposiciones. La vigilancia es necesaria para ver todo lo que puede servir de obstáculo á las liberalidades del Señor. Es menester pasar este dia con recogimiento y quietud interior para oir la voz de la Gracia: es necesaria la generosidad para apartarnos, como los Magos, de los negocios temporales, á lo menos este medio dia, y prepararnos con cuidado y solicitud para visitar al Salvador en el pesebre. Es menester, en fin, que el deseo ardiente de rendir nuestros homenajes á Jesucristo recien nacido disponga nuestra alma para los grandes favores que derrama el dia de su nacimiento sobre todos los corazones puros y abrasados del fuego del amor divino.

Punto segundo. — Considera que de todas las preparaciones para la fiesta de mañana, la mas útil, la mas eficaz es no perder de vista á la santísima Vírgen, considerándola en aquellos preciosos momentos que precedieron á su dichoso parto. Representémonos y meditemos cuáles fueron los sentimientos, cuáles las disposiciones interiores y cuáles las principales virtudes de la santísima Vírgen y de san José todo el dia que precedió al nacimiento del Salvador. Sabedores de la hora en que el Salvador habia de nacer, la santísima Vírgen y su casto Esposo estuvieron en una profunda contemplacion de este misterio. El ningun caso que de ellos se hace en el mundo no les coge de nuevo; saben que el Hijo de Dios quiere nacer en una ex-

trema pobreza, á fin de enseñarnos que para ser bien recibidos de él es necesario tener un corazon vacío de toda aficion á los bienes de la tierra; y que si él escoge para nacer el reposo y el silencio de la noche, es para decirnos con esto, que ninguna cosa es mas contraria a la verdadera piedad que el tumulto del mundo, y el ruido de los negocios temporales, tan perjudicial al negocio importante de la salvacion. ¿Queremos tener parte en los beneficios y en las liberalidades del Salvador recien nacido? conservémonos en recogimiento, á lo menos la vigilia de su nacimiento. No pasemos este dia, ó á lo menos este medio dia en otra cosa que en rezar, en meditar y en ejercitarnos en obras de misericordia. Pensemos en preparar nuestra alma, y en adornarla con el ejercicio de las mas excelentes virtudes. Solos los corazones limpios tienen el privilegio y la dicha de ver á Dios. Esta pureza de corazon es lo que pide Dios á todos los que vienen á adorarle en el pesebre. La humildad de corazon, la cual es inseparable de esta pureza, es uno de los principales adornos que el niño Jesús pide á todos los que vienen á hacerle la corte. Finalmente, como el amor inmenso que tiene Dios á los hombres es quien le hizo encarnar y nacer; así tambien lo que Dios pide á los hombres es este amor ardiente; vino él mismo á encender este fuego divino, y no quiere sino que arda. Dichoso aquel que en esta gran fiesta se siente abrasado de este divino fuego.

Dignaos, Señor, encenderle en mi corazon, y darme con él todas las santas disposiciones que debo tener el dia feliz de vuestro glorioso nacimiento; yo os las pido por la intercesion de vuestra santísima Madre y de san José, y espero con una firme confianza que las he de obtener.

Jaculatorias. —Mañana desaparecerá la iniquidad de la tierra, y el Salvador del mundo reinará sobre nosotros. (*La Iglesia*).

Mañana será para vosotros el dia grande de la salvacion. (*Exod.*).

PROPÓSITOS.

1 La alegría y la solemnidad son inseparables de la fiesta de mañana. El oficio y la misa que la Iglesia celebra á media noche, y á la cual la Iglesia convida á todos sus hijos, nos muestra bastante la celebridad de la fiesta. ¿Qué no debemos hacer para prepararnos á ella? Pasa toda la vigilia de este gran dia en ejercicios de piedad, y da de mano á todos los negocios temporales, sobre todo, después de mediodía. Emplea todo este tiempo en adquirir las santas disposicio-

nes en que debes estar para ser del número de aquellos á quienes los Ángeles vendrán á anunciar la alegría celestial; aquella alegría pura que produce en las almas santas el dia del nacimiento del Salvador. Confiesa hoy; y asiste, si puedes, á las primeras vísperas de la Natividad; y pasa la mayor parte del dia en oracion, ó en el ejercicio de otras buenas obras; y díte á tí mismo muchas veces: *Crastina erit vobis salus:* mañana debe ser para mí un dia de gracia y de salvacion.

2 Ninguna cosa es mas santa, ninguna debe ser mas saludable que la solemnidad de esta noche: se puede decir que el Salvador derrama á manos llenas sus gracias en aquella dichosa hora, que es propiamente la hora primordial de la salvacion. Por eso el enemigo de la salvacion hace todos sus esfuerzos para que nos sea inútil, excitándonos á la disipacion, y valiéndose de otros mil artificios perniciosos. Nunca se ven mas irreverencias en los templos ni mas inmodestias. Evita esta desgracia. Nunca estés en la iglesia con mas respeto y reverencia que esta noche; inspira esto mismo á tus hijos y domésticos. Comulga hoy. Conviene que el Salvador venga á nacer en tu alma á la misma hora que nació en Belen. Guárdate de profanar un tiempo tan santo con esas comilonas que el enemigo de Jesucristo y de la salvacion ha introducido entre los Cristianos por un abuso en cierto modo sacrílego. Con este género de disoluciones y de impiedades ha querido el demonio hacernos inútil y aun pernicioso el tiempo mas saludable y mas santo de todo el año.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

El año cinco mil ciento noventa y nueve de la creacion del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra: después del diluvio, el año dos mil novecientos cincuenta y siete: del nacimiento de Abraham, el año dos mil y quince: de Moisés y de la salida del pueblo de Israel de Egipto, el año mil quinientos y diez: desde que David fue ungido rey, el año mil treinta y dos: en la semana sesenta y cinco, segun la profecía de Daniel: en la olimpiada ciento noventa y cuatro: de la fundacion de Roma, el año setecientos cincuenta y dos: del imperio de Octaviano Augusto, estando en paz todo el orbe, el año cuarenta y dos: en la sexta edad del mundo, JESUCRISTO, Dios eterno, é Hijo del eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su santo advenimiento, concebido del Espíritu Santo, y pasados nueve meses después de su concepcion *(lo que sigue se lee en voz mas alta, y se arrodillan todos)*, en Belen, ciudad de Judá, nació de la Vírgen MARÍA hecho hombre *(lo siguiente se lee en voz aun mas alta y en tono de pasion)*:

LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO segun la carne.

(Levántanse todos, y lo que sigue se lee en tono ordinario ó de Martirologio).

El triunfo de santa Anastasia, en el mismo dia; á la cual en el imperio de Diocleciano tuvo Publio, su esposo, en triste y estrecha cárcel, en donde la consolaba y confortaba mucho Crisógono, confesor de Cristo. Después de esto Floro, prefecto de Ilírico, la atribuló con largas prisiones, y finalmente atada de piés y manos á unos maderos, encendieron una hoguera á su rededor, en la que consumó el martirio. Aconteció esto en la isla Palmaria, á donde habia sido desterrada con doscientos varones y setenta mujeres; los cuales con varios géneros de muertes alcanzaron tambien la corona del martirio. *(De santa Anastasia se hace mencion en el cánon de la misa, en el Sacramentario de san Gregorio, y en otros antiguos catálogos de Martires. Hay una antigua iglesia en Roma dedicada á Dios en su memoria. Su cuerpo fue trasladado á Roma, y depositado en dicha iglesia. En esta decian los Papas antiguamente su segunda misa en la Pascua de Navidad, siendo este el motivo porque se hace de ella mencion en el cánon. Despues sus reliquias fueron trasladadas á Constantinopla en tiempo del emperador Leon, y depositadas primero en la iglesia de su nombre, ó de la Resurreccion, y luego en la patriarcal de Santa Sofia; pero se perdieron cuando tomaron los turcos la ciudad. — Otra santa* Anastasia, *llamada la Mayor, fue coronada del martirio en la persecucion de Valeriano: otros dicen que en la de Neron).*

Santa Eugenia, virgen, en Roma en el cementerio de Aproniano; la cual en tiempo del emperador Galieno, después de haber dado esclarecidas muestras de su gran virtud, y de haber juntado muchas comunidades de vírgenes para consagrarlas á Jesucristo, por sentencia de Nicecio, prefecto de la ciudad, fue largo tiempo atormentada, hasta que por último la degollaron. *(Vease su historia en las de hoy).*

La pasion de muchos millares de Mártires, en Nicomedia; los cuales habiéndose congregado en la iglesia para recibir el santísimo Sacramento el dia de la Natividad de Jesucristo, mandó el emperador Diocleciano cerrar las puertas de la iglesia, y que la pusiesen fuego por las cuatro partes, y que pusiesen a la puerta un braserito con incienso: haciendo publicar en alta voz por medio del pregonero, que los que quisiesen escapar del incendio saliesen y ofreciesen incienso á Júpiter: mas respondiendo todos a una voz que antes querian morir por Jesucristo, consumidos en aquella hoguera, merecieron nacer para el cielo en el mismo dia en que el Señor se dignó nacer en la tierra para la salud del mundo.

La muerte gloriosa de san Pedro Nolasco, confesor, y fundador del Órden de Nuestra Señora de las Mercedes, redencion de Cautivos, en Barcelona en España; esclarecido en virtudes y milagros: su festividad por decreto de Alejandro VII se celebra en el dia 31 de enero. *(Vease su vida en las de aquel dia).*

LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, QUE VULGARMENTE SE LLAMA LA PASCUA DE NAVIDAD.

Hoy es el dia tan solemne en el mundo, en el cual celebran todos los fieles la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, segun la carne;

dia tan deseado, por tanto tiempo esperado, pedido con tantas instancias por todos los Patriarcas y Profetas, y por todos los que esperaban la redencion de Israel, y este es el nacimiento dichoso, cuya historia vamos á dar.

No se habia visto en el mundo una paz mas universal, que la que entonces reinaba. Aprovechándose el emperador Augusto de esta tranquilidad general, le picó la curiosidad de saber el número de las fuerzas del imperio, haciendo para ello una descripcion exacta de todos sus súbditos. Cirino tuvo la comision de hacer la de la Siria, de la Palestina y de la Judea, y para facilitar la ejecucion ordenó que cada uno se empadronara y diera su nombre en la ciudad de donde era originaria su familia.

Luego que se publicó el edicto del emperador, José partió de Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, donde tenia su domicilio, y fué á Judea á la ciudad de David, llamada Belen, porque era de la casa y familia de David, para hacerse alistar con María su esposa, que estaba cercana al parto. Belen no era entonces sino un lugar ó una aldea de la tribu de Judá á dos leguas de Jerusalen. No fue poco trabajo para la santísima Vírgen y para san José tener que hacer cuatro dias de camino para ir desde la baja Galilea hasta Belen, primera residencia de la familia de David, de la que traian su orígen uno y otro. Pero como entrambos á dos estaban perfectamente instruidos del misterio, y sabian que el Mesías, segun la profecía de Miqueas, debia nacer en Belen, sufrieron con gusto las incomodidades del viaje.

Habiendo llegado á Belen fueron mal recibidos; no se tuvo el menor respeto ni á su calidad, ni al preñado de la santísima Vírgen. La pobreza, que se manifestaba bastante en todo su equipaje, no atrajo sobre ellos sino el desprecio y el abandono; estando las posadas llenas de gente por el concurso extraordinario que habia acudido de todas partes, y entrándose la noche, María y José, las dos personas mas santas y mas respetables del universo, á quienes todos los hombres debian rendir homenaje, se vieron obligados á retirarse á una especie de establo ó cueva que estaba fuera del pueblo, y donde á la sazon se hallaba un buey y un jumento; habiéndolo dispuesto así la Providencia divina en cumplimiento de las profecías de Habacuc y de Isaías.

Una posada tan humilde no dejó de contristar á la Madre de Dios y á san José; pero le convenia á aquel que venia á enseñar la humildad á los hombres, y cuya grandeza y majestad son independientes de toda exterioridad. No ignorando la santísima Vírgen la hora

en que el Salvador debia nacer, pasó con san José todo el tiempo que precedió á este nacimiento en una dulce y amorosa contemplacion del misterio que iba á cumplirse. A media noche, sintiendo que el término habia ya llegado, parió sin dolor y sin lesion alguna de su pureza virginal á su Hijo primogénito, que fue asimismo su único Hijo, al cual adoró postrada en tierra con aquellos transportes de amor, de admiracion y de respeto de que solo Dios puede conocer el ardor, el precio y la medida; tomándole después en sus brazos, le envolvió en los pañales que habia llevado, y le recostó en el pesebre donde se echaba de comer á las bestias. Esta fue la cuna que escogió Jesucristo para empezar á confundir nuestro orgullo, y enseñarnos á menospreciar la grandeza, las comodidades y todos los falsos bienes de la tierra. Fácilmente se deja comprender la impresion que haria en san José la vista de este divino Salvador, quien por una predileccion particular le habia escogido para que hiciera las veces de padre consigo. ¡Cuáles serian sus actos de adoracion, de amor y de humillacion á los piés de un Dios hecho niño! ¡á los piés del Verbo encarnado, Hijo único de Dios vivo, igual en todo á su Padre! Aquel vil establo, aquella pobre cueva vino á ser entonces el lugar mas respetable del universo, y la imágen, por decirlo así, mas parecida de la celestial Jerusalen. Ningun Ángel dejó de venir á adorarle á este lugar: no hubo uno que al primer momento que este divino Niño vió la luz, no se diese priesa para venir á rendirle sus homenajes. Aunque ya se los habian rendido en el primer momento de su Concepcion, los reiteraron esta segunda vez que entró en el mundo: *Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrae*, dice san Pablo (*Hebr.* 1), *dicit: et adorent eum omnes angeli Dei.*

¡Qué fondo de reflexiones, buen Dios, no nos presentan todas las circunstancias de este maravilloso nacimiento! La santísima Vírgen busca una posada en la aldea de Belen; pero el gran concurso de gentes que llegan á toda hora hace que no la encuentre; resérvanse los alojamientos para mas ricos huéspedes. La santísima Vírgen y san José quizá hubieran tenido con que pagar un pobre rincon, pues le buscaban para alojarse; pero sin duda en Belen no habia lugar bastante pobre para Jesucristo. Era menester una cueva, un corral, un establo para recoger y albergar á las dos personas mas dignas, mas amadas de Dios, pero despedidas de todo el mundo y menospreciadas en todas partes. ¡Ó Salvador mio, y cómo empiezas con tiempo á reprobar y confundir la soberbia del mundo! ¿quién se imaginaria que el supremo Señor del universo habia de nacer en un lugar tan

vil y despreciable? ¡qué espectáculo mas asombroso! Un Dios niño, y este niño Dios, para quien el cielo no tiene cosa que sea bastante magnífica, y que tiene su trono sobre las estrellas, está reclinado en un pesebre, es fomentado con el vaho y aliento de dos animales, está expuesto á todas las inclemencias del viento, mientras que tantos reyes, que son sus súbditos, nacen en palacios magníficos, y en la abundancia de todo. *Ubi aula regia*, exclama san Bernardo, *ubi thronus, ubi curiae regalis frequentia?* ¿Dónde está el palacio de este rey recien nacido? ¿dónde está su trono, dónde los oficiales de su numerosa corte? *Numquid aula est stabulum, thronus praesepium, et totius aulae frequentia Joseph et Maria?* Su palacio es el establo, su trono es el pesebre; María y José componen toda su corte. ¿Quieres saber, dice san Agustin, quién es el que ha nacido de esta suerte? Yo te lo diré: «Es el Verbo del Padre eterno, el Criador del mundo, la luz «del cielo, la fuente de la paz y de la bienaventuranza eterna, la sa«lud del linaje humano, el que vuelve al camino á los que se extra«vian; en fin, el que es toda la alegría y la esperanza de los justos.»

Sin embargo, aunque el Hijo de Dios quiso nacer en la oscuridad de un establo, no dejó de manifestarles su nacimiento á los judíos y á los gentiles. Los Ángeles le anuncian á los pastores, y una estrella milagrosa á los Reyes magos. Unos pastores velaban en los campos vecinos, guardando sus ganados; porque siendo el invierno templado y tardío en Judea, podia muy bien mantenerse el ganado en el campo por la noche en este tiempo. Se les apareció un Ángel mas resplandeciente que el sol; al principio quedaron deslumbrados y llenos de temor; pero el mismo Ángel que les habia causado el temor los serenó, diciéndoles: no temais, porque vengo á traeros la nueva mas alegre que se puede imaginar, y que vosotros jamás podríais esperar; la que debe ser para vosotros y para todo el pueblo motivo de un extremado gozo: *Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo.* Acaba de nacer un Salvador en Belen en un pueblo que vosotros llamais ciudad de David, el cual es el Mesías [1], el Salvador de las almas, vuestro Señor y vuestro Dios; le hallaréis allí envuelto en pañales, y reclinado muy pobremente en el pesebre de un establo; estas son las señales que os doy para conocerle, y convenceros de la verdad

[1] La palabra *Mesías* se deriva de la voz hebrea *Mashach*, que significa *ungir*. En el griego Cristo, ó Ungido, es la interpretacion de este nombre. La palabra esta se aplica algunas veces en el Hebreo á los reyes y sumos sacerdotes que eran ungidos tambien, como se ve *I Reg.* XII, 5; *Psalm.* CIV; *Heb. v.* 15; pero por eminencia ó antonomasia se da al soberano Libertador del hombre, tan solemnemente prometido de Dios á su pueblo. *(Butler).*

de lo que os digo. Apenas el Ángel hubo acabado de hablar, cuando á una multitud de espíritus celestiales se oyó cantar las alabanzas de su Señor y su Dios: *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos*, decian, *y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad y de corazon recto*. El Salvador que acaba de nacer trae y procura infundir la una y la otra.

Advertid, dicen los santos Padres, que Dios no hace anunciar el nacimiento de su Hijo á los sabios ni á los ricos de Belen; porque la soberbia, la avaricia, el placer son grandes embarazos para ir á adorar á un Dios pobre, humilde y entre penas. Los primeros á quienes es anunciado Jesucristo son los pastores, hombres pobres, humildes, trabajadores; porque son los mas capaces de entrar por medio de la sencillez en los misterios de la Religion. Pero ¿qué señales les dan á estas pobres gentes de la divinidad de este Niño, y de la verdad del Mesías? Los pañales en que está envuelto, el pesebre donde está reclinado y el establo. ¿Son estas las señales por las que se ha de venir en conocimiento de la suprema majestad de un Dios? No por cierto; pero con estas señales de pobreza y de anonadamiento se viene en conocimiento de un Dios salvador, que viene á librar á los hombres de la esclavitud del pecado y de la tiranía de las pasiones. Pero ¡qué gloria la que le resulta a Dios de este nacimiento! La Encarnacion es la obra grande de Dios; todas las divinas perfecciones, el poder, la sabiduría, la bondad, la justicia, la misericordia resplandecen en ella de un modo el mas excelente. Jesucristo viene á reconciliar el mundo con su Padre, á destruir el pecado, á domar al demonio, á sujetar la carne al espíritu, á unir las voluntades de los hombres entre sí y con la de Dios. Con razon, pues, se anuncia hoy la paz á aquellos que fueron dóciles á la doctrina y á las gracias del Salvador.

Los pastores no desprecian el aviso que han recibido del cielo; antes bien, exhortándose los unos á los otros á ir á ver estas maravillas, parten al punto, llegan á Belen poco después de media noche, y habiendo encontrado desde luego el establo, entran en él penetrados de una uncion extraordinaria de la Gracia que derramaba interiormente en sus almas aquel divino Salvador; se postran á sus piés, le adoran como á su Salvador y su Dios, y habiendo hecho sus cumplidos con la santísima Vírgen y con san José se vuelven á sus hatos llenos de un gozo indecible; no cesan de glorificar al Señor por todas las cosas que han visto y oido, y las cuentan con su natural sencillez á cuantos encuentran. Todos los que los oyeron, dice el Evangelio, quedaron atónitos de las cosas que supieron y aprendieron de la boca de los pastores.

«¡Ó amor inefable! exclama aquí san Agustin. ¡Ó caridad incomprensible cuyo precio somos incapaces de conocer! ¿Quién se hubiera atrevido jamás á imaginar que aquel que está en el seno del Padre desde la eternidad, habia de nacer de una mujer en tiempo por nuestro amor? ¡qué honra y qué gloria la tuya, ó hombre, añade el mismo Padre, el que un Dios se haya dignado hacerse tu hermano!» Quiso nacer así, dice san Crisólogo, porque así quiso ser amado. En el nacimiento de Jesucristo, dice san Bernardo, el pesebre nos grita altamente que debemos hacer penitencia; el establo, las lágrimas, los pobres pañales nos predican la misma virtud. Todo predica en el nacimiento del Salvador, todo es instruccion, todo leccion, y todo nos dice que en cualquiera condicion que hayamos nacido, en cualquiera estado que vivamos, sea vil ó eminente el puesto que ocupamos en el mundo, es necesario que nuestro corazon esté desprendido de los bienes y de los placeres de esta vida, es necesario que seamos humildes, penitentes, mortificados, si queremos que el nacimiento del Salvador nos sea útil, si queremos tener parte en la redencion.

La fiesta de la Natividad del Salvador, que ha sido en todos tiempos de las mas solemnes de la Iglesia; el Adviento que la precede, y que por muchos siglos fue un tiempo de ayuno, como lo es aun ahora para muchas comunidades religiosas; las oraciones y la solemnidad de los ocho dias últimos de Adviento, las tres misas que cada sacerdote dice en este dia, todo esto denota la celebridad de la fiesta. En todos tiempos se ha celebrado el dia del nacimiento de los príncipes en todas las cortes y en todos los pueblos. El dia feliz del nacimiento del Salvador del mundo ¿podia celebrarse menos entre todos los fieles? Esta consideracion ha hecho que la Iglesia, viéndose precisada á prohibir todas las vigilias que estaban en uso, haya dejado la de Navidad á causa de la celebridad del dia. La tradicion desde los Apóstoles hasta nosotros ha fijado siempre la célebre época de este nacimiento al dia 25 de diciembre, y la Iglesia ha querido contar el año de la redencion por el dia de Navidad, y sobre este cálculo ha arreglado sus oficios, como se ve en todo el órden de su liturgia y en los antiguos martirologios, fijando el punto del principio del año eclesiástico al punto del nacimiento del Salvador del mundo.

Por lo que mira á las tres misas que dice cada sacerdote en este dia, este uso estaba ya establecido en la Iglesia en tiempo del papa san Gregorio, hácia el año de 600; pues advierte este santo Doctor

que el tiempo que se emplea en decirlas debia abreviar este dia el tiempo de la predicacion. El sentido místico de las tres misas en la celebridad de este dia ha dado motivo para buscar diferentes razones de este rito extraordinario. Unos han creido que era para honrar particularmente á las tres personas de la santísima y adorable Trinidad, que tenian tanta parte en este misterio. Otros creen que como el Salvador nació á media noche, la Iglesia ha querido honrar este tiempo con una misa solemne. Como los pastores llegaron un poco antes del dia, la Iglesia ha querido santificar esta primera manifestacion del Salvador con otra misa; y la tercera es la que se dice solemnemente cuando se junta el pueblo para celebrar las grandes solemnidades. Otros han pensado que la misa de la media noche era para honrar el nacimiento temporal del Salvador; la que se dice al amanecer, para honrar el tiempo de la resurreccion; y la tercera, que se dice solemnemente cerca del mediodia, era en honra de su nacimiento eterno en el seno del Padre.

Por lo que mira á la cueva sagrada donde quiso nacer el Salvador, ha estado siempre en gran veneracion. Es verdad que el emperador Adriano hizo en odio de los Cristianos edificar encima un templo dedicado á Adonis, esperando abolir con esta sacrílega profanacion la memoria de un lugar tan respetable; pero no embarazó el que los mismos paganos mirasen este santo lugar con respeto, y dijesen siempre, este es el lugar donde el Dios de los Cristianos quiso nacer. Pero habiendo cesado las persecuciones, se demolió el templo de los paganos, y se edificó en su lugar una iglesia magnífica, forrada de planchas de plata, las paredes embutidas de mármol, y la cueva enriquecida á proporcion. Se edificaron muchos monasterios al rededor; y lo que la hizo todavía mas célebre fue que san Gerónimo la escogió para su morada. El pesebre santificado con el contacto del Salvador fue llevado después á Roma, donde se conserva con mucha veneracion en la célebre iglesia de Santa María la Mayor, que por esto se llama Santa María *ad praesepe*. Los preciosos pañales en que el Salvador fue envelto era una reliquia demasiado preciosa para que no se conservaran. Primero fueron llevados á Constantinopla, donde se fabricó una magnífica iglesia para guardarlos con mas decencia, hasta que el emperador Balduino II los regaló á san Luis rey de Francia, quien los colocó en la santa capilla de Paris, donde están en gran veneracion, y se guarda el instrumento auténtico de la donacion, escrito en el mes de junio de 1247, y toda-

vía se leen en la caja ó navecilla estas palabras: *Pannus infantiae Salvatoris, quibus in cunabulis fuit involutus:* los pañales de la niñez del Salvador en que fue envuelto en la cuna.

SANTA EUGENIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Eugenia, tan celebrada por su portentosa vida, como por el glorioso triunfo que consiguió de los enemigos de la fe, fue natural de Roma, hija del ilustre mártir san Felipe. Habia obtenido este los empleos mas honoríficos de la república, y queriendo premiar sus grandes méritos el emperador Cómodo, le nombró prefecto de Egipto, con cuyo motivo pasó con toda su familia á Alejandría, capital de su departamento. Contaba entonces Eugenia diez y seis años de edad, y como era naturalmente inclinada á los libros, se dedicó al estudio de la filosofía en aquella célebre universidad de la Grecia, donde las ciencias llegaron al mas alto grado de estimacion. Tenia la insigne vírgen un juicio demasiadamente sólido y una comprension muy perspicaz para vivir satisfecha de las ridículas supersticiones del paganismo en que habia sido educada: bastaríala solo su razon natural ilustrada con las luces de la filosofía para conocer los groseros errores y los enormes abusos de la idolatría; pero aunque el entendimiento puede descubrir todo esto por la luz natural, con todo la conversion del corazon siempre es obra de la Gracia. Comenzó esta á iluminar insensiblemente al espíritu de Eugenia, para que conociese la ridiculez y la impiedad de todas aquellas divinidades quiméricas, que entretenian y engañaban miserablemente á los idólatras; y al resplandor de esta luz entendió muy presto que habia un Ser supremo soberano y eterno, principio y fin de todos los entes criados, que únicamente podia hacer la suma felicidad y bienaventuranza del hombre. Hallábase embebida la Santa en estas reflexiones, cuando por especial favor de la divina Providencia vinieron á sus manos las Cartas de san Pablo; y habiéndolas leido con particular gusto, acabó de descubrir por ellas la verdad y la santidad de nuestra fe.

Hizo ver la insigne vírgen á sus eunucos Proto y Jacinto las infalibles verdades del Evangelio, desengañándolos á un mismo tiempo de los crasos errores de la idolatría; y convencidos estos de la falsedad de los dioses á quienes tributaban cultos los gentiles, y de la ridiculez de las supersticiones paganas, recibieron todos tres el Bautismo con un gozo inexplicable; siendo tan abundante la gracia de su regeneracion en Jesucristo, que desde el principio se sintieron

llenos del espíritu de Dios, mirando con tedio y con horror todo cuanto habian aprendido en los libros de la idolatría.

Algunos escritores nos dicen, que para recibir el Bautismo Eugenia con sus eunucos se salió de la casa de sus padres disfrazada en traje de hombre, y que administrado aquel Sacramento por el obispo de Alejandría llamado Helano, le puso el nombre de Eugenia. Tambien añaden, que abrazó el estado monacal en uno de los monasterios de Egipto, donde fue tan observante de la disciplina regular, que corrió la fama de su eminente virtud por toda aquella region: y además escriben, que apasionada ciegamente una noble señora de Alejandría del ilustre monje, resistiéndose Eugenia á sus torpes solicitudes, lo delató á su padre, que era el prefecto de aquella capital, con la falsa calumnia de que habia querido violentarla por fuerza, en cuyo caso le fue preciso manifestar su sexo para desvanecer la impostura; y descubriendo quién era, convirtió á su padre, á su madre, á sus hermanos y á otros muchos gentiles á la religion de Jesucristo; pero prescindiendo de estos hechos que no pocos críticos estiman por fabulosos, es lo cierto, que habiendo logrado la corona del martirio su padre por defensa de la fe, en la que fue instruido por Eugenia, se restituyó esta á Roma con sus eunucos Proto y Jacinto, donde continuaban los santos ejercicios de nuestra santa Religion á pesar de las sangrientas persecuciones que los Cristianos padecian en aquella capital por los gentiles.

Súpose en Roma la profesion de la ilustre vírgen; pero como sus deseos no eran otros que testificar con su sangre las infalibles verdades que creia, no se valia de aquellas prudentes cautelas á que se veian precisados los fieles en tan lastimosos siglos, reuniéndose en los cementerios ó catacumbas para celebrar los oficios divinos por temor de los paganos. Fue delatada por cristiana al prefecto de la ciudad llamado Nicesio, segun sienten algunos. Hizo este que la condujesen presa ante su tribunal, y quiso obligarla á que prestase adoracion á los ídolos; pero el horror que causó á Eugenia la sacrílega impiedad á que solicitaba obligarla, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad de aquel tirano en términos, que probó su constancia con tormentos exquisitos. Varios autores escriben, que viendo el Prefecto inútiles todos sus esfuerzos para rendir á la esforzada doncella, mandó precipitarla al Tiber, atándola al cuello una pesadísima piedra; pero librándola el cielo de aquel peligro, se paseó sobre las aguas, llegando á la orilla del rio sin la mas mínima lesion. Creyó el tirano que no podria superar la

eficacia del fuego, y gobernado de esta idea dispuso que la arrojasen á una ardiente hoguera, entre cuyas llamas se mantuvo intacta, bendiciendo al Señor como los niños en el horno de Babilonia: en vista de lo cual ordenó el Prefecto que la encerrasen en un oscuro calabozo, con órden expresa de no suministrarla cosa alguna de comida ni de bebida; pero recreada con sustento celestial por espacio de diez dias, al fin de ellos mandó el tirano decapitarla.

No nos empeñamos en sostener la verdad de estas y otras actas que los críticos impugnan, porque la complicacion de las de Eugenia con las de sus compañeros en el martirio nos impiden saber individualmente todas las circunstancias del bárbaro juicio en que fueron condenados; mas es constante, que muchos monumentos de una respetable antigüedad, que ha conservado el piadoso cuidado de la Iglesia, nos dan idea de los exquisitos tormentos que padecieron, en los que se sostuvo Eugenia asistida de la divina gracia de los mas fuertes combates con que quiso el tirano probar su constancia, oyéndose con admiracion por todos los circunstantes las convincentes respuestas que dió al escrupuloso interrogatorio que la hizo el tirano, por las que manifestó como tan sabia la vanidad de los falsos dioses de los gentiles, y la ridícula necedad de las supersticiones del paganismo, haciendo ver á un mismo tiempo la divinidad del único y verdadero Dios, á quien tributaban culto los Cristianos; lo que irritó de tal suerte al acalorado Prefecto, que temiendo que los discursos de Eugenia hiciesen la impresion que podian y debian en los idólatras, mandó degollarla inmediatamente, logrando la apetecida corona del martirio en el dia 25 de diciembre por los años 261.

Los Cristianos dieron sepultura al venerable cadáver de la insigne vírgen en uno de los caminos de Roma, sin que se pueda dudar que en aquella capital fue célebre su memoria desde que triunfó gloriosamente de los enemigos de Jesucristo; pero habiendo dado el papa Benedicto VII á D. García rey de Navarra el cuerpo de santa Eugenia con otras muchas reliquias, transferidas á España en el año 1052, se colocaron las de la ilustre Mártir en el monasterio de Santa María de Nájera, fundacion del mismo piadoso Príncipe donde se celebra su traslacion en este dia.

HIMNO.

JESU, Redemptor omnium,
Quem lucis ante originem,
Parem Paternae gloriae
Pater supremus edidit.

Ó Jesús, Redentor de los mortales,
Que antes que hubiese luz fuiste engendrado
Del Padre de las luces mas sagrado
Igual en sus grandezas celestiales.

Tu lumen, et splendor Patris,
Tu spes perennis omnium,
Intende quas fundunt preces
Tui per orbem servuli.

Tú, Luz del Padre eterno refulgente,
Esperanza de nuestros corazones,
Atiende á las humildes oraciones
Que hace el orbe postrado y reverente.

Memento, rerum Conditor,
Nostri quod olim corporis,
Sacrata ab alvo Virginis
Nascendo, formam sumpseris.

Acuérdate, Hacedor del universo,
De que en tiempo la forma recibiste
De nuestro frágil cuerpo, y que naciste
Del vientre de la Vírgen puro y terso.

Testatur hoc praesens dies,
Currens per anni circulum,
Quod solus è sinu Patris
Mundi salus adveneris.

Este presente dia testifica
En su círculo anual, que del Paterno
Seno desciendes, y hecho Niño tierno,
Eres salud que al mundo vivifica.

Hunc astra, tellus, aequora,
Hunc omne, quod coelo subest,
Salutis Auctorem novae
Novo salutat cantico.

A Él la tierra, los astros, y los mares
Y cuanto está debajo de la esfera,
Como Autor de la vida le venera,
Y entona en su loor nuevos cantares.

Et nos, beata quos sacri
Rigavit unda Sanguinis,
Natalis ob diem tui
Hymni tributum solvimus.

Y nosotros, á quienes los preciosos
Raudales de tus venas han regado,
En honor de este dia tan sagrado
Te tributamos himnos armoniosos.

Jesu, tibi sit gloria,
Qui natus es de Virgine,
Cum Patre, et almo Spiritu,
In sempiterna saecula.
Amen.

Jesús, sea á tí la gloria y alabanza,
Que de Vírgen naciste el mas hermoso,
Con el Padre y Espíritu amoroso,
Por los siglos eternos sin mudanza.
Amen.

La Oracion de la Misa del Gallo, á media noche, es la siguiente:

Deus, qui hanc sacratissimam noctem veri luminis fecisti illustratione clarescere; da, quaesumus, ut cujus lucis mysteria in terra cognovimus, ejus quoque gaudiis in coelo perfruamur: Qui tecum vivit et regnat in unitate...

Ó Dios, que habeis iluminado esta noche con el resplandor de la verdadera luz; hacednos el favor de que habiendo conocido en la tierra los misterios de esta luz, gocemos tambien en el cielo la alegría eterna de Aquel que siendo Dios vive y reina con Vos, etc.

La Epístola es del capítulo II *del apóstol san Pablo á Tito.*

Charissime: Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et saecularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc saeculo, expectantes beatam spem, et adventum gloriae magni Dei Salvatoris nostri Jesu Christi, qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi po-

Carísimo: La gracia de Dios nuestro Salvador se manifestó á todos los hombres, enseñándonos que renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo con templanza, con justicia y con piedad, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida de la gloria del gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo, el cual se entregó por nosotros para redi-

pulum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. Haec loquere, et exhortare in Christo Jesu Domino nostro.

mirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo digno de él, celoso de las buenas obras. Esto has de hablar y persuadir en Cristo Jesús Nuestro Señor.

La Oracion de la segunda Misa de la Aurora es la siguiente:

Da nobis, quaesumus, omnipotens Deus; ut qui nova incarnati Verbi tui luce perfundimur, hoc in nostro splendeat opere, quod per fidem fulget in mente: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios omnipotente, concedednos que así como somos ilustrados con la nueva luz de vuestro Verbo encarnado, así hagamos resplandecer en nuestras obras las luces con que la fe alumbra nuestro entendimiento. Por el mismo Jesucristo, etc.

La Epístola es de la misa anterior.

La Oracion de la tercera Misa es la siguiente:

Concede, quaesumus, omnipotens Deus, ut nos Unigeniti tui nova per carnem nativitas liberet, quos sub peccati jugo vetusta servitus tenet: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Haced, ó Dios omnipotente, que el nuevo nacimiento de vuestro único Hijo, que se vistió de nuestra carne, nos liberte á los que ha mucho tiempo que gemimos bajo la esclavitud del pecado. Por el mismo Jesucristo, etc.

Leccion de la Epístola del bienaventurado Pablo, apóstol, á los Hebreos, cap. 1.

Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis: novissime diebus istis locutus est nobis in Filio, quem constituit haeredem universorum, per quem fecit et saecula; qui cum sit splendor gloriae, et figura substantiae ejus, portansque omnia verbo virtutis suae purgationem peccatorum faciens, sedet ad dexteram majestatis in excelsis: tanto melior Angelis effectus, quanto differentius prae illis nomen haereditavit. Cui enim dixit aliquando Angelorum: Filius meus es tu: ego hodie genui te? Et rursum: Ego ero illi in patrem, et ipse erit mihi in filium? Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrae, dicit: Et adorent eum omnes Angeli Dei. Et ad Angelos qui-

Dios, que en otro tiempo ha hablado á nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por boca de los Profetas, nos ha hablado últimamente en estos dias por medio de su Hijo Jesucristo, á quien ha constituido heredero universal de todas las cosas, y por quien ha criado tambien los siglos y cuanto en ellos existe. Este Hijo unigénito, siendo como es el resplandor de su gloria, y vivo retrato de su sustancia ó persona, sustentándolo y rigiéndolo todo con sola su palabra omnipotente, despues de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado á la diestra de la soberana Majestad en lo mas alto de los cielos. En esto Dios le ha dado una excelencia tanto mas superior y eminente que la de los Angeles, cuanto es mas grande y aventajado el nombre que recibió por herencia. Porque ¿á quién de los Angeles tiene dicho hasta ahora: Tú eres

dem dicit: Qui facit Angelos suos spiritus, et ministros suos flammam ignis. Ad Filium autem: Thronus tuus, Deus, in saeculum saeculi: virga aequitatis, virga regni tui. Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem: propterea unxit te Deus, Deus tuus, oleo exultationis, prae participibus tuis. Et: Tu in principio, Domine, terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt coeli. Ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent: et velut amictum mutabis eos, et mutabuntur: tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.

mi hijo, yo te he engendrado hoy: Yo seré su Padre, y él será mi hijo, como ha dicho á Jesucristo? y aun mas; al introducir su Unigénito en el mundo, dice: Adórenle todos los Angeles de Dios. Pero de los Angeles dice la Escritura: El que á sus Angeles los hace espíritus; y á sus ministros activos como ardiente llama: mientras que al Hijo le dice: Tu trono, ¡oh Dios! será un trono eterno; el cetro de tu imperio será cetro de equidad. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad; por eso, ¡oh Dios! el Dios tuyo te ungió con óleo de alegría de un modo mas excelente que todos los que participarán de tu gloria. Y en otro lugar se dice del Hijo de Dios: Vos, Señor, en el principio fundásteis la tierra, y obra de vuestras manos son los cielos. Ellos perecerán, pero Vos permaneceréis siempre el mismo, cuando todo lo demás se envejecerá como los vestidos. Vos los volveréis como un manto ya usado, y quedarán renovados: pero Vos sois el mismo para siempre, y vuestros años no menguaron.

REFLEXIONES.

La gracia de Dios se ha manifestado: ¿en qué y cómo? Por el desprecio que se hace de la Madre de Dios, que no encuentra un rincon en una posada para recogerse; por la necesidad en que se halla el Señor del universo de nacer en un establo; por la extrema pobreza en que nace un Dios hecho hombre. La gloria de los hombres siempre tiene necesidad de resplandor, de brillo, de aplauso, de lustre para ser gloria; pero Dios no tiene necesidad de estas pompas exteriores; él mismo es su propia gloria; esta es inseparable de su ser, es independiente del juicio y de la estimacion de los hombres; y Dios tiene tanta gloria entre los mas viles animales, y en la humillacion de un pesebre, como en la creacion del mundo ó en el famoso templo de Salomon. Todo es misterio, todo es prodigio en el nacimiento del Salvador. No hay cosa que no sea un milagro; hasta la extrema pobreza á que está reducido lo es. El cielo manifiesta su gozo, los Ángeles anuncian su nacimiento, una nueva estrella publica su reino; pero no son estas las señales que manifiestan y dan á conocer á ese Dios hombre. Las señales para conocerle son los pobres pañales en que está envuelto, es la oscuridad del lugar, es el pesebre en que está reclinado. Dios no tiene necesidad de una gracia extraña.

Dios encuentra su gloria, manifiesta su gloria, y hace resplandecer su omnipotencia en lo mas vil y despreciable que hay en el mundo. Una cruz, un pesebre; hé aquí lo que el Hijo de Dios prefiere á todos los palacios, á los tronos mas ricos del mundo. El judío se escandaliza de esto; el gentil mira estos misterios como una necedad; pero el cristiano, pero el hombre que tiene una idea justa de Dios, descubre al través de estos espesos velos la sabiduría, la majestad, la omnipotencia del supremo Ser. No hay cosa que demuestre mas bien la cortedad del espíritu humano que la necia presuncion de querer medir la majestad infinita de Dios por las luces limitadas y escasas de su entendimiento. Las humillaciones de un Dios hombre le deben dar golpe; pero debe admirarlas con respeto, y á la admiracion debe añadir el reconocimiento y el amor; porque este Dios hombre no se ha humillado tanto sino por lo mucho que ha amado y ama á los hombres.

El Evangelio de la Misa del Gallo es del capítulo II *de san Lucas.*

In illo tempore: Exiit edictum à Caesare Augusto ut describeretur universus orbis. Haec descriptio prima facta est praeside Syriae Cyrino: et ibant omnes ut profiterentur singuli in suam civitatem. Ascendit autem et Joseph à Galilaea de civitate Nazareth in Judaeam in civitatem David, quae vocatur Bethlehem: eo quod esset de domo et familia David, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnante. Factum est autem, cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret. Et peperit filium suum primogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio: quia non erat eis locus in diversorio. Et pastores erant in regione eadem vigilantes, et custodientes vigilias noctis super gregem suum. Et ecce Angelus Domini stetit juxta illos, et claritas Dei circumfulsit illos, et timuerunt timore magno. Et dixit illis Angelus: Nolite timere: ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est nobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David. Et hoc vo-

En aquel tiempo: Se publicó una órden de Augusto César para que fuese empadronado todo el mundo. Este empadronamiento fue el primero que se hizo por Cirino, gobernador de la Siria; y como todos iban á empadronarse, cada uno en la ciudad de donde era natural, partió tambien José de la ciudad de Nazareth, que estaba en Galilea, y vino á la Judea á la ciudad de David, llamada Belen, porque era de la casa y familia de David, para empadronarse con María su esposa, que estaba en cinta. Hallándose allí los dos, se cumplió el tiempo de su parto, y parió á su Hijo primogénito, y después de envolverlo en unos pañales, lo reclinó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en el meson. Habia en aquellos contornos unos pastores que de noche velaban sucesivamente sobre su rebaño. Y hé aquí que se les apareció un Angel del Señor, y una claridad divina los rodeó, y quedaron en gran manera asustados. Pero el Angel les dijo: No temais, porque vengo á anunciaros una nueva que será de sumo gozo para todo el pueblo; y

bis signum: Invenietis infantem pannis involutum, et positum in praesepio. Et subito facta est cum Angelo multitudo militiae coelestis laudantium Deum, et dicentium: Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.

es, que hoy ha nacido para nosotros en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo Señor; y veis aquí la señal que os lo hará conocer: Hallaréis un niño envuelto en pañales, y puesto en un pesebre. Y en aquel mismo instante una grande multitud de la milicia celestial, cantando con el Angel, alababa á Dios, diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

El Evangelio de la segunda Misa de la Aurora es continuacion del de san Lucas, capítulo II.

In illo tempore: Pastores loquebantur ad invicem: Transeamus usque Bethlehem, et videamus hoc verbum, quod factum est, quod Dominus ostendit nobis. Et venerunt festinantes; et invenerunt Mariam, et Joseph, et infantem positum in praesepio. Videntes autem cognoverunt de verbo, quod dictum erat illis de puero hoc. Et omnes qui audierunt, mirati sunt; et de his quae dicta erant à pastoribus ad ipsos. Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo. Et reversi sunt pastores glorificantes et laudantes Deum, in omnibus quae audierant et viderant, sicut dictum est ad illos.

En aquel tiempo: Los pastores se decian unos á otros: Vamos hasta Bethlehem, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, á toda priesa; y hallaron á María y á José, y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, se certificaron de cuanto se les habia dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habian contado. María empero conservaba todavía todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazon. En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar á Dios por todas las cosas que habian visto y oido, segun que se les habia anunciado *por el Angel.*

El Evangelio de la tercera Misa es del capítulo I *de san Juan.*

In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Hoc erat in principio apud Deum. Omnia per ipsum facta sunt: et sine ipso factum est nihil quod factum est. In ipso vita erat, et vita erat lux hominum: et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt. Fuit homo missus à Deo, cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios: él estaba en el principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que ha sido hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz resplandece en las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino á ser testigo,

de lumine, ut omnes crederent per illum. Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine. Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est: et mundus eum non cognovit. In propria venit, et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt. Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis: et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre, plenum gratiae et veritatis.

para dar testimonio de la luz, á fin de que todos creyesen por él. No era él la luz; pero vino para dar testimonio de la luz. El *Verbo* era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, mas el mundo no lo conoció. Vino á lo que era suyo, y los suyos no lo recibieron. Mas á todos los que le recibieron dió el poder de hacerse hijos de Dios; á estos que creen en su nombre; que no nacieron de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, como la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

MEDITACION.

De la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

Punto primero. — Considera como este Rey pacífico quiere nacer cuando todo el universo gozaba de una profunda paz. Esta calma universal fue menos efecto del poderío del monarca que reinaba entonces, que de este nacimiento. Dios es enemigo de la division y de la discordia; y así, una de las mayores disposiciones para que la gracia obre en nuestras almas es la tranquilidad y la paz. En Belen, que era el solar y la cepa de la familia de David, debia nacer el Mesías. La Providencia, que se sirve de todo para llegar á sus fines, se sirvió de la vanidad de un emperador para hacer que vinieran á Belen san José y la santísima Vírgen. Conociendo esta divina Madre que se acercaba su término, busca una posada, pero inútilmente por el gran concurso de gentes que de todas partes habian acudido á Belen: los alojamientos se reservan para mas ricos huéspedes. Ó Salvador mio, ¡qué temprano comenzais á combatir y á confundir la delicadeza y el orgullo! En un establo, en el lugar mas pobre y mas vil del universo nace el soberano Señor de todo el mundo. ¡Qué espectáculo mas digno de admiracion y de pasmo! ¡Un Dios niño, y este niño, que es Dios, reclinado en un pesebre! Ah Señor, despues de estos ejemplos, ¡qué idea se debe formar de la pobreza! y ¡quién puede quejarse con razon de su suerte viendo á Jesucristo en este estado! Pero ¿cuáles fueron en este feliz momento los sentimientos de aque-

lla santísima Madre? Mas instruida que nadie de las adorables prendas de su querido Hijo, no puede explicar su amor, su admiracion, su ternura sino con su silencio. ¡Qué sentimientos, qué afectos á vista de aquel pesebre, de aquellos viles animales, de aquel establo, de aquella falta y abandono universal de todo! ¿Es esta, Padre eterno, la cuna que habeis destinado á vuestro Hijo muy amado? ¿es este su palacio? ¿son estas las insignias de su persona? Pero á lo menos, ¿cuáles son nuestros homenajes? Este divino Niño no estuvo mucho tiempo sin recibirlos. Sus Ángeles tienen órden de ir á dar aviso de su nacimiento á unos pobres pastores. Dichosos adoradores del Salvador niño, ¡qué envidiable es vuestra suerte! Pero ¿en qué consiste que no tengamos nosotros la misma dicha? Jesucristo nace, por decirlo así, todos los dias sobre nuestros altares; en nuestra mano está el adorarle allí con la misma fe que los pastores. El estado en que está en el pesebre no es mas humillante que el estado en que está en la Eucaristía: el mismo Salvador, el mismo Dios es realmente en una parte que en otra; pero nuestro respeto, nuestro amor, y nuestros homenajes ¿son semejantes á los que le tributaron los pastores?

Punto segundo.—Considera cuál seria nuestro pasmo si los pastores que tuvieron la dicha de adorar á Jesucristo en el pesebre no hubieran vuelto mejores de lo que fueron, y si habiéndole visto no le hubieran amado; y ¿debemos nosotros estar menos sorprendidos de que habiendo meditado este misterio no amemos á Jesucristo? Nosotros no le vemos, se dice, sino por la fe; y ¿pensamos que los pastores tuvieron necesidad de menor fe para creer que un niño en tan miserable estado fuese su Dios, fuese el Mesías? Nuestra fe, sostenida con tantos prodigios y con tan poderosos motivos de credibilidad, ¿no mudará jamás nuestro corazon? ¡Qué conducta tan adorable la de la Providencia! Entre todos los forasteros que llegaron á Belen no hay uno que no esté bien alojado; de sola María no se hace caso; sola la Madre de Dios no es digna de hallar hospedaje. Sin embargo, ¿habia sobre la tierra una criatura mas respetable? No por cierto; pero tampoco habia otra mas santa; y las adversidades y los desprecios son en el mundo la suerte y la herencia de la virtud. El Salvador vino al mundo, y el mundo no le quiso reconocer; vino á su propia herencia, y los suyos no le recibieron. ¡Qué pronto sois perseguido, mi amado Jesús! El mundo no os quiere, os arroja de sí aun antes que nazcais; y ¿querré yo agradar eternamente á un

mundo tan perverso? ¿seré toda mi vida un esclavo, seguiré eternamente sus máximas? ¿temeré siempre sus censuras? ¿haré siempre caso de su aprobacion y de su amistad? ¿Quién osará quejarse de que en el repartimiento que ha hecho Dios de los bienes de este mundo no le ha dado mas bienes terrenos que á su propio Hijo? Los Ángeles son enviados á unos pobres pastores que velan sobre sus ganados. ¡Qué desgracia hubiera sido la de estos afortunados pastores si los Ángeles los hubieran hallado dormidos, si hubiesen deliberado sobre el partido que debian tomar, si hubiesen querido aguardar al dia! Lo cierto es que no les faltaban pretextos para ello. ¡Cuánto importa, Dios mio, ser dóciles á la gracia, y prontos á seguir vuestras inspiraciones!

Vos habeis nacido, divino Redentor mio, para salvarme; haced que mi conversion sea hoy el fruto de vuestro nacimiento, y que el amor extremo que Vos me mostrais abrase mi corazon en el fuego de vuestro amor.

Jaculatorias.—La gloria sea para tí, ó Jesús, que has nacido hoy de una Vírgen. (*La Iglesia*).

El que se humillare á imitacion de este Niño, será el mayor en el reino de los cielos. (*Matth.* XVIII).

PROPÓSITOS.

1 Muchas personas entraron en el establo, y tuvieron la dicha de ver á Jesucristo el dia de su nacimiento; de estas unas se movieron á compasion, y otras se pasmaron á vista de una pobreza tan extremada; hubo quien se contentó con admirarse de la suerte del Hijo y de la paciencia de la Madre; algunos le hicieron alguna oferta, y despues de cuatro palabras de cumplimiento cada cual se retiró. ¿No es esto puntualmente lo que pasa aun en este dia con el Salvador recien nacido? Esta noche se va en tropas á adorar á Jesucristo en el pesebre, nuestras iglesias no se desocupan hoy de gente. Pero ¿qué fruto saca de esto la mayor parte en un dia tan solemne? Cuatro entradas y salidas, muchas genuflexiones y reverencias, mucho rezar. Se medita, se admira lo que se medita, y aquí se acabó todo. No seas tú de este número, no pases el dia sin sacar algun fruto.

2 Pasa todo este dia en ejercicios de devocion; asiste con mucho respeto á la misa mayor, y si pudieres á todas las horas del oficio divino; visita á Jesucristo en la persona de los pobres en el hospital ó en las cárceles, y procura aliviarlos y socorrerlos con tus limosnas;

pasa á lo menos media hora por la tarde á los piés de Jesucristo sacramentado, meditando el gran misterio de este dia; procura renacer el dia de hoy con el Salvador, convirtiéndote en un hombre enteramente espiritual, desprendido del mundo, muerto á tí mismo, para no vivir de hoy en adelante sino en Dios, por Dios y para Dios.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Esteban, protomártir, en Jerusalen; al cual apedrearon los judíos poco después de la Ascension del Señor. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Marino, senador, en Roma, al cual en el imperio de Numeriano prendió el prefecto Marciano por causa de la religion cristiana, y como si fuera esclavo le hizo atormentar en el caballete, y desgarrarle con uñas de hierro: después le echaron en una sarten ardiendo: mas libróle Dios convirtiendo el fuego en fresco rocío: luego fue echado á las fieras, las cuales se le amansaron: últimamente le volvieron á llevar al altar de los ídolos, los cuales cayeron al suelo con la virtud de su oracion: entonces le degollaron, y así alcanzó el triunfo del martirio *(por los años de 284)*.

San Dionisio, papa, tambien en Roma en la via Apia; el cual habiendo padecido muchos trabajos por la Iglesia, fue esclarecido con vivos testimonios de su fe. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Zosimo, papa y confesor, en Roma igualmente. *(Era griego, y murió siendo modelo de pontífices en el año 418. Extendió el uso del cirio pascual á todas las iglesias).*

San Arquelao, obispo, en la Mesopotamia, célebre en santidad y doctrina. *(Murió á fines del siglo III).*

San Zenon, obispo, en Majuma.

San Teodoro, sacristan de la iglesia de San Pedro, en Roma; del cual hace memoria san Gregorio, papa.

SAN ESTEBAN, PROTOMÁRTIR, Ó EL PRIMER MÁRTIR.

San Esteban, que tuvo la dicha y gloria de dar el primero su sangre y su vida por Jesucristo, era judío de orígen, aunque quizá griego de nacimiento. Se ignora su patria y sus padres; solo se sabe que le habian criado en la escuela del famoso doctor de la ley Gamaliel, discípulo oculto de Jesucristo, con Saulo, y que habia salido hábil en la ciencia de la ley y de las Escrituras por la excelencia de su ingenio, y por su aplicacion al estudio. En su juventud se distinguió de los demás por la pureza de sus costumbres, y por una regularidad de conducta poco comun. San Epifanio cree que era uno de los setenta y dos discípulos de Jesucristo. San Agustin se inclina á creer

que se convirtió en la primera predicacion de san Pedro. Lo cierto es que san Esteban desde el año siguiente, que fue el primero despues de la venida del Espíritu Santo, empezó á distinguirse por su celo religioso, por su eminente piedad y por sus milagros.

Como el número de los fieles se aumentaba todos los dias, y el espíritu de Dios los movia en aquel primer tiempo á llevar á los piés de los Apóstoles sus bienes para hacerlos comunes y distribuirlos entre aquellos fieles que se hallasen necesitados, los Apóstoles conocieron bien presto el gravámen que les ocasionaba este cuidado y distribucion; y que precisamente los habia de retraer del sagrado ministerio de la predicacion y de la conversion de las almas. No pudiendo cumplir exactamente con estos dos cargos, se vieron precisados á descargar sobre los otros el cuidado de administrar y dispensar estos bienes; pero estos, por un espíritu de parcialidad, dieron bien pronto ocasion á celos y envidias.

Los judíos griegos, es decir, los fieles de los países extranjeros, judíos de orígen, y que hablaban el griego, empezaron á murmurar contra los judíos hebreos ó naturales de la Palestina, quejándose de que en la distribucion de las limosnas no se guardaba igualdad: que las viudas pobres del país eran preferidas á las de los países extranjeros, las cuales, á lo que se decia, tenian siempre la menor parte en las limosnas. Los Apóstoles creyeron que debian hacer cesar desde luego una tan peligrosa semilla de division, como tan contraria á la caridad. Habiendo congregado á todos los discípulos, les dijeron: Hermanos, aunque deseamos hacer cesar vuestras quejas, ocupándonos nosotros mismos en este ejercicio de caridad, que es el asunto de vuestra discordia; sin embargo, no es justo que prefiramos el cuidado de la manutencion de los pobres á las funciones apostólicas; y que por dar al pueblo el sustento corporal, le quitemos el pan espiritual y el alimento de sus almas. Y así, elegid de entre vosotros siete hombres de una virtud conocida y probada, prudentes, llenos del Espíritu Santo, y que sean dignos de que nosotros descarguemos en ellos este ministerio; por lo que á nosotros toca, bastante tendrémos que hacer con asistir frecuentemente á la oracion, y predicar el Evangelio.

Esta proposicion fue universalmente aprobada, hízose la eleccion, y de los siete que se escogieron fue el primero Esteban, como que era el mas recomendable por su fe, por la pureza de sus costumbres, por su prudencia y por otros muchos dones del Espíritu Santo de que estaba lleno. Los otros seis fueron Felipe, conocido tambien por

su celo y por sus grandes acciones, Prócoro, Nicanor, Timon, Pármenas y Nicolás, natural de Antioquía. Toda la asamblea los presentó á los Apóstoles, quienes, despues de haber hecho oracion, les impusieron las manos, y los ordenaron de diáconos.

El nuevo carácter aumentó la plenitud de gracias y de virtudes que ya tenia nuestro Santo antes de su eleccion. Una fe todavía mas generosa, unas luces mas puras, un nuevo aliento, un nuevo fervor fueron los efectos del nuevo carácter. Se le veia á san Esteban infatigable en las funciones laboriosas y delicadas de su ministerio proveer á todas las necesidades de aquella multitud de viudas pobres de toda edad, las que no sabian lo que debian admirar mas, si su modestia ó su celo; y lo que todavía le hacia mas recomendable es, que todas estaban contentas, y á todas las tenia embelesadas con su rectitud, con su vigilancia y con su inmensa caridad.

Pero el ejercicio fatigoso y pesado de proveer á tantas necesidades no interrumpia los ejercicios de su celo. Habia muchas sinagogas en Jerusalen, y entre otras, la que se llamaba de los Libertinos, que eran unos judíos, que nacidos de padres esclavos de los romanos, habian sido puestos en libertad; la de los Cirenenses, de los Alejandrinos, y las de los que habian venido de Cilicia y de Asia. De todas estas sinagogas salian muchos á disputar con san Esteban, que hacia mucho ruido en Jerusalen por su eminente virtud, y por estar muy versado en la ciencia de la sagrada Escritura; pero aunque entre ellos habia gentes muy hábiles, no hubo quien le pudiese responder á los argumentos que les hacia; todos estaban avergonzados, y todos se veian precisados á ceder á la celestial sabiduría, y al espíritu de Dios que les hablaba por su boca. En fin, viéndose vencidos, y que no podian resistir á la fuerza de sus razones, y además pasmados de las maravillas que obraba todos los dias el santo Diácono, recurrieron á un artificio diabólico para deshacerse de un contrario que á todos los confundia, y que todos los dias convertia á muchos de ellos á la fe de Jesucristo. Sobornaron á algunas personas y las hicieron decir que le habian oido blasfemar contra Moisés y contra el mismo Dios. Esta calumnia hizo un gran eco en el pueblo; pero los que se mostraron mas rabiosos contra el santo Diácono fueron los ancianos y los doctores de la ley. Estos, arrojándose impetuosamente sobre san Esteban, le llevaron arrastrando al lugar de la asamblea, á donde habian acudido todos los autores de la sedicion. Allí produjeron contra él unos testigos falsos, que depusieron ante los

jueces que aquel hombre no cesaba de blasfemar contra el lugar santo y contra la ley; y nosotros le hemos oido decir, añadian, que este Jesús Nazareno, de quien hace continuamente grandes elegios, destruirá este templo, que es el centro y el trono de la Religion, y que mudará las tradiciones que Moisés nos dejó. San Esteban, inmoble en medio de tantos enemigos, conservaba siempre la paz en el corazon y la serenidad en el rostro; el que pareció á todos los que estaban presentes, y tenian los ojos fijos en el, un rostro de ángel, queriendo Dios mostrar con este exterior resplandor la belleza y la inocencia de su alma. Entonces el gran sacrificador, esto es, el príncipe de los sacerdotes Caifás, que presidia al Consejo, le preguntó si era verdad lo que se decia contra él.

A lo que respondió san Esteban con un largo razonamiento, en el que desde luego testifica el respeto que tiene á los antiguos Patriarcas, deteniéndose particularmente en la piedad con que Abraham obedeció á Dios, y en la promesa que recibió de Dios de un modo enteramente gratuito, sin que ni la circuncision, ni los sacrificios, ni las ceremonias de la ley hubiesen sido capaces de hacérsela merecer. Habló después con mucha elocuencia de José vendido por sus hermanos, figura bastante expresiva de Jesucristo, é hizo pasar su razonamiento á Moisés, de quien se le acusaba haber hablado mal. Hizo bien patente la injusticia de una tal acusacion; pero no se olvidó de hacer notar de un modo bastante vivo, que los judíos habian desechado á este Profeta que Dios les habia enviado para sacarlos de su cautiverio; y que después de haberlos puesto en libertad, no dejaron de serle rebeldes, sin embargo de todos sus milagros. Les trajo á la memoria muy oportunamente la promesa que Moisés hizo al pueblo de que Dios les daria otro profeta como él, que seria el verdadero Salvador de los israelitas: Dios hará nacer de vuestra sangre, les decia Moisés, un profeta como yo, pero infinitamente mas grande que yo, del que yo no soy sino una débil figura; le escucharéis con atencion, y le obedeceréis. Después de haber tocado como de paso la propension que el pueblo tenia á la idolatría, quiso nuestro Santo hablar ventajosamente de la ley, de la cual se le acusaba ser enemigo. Confesó que la circuncision venia de Dios, que las palabras de la ley eran los mismos oráculos del Señor. Que Moisés habia erigido el tabernáculo por órden de Dios, así como tambien la habia tenido Salomon para edificar su magnífico templo; pero, añadió, que segun los Profetas, Dios no habita en los edificios fabricados por mano de hombres; insinuando bastante clara-

mente en esto, que no debian pararse, ni hacer alto en el templo, ni en la ley, sin la cual Abraham y todos los Patriarcas se habian santificado, habiéndose justificado por la fe. Que por lo demás todos los esfuerzos de los hombres no eran capaces de impedir los designios de Dios, y que así nada conseguirian los judíos con oponerse á la predicacion del Evangelio. Al llegar aquí, animado de un nuevo celo, y mudando repentinamente de lenguaje, les dijo: Gentes indóciles é incircuncisos de corazon y de oidos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo. Lo que hicieron vuestros padres, eso haceis vosotros tambien. ¿Qué profeta ha habido á quien no persiguiesen vuestros padres? Ellos hicieron morir aun á aquellos que les anunciaban la venida del Justo que vosotros acabais de entregar y hacer morir. Habeis recibido la ley por el ministerio de los Ángeles, y no la habeis guardado.

Al decir estas palabras fue repentinamente interrumpido por la gritería del pueblo, que oyendo este discurso, no cabian en sí mismos de rabia y de despecho, el que les hacia crujir los dientes y rechinar contra él. Pero el Santo, armado de fe y lleno del Espíritu Santo, permanecia firme y constante, y mientras sus enemigos disponian darle la muerte tenia fijos los ojos en el cielo. Estando en esta postura vió sensiblemente con los ojos del espíritu y del cuerpo una admirable claridad que representaba la gloria de Dios, y á la diestra del mismo Dios á Jesucristo en pié, que con su presencia le alentaba al combate, y le prometia la corona.

Lleno de un indecible gozo, y no pudiendo contener sus transportes, exclamó al punto: Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre en pié á la diestra de Dios. Los que le oyeron hablar de esta suerte levantaron una gran gritería, y tapándose los oidos como si hubieran oido algunas blasfemias, se arrojaron sobre él, y le arrastraron fuera de la ciudad de Jerusalen, á un lado del camino de Cedar, para quitarle la vida con aquel género de suplicio que ordenaba la ley contra los blasfemos. Los testigos que habian depuesto contra él debiendo tirar las primeras piedras, segun lo ordenaba la ley, pusieron sus vestidos á los piés de un jóven de Tarso en Cilicia, llamado Saulo, quien de perseguidor se mudó despues en apóstol de Jesucristo, bajo el nombre de Pablo; conquista que san Agustin atribuye á las oraciones de san Esteban. Bajo esta tempestad de piedras mostró este primer héroe una magnanimidad digna de la admiracion de los Ángeles y de los hombres; porque mientras le apedreaban como á un impío, blasfemo y enemigo de Dios, invocaba intrépido á Dios, y

decia, puestos los ojos en el cielo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Finalmente, no siendo ya todo su cuerpo sino una llaga, agotado de sangre, pero abrasado todavía de celo por la salvacion de sus enemigos, á quienes miraba y amaba como á sus hermanos, se puso de rodillas, y exclamó en alta voz: Señor, no les imputeis este pecado; os pido que se le perdoneis. Luego que hubo pronunciado estas palabras, pasó dulcemente al descanso del Señor, espirando tranquilamente como si no hubiera hecho otra cosa que dormirse en el seno del mismo Dios. De este modo acabó y triunfó san Esteban, el cual fue el primero que siguió las huellas que Jesucristo nos dejó señaladas sobre la tierra con su pasion; y que siendo el primero que dió su vida por la gloria de aquel que le habia salvado con su muerte, se halla á la cabeza de aquel número prodigioso de gloriosos Mártires que han seguido su ejemplo. El presbítero Luciano asegura que la noche después de su martirio, habiendo hecho llevar secretamente el cuerpo del santo Mártir el célebre Dr. Gamaliel, le hizo conducir á una tierra que tenia á siete leguas de Jerusalen, y le sepultó en un monumento nuevo, donde después fue enterrado él mismo con Abibon su hijo, y Nicodemus. La muerte gloriosa de san Esteban sucedió á fines del año 33, y fue llorada por todos los fieles. Se asegura que aunque la ceremonia de los funerales duró seis semanas, la prudencia de Gamaliel hizo de modo que todo se ejecutase con pompa y religiosidad, sin que lo pudiese impedir la malignidad de los judíos. La fiesta de san Esteban ha sido en todos tiempos muy célebre en la Iglesia; y se habia fijado ya al dia siguiente de la Natividad del Señor entre los griegos desde el cuarto siglo, y antes de este tiempo en el Occidente.

SAN DIONISIO, PAPA Y CONFESOR.

San Dionisio fue presbítero de la Iglesia de Roma en tiempo de los pontífices Esteban y Calixto II. Habiendo recibido este último la corona del martirio bajo de Valeriano en 6 de agosto del año de 258, quedó vacante la Santa Sede por la violencia de la persecucion cási un año, hasta que nuestro Santo fue electo papa en 2 de julio de 259. San Dionisio de Alejandría le llama hombre admirable y persona eminentemente sabia. San Basilio ensalza hasta lo sumo su caridad, que se extendia hasta los últimos términos del imperio. Cuando los godos después de haber saqueado á Cesarea, capital de Capadocia, habian hecho esclavos y cautivos á los mas de sus habitantes, escribió el buen Papa una carta de consolacion á aquella ciudad, enviándola con un

mensajero, y grandes sumas de dinero para el rescate de varios cautivos. Nuestro Santo condenó á Sabelio en un concilio romano, y después confutó las blasfemias de Paulo de Samosata. San Atanasio y san Basilio usaron de sus elegantes escritos para probar la divinidad del Hijo, y el último para probar tambien la del Espíritu Santo. San Atanasio testifica, que los trescientos Padres del concilio de Nicea no usaron de nuevas expresiones para defender la fe católica, sino de las que recibieron de los referidos pastores de la Iglesia, copiando particularmente las de san Dionisio Romano, y su amigo del mismo nombre el Alejandrino. Este santo Papa murió en 26 de diciembre año de 269.

La Misa es en honor de san Esteban, y la oracion la que sigue:

Da nobis, quaesumus, Domine, imitari quod colimus; ut discamus et inimicos diligamus: quia ejus natalitia celebramus, qui novit etiam pro persecutoribus exorare Dominum nostrum Jesum Christum...

Señor, concédenos por vuestra piedad que imitemos al Santo que reverenciamos hoy, para que con su ejemplo aprendamos á amar á nuestros enemigos, pues celebramos el dichoso nacimiento de aquel que perdonó á sus perseguidores, é imploró por ellos la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VI *y* VII *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis: Stephanus plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa magna in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga, quae appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum, et eorum qui erant à Cilicia, et Asia, disputantes cum Stephano: et non poterant resistere sapientiae, et spiritui, qui loquebatur. Audientes autem haec, dissecabantur cordibus suis, et stridebant dentibus in eum. Cum autem esset plenus Spiritu Sancto, intendens in coelum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem à dextris Dei. Et ait: Ecce video coelos apertos, et Filium hominis stantem à dextris Dei. Exclamantes autem voce magna, continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum. Et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant:

En aquellos dias: Esteban lleno de gracia y fortaleza, obraba prodigios y grandes maravillas en el pueblo: mas se levantaron algunos de la sinagoga llamada de los Libertinos, de los de Cirene y Alejandría, y de los de Cilicia y Asia á disputar con Esteban, y no podian resistir á la sabiduría y al espíritu con que hablaba; pero al oir sus razones reventaban de ira en su interior, y rechinaban los dientes contra él; mas Esteban, que estaba lleno del Espíritu Santo, fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesús que estaba en pié á la diestra de Dios, y dijo: Hé aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está en pié á la diestra de Dios. Pero ellos clamando á grandes voces, se taparon los oidos, y se arrojaron todos á él. Y echándole fuera de la ciudad, le

et testes deposuerunt vestimenta sua secus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephanum invocantem, et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset, obdormivit in Domino.

apedreaban; y los testigos dejaron sus vestidos á los piés de un jóven que se llamaba Saulo. Y apedreaban á Esteban, que oraba, y decia: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, exclamó diciendo en alta voz: Señor, no les imputeis este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

REFLEXIONES.

Esteban lleno de gracia y de fortaleza. ¿Hubo jamás en menos palabras elogio mas magnífico? Á solo el Espíritu Santo toca conocer bien y alabar dignamente á los Santos que él mismo ha formado. Esteban lleno de gracia y de fortaleza. Al saludar el Ángel á María se sirve de la misma expresion. La plenitud es diferente, así por la excelencia de las gracias, como por lo que mira á la diferente capacidad de los sugetos; pero siempre es verdad que después de María no hay otro que san Esteban, á quien se haya caracterizado con el magnífico título de lleno de gracia y fortaleza. San Lucas no nos señala qué milagros y prodigios eran los que obraba san Esteban; pero ¿no era un milagro bastante grande su fortaleza y su intrepidez heróica? Son estos unos milagros que nosotros debemos intentar hacer, y que debemos esperar hacer con la ayuda de la Gracia. No hay ninguno de nosotros que no tenga bastante gracia para hacerse Santo; ninguno que no pueda tener bastante fortaleza, y que no deba tener bastante ánimo para despreciar las engañosas máximas del mundo, tan contrarias á las máximas del Evangelio; para domar sus pasiones, para resistir á la tentacion, y para practicar las obras de misericordia. El odio reune todas las sinagogas contra la Iglesia acabada de nacer. Esta fue su suerte en todos tiempos, ver todas las sectas reunirse contra ella; pero su gloria fue no sufrir ni tolerar ninguna, combatir con todas, y verlas á todas arruinarse y extinguirse. Estando la Religion fundada sobre la fe, que es como su alma, y siendo los fieles hombres, es decir, de un espíritu muy limitado, esclavos de sus sentidos y de su amor propio, parece no podia suceder que no hubiese herejes cási al mismo instante que hubo cristianos; pero en fin, la Iglesia ha tenido la gloria y el consuelo de ver nacer y morir todas las sectas: levante el infierno cuantas quiera hasta el fin de los siglos, todas tendrán la misma suerte. Ninguna cosa es mas violenta que el error confundido y humillado; para vengarse y sos-

tenerse no se avergüenza de recurrir á los mas indignos artificios y á las mas negras imposturas; la calumnia, la venganza mas maligna, la mala fe, los enredos, de todo echa mano. Esto se ve claramente en la rabia de los judíos contra san Esteban. Pero ¡qué consuelo, Dios mio, para vuestros siervos pensar que no son tratados sino como Vos lo fuísteis! Aquella persona ve con pasmo y con indignacion que así el doctor como el pueblo se sublevan contra un varon santo sobre falsos rumores y vagas acusaciones, que preocupada ella misma sobre los mas leves fundamentos contra algunas gentes de bien, se desencadena contra ellas sin escrúpulo en toda ocasion y de todos modos. El horror que se concibe contra un vicio no es siempre motivo para creernos exentos de él.

El Evangelio es del capítulo XXIII *de san Mateo.*

In illo tempore dicebat Jesus scribis et pharisaeis: Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis, et crucifigetis, et ex eis flagellabitis in synagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem: ut veniat super vos omnis sanguis justus qui effusus est super terram, à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariae, filii Barachiae, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico vobis, venient haec omnia super generationem istam. Jerusalem, Jerusalem, quae occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodo, donec dicatis: Benedictus qui venit in nomine Domini.

En aquel tiempo decia Jesús á los escribas y fariseos: Ved que envio á vosotros profetas, y sabios, y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas á los profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuántas veces quise reunir tus hijos, al modo que la gallina reune sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo, que no me veréis desde ahora, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION.

Sobre la fiesta de san Esteban.

Punto primero. — Considera que lo que hace el carácter, por decirlo así, de san Esteban, hace su elogio. Él fue el primero de todos los fieles que dió su vida por Jesucristo, y perdonó á los que le die-

ron la muerte. No se puede llevar el amor mas léjos, que morir por el que se ama. Hagamos juicio del amor que tuvo san Esteban á Jesucristo por el sacrificio que le hizo de su vida; y hagamos juicio de este amor por las circunstancias particulares de su muerte. El mismo año de la muerte del Salvador del mundo y de su ascension al cielo, á saber, cuando la Iglesia estaba aun en mantillas; antes de todas aquellas maravillas y prodigios que debian hacer tan plausible y tan fácil la fe; antes que el ejército innumerable de Mártires hubiese amansado á los infieles con los mas horribles tormentos, y hubiese hecho deseable el martirio, san Esteban defiende la divinidad de Jesucristo, á quien se acababa de ver espirar en una cruz; defiende esta divinidad en medio de Jerusalen, y en presencia de toda la Sinagoga; predica el Evangelio sin temor, confunde á los doctores de la ley, y demuestra la verdad de la Religion con el claro testimonio de la Escritura. En vano se arman contra él el odio, el furor y la rabia; san Esteban, lleno del Espíritu Santo, disipa todos los enemigos del Salvador, desarma á todo el infierno conjurado contra él, y hace triunfar la religion cristiana pocos dias después de su nacimiento. Su amor á Jesucristo triunfa gloriosamente de todo; se le amenaza con la muerte, y se ofrece alegre á ser la primera víctima, sacrificada por la gloria de su divino Maestro; corre al lugar del suplicio como al festin mas delicioso, ve á aquel pueblo furioso con las manos todavía teñidas en la sangre de Jesucristo, que acababan de derramar, armarse de guijarros para derramar la suya; no puede á esta vista contener su gozo, y se tiene por el hombre mas feliz del mundo en dar el primero su sangre y su vida por el que habia dado la suya por su salvacion. El amor que nosotros nos lisonjeamos tener á Jesucristo ¿nos inspira una generosidad semejante á esta? Y después de tan grandes ejemplos de piedad, de generosidad, de fortaleza, ¿tenemos una fe mas viva? ¿tenemos mas fe?

Punto segundo. — Considera que si el amor de san Esteban á Jesucristo se muestra en el sacrificio que le hizo de su vida, no se muestra menos este mismo amor en la generosidad con que perdonó á los que le quitaron la vida, á imitacion del Salvador. El ejemplo era único. No se conocia entonces esta heróica virtud. David, el mas manso y el mas misericordioso de los hombres, perdona durante su vida, pero pide que le venguen después de su muerte. Era menester un hombre Dios que impusiese un nuevo precepto de una nueva virtud hasta entonces no conocida, y que era sobre las fuerzas hu-

manas. Era menester que este hombre Dios nos enseñara con su ejemplo lo que nos mandaba con su boca. Pero ¡qué gloria y qué mérito para san Esteban haber sido el primero de todos los fieles que imitase á su Maestro en un punto tan heróico y tan perfecto! Hubiera sido una gran virtud para este primer Mártir haber sufrido con paciencia una muerte tan injusta; pero ¡qué sublimidad, qué heroicidad de virtud perdonarles su muerte á sus enemigos, orar al Señor con todo su fervor y con el celo mas ardiente por los que le apedrean, pedir á Dios que los alumbre, que los convierta, y que toda su venganza se reduzca á colmarlos de sus mas grandes gracias, y darles la eterna bienaventuranza! Tal es el uso que hace de su poderoso valimiento con el Señor; y se puede decir, que á su oracion concedió Dios la conversion de Saulo, y que por ella de un perseguidor de la Iglesia le hizo un apóstol. Todo el cielo está embelesado de este acto heróico. El mismo Jesucristo viene á ser testigo de la victoria de su primer héroe; toda la corte celestial admira la fidelidad, el aliento, la caridad de este primer soldado cristiano. ¡Qué poderosa es, Dios mio, vuestra gracia en un corazon puro y generoso, en una alma verdaderamente cristiana! Pero este siervo fiel ¿tiene muchos imitadores? Dios no pide á todos los Cristianos que dén su sangre por la fe; pero les pide á todos que perdonen las ofensas por su amor. Las persecuciones y los tiranos han cesado; pero las afrentas, las injusticias, los enemigos personales son bastante frecuentes durante la vida.

Haced, Señor, que por la intercesion de este gran Santo siga yo en todas ocasiones su ejemplo y el vuestro, perdonando de todo mi corazon las injurias que me hicieren, y amando á mis enemigos con sinceridad; ayudadme para ello con vuestra gracia.

Jaculatorias. —Señor, si yo pagare mal por mal á los que me aborrecen, consiento el que sea vencido. (*Psalm.* VII).

Señor, quiero que me perdoneis mis culpas, así como yo perdono las injurias que me han hecho. (*Matth.* VI).

PROPÓSITOS.

1 Nos admiramos del aliento, de la fidelidad y de la fe de los Santos; ¿cuándo seguirémos sus ejemplos? San Esteban nos los da muy visibles y muy interesantes. Su amor tierno á Jesucristo, su caridad con sus enemigos, que llevan su odio hasta quitarle la vida; aquí tienes dos grandes lecciones, aquí tienes un gran modelo: apro-

véchate de él, pídele á Dios este amor tierno y generoso, y dale pruebas de él guardando sus mandamientos, y complaciéndole con una constante fidelidad: prueba tu piedad por tus obras.

2 La caridad con tus enemigos es un precepto. No basta no quererles mal, es necesario amarles, es necesario quererles bien. Esas disposiciones de indiferencia para con los que nos ofenden no bastan para cumplir el precepto. Cuidado con este artículo. Haz todos los dias alguna oracion á Dios por ellos, y hazles todo el bien que pudieres, pues la caridad y el amor á tus enemigos debe ser eficaz.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de san Juan, apóstol y evangelista, en Efeso; el cual después de haber escrito el Evangelio fue desterrado, y tuvo las revelaciones contenidas en el divino Apocalipsis; habiendo alcanzado los tiempos de Trajano, y fundado y gobernado las iglesias de toda el Asia, murió ya muy viejo, á los sesenta y ocho años después de la pasion del Señor, y fue sepultado junto á la misma ciudad. *(Véase su vida hoy).*

San Maximo, obispo, en Alejandría, muy esclarecido confesor de la fe.

Los santos confesores Teodoro y Teofanes, hermanos, en Constantinopla; los cuales habiéndose criado desde niños en el monasterio de San Sabas, y peleado después valerosamente contra el emperador Leon el Armenio, en defensa de la veneracion de las santas imágenes; por decreto suyo fueron azotados y desterrados. Después de la muerte de este Emperador, como resistiesen nuevamente con igual constancia al emperador Teófilo, sucesor de aquel en la misma impiedad, fueron por ello azotados otra vez y desterrados. Teodoro murió encarcelado en el destierro. Teófanes, restituida la paz á la Iglesia, fue consagrado obispo de Nicea, y durmió en el Señor. *(Cuando el emperador Teófilo, violento iconoclasta, mandó otra vez azotarlos, segun queda referido, viendo su constancia, mandó que les pusiesen en las frentes, con un hierro ardiendo, una inscripcion; y aunque las heridas que con los azotes habian recibido estaban muy inflamadas, les pusieron en unos banquillos mientras les imprimian en sus rostros la inscripcion. La operacion fue larga y dolorosísima, y luego fueron conducidos de nuevo á la cárcel con los rostros ensangrentados todavia; y después fueron desterrados á Apamea en Siria, donde murió Teodoro de sus heridas y torturas. Por razon de la inscripcion grabada en su cara se le llamó* Grapt, *que significa en griego* marcado *ó* grabado. *Los griegos llaman á san Teofanes el* Poeta *por razon de los sagrados himnos que compuso).*

Santa Nicerata, vírgen, tambien en Constantinopla, la cual resplandeció en santidad en tiempo del emperador Arcadio.

SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA.

Ninguna cosa puede dar una idea mas alta y mas cabal de la santidad y del mérito extraordinario de san Juan, que el augusto título de discípulo amado de Jesucristo que le da el Evangelio. Ningun elogio fue mas magnífico ni mas verdadero. Era san Juan galileo, hijo del Zebedeo y de Salomé, y hermano menor de Santiago el Mayor, de quienes se habla tantas veces en el Evangelio. Aprendió desde jóven el oficio de pescar con su padre. Ningun Apóstol fue llamado tan jóven al apostolado. No tenia sino de veinte y cuatro á veinte y cinco años cuando el Salvador le eligió por su discípulo.

Estaba con su hermano Jacobo en una barca á la orilla del lago de Genezaret, llamado el mar de Tiberíades, trabajando con su padre y su hermano en remendar sus redes, cuando Jesucristo, que acababa de llamar á san Pedro y á san Andrés, vió á algunos pasos de allí á estos otros dos hermanos san Juan y Santiago, sobre los cuales habia puesto sus ojos para hacerlos sus discípulos favorecidos. Llamólos, como lo habia hecho con los primeros; y su palabra tuvo tanta fuerza, que sin detenerse un momento abandonaron barca y redes, se despidieron de su padre, y siguieron al que los llamaba.

La inocencia de costumbres de san Juan, y particularmente su virginidad, le hicieron bien pronto mas querido de su divino Maestro que todos los otros. San Gerónimo, como tambien la Iglesia en el oficio de este Santo, atribuye á su virginidad la predileccion del Salvador, y todos los favores singulares que este santo Apóstol recibió con preferencia á los otros. Su inviolable adhesion á Jesucristo, y aquella fidelidad con que le seguia á todas partes, da bastante á conocer que el amor de san Juan á su amado Maestro era recíproco. San Juan amaba á Jesucristo con una extremada ternura, y desde el primer dia que se le juntó no supo perderle de vista. Jesús amaba tambien tiernamente á san Juan; y esta predileccion era tan conocida y tan visible, que él mismo no toma otro título ni otro nombre en el Evangelio que el del discípulo á quien amaba Jesús: *Discipulus quem diligebat Jesus.* Juan fue el confidente de todos sus secretos; y cuando los otros Apóstoles querian informarse ó tomar nueva luz sobre algun punto, se encaminaban al amado discípulo. Pero lo que hace ver la virtud eminente de nuestro Santo, sus raras prendas y su mérito universalmente aplaudido, es que estos favores particulares y esta tierna amistad del Salvador jamás causaron la menor

envidia ni el menor asomo de celos entre los otros discípulos, aunque á la sazon eran todavía muy imperfectos.

El Salvador, dándole todos los dias nuevas muestras de su amor, quiso que fuese testigo de todas las acciones mas prodigiosas de su vida mortal. Primeramente se encontró nuestro Santo en la curacion de la suegra de san Pedro; poco después en la resurreccion de la hija de Jayro, presidente de una sinagoga, y en todos los demás prodigios que obró el Salvador. Habiendo sido enviado con su hermano á un pueblo de samaritanos á buscar alojamiento para su Maestro y para ellos, y no habiendo querido recibirlos los samaritanos, esta afrenta hecha al Salvador inflamó tanto su celo, que encarándose con el Salvador, le dijeron si les permitia hacer bajar fuego del cielo para consumir á aquellos ingratos, como lo hizo Elías en otro tiempo. Pero el Salvador les dijo en tono de reprension: No sabeis de qué espíritu estais animados cuando hablais de esta suerte: el Hijo del hombre no ha venido para quitar á nadie la vida, sino para dársela á todos. Se cree que fue en esta ocasion cuando el Salvador les impuso el nombre de Boanerges, que quiere decir hijos del trueno; para darles á entender que aquel celo vengativo y fogoso que habian concebido contra los samaritanos, no nacia de su espíritu, que es un espíritu de mansedumbre y de misericordia.

La transfiguracion de Jesucristo fue tambien una señal de la predileccion del Hijo de Dios para con san Juan. Quiso el Señor que este amado discípulo fuese testigo de esta prueba sensible de su divinidad, y de la gloria milagrosa y resplandeciente de que todo su cuerpo se vió rodeado, la cual solo era como preludio de la gloria con que debia ser glorificado después. Queriendo el Salvador celebrar poco después su última cena la víspera de su pasion, envió á san Juan y á san Pedro á Jerusalen para aprontar cuanto era necesario para esta grande accion, en que debian ejecutarse tantas maravillas.

En esta última cena fue donde Jesucristo quiso dejar á todos los hombres que habia venido á redimir con el precio de su sangre, una prenda de su amor en la institucion de la adorable Eucaristía. Aquí tambien le dió á san Juan una señal de su ternura y de un cariño particular, haciendo que se pusiera en la mesa junto á sí, y permitiéndole, por un favor muy especial, que reclinara su cabeza sobre su costado. La disposicion de la mesa que estaba en semicírculo, y la de los bancos, daba ocasion al discípulo privilegiado para recibir esta prerogativa, que ciertamente no era sin misterio. Durante este reposo misterioso sobre el pecho del Salvador, dice san Agustin que

este discípulo amado bebió en el mismo corazon del Salvador todos los secretos de la Religion, y todos aquellos sublimes conocimientos que le han hecho llamar por excelencia el divino teólogo, y que le han hecho asimismo uno de los Profetas mas ilustrados.

Habiendo dicho Jesucristo al fin de la cena que uno de sus discípulos le habia de entregar, quedaron todos tan atónitos con esta funesta prediccion, que ocupados de pasmo no pudieron hablar una palabra. San Pedro, mas curioso, ó á lo menos mas osado que los otros, hizo señas á san Juan para que preguntase á Jesús quién era aquel de quien hablaba. El amado discípulo preguntó en voz baja al Señor quién era: Jesús le respondió en el mismo tono, que el traidor era aquel á quien daria un bocado de pan mojado en el caldo. En efecto, tomó luego el bocado, le mojó, y le dió á Judas Iscariotes, que fue el desventurado que le entregó.

Quiso el Salvador que su amado discípulo después de haber sido testigo de su gloria sobre el Tabor, lo fuese tambien de su pasion en el monte Olivete y en el Calvario. Le eligió con san Pedro y Santiago para que le acompañaran al huerto de Getsemaní, y fuesen testigos de su agonía. Pero apenas fue preso Jesucristo por los soldados que el traidor Judas habia conducido, cuando san Pedro y Santiago, cediendo al temor de que fueron sobrecogidos, echaron á correr y huyeron. San Juan fue el único que no abandonó al Salvador, haciéndole despreciar todos los riesgos el amor tierno que tenia al Salvador. Pronto á morir con él, lejos de avergonzarse de ser discípulo de aquel que iba á ser condenado tan injustamente á muerte por su doctrina, no le dejó un punto ni por las calles de Jerusalen, ni en los tribunales, ni sobre el Calvario, haciéndole participar su generoso amor á Jesucristo de todas las burlas, de todos los oprobios, y de todos los suplicios que tuvo que sufrir el Salvador. Este fiel discípulo fue el único Apóstol que siguió á Jesucristo hasta la cruz, donde recibió del Salvador el último testimonio de su amor, el que sobrepujó á todos los otros; porque estando Jesús para espirar, le hizo heredero de la cosa que mas amaba, que era su Madre, para que fuese respetado en toda la Iglesia como el primero de sus hermanos, y como el primogénito de los hijos adoptivos de la Madre de Dios. La donacion se hizo en dos palabras que allí mismo obraron su efecto.

El Salvador se encaró primero con su Madre, á la que no llamó sino con el nombre de mujer, porque el nombre tierno de madre no hiciese mayor su dolor. Mujer, la dijo, hé ahí á tu hijo; señalando

á san Juan con la lengua y con los ojos, que eran las solas partes del cuerpo de que no se le habia podido quitar el uso. Ese es el que yo sustituyo en mi lugar para que haga contigo todos los oficios de hijo. Luego echando una ojeada sobre el discípulo, y señalándole en el modo que podia á su Madre, le dijo: Ahí tienes á tu madre; hónrala y sírvela como á tu querida madre. Con estas palabras dió el Salvador á la santísima Vírgen un corazon de madre para con san Juan, y á san Juan un corazon de hijo para con la santísima Vírgen; y así desde aquel tiempo este hijo de María no quiso que esta Señora tuviese otra casa que la suya, y él tuvo cuidado de mantenerla. ¿Podia el Hijo de Dios distinguir á su amado discípulo de una manera mas honrosa ni mas ventajosa? Este favor único hace decir al beato Pedro Damiano, que ninguno parece es superior en méritos á aquel que por una gloria y una prerogativa especial fue hecho hermano del Salvador.

San Juan no se apartó de la cruz hasta que Jesucristo espiró. Vió atravesar el costado de Jesucristo con una lanza después de su muerte, y vió salir de él sangre y agua, como él mismo lo testifica. Seria preciso conocer cuál era la medida del ardiente amor del amado discípulo, para comprender cuán grande fue el dolor y la afliccion que tuvo al ver espirar al Salvador en la cruz, y siendo testigo de lo que padecia su divina Madre en el Calvario. Esto fue lo que hizo decir á san Crisóstomo que san Juan fue mártir mas de una vez: *Multoties martyr est Joannes.* No hay martirio mas doloroso para un corazon que ama, que estar presente al martirio del objeto amado.

No habiendo hallado María Magdalena el cuerpo del Salvador en el sepulcro, corrió á decirlo á san Pedro y á san Juan; entrambos corrieron al sepulcro, pero san Juan llegó antes que san Pedro. Nuestro Santo fue asimismo testigo de las apariciones del Salvador después de su resurreccion; ¡cuál seria el gozo del fiel discípulo, y de qué favores no llenaria Dios su corazon fiel y generoso en estas apariciones! Jesucristo no se daba á conocer desde luego cuando se aparecia á los demás Apóstoles; pero no podia ocultarse al amado discípulo. San Juan fue el único que le conoció á la orilla del mar de Tiberíades, y que dijo á san Pedro: El Señor es. Como san Juan era el único de todos que fue vírgen, así tambien fue el único que conoció al divino Esposo; es advertencia de san Gerónimo: *Solus virgo virginem agnoscit.*

San Pedro, que amaba á su divino Maestro mas que los demás Apóstoles, hizo particular alianza con san Juan, á quien veia que

Jesucristo amaba mas tiernamente; y esta alianza que Jesucristo habia formado entre los dos Apóstoles fue cada dia mas íntima. Habiendo dicho el Salvador á san Pedro que le siguiera, este Apóstol se sorprendió de que Jesucristo no hubiese dicho lo mismo á san Juan; y habiéndose tomado la libertad de preguntar al Salvador qué designios tenia su Majestad sobre su amigo Juan, le respondió el Señor: ¿Qué te importa á tí el saber en lo que ha de venir á parar Juan? Esta respuesta dió motivo á los otros discípulos para creer que Juan no habia de morir; pero Jesucristo les dió á entender que no comprendian el sentido de sus palabras.

Poco después de la venida del Espíritu Santo, yendo al templo san Pedro y san Juan, curaron á la puerta á un cojo, que desde su nacimiento tenia embarazado el uso y movimiento de sus miembros. El ruido que hizo este milagro dió motivo á que los pusieran en la cárcel, donde fueron examinados; pero su respuesta constante y animosa hizo ver claramente que solo Dios habia podido hacer tan intrépidos y elocuentes á unos pobres pescadores. Durante la persecucion que se siguió á la muerte de san Esteban, los Apóstoles que se habian quedado en Jerusalen, noticiosos de los progresos que hacia la fe en la ciudad de Samaria, enviaron al punto allá á san Pedro y á san Juan, los que imponiendo las manos sobre los nuevos fieles, hacian bajar sobre ellos el Espíritu Santo, confiriéndoles con esta imposicion de las manos el sacramento de la Confirmacion. Estos dos grandes Apóstoles predicaron la fe en diversos lugares de aquellos alrededores; y habiéndose vuelto á Jerusalen, pusieron por obispo de esta ciudad á Santiago el Menor, llamado el Justo. Nuestro Santo asistió después al concilio de Jerusalen, donde pareció, dice san Pablo, como una de las columnas de la Iglesia.

Entre los Apóstoles fue san Juan uno de los últimos que dejaron la Judea para ir á llevar el Evangelio á las naciones; fué á predicar á los partos, á quienes pretende san Agustin haber dirigido su primera carta; pero su departamento fue el Asia Menor. Encargado del cuidado del mas precioso depósito que habia en la tierra, que era la Madre de Dios y suya, la condujo á Éfeso, cuando todos los fieles fueron expelidos de Jerusalen, y estableció en aquella ciudad su domicilio con grandes ventajas de la Religion. San Gerónimo dice que nuestro Santo fundó y gobernó todas las iglesias del Asia durante su larga mansion en aquellas provincias. Ningun héroe hizo jamás tantas conquistas. Apenas se dejaba ver cuando las ciudades y aldeas se rendian á su palabra. Es verdad que los estupendos milagros que

obraba en todas partes facilitaban mucho estas conversiones; la mansedumbre sin igual de nuestro Santo, aquel aire de modestia y de pureza que resplandecia en su cara, su afabilidad, sus modales corteses cautivaban todos los espíritus, y le ganaban todos los corazones; pero sobre todo, aquella uncion divina que habia bebido en el mismo sagrado corazon de Jesucristo era tan sensible en sus razonamientos y en todas sus conversaciones, que todo cedia y se rendia á su palabra.

Su vida era tan austera, que dice san Epifanio era imposible llevar mas léjos la austeridad. Convirtió á la fe de Jesucristo cási toda el Asia, donde estableció un gran número de obispos, de los que él mismo era como el pastor y el modelo: *Totas Asiae fundavit rexitque ecclesias,* dice san Gerónimo. Su ardiente celo le hizo escribir su Apocalipsis á los obispos de Éfeso, de Esmirna, de Pérgamo, de Tiatira, de Filadelfia, de Laodicea y de Sardis, á los cuales los llama Ángeles por la pureza que debe hacer parte del carácter de un obispo, y por el cuidado que debian tener de los pueblos que la divina Providencia les habia encomendado.

Los cuidados, el respeto y la ternura con que miraba á la Vírgen santísima, de quien el mismo Jesucristo le habia hecho hijo adoptivo, le obligaron á estar á su lado todo el tiempo que vivió en carne mortal. Después de su gloriosa asuncion al cielo, san Juan no puso límites á su celo; llevó las luces de la fe hasta las extremidades del Oriente. Los basores pretenden haber recibido la fe de Jesucristo por su ministerio. El emperador Domiciano empezó á perseguir á los Cristianos, como lo habia hecho Neron. San Juan, á quien miraban todos como á uno de los mayores héroes del cristianismo, y como el alma de este gran cuerpo, fue uno de los primeros que prendieron y enviaron á Roma. Hemos dado el dia 6 de mayo la historia de su martirio delante de la Puerta Latina. Al salir del aceite hirviendo en que habia sido metido, fue desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, una de las del Archipiélago á la parte del Asia; allí fue condenado á las minas, horroroso suplicio para un viejo de mas de noventa años; pero las revelaciones particulares que tuvo y los frecuentes raptos suavizaron mucho sus penas. Aquí fue donde por órden de Jesucristo escribió el libro del Apocalipsis; esto es, de las Revelaciones, donde no hay palabra, dice san Gerónimo, que no sea un misterio. Pero esto es decir poco de un libro tan apreciable, añade el Santo; todo lo que se puede decir de él es menos de lo que merece; no hay en él palabra que no encierre muchos sentidos, ni somos ca-

paces de penetrarlos. Habiendo sido muerto el emperador Domiciano su senado anuló todo lo que habia hecho; y Nerva, su sucesor, levantó el destierro á todos los que su antecesor habia desterrado. Así san Juan dejó la isla de Patmos el año 97, después de un destierro de cerca de diez y ocho meses, y volvió á Éfeso. Como halló que san Timoteo, su primer obispo, habia sido martirizado, se asegura se vió obligado á tomar á su cuidado esta iglesia, la que gobernó hasta el fin de su vida. Poco después de su vuelta convirtió á aquel insigne ladron que habia sido su discípulo cuando jóven; pero habiéndose abandonado enteramente á toda maldad durante su ausencia, se habia hecho capitan de una compañía de bandoleros; al cual nuestro santo viejo fué á encontrar, y le habló con tanta uncion y energía, que de ladron famoso vino á ser un insigne penitente que edificó á toda la Iglesia lo restante de sus dias.

En su tiempo Cerinto, Ebion y los Nicolaitas, enemigos mortales de la divinidad de Jesucristo, despedazaban la Iglesia con sus errores, y la hacian gemir con sus blasfemias. Como san Juan era el único de los Apóstoles que habia quedado con vida, todas las iglesias de Oriente y Occidente recurrieron á él, y le pidieron les diese armas contra aquellos impíos enemigos del Salvador, sabiendo que ninguno podia estar mas bien informado que él de los misterios de la Religion, ni mas lleno del espíritu del Cristianismo. Con este motivo, dice san Epifanio, escribió su Evangelio; para lo cual, añade el mismo santo Doctor, tuvo órden expresa del Espíritu Santo. San Gerónimo dice que no empezó á escribir sino después de muchas rogativas y ayunos públicos, y que prorumpió en estas primeras palabras: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*, al salir de una profunda revelacion y de un éxtasis. Como los otros tres Evangelistas habian hablado suficientemente de lo que pertenecia á la humanidad de Jesucristo, san Juan se dedicó á manifestarnos principalmente su divinidad, con el fin de quitarles toda la autoridad á los falsos Evangelios fabricados por ciertos impostores, y cerrar para siempre la boca á los herejes. Este Evangelio, dictado por el Espíritu Santo como todos los otros, ha sido mirado siempre como la mas noble parte de todos los Libros sagrados, y como el sello de la palabra de Dios escrita. Los santos Padres comparan, y con razon, este Evangelista al águila, porque se eleva hasta el trono de Dios, y porque su Evangelio encierra tantos misterios, en sentir de san Ambrosio, como sentencias. Nuestro san Juan, dice san Agustin, toma su vuelo como una águila hasta el mas alto cielo,

y llega hasta el Padre eterno cuando dice: *El Verbo era desde el principio, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.*

Además del Evangelio y del Apocalipsis, reconoce tambien la Iglesia por de san Juan tres epístolas. La primera, cuyo asunto es la caridad, fue dirigida, segun san Agustin, á los partos; esto es, á los cristianos hebraizantes que estaban al otro lado del Eufrates. Las otras dos las dirigió á iglesias particulares, las que quizá se comprenden bajo el nombre de *Electae dominae et natis ejus:* A mi señora Electa y á sus hijos.

Habiendo llegado san Juan á una extrema vejez, y hallándose sin fuerzas por haberlas consumido en los trabajos apostólicos, era llevado por sus discípulos á la iglesia y á la asamblea de los fieles, y como por mucho tiempo todas sus exhortaciones se redujesen á estas breves palabras: Hijos queridos, amaos unos á otros, se enfadaron al fin, dice san Gerónimo, de tanta repeticion; y habiéndole dicho que se admiraban de oirle todos los dias una misma cosa, les dió esta admirable respuesta, tan digna del amado discípulo: Os repito todos los dias una misma cosa, porque es lo que el Señor nos manda con mas particularidad; y si se cumple bien, no es menester mas para ser Santos: *Quia praeceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit.*

Quiso, en fin, el Señor recompensar los largos é inmensos trabajos de su fiel siervo y amado discípulo, sacándole del mundo para colmarle de gloria en el cielo, donde el Salvador mismo y la santísima Vírgen habian de darle pruebas muy particulares de su ternura. Murió en Éfeso con la muerte de los Santos, de edad de cien años, hácia el año 104 de la era cristiana. El cuerpo del santo Apóstol fue enterrado en un campo cerca de la ciudad, donde todavía se conservaban sus reliquias en tiempo del concilio general de Éfeso celebrado el año 431.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Ecclesiam tuam, Domine, benignus illustra; ut beati Joannis, apostoli tui et evangelistae, illuminata doctrinis, ad dona perveniat sempiterna: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Señor, alumbrad benigno á vuestra Iglesia, para que ilustrada con la doctrina del bienaventurado Juan, vuestro apóstol y evangelista, llegue á conseguir los dones eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XV *del Eclesiástico.*

Qui timet Deum faciet bona: et qui continens est justitiae, apprehendet

El que teme á Dios, obrará bien, y el que sigue la justicia, la poseerá, y

illam, et obviabit illi quasi mater honorificata, et quasi mulier à virginitate suscipiet illum. Cibabit illum pane vitae et intellectus, et aqua sapientiae salutaris potabit illum; et firmabitur in illo, et non flectetur: et continebit illum, et non confundetur: exaltabit illum apud proximos suos, et in medio Ecclesiae aperiet os ejus, et adimplebit illum spiritu sapientiae et intellectus, et stola gloriae vestiet illum. Jucunditatem et exultationem thesaurizabit super illum, et nomine aeterno haereditabit illum Dominus Deus noster.

le saldrá al encuentro como una madre venerable. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le dará de beber del agua de la sabiduría saludable: y se establecerá en él, y no se doblará; y le sostendrá, y no será confundido; y le exaltará entre los suyos, y en medio de la congregacion le abrirá la boca, y le llenará de espíritu de sabiduría é inteligencia, y le vestirá una estola de gloria. Pondrá en él un tesoro de gozo y alegría, y le dará por herencia un nombre inmortal el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

El que posee la justicia, poseerá la sabiduría. Solo los virtuosos son verdaderamente sabios. Solo la sabiduría cristiana es verdadera sabiduría. Sin el mérito y el espíritu de nuestra Religion, lo que se llama sabiduría en el mundo no es por lo comun otra cosa que una política estudiada, y muchas veces efecto del natural, del interés, ó de alguna otra pasion. Los sabios del paganismo no eran otra cosa que unos filósofos orgullosos y ridículos, que en muchas ocasiones daban bastantemente á conocer que eran poco sensatos; se distinguian ordinariamente por unas ridiculeces que el pueblo admiraba, pero que las gentes de buen juicio miraban con desprecio y con indignacion. Ciertos vislumbres de razon les conciliaban muchas veces los aplausos de un populacho abrutado é insensato. Mírense de cerca estos pretendidos sabios, y se hallarán muy pocos en cuya conducta no se encuentre algun grano de necedad y de manía. La mayor parte solo pensaban como dar al público escenas siempre ridículas; todo su mérito consistia en ser y parecer solos y singulares entre los demás. No hay que cansarnos en querer ser sabios si no practicamos la virtud cristiana, que es el orígen de la verdadera justicia. Toda la sabiduría está encerrada en el Evangelio; en sus consejos y en sus máximas halla la razon su esplendor y su mérito: siempre es sabio el que es sólidamente hombre de bien. Sola la piedad tiene por compañeros al buen juicio, á la rectitud, á la buena fe, á la mansedumbre, á la cortesía y á la afabilidad: ella sola tiene el secreto de hacer tratables y civiles los pueblos mas groseros, mas duros, mas bárbaros. Aunque se haya nacido con un entendimiento oscuro, aunque

haya habido falta de educacion, aunque una persona se haya criado en los montes, en medio de una nacion salvaje, si es verdaderamente cristiana, si tiene piedad, si es santa, es afable, oficiosa, humilde, caritativa, atenta, moderada, cuerda. El entendimiento se abre, se despliega, se labra desde el instante que las costumbres son puras. En una palabra, el juicio y la prudencia nacen y crecen con la piedad. ¿Se atreveria á llamarse sabio un hombre que no tiene conducta, y que se pierde? Que sea flemático y reposado, que hable poco, que lo luzca por su despejo; si con todas estas ventajas no obra su salvacion, es y será mirado por toda la eternidad como un insigne insensato.

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus Petro: Sequere me. Conversus Petrus, vidit illum discipulum, quem diligebat Jesus, sequentem: qui et recubuit in coena super pectus ejus, et dixit: Domine, qui est qui tradet te? Hunc ergo cum vidisset Petrus, dixit Jesu: Domine, hic autem quid? Dicit ei Jesus: Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Tu me sequere. Exiit ergo sermo iste inter fratres quod discipulus ille non moritur. Et non dixit Jesus: Non moritur; sed, Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Hic est discipulus ille, qui testimonium perhibet de his, et scripsit haec, et scimus, quia verum est testimonium ejus.

En aquel tiempo dijo Jesús á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesús, y que estuvo mientras la cena recostado en su pecho, y le dijo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro pues, habiéndole visto, dijo á Jesús: Señor, ¿qué ha de ser de este? Dícele Jesús: Quiero que permanezca así hasta que yo venga: ¿qué te importa? Tú sígueme. Divulgóse, pues, esta respuesta entre los hermanos de que aquel discípulo no moriria. Y no le dijo Jesús que no moriria, sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga; ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió; y sabemos que su testimonio es verdadero.

MEDITACION.

Sobre la fiesta de san Juan Evangelista.

Punto primero. — Considera que no se puede decir cosa mas gloriosa para un hombre, ni que dé una idea mas alta de su mérito, que decir que es amigo de Jesucristo. Pues este es el carácter del discípulo amado. El mismo san Juan no toma otro nombre que el *del discípulo á quien amaba Jesús*. Considera las grandes pruebas que este divino Salvador le da de su amistad. Le llama á su servicio en la flor de su edad; en todas ocasiones le da pruebas sensibles de su predileccion; quiere que sea testigo de todas sus maravillas. Inseparable

de este divino Salvador, no le pierde de vista. Jesucristo le instruye, le forma, y le hace digno de la ternura que le profesa y de los insignes favores que le hace. Haciéndole su privado, le hace confidente de todos sus secretos, y le da la inteligencia de los mas ocultos misterios; y cuando este divino Salvador no es conocido de los demás apóstoles, solo Juan le conoce. Finalmente, en la última cena, en aquel triunfo del amor infinito del Salvador del mundo, el amado discípulo tiene la honra, el consuelo y el privilegio, no solo de estar al lado del Hijo de Dios, sino tambien de reposar sobre su seno, sobre aquel divino corazon en que tenia, por decirlo asi, el primer lugar. Pero lo que acaba y perfecciona el retrato de este amado discípulo del Salvador, es el don que le hace Jesús de su querida Madre. ¿Hubo jamás hombre mas estimado de Dios, Santo mas privilegiado, valido de Jesucristo colmado de favores mas insignes? Pero si tuvo tanta parte en los favores del Salvador del mundo; si estuvo tan adentro en su sagrado corazon, ¿qué lugar no tendrá en el cielo, qué poder, qué gloria? San Juan era el discípulo amado de Jesucristo, y merecia serlo. La eleccion que hizo de él Nuestro Señor, sus caricias, sus dones muestran en qué grado tan alto logró este favor. Su pureza, su adhesion al Salvador, los servicios que preveia su Maestro le habia de hacer, muestran que lo mereció. Pidamos á este gran Santo que emplee su valimiento para darnos entrada en el corazon de su Maestro. Este es un bien sin comparacion mayor que ser dueños del universo.

Punto segundo. — Consideremos que si san Juan fue amado tiernamente de Jesucristo, tambien él amó á Jesucristo con una ternura y una fidelidad perfecta. Desde que este divino Salvador le eligió por su discípulo, no se apartó jamás de él, siempre estuvo á su lado, siempre fué en su seguimiento. Ora el Salvador sea aplaudido, ora menospreciado, en el Calvario y en el Tabor, en su entrada triunfante en Jerusalen, en su prision en el huerto de Getsemaní; ora resucite los muertos, ora sea llamado á los tribunales como un malhechor, ora esté en la cruz, ora en el templo, en todas partes se ve el discípulo amado á su lado: gran prueba del amor, del desinterés, de la sinceridad, del amor que profesaba á su divino Maestro. Por mas que todos los discípulos se llenen de confusion, teman, se desvien, huyan, ninguna cosa es capaz de intimidar á san Juan. Por mas que prendan y aten á Jesucristo como á un sedicioso, por mas que le harten de oprobios, le condenen á muerte, le claven en la cruz á vista

de todo el pueblo, san Juan se está al pié del suplicio. Léjos de avergonzarse de haber aprendido en su escuela, hace profesion pública al pié de la cruz de ser discípulo de aquel á quien hacen morir como á un seductor y un impostor, y á quien hacen un crímen capital de su doctrina. ¡Buen Dios, cuán generoso, cuán fuerte, cuán intrépido es el amor que se os tiene cuando este amor es puro! Este amado discípulo podia, como tantos otros, mantenerse un poco apartado de Jesús, y confundirse entre la muchedumbre para evitar el ser conocido, y de este modo evitar la confusion que le causaba el ser discípulo de un hombre á quien hacian morir por su doctrina, habiendo riesgo, como en efecto le habia, de ser envuelto en la persecucion. ¡Ó amor divino, y qué intrépido eres! Cuando se ama ardientemente á Jesucristo, solo se teme desagradarle; toda la rabia del infierno, toda la malicia de la impiedad, todo el furor de los hombres no son capaces de intimidar á un corazon que ama á Dios verdaderamente. ¡O Dios mio, á cuántos falsos amigos del Salvador del mundo confunde el amor de este Santo! ¡a cuántos falsos amigos les quita su ejemplo la mascarilla, y hace que parezcan lo que son! No hay amor de Dios en un corazon tibio, cobarde, inmortificado, que se avergüenza del Evangelio, y que quiere agradar al mundo y á Dios. Hacemos alarde de que amamos á Jesucristo, y no nos atrevemos á declararnos por sus discípulos. Nos gloriamos de que amamos á Dios, y no guardamos sus mandamientos; nos lisonjeamos de que amamos á Dios, y en el fondo solamente nos amamos á nosotros mismos.

Señor, os suplico que me deis vuestro amor; pero aquel amor puro, ardiente, generoso, que ni se deja debilitar de la prosperidad, ni abatir de las adversidades de la vida: os le pido por la intercesion de vuestro discípulo amado, á quien Vos amais tan tiernamente, y que os amó á Vos tan fiel y constantemente.

JACULATORIAS. —¡Yo os amaré, Señor, y vuestro amor será toda mi fortaleza. (*Psalm.* XVII).

¿Quién podrá separarme jamás del amor de Jesucristo? (*Rom.* VIII).

PROPÓSITOS.

1 Tres cosas contribuyeron al amor generoso que tuvo san Juan al Salvador del mundo. Su gran pureza, pues era vírgen, su generosidad y su perseverancia; la tibieza nunca halló lugar en su corazon; su ternura de hijo para con la santísima Vírgen, á quien siempre estimó y sirvió como á su madre. Con estas tres virtudes tambien

tú adquirirás este ardiente amor. La pureza de corazon y de cuerpo es el carácter de los que siguen al Cordero; la perseverancia corona á las almas que han sido fieles; y la tierna devocion á la santísima Vírgen consigue, mantiene y fortifica estas dos esenciales virtudes. Sé puro de corazon y de cuerpo; conságrate para siempre al servicio de la Vírgen santísima; ámala como á tu querida madre, y pídela te alcance de su Hijo la gracia de la perseverancia.

2 San Juan tiene mucho poder y valimiento con Dios y con la santísima Vírgen; tenla toda tu vida una tierna devocion, y ten una particular confianza en este gran Santo. Pídele te alcance una gran pureza, una tierna devocion á la santísima Vírgen, y la perseverancia en el amor de Dios; pero no dejes de hacerle todos los dias alguna súplica: la que se sigue es muy propia para pedir la pureza.

Cordero sin mancha, que escogiste por madre una Vírgen, inspiradme un amor ardiente á la pureza, y un vivo horror al vicio contrario, que me aparte de las ocasiones peligrosas, y que jamás me deje vencer del atractivo del deleite. Dadme, ó Dios de pureza, vuestra gracia, para que vele con tanto cuidado y ore con tanta eficacia, que el tentador no consiga jamás ventaja alguna sobre mí. Cuento, beatísima Vírgen, con vuestra proteccion, y con la intercesion del discípulo amado.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

El martirio de los santos Inocentes, en Belen de Judá, á los cuales hizo matar el rey Herodes persiguiendo á Jesucristo. *(Véase su historia hoy).*

Los santos mártires Eutiquio, presbítero, y Domiciano, diácono, en Ancira en Galacia.

El triunfo de los santos mártires Castor, Víctor y Rogaciano, en el Africa.

Los santos mártires Indes, eunuco, Domna, Agapes y Teófila, vírgenes, y otros compañeros, en Nicomedia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, después de haber vencido diversos géneros de crueles tormentos, alcanzaron la corona del martirio.

San Troadio, mártir, en Neocesarea en el Ponto: estando para espirar este Santo, en la persecucion de Decio, asistió en espíritu san Gregorio Taumaturgo, y le alentó á sufrir el martirio.

San Cesario, mártir, en Arabia en la Armenia menor; el cual fue martirizado en el imperio de Galerio Maximiano.

La gloriosa muerte de san Francisco de Sales, obispo de Ginebra, en Leon de Francia; al cual por el ardentísimo celo que mostró en la conversion de los herejes canonizó Alejandro VII. Su fiesta por decreto del mismo Papa

se celebra el dia 29 de enero en que fue trasladado su cuerpo de Leon á Annecy. *(Véase su vida en aquel dia).*

San Domnion, presbítero, en Roma.

San Teodoro, monje, discípulo de san Pacomio, en Egipto. *(Por razon de la extraordinaria pureza de sus costumbres le llamaron desde su infancia los griegos el* Santificado. *Nació en la Tebaida superior por los años de 314, y á los catorce de edad se retiró del mundo. La reputacion de san Pacomio le llevó después á Tabenna, donde pareció siempre el primero en todo entre una compañía de santos. Habiendo muerto san Pacomio en el año 348, fue colocado en su lugar san Teodoro, contrariando su voluntad de permanecer el último de la comunidad. Obró varios milagros, y pronosticó muchas cosas. San Nilo y otros cuentan, que estando una vez predicando Teodoro á sus monjes, que al mismo tiempo trabajaban en hacer esteras, dos víboras se le rodearon á sus piés. Era el Santo tan esmerado en no interrumpir ni turbar la atencion de su auditorio durante cualquiera sagrada funcion, que estuvo quieto hasta que acabó su discurso. Después levantando el pié, permitió que las matasen, sin haber recibido ningun daño. Murió en el año 367 á los cincuenta y tres de su edad. Su cuerpo fue depositado con el de san Pacomio, y san Atanasio escribió á los monjes de Tabenna consolándolos por la pérdida de su santo Abad, y les manda tener á la vista la gloria que entonces estaria poseyendo).*

San Antonio, monje, en el monasterio Lirinense, esclarecido por sus milagros.

LOS SANTOS INOCENTES.

Parece que la Iglesia ha buscado quien haga la corte al Salvador recien nacido, haciendo que á la fiesta de su Natividad se siguiera la de los santos Inocentes, la del primer Mártir y la del amado discípulo. Como el que ha nacido es Dios, se le deben ofrecer víctimas inocentes: *Deus est qui natus est, innocentes debentur illi victimae,* dice san Agustin. Como el que ha nacido es un cordero sin mancha, que ha de ser un dia sacrificado por nosotros en una cruz, es necesario que desde que aparece en el mundo se le ofrezcan en sacrificio corderos muy puros: *Agni debent immolari, quia agnus futurus est crucifigi.*

Luego que el Salvador del mundo nació en Belen, anunció Dios á los reyes Magos el nacimiento de este Rey salvador por medio de una estrella milagrosa, que les sirvió tambien de guia para que viniesen á adorarle. Con esta ayuda del cielo llegaron á Jerusalen, á la que creian encontrar haciendo grandes fiestas con motivo del nacimiento del Mesías, del Rey de los judíos por tanto tiempo esperado; pero les causó mucha novedad el no encontrar en ella ni fiestas, ni otra señal de alegría. Lo primero que hacen estos extranjeros es preguntar dónde está el Rey de los judíos que acababa de nacer, cuya estrella aseguran haber visto en el Oriente, y haberles servido de

guia. Esta novedad asustó extrañamente á Herodes y causó una gran conmocion en Jerusalen. El pueblo era demasiado curioso para no hablar de esta novedad, y Herodes demasiado desconfiado y demasiado celoso del reino de que se habia apoderado sin tocarle para oir á sangre fria una novedad como esta. Y así, temiendo podia venir á quitarle la corona el Niño que buscaban los Magos, al punto envia á llamar á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, que eran los que debian explicar al pueblo las Escrituras, y cuidar que no se mezclase en ellas nada que pudiese corromper su sentido verdadero.

Tenia este Monarca demasiada penetracion para no ver que un Rey, á quien de tan léjos venian á buscar unos extranjeros en el seno de la Judea, era un Rey extraordinario, y muy diferente de los otros; por otra parte no ignoraba que siendo él idumeo, esto es, de un pueblo que descendia de Esaú, no era de familia judía, y por consiguiente, que no estando ya el cetro en los descendientes de Judas, habia llegado el tiempo en que los Profetas habian predicho habia de nacer el Mesías. Sin duda por este motivo, en la asamblea de los judíos no habló palabra tocante al nuevo Rey; solo preguntó dónde debia nacer el Mesías. Todos á una voz respondieron á esta pregunta que naceria en Belen, pequeña ciudad de la tribu de Judá, porque así lo habia predicho el mismo Dios por su profeta.

Herodes se contentó con esta respuesta; y habiendo despedido la asamblea, hizo venir á los Magos para conferenciar á solas con ellos. No quiso hablarles en presencia de unos doctores, que eran gentes instruidas y capaces de descubrir lo que él procuraba disimular; temia que la inquietud que mostraria en sus preguntas y en toda su conversacion les haria entrar en sospechas del designio que formaba y meditaba de deshacerse del Niño, y de sacrificarle á su ambicion y á su rabia. Este con espíritu fraudulento y artificioso cogió á los Magos aparte, les hizo cien preguntas capciosas, procuró informarse especialmente del tiempo en que la estrella habia empezado á dejarse ver; y conociendo en ellos mucha piedad y poca desconfianza, mostró aprobar su devocion, y los animó á proseguir su viaje. Id, les dijo, id á Belen, informaos de todo lo que pertenece á este Niño, y volved cuanto antes á darme noticia de cuanto hubiéreis visto, porque yo quiero ir tambien á adorarle. Todo esto no era otra cosa que disimular sus intentos, y ver si podia hacer caer en el lazo á los Magos; pero Dios, que se burla de todos nuestros artificios, que no puede ser engañado, y que se propone fines muy diferentes que los de los hombres, supo muy bien confundir todos estos maliciosos de-

signios. Los Magos fueron en derechura á Belen; tuvieron la dicha de encontrar al Salvador; se postraron delante de él, le adoraron, y habiéndole ofrecido los dones que traian de su país, que consistian en oro, incienso y mirra, avisados en sueños por un Ángel que no volviesen á ver á Herodes, tomaron otro camino distinto del de Jerusalen, y se volvieron á su patria, dejando de este modo burlado al tirano.

Aunque Herodes no supo el paradero de los Magos, no por eso se mostró inquieto; creyó que no habiendo hallado lo que venian á buscar, no se habian atrevido á volver á la corte por no pasar por unos visionarios. Sin embargo, las maravillas que se habian obrado en Belen, y los milagros que se habian visto en Jerusalen cuando la santísima Vírgen y san José llevaron al niño Jesús al templo, hicieron gran ruido; este ruido se extendió hasta la corte; y habiéndose informado Herodes muy por menor de lo que habia pasado, comenzó á cavilar y á temer alguna ruina sobre sí. El temor que le causó la majestad y grandeza del divino Niño que le habian alabado tan altamente, y que en el templo habia sido reconocido por el Mesías, y la vergüenza de verse burlado de unos extranjeros, á quienes hasta entonces habia tenido por simples y crédulos, le arrastraron hasta los últimos excesos de inhumanidad.

Era Herodes uno de los mas crueles é inhumanos príncipes que ha habido jamás. Antonio habia hecho que el Senado le nombrase Rey de los judíos. La ambicion y la sospecha eran sus dos pasiones dominantes; y la inhumanidad era el carácter que le distinguia. Habia hecho ahogar á Aristóbulo, su cuñado, sumo sacerdote; hizo matar á su abuelo Hircano, á Marianne, su mujer, á Alejandra, madre de Marianne; hizo degollar á sus propios hijos; no perdonó á sus mas caros amigos; lo mismo era concebir alguna sospecha contra alguno, que mandarle matar. Todos los que eran de la familia de los Asmoneos, ó que tenian alguna autoridad, perdieron la vida sin ninguna formalidad de justicia. Pero Dios castigo la crueldad y la inhumanidad de este Príncipe bárbaro con una enfermedad horrible; pues salieron de su cuerpo una infinidad de gusanos, que comiéndole á bocados exhalaban un hedor intolerable; tanto, que muchas veces quiso él mismo matarse para libertarse de los dolores y del horror que se tenia á sí mismo. Y viendo que los judíos se habian de alegrar de su muerte, mandó que luego que hubiese espirado degollaran á todas las personas de calidad, las que antes habia mandado prender, todo con el fin de que cada familia distinguida tuviese motivo de llorar en su muerte. Esta órden no se ejecutó, porque el des-

precio y execracion en que se tuvo su memoria no daban lugar á que se hiciese caso de lo que habia mandado quien ya no podia hacerse temer.

Este era Herodes; el cual no pudiendo ya dudar del nacimiento milagroso de un Niño, de quien se publicaban tantos prodigios, y no dudando que habia sido burlado, se inflamó en un extraño furor. Sus sospechas, su temor, su ambicion le arrastraron á una especie de desesperacion; y queriendo deshacerse á cualquier precio del Niño recien nacido, tomó la bárbara resolucion de hacer pasar á cuchillo á todos los niños de pecho, no dudando seria envuelto en la matanza general el que buscaba. Dió, pues, sus órdenes para ello, y mandó á todos sus oficiales que las ejecutaran so pena de la vida: en consecuencia de esto se repartieron compañías de soldados por todas las ciudades, villas y aldeas, sin que se supiese á qué fin se hacia este nuevo repartimiento de tropas. Se publicó al principio que el Rey queria saber á punto fijo los niños varones de dos años abajo que habia en aquel territorio. Luego que se supo el número y cuántos habia en cada familia, los soldados tuvieron órden de degollarlos á todos, sin perdonar á uno solo, y esto so pena de la vida. Esta órden bárbara se ejecutó con la mayor exactitud, y el mismo dia en pocas horas fueron sacrificadas todas aquellas inocentes víctimas. El número fue muy crecido, no solo en Belen, sino tambien en todas las ciudades y pueblos vecinos. La sangre corria á arroyos: no hubo casa ni choza que no fuese un lugar de suplicio, rociado con aquella sangre inocente.

San Gregorio Niceno y san Agustin emplearon toda su elocuencia en pintarnos la crueldad de estos soldados en esta horrible ejecucion; los gritos lamentables de las madres que miraban arrancar de su seno á los que poco antes habian dado á luz: las crueles heridas de los niños que eran despedazados inhumanamente, antes que hubieran podido cometer algun delito; finalmente, la gloria de su muerte y de su martirio; pues morian, no solo por Jesucristo, sino tambien en lugar de Jesucristo. Estos niños son degollados en lugar de Jesucristo, dice san Agustin, y la inocencia logra la dicha de morir por la justicia: *Occiduntur pro Christo parvuli, pro justitia moritur innocentia.* Son las flores de los Mártires, continúa el mismo Padre, y las primeras yemas de la Iglesia, que el ardor de la mas cruel pasion hizo brotar en medio del invierno de la infidelidad; y que se las llevó el hielo de la persecucion: *Flores martyrum, et primas erumpentes Ecclesiae gemmas, quas in medio infidelitatis frigore exortas, persecutionis pruina decoxiit.* Feliz odio del mas bárbaro Rey,

exclama el mismo Padre: mas ventajoso has sido tú para estos niños, que lo hubieran sido los mas señalados favores del Monarca: *Ecce profanus hostis numquam beatis parvulis tantum prodesse potuisset obsequio, quantum profuit odio.* ¡Qué dicha la vuestra, inocentes víctimas, dice san Cipriano, ser confundidos con Jesucristo, y arrancados del pecho de vuestras madres para ser degollados en su lugar! Habeis sido bautizados en vuestra sangre, dice san Crisólogo, como vuestras madres lo fueron en sus lágrimas. Estos son los verdaderos mártires de la Gracia, que confiesan sin hablar, que mueren y triunfan sin conocer el precio ni el mérito de su victoria. Dios os guarde, flores de los Mártires, canta el poeta Prudencio, que al nacer el dia habeis sido robados por el perseguidor de Jesucristo, como aquellos tiernos botones de las rosas que un furioso torbellino se lleva cuando empiezan á abrirse y desplegarse. Si me preguntais, dice san Bernardo, por qué acciones merecieron ser coronados estos santos Inocentes, preguntadle á Herodes por qué delitos fueron condenados á muerte. La bondad de Jesucristo, Salvador nuestro, ¿tendrá menos poder que la malicia del cruel Herodes, para que este haya podido quitar la vida á unos inocentes, y el Salvador no haya podido coronar á los que murieron por él?

Algunos han sido de parecer que el número de estas inocentes víctimas ascendia á ciento cuarenta y cuatro mil, fundados en que san Juan en su Apocalipsis, hablando de las almas inocentes y castas que siguen al Cordero á cualquiera parte que vaya, pone este número; pero el erudito Salmeron en sus Comentarios dice, que fueron catorce mil; y añade, que los cristianos de Etiopia, llamados los abisinios, señalan este número en el cánon de la misa. Genebrardo dice asimismo que los griegos señalan este mismo número en su calendario, y esta opinion es mas probable.

Estos santos niños sacrificados de este modo al furor y á los celos de un tirano, que pretendia vengarse en ellos de un rey que creia haber nacido para quitarle la corona, han sido mirados siempre en la Iglesia como verdaderos Mártires de Jesucristo. La Iglesia solo nos advierte que dieron testimonio en favor de la verdad, no por el órgano de la palabra, sino por la efusion de su inocente sangre: tambien nos dice en sus oficios que murieron únicamente por la causa de Jesucristo, que se intentó hacerlos morir en su lugar, y que se creyó quitarle la vida á él, degollándolos á ellos. San Ireneo ensalzó la gloria de su martirio con unos elogios los mas encarecidos; y muchos creen que su fiesta se celebraba ya en tiempo de los Apóstoles:

Bene ergo et secundum voluntatem Dei sancti patres eorum memoriam celebrari mandaverunt sempiternam. Este pasaje se encuentra en las homilías atribuidas á Orígenes. Como se ignora el dia de su muerte, la Iglesia ha destinado para su fiesta el 28 de diciembre, para acercarla cuanto es posible al nacimiento del Salvador. Se asegura que en el sexto siglo el emperador Justiniano el Jóven mandó edificar en Constantinopla una iglesia en honra de los santos Inocentes, y que en ella se guardaba uno de sus cuerpos, el que se exponia á la pública veneracion. Se ve al presente uno todo entero en la célebre abadía de San Dionisio en Francia, en una cuna de ramas de palma, metida en una caja de plata sobredorada, el que fue donado á esta abadía por el emperador Carlo Magno: otro en la iglesia de los Inocentes de Paris, con su carne y sus huesos, puesto en una urna de cristal, guarnecida de plata, costeado por la munificencia del rey Luis XI; otro en el relicario de la iglesia catedral de Valencia en España, tambien entero; otro en el famoso monasterio del Escorial, sitio real de los reyes de España.

Adicion.

En tiempo del Sermo. rey de Aragon D. Juan I de este nombre, el dux de Venecia, cuya señoría de muy antiguo poseia algunos de los sagrados cuerpecitos, envió al mismo rey D. Juan un cuerpecito de los dichos Santos. Recibiole el Rey con gran contento; pero la reina Yolante, su mujer, le rogó que le diese á los conselleres de la ciudad de Barcelona, con la condicion empero, que le pusiesen en la iglesia catedral, y que de allí ni todo, ni parte de él se pudiese sacar. Hízolo así el Rey; y todavía subsiste en la misma iglesia catedral en un altar á la izquierda dél presbiterio. De todo se hizo auto en el año de 1388, el cual obra en el archivo del cabildo, en el número 31 de los privilegios de los Reyes. *(Domenech).*

La Misa es en honor de los santos Inocentes, y la Oracion la siguiente:

Deus, cujus hodierna die praeconium Innocentes martyres, non loquendo, sed moriendo confessi sunt: omnia in nobis vitiorum mala mortifica: ut fidem tuam, quam lingua nostra loquitur, etiam moribus vita fateatur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, cuya gloria han confesado este dia los santos Inocentes, no con sus palabras, sino con su sangre y su muerte; haced que mueran en nosotros todas las pasiones y vicios, para que nuestra vida y costumbres sean una confesion continuada de la fe que confesamos con la lengua. Por Nuestro Señor, Jesucristo, etc.

La Epístola es el del capítulo XIV *del Apocalipsis de san Juan.*

In diebus illis: Vidi supra montem Sion agnum stantem, et cum eo centum quadraginta quatuor millia, habentes nomen ejus, et nomen Patris ejus scriptum in frontibus suis. Et audivi vocem de coelo, tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitrui magni: et vocem, quam audivi, sicut citharaedorum citharizantium in citharis suis. Et cantabant quasi canticum novum ante sedem, et ante quatuor animalia, et seniores: et nemo poterat dicere canticum, nisi illa centum quadraginta quatuor millia, qui empti sunt de terra. Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati: virgines enim sunt. Hi sequntur Agnum quocumque ierit. Hi empti sunt ex hominibus primitiae Deo et Agno; et in ore eorum non est inventum mendacium: sine macula enim sunt ante thronum Dei.

En aquellos dias: Ví al Cordero que estaba en pié sobre el monte Sion, y con él á ciento cuarenta y cuatro mil personas que tenian su nombre, y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo, como el ruido de muchas aguas, y como el estallido de un gran trueno. Y la voz que oí era como de músicos que tañian sus arpas. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro animales y los ancianos, y ninguno podia cantar este cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero donde quiera que fuere. Estos han sido comprados de entre los hombres para ser las primicias de Dios y del Cordero: y en su boca no se halló la mentira; porque están sin mancha ante el trono de Dios.

REFLEXIONES.

La inocencia es el mas bello adorno del alma: Dios no tiene sus complacencias sino en los corazones puros y en las almas inocentes. La pureza arrebata hácia sí el corazon de Dios. Bienaventurados los limpios de corazon, dice el Salvador, porque ellos verán á Dios. Esto no se entiende solamente en el cielo: á las almas castas gusta Dios comunicarse desde esta vida, dándolas la inteligencia de los mas sublimes misterios y de lo mas oculto que hay en la divinidad. La fe es oscura, es verdad; pero para quien lo es sobremanera, es para esos corazones corrompidos, para esas almas sepultadas en la carne, para esas almas á quienes el deleite embrutece, y á quienes el placer hace totalmente terrenas. Pero las luces de la fe entran fácilmente á alumbrar un corazon exento de esas espesas nieblas, de esos vapores impuros y malignos que exhala la corrupcion. La impureza ofusca los ojos del alma, apaga la luz sobrenatural de la gracia, y deja el espíritu y el corazon en una espantosa noche. ¿De dónde han nacido esas revoluciones pasmosas y repentinas que ha habido en materia de religion? Ha doscientos años que la fe cristiana estaba

tan floreciente en esas regiones afortunadas en donde respiraba la sencillez, la piedad y la inocencia, y en donde el dia de hoy reina el cisma y la herejía. Los Wiclefes, los Luteros, los Calvinos sembraron en ellas el veneno de sus errores, y todo se pervirtió. ¿De dónde ha venido esta deplorable mudanza y trastorno? ¿con qué artificios, con qué sutilezas ha hecho la herejía tan grandes y rápidas conquistas? Los pueblos perdieron la inocencia, pues no hay que extrañar perdiesen tan pronto la fe. No son los sofismas, ni los artificios de las cabezas de partido, á quienes la herejía debe sus progresos; á quien debe el error todas sus victorias, es á la corrupcion de las costumbres, á la disolucion, á la impiedad. ¿Se desterró la inocencia? La fe será bien presto proscrita. Un sacerdote, un religioso se halla mal con el celibato; bien presto gritará contra el Papa: súbase hasta el primer principio del cisma, hasta el primer orígen y causa de la revolucion contra la Iglesia, y se hallará infaliblemente que la corrupcion del corazon fue el primer móvil. La ley de la continencia se hace demasiado pesada; pues la fe perderá luego su vigor, y se debilitará.

El Evangelio es del capítulo II *de san Mateo.*

In illo tempore: Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Aegyptum: et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim, ut Herodes quaerat puerum ad perdendum eum. Qui consurgens, accepit puerum, et matrem ejus nocte, et secessit in Aegyptum: et erat ibi usque ad obitum Herodis, ut adimpleretur quod dictum est à Domino per prophetam, dicentem: Ex Aegypto vocavi Filium meum. Tunc Herodes videns quoniam illusus esset à Magis, iratus est valde, et mittens occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem et in omnibus finibus ejus, à bimatu et infra, secundum tempus, quod exquisierat à Magis. Tunc adimpletum est quod dictum est per Jeremiam prophetam dicentem: Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus: Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.

En aquel tiempo: El Angel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate, y toma al niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise. El cual levantándose, tomó al niño y á su madre de noche, y se retiró á Egipto, y estaba allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el Profeta, que dice: Llamé á mi Hijo del Egipto. Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera, é hizo matar á todos los niños que habia en Belen y en todos sus contornos, de dos años y de ahí abajo, conforme al tiempo que habia averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo que estaba dicho por el profeta Jeremías: Oyóse en Rama una voz, mucho llanto y gemidos: Raquel que llora á sus hijos, y no quiso consolarse porque no existen.

MEDITACION.

Sobre la fiesta de los santos Inocentes.

Punto primero. — Considera cuán admirable es la divina Providencia, cuán limitados nuestros conocimientos, cuán cortas nuestras medidas, cuán falible nuestra prudencia, y cuán poco seguros nuestros designios. Dios se burla de las medidas que toman los hombres, cuando los hombres quieren apostárselas á Dios, y cuando pretenden con una loca é impía ambicion trastornar el órden de la divina Sabiduría. Herodes asustado al oir que el Mesías ha nacido, toma la resolucion de deshacerse de él: consulta, se informa del tiempo, del lugar, de las circunstancias de este divino Niño; y para conseguir su detestable designio determina hacer degollar á todos los niños de su edad; no repara, ni en la inocencia de estas jóvenes víctimas, ni en los gritos y lágrimas de sus madres, ni en la desolacion lamentable del pueblo. El deseo de hacer morir al Salvador del mundo le hace atropellar por toda justicia, por todo sentimiento de humanidad: prudencia humana, ¡qué insensata eres cuando quieres ir contra los divinos consejos! Por poco que Herodes hubiera reflexionado, ¿no hubiera comprendido la necedad que era pretender hacer inútiles los decretos divinos, haciendo morir al que venia para darnos la vida? Pero no hay cosa que ciegue mas que la pasion. Este Rey bárbaro hace degollar un número prodigioso de niños, sin incluir en esta horrible matanza al que busca; pero ¡qué dicha la de estos Inocentes! Este impío tirano se hace el oprobio y la execracion de todo el universo, y procura á estas inocentes víctimas una gloria eterna. Los hace los primeros mártires del Salvador, y los únicos que mueren por Jesucristo recien nacido; su sangre y su muerte dan un testimonio el mas ruidoso del Mesías. Tambien nosotros podemos, sin hablar, dar un testimonio en su favor con nuestra modestia, con nuestra santidad y nuestra inocencia. Nada ensalza mas, nada hace mas gloriosa nuestra Religion que la pureza de nuestras costumbres.

Punto segundo. — Considera la desolacion y estragos que hace en una alma una pasion violenta. La ambicion, el temor de perder un reino ciegan de tal modo á Herodes, que se deja llevar á los últimos excesos de rabia, de crueldad y furor. ¡Cuán de temer es, Dios mio, una pasion violenta en una alma que tiene poca religion! Bien pronto traspasará esta alma todos los límites. Razon, decencia, inte-

rés propio, honra, hacienda, quietud, salud, todo se sacrifica á una pasion que domina. Ella corrompe el mas bello natural, aniquila la mas racional educacion, embrutece el espíritu mas eminente, apaga los sentimientos mas cristianos. ¿Se hubiera creido jamás que un rey pudiese llegar á unas extremidades como las que acabamos de decir? Otro Herodes se deja dominar de la pasion de la impureza: por mas que estima, y aun respeta á san Juan Bautista, hace traer la cabeza de este santo Profeta estando en un suntuoso y delicioso festin. La ambicion domina al Herodes de nuestro Evangelio. Queria, si le fuera posible, hacer perecer á su sucesor: sacrifica á su ambicion sus propios hijos de miedo no le sucedan. Finalmente, el nuevo nacimiento de un nuevo Rey de los judíos, que conoce bien debe ser el Mesías prometido, asusta é inquieta su ambicion; y no escuchando sino á su pasion, hace pasar á cuchillo en Belen y en sus alrededores á todos los niños pequeños, esperando neciamente que este nuevo Rey, que este Mesías niño no podrá escaparse de esta matanza. ¡Qué insensato es el hombre, Dios mio, qué extravagante cuando se imagina que puede trastornar vuestros designios y el órden de vuestra providencia! Herodes hace una cruel carnicería en estos inocentes, y hace de ellos otros tantos gloriosos mártires, y se escapa de su furor Jesucristo, que es el único á quien busca. Herodes viene á ser el mas aborrecido, el mas despreciado, el mas desdichado de los mortales. Cansado de vivir tan infeliz, quiere darse él mismo la muerte: no consigue sus deseos; pero es para que sufra mas largo tiempo el mas doloroso, el mas terrible y el mas ignominioso de todos los suplicios. Su cuerpo se pudre vivo, sus carnes se convierten en gusanos, y por espacio de mas de dos años no fue este Rey sino un cadáver podrido, comido de gusanos, y mas hediondo y horrible que un cuerpo muerto que cae hecho pedazos en un sepulcro. ¡Oh, y qué cortas son nuestras providencias, qué caducas nuestras medidas y qué vanos nuestros designios cuando no tienen otro apoyo que la pasion!

Haced, Señor, que toda mi prudencia, mi sabiduría, mis fines y mis designios sean agradaros con la pureza de mis costumbres, con mi sumision á vuestras órdenes, con mi fidelidad en vuestro servicio, y con el cumplimiento de todas las obligaciones de mi estado.

Jaculatorias. — El Señor tiene contados los dias de las almas inocentes, y hará que gocen eternamente de la herencia que les ha destinado. (*Psalm.* xxxvi).

Dichosos los que caminan por las sendas de la inocencia, sin otra guia que la ley del Señor. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 La inocencia es la base del verdadero mérito. Las mas bellas cualidades bastardean, las virtudes se empañan, el entendimiento mas despejado se anubla, se llena de tinieblas, y se convierte en una oscura noche con la corrupcion de las costumbres. No es menester otra prueba de esta triste verdad, que la que nos presenta la experiencia de todos los dias. De nada cuides tanto como de vivir en esta inocencia, de conservar este precioso tesoro, y poner esta delicada flor al abrigo de los vientos. Un vapor, un vaho demasiado grande la marchita: huye con cuidado de todo lo que puede serte nocivo. Ama el retiro, evita las compañías mundanas, donde no se respira sino un aire contagioso. Ten una particular devocion á los santos Inocentes, y pídele á Dios por su intercesion que te conserve en la inocencia.

2 Procura seguir en todo el órden de la divina Providencia; y nada temas tanto como el oponerte á su economía con sutiles y malignos artificios. Para esto somete á la divina Providencia todos tus deseos, intentos y designios. No consultes sino la voluntad de Dios en cuanto emprendieres: no busques sino su gloria, y con esto buscarás y obrarás tu salvacion.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de santo Tomás, obispo y mártir, en Cantorbery; al cual por defender la justicia y la inmunidad eclesiástica, dieron muerte unos impíos facinerosos en su misma iglesia. *(Véase su historia en las de hoy).*

El santo rey y profeta David, en Jerusalen. *(Vease su historia en las de hoy).*

La muerte gloriosa de san Trófimo, en Arles de Francia, de quien hace memoria san Pablo escribiendo á Timoteo (« Y á Trófimo lo dejé enfermo en « Mileto, » *cap.* IV, *v.* 20); el cual consagrado obispo por el mismo Apóstol, fue el primero que en aquella ciudad predicó el Evangelio de Cristo: de cuya predicacion como de una fuente, segun escribe san Zosimo, papa, manaron los arroyos de la fe por toda la Francia.

Los santos mártires Calixto, Félix y Bonifacio, en Roma.

Los santos mártires Domingo, Víctor, Primiano, Liboso, Saturnino, Crescencio, Secundo y Honorato, en África.

San Crescente, discípulo del apóstol san Pablo, y primer obispo de Viena en Francia, en la misma ciudad.

San Marcelo, abad, en Constantinopla. *(El Órden de los Acemetas, del cual fue abad san Marcelo, se diferencia de otros de los Basilios solo en la regla particular de que cada monasterio está dividido en varios coros, que sucediéndose el uno al otro continúan noche y dia sin interrupcion los oficios divinos: de cuya circunstancia derivaron su nombre, que significa en griego,* sin sueño. *Era san Marcelo natural de Apamea en Siria, de familia noble y rica; y habiendo estudiado las sagradas ciencias, dió á los pobres todo su patrimonio antes de tomar el hábito de los Acemetas. Por los años de 465 Studio, caballero que habia sido cónsul en el de 463, fundó para él y sus monjes un gran monasterio dentro de Constantinopla, cerca de la Puerta Aurea, en el cual se dice haberse llegado á juntar mil monjes á un tiempo. Llamada esta casa con el título mismo de su fundador, principiaron los Acemetas á llamarse generalmente* Studitas. *Marcelo asistió al concilio de Constantinopla, convocado por san Flavian contra Eutiques, cuya herejía condenó nuestro santo Abad con los prelados que compusieron aquella venerable asamblea. Murió en el año de 485, ó en el de 486, y es honrado en este dia tanto por griegos como por latinos.* Butler).

San Ebrulfo, abad y confesor, en una aldea de Hiesmes, en tiempo del rey Childeberto. *(Nació de ilustre cuna en Bayeux en el año de 517. Enamorado el rey Childeberto I de sus virtudes, le elevó á diferentes puestos de honor y autoridad, é hizo ver con su ejemplo que un cristiano puede vivir tambien en el mundo sin ser de él en espíritu, y poseer riquezas sin ser poseido de ellas. Importunado de sus amigos casó con una mujer virtuosa, y con la lectura de vidas de Santos se inflamaban mutuamente en el deseo de abandonar el mundo. Convinieron, pues, en una separacion, y ella tomó el velo en un convento, mientras él, después de distribuir toda su hacienda á los pobres, se refugió á un monasterio de la diócesis de Bayeux. Aspirando á una vida aun mas perfecta, se retiró luego en compañía de otros tres á la parte mas remota del bosque de Ouche, en la diócesis de Lisieux, que solo habitaban fieras y ladrones. A consecuencia de esto muchos de los ladrones, exhortados por el Santo, mudaron de vida, y se quedaron en su compañía, ocupándose en labrar aquella tierra. Aumentando diariamente el número de los que deseaban vivir bajo su direccion, se vió obligado á erigir un monasterio en Ouche en Normandía, y luego fundó otros quince monasterios mas de monjes y de monjas, de los cuales fue siempre el suyo el principal, y que gobernó por sí mismo. Acostumbraba á exhortar á todos al trabajo, diciéndoles que debian ganar su sustento con sus obras, y con sus servicios el cielo. Cerró sus ojos al mundo en el año de 596, y su cuerpo fue sepultado en la iglesia de San Pedro, edificada por él mismo.* Butler).

SANTO TOMÁS, ARZOBISPO DE CANTORBERI, Y MÁRTIR.

Santo Tomás era inglés, de una familia distinguida por su nobleza antigua y por su piedad. Nació en Londres á 21 de diciembre del año 1117. Sus padres le pusieron el nombre de Tomás, por haber nacido el dia de este santo Apóstol. Su padre, llamado Gilberto Becket, siendo todavía jóven se cruzó por devocion, é hizo el viaje de la Tierra Santa con otros caballeros ingleses para servir en la guer-

ra contra los infieles. Habiendo caido en una emboscada de sarracenos visitando los Santos Lugares, fue preso y hecho esclavo el año de 1114. Sus bellas prendas le merecieron una particular atencion de su señor, que era uno de los primeros oficiales de su nacion, y le hicieron amar de la hija única de aquel emir, la que embelesada con lo que le habia oido decir de nuestra Religion, deseó hacerse cristiana. Habiéndose escapado Gilberto de su prision, al cabo de diez y ocho meses, la hija del emir huyó de la casa de su padre, dejó su país, y vino á Inglaterra á encontrar á Gilberto. El obispo la bautizó, y la puso el nombre de Matilde: la que habiendo casado con Gilberto, fue madre de nuestro Santo, á quien crió con el mayor cuidado en el espíritu y máximas de la religion cristiana, siendo ella misma el ejemplo de las señoras cristianas. De ella con especialidad aprendió Tomás á honrar con ternura á la santísima Vírgen, á quien hizo escogiera por su singular patrona, y de quien fue tan devoto toda su vida.

El jóven Tomás sacó del vientre de su madre las mas bellas prendas, las que fueron cultivadas con una dichosa educacion. Tenia un entendimiento vivo y despejado, un juicio sólido, y una memoria que conservaba tenazmente cuanto se la confiaba. Su aire, su vivacidad, sus modales se llevaban tras sí á todos. Vuelto su padre del segundo viaje de la Tierra Santa, le puso de pensionista en un monasterio para formarle en los principios de la Religion, y en los ejercicios de la piedad cristiana. Hizo allí tantos progresos en la virtud como en las letras humanas, en las cuales salió muy hábil. Era el honor y la gloria de sus maestros, y daba á conocer lo mucho que se aprovechaba de los cuidados que empleaban en su educacion, cuando perdió á su padre y á su madre cási á un mismo tiempo. A los veinte y un años de su edad se vió abandonado á sí mismo; pero sin embargo de los malos ejemplos que veia, supo usar bien de su libertad. Fué á París á continuar sus estudios, donde se distinguió, especialmente en la ciencia del derecho.

Sus padres le habian dejado muchas virtudes, pero pocos bienes. Habiéndole tomado un señor principal por su secretario, quiso que le acompañara en todas sus diversiones. La caza fue donde mas gusto hallaba; pero Dios hizo un milagro para sanarle de esta pasion. Un dia que cazaba al vuelo, ó de cetrería, á la orilla de un rio, habiendo su halcon hecho meter en el rio á una ánade á quien perseguia, y habiéndose metido en el agua con ella, el temor de perderle le hizo arrojarse al rio, sin advertir el peligro á que se exponia por

libertar á su halcon: la corriente del agua le llevó hasta un molino, donde iba á ser estrellado contra el rodezno, cuando por un milagro visible el rodezno paró de repente hasta que Tomás fue sacado del agua. Reconoció el favor de una proteccion tan visible, y renunció todas estas diversiones, aplicándose desde entonces á ocupaciones mas serias. Sin embargo de la reputacion que adquirió en la administracion de los negocios civiles, se disgustó de ellos, y no pudiendo su rectitud sufrir las vejaciones y las injusticias que veia, se arrimó á Teobaldo, arzobispo de Cantorberi; quien reconociendo en él un ingenio sobresaliente y un gran fondo de piedad, le empleó en el despacho de los mayores negocios de su diócesi. Envióle á Roma por negocios muy delicados, pero Tomás nada emprendió jamás con que no saliera felizmente. Advirtiendo cada dia el Arzobispo mas mérito en su superintendente, creyó no podia hacer mayor servicio á la Iglesia que conquistarle un tan digno sugeto, y así le ordenó de diácono.

Era demasiado grande su mérito para no tener envidiosos. Rogerio, arcediano de Cantorberi, fue toda su vida su enemigo mortal. Tomás no le correspondió sino con una inalterable paciencia. Habiendo sido creado el arcediano arzobispo de York, Teobaldo dió á nuestro Santo el arcedianato, y proveyó tambien en él algun otro beneficio. El aumento de rentas solo sirvió para hacerle mas limosnero; tanto, que sus grandes limosnas le consiguieron bien pronto el nombre de padre de los pobres. Haciéndose cada dia mas visible el mérito del nuevo arcediano, el rey Enrique II quiso conocer y tratar personalmente á un ingenio tan extraordinario y de una virtud que era el objeto de los aplausos de toda la corte. Apenas hubo hablado con él, cuando conoció que su mérito era muy superior á su fama, y sin detenerse le hizo su canciller.

Jamás se vió ministro de Estado, ni tan celoso de los intereses de su Rey, ni tan deseoso del bien público. Jamás se sirvió del favor que lograba con el Rey sino para el alivio del pueblo: si el Rey le honraba con toda su confianza, el Canciller hacia á su reino feliz. El puesto que tenia en la corte no le hacia olvidarse del que tenia en su iglesia; y se veia el ministro de Estado mas prudente y mas hábil que hubo jamás, el eclesiástico mas ejemplar y mas perfecto que jamás se ha visto en Inglaterra. Empleaba el dia en el despacho, y pasaba la mayor parte de la noche en oracion: tan modesto y tan mortificado en la corte, como el mas fervoroso religioso en el claustro; y si despues de sus largas oraciones le obligaban á tomar algunos mo-

mentos de descanso, no dormia en la cama que tenia de perspectiva, sino en tierra. El mismo Rey le sorprendió alguna vez en este ejercicio de austeridad. Pocas noches se pasaban sin que maltratara su cuerpo con sangrientas disciplinas. La penitencia fue, por decirlo así, su pasion dominante; y la profusion y liberalidad con los pobres, á quienes jamás rehusó la limosna, hacian todas sus delicias.

Advirtiendo el Rey los prodigiosos talentos de su Canciller, y su raro mérito, le confió la educacion del príncipe Enrique su hijo. Nada omitió nuestro Tomás para hacer de él un rey segun el corazon de Dios: no se vió jamás educacion mas bella. Los servicios que Tomás hacia al Estado no se estrecharon á la familia real; envióle el Rey á Francia en calidad de embajador extraordinario; acompañó á Enrique á Guinea; y en todas partes dió pruebas visibles de cordura, de prudencia, de habilidad y de valor.

Mientras que el Canciller de Inglaterra brillaba tanto en la corte, y era la admiracion de las cortes extranjeras, el arzobispo Teobaldo dejo vacante por su muerte la silla de Cantorberi; desde luego todos pusieron los ojos en el Canciller: el mismo Rey creyó no podia encontrar sugeto mas digno; y así, lo mismo fue verle, que decirle le habia escogido para la primera silla de Inglaterra. Tomás se asustó al oir la propuesta del Rey: representóle su insuficiencia para un cargo que pedia otra virtud y otra ciencia que la que podia él tener. Estos humildes sentimientos, y toda su respetuosa representacion solo sirvieron para confirmar su eleccion. Viendo entonces que era preciso obedecer, dijo nuestro Santo: Señor, estoy muy seguro, que si Dios permite que yo sea arzobispo de Cantorberi, perderé bien pronto la gracia y el favor de V. M., y que el grande afecto con que ahora me honra, se convertirá en un odio implacable; porque las disposiciones con que veo á V. M. me dan sobrado motivo para temer ha de querer exigir de mí muchas cosas contrarias á los derechos de la Iglesia, y que no me permitirá concederos mi ministerio; lo cual servirá de pretexto á todos los que no me quieren bien para desacreditarme con V. M., y hacerme perder los frutos del celo y fidelidad con que hasta aquí le he servido.

El Rey pareció pasmarse al oir una respuesta tan libre; pero sin embargo perseveró en su resolucion, y como se hallaba en Normandía, le mandó pasase al instante la mar, y fuese á tomar posesion de su obispado; lo que se ejecutó por más súplicas y representaciones que hizo santo Tomás. Se juntó el clero en Londres en la abadía de Westminster, y todos confirmaron la eleccion del Rey, quedando To-

más elegido arzobispo de Cantorberi con general aplauso en presencia del jóven príncipe Enrique, su discípulo: luego fue conducido á Cantorberi, donde se ordenó de presbítero el sábado 2 de junio, y el dia siguiente fue consagrado obispo por el obispo de Winchester, con asistencia de otros catorce prelados mas, en presencia del Príncipe y de toda la nobleza.

Jamás se vió consagracion mas aplaudida, ni obispo que mantuviese mas dignamente su carácter. La alta dignidad á que nuestro Santo acababa de ser ensalzado no aflojó el espíritu de penitencia y de humildad del nuevo Prelado: apenas recibió el palio que el papa Alejandro III le envió, cuando abrazó la disciplina monástica regular del cabildo de su catedral, llevando el hábito religioso debajo del de prelado, y teniendo la vida mas austera. Se aplicó mas que nunca á mortificar su carne y sus sentidos con continuos ayunos, vigilias y otras mortificaciones corporales: se vistió asimismo un áspero cilicio, el que no se quitó en toda su vida. Lavaba los piés á trece pobres al amanecer, y daba de comer cada dia en su palacio á ciento y doce. Decia misa todos los dias con una devocion tan grande, que se comunicaba hasta á los asistentes; después de lo cual iba á visitar los hospitales y á otros pobres enfermos. Tenia tan arregladas en su casa las horas del oficio divino, las conferencias, y otros ejercicios de piedad, que vino á ser el ejemplo de las casas mas regulares; y si se habia hecho tan célebre siendo canciller, siendo arzobispo fue el modelo de los mas grandes y mas santos prelados de la Iglesia.

La ejemplar piedad y la constante regularidad del Pastor reformaron bien pronto el rebaño. En muy poco tiempo los abusos fueron abolidos, corregidos los desórdenes, y toda la diócesis mudó de semblante. No hacia mas que un año que el santo Prelado ocupaba la silla metropolitana cuando se vió precisado á pasar la mar para asistir al concilio de Tours, en que presidia el Papa. Todos los cardenales salieron á recibirle, y Alejandro III le recibió asimismo como á un prelado que era el ornamento de la Iglesia. El concilio pronunció anatema contra todos los usurpadores de los bienes de la Iglesia, y contra los obispos y monjes que no se opusieran á semejantes usurpaciones.

Vuelto santo Tomás á Inglaterra, fue recibido del Rey con unas demostraciones de honra y amistad todavía mayores que las que habia experimentado hasta entonces; pero este favor no duró mucho tiempo. El Rey llevó á mal que el Santo quisiera hacer dejacion del

empleo de canciller, y que hubiera ejecutado la disposicion del concilio de Tours, excomulgando á un señor, patrono de una parroquia; pero lo que acabó de exasperar al Rey contra el Santo fue la constancia con que defendió que los eclesiásticos no debian ser juzgados por los jueces seculares, sino por los obispos ó sus vicarios. El Rey miró esta pretension como una injuria de la autoridad real, y juntó una asamblea de obispos en Westminster, en la que el santo Arzobispo defendió con vigor los derechos de la Iglesia, y aunque la indignacion del Rey inclinó hácia sí á la mayor parte de los prelados, santo Tomás se mantuvo inflexible; pero en fin, movido de las lágrimas de la mayor parte, que no cesaban de rogarle y representarle que mirase por la quietud del Estado, y por la paz de la Iglesia, hubo de ceder y obligarse bajo de juramento á seguir la costumbre. Pero no estuvo mucho tiempo sin arrepentirse: su portacruz ó crucero, hombre piadoso y celoso, no temió echarle en cara que habia vendido á la Iglesia, y le habia sido traidor. La voz de este hombre, dice el cardenal Baronio, fue el canto del gallo que despertó á san Pedro. Nuestro Prelado detestó su cobardía, lloró su culpa, y se abstuvo de decir misa hasta que el Papa, que estaba en Sens, le hubo enviado la absolucion de su culpa. Creyó debia ceder á la tempestad, y retirarse á Francia, cerca del Papa; pero los vientos contrarios le obligaron á volverse á su iglesia, donde trabajó con mas celo que nunca. El Rey, siempre irritado contra el santo Prelado, suplicó al Papa nombrara por su legado al arzobispo de York, en lugar del de Cantorberi. El Papa lo rehusó mucho tiempo; pero temiendo las consecuencias que podrian resultar de no asentir á las instancias de un Rey irritado y violento, vino en ello por el bien de la paz; pero aunque transfirió la dignidad de legado apostólico al arzobispo de York, no le dió jurisdiccion alguna sobre el de Cantorberi, ni sobre alguno de sus sufragáneos.

El Rey, poco contento de esta exencion, le volvió á enviar el breve al Papa; y determinó hacer deponer al santo Arzobispo. Hizo amontonar varias acusaciones contra el Santo; convocó un parlamento en Nortanton, en el que fue obligado santo Tomás á comparecer como reo, y no como arzobispo; fue condenado en él por los obispos y señores; todos sus bienes fueron confiscados, y la confiscacion se puso en manos del Rey como por gracia. En medio de una tan violenta borrasca el Santo no perdió su tranquilidad y su paz. Se vió despojado de todo sin quejarse; y sabiendo que habia de haber una junta para deponerle, creyó que este dia iba á ser el último de su

vida. Dijo misa de san Esteban con el palio para disponerse á morir; y tomando él mismo el Sacramento con la cruz, se presentó ante el Rey, el cual tomó este procedimiento por un insulto. Recibió mil ultrajes en palacio; y habiéndole dicho que habia sido depuesto, oyó con serenidad su deposicion, y apeló á la Santa Sede. El santo Prelado, cargado de injurias por sus propios hermanos, insultado por los barones y cortesanos, y ultrajado de varios modos por los oficiales del Rey y por sus criados, salió de palacio muy gozoso por haber sido juzgado digno de padecer por la justicia. Pero habiéndole dicho que su vida no estaba segura, se huyó secretamente una noche, y pasó á Francia, donde fue muy bien recibido del rey, quien le ofreció su proteccion. El mismo acogimiento halló en el Papa, á quien le hizo una sencilla, pero verdadera relacion de todo lo que habia pasado, y le suplicó, que pues él solo habia sido la causa de la tempestad, se dignase admitir su dejacion; y sacando al punto el anillo episcopal de su dedo, se le presentó al Papa, y se retiró de la junta. Pero habiéndole hecho llamar el soberano Pontifice, alabó su celo y su piedad, le puso él mismo el anillo en el dedo, y le restableció en su silla; pero por no exasperar mas á Enrique, aconsejó al Santo se retirara á la abadía de Pontiñi, del Órden del Cister, esperando reconciliarle bien pronto con el Rey.

No se puede explicar el gozo que mostró el Santo al verse en este sagrado asilo después de tantos trabajos: aquí fue donde se entregó á todas las dulzuras de la oracion, y á todos los rigores de la penitencia. El rey de Inglaterra, irritado del favor que el Santo habia experimentado en Francia del Papa y del Rey, hizo confiscar todos sus bienes, y los de sus parientes y amigos, los desterró á todos de sus Estados, y los obligó, bajo de juramento, á ir á buscar al Santo en su retiro. Santo Tomás vió muy en breve llegar á Pontiñi esta tropa de gentes proscritas y desterradas por él, las cuales se le iban á quejar de su desgracia. El Santo se enternecio al ver este espectáculo: las lágrimas y los clamores de tantos inocentes fueron para él el mas cruel suplicio; pero su constancia quedó siempre invicta. El Rey cada dia mas furioso hizo grandes amenazas al Papa, diciéndole que llevaria su resentimiento hasta los últimos excesos; pero todo fue en vano. Restablecido Enrique de una peligrosa enfermedad, suplicó al Papa enviara á Inglaterra un legado *à latere* para terminar todas estas diferencias. Pero temiendo igualmente que el santo Prelado fulminase contra él desde Pontiñi los anatemas de la Iglesia, escribió una carta llena de amenazas al capítulo general del

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Cister, diciendo que si proseguian en dar asilo al santo Prelado, iba á echar de Inglaterra á todos los religiosos cistercienses. Luego que nuestro Santo tuvo noticia de esta carta, salió de Pontiñi, y se retiró al monasterio de Santa Columba.

No habiendo surtido efecto las proposiciones de paz que se le hicieron á Enrique, el rey de Francia compadecido de la larga opresion de nuestro Santo, determinó ser él mismo el mediador entre el Santo y su Rey, y hacer que volviera á ocupar su silla. Tuvo algunas conferencias con Enrique, que se hallaba en Normandía, y consiguió de él que se viera con el santo Prelado, el cual habiendo entrado en la junta donde estaba su Rey, se fué á echar á sus piés; pero este no se lo permitió, antes bien se bajó para levantarle: imploró su clemencia, y le dijo que dejaba toda su causa al arbitrio del Rey, como quedase salva la honra de Dios. Esta cláusula alteró al Rey, y le irritó; pero vuelto de su rebato, se serenó y se aplacó; y habiéndole hecho algunas proposiciones, que el Santo creyó no podia aceptar en conciencia, esta conferencia solo sirvió para aumentar el mérito del Prelado, y dar nuevo lustre á su paciencia, la que le fue bien necesaria en las humillaciones que tuvo que sufrir. Estando el rey de Inglaterra en Mont-Martre, le dijo al rey de Francia que echaba á un lado todos sus resentimientos, y que Tomás podia volverse á su iglesia. Un santo sacerdote, volviendo á Sens con el Santo, le dijo con espíritu profético que se habia tratado de la paz de la Iglesia en la capilla de los Mártires; pero que segun le parecia, la paz solo se lograria con su martirio; á lo que el Santo le respondió: Que nada deseaba tanto como que su sangre fuese el precio de esta libertad.

No habiendo podido el Rey conseguir la deposicion del arzobispo de Cantorberi, buscaba todos los medios de molestarle, y hacerle perder los derechos de su iglesia. Hizo coronar por el arzobispo de York al príncipe Enrique su hijo, resistiéndolo el Papa y el Primado; pero bien pronto se arrepintió de lo hecho. El Papa declaró al arzobispo de York por suspenso y excomulgado, y fulminó las mismas censuras contra todos los obispos que habian asistido á la coronacion del jóven príncipe; é hizo decir al rey de Inglaterra, que si no volvia la paz á la Iglesia se veria precisado á poner entredicho en todos sus Estados. El Rey, que estaba ya arrepentido de todas sus violencias, se rindió á las paternales amonestaciones del Papa. Dijo queria verse con el arzobispo de Cantorberi: se tuvo la conferencia en una gran pradería, que se llamaba el prado de los Traidores. Se concluyó la paz con mucha sinceridad por parte del Santo, y con grandes demos-

traciones de benevolencia de parte del Rey, el que no pudo dejar de derramar lágrimas de ternura cuando vió al Santo á sus piés. Habiéndose despedido el Arzobispo del Rey, y dado muchas gracias á todos los que le habian favorecido en Francia, se fué al puerto de Witsan en Picardía para pasar á Inglaterra. El arzobispo de York, su enemigo personal, y los otros obispos de su partido nada omitieron para hacerle perecer, ó á lo menos impedir el que desembarcara. Llegó felizmente á Sandwich, no léjos de Cantorberi, donde entró el dia siguiente 2 de diciembre, y fue recibido con aclamaciones y aplausos de todo el pueblo y de todo el clero, así secular como regular. Su entrada fue una especie de triunfo, y tuvo, al parecer, alguna semejanza con la de Jesucristo en Jerusalen, que fue seguida de su muerte pocos dias después.

Apenas el Santo habia llegado á su iglesia cuando el arzobispo de York y los obispos de Londres y Salisberi le enviaron á decir de parte del Rey que absolviera á todos los obispos que estaban entredichos ó excomulgados. Pero como no admitian las justas condiciones que el Santo les pedia, creyó no podia pasar adelante. Los tres prelados, autores y cabezas de la cábala, pasaron á Normandía á calumniar al Santo delante del Rey, á quien tuvieron la insolencia de decir, que desde que el Santo habia llegado á Cantorberi no habia hecho otra cosa que obrar y hablar contra la honra y el servicio de S. M., y contra las costumbres del reino. El Rey crédulo y todavía resentido contra el Santo, se arrebató hasta decir en presencia de toda su corte que maldecia á cuantos habia honrado con su amistad, pues no tenian valor para vengarle de un sacerdote que le ejercitaba y le daba mas sinsabores él solo que todos sus vasallos juntos. Cuatro de sus oficiales, Reinaldo de Ours, Hugo Norvilla, Guillelmo de Traci y Ricardo Breton, hombres sin conciencia y de una vida disipada, se obligaron allí mismo con juramento á ir á asesinar al santo Arzobispo.

El Santo, que habia tiempo no hablaba sino de su próxima muerte, se retiró á su iglesia á celebrar la gran fiesta de Navidad con su clero y su pueblo; predicó por la última vez, y les anunció su muerte como si hubiera tenido revelacion de ella; pasó las tres festividades en la iglesia de dia y de noche, ofreciéndose sin cesar en sacrificio con un fervor extraordinario: al otro dia de los Inocentes, 29 de diciembre, llegaron los asesinos á Cantorberi; y habiendo entrado en su cuarto, le hicieron unas proposiciones las mas escandalosas, sin tener para ello órden alguna del Rey. El Santo les respondió como

correspondia á un gran prelado y á un héroe cristiano. Mas aquellos impíos le dijeron al retirarse que su constancia espiritual le costaria la vida. No huiré, les dijo sonriéndose y con su mansedumbre ordinaria; esperaré tranquilamente la muerte, y me tendré por muy dichoso en morir por los intereses de la Iglesia. Habiéndose retirado á la iglesia después de esta mortificacion á cantar el oficio divino, vió muy luego rodeada la iglesia de soldados con los asesinos á su frente. Los religiosos y los clérigos se sorprendieron é hicieron ademan de cerrarla y defenderse, para lo cual se ofrecia el pueblo á ayudarles; pero el Santo lo estorbó diciendo que el templo del Señor no debia fortificarse ni guardarse como el campo de un ejército. Entonces, habiendo entrado los asesinos con espada en mano, empezaron á gritar: ¿Dónde está el traidor? ¿dónde está el Arzobispo? Á estos gritos, dejando el Santo su silla, y poniéndoseles delante, les dijo: Yo soy el arzobispo, pero no soy traidor: estoy sí pronto á morir por mi Dios, por la justicia y por la libertad de la Iglesia; pero con toda la autoridad que Dios me ha dado os conjuro que no hagais el menor mal á ninguno de mis religiosos, de mis clérigos ó de mi pueblo. Luego volviéndose hácia el altar, y juntando las manos, exclamó: Encomiendo mi alma y la causa de la Iglesia á Dios y á la Vírgen santísima, á los Santos patronos de este lugar, y á san Dionisio mártir. Apenas hubo dicho estas palabras cuando Reinaldo, uno de los asesinos, le descargó el primero un golpe de sable en la cabeza, con lo que el Santo cayó de rodillas cubierto todo de sangre, y al mismo tiempo dos de los otros asesinos le atravesaron sus espadas por el pecho; y al ir á espirar, el cuarto de estos malvados le rajó la cabeza, y le hizo arrojar los sesos sobre el pavimento. Así consumó su martirio este ilustre y santo Prelado, gloria de su nacion, y uno de los mas gloriosos ornamentos de su iglesia; murió el 29 de diciembre del año de 1170, á los cincuenta y tres de su edad, y el noveno de su obispado.

Toda la Europa mostró el dolor que le causaba la muerte del obispo de Cantorberi, y todo el mundo cristiano se horrorizó al oir el asesinato ejecutado en la persona del mas santo y mas eminente prelado de su tiempo. Su cuerpo, que se halló vestido de un áspero cilicio, muy mortificado con sus continuas penitencias, y consumido por sus muchos trabajos, fue enterrado en la iglesia sin ceremonia alguna. Los asesinos saquearon el palacio arzobispal, y consternaron toda la ciudad. Varios santos religiosos de Inglaterra, Francia y Palestina tuvieron revelacion de su muerte al mismo tiempo que sucedió.

La nueva de esta muerte consternó tanto al rey Enrique, que arrepentido de cuanto habia hecho, estuvo muchos dias sin comer ni beber, hecho un mar de lágrimas. Envió al instante embajadores al papa Alejandro III que le protestaran que este asesinato se habia ejecutado sin preceder la menor órden suya: que confesaba que él habia sido la causa y el motivo por una palabra indiscreta que se le habia soltado, y que se sujetaba á la penitencia que gustase imponerle. El Papa envió dos legados para informarse de lo acaecido, los que viendo que el Rey á todo se sometia, le impusieron una penitencia pública proporcionada al delito: y habiendo ido después á la puerta de la iglesia, se postró en tierra, y bañado en lágrimas, recibió la absolucion de los legados en presencia del clero y del pueblo.

Se miró esta conversion del Rey como uno de los primeros milagros del Santo, al que se siguieron otros muchos estupendos que se obraban todos los dias en su sepulcro; lo que obligó al papa Alejandro III á canonizarle solemnemente tres años después de su muerte, habiendo precedido todas las formalidades ordinarias. Por sincero que fuese el arrepentimiento de Enrique, sin embargo no dejó Dios de vengar la muerte del Santo de un modo muy terrible. La espada de la disension desde entonces no salió de su familia. Los dos príncipes sus hijos se rebelaron contra él, y trajeron á su partido al conde de Flandes y al rey de Escocia. Se vió á pique de ser destronado, y aun de perder la vida. Pero comprendiendo de dónde le venian tantas desdichas, determinó expiar su pecado con una penitencia pública. Habiendo hecho juntar un gran número de obispos en Cantorberi, se presentó ante ellos con los piés descalzos, con un vestido ordinario y sin séquito. Habiendo llegado al sepulcro del Santo, bañado en lágrimas, y prorumpiendo en grandes sollozos, se postró con el rostro en tierra, confesó públicamente su pecado, pidió perdon á Dios y al Santo; luego descubriéndose las espaldas, quiso que todos los prelados le diesen cinco golpes de disciplina, y mas de ochenta religiosos cada uno tres; pasando en vela, en oracion y en ayuno lo restante del dia y de la noche siguiente. Se olvidó para siempre de las injustas pretensiones que habian sido el asunto de su querella contra santo Tomás, y aumentó los derechos y rentas de su iglesia. Dios aceptó su penitencia. El rey de Escocia fue vencido y hecho prisionero, y los dos Príncipes sus hijos vinieron á echarse á sus piés para implorar su clemencia. Los asesinos fueron asaltados de un terror continuo que les hizo pasar el resto de sus dias en una especie de frenesí que no los dejó hasta la muerte, y todo el mundo fue testigo de

su terrible suplicio. El rey de Francia, Luis el Jóven, fué en persona al sepulcro de santo Tomás á pedirle la salud de su hijo primogénito, que fue después Felipe Augusto. San Luis dió á la abadía de Royaumont la cabeza del Santo, la que obtuvo del rey de Inglaterra. Enrique VIII, habiéndose rebelado contra la Iglesia, recibió tanta aversion á nuestro Santo, que cometió la impiedad de hacer quemar sus santas reliquias.

SAN DAVID, REY Y PROFETA.

Fue David natural de Belen, hijo de Isaí ó Jesé, de la tribu de Judá, la mas honrada entre los israelitas. El nombre de David quiere decir *escogido*, y así lo fue de Dios, y puesto en lugar de Saul, que le salió rebelde. Y para esto, siendo aun pequeño, fué por mandado de Dios el profeta Samuel á casa de su padre en Belen, á ungirle por rey, donde por ser el menor entre ocho hermanos, le tenian en poco; y pretextando el Profeta un sacrificio, convido a Isaí y á su familia al banquete, que de ordinario se hacia despues del sacrificio, y pidió que le presentara sus hijos. El mayor de ellos de edad ya madura y de presencia gallarda, fue el primero que compareció: el Profeta al verle creyó que este era el escogido de Dios; pero el Señor le dijo: «No mires á su presencia, ni á su grande estatura, por-«que yo le he desechado.» El hombre juzga por las apariencias; mas el Señor ve lo profundo del corazon. Llamó Isaí á su segundo hijo, y en seguida á los otros cinco. Dios reveló al Profeta que á ninguno de aquellos escogiera, y preguntó Samuel á Isaí si le quedaba otro hijo: respondió el padre que sí, aunque era un niño, que apacentaba las ovejas. «Hacedle venir, repuso Samuel, pues no nos sen-«tarémos á la mesa hasta que venga.» Isaí le envió á buscar; y compareció un jóven de quince años, de blonda cabellera y de hermosa presencia: David su nombre. Entonces dió á entender el Señor al Profeta que este era á quien destinaba para rey. Por lo cual le ungió sin mas testigos que su padre y hermanos [1].

Desde aquel instante el espíritu del Señor posó en David y aban-

[1] La Escritura no dice si el Profeta les declaró lo que significaba aquella uncion, ni si se lo declaró en particular á David, como habia hecho á Saul cuando le consagró rey. Sea de esto lo que fuere, un asunto tan importante y de tan grandes consecuencias quedó sepultado en un profundo secreto. Samuel después de haber obedecido á Dios, se retiró; y David, después de haber sido consagrado rey de Israel, vuelve á sus ovejas. Esta uncion dió á David el derecho al reino de Israel; pero no la posesion, á la que no llegó sino después de la muerte de Saul, y á costa de muchos sufrimientos y trabajos. Se pretende que en esta ocasion compuso David el salmo XXVI, y que tiene por título: *Salmo de David antes de ser ungido.* (Scio, *not.*).

donó á Saul. Al mismo tiempo se apoderó de este Príncipe un espíritu maligno, que le atormentaba, permitiéndolo el Señor, para que se enmendase y tuviese dolor de sus desobediencias y pecados. Sus cortesanos aconsejaron al malaventurado Monarca que oyese la suave armonía de los instrumentos músicos para templar la agitacion de su espíritu; añadiéndole, que uno de los hijos de Isaí, de Belen, tocaba el arpa con perfeccion, que era un jóven de semblante agraciado, apto para la guerra, muy fuerte y de un saber superior á sus años, añadiendo que se llamaba David, y que el Señor estaba con él. Saul mandó decir á Isaí que le enviase su hijo: David se presentó al Rey, que le cobró mucho cariño y le hizo su escudero. Y cuando el espíritu maligno arrebataba á Saul, tomaba David el arpa, y tañia con su mano, y el Monarca se sentia mejor, porque se retiraba de él el espíritu malo.

Por ocuparse Saul en guerras con los filisteos, pudo David volver á casa de su padre, y de ella al ganado. Mas, alargándose la guerra, á la cual habian acudido los tres hijos mayores de Isaí en los reales de Saul, llamó Isaí á David del ganado, y envióle con provisiones á que visitase á sus hermanos. Habíanse aproximado tanto los ejércitos de una y otra parte que solo los dividia un valle, y estando David con sus hermanos, vió á un fiero gigante filisteo llamado Goliat, que armado de piés á cabeza conforme á su estatura de seis codos y un palmo [1], se presentaba en medio de los reales y desafiaba á particular batalla al Rey y á todos los israelitas que estaban en el campo, con la condicion empero de que el pueblo del vencido se sujetase al pueblo del vencedor. No habia quien se atreviese á aceptar el desafío de un guerrero cuya sola vista infundia el espanto, aunque el Rey prometió una hija suya por mujer, con otros aventajados premios al que le venciese. Dió muestra pública David de que él saldria contra el gigante. Venido el ofrecimiento del jóven David á noticia del Rey, y traido á su presencia, viéndole dispuesto á ejecutarlo, y que presumia de matar al gigante, para lo cual traia en su favor y abono, haber peleado y muerto leones y osos estando guardando los ganados de su padre: el Rey aceptó su oferta, y le mandó dar sus armas, y de ellas fue armado; mas no pudiendo manejarlas, por no estar acostumbrado, se las desnudó, y las devolvió al Rey. Tomó su cayado, escogió del torrente cinco guijarros que metió en el zurron pastoril, y con la honda en la mano fué donde estaba el gigante filisteo. Sintióse mucho este viendo á un mancebo con semejantes armas:

[1] Que corresponden como á trece palmos de los nuestros. (Scio, *not.*).

«Soy acaso algun perro, le dijo, para que vengas contra mí con un «palo? Ven acá, y yo daré tus carnes á las aves del cielo, y á las «bestias de la tierra. — Vengo, respondió David, en el nombre del «Señor de los ejércitos, del Dios de los escuadrones de Israel, á los «cuales has insultado hoy, y con su favor te mataré y quitaré la ca- «beza, y de tu cuerpo sucederá lo que del mio has dicho, pues será «manjar de aves y bestias.»

Y como Goliat viniese y se acercase hácia David, se apresuró David á tomar uno de los guijarros de su zurron, que disparó con la honda, y dándole vuelta, hirió al filisteo en la frente, en la cual quedó hincado, derribándole en tierra. No se contentó con esto, sino que corrió á él, y con su propio alfanje le cortó la cabeza. Cuando los filisteos vieron muerto y descabezado al mas valiente de ellos, huyeron: siguió Saul el alcance, mató á muchos, y después volvieron los de Israel y saquearon el campo enemigo. David tomó las armas del gigante para sí, puso después el alfanje en el tabernáculo, donde estaba la arca del Señor, y llevó á Jerusalen la cabeza, asida por la sangrienta cabellera.

La Glosa dice, que por haber Saul prometido de dar su hija por mujer al que matase al gigante, visto que David le habia muerto, llamóle y quiso informarse de su linaje, para ver si era conveniente dársela, ó negársela. San Agustin, tambien referido en la Glosa, dice que le desconoció por estar ya mas hombre que cuando le tuvo á su lado por músico. Dió cuenta David de sí, diciendo que era hijo de Isaí, y del ilustrísimo linaje de Judá. Hallóse presente Jonatás, hijo de Saul, hombre valeroso, de mucha virtud y nobleza; el cual viendo á David, aficionósele sobremanera, tanto, que por verle con vestidos pastoriles, él se despojó de la túnica que llevaba, y dióla á David con otras ropas suyas, hasta su espada y su arco, y aun su tahalí. Saul dió el mando á David sobre alguna gente de guerra, y en todas las expediciones que le confió, dando muestras de valor y de conducta irreprensible, se granjeó la aficion de todo el pueblo, y sobre todo la de los cortesanos de Saul, cuyos celos naturalmente hubieran debido manifestarse contra él.

Volviendo Saul á su morada, después de la victoria de David y de la total derrota de los filisteos, salian bailando las mujeres de todos los pueblos y ciudades de Israel por donde pasaban, al son de músicos instrumentos, cantando y diciendo: «Saul hirió á mil, y Da- «vid á diez mil [1].» Tanto desagradó y enojó esta expresion á Saul,

[1] Matando David á Goliat, merece alabarse como si hubiera muerto á diez mil: elo-

que desde aquel momento concibió un odio implacable y una rabiosa envidia al vencedor del gigante Goliat. «Á David han dado diez «mil, decia, y á mí han dado mil: ¿qué le falta sino solo el reino [1]?» Resultó de aquí, que el dia siguiente, atormentando el demonio á Saul, tomó David la arpa, y la tañia en su presencia, como solia para tranquilizarle: tenia Saul una lanza en la mano, y cegado de la envidia, arrojóla, creyendo que podria enclavar á David con la pared; mas David huyó el cuerpo, y evitó el golpe dos veces [2].

Comenzó, pues, Saul, á temer de David, viendo que el Señor estaba con este, y que á él le habia dejado; por lo cual le alejó de su persona, dándole cargo de mil soldados, fuera de su casa y corte; y en este cargo tambien David se señaló de manera, que á todo el pueblo era precioso y amable. Tenia Saul dos hijas y tratábase que daria la mayor, llamada Merob, á David por mujer, habiéndosela prometido públicamente; y no obstante no lo hizo así, antes la casó con Hadriel, hijo de Barcelay, sin que por ello David formase queja, ni se mostrase sentido, antes bien se declaró servidor de Micol, hija segunda del Rey; el cual sabiéndolo, no por hacerle bien, sino mal, sin que se entendiese, prometió dársela por mujer, con condicion que le trajese las cabezas de cien filisteos incircuncisos, para vengarse así de sus enemigos; pareciéndole á Saul que seria esto ocasion de que los filisteos le matasen. Y así decia no quiero matarle yo, sino muera á manos de los enemigos.

Habiendo agradado á David el concierto, salió con la gente que mandaba, y mató á doscientos filisteos, cuyas cabezas entregó al Rey, á fin de llegar á ser yerno suyo. Con esto dióle Saul á su hija Micol por esposa, la cual amó grandemente á David. No por esto cesaba Saul de recelar mas y mas de su yerno, por manera que su aversion hácia él se aumentaba siempre. Y llegó á tal punto este aborrecimiento, con motivo de los insignes triunfos que David alcanzaba en

gio bien merecido, pero aplicado indiscretamente por aquellas mujeres. (Scio, *not.*).

[1] La indiscrecion de estas mujeres nos ha de servir de escarmiento para que no profiramos palabras que puedan indisponer al prójimo contra nosotros ó contra los demás. Al mismo tiempo debemos considerar cuánto nos conviene evitar que no llegue á tomar posesion de nuestra alma ninguna pasion: pero principalmente la de la envidia, la cual precipitó á Saul en las mas horribles crueldades y desvaríos: y ella misma es aquella furia que cada dia hace los mayores estragos. Saul desde este punto comenzó á mirar á David, no solamente como su sucesor, sino como su rival, y quiso castigar en él, no el delito de haber aspirado á la corona, sino el de que le habian aclamado por digno de llevarla sobre su cabeza. (Scio, *not.*).

[2] Unos quieren que en la agitacion, con que en esta ocasion fue atormentado Saul, intentó atravesar dos veces á David; otros entienden que esta fue la segunda vez que evitó David este peligro (Scio, *not.*).

la guerra contra los filisteos, lo cual servia para mas acreditarle y hacer mas célebre su nombre, que llamó á su hijo Jonatás, y á la gente de su casa, y mandóles que matasen á David. Jonatás, como buen amigo, avisó de ello á David, por lo cual vivia con cuidado. Entre tanto habló Jonatás á Saul en favor de David, trayéndole á la memoria el servicio que le habia prestado á él y á todo el pueblo israelita con la muerte de Goliat, y que además habia dado pruebas de muy servidor suyo en negocios que le habia encomendado; y que pues no habia causa en él que mereciese la muerte, no pecase contra Dios tan gravemente procurando la muerte de un inocente. Saul se aplacó con lo que Jonatás dijo, y juró que no procuraria mas la muerte á David; y por estar cierto él de ello del mismo Jonatás, volvió á la corte de Saul como antes.

Suscitándose de nuevo la guerra, salió David á campaña y peleó contra los filisteos, destrozando grande número de ellos y ahuyentando los demás. Mas como el espíritu malo, permitiéndolo el Señor, asaltase otra vez á Saul, mientras David tañia la arpa delante de él como tenia de costumbre, Saul le tiró la lanza que tenia en sus manos para traspasarle y enclavarle en la pared; pero David declinó el golpe, y escapó al instante á su casa. El Rey envió en seguida sus guardias para que le prendiesen, y luego le matasen; mas por industria de su esposa Micol fue libre, descolgándole por una ventana, y entreteniendo á los que venian á prenderle, con una estatua que hizo de David, y puso en su cama, mostrándola de léjos, y diciendo que se sentia enfermo. Volvieron, pues, á Saul con este recado; y él pertinaz en su indignacion y cólera, mandó que de la cama se lo trajesen para matarle. Llegados que fueron allí los enviados de Saul, y visto el engaño, al tiempo que David estaba ya en salvo, tornaron á Saul refiriéndole el caso; él se enojó con su hija, y reprendiéndola por lo que habia hecho, disculpóse Micol con decir que le habia amenazado de muerte, y que no se atrevió á hacer otra cosa.

Puesto así en salvo David, fué á verse con Samuel en Ramatha, y estando con él y otros Profetas, Saul, sabiendo que estaba allí, envió soldados que le prendiesen; los cuales habiendo visto que los Profetas cantaban alabanzas á Dios, arrebatados tambien del espíritu del Señor, comenzaron á alabar á Dios como los otros. Sabido esto por Saul, envió otros soldados, y acaecióles lo mismo. Despachó otros por tercera vez, que igualmente se pusieron á cantar las alabanzas de Dios. Entonces Saul, lleno de cólera, marchó él mismo en persona á Ramatha, á donde David y los Profetas estaban, y llegando á ellos,

desnudóse los vestidos reales, y púsose á cantar y á alabar á Dios con los demás delante de Samuel.

Entre tanto huyó David, y viniendo á verse con Jonatás su amigo, este le consoló y prometió de serle fiel amigo, como lo fue toda su vida; y porque habló en presencia de su padre á favor de David, le dijo palabras afrentosas, hasta el extremo de poner la mano en una lanza para tirársela; mas fuese de allí, y avisó de todo á David.

Huyó David á la ciudad de Nobe, donde residia Aquimelech sacerdote, á quien pidió de comer para sí y para algunos criados que le acompañaban; y por no tener otra cosa sino panes santos, de los cuales solo los sacerdotes podian comer, dióle de ellos. Comió David, y comieron los que iban con él, sin pecar en ello, como prueba el cardenal Cayetano, porque la necesidad suspendió el rigor de la ley. Tomó tambien David de manos del sacerdote el alfanje del gigante Goliat, que habia el mismo David ofrecido al templo del Señor, porque se halló sin armas, y huyó á la corte del rey de Geth, llamado Achis: y porque entendió que estaba allí mal seguro, habiendo dicho al Rey alguno de sus siervos, que era aquel extranjero el que habia muerto al gigante Goliat; para librarse del peligro fingióse loco, haciendo visajes, torciendo la boca, y echando saliva de ella, por lo cual el Rey le juzgó loco, y no hizo caso de él. Tuvo lugar David de irse de aquella tierra á otra en la tribu de Judá, en un despoblado, donde habia muchas cuevas, lugar acomodado para fugitivos, y allí se le unieron sus hermanos con toda su familia, como que estaban envueltos en la misma desgracia: se le unieron tambien muchas gentes injustamente oprimidas, y así se le juntaron cuatrocientos hombres que componian un reducido ejército, y de este se hizo príncipe y capitan.

De aquí tomó ocasion el arcángel san Gabriel de decir á la sagrada Vírgen, cuando le trajo la embajada de que habia de ser madre de Dios, que el Hijo que pariese tendria la silla de David, su padre; esto es, que así como David cuando primero tuvo silla y mandó gente, haciéndose su príncipe y rey, fue sobre personas afligidas y llenas de angustias y trabajos: así Cristo habia de ser Rey de afligidos y trabajados; porque á estas personas dispensa siempre beneficios.

Avisado Saul de que David habia estado en casa de Aquimelech, y de que le dió de cenar á él y á los que iban en su compañía, y el alfanje de Goliat; enojado mandó matar á Aquimelech, y á otros ochenta y cinco sacerdotes, vestidos con las vestiduras sagradas, y

destruir su ciudad de Nobe. Libróse empero Abiathar, hijo de Aquimelech, y huyó á David, dándole cuenta de lo sucedido.

Después de encomendar David al rey de Moab á sus padres y á otros deudos suyos, en tanto que él andaba desterrado, supo que los filisteos habian puesto cerco á una ciudad de israelitas, llamada Ceila: consultó al Señor, y con mandado suyo, no obstante que su gente por ser poca temia, siendo muchos los enemigos, fué allá, y los venció, librando la ciudad, en la que se avecindó. Lo cual siendo sabido de Saul, quiso ir á ponerle cerco; mas antes, por oráculo que tuvo de Dios, se fué David con toda su gente al desierto de Ziph, á donde vino el príncipe Jonatás á verse con él, y los dos confirmaron su amistad. Luego pasó David al desierto de Maon, en donde Saul le cercó y puso en tanto estrecho, que desconfiaba de poderse librar de sus manos; mas permitió el Señor que los filisteos entrasen por el reino de Saul, y lo pusiesen en aprieto: y con esto le fue necesario levantar el cerco y dejar á David; el cual pasó con su tropa á otro desierto llamado Engaddi, á donde vino Saul á cercarle con tres mil hombres. Sucedió que estando David escondido con sus soldados en una espaciosa y profunda cueva, entró en ella su perseguidor, solo é impelido por una necesidad natural, y al verle dijeron á David sus soldados: «Hé ahí que el Señor entrega en tus manos á nuestro ene-«migo para que hagas con él lo que te agradare. — No quiera Dios, «contestó, que yo ponga la mano en el ungido del Señor.» Y levantándose cortó sin ser sentido la orla del manto de Saul, aunque luego le pesó de haberlo hecho. Salido que fue Saul de la cueva, salió tambien David siguiéndole, y hablándole en voz alta, dijo: «Mi rey «y señor.» Saul volvió la cabeza, y David se inclinó en tierra, reverenciándole, y prosiguió: «¿Por qué das oidos á los que dicen de «mí que procuro tu daño? Ahora puedes ver si es así, pues Dios «permitió hoy que vinieses á mis manos, y te pudiera matar, y no «lo hice, porque no permita el Señor que yo levante mi espada con-«tra tí, que eres mi rey, y el ungido del Señor. Echa de ver en tu «ropa, que quien te cortó de ella este pedazo, te pudiera cortar la «cabeza. Sea Dios juez entre los dos, y él me haga justicia. Mira, ó «rey de Israel, á quien persigues, que no soy para contigo sino co-«mo un perro muerto.» Acabando David sus razones, díjole Saul: «¿No es esta voz la tuya, hijo mio David?» Y al mismo tiempo lanzando un grito, se puso á llorar, y continuó diciendo: «Mas justo «eres tú que yo, porque tú no me has hecho sino bienes, y yo te he «pagado con males: tú has mostrado hoy el bien que me has hecho,

«puesto que el Señor me ha entregado en tus manos, y no me has «quitado la vida. Porque ¿quién es el que hallando á su enemigo «desprevenido le deja ir sin hacerle daño? El Señor te dé la recom- «pensa por lo que hoy has hecho conmigo. Y ahora sabiendo de cier- «to como sé que tú has de reinar y poseer el reino de Israel, júrame «por el Señor que no extinguirás mi descendencia después de mi «muerte, ni borrarás mi nombre de la casa de mi padre.» Juróselo David, con lo cual se retiró Saul á su casa; pero David y los suyos se pusieron en lugares mas seguros.

Estando en el desierto de Pharan y en gran necesidad de mantenimiento, supo David que un hombre rico llamado Nabal, se hallaba cerca de allí en el Carmelo en fiesta y comida solemne, por ser tiempo de esquilar las ovejas; envió, pues, á rogarle que atendida su necesidad y la de su gente, les enviase alguna cosa que comiesen, y participasen todos de su comida y fiesta. Nabal, que era hombre duro, al oir la embajada de David respondió desabridamente, menospreciando á David, llamando á sus soldados fugitivos y esclavos, sin darles cosa alguna. Tenia Nabal por mujer á Abigail, la cual era prudentísima y hermosa, y siendo avisada de la respuesta que dió su marido á los mensajeros de David, hizo cargar bestias con pan y vino, carne y fruta, y fué con ello á David; el cual enojado de la descortesía de Nabal, iba con sus soldados á destruirle. Como Abigail le vió venir, derribóse á sus piés, y tales razones le supo decir, ofreciéndole el presente que llevaba, que David se aplacó y depuso su enojo.

Colígese de aquí, que por ser alabado este hecho de Abigail por los doctores sagrados, puede lícitamente la mujer tomar de la hacienda del marido alguna parte para dar limosna; de manera que resulte en bien de su alma ó cuerpo.

Dió otro dia cuenta á Nabal su marido de lo que habia hecho, y de como David venia con su gente determinado de matarle; y fué tanto el sentimiento que tuvo, que se quedó como piedra, y al décimo dia murió. Súpolo David, y envió mensajeros á Abigail, si quería ser su mujer: ella lo aceptó, y se celebró el casamiento, y juntamente con ella tuvo otra mujer á este tiempo, llamada Achinoam. No pecó en esto David, porque por particular dispensacion de Dios le fue lícito, así á él, como á otros Padres antiguos de la ley natural y escrita, el tener muchas mujeres, concurriendo justas razones y causas cuya explicacion no es de este lugar. Pero ya antes Saul habia dado su hija Micol, mujer de David, á otro hombre principal de los hebreos.

Avisaron á Saul que estaba David en el desierto de Ziph en el cerro de Hachila. Fué allá con tres mil hombres á prenderle, tornando de nuevo á su dureza y desagradecimiento contra David; el cual bajó de noche al campamento de Saul, y entró en la tienda de este con Abisaí su pariente, hermano de Joab, estando el Rey durmiendo profundamente y cuantos le rodeaban. Dijo pues Abisaí: «Señor, «Dios ha puesto hoy en tus manos á tu enemigo, ahora voy á cla- «varle una lanzada, y no será menester repetir el golpe. — De nin- «gun modo le mates, respondió David, ¿quién puede alzar la mano «contra el ungido del Señor sin cometer pecado?» Así el magnánimo David se contentó con llevarse la copa y la lanza de Saul. Cuando se vió á alguna distancia del campamento, comenzó á gritar reconviniendo á Abner, capitan de Saul, de lo mal guardado que el Rey estaba. Conoció Saul la voz de David, y se persuadió de que, pudiendo, no habia querido quitarle la vida; y con las lágrimas en los ojos confesó su maldad; y le dijo: «He pecado: vuelve, hijo mio, «que de hoy en adelante me guardaré de hacerte mal alguno, pues «me has mirado con ojos de compasion.» David respondió: «Venga «aca quien lleve tu lanza, y el Señor dará á cada uno el premio se- «gun su justicia y obras.» Repuso Saul: «Bendito seas, hijo mio «David; tu vivirás y serás poderoso.» Y con esto cada uno se recogió, y partió con su gente por su parte.

Fué David con los seiscientos hombres de guerra que le acompañaban á Achis, rey de Geth, llevando consigo sus dos mujeres Abigail y Achinoam: y dióle el Rey la ciudad de Siceleg, donde estuvo cuatro meses, y desde allí entraba en tierra de filisteos sujeta á otros reyes de aquella nacion, y hacíales grandes daños. Este rey Achis, dice la Glosa interlineal, que fue hijo del otro, en cuya presencia David se fingió loco para librarse de sus manos, el cual amaba á David por su virtud y buena fama; y porque estaba cierto que Saul tenia á David por enemigo, y le perseguia, pensaba que traia despojos de la tierra y gente de Israel, siendo así que eran de los mismos filisteos que vivian en la tierra de promision, teniéndola ocupada á los israelitas, por cuyo motivo lícitamente les hacia la guerra; y á fin de que Achis no lo descubriese, asolaba David el país sin dejar hombre ni mujer con vida: «No sea caso, decia, que hablen «contra nosotros.»

Acaeció entre tanto que los filisteos reunieron un numeroso ejército contra Saul, y siendo llamado tambien Achis á esta expedicion, llevó consigo á David, suponiendo, por el daño que pensaba que ha-

bia hecho á Saul y á los israelitas, le serviria fielmente en la jornada. Es de creer que iba David de mala gana, y que rogaba á Dios que le aconteciese cosa por donde él no tuviese que levantar espada contra Saul y su gente, y así se lo concedió, porque visto de los sátrapas y gente principal de los filisteos, aunque respondia de él Achis, le mandaron volver á su ciudad de Siceleg. Todo fue ordenado de Dios, porque llegando á Siceleg, halló que los amalecitas habian entrado en la ciudad por fuerza y puéstola á saco, llevando cautivos á todos los que hallaron en ella, por ser gente desarmada, estando con David los que la pudieran defender. No mataron persona alguna, sino llevaron los cautivos, y robáronles sus haciendas, poniendo fuego á las casas. Á David llevaron sus dos mujeres cautivas, Abigail y Achinoam, con su hacienda; y no bastándole la pena que por esto sintió, sus soldados y los vecinos de la ciudad que andaban con él, vista su pérdida, con rabia y ansia mortal quisieron apedrearle, pareciéndoles que tenia culpa en aquel daño, por haber dejado el lugar sin presidio y guarda. David los aplacó del mejor modo que pudo: y habiendo consultado al Señor, con su licencia y sus seiscientos soldados, fué en seguimiento del enemigo. Llegó al torrente Besor donde se quedaron cansados doscientos de ellos, á los cuales mandó David dejar en guarda de todo el bagaje, y muy á la ligera pasó adelante con cuatrocientos hombres. Hallaron un mozo egipcio, criado de los amalecitas, que se habia quedado en el camino desmayado: diéronle de comer y beber, y tornando en sí, guióles por conocer bien la tierra, y hallaron á los amalecitas descuidados y muy contentos, comiendo y bebiendo, pareciéndoles que ya tenian la presa en salvo. Dió David de improviso sobre ellos, y antes que pudiesen acordar de juntarse y defenderse, fueron desbaratados y puestos en fuga. Siguiólos David un dia natural, y volvió luego con gran victoria y despojos, quedando libres todos los que en Siceleg habian sido cautivos, y las dos mujeres de David, el cual mandó dar igual parte de lo ganado de los enemigos á los doscientos hombres que habian quedado en guarda del bagaje, aunque con título de cansados como á los cuatrocientos que habian peleado, quedando así por ley en Israel.

Entre tanto trabóse la batalla entre los filisteos é israelitas: Israel fue derrotado, y se cubrieron de cadáveres los montes de Gelboé tres hijos de Saul, á saber, el príncipe Jonatás, con Aminadab y Melchisua, quedaron en el campo, y el mismo Saul fue herido de gravedad; el cual viéndose á punto de caer en manos de sus contrarios

llamó á su escudero para que le diera la muerte. No le obedeció el escudero, y Saul se arrojó sobre su espada y se suicidó. Un hombre que presenció aquella escena cogió la corona y el brazalete del Rey; y abatido su semblante, rasgados sus vestidos, y cubierta de polvo su cabeza, fué corriendo á donde estaba David, y se postró ante el nuevo Monarca en el momento que pudo divisarle. «¿De dónde vie«nes? le preguntó David. — Del campo de los israelitas, respondió «el jóven: se ha dado la batalla; Israel ha huido, y entre el crecido «número de muertos se hallan Saul y sus hijos. — ¿Por dónde lo «sabes? — Hallábame en la montaña de Gelboé, y ví arrojarse á Saul «sobre la punta de su lanza para darse la muerte, y me llamó es«tando ya para caer en manos de los filisteos: acércate, me dijo, y «acaba de matarme antes que llegue el enemigo. Cumplí sus órde«nes, persuadido de que ya no le era posible salir de su agonía.» Figurábase este hombre que el nuevo Rey le habia de agradecer la muerte dada á su enemigo; y así añadió: «Le arrebaté la diadema «de su frente, y el brazalete de la mano para venir á presentárte«los. — ¡Qué has hecho, desgraciado! exclamó David; ¿cómo te has «atrevido á poner tu mano en el ungido del Señor? Tú mismo te «has condenado diciendo: he muerto al que Dios habia ungido para «reinar sobre su pueblo.» Mandó luego que le diesen la muerte, lo cual se ejecutó sin dilacion alguna. Lloró David la desgracia de Saul, y manifestó que su dolor era profundo y cordial en el cántico lúgubre que compuso é hizo cantar en todo Israel.

Despues de haber honrado la memoria de Saul, consultó David al Señor lo que habia de hacer; y en virtud de la respuesta divina se dirigió con su gente á la ciudad de Hebron, tierra de Judá, donde fueron á rendirle homenaje los ancianos de esta tribu, y le ungieron y reconocieron públicamente por su rey, porque antes habia sido ungido en secreto por Samuel; en tanto que las otras once tribus daban la corona á Isboseth, hijo de Saul, por la industria y poderoso influjo de Abner, capitan que fue de Saul; mas este Príncipe carecia de fortaleza de ánimo, y no era capaz de gobernar por sí mismo. Emprendió contra David una guerra que duró cinco años, en que se vió desairado por la fortuna. Abner le abandonó, y abrazó el partido de su competidor, quien le acogió con benignidad. Desde aquel momento empleó todos sus esfuerzos en apartar á las once tribus de la obediencia de Isboseth, y en persuadirles que reconocieran á David, á quien Dios mismo habia elegido por soberano de Israel. Siguieron ellas este consejo, y enviaron á David el siguiente mensaje:

«La sangre que corre por nuestras venas es toda de un mismo ori-«gen. Aun reinando Saul, tú eras el que capitaneaba á Israel; y á «tí te ha dicho el Señor: tú apacentarás á mi pueblo de Israel, y tú «serás mi caudillo.» Antes de recibir este mensaje habia mandado matar á los traidores Rechab y Baana, los cuales mataron, estando durmiendo, á Isboseth, y cortándole la cabeza, se la llevaron á David, esperando de él mercedes, porque le quedaba el reino sin contrario; y esto ayudó indudablemente á que se le juntasen en Hebron todas las tribus de Israel.

De treinta años era David cuando comenzó á reinar, y reinó cuarenta años, siete y medio en Hebron, y los demás en Jerusalen. La cual ciudad ganó á los jebuseos, que eran del linaje de Canaan; y de cuyo punto aun no habian podido apoderarse los israelitas desde que llegaron á Palestina. Mandó edificar en ella el alcázar de Sion, y la amplió, señalándola para capital del reino, y la corte de los reyes, y poco después el trono de la Religion cuando el arca de la alianza hubo entrado en sus muros. Alcanzó luego David dos insignes victorias contra los filisteos. En sus banderas traia pintado un leon, por el que mató siendo pastor, segun dice Genebrardo, y por su ocasion le trajeron los demás reyes de Judá. Luego que tuvo paz en su reino, estando ya en pacífica posesion de él, y sus enemigos por temor que le tenian; no osando enojarle, procuró que la arca del Señor estuviese en lugar decente, á donde el pueblo fuese á orar.

El arca de la alianza habia sido depositada en casa de Abinadab desde que los filisteos la restituyeron. Saul durante su reinado no pensó en llevarla á un sitio mas decoroso. A la piedad de David estaba reservado el honor de transportarla á Jerusalen, y el de ser aplaudido con estrepitosas y repetidas voces cuando manifestó al pueblo de Israel su religioso designio. Hizo desplegar en su palacio un pabellon magnífico para recibirla; mandó á todos los sacerdotes y levitas venir de todas partes á dar con su presencia mayor solemnidad á tan augusta ceremonia, cuya pompa fue digna del precioso monumento que se miraba cual trono de la Majestad divina. Púsose el arca santa sobre un carro nuevo de bueyes que se construyó con este fin segun el parecer del mismo Abinadab, faltando en esta parte á lo mandado por Dios en el libro de los Números, que fuese en hombros de levitas: un inmenso gentío iba en su derredor entonando los cánticos sagrados compuestos por el mismo Rey para realzar la gloria de aquel dia; el aire retumbaba al son de mil instrumentos músicos todo era regocijo, todo era triunfo y gloria; mas un incidente des-

graciado derramó una gota de hiel en la copa de tan plausible alegría. Inclinóse á un lado el arca, y fue de manera que iba á caer: un levita llamado Oza levantó la mano para sostenerla, y murió en el acto en castigo de su temeridad [1], porque quebrantó la ley que prohibia á los levitas tocar el arca con pena de muerte. La vista de este castigo atemorizó á David, y no osó llevar el arca á su casa, sino que quiso estuviese depositada en casa de un varon virtuoso, llamado Obededon, en la cual estuvo tres meses, derramando en ella el Señor copiosas bendiciones y todo género de prosperidades.

Nótese que en esto mostró David su humildad, teniéndose por indigno de hospedar el arca en su alcázar de Sion, y que por recibirla Obededon con humildad, le hizo Dios bien á él y á toda su casa. Espere, pues, recibir lo mismo del Señor el que dignamente recibe el santísimo Sacramento figurado en el arca.

Tranquilizado David, y viendo que el arca era un manantial de felicidad, volvió al pensamiento de trasladarla á su palacio, y tomó cuantas precauciones requeria la santidad del depósito. Fué á casa de Obededon con los ancianos de Israel y los oficiales de su ejército. Sobre sus hombros llevaban los sacerdotes el arca, y á cada seis pasos inmolaban las víctimas del sacrificio. Seguíala un coro de levitas tocando instrumentos armoniosos y haciendo retumbar los cielos con cánticos que todo el pueblo repetia animado en su fervorosa devocion con las melodiosas y sublimes vibraciones del arpa de David. Iba el inspirado Rey desnudo de las vestiduras reales y vestido de finísimo lino blanco delante de ella, y en el transporte de su alegría, con humildad grande, tañia el arpa y danzaba á un tiempo mismo; y así hechos muchos sacrificios, y puesta el arca en su lugar, dando á todos los que se hallaron presentes una espléndida comida, los despidió.

Habíale sido restituida á David su mujer Micol, luego que Abner dejó de seguir á Isboseth, quitándosela el mismo Isboseth á Phalti, del cual dice san Gerónimo que no la conocia carnalmente por no ir contra lo que la ley mandaba, y tambien por temor á David, de quien se decia que habia de ser rey. Habiendo, pues, visto Micol lo que David hizo delante del arca, le disgustaron tan vivas muestras de fervorosa devocion; y así cuando salió á recibirle, díjole con iro-

[1] La ley mandaba que el arca fuese llevada por los levitas de la familia de Caath (*Num.* IV, 15); y Oza interpretando la ley á su arbitrio, fue de parecer que el arca fuese en carro y no en hombros de levitas, como Dios mandaba. De aquí es que recaia sobre él la culpa de todo lo que podia sobrevenir al arca. Los intérpretes creen comunmente que el castigo de Oza fue solo temporal, y que Dios le dió lugar de arrepentirse de su falta antes de morir. (Scio, *not.*).

nía: «Mucho se ha honrado hoy el rey de Israel, descubriéndose «delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose como si se «desnudara un bufon.» Respondióle David: «Delante del Señor, que «me escogió mas bien que á tu padre, y á toda su casa, y me mandó «que fuera yo caudillo sobre el pueblo del Señor en Israel, danza- «ré, y me haré mas vil de lo que me he hecho: y entiende, que «cuanto mas despreciable y vil aparezca en mis ojos, tanto mas glo- «rioso y grande seré en presencia del Señor.» Micol fue estéril toda su vida porque así se habia burlado de David, cediendo á un sentimiento de soberbia.

Viendo David cimentado su trono, y sin temor de enemigos, se propuso edificar un templo al Señor; mas antes de comenzar la obra, parecióle conveniente consultar al profeta Natan, y díjole: «Ves que «yo habito en una casa de cedro, y el arca de Dios está colocada de- «bajo de un pabellon de pieles.» Entendió al Rey el Profeta, y le confirmó en su idea; mas á la noche siguiente Dios habló al profeta Natan, y mandóle que dijese de su parte á David, que no era su voluntad le edificase el templo, porque habia derramado mucha sangre; sino que lo dejase para un hijo suyo, cuyo reinado seria mas pacífico, y sin quien le hiciese guerra; agradeciéndole empero su buen deseo.

Colígese de aquí que no siempre el espíritu divino iluminaba el espíritu del Profeta, sino cuando era su voluntad; y por lo mismo se sigue, que podian ellos hablar cosas como hombres particulares, y no acertar en ellas; aunque todo lo que de ellos se halla escrito, y nos lo propone la Iglesia por cosa suya, porque fue dicho en cuanto á profetas, es verdad infalible. Lo mismo sucede en los sumos Pontífices, de los cuales cualquiera que define y determina como de fe alguna cosa, en cuanto sumo pontífice y cabeza de la Iglesia, guardando las debidas circunstancias, su determinacion es de fe: y con esto puede, en cuanto hombre particular, seguir alguna opinion no del todo cierta.

Sabida de David la voluntad de Dios, de que no él, sino su hijo, le edificase templo, por la razon significada, dióle gracias por ello, mostrandose muy obediente. Y entendiendo que á él le daba encargo de hacer guerra á los idólatras, tomólo tan de veras, que á los filisteos y á los moabitas, después de haberlos vencido, hizo que le pagasen tributo. Al rey de Saba, llamado Adarezer, que vino favorecido de gente de Siria á sujetar á los que vivian junto al rio Eufrates, tambien le venció David, matándole mucha gente; y dejando

á los de Siria sujetos, volvió á Jerusalen con grandes riquezas de oro, y de otros metales, que después sirvió á Salomon en la fábrica del templo.

Estando David en grande prosperidad, acordóse de Jonatás su amigo, y sabiendo que quedaba un hijo suyo llamado Miphiboseth, lisiado de los dos piés, mandó á un criado suyo, que lo habia sido de Saul, llamado Siba, que de todas las tierras y patrimonio que fueron de Saul tomase posesion en nombre de Miphiboseth, y que le diese los productos, y quiso además que residiese en su corte.

Supo David que habia muerto el rey de los ammonitas, con quien tuvo particular amistad: envió embajadores á Hannon, hijo suyo, creado nuevo rey, para consolarle de la muerte de su padre y darle el parabien de su nuevo reinado. No faltaron entre sus cortesanos quienes le dijesen que David enviaba aquella gente para espiar la tierra; creyólo el Rey, y mandó prender á los embajadores, y para castigarlos y afrentar á David, mandóles raer la mitad de la barba, y cortar los vestidos por lugar vergonzoso, y de esta suerte los despidió. Avisado David del suceso, mandó detener á los embajadores en Jericó, hasta que les creciesen las barbas, y envió á Joab contra los ammonitas: venciólos una vez en el campo; mas rehiciéronse, y juntaron grandes fuerzas de vecinos de los de Siria; los cuales por librarse del tributo que pagaban á David, trataron de favorecerle. Salió David en persona contra ellos, venciólos, y mató á muchos. Los que quedaron con vida de los ammonitas, hiciéronse fuertes en la ciudad de Rabbach; los de Siria tornaron á la obediencia de David, el cual volvió á Jerusalen, y envió sus ejércitos con Joab á cercar la ciudad de Rabbach. Tomóse después de largo cerco; y fue quitado el reino de los ammonitas á Hannon, y dado á un hermano suyo; y así vengó David la afrenta hecha á sus embajadores, y quedó firme la amistad que tuvo con el rey de los ammonitas, padre de estos dos hermanos; el cual, como se ha dicho, en el tiempo que David anduvo desterrado tuvo consigo, á sus padres y parientes, y les hizo mucho bien.

En medio de la gloria que este sabio y piadoso Príncipe habia alcanzado con sus virtudes y hazañas, se extravió por un momento, y con su ejemplo mostró cuánto debe temer el hombre su propia flaqueza y precaverse de los peligros á que está expuesta. David, el hombre formado segun el corazon de Dios, gran rey y gran profeta, cometió dos crímenes enormes, adulterio y homicidio. Durante el cerco de Rabbach, y estando David en Jerusalen, paseándose cierto

dia por la azotea de su palacio, vió bañarse á una mujer muy hermosa llamada Betsabé, esposa de Urías, uno de los principales oficiales de su ejército y que le habia acompañado mientras anduvo desterrado de Israel. Mandóla venir á palacio, y cometió adulterio con ella. Para ocultar este delito, David envió luego á llamar á su marido Urías, para que tratando con su mujer el adulterio se encubriese. Mas venido, aunque el Rey le detenia consigo, y procuraba que comiese y bebiese con exceso, no pudo acabar de él que fuese á su casa, ni que viese á su mujer; alegando que no parecia bien que estuviese su general en el campo con su ejército, y él regalándose y dándose á deleites; por lo cual David tomó otro acuerdo, y fue que le dió una carta en que mandaba á Joab que expusiese á Urías en lo mas trabado del combate, y le abandonase á la muerte: todo lo cual cumplió Joab, y Urías pereció desamparado por su jefe, y David se desposó con Betsabé.

De este hecho se advierte, primero, que es malo ponerse en ocasion de pecar. Mal hizo Betsabé en bañarse en lugar descubierto, y mal hizo David en mirarla atentamente, siendo hermosa. Segundo, adviértase que un pecado trae otro pecado, y por lo mismo debe procurar salir pronto de él quien lo cometiere, para excusar este daño. Tercero, que pensó David encubrir su adulterio con la muerte de Urías, y fue esto causa de que se publicase, pues no hay suceso en aquel tiempo de que tanto se hable. Y cuarto, que nadie confie mucho de sí, viendo á David en tan gran alteza, tan privado de Dios, caer en tanta bajeza y miseria.

Muerto Urías, envió Dios al profeta Natan á David para hacerle ver la enormidad de su delito y anunciarle su justo castigo. Fué el Profeta al palacio de David, y le preguntó qué pena merecia el que teniendo muchas ovejas, habia tomado á un pobre una sola que poseia. David, irritado en extremo, respondio que aquel hombre merecia la muerte. Replicó el Profeta: «Ese hombre eres tú: tenias «muchas mujeres, Urías una sola, y se la quitaste, y sobre ello le «has dado muerte con la espada de los ammonitas. En castigo de «este delito dentro de tu casa habrá cuchillo que hiera y mate largo «tiempo; y porque le deshonraste la mujer, aunque fue en secreto, «no faltará quien en público, y á vista de este sol, deshonre las tu«yas.» Penetrado David de las reconvenciones del Profeta, reconoció su culpa, y exclamó con profundo dolor: «Pequé contra el Se«ñor.» Dios aceptó el sacrificio de su humillacion y penitencia, é inspirando á Natan, dijo este: «El Señor, que ve tu dolor te ha per-

«donado tu culpa; no morirás; pero porque has sido causa de que «los enemigos del Señor blasfemasen contra él, morirá el hijo que te «ha nacido del adulterio.» Dicho esto Natan se retiró, y en efecto el Señor hirió al niño, el cual cayó enfermo luego que nació: recogióse David en su aposento, ayunó y rogó á Dios por la salud del niño; juntáronse los principales de su casa para consolarle, y ni los oyó, ni quiso comer. Murió el niño al séptimo dia de su nacimiento, y no habia quien se atreviese á decirlo al Rey: pensaban que quien tanto sentimiento hizo por la enfermedad, mas se desconsolaria cuando supiese su muerte. Entendiólo el Rey, y cierto ya de la muerte del infante, vistióse, lavó su rostro, entró en la casa del Señor y le adoró. Volvió después á su palacio, pidió que le pusiesen la mesa, y comió. Dijéronle sus domésticos: «Cuando el niño aun vivia, llo- «rabas y ayunabas, y ahora que ha muerto te has levantado y has «comido.—He ayunado, respondió David, y llorado por el niño, «porque suplicaba á Dios que lo sanase; mas ahora que es muerto, «¿á quién he de ayunar? ¿Por ventura podré restituirle á la vida? «Antes bien iré yo á él; pero él no volverá á mí.»

Tuvo David otro hijo de Betsabé, que fue Salomon, y á quien amó el Señor, el cual dió palabra á David que seria rey después de sus dias, y así se cumplió. Con todo aun no era suficientemente expiada la culpa de David. Absalon, otro de sus hijos, primero hizo matar por sus criados en un convite á su hermano Amnon, que era el primogénito, para vengar la afrenta que este hizo á Tamar, su hermana por parte de madre, deshonrándola con violencia. Luego, después de haber vuelto á la gracia de su padre, se rebeló contra él, formando un partido numeroso para destronarle. David, que á la sazon tenia mas de sesenta años, se vió en la precision de huir, saliendo de Jerusalen por no exponer su capital á las calamidades de un sitio: pasó el torrente Cedron, y subió á la colina de los Olivos, caminando descalzo, cubierta la cabeza, y los ojos arrasados en lágrimas. En esta situacion llegaron los sumos sacerdotes Sadoch y Abiathar, acompañados de los levitas que traian el arca de la alianza, pero David les dijo: «Volved el arca á la ciudad, que si yo ha- «llare gracia en los ojos del Señor, me volverá allá, y me dejará ver «otra vez su arca y su tabernáculo. Y si me dijese: no eres acepto á «mis ojos; á su disposicion estoy, haga de mí lo que fuere de su ma- «yor agrado.»

Absalon entró como en triunfo en Jerusalen, y usando de la mayor maldad y bajeza que pueda imaginarse, hizo armar una tienda

de campo en un lugar público, y poner dentro una cama, y allí á vista de todo Israel conoció carnalmente á las diez mujeres concubinas de su padre, que habian quedado en Jerusalen para guardar el alcázar; cumpliéndose así lo que el profeta Natan habia dicho, que si David deshonró en secreto la mujer ajena, otro deshonraria las suyas en público.

Iba David afligidísimo de su camino, descubierta la cabeza y los piés descalzos, derramando lágrimas en abundancia, y al subir por el monte de las Olivas, se le presentó Siba, mayordomo de Miphiboseth, con un regalo de pan y vino y otras cosas en dos jumentos; preguntóle David por su señor, y respondió que quedaba en Jerusalen; añadiendo con mentira y falsedad, que habia dicho que aquel dia le seria restituido el reino de su padre. Oido esto de David, sin otra informacion, hizo merced á Siba de toda la hacienda de Miphiboseth. Cuando David llegó á Bahurim, salió de esta ciudad un hombre de la parentela de Saul, llamado Semei, el cual tirando piedras al Rey y á los que le acompañaban, decia maldiciones. Pidió licencia Abisaí, hermano de Joab, para salirle al encuentro y matarle; mas David le detuvo diciendo, déjalo que me maldiga y afrente, que no se atreviera á hacerlo si el Señor no se lo mandara; el cual puede ser que me perdone y libre de este trabajo si sufriere yo pacientemente esta afrenta, que tengo muy bien merecida. En este hecho mostró David grandemente su paciencia y humildad.

La mansion de Absalon en Jerusalen dió á David tiempo para repararse y engrosar sus filas en un lugar fuerte y seguro á la otra parte del Jordan. Emprendió por fin el hijo rebelde su movimiento, y con toda la gente que le seguia pasó tambien el Jordan, y sentó su campo frente al de su padre, para darle batalla. Queria David mandar en persona; pero le representaron que era preciso que no expusiese su vida; y así se retiró, mandando antes á sus oficiales que le guardasen á Absalon, y no lo matasen.

Vinieron á las manos ambos ejércitos cerca de un bosque: el de Absalon fue vencido y destrozado por el de David, y murieron á cuchillo y despeñados en las simas veinte mil israelitas. Absalon, vista su perdicion, huyó cabalgando en un mulo, y llevando desarmada la cabeza, los cabellos que eran muchos y muy extendidos, al pasar debajo de una frondosa y grande encina, se le enredaron en las ramas de tal manera, por ir sueltos, que pasando adelante el mulo en que iba montado, quedó él colgado en el aire. Fue visto de un soldado, y dió parte de ello á Joab, quien le reprendió porque no le

habia muerto; mas excusóse el soldado con decir que habia oido mandar á David que nadie le matase. No obstante esto, fué Joab donde estaba Absalon, y clavóle en el corazon tres dardos ó rejones; y como todavía palpitase, acudieron corriendo diez jóvenes escuderos de Joab, y le acabaron de matar á cuchilladas: su cuerpo fue echado en una sima de aquel bosque, y sobre él un elevadísimo monton de piedras.

Mandó luego Joab tocar las trompetas y cesar la pelea, dando lugar á los rebeldes que volviesen á sus casas, no queriendo que muriesen mas de ellos. Llegó el parte de la victoria al campo de David, quien preguntaba angustiado: «¿Vive mi hijo?» La respuesta le dió á entender que Absalon habia muerto. Y el tierno padre abismado en su dolor, encerróse en un lugar apartado y solo, donde le lloró amargamente repitiendo muchas veces esta palabra: «¡Hijo mio Ab«salon! ¡Absalon hijo mio! ¡Quién me diera morir en lugar tuyo!...»

En la amistad que tuvo David con su hijo se nos da á entender la que tiene Dios con el hombre. Dios es el primero que ama, y el postrero que deja de amar. Primero por el pecado deja de amar el hombre á Dios, que Dios deje de amarle, y así cuadra á este propósito lo que dice el mismo Dios en el Apocalipsi, yo soy primero y postrero.

Turbóse todo el ejército, y la alegría de la victoria se convirtió en pesar visto lo que David hacia. Mas entrando Joab en el aposento donde el Rey estaba, díjole: «¡Qué extremos son estos, señor, que «has puesto el ejército en confusion, y afligido á los que te han dado «la victoria! amas á los que te aborrecen, y aborreces á los que te «aman. Te juro, pues, por el Señor, que si no salieres, y hablando «no satisfacieres á tus siervos, ni uno solo ha de quedar contigo esta «noche; y peor será esto para tí que todos los males que han venido «sobre tí desde tu juventud hasta el presente.»

Con esto el Rey se levantó, mostróse al ejército, y agradecióles el buen modo que se tuvo en la batalla, y mandó decir á los que fueron de la parte de Absalon, que no temiesen, que á todos perdonaba. Redújose, pues, todo Israel al servicio de David: y Semei, el que le maldijo al salir de Jerusalen, y le arrojaba piedras, llegó de los primeros á besarle la mano, y pedirle perdon. Abisaí, hermano de Joab, muy enojado de ver á Semei delante del Rey, dijo: «¿Piensa este «buen hombre solo con palabras satisfacer, habiendo maldecido al «ungido del Señor?» David mandó callar á Abisaí, y dió palabra con juramento á Semei de que no moriria por el delito cometido. Miphiboseth tambien llegó á David, y dióle queja de que Siba le habia dejado solo, sin quererle obedecer, habiéndole mandado que apare-

jara un asno para ir en seguimiento de su rey, pues él era impedido de los piés; y que sobre esto le habia falsamente acusado de lo que nunca habia imaginado. En todo esto dijo verdad Miphiboseth, mas no bastó para que David anulase la disposicion que contra él, sin oirle, habia dado, haciendo señor de su hacienda á Siba: solo mandó que la dividiesen entre los dos [1]. Vuelto David á Jerusalen, puso á las diez concubinas, que habia Absalon viciado, en una casa separada, donde las suministró alimentos, sin mas tratar con ellas.

Pasado esto hubo grande hambre en el reino de Israel, que duró tres años: reveló el Señor á David, que venia aquel azote por un pecado que Saul habia cometido contra los gabaonitas quitando las vidas á algunos de ellos. Mandólos David llamar, y preguntóles con qué se satisfarian de aquel agravio. Respondieron ellos que no querian plata ni oro, mas ya que Saul habia muerto á muchos de su nacion, querian que muriesen igualmente algunos de su linaje. Consultando sin duda David al Señor, y sabiendo que su voluntad era que diese á los gabaonitas la satisfaccion que pedian, perdonó á Miphiboseth hijo de Jonatás, y puso en manos de aquellos, dos hijos de Saul, nacidos de Repha, concubina suya, y cinco hijos que Micol habia adoptado, habiendo nacido de Merob, su hermana, y de Hadriel: los cuales fueron crucificados juntos en el monte vecino á Gabaa, como víctimas de expiacion. Con este sacrificio se aplacó el Señor, y envió lluvia sobre la tierra, y cesó el hambre.

Considérese en este hecho el rigor de la justicia divina contra los pecadores: muchos años habian pasado desde que Saul cometió aquel delito de crueldad contra los gabaonitas matando algunos de ellos: y muerto Saul, y perdido el reino, Dios no se aplacó hasta que crucificaron á sus hijos y nietos. Nadie se atreva á pecar, diciendo Dios es misericordioso, porque aunque lo es infinitamente, tambien es justo, y hasta hoy nadie pecó que mas ó menos tarde no pagase la pena de su pecado. Considérese, asimismo, que Dios muchas veces castiga todo un reino por culpa de uno.

Mandó David á Joab que hiciese la numeracion ó encabezamiento de toda la gente de Israel: halláronse de la tribu de Judá quinien-

[1] Esta resolucion de David da á entender que no quedó convencido de la inocencia de Miphiboseth, y que solo por un efecto de su bondad mandó devolverle la mitad de sus bienes. Si es verdad, como creen muchos Intérpretes, que Siba estaba presente, su silencio mismo le condenaba; y si estaba ausente, David podia llamarle y apurar la verdad. Entre tanto quedó castigado el inocente, y el calumniador recompensado; y esto por aquel rey que se tenia por el mas justo de la tierra. Esto mismo avisa á los reyes que teman mucho á los lisonjeros. (Scio, *not.*).

tos mil hombres de guerra, y de las otras tribus ochocientos mil, no contando las mujeres, ni los viejos, ni niños. Pero advirtiendo David demasiado tarde que en hacer este censo habia obrado movido de una oculta vanidad y soberbia, le remordió la conciencia, y pidió perdon á Dios de su pecado. Envióle el Señor el profeta Gad, quien le dijo, que por su contricion Dios le perdonaba la culpa; mas para castigo y pena de ella le daba á escoger una de tres cosas: siete años de hambre, tres meses de guerra, o tres de peste. Consideró David, y dijo para sí: Si pido hambre, á mí que pequé, y por quien viene el azote, poco ó nada me alcanzará; si pido guerra, sucederán muchas insolencias, crueldades y desafueros, de las cuales seré yo siempre el mejor librado. Respondió, pues, al Profeta: «Señalo la peste, porque mejor es caer en manos de Dios, cuyas misericordias son sin número, que en manos de hombres.» Vino luego tan grande peste, que desde la mañana á la tarde murieron setenta mil hombres. Tan horrible estrago llenó á David de dolor y consternacion: trocó las vestiduras reales con el austero traje de penitencia, postróse en tierra, y levantando los ojos vió en el aire sobre la era de Areuna Jebuseo, un Ángel con la espada desnuda en la mano, la cual extendia sobre Jerusalen. «Yo soy, exclamó, el que he pecado, yo el que he obrado inicuamente: conviértase sobre mí tu ira, y ten piedad de este infeliz pueblo.» Movido Dios de sus ruegos y lágrimas, le mandó por el profeta Gad que levantase un altar, donde habia visto el Ángel, y le ofreciese en él sacrificio. Obedeció David: fué á la era de Areuna, quien luego que vió al Rey y supo el objeto de su visita, ofrecióle graciosamente la era y los bueyes con que araba, para que los sacrificase, y leña; mas David no quiso aceptarlo sino por su precio, y pagándoselo, levantó altar y ofreció el sacrificio, con el cual Dios se aplacó, y cesó la peste inmediatamente en Israel.

Notese aquí en confusion nuestra, lo que este santo Rey hizo, que no quiso ofrecer á Dios en sacrificio sino lo que le costase dinero; nosotros ofrecemos á Dios de ordinario palabras ó deseos, que todo cuesta poco, y obras y hacienda pocas veces, porque cuesta mucho.

Estaba ya David muy viejo, y su cuerpo tan helado y frio, que sus vestidos no le daban calor; por lo cual sus cortesanos le buscaron y le casaron con una doncella jovencita y muy hermosa, llamada Abisag Sunamítide: esta le regalaba, y le asistia, aunque del casamiento quedó doncella como lo era antes que se casase. La Glosa dice que se figuró en este desposorio el de Cristo y su Iglesia.

Salomon fue entre los hijos de David el que Dios escogió por sucesor de su padre, á quien habia ya declarado su voluntad; mas aun permanecia secreta esta eleccion. Cuando por su ancianidad iba el Rey poniendo el pié en el borde del sepulcro, todo Israel tenia fijos los ojos en él; ansiando ver á cuál de sus hijos señalaria por sucesor. Su primogénito Adonías, de hermosa figura y de altos pensamientos, tomó la iniciativa, y dijo con arrogancia: «Yo reinaré.» Se equipó de carruajes magníficos, y principió á darse aires de soberano, paseando por la capital rodeado de guardia de caballería y precedido de cincuenta hombres que corrian delante de él. Favorecian sus pretensiones Joab, y Abiathar sacerdote; con cuyo auxilio congregó fuera de la ciudad cerca de una fuente llamada Rogel una gran multitud, hizo un gran sacrificio de carneros y becerros, y luego un gran convite para obsequiar á los confidentes de su partido, al cual asistieron tambien todos sus hermanos hijos del Rey, excepto Salomon.

Aconsejada Betsabé del profeta Natan, quejóse á David de lo que pasaba, pidiéndole el cumplimiento de la palabra que le habia dado de que Salomon su hijo seria rey despues de sus dias: David al momento mandó llamar á Sadoch, sacerdote, á Natan, profeta, y á Banaías, capitan, y mandóles, que juntando sus guardias y un buen número de soldados, hicieran sin demora la coronacion de su hijo Salomon; el cual montado en la mula del Rey, con aparato y majestad real fue llevado fuera de la ciudad á un campo llamado Gibon, donde recibió la uncion real de manos del sacerdote Sadoch. Concluida la ceremonia, tocóse la trompeta, y todo el gentío prorumpió en gritos de *viva el rey Salomon*. En seguida volvió el Príncipe á Jerusalen al son de las trompetas y entre las reiteradas aclamaciones del inmenso pueblo que le seguia. Oido el alboroto por los que estaban por Adonías, y sabido el caso, cada uno se fué por su parte, y Adonías al tabernáculo no teniendo por segura su vida. Salomon le aseguró, apercibiéndole que si vivia quieto, ningun daño le sobrevendria por él.

Despues de haber asegurado la corona en las sienes de Salomon, y entendiendo que le llegaba la muerte, llamó á Salomon, y díjole: «Yo voy al lugar á donde van á parar todos los mortales: muéstrate «tú superior á tu edad, dando pruebas de valor, de sabiduría y de «inteligencia en el manejo de los negocios. Observa los mandamientos del Señor, y tu reino irá siempre en prosperidad. Ya sabes el «agravio que Joab me hizo, y como mató á traicion á dos capitanes

«de Israel, Abner y Amasa; con prudencia procurarás que pague «con la vida semejantes delitos. A los hijos de Berzellai, galaadita, «harás mucho bien, y les harás comer á tu mesa, pues salieron á «recibirme y socorrerme cuando iba yo huyendo de Absalon tu her- «mano. Ahí te queda tambien Semei, aquel que se desvergonzó con- «tra mí, y me maldijo: yo le juré cuando salió á recibirme á la vuel- «ta de aquella jornada que no le mataria; pero tú no permitas que «quede impune su delito.» Cuarenta años habia que reinaba David, y tenia setenta de edad cuando murió lleno de felicidades y merecimientos y en el ósculo de Dios, que le habia perdonado sus ofensas, en el dia 29 de diciembre, segun el Martirologio Romano, del año de la creacion 2989, ó sea el 1011 antes de la venida del Mesías. Sepultáronle en la ciudad de Jerusalen dentro del alcázar de Sion.

En la vida fue David muy prudente, humilde, amigo de la justicia, dado á la oracion y gran penitente; y lo mismo mostró en la muerte: fue además gran profeta, y excedió á otros muchos en la multitud de misterios revelados. Compuso ciento y cincuenta salmos, como afirma san Agustin (*de Civit. Dei, l. 7, c. 14*): los cuales reunió Esdras en un volúmen y libro, después de la cautividad de Babilonia, como siente san Hilario (*in Prol. Psalm.*), y en ellos sumó todo lo que en el Antiguo Testamento está escrito, y trató tambien en ellos de la Encarnacion y otros misterios de la Redencion humana. Lo que escribe es mas como evangelista que como profeta, y así el *Salterio* de David deberia andar en manos de todos los Cristianos, como breviario de toda la divina ley, y como devocionario donde están recogidas todas las peticiones que el siervo de Dios debe hacer.

Muchos son los lugares en que se nombra á David en la divina Escritura; como en el libro segundo de los Reyes y primero del Paralipomenon, que contiene muy por menor los heróicos hechos de David. En un salmo dice de sí, que con juramento le prometió Dios, que habia de descender de él su Hijo, segun la carne, haciéndose hombre en doncella de su linaje: y así lo declaró el apóstol san Pedro, como escribe el bienaventurado san Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde nombrando á David delante de los israelitas, dice que su sepulcro estaba entre ellos; no dijo su cuerpo, donde parece que se puede colegir, que fue David uno de los que resucitaron con Jesucristo, y san Agustin dice que es cosa dura no creerlo así (*D. Aug. epist. 99 ad Evodium, t. 2*), y siendo cierta la opinion de los que dicen que sin tornar á morir subieron al cielo, en cuerpo y alma, puede tenerse que fue David uno de ellos. Y es

grande loa y autoridad suya. Los Profetas tambien hacen honorífica mencion de David. San Mateo, el primero que nombro escribiendo el linaje de Jesucristo, segun la carne, fue David, llamandole hijo suyo; y al mismo Jesucristo, las personas afligidas para moverle á misericordia, le llamaban hijo de David, como la Cananea, y el ciego que pedia limosna cerca del camino. San Pablo le nombra en sus epistolas, y san Juan en su Apocalipsi.

La Iglesia catolica usa de la historia de David como esta en el primero y segundo libros de los Reyes, en las lecciones de los maitines de la cuarta dominica despues de Pentecostes y siguientes. (*Villegas, Sant. ant. Scio not. etc.*).

La Misa es en honra de santo Tomas, y la Oracion la que sigue:

Deus, pro cujus Ecclesia gloriosus pontifex Thomas gladiis impiorum occubuit; praesta, quaesumus, ut omnes qui ejus implorant auxilium, petitionis suae salutaris consequantur effectum: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, cuyos intereses defendió el glorioso pontífice Tomás muriendo por la Iglesia á manos de los impíos, concedednos, que todos los que imploran su ayuda, reciban el efecto saludable de su peticion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del apostol san Pablo á los hebreos, capitulo v, *pag.* 19.

REFLEXIONES.

Para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados. Cuando no hubieramos tenido en la ley nueva sino aquellos sacrificios imperfectos establecidos por el mismo Dios por medio de Moises, debiamos, decia un sabio, asistir á ellos con reverencia, respetar aquellas carnes muertas, y mirar con un santo horror aquellos toros degollados y sacrificados á un Dios vivo; debiamos postrarnos ante aquellos altares cargados de oblaciones y de anatemas. ¡Que lecciones y que preceptos no dio el Señor á su pueblo para enseñarle el respeto con que debia asistir á aquellas religiosas ceremonias! Sin embargo de no ser todo esto sino sombras y figuras del gran sacrificio de la nueva ley, era bastante para merecer todos los homenajes, y para ocuparlos de un santo temor siempre que se hallaban presentes á ellos; y nosotros ¿tendremos siempre necesidad de los ejemplos de un pueblo indocil y grosero para aprender á no ser impios? ¿sera siempre necesario traernos á la memoria aquellas sombras y figuras para hacernos asistir con menos irreverencia al sacrificio incruento del cuerpo precioso y de la adorable sangre de Jesucristo, del que no eran sino figuras los

sacrificios y ceremonias de la ley antigua? Nos pasmamos al ver los terribles azotes de que se sirve Dios para castigarnos. Es verdad que tenemos en nuestra mano con que aplacar á un Dios irritado; la víctima que se sacrifica sobre nuestros altares es mas que bastante para desarmar su enojo. Pero ¿ignoramos que es muy justo castigue Dios con severidad la menor irreverencia que se cometa contra ella? Oza cae muerto de repente solo por haber alargado la mano con poco respeto hácia el arca, aunque lo hizo por un motivo loable; y ¡qué castigos no ha hecho Dios sobre los que asisten sin respeto al santo sacrificio! La justicia de Dios siempre es la misma: la divina víctima sacrificada por nuestros pecados se profana muchas veces en la misma inmolacion. ¡Cuántas veces la sangre del divino Cordero, derramada para alcanzar misericordia, clama al cielo por la venganza contra la profanacion y el sacrilegio! El hereje es impío, rehusando creer la presencia real de Jesucristo en el sacrificio de la misa; pero ¿es menos irreligioso y menos criminal el católico que creyendo esta real presencia asiste á este tremendo sacrificio con tanta irreligion y con tan poco respeto?

El Evangelio es del capítulo x *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus pharisæis: Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis: mercenarius autem, et qui non est pastor, cujus non sunt oves propriæ, videt lupum venientem, et dimittit oves, et fugit, et lupus rapit et dispergit oves. Mercenarius autem fugit, quia mercenarius est, et non pertinet ad eum de ovibus. Ego sum pastor bonus, et cognosco oves meas, et cognoscunt me meæ. Sicut novit me Pater, et ego agnosco Patrem; et animam meam pono pro ovibus meis; et alias oves habeo, quæ non sunt ex hoc ovili, et illas oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile et unus pastor.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: Yo soy buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y abandona las ovejas, y huye, y el lobo roba y dispersa las ovejas. El mercenario, pues, huye, porque es mercenario y no tiene interés por las ovejas. Yo soy buen pastor, y conozco á las mias, y las mias me conocen. Como me conoce el Padre, así yo tambien conozco al Padre: y doy mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas, que no son de este rebaño; y conviene que yo las traiga, y oirán mi voz, y se harán un rebaño y un pastor.

MEDITACION.

Sobre el fin del año.

Punto primero.—Considera con qué velocidad se pasan los dias y los años. Dichoso aquel que sabe aprovecharse de todo tiempo: di-

choso aquel cuyos dias son dias llenos. Todos corremos dia y noche al sepulcro, sin que nada nos detenga, sin que nada sea capaz de prolongar el termino fijo de nuestra muerte: hé aquí que tienes un año menos de vida. Este año ha pasado, y no volverá mas. Todos nuestros dias están contados, y estos dias no se nos han dado sino para que trabajemos en el importante negocio de nuestra salvacion. El año que acabamos no se nos habia dado sino para que trabajásemos en este grande y único negocio. ¡Qué consuelo el de aquel que ha procurado santificar todos los dias de este año! Desengañémonos, el tiempo de la vida no se nos ha dado para amontonar riquezas, para divertirnos, para hacer fortuna. Este tiempo es demasiado precioso para ser tan mal empleado. Dios tiene otro fin muy diverso al darnos un cierto número de años: pretende que el empleo que hagamos de un tiempo tan corto nos merezca una eternidad bienaventurada. Buen Dios, ¡que cuenta darémos á este Señor riguroso, á este juez severo de tan bellas horas perdidas, de tantas ocasiones como hemos tenido durante este año para ganar el cielo, para hacer un tesoro de merecimientos si hubiéramos correspondido á la gracia, y nos hubiéramos aprovechado de tan santas inspiraciones! Siervo malvado y perezoso, dirá el Señor enojado, que tienes tan poco celo por mi servicio, pues habiendo recibido de mi tanto, me vuelves tan poco; yo te quitaré ese talento que se malogra en tus manos; yo te quitaré ese tiempo de que abusas tan indignamente: *Et tempus non erit amplius*. Entonces abandonados á todos los rigores de la justicia divina, y precipitados á las tinieblas exteriores, atados de piés y manos, es decir, privados para siempre de la luz y de la ayuda de la gracia, gemiremos eternamente, suspirarémos por estos dias y estos años perdidos; desearemos, pero en vano, hacer revivir uno de estos momentos de salvacion, de que hemos hecho en vida tan mal uso. No aguardemos á arrepentirnos entonces, pues podemos hacerlo ahora con provecho: formemos en este mismo instante la resolucion de aprovecharnos de todo el tiempo que de hoy en adelante estuviere á nuestra disposicion.

Punto segundo.—Considera que el fin de este año debe acordarte el de tu vida, cuya duracion es tan corta y tan incierta. El tiempo que te queda que vivir pasará tan rápidamente como el que ya has vivido, y quiza te queda mucho menos del que tú piensas. ¿Quién sabe si vivirás lo que basta para ver el fin del año siguiente, y aun morirás antes que este se acabe? No hay hombre que no piense vi-

vir aun uno ó muchos años; y sin embargo no hay uno que quisiera responder con sus bienes, y mucho menos con su cabeza, de la vida de otro, ni aun por pocos dias. De todo esto ¿qué se debe concluir? Oigamos al Apóstol: Procurad, hermanos mios, escribia á los de Éfeso, procurad andar con precaucion: *Videte itaque, fratres, quomodo caute ambuletis.* (*Ephes.* v). No como hombres sin razon que dejan escapar las ocasiones preciosas de obrar su salvacion, sino como hombres cuerdos que todo lo sacrifican por aprovecharse del tiempo, cuyo precio conocen, y para emplear bien unos dias tan cortos y tan críticos, cuya pérdida es tan de temer. Si no aflojamos en la práctica del bien, escribia él mismo á los de Galacia, cogerémos á su tiempo el fruto de nuestro trabajo. Obremos, pues, el bien mientras tenemos tiempo para hacerlo. *Tempore enim suo metemus non deficientes. Ergo dum tempus habemus, operemur bonum.* (*Galat.* vi). No hay una accion buena y hecha en gracia de Dios, por pequeña que sea, aunque no sea mas que un vaso de agua dado en nombre de Jesucristo, que este Señor no recompense con un aumento de gracia en esta vida, y de gloria en la otra. El mismo Señor es quien lo dice. ¡Cuántas de estas coronas hemos perdido ya por nuestra negligencia, lo que no podemos llorar bastantemente, y por cuya pérdida debemos estar inconsolables! Pero ¿serémos dignos de disculpa si dejamos escapar las que el cielo nos presenta todavía, solo por emplear mal el tiempo que nos concede para merecerlas? El tiempo es corto, nos advierte en otra parte el Apóstol (*I Cor.* vii); y así solo hay un partido que tomar, y es, que todos los que usan de las cosas de este mundo, vivan como si no usaran de ellas; porque la figura de este mundo pasa, y nosotros debemos llevar nuestros pensamientos mas allá de esta vida, hasta los bienes sólidos y eternos que serán nuestra recompensa. Juzguemos ahora cuánto tiempo hemos perdido, y cuántos abusos hay que reformar en nuestra vida. Porque sin hablar de los vicios y desórdenes groseros, ¡cuántas inutilidades y superfluidades hallarémos en ella! ¡cuántas horas, y quizá dias enteros empleados en bagatelas, en la ociosidad, en los cuidados de una vana compostura, en visitar, en ver gentes, en jugar y hacer todo lo que no se debia hacer, dejando de hacer lo que se debia hacer! ¡cuántas acciones se hacen todos los dias, con cuántas obligaciones, aun de las mas indispensables, se cumple sin merecer la menor recompensa, porque no se obra ni por Dios, ni segun Dios!

Tengamos en adelante una conducta enteramente opuesta á la que acabamos de decir, si queremos evitar la irreparable desgracia de la

pérdida del tiempo; y á lo menos acabemos santamente una vida que hemos empleado tan mal. La gracia, Señor, que os pido, es que encontreis en mi vida dias llenos, y que yo emplee el poco tiempo que me queda en serviros, en adquirir las virtudes que me faltan, y en merecer el premio que Vos teneis reservado á mi fidelidad.

JACULATORIAS.—Señor, dadme á conocer mi fin, y cuál es el número de mis dias, para que conozca su brevedad. (*Psalm.* XXXVIII).

Habeis encerrado mis dias, los habeis reducido á una medida muy corta, y la duracion de mi ser es como una nada á vuestros ojos. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Acostúmbrate á mirar cada dia como el último de tu vida, y esto desde por la mañana. Díte á tí mismo: Dios me da todavía este dia para que obre mi salvacion. No sé si veré el de mañana; pero este solo dia bien empleado me puede valer una eternidad de bienaventuranza y de gloria. Si Dios hiciese este favor á uno de aquellos que han acabado ya su carrera; si una alma saliese por un solo dia del infierno ó del purgatorio, con facultad de poder expiar sus pecados con la penitencia, y merecer el cielo, ¿qué no haria esta alma? ¿dejaria un solo momento vacío en un tiempo tan corto y tan precioso? Sin duda que no. Los mismos que están ya en la gloria tendrian por un favor inestimable el tener todavía un dia en que pudieran merecer algun nuevo grado de santidad que los uniese mas perfectamente con Dios. ¿Por qué has de usar tú de otro modo del tiempo? Aplica á este dia lo que dice el Sabio: No te prives de las ventajas del dia bueno, y no pierdas parte alguna del bien que Dios te hace: *Non defrauderis à die bono, et particula doni boni non te praetereat.*

2 Aprovéchate de las ocasiones que se te presentan de hacer algun bien; oye y sigue con una gran fidelidad la voz y las inspiraciones de Dios; propon no hacer cosa alguna por costumbre; obra siempre del modo mas excelente y mas perfecto; así lo aconseja el Sabio: *In omnibus operibus tuis praecellens esto.* (*Eccli.* XXXIII). Toma tambien este consejo del Eclesiástico: Haz al instante y sin dilacion todo el bien que puedas; porque en el infierno, á donde te conduce el mal empleo del tiempo, no habrá ni bien que hacer, ni razon de sabiduría, ni ciencia que te enseñe á hacerlo: *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare: quia nec opus, nec ratio, nec sapientia, nec scientia erunt apud inferos, quo tu properas.* (*Eccli.* IX).

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Sabino, obispo, Exuperancio y Marcelo, diáconos, y Venustiano, presidente, con su mujer é hijos, en Espoleto, en el imperio de Maximiano: Marcelo y Exuperancio fueron primero colgados en el caballete, y luego cruelmente azotados con varillas; después les rasgaron las carnes con uñas de hierro, y con fuego les abrasaron los costados, en cuyo tormento consumaron el martirio. Venustiano fue degollado poco después junto con su mujer é hijos. Á Sabino después que le cortaron las manos, y le tuvieron en largo carcelaje, le azotaron hasta que espiró. Celébrase el martirio de estos Santos en un mismo dia, aunque ocurrió en diversos tiempos. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los santos Mansueto, Severo, Apiano, Donato, Honorio y sus compañeros mártires, en Alejandría.

Santa Anisia, mártir, en Tesalónica. *(En el imperio de Maximiano Galerio, siendo Dulcicio prefecto de Tesalónica, por los años de 304, iba á reunirse con los fieles Anisia, señora cristiana, jóven, de rica y noble cuna, y huérfana. Al pasar por la puerta Cassandra, uno de los guardias del Emperador que la vió, se prendó de su belleza, y poniéndose delante la dijo: «De-«teneos. ¿A dónde vais?» Anisia se ofendió mucho de su insolencia, y temerosa hizo la señal de la cruz. Ofendióse tambien el soldado de su silencio, la asió de un brazo, y la dijo: «¿Quién eres, y á dónde vas?— Yo soy, le res-«pondió, una sierva de Jesucristo, y voy á la asamblea que se celebra para «el Señor.— Yo lo evitaré, replicó el soldado, y te llevaré á sacrificar á los «dioses.» Dicho esto, para conocerla la rasgó el velo que en el rostro llevaba: Anisia procuró impedírselo; pero airado el soldado, tiró de la espada, y la atravesó el cuerpo, de suerte que cayó bañada en sangre, y en el momento espiró.* Butler).

San Anisio, obispo de Tesalónica, en la misma ciudad.

San Eugenio, obispo y confesor, en Milan.

San Liberto, obispo, en Ravena.

San Rainerio, obispo, en Aquila, en los Vestinos.

LA TRASLACION DEL CUERPO DEL APÓSTOL SANTIAGO.

Una de las festividades en que mas consuelo tiene la Iglesia de España es la del presente dia, en que por los breves apostólicos de los sumos pontífices Gregorio XIII y Sixto V celebra la iglesia de Santiago, y con ella las de España, tal dia como hoy, la fiesta de la Traslacion del cuerpo sagrado de su apóstol el glorioso Santiago, cuya traslacion, deducida de la carta de Leon III, sobre este mismo asunto, de Calixto II y de la historia compostelana, es como sigue:

Después que el santo Apóstol padeció su glorioso martirio en Jerusalen de órden del rey Herodes, á instancias y con grande com-

placencia de los judíos, segun queda referido en la historia del Santo que se lee en las del dia 25 de julio, no saciándose los judíos con la muerte del Apóstol, llevaron su ira y malevolencia mas allá de la muerte, ni queriendo dar sepultura ellos mismos al sagrado cadáver, ni permitiendo que los cristianos que habia en Jerusalen ejecutasen este oficio piadoso. Por el contrario, para que de ninguna manera pudiesen dar este honor á las cenizas del discípulo de Cristo, hicieron que el cuerpo, juntamente con la cabeza, fuese arrojado fuera de la ciudad, en donde las aves, los perros y las fieras le devorasen; y consumido de este modo se desterrase del mundo su memoria. Habia el santo Apóstol llevado á Jerusalen cuando volvió de España siete discípulos de los de su mayor confianza, á quienes encargó, estando todavía vivo, que verificado que fuese su martirio recogiesen sus despojos y los trasladasen á España. Estos santos discípulos, despreciando todos los riesgos á que se exponian en el cumplimiento del precepto de su Maestro, recogieron de noche el cuerpo y la cabeza del apóstol Santiago; y resueltos á conducirlo á España, se encaminaron con el mayor secreto al puerto de Joppe, guiándolos para su seguridad y resguardo el Ángel del Señor. Luego que se vieron en el puerto, les acometió otra nueva afliccion, porque se veian desproveidos de todo auxilio humano para verificar una navegacion tan larga y difícil; pero como era el cielo el que habia dispuesto que el cuerpo de Santiago fuese trasladado á aquella misma region en que habia predicado el Evangelio, el mismo cielo cuidó tambien de proporcionar los medios necesarios para la ejecucion de semejante empresa. Hallábanse los santos discípulos á la orilla del mar, alegres por ver que poseian el cuerpo de su santo Maestro; pero tristes al mismo tiempo por verse faltos de nave y dinero para trasladarle á España. Cuando consultaban entre sí los medios de vencer tantos imposibles, é indecisos en medio de sus discursos no encontraban quien con resolucion los aquietase; hé aquí que volviendo los ojos á la orilla del mar, ven una nave preparada de todo lo necesario para emprender el proyectado viaje. La misma falta de remeros y piloto que advirtieron en ella, les certificó de que no habia sido conducida allí por diligencia humana, sino por particular disposicion de la divina Providencia. Sin detenerse en mas consideraciones colocaron en la nave el sagrado cadáver del Apóstol y discípulo del Señor; y habiéndose embarcado todos ellos, desplegaron las velas, y comenzaron á navegar con próspero viento. Iban los Santos dando á Dios las mas fervorosas gracias por haberles preparado una nave, que regida por

su misma mano, era el instrumento con que se verificaban los altos designios de su sabiduría. Como la navegacion estaba dispuesta y dirigida por Aquel que manda calmar á los vientos, y prescribe los términos á las olas furiosas del mar, fue en todo feliz y pacífica. Ningun escollo se opuso á su rumbo; ninguna tempestad torció la proa de aquel fin y destino á donde la dirigia el supremo Piloto que la habia encaminado; antes bien por el contrario, el mar tranquilo y bonancible, y los vientos soplando continuamente en la popa, llevaron la nave por todo el Mediterráneo, la sacaron al Océano por el Estrecho de Gibraltar, y encaminándola hácia Poniente, la dirigieron hácia el Cabo de Finisterre. En sus cercanías hay un puerto, llamado en la antigüedad Iria Flavia, y hoy dia el Padron, en el cual dieron feliz término á su viaje, y desembarcaron los siete discípulos el precioso tesoro que traian en el sagrado cuerpo de su Maestro. Luego que se verificó el desembarco, dice el papa Leon III, que llenos de alegría y regocijo comenzaron los Santos á cantar aquel versículo de David, que dice: *Tus caminos, Señor, están en el mar, y tú sabes formar tus senderos en medio de las aguas.*

Desde luego conocieron los Santos que no estaban allí bien con aquel tesoro, y que debian introducirle tierra adentro, en donde colocado con la mayor decencia que les fuese posible, recibiese sus obsequios, y asimismo los de los fieles, que por medio de su predicacion se convertirian á Jesucristo. Entráronse tierra adentro, é hicieron alto en una heredad, llamada *Liberum domum*, distante ocho millas de Iria Flavia, el cual lugar en los tiempos sucesivos se llamó Compostela. En este lugar comenzaron á registrar con cuidado si habria algun sitio á propósito para la colocacion y custodia del sagrado cuerpo; y á poco que hubieron registrado encontraron una gruta, en la cual vieron un ídolo muy grande, construido, segun parecia, por los paganos. Asimismo encontraron varios instrumentos de cantería, de los cuales se valieron priñeramente para demoler el ídolo hasta reducirle á polvo, y después para labrar las piedras necesarias á la fábrica de una capilla. En efecto, con aquellos instrumentos y su industria hicieron los Santos de modo, que habiendo echado los sólidos fundamentos que les parecieron necesarios, y habiendo labrado artificiosamente las piedras necesarias para formar algunos arcos, en breve tiempo formaron una pequeña casa que pudo servir de capilla, y tan fuerte por su construccion que ha resistido á la voracidad de los siglos. No contentos con esto, labraron un sepulcro de piedra en que colocar el sagrado cuerpo, como en efecto

le colocaron, erigiendo desde aquel momento aquella capilla en uno de los lugares de propiciacion que en aquel tiempo tenian los fieles sobre la tierra. Juntamente con el cuerpo del Apóstol trajeron los discípulos desde Jerusalen una ara en que los Apóstoles habian dicho misa, y una columna sobre la cual, segun se ha creido, mandó Herodes degollar á Santiago. Estas dos piedras han sido siempre tenidas en gran veneracion de los fieles; y aunque en la primera se contenian las primeras letras de una inscripcion gentílica, no por eso se debe rebajar nada de su estimacion, pues pudo muy bien haberse destinado por los Apóstoles á los usos sagrados un pedazo de mármol que anteriormente hubiese estado destinado para los profanos ritos de los gentiles. La columna tiene señales de alguna antigua piedad, pues en cuatro versos que tiene grabados en su circunferencia, se dice así: *Esta columna fue traida juntamente con el cuerpo de Santiago, y al mismo tiempo se recibió tambien el ara que tiene encima.* Creemos piadosamente que ambas á dos piezas fueron consagradas por los discípulos del santo Apóstol, y que de las dos formaron su altar.

Luego que tuvieron formada una iglesia competente, y en ella depositado con la decencia correspondiente el cuerpo de su santo Maestro, dieron á Dios infinitas gracias, como á quien reconocian por autor soberano de tantas maravillas. Cantaron entre otras canciones sagradas aquellos dos versos de David, que dicen: *El justo se alegrará en el Señor, y pondrá en él su esperanza; y todos los que son rectos de corazon serán alabados. El justo conservará siempre una memoria eterna, y no temerá que esta sea difamada.* Despues consultaron entre sí lo que debian hacer; y como fieles discípulos de Santiago resolvieron que se quedasen dos custodiando el sagrado cuerpo de su Maestro, y que los demás se empleasen en predicar el Evangelio por las provincias de España. Hízose así, y se quedaron en aquella iglesia primitiva, depositaria de tan preciosas reliquias, Teodoro y Atanasio, y los demás se repartieron por varias tierras á combatir los errores de la gentilidad. Lo mismo hicieron en Iria Flavia Teodoro y Atanasio; y segun dice el papa Leon III con notorio aprovechamiento de los que tenian la venturosa suerte de oirlos, pues en breve tiempo se multiplicaron tan copiosamente los fieles, que el sepulcro de Santiago tenia todo el honor y la veneracion que pudiera desearse de tiempos mas ilustrados. Allí perseveraron los dos santos discípulos todo el tiempo de su vida, ya porque así se habian convenido con los demás, y ya tambien porque su corazon dificultosa-

mente se podia separar de donde tenian su tesoro. Allí trabajaron con el celo y eficacia propia de unos apóstoles; y cuando hubieron de morir, presintiendo que se les llegaba un dia tan apetecido, previnieron á sus discípulos que los sepultasen al lado del apóstol Santiago, formando sus sepulcros respectivos, uno á la derecha y otro á la izquierda del santo Apóstol. Un principio tan feliz tuvo una sucesion poco correspondiente; pues sobreviniendo unas guerras y persecuciones á otras, se vieron los Cristianos asolados, unas veces por los gentiles, otras por los vándalos, y otras, finalmente, por los suevos, que se enfurecieron demasiado, y se ensangrentaron por aquella parte. Por esta causa llegó á perderse la memoria del sitio en que estaba sepultado el apóstol Santiago, de tal manera, que no llegó á quedar mas que una tradicion de que estaba en una arca de mármol, y esta en una capilla subterránea formada de arcos de piedra. Por lo demás quedó el sitio convertido en una espesa selva, olvidado enteramente de los hombres, y tan solo frecuentado de fieras. Así permaneció por muchos siglos, hasta que quiso el cielo que un tesoro tan precioso no permaneciese escondido por mas tiempo, sino que se manifestase para provecho de los fieles y gloria de la Iglesia universal: sucedió esta invencion por un descubrimiento maravilloso en tiempo de Carlo Magno, y reinando en España Alfonso el Casto, en esta forma:

Cuando quiso el Padre de las misericordias enjugar las lágrimas de su Iglesia, y ahuyentar de España los innumerables bárbaros que la dominaban, cubriéndola por todas partes de espesas tinieblas, levantó caudillos valerosos que peleasen por su santo nombre, é hiciesen conocer á los gentiles que él era el Dios de los ejércitos. Entre estos fue uno el rey Alfonso, el cual, queriendo pagar á Dios con acciones de piedad los beneficios que le habia dispensado, dispuso que en las provincias de sus conquistas se estableciesen sillas pontificales, segun la norma y santos estatutos de la Iglesia romana; y asimismo que se reparasen las iglesias destruidas, y se estableciesen obispos en aquellas que los habian tenido en los primeros tiempos. De aquí nació el elegir por obispo de Iria Flavia á un tal Andrés, del cual, y de otros trece subsiguientes, ninguna otra noticia ha quedado mas que la de los nombres, que son: Domingo, Samuel, Gotomaro, Vencible, Feliz, Hiduilfo, Selva, Teodosindo, Bemila, Romano, Agustino, Honorato y Hindiulfo. Á estos se dice que sucedió Teodomiro en la misma cátedra de Iria Flavia, en cuyo tiempo quiso la divina Omnipotencia ilustrar la Iglesia de Occidente, revelando el sitio donde descansaban los sagrados despojos del apóstol Santiago.

Ya se ha dicho que en el mismo sitio en que estaba el sepulcro habia crecido tanta maleza, que se habia convertido en un espeso bosque. Ciertos personajes de grande autoridad vieron algunas noches unas antorchas tan resplandecientes sobre aquella selva, que les llamó toda su atencion, y cuanto mas se acercaron para examinarlas, otro tanto mas se persuadieron á que eran unas luces milagrosas. Admirados del prodigio, se fueron al mismo bosque, no bien satisfechos de lo que habian visto sus ojos para enterarse mas de cerca de la verdad. En esta diligencia se les apareció un Ángel del Señor, de cuyo aspecto sorprendidos y enamorados á un mismo tiempo, frecuentaron las idas al bosque, y Dios asimismo repitió sus prodigios. Conocieron que estos debian de tener objeto de mayor importancia que el hacer unos favores particulares á sus personas; y así se fueron al obispo Teodomiro', y le refirieron muy por menor cuanto en aquella materia les habia pasado. Luego que el santo Prelado oyó tan grandes maravillas, deseó verlo por sí mismo, y encaminándose á la selva, vió sobre ella las luces de la misma manera que le habia sido dicho. No contento con esto, y considerando que con aquellas luces queria dar á entender el cielo que en aquel bosque se ocultaba algun bien grande, el mismo Prelado se internó en su maleza, buscando solícito lo que Dios se dignase de manifestarle. Su diligencia quedó recompensada, pues á poco descubrió en el bosque una pequeña habitacion hecha de mármol, y dentro de ella un sepulcro. Contento con semejante hallazgo, dió las gracias debidas á Dios; y poniéndose en camino, se fué á notificar al rey Alfonso lo que habia oido y lo que habia visto con sus mismos ojos. El caso maravilloso hizo la misma impresion en el corazon del Rey, que habia hecho en el del piadoso Obispo. Uno y otro conocieron que aquel era el sepulcro del apóstol Santiago, del cual solo habia quedado una tradicion confusa; y poniéndose inmediatamente en camino, fué el cristiano Rey á venerar por sí mismo las reliquias del santo Apóstol, y á dar gracias á Dios que habia querido señalar su reinado con el hallazgo de un tesoro de tanto precio. Restableció la iglesia en el mismo lugar en que se halló el sepulcro del Santo, dándola grandes dones, y haciéndola muchas mercedes, como consta del privilegio que tiene la misma iglesia, fecho en el año de 835.

Muy en breve comenzó á manifestar el santo Apóstol á los españoles que si en vida los habia tratado como á hijos, no habia mudado de concepto después que reinaba con Dios en los cielos. Como entonces eran tan frecuentes las batallas con los moros, tan grande el

número de estos, y tan pequeño en su comparacion el de los Cristianos, tuvieron estos muchas veces necesidad de que el cielo les diese socorro. Diósele efectivamente por medio del apóstol Santiago, á quien los españoles vieron repetidas veces capitanear sus ejércitos, armado de todas armas, mas resplandecientes que el sol, con las cuales hacia horrorosas matanzas en los moros, y daba milagrosas victorias á los Cristianos. Estos beneficios no se limitaron precisamente á España, sino que en las naciones y provincias mas remotas se ha experimentado igualmente su patrocinio.

Tan portentosos auxilios estimularon á la nacion á que le reconociese y proclamase por su Patrono, y á que los Reyes católicos se esmerasen en dar al Santo pruebas de sus agradecidos reconocimientos. Alfonso el Magno reedificó el templo que el Casto erigió antiguamente sobre el sepulcro del Santo, con la magnificencia propia de su grande espíritu. Á quien siguieron otros monarcas católicos, aumentando con sus donaciones liberalísimas y especiales privilegios á aquel santuario, que siempre miraron como centro de sus dichas, donde reconocian la poderosa mano auxiliadora de la felicidad de sus conquistas.

Los sumos Pontífices concurrieron por su parte á honrar aquella iglesia con sus privilegios apostólicos, por el depósito del cuerpo de un héroe tan digno. Urbano II trasladó á ella la antigua silla episcopal de Iria, eximiéndola de la jurisdiccion del metropolitano de Braga. Pascual II confirmó el mismo indulto, y concedió el palio, insignia de los metropolitanos, al obispo que fué á aquella cátedra: condecorando á doce canónigos de su cabildo con las insignias cardenalicias, para que con ellas asistiesen al ministerio del altar del santo Apóstol. Y Calixto II elevó á la dignidad arzobispal á la misma silla.

Pero aunque los referidos privilegios pontificios y reales hicieron célebre aquel sepulcro, lo que mas le ha hecho recomendable ha sido la multitud de milagros y estupendas maravillas que en él se ha dignado obrar el Señor por la intercesion del santo Apóstol; no solo en favor de los españoles, sino de todos los fieles extranjeros que han concurrido á visitarle; cuya peregrinacion se ha estimado como una de las principales de los Santos Lugares que se veneran en la cristiandad.

En efecto, el voto de esta peregrinacion es tan sagrado y augusto, que el dispensar en él es accion reservada al sumo Pontífice, como lo es tambien el voto de ir á visitar el sepulcro de san Pedro y san

Pablo, y los Santos Lugares de Jerusalen. En todo se manifiesta que Dios ha querido hacer glorioso el sepulcro de su santo Apóstol, dándole una gloria en el mundo, que nunca hubiera conseguido sino por medio del martirio, y á España la gran ventura de tener en su seno las sagradas reliquias de aquel Apóstol que fue el padre de su creencia.

SAN SABINO, OBISPO DE ESPOLETO, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Quizá no hubo jamás enemigos mas mortales y mas poderosos del nombre cristiano que el emperador Diocleciano y Maximiano su compañero; pero tampoco estuvo jamás la religion cristiana ni mas triunfante ni mas gloriosa que bajo el reinado de estos dos Emperadores. Proscribieron por edictos llenos de amenazas la religion cristiana en todas las provincias del Imperio. El nombre cristiano vino á ser un nombre de infamia entre todos los paganos. Los siervos de Jesucristo vinieron á ser criminales porque eran demasiado virtuosos, demasiado inocentes, demasiado religiosos y demasiado castos. Se quiso que fuera un delito capital en ellos el no asistir á los infames juegos públicos y al circo; y el furor de todo el infierno, desencadenado contra la santa Ley, llegó á tal extremo, que se emplearon todas las fuerzas de aquel Imperio, que habia destruido todos los Estados, y subyugado todo el universo, para exterminar una religion que no se defendia sino corriendo á la muerte, y que no tenia otras armas sino una invencible paciencia, ni otros apoyos que la confianza en Jesucristo. Se levantaron en todas las ciudades, en todas las villas, en todas las aldeas horcas y cadalsos para quitar la vida á todos los Cristianos, sin otro delito que el no ser infieles: no se veia en todas partes otra cosa sino fuegos encendidos, ecúleos, calderas de aceite hirviendo, uñas de hierro, torturas. Pero en medio de esta universal carnicería de cristianos, en medio de esta horrible matanza jamás hubo mas héroes cristianos, ni mayor número de mártires; su sangre hacia aumentar cada dia el número de los fieles. El infierno agotó su rabia, su malicia, sus artificios, su crueldad para acabar con el nombre cristiano; pero lo que sucedió fue, que el paganismo se extinguió, el imperio romano se vió destruido, y la religion cristiana se estableció sobre sus ruinas. Quizá la Iglesia no hubiera poblado el cielo con mas de diez y ocho millones de Mártires, si no hubiera habido Nerones, Dioclecianos, Maximianos y otros mil enemigos del nombre cristiano.

La rabia y la crueldad de los paganos contra los fieles habian lle-

gado á tal exceso, que habiendo resuelto Maximiano extinguir y exterminar de todo punto el nombre cristiano, mandó que en todos los mercados, en los molinos públicos, en los hornos, en los caminos, en todos los mesones y junto á los manantiales de agua, en los rios, en las fuentes hubiese pequeños ídolos, y que nadie pudiese tomar agua, hacer moler ó comprar cosa alguna sin que hubiese adorado al ídolo. La malicia del demonio no habia hallado cosa mas diabólica ni mas propia para descubrir á los Cristianos, ó hacerlos apostatar, que este impío artificio. Pero el Señor, que vela sin cesar sobre sus siervos, proporcionó los socorros á las necesidades. En una tiranía capaz de hacer titubear á las mas fuertes columnas, levantó hombres extraordinarios, que por su intrepidez, su virtud milagrosa, su habilidad, su celo y sus trabajos apostólicos supieron alentar tan bien á los fieles en aquellas terribles extremidades, supieron sostenerlos tan bien, animarlos y ayudarlos, que todos los lazos y artificios del infierno vinieron á ser inútiles y de ningun provecho.

Uno de los mas ilustres de estos héroes cristianos fue el admirable san Sabino, obispo de Espoleto en Umbría. Las actas de su martirio no nos dicen ni su nacimiento, ni su país, ni el tiempo de su consagracion. Solo se sabe que era obispo de Espoleto cuando el emperador Maximiano llevó su rabia y su persecucion contra los Cristianos hasta los últimos excesos. San Sabino habia dispuesto á los fieles mucho tiempo habia contra todo el furor del paganismo con sus instrucciones, sus cuidados y sus trabajos apostólicos. La pureza de costumbres, la fe y el fervor reinaban en el rebaño por la larga solicitud del Pastor, el que creyó que en el presente riesgo no debia limitar su celo á solo Espoleto; y así corrió todas las ciudades y pueblos de la provincia, consolando á unos, alentando á otros, y asistiendo á todos con sus consejos, con sus exhortaciones, con los Sacramentos, y con todos aquellos socorros que puede procurar á las almas un hombre verdaderamente apostólico.

Sus infatigables trabajos no dejaron de producir frutos maravillosos; pasma el ver que un medio tan eficaz como el que habia empleado la malicia pagana contra los Cristianos se hubiese hecho inútil. Se hicieron furiosas averiguaciones y pesquisas sin término para descubrir por qué artificio los Cristianos permanecian constantes en su Religion. Se descubrió este artificio; se supo que el obispo Sabino tenia él solo mas eficacia para animar y hacer inflexibles á los Cristianos en su fe, que todos los edictos de los Emperadores, todos sus tormentos y todos sus artificios para perderlos.

Noticioso de ello Venustiano, gobernador de la Toscana, detuvo bien pronto este dichoso progreso. Habiendo sabido que nuestro Santo estaba en Asís, y que no cesaba dia y noche de consolar y animar á los Cristianos, á los que iba á alentar hasta en las cuevas subterráneas, se fué á Asís precipitadamente, y habiéndole encontrado en el glorioso ejercicio de su celo con dos de sus diáconos, Exuperancio y Marcelo, los hizo prender con algunos otros de su clero, y habiéndolos cargado de cadenas, los encerró en una horrorosa prision. Pocos dias después envió por los santos prisioneros para que comparecieran ante él; y después de haberles echado en cara la osadía con que habian menospreciado hasta entonces las órdenes del Emperador, les mandó que adorasen allí mismo una pequeña estatua de Júpiter, hecha de coral y cubierta de una tela de oro que estaba en su gabinete. San Sabino, inflamado de un nuevo celo y de una viva fe, tomó el ídolo en sus manos, y arrojándole á tierra con menosprecio, le hizo pedazos.

Esta generosa accion irritó tanto á Venustiano, que allí mismo hizo cortar las dos manos al santo Obispo, y extender sobre el ecúleo á Exuperancio y á Marcelo, donde los hizo moler á palos, despedazar con uñas de hierro, quemar con tizones encendidos hasta que hubieron exhalado el espíritu al rigor de estos horribles suplicios. San Sabino, que hallándose presente á todo, no cesó de animarlos al martirio durante todo el tiempo de los tormentos, fue vuelto á la cárcel, donde se habia resuelto dejarle morir entre los agudos dolores que le causaban sus dos manos cortadas, y de pura miseria; pero la Providencia divina proveyó á todo.

Serena, viuda de ilustre nacimiento, y que poseia grandes riquezas, las que únicamente empleaba en alivio de los santos Confesores, siendo cristiana mucho tiempo habia, le asistió y le suministró lo necesario. Su generosa piedad no estuvo mucho tiempo sin recompensa. Tenia un sobrino ciego llamado Prisciliano, le llevó al Santo, quien habiendo hecho una breve oracion por él, le alcanzó allí mismo la vista. Este milagro fue causa de que se convirtieran quince presos que habian sido testigos de él. El gobernador Venustiano habia dejado descansar al Santo treinta dias, por el motivo de un grande mal de ojos que le habia puesto á pique de perder la vista. Siendo inútiles todos los remedios que se le aplicaban, y creciendo el dolor cada dia, fueron á decirle que el obispo Sabino acababa de dar vista á un ciego. El temor de perder los ojos, y el dolor agudo que le atormentaba, le obligaron á ir á la cárcel á ver al santo Obispo; fué allá

con su mujer y dos hijos, y encarándose al Santo, le dijo: Os ruego humildemente os olvideis de los tormentos que os he hecho sufrir, y tengais á bien darme algun alivio en el insoportable dolor que padezco. San Sabino le respondió que si queria creer en Jesucristo y hacerse bautizar con toda su familia, al punto quedaria perfectamente sano. Venustiano aceptó el partido, y arrojando al rio los pedazos del ídolo de coral que nuestro Santo habia roto, le pidió le instruyera en la fe, y al instante se halló curado, y recibió el Bautismo; su mujer y toda su familia participaron de la misma dicha, lo que habiendo venido á noticia del Emperador, mandó que ó negasen al instante la fe de Jesucristo, ó que se les cortase á todos la cabeza. La constancia en la fe hizo en ellos otros tantos Mártires; y san Sabino tuvo el dulce consuelo de ver á este dichoso escuadron coronado antes que él con la diadema del martirio.

Lucio, sucesor de Venustiano en el cargo del gobierno, hizo condujeran á Espoleto á san Sabino: le instó fuertemente á que se sometiera á la voluntad del Emperador; pero viendo que así sus promesas como sus amenazas eran inútiles, le hizo azotar con látigos forrados de plomo, cuya órden fue ejecutada con tanta barbarie, que el Santo espiró entre los golpes. El Martirologio romano pone este glorioso martirio el dia 30 de diciembre. Su santo cuerpo fue llevado durante la noche por la virtuosa Serena, la que le enterró á media legua de la ciudad, y con él las manos que habia conseguido por dinero y habia embalsamado. Con el tiempo se edificó una magnífica iglesia sobre su sepulcro; y muchas ciudades de Italia se glorian de tener algunas porciones de sus reliquias.

La Misa es de la traslacion del cuerpo del apóstol Santiago, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui dispositione mirabili corpus beati Jacobi apostoli de Hierosolymis ad Hispaniam transferri, et in Compostella gloriose sepeliri voluisti; concede, quaesumus, ut ejus meritis et precibus in cœlesti Jerusalem collocari mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios que quisiste que por una admirable disposicion el cuerpo del bienaventurado apóstol Santiago fuese trasladado de Jerusalen á España, y sepultado en Compostela gloriosamente; concédenos que por sus méritos é intercesion merezcamos ser colocados en la celestial Jerusalen. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epis'ola es del capítulo XV *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Non omnis caro eadem caro: sed alia quidem hominum, alia

Hermanos: No toda carne es la misma carne, sino que una es la de los

vero pecorum, alia volucrum, alia autem piscium. Et corpora coelestia, et corpora terrestria: sed alia quidem coelestium gloria, alia autem terrestrium. Alia claritas solis, alia claritas lunae, et alia claritas stellarum. Stella enim à stella differt in claritate. Sic et resurrectio mortuorum. Seminatur in corruptione, surget in incorruptione. Seminatur in ignobilitate, surget in gloria. Seminatur in infirmitate, surget in virtute. Seminatur corpus animale, surget corpus spirituale. Si est corpus animale, est et spirituale, sicut scriptum est. Factus est primus homo Adam in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem. Sed non prius quod spirituale est, sed quod animale, deinde quod spirituale. Primus homo de terra, terrenus: secundus homo de coelo, coelestis. Qualis terrenus, tales et terreni: et qualis coelestis, tales et coelestes. Igitur, sicut portavimus imaginem terreni, portemus et imaginem coelestis. Hoc autem dico, fratres, quia caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt: neque corruptio incorruptelam possidebit.

hombres, y otra la de las bestias, otra la de las aves, y otra la de los peces. Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero una es la hermosura de los celestes, y otra la de los terrestres. Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas. Porque una estrella se distingue de otra estrella en la claridad; así tambien la resurreccion de los muertos. Se siembra cuerpo corruptible, y resucitará con incorrupcion. Se siembra innoble, y resucitará glorioso. Se siembra enfermo, y resucitará robusto. Se siembra un cuerpo animal, y resucitará un cuerpo espiritual. Si hay un cuerpo animal, tambien le hay espiritual, como está escrito: El primer hombre Adan fue hecho alma viviente, el último Adan espíritu vivificante. Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal, y después lo que es espiritual. El primer hombre de la tierra es terreno: el segundo hombre del cielo es celestial. Como es el terrestre, así tambien son los terrestres; y cual el celestial, así tambien los celestiales. Así, pues, como hemos llevado la imágen del terreno, llevemos tambien la imágen del celestial. Dígoos esto, ó hermanos, porque la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios: ni la corrupcion llegará á poseer la incorruptibilidad.

REFLEXIONES.

Todo el fin de san Pablo en estas palabras de la Epístola se reduce á desterrar de entre los corintios la perjudicialísima persuasion de que el hombre muere ni mas ni menos que mueren las bestias. Á este intento les inculca la doctrina de la resurreccion, que tanto eco hizo en el Areopago; pero al mismo tiempo advierte á los que ya habian abrazado la doctrina del Evangelio cuán peligroso es juntarse en compañía con los que sienten de otra manera; y prueba esta verdad alegando un verso de Menandro, que dice: *que las conversaciones viciosas corrompen las buenas costumbres.* Después propone por sí mismo las principales dificultades que los filósofos oponian contra la

resurreccion, y las va desatando con razones sólidas y ejemplos oportunos. Uno de ellos es el del grano del trigo, que primero se corrompe, y después renace mas hermoso y con mas vigor que tenia antes, de modo que ya no es un grano sino muchos. Sigue después á manifestar que á este modo Dios dará al cuerpo humano después de la resurreccion una hermosura y gracia, tales, que parecerá que ha mudado de naturaleza. Pero por cuanto no todos serán igualmente dichosos, impidiéndolo sus mismas obras, dice que no todos podrán ser medidos con una misma medida, asi como aunque sea carne la del hombre, la del bruto, la de las aves y la de los peces, no por eso deja de haber en ellas una grande y notabilísima diferencia. De la misma manera habrá grande diversidad entre los cuerpos de los que resuciten para ser eternamente gloriosos, y aquellos que resuciten para ser eternamente pábulo de las voraces llamas del infierno. La habrá tambien entre los cuerpos de los mismos bienaventurados, porque sus mismas obras serán la medida con que se les dispense la claridad, la sutileza y la impasibilidad, que son las cualidades gloriosas con que han de ser adornados los cuerpos de los justos. En este sentido llama cuerpo animal al que no está todavía glorificado, considerándole agravado con el peso de la carne, y deshonrado con la mortalidad á que se halla sujeto. Por el contrario, al cuerpo glorioso le considera como espiritual y lleno de virtud y gloria: que esto quiere decir, se siembra un cuerpo animal, y resucitará un cuerpo espiritual.

Para que toda esta doctrina de la resurreccion recibiese una confirmacion sólida con ejemplos de notoria grandeza, y al mismo tiempo se hiciese útil para la moral, trae el ejemplo de Adan y de Jesucristo, atribuyendo á cada uno lo que le corresponde: al primero la perdicion; al segundo el remedio: al primero el pecado y contaminacion universal; al segundo la gracia y redencion del mundo. Por eso dice, que el primer hombre, como formado de tierra, era terreno; y el segundo, como descendido de los cielos, es celestial. De aquí saca una consecuencia capaz de reformar las costumbres, é instituir la vida cristiana, cual debe ser segun las máximas del Evangelio. Dice el santo Apóstol: Así, pues, como hemos llevado en nosotros la imágen del hombre terreno, llevemos tambien la del celestial. Y esto lo digo, ó hermanos, porque la carne y sangre no pueden heredar el reino de los cielos, ni la corrupcion poseerá la incorruptibilidad. Hé aquí el fin y el objeto á que se dirige toda la doctrina del Apóstol. De nada sirviera que les avisase que su alma era inmor-

tal, y que habia de venir tiempo en que este cuerpo que se convierte en cenizas volviese otra vez á cobrar su ser y forma, resucitando para una vida interminable, si no enseñara al mismo tiempo que habia dos destinos, el uno de gloria, y el otro de pena eterna. Esta terrible verdad es capaz por sí sola de arredrar los ánimos mas altivos, y de conservar á la justicia todos sus derechos. En llegando los hombres á persuadirse á que sus acciones han de tener un premio ó un castigo diferentes del que logran en este mundo, ponen inmediatamente freno á sus pasiones; y aquella soberbia que habian concebido en fuerza del puesto encumbrado ó de la posesion de unas riquezas perecederas, al punto se desvanece y disipa. Conocen que hay un Ser omnipotente, cuyos decretos son irresistibles; que han de venir forzosamente á parar en sus manos, y que han de ser tratados segun los ápices de la justicia; que hay un reino futuro, que es el reino de Dios, y que este no le han de poseer la carne ni la sangre; de consiguiente miran á los demás hombres como á quienes pueden ver el dia de mañana eternamente dichosos, y asimismo despojados de aquel reino, y condenados para siempre á una desventura eterna. ¡Ó doctrina de la resurreccion! Si los mortales te tuvieran mas presente en su memoria, ¡cómo sus acciones serian mas inocentes, y se aparejarian de continuo para una resurreccion no ignominiosa y terrena, como dice el Apóstol, sino espiritual y llena de gloria!

El Evangelio es del capítulo XX *de san Mateo.*

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo: Se acercó á Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos mios se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesús, dijo: No sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre el culto y veneracion que se da á las reliquias de los Santos.

Punto primero. — Considera la gran diferencia que hay del honor y veneracion con que son tratadas las cenizas de los justos respecto de las de los grandes monarcas y príncipes de la tierra, y entenderás desde luego con cuánta sabiduría ha dispuesto la divina Providencia que las recompensas sean aun en este mundo proporcionadas al mérito de las obras.

A la verdad, los grandes del mundo, mientras viven esta vida mortal, reciben de los demás hombres unos honores y obsequios de que ellos mismos se avergüenzan en lo íntimo de su alma, porque su conciencia no les presenta mas que delitos; y por malvados que sean, no pueden menos de asentir á aquella verdad que solo adjudica honores á la virtud. Por el contrario, los justos viven una vida oscura y despreciable, y pocas veces reciben de los demás hombres aquellas atenciones regulares que prescribe la humanidad. Llega el tiempo de la muerte de ambos: al poderoso se le tributan unas exequias y pompas funerales, que testifican por sí mismas que aquello se dedica á un monumento de soberbia, á la carne y á la sangre, á un hombre vicioso. Los sentimientos del corazon de los asistentes están siempre fijos en la altanería con que vivió aquel personaje, en las viudas y huérfanos que oprimió en sus obscenidades é injusticias; y al mismo tiempo que con la asistencia exterior de sus cuerpos están honrando la memoria de aquel poderoso, están en su corazon abominando sus delitos. Por el contrario, apenas muere el justo, desconocido antes de los hombres, cuando el cielo se empeña inmediatamente en ensalzar su memoria, y hacer que todos los mortales conozcan su virtud, y la tributen los debidos obsequios. ¡Con qué reverencia se asiste á sus exequias, que son mas bien un espectáculo de gloria y de triunfo, que un aparato fúnebre de tristeza! ¡con qué veneracion se mira aquel cadáver extenuado, maltratado y afeado con el desaseo y el desaliño, y mirado en vida como un retrato de la muerte! ¡qué señales de bienaventuranza no se descubren en aquel macilento semblante, y con cuánta ansia procuran todos enriquecerse con la parte mas mínima de sus ropas y de cuanto tenian para su uso! Pero todo esto es nada si se considera la multitud de sentimientos tiernos y afectuosos que en aquel mismo instante se apoderan de todos los corazones. Las ideas de bondad, de dulzura, de fidelidad,

de beneficencia, en una palabra, la idea de todas las virtudes naturales y cristianas ocupa la mente de todos, y entre las admiraciones con que recuerdan las acciones de su vida, se mezclan los multiplicados obsequios que tributan á sus despojos. Por eso decia el real Profeta (*Psalm.* CXXXVIII): Tus amigos, ó gran Dios, están demasiadamente honrados; y su principado con que reinan sobre las almas, se ha robustecido demasiadamente. En efecto, ¿quién no se pasma al ver pueblos enteros, ciudades numerosas, reinos magníficos y poderosos ocuparse en la adquisicion de un pequeño hueso de un Santo, adornarle con plata y oro, y lo que es mas que todo, adorarle, doblar en su presencia las rodillas, y estimarle en mas precio que todos los tesoros del mundo? ¿Lograron jamás un obsequio semejante las cenizas de los soberbios conquistadores del mundo, ni dio este un premio semejante á los que temió y adoró como á sus soberanos? No á la verdad; entre las cosas que hacen á Dios admirable en sus Santos, no se puede dudar que es de las principales el culto y veneracion que se tributa á sus reliquias.

Punto segundo.—Considera que sin embargo de ser Dios sumamente celoso de su gloria, y no permitir que se enajenen, ni se tributen á otro objeto los honores que le son debidos, con todo eso, no solamente permite, sino que quiere y manda que se honren y veneren las reliquias de sus siervos, ya para dar esta recompensa á la virtud, y ya para satisfacer en algun modo la humillacion, oprobio y envilecimiento con que los trató el mundo.

Los Santos cuando estaban en esta vida trataron á sus cuerpos con desprecio; y si se mira con los ojos del mundo los trataron con crueldad. Hambre, sed, cilicios, disciplina, falta de sueño, desnudez y una privacion eterna de todas las comodidades, hé aquí los instrumentos con que domaron los Santos á su carne, y con que la hicieron cooperar á los premios incomprensibles de que ya son poseedores. Sin la cooperacion del cuerpo, ¿hubiera podido el alma conseguir tan admirables triunfos de las pasiones y de la concupiscencia? El mérito del ayuno, el de la mortificacion, el de la vigilia, y sobre todo, el gran mérito del martirio, ¿pudiera lograrse con solo el espíritu impasible? Es evidente que no. Luego la justicia misma exige que el cuerpo, como instrumento y compañero del espíritu en la adquisicion de tantas glorias, sea tambien participante de ellas. Es justo que se tributen honores á aquellos miembros sagrados que fueron despedazados por Jesucristo, y que no rehusaron arder en las hogue-

ras para ser víctima de la verdad. Pero lo maravilloso es, que consigan estos premios y esta gloria, no solamente en la vida eterna, sino tambien en esta perecedera y mortal. Esto lo ha dispuesto Dios para confusion de los perversos y para acrecentar la gloria de su santo nombre. Aquel dolor, aquella confusion y arrepentimiento que pinta el Espíritu Santo en el corazon de los malvados en el capítulo v de la Sabiduría, no se verificará solamente en el dia terrible del juicio, sino que prueban su amargura con anticipacion cuantas veces ven adorar las reliquias de los Santos. Se hacen desentendidos, dudan por algun tiempo, se esfuerzan á negar que aquella sea una cosa justa y debida; pero la Religion con un poder irresistible les hace conocer toda la fuerza de la verdad, y comiéndose interiormente exclaman despechados: Nosotros insensatos teníamos su vida por locura y su fin por deshonrado; pero mira como están contados entre los hijos de Dios. Al mismo tiempo traen á la memoria, sin poderlo remediar, aquellas obras que ellos tenian por despreciables y oscuras, conocen que de ellas les resulta todo aquel obsequio y reverencia, y de aquí nace una luz brillante y hermosa que ilustra sus almas y les enseña todo el precio de la virtud. Conocen que delante de Dios nada es permanente, nada tiene estimacion sino la verdadera virtud. La gloria del mundo pasa como una sombra: aquellos hechos ruidosos que estremecen los imperios, y llenan de asombro á los habitadores del mundo, las grandes victorias, las grandes conquistas, los maravillosos descubrimientos, las empresas de mayor gloria, cuanto caracteriza de héroes á los personajes terrenos, nada de esto merece estimacion ni recompensa en el tribunal de la verdadera justicia. Llega sí con gran ruido hasta el borde del sepulcro; pero apenas una losa fria cubre las cenizas de estos fantasmas de heroicidad cuando su memoria queda sepultada con ellos. Pero la virtud sólida y verdadera, que solamente se puede hallar en los que arreglan su vida segun las máximas del Evangelio, nunca perece; su memoria será siempre eterna, y Dios hará que tributen parte de sus honores a los despojos y reliquias de aquellos siervos suyos que le fueron fieles y que las observaron.

Jaculatorias. — Á todos seréis aborrecibles por causa de mi nombre, dijísteis, ó Dios mio, á vuestros siervos; pero no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza. (*Luc.* xxi).

Los cuerpos de los Santos están sepultados en paz, y sus nombres permanecerán vivos por todas las generaciones que venerarán su memoria, y adorarán sus reliquias. (*Eccli.* xliv).

PROPÓSITOS.

1 Si se considera lo que son físicamente las reliquias de los Santos, es cierto que parece una accion fuera de todo juicio y prudencia el tributarlas adoraciones y culto. Las reliquias no son otra cosa que unos pedazos de huesos carcomidos, ó unas pequeñas partículas de cuerpos muertos, que pudieron escaparse de la corrupcion; porque aunque es cierto que la incorruptibilidad es argumento de santidad y virtud en el sugeto en que se halla, si hay otras pruebas que lo convenzan: tambien lo es que no es requisito necesario, y condicion esencial que pruebe falta de santidad en aquellos en quien no se encuentra. Las reliquias, pues, consideradas segun su naturaleza física, no merecerian otra cosa de nuestra parte sino asco, desprecio y horror, como acontece con todas las cosas de los difuntos. Porque, ¿qué cosa hay en el mundo que excite mas el horror, que una calavera descarnada y carcomida? ¿qué puede tocar el hombre con tanta náusea como los intestinos y carne podrida de un muerto? ¿qué cosa se desprecia tanto, ni se mira tan envilecida como aquellas ropas que se emplean en mortajas, y que teñidas de la corrupcion del cadáver contienen en sí todos los motivos de asco, de desprecio y de hacer una cosa aborrecible? Sin embargo de esto, vemos tanta multitud de gentes sensatas que se apresuran y hacen las diligencias mas exquisitas por adquirir alguna pequeña parte de estas ropas ó de estos huesos. Vemos que lo adornan con seda y oro, que lo depositan en cajas ricamente labradas de los metales mas preciosos, que adornan después con las piedras de mas estimacion que tiene la naturaleza. Aun vemos mas: vemos que estas reliquias las traen al pecho, colocan en ellas el remedio de sus necesidades, imploran el patrocinio de aquellos de quienes fueron parte, que suponen ya reinando con Cristo; las colocan en los altares; las dedican grandes festividades, y en las calamidades públicas de hambre, peste, sequedad, guerra ó fuego las sacan en público triunfo entre oraciones y cánticos; las oponen como una muralla contra la desolacion, y como una señal de paz y remision entre Dios y los hombres. Pues ahora bien, los que practican esto son gente sensata, son hombres sabios que han investigado los secretos de la naturaleza, y han apurado la ciencia de las costumbres. Son unos pueblos numerosos, son provincias enteras, son reinos dilatados; ¿será posible que tanta gente cuerda adopte un error, y tenga por virtud una cosa injusta? Es cierto que considerada la fragilidad humana en sí misma, y las miserables su-

persticiones en que están anegadas provincias enteras, no se haria difícil creer que pudiese suceder lo mismo con las reliquias de los Santos. Pero en esta materia tenemos los Cristianos la tradicion constante de la Iglesia, y á la Iglesia misma que en el concilio de Trento (*ses. 25*) definió, que las reliquias de los Santos se presentan á los ojos de los fieles como unos saludables ejemplos para que compongan sus costumbres. San Gerónimo defendió el honor que se debe dar á las reliquias, escribiendo sobre este asunto contra Vigilancio. San Ambrosio veneró con gran pompa y magnificencia los cuerpos de los santos Nazario y Celso. San Agustin asistió por sí mismo á la traslacion de muchas reliquias de Santos, y veneró por sí mismo las del protomártir Esteban. Y últimamente, el gran Crisóstomo asegura (*lib. 4 de Fide,* cap. 16), cási con las mismas palabras que usó después el concilio de Trento, que Dios nos concedió las reliquias de los Santos para conducirnos por este medio á su imitacion. De todo esto se infiere, ó cristiano, que cuando la Iglesia de España te presenta en este dia la traslacion del cuerpo de Santiago desde Judea hasta Galicia, te acuerda todas las verdades que has visto en estas consideraciones, y te enseña que es un punto de fe el dar culto á las reliquias de los Santos. Que tú debes deducir para tu provecho: lo primero, el imitar las virtudes á que ha dispuesto Dios que se tributen tan grandes honores; y lo segundo, un conocimiento interior de que todos los bienes y glorias de este mundo son transitorias, y no te deben merecer otra cosa que desprecio.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

La muerte gloriosa de san Silvestre, papa, en Roma; el cual bautizó al emperador Constantino Magno, y confirmó el concilio de Nicea, y después de otras cosas que hizo como muy fiel ministro del Señor, descansó en paz. *(Véase su historia en las de hoy).*

Las santas Donata, Paulina, Rústica, Norminanda, Serótina, Hilaria y sus compañeras, en Roma tambien, en la via Salaria, en el cementerio de Priscila.

Los santos Sabiniano, obispo, y Potenciano, en Sens; los cuales enviados allá por el Papa á predicar el Evangelio, ilustraron aquella metrópoli con el martirio de su confesion.

Santa Columba (ó Coloma), vírgen y mártir, tambien en Sens; la cual en la persecucion del emperador Aureliano, habiendo vencido el fuego, fue degollada. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Hermes, exorcista, en Rectaria.

El martirio de los santos Esteban, Ponciano, Atalo, Fabian, Cornelio, Sixto, Floro, Quinciano, Minervino y Simplicio, en Catania en Sicilia.

San Zotico, presbítero romano, en el mismo dia; el cual pasando á Constantinopla tomó á su cargo el sustentar á los huérfanos. *(Por su nobleza y santidad fue otro de los distinguidos personajes que el gran Constantino llevó de Roma para ilustrar su nueva corte de Bizancio, llamada después de su nombre Constantinopla. Fue allí Zotico el primero que en beneficio de los pobres fundó un hospital, y se ejercitó con indecible caridad en socorrer, servir y educar á los huérfanos y necesitados. Le honran con muchos elogios el Menologio y varios escritores griegos.* Luque).

San Barbaciano, presbítero y confesor, en Ravena. *(Era presbítero de Antioquía. Vino en el siglo IV á Roma con otro sacerdote llamado Timoteo, y habiendo vivido algun tiempo en el cementerio de Calixto, se difundió tanto la fama de sus virtudes y milagros, que la augusta Galla Plácida, madre del emperador Valentiniano, se lo llevó consigo á Ravena, en cuya corte, á solicitud del santo Clérigo, fundó la Emperatriz un suntuoso templo en honor de san Juan Evangelista: en esta iglesia se empleó Barbaciano en servir á Dios y al prójimo, no adquiriendo inferior crédito que en Roma por su santa vida y obras maravillosas. Murió, pues, amado de Dios y de los hombres, y san Pedro Crisólogo lo enterró en la misma iglesia que él habia ilustrado con sus virtudes. San Pedro Damian en el dia de su festividad pronunció un panegírico en su alabanza.* Luque).

Santa Melania, la Jóven, en el mismo dia; la cual juntamente con su marido Piniano, dejando á Roma, se fué á Jerusalen, en donde ella entre unas vírgenes consagradas á Dios, y el marido entre los monjes, vivieron vida religiosa, y acabaron santamente. *(Véase su historia en las de hoy).*

Y en otras partes otros muchísimos santos Mártires, Confesores y Santas Vírgenes. ℟. Deo gratias.

SAN SILVESTRE, PAPA.

San Silvestre, destinado por Dios para los primeros dias serenos que vió la Iglesia, libre ya de aquella multitud de perseguidores que la habian hecho gemir por espacio de mas de trescientos años, y viendo en el número de sus hijos al mas grande y mas poderoso emperador que habia habido hasta entonces en el mundo; san Silvestre, digo, era romano, hijo de Rufino, de una familia opulenta, y que hacia en Roma uno de los primeros papeles. Sus padres eran cristianos, y juntaban á su celo por la fe una probidad y una caridad ejemplar. Uno de sus primeros cuidados fue dar á su hijo una bella educacion, é inspirarle desde la cuna el amor á la virtud cristiana. Conociendo de cuánta consecuencia es para un jóven el tener maestros hábiles y virtuosos, le dieron por preceptor un santo hombre llamado Cirino, uno de los mas hábiles y mas piadosos que habia en el clero de Roma.

El bello natural del jóven Silvestre, lo despejado de su espíritu, su docilidad y su agrado abreviaron mucho las lecciones del santo sacerdote. Los progresos que hizo en las letras, especialmente en la ciencia de la Religion, por mas pasmosos que fuesen, no fueron inferiores á los que se le veian hacer cada dia en la virtud y en el ejercicio de las buenas obras. Tenia gran gusto en recibir á los fieles extranjeros que venian en peregrinacion á los sepulcros de los santos Apóstoles, los conducia él mismo á la posada, les lavaba los piés, les servia á la mesa y les proveia abundantemente de todo lo necesario. Tuvo el consuelo de recibir entre otros á san Timoteo, el que habiendo venido de Antioquía á venerar las reliquias de los santos Mártires, después de haber trabajado con un prodigioso suceso en la conversion de los infieles por la fuerza y uncion de sus instrucciones, mereció aumentar el número de los Mártires, alcanzando la palma del martirio. San Silvestre tuvo medio de hacerse con su cuerpo, y le enterró con todo el honor que la persecucion de los paganos le pudo permitir. Tarquino Perpena, prefecto de la ciudad de Roma, sabiendo que el santo Mártir estaba hospedado en casa de nuestro Santo, imaginó que Timoteo habia traido grandes riquezas á Roma del Oriente; y así mandó prender á san Silvestre, le metió en la cárcel, resuelto á hacerle morir, á lo menos por ser cristiano, esperando con esto tener un doble despojo; pero la Providencia hizo inútiles todos sus designios, porque el Prefecto murió el dia siguiente, habiéndose tragado una espina de pescado que le ahogó en pocas horas. Esta muerte tan repentina hizo dieran libertad al santo encarcelado, el que volvió al punto á sus acostumbradas obras de misericordia.

La vida pura y ejemplar de nuestro Santo dió á conocer bastantemente que no se quedaria en el siglo. En efecto, fue admitido en el clero á los treinta años de edad, y le ordenó de sacerdote el papa san Marcelino. Esta nueva dignidad fue un nuevo lustre á su eminente virtud. Conoció la santidad y las obligaciones de su estado, y se dedicó á cumplir con ellas: quizá no se vieron jamás costumbres mas puras, piedad mas ferviente, ni porte mas mortificado, mas humilde ni mas devoto. Su capacidad, junta á una regularidad extraordinaria, atrajo sobre él una furiosa persecucion de parte de los Donatistas, que no pudiendo sufrir el que san Silvestre quitase la mascarilla á su hipocresía, y confundiese á sus mas hábiles partidarios, tanto en particular como en público ejercitaron porfiadamente su caridad y su celo; pero toda su malicia solo sirvió para hacer conocer mas bien el mérito de nuestro Santo; pues habiendo muerto el papa

san Melchíades el año 314, san Silvestre fue ensalzado á la Santa Sede de comun consentimiento del pueblo y del clero.

Habia empezado á respirar la Iglesia después de la muerte del impío Diocleciano: mas aunque el emperador Constantino, después de la célebre victoria sobre el tirano Majencio, la que este gran Príncipe conocia deber á la virtud de la cruz de Jesucristo, se habia declarado altamente por los Cristianos; con todo, los magistrados paganos no dejaban de perseguirlos, especialmente mientras duró la guerra que este Emperador se vió obligado á hacer á Maximino y á Lucio sus colegas en el imperio. La proteccion abierta que este Príncipe concedia á los Cristianos irritó furiosamente á los paganos, los que aprovechándose de su ausencia, no omitieron diligencia alguna para exterminar á los cristianos de Roma; este era el último esfuerzo que hacia el infierno contra la Religion. Aunque el santo Papa deseaba dar su vida y su sangre por Jesucristo, con todo creyó debia guardarse para cuidar de su querida grey, la que en unas circunstancias tan críticas tenia mucha necesidad de su vigilancia y de su caridad pastoral. Y así le fue preciso salir de Roma y retirarse al monte Soracte, llamado después de San Silvestre, distante de la ciudad unas siete leguas.

Las actas de este Santo, autorizadas por gran número de autores célebres, tanto griegos como latinos, y por una venerable tradicion que sigue la Iglesia todavía el dia de hoy en el oficio del Santo, dicen, que viéndose el emperador Constantino cubierto de una especie de lepra, la que era muy comun en aquel tiempo, consultó sobre ello á los mas hábiles médicos del imperio, los que siendo todos paganos, convinieron unánimemente en que el baño de sangre de niños pequeños era el único remedio eficaz para la mencionada enfermedad. Aunque este Príncipe deseaba ardientemente sanar, se horrorizó no obstante del remedio; el aprecio que hacia de la religion cristiana, de la que todavía no tenia entonces mas que una ligera tintura, comenzó á inspirarle ya sentimientos mas humanos, y así rehusó tomar un baño tan bárbaro. La noche siguiente tuvo una vision, en la que vió en sueños dos venerables ancianos, cuyo porte apacible y majestuoso á un mismo tiempo le daba á entender bastante la dignidad de sus personas; los cuales acercándose, le dijeron cuán agradable habia sido á Dios aquel acto de clemencia, y le añadieron, que enviara á buscar al monte Soracte á Silvestre, sumo pontífice de los Cristianos, quien le mostraria un baño mucho mas saludable, con el cual sanaria al punto no solo de la lepra del cuerpo,

sino tambien de la del alma. Habiendo despertado Constantino, llama á sus oficiales, y les manda le traigan sin dilacion al soberano pontífice de los Cristianos, llamado Silvestre, el que hallarán en el monte Soracte. Al ver el santo Pontífice los oficiales del Emperador con órden para llevarle á su presencia, no dudó seria para darle la corona del martirio; pero fue recibido del Príncipe con afabilidad y con honor: declaróle la vision y la órden que habia tenido, la que creia venir del cielo, quien queria curarle de su lepra.

San Silvestre, gustosamente sorprendido del buen acogimiento del Emperador, y de lo que acababa de oir, le dijo: No dudes, gran Príncipe, que la vision que has tenido viene de Dios. En cuanto á los dos venerables viejos que has visto, conocerás viendo sus retratos que son los dos grandes apóstoles de Jesucristo, las dos principales columnas de su Iglesia; y habiéndole mostrado las imágenes de san Pedro y san Pablo, reconoció Constantino en ellas á los dos viejos que habia visto en sueños. Este suceso obró una gran mudanza en el alma de este gran Príncipe, el que quiso ser instruido á fondo en los misterios de nuestra Religion; y obrando la Gracia en su gran corazon fue admitido entre los catecúmenos. La santa impaciencia que mostró de ser cristiano, obligó á san Silvestre á abreviar el tiempo de las pruebas. Fue en fin bautizado por nuestro Santo; y apenas fue metido en las sagradas aguas del Bautismo, cuando desapareció la lepra, y su alma quedó limpia de toda mancha.

No se puede decir cuál fue en esta ocasion el gozo del Emperador, y los clamores de alegría de todos los fieles. Su ternura y su veneracion á san Silvestre fueron extremadas desde este dia: le miró siempre como á su padre en Jesucristo, y le veneró como á su maestro. Constantino, todavía mas grande por su piedad y su celo por la Religion, que por las victorias que habia conseguido sobre todos los enemigos del imperio, empleó todos los ocho dias que llevó el hábito de neófito, dicen sus actas, en hacer leyes y ordenanzas dignas del primer emperador cristiano. Dirigido por san Silvestre empezó anulando todos los edictos hechos por los emperadores paganos contra los Cristianos, y publicó muchos en su favor para el establecimiento y la gloria de la religion cristiana, cuyo libre ejercicio estaba ya establecido en todas partes, mandando al mismo tiempo abolir generalmente las supersticiones paganas. Se demolieron los templos de los ídolos en todo el imperio, y se edificaron sobre sus ruinas en Oriente y Occidente templos consagrados al verdadero Dios; de modo, que puede decirse que si el gran Constantino fue el instrumento

de que se sirvió Dios para hacer triunfar la verdadera Religion, san Silvestre fue como el alma de todas estas gloriosas hazañas. Movió al Emperador á edificar la magnífica basílica del Salvador, llamada San Juan de Letran, y la de los apóstoles san Pedro y san Pablo, la que este Príncipe enriqueció, dándola muchos tesoros, después de asignarla rentas suficientes para la manutencion de un gran número de eclesiásticos.

Mientras que el religioso Príncipe hacia triunfar la religion católica del paganismo por sus magníficas liberalidades, san Silvestre conseguia insignes victorias sobre los judíos y herejes. Á aquellos los confundió en presencia del Emperador, y juntó contra ellos muchos concilios, en los que el error fue proscrito. El principal fue el de Nicea, el cual es el primer concilio general, al que concurrieron trescientos diez y ocho obispos, la mayor parte gloriosos confesores de Jesucristo; en él se condenó la impía herejía de Arrio. Asistió á él el emperador Constantino, y dió raros ejemplos de humildad y de religion. El puesto que se le dió, los honores que se le hicieron, y los elogios que se hicieron de su celo y su virtud, prueban evidentemente, dice el cardenal Baronio, que habia ya recibido el Bautismo. Después de la solemne condenacion del arrianismo, después del famoso símbolo de fé que allí se hizo, escribió el concilio á san Silvestre, pidiéndole la confirmacion de sus decretos; y habiendo juntado este santo Papa otro concilio en Roma para este fin, confirmó todo lo que el de Nicea habia hecho, con estas palabras: *Confirmamos de palabra, y asimismo nos conformamos con todo lo que ha sido establecido en la ciudad de Nicea, en Bitinia, por los trescientos diez y ocho bienaventurados obispos, para el bien y conservacion de la santa madre Iglesia católica y apostólica; y anatematizamos á todos los que intentaren destruir la difinicion de este grande y santo concilio, al que se ha hallado presente el piísimo y venerable príncipe Constantino Augusto.*

La vigilancia del santo Pontífice y su solícitud pastoral no se contentó con cuidar de la pureza de la fe, sino que se extendió tambien á perfeccionar la disciplina eclesiástica, para lo cual juntó algunos concilios. Uno de los mas considerables fue el de Arles, á que asistieron los obispos de las Galias, de Italia, de España y de África, donde se estableció que la fiesta de la Pascua se celebrase el domingo después del dia 14 de la luna de marzo. En él se condenó la reiteracion del Bautismo, observada por los africanos. Ceciliano, obispo de Cartago, fue declarado inocente de los delitos de que le acusaban los Donatistas, y se hicieron leyes muy justas contra los cismáticos.

Finalmente, después de haber edificado muchas iglesias en Roma y en otras partes; después de haber hecho decretos muy prudentes y muy útiles para perfeccionar la disciplina de la religion cristiana; después de haber gobernado la Iglesia con una prudencia admirable, y con un acierto maravilloso por espacio de veinte y dos años, consumido de trabajos por la gloria de Dios, y colmado de merecimientos, salió de esta vida mortal para ir á gozar en el cielo de la que no tendrá jamás fin. Sucedió su muerte el año 335 de Jesucristo, siendo de una edad muy avanzada. Su cuerpo fue enterrado con mucha solemnidad en la Via Salaria, en el cementerio de Priscila, á una legua de Roma.

SANTA COLUMBA DE SENS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

En un priorato que tiene el real monasterio de Santa María de Nájera de la Órden de san Benito, se venera el cuerpo de la gloriosa vírgen y mártir santa Columba, no la de Córdoba, como creyeron Morales y Sanches de Feria y otros, la cual padeció en la persecucion de los árabes, como dijimos el dia 17 de setiembre; sino la que en el imperio de Aureliano padeció en Senonas, hoy Sens en Francia, metrópoli de la provincia Lugdunense. Tillemont y Baillet pusieron en duda la legitimidad de las actas de este martirio que trae Surio tomadas del Belvacense, por no haber tenido presente que en todo son conformes con el oficio de nuestra Santa, que se halla en el misal y Breviario Muzárabes anteriores al siglo V, bien que ilustrados y aumentados después por san Leandro y san Isidoro. Por estos monumentos tan autorizados de nuestra Iglesia consta la certeza de lo que las actas dicen, que viniendo el emperador Aureliano desde Oriente, y entrando en Senonas, comenzó á hacer pesquisa de los cristianos que habia en aquella ciudad; y teniendo noticia de Columba, la hizo llevar á su presencia. Preguntóle á quién veneraba, y respondió ella que á Cristo. Probó él su constancia con varios tormentos, todo era por demás. Luego en un aposento del anfiteatro la expuso á la brutalidad de un mozo, cuya desenvoltura contuvo ella con el poder de Dios, atemorizóle con una osa que repentinamente salió de la leonera; sobre todo esto le alcanzó el don de la fe y ánimo celestial para confesarla. Tambien apagó Dios el fuego que pegaron á la casa donde estaba la santa vírgen para que allí se abrasase. Sacáronla de la cárcel, y en el anfiteatro le cortaron la cabeza. Antes de morir se oyó una voz del cielo que decia: Ven, paloma mia, abiertos están para tí los cielos. El paraíso te da el parabien de la victo-

ria. El Hijo de Dios te aguarda con la corona de la gloria para ponértela en la cabeza. Los Ángeles están prevenidos para recibirte y traerte á esta gran ciudad la celestial Jerusalen. Fue su glorioso tránsito tal dia como hoy, en lo cual convienen el antiquísimo Martirologio Geronimiano, los de Usuardo, Beda, Adon y todos los siguientes. En señalar el año en que padeció nuestra Santa, pudiera haber alguna dificultad, por las tres diferentes ocasiones en que vino Aureliano á las Galias. El M. Risco juzga que fue esto en el primer viaje que hizo á estas provincias el año 273 siendo ya emperador, con el fin de sacarlas del poder de Tetrico, y restituirlas al imperio. Porque constando por el Martirologio de Beda que Aureliano era ya emperador cuando padeció santa Columba, y que esta Santa fue degollada á su presencia el dia 31 de diciembre, no puede fijarse este suceso en el año 259, en que tenia el imperio Valeriano, y él no era sino gobernador de la provincia de Sens; y menos en el de 274, en cuyos últimos meses se hallaba muy distante de Francia.

Ignórase el tiempo en que fue trasladado á España el cuerpo de santa Columba. Uno de los pueblos que tomaron los árabes cuando se apoderaron de España, fue Tricio, que desde los romanos se contaba por ciudad de los berones. Esta poblacion tenia junto á sí una aldea llamada ya entonces Santa Coloma, cuyo nombre conserva, distante dos leguas de la ciudad de Nájera. Esta aldea estuvo en poder de los moros hasta el año 923 en que el rey D. Ordoño II la recobró juntamente con Nájera, y reedificó el monasterio consagrado á honra de nuestra santa vírgen, donde estaban depositadas sus reliquias. El oficio de santa Coloma se celebraba ya en tiempo de los godos el dia 31 de diciembre, destinado únicamente á su fiesta. De aquí pasó á los Breviarios que se formaron después para el uso de cada diócesi. Y aunque en algunas de ellas se consagró este dia al glorioso pontífice san Silvestre, no por eso se omitió la memoria de nuestra santa vírgen. Algunas trasladaron su fiesta, otras se contentaron con hacer de ella conmemoracion: muchas guardaron constantemente su festividad.

Muy de antiguo comenzaron en España á tomar algunas mujeres el nombre de esta gloriosa vírgen. San Braulio hace memoria de una doncella llamada Columba, hija de Máximo, curada milagrosamente por san Millan en un pueblo de la Rioja. En muchos lugares principales hay ermitas con la advocacion de esta Santa. En Burgos hubo tambien con su nombre una iglesia pequeña, pero muy antigua, en la calle mas alta de la ciudad que llaman ahora Vejarrua. En Si-

güenza hay dignidad con el mismo título, dice Ambrosio de Morales, y una capilla tambien con su advocacion, riquísima en labor, y mas en la renta, y de mucha devocion en el servicio y oficios que en ella se celebran. Las regiones de Asturias, Galicia y Portugal llenas están, dice el mismo historiador, de la veneracion de esta Santa en iglesias, y en celebrar su fiesta, y en otras solemnidades. Junto á Benavente hay un excelente monasterio de monjas dedicado á la memoria de la misma vírgen y mártir. Cerca de Barcelona hay otro convento de religiosos Franciscos con el mismo título. De lo cual y del nombre de santa Coloma, que con alguna variedad han tomado algunos pueblos de España, se colige la veneracion en que ha sido tenida en nuestras provincias, y el celo con que en ellas se ha procurado perpetuar su memoria.

SANTO DOMINGO, MÁRTIR.

Uno de los ilustres Mártires de Jesucristo sacrificados al furor de los bárbaros mahometanos en la infeliz época que se hallaban estos dueños de cási toda la península de España, fue santo Domingo Jañez natural de la ciudad de Zamora, donde es y ha sido célebre su memoria desde que triunfó gloriosamente de los enemigos de la fe. Siguió Domingo la carrera militar con el noble objeto que alentaba por entonces á los cristianos mozárabes de la nacion, no otro que el de sacudir el pesadísimo yugo de los agarenos. Invadieron estos á la ilustre villa de Simancas, llamada antiguamente Septimancas, lo mismo que siete manos mancas; cuyo honroso título tomó de un hecho que pudo competir con los mas famosos que en materia de honestidad elogian las historias sagradas y profanas. Fue el caso, que habiendo entrado victoriosos los moros en el expresado pueblo, temerosas siete vírgenes ilustres de que los bárbaros insultasen su pureza, se cortaron las manos siniestras, y se afearon los rostros con su propia sangre, para contener el atrevimiento de los invasores con un aspecto tan horroroso. Pasaron á cuchillo los africanos á todos los fieles que encontraron en Simancas, resentidos de la vigorosa resistencia que hicieron al porfiado sitio que pusieron á la villa; y volviendo victoriosos á Córdoba, corte de los mahometanos, donde á la sazon reinaba Isen ó Iscan, entre otros muchos cautivos llevaron consigo á Domingo, á quien pusieron en una oscura mazmorra con otros cristianos que participaron de la misma infeliz suerte. Hiciéronles padecer innumerables trabajos é imponderables miserias por espacio de dos años y medio; pero todas estas calamidades las sufrieron los ilus-

tres prisioneros con inalterable paciencia, dando repetidísimas gracias al Señor porque les hacia dignos de padecer por su amor.

En este tiempo, segun escriben algunos, siendo Domingo casado, su mujer, llamada Violante, pasó de Zamora á Córdoba, así para servir de consuelo á su amado esposo, como para tratar de su rescate; pero aunque sobre esto hizo las mas eficaces diligencias, no tuvo efecto la libertad del Santo á causa de la violenta usurpacion que hizo de sus bienes el rey D. Ramiro III de Leon, en cuyo tiempo sucedió aquella guerra. Resignáronse ambos esposos con la voluntad de Dios que así lo disponia; mas queriendo el Señor remunerar con libertad mas completa el pacífico sufrimiento de los fieles cautivos, que no cesaban de implorar la divina misericordia, les coronó con la gloria del martirio en el dia 31 de diciembre del año 985. No se ausentó Violante de Córdoba por la muerte de Domingo, antes bien determinó pasar el resto de sus dias en la misma ciudad, que fue el teatro del glorioso triunfo de su marido, al que sobrevivió un año ocupada en santas obras; y habiendo fallecido, se le dió sepultura en la iglesia de San Acisclo y Victoria, segun se acredita por el epitafio de su sepulcro.

Murió Ramiro III antes del martirio de Domingo, y habiéndole sucedido en el reino de Leon Bermudo II de este nombre, condoliéndose de los trabajos y de las miserias que padecian en la cárcel de Córdoba los cristianos que fueron cautivos en Simancas, envió sus oradores para que solicitasen su rescate. Supieron estos antes de llegar á Córdoba la muerte de Domingo y de sus ilustres compañeros, y noticiándola á Bermudo, quiso este religioso Príncipe que la Iglesia fuese heredera de los bienes del ilustre Mártir, que usurpó don Ramiro contra la autoridad y el decoro de su real persona, pareciéndole cosa ajena de razon el que gozase su dueño de la vision beatífica, y que poseyesen sus bienes otros que no estuviesen consagrados al servicio del Altísimo en la tierra, segun consta por su real privilegio con fecha de 4 de febrero del año 988, en el que dice Bermudo: *En memoria del ilustre mártir Domingo Sarracino, quiero hacer donacion de su hacienda como cosa debida y justa á la iglesia donde está sepultado el apóstol Santiago nuestro patron, para que sea suya, y la goce para siempre: la que se le dé y entregue en honra del dicho Mártir, para que los que allí viven sirviendo á Dios, acordándose de él, y ofreciéndole cada dia oraciones y sacrificios, tengan socorro en lo temporal.*

Los Cristianos dieron sepultura en Córdoba á los venerables cuerpos de Domingo, y de sus compañeros; y habiendo el santo rey Fer-

nando III de Castilla recuperado aquella ciudad del poder de los moros, las reliquias del ilustre mártir Domingo fueron trasladadas á Zamora, donde son tenidas en grande veneracion, y se conserva hasta el dia una ermita antiquísima bajo de su advocacion cerca del vado que llaman de D. García, en la que se halla un sepulcro de no menos antigüedad, donde se dice estar el cuerpo del Santo.

SANTA MELANIA, LA MENOR.

Melania la Mayor fue de una familia nobilísima española, aunque descendiente de romanos, y con parentesco con san Paulino de Nola, nada inferior en nobleza y riquezas á las mayores de Aquitania y España. Habiéndose casado muy jóven, quedó viuda á los veinte y tres años de su edad. Por muerte de su marido dijo esta mujer á Dios: «Ahora, Señor, quedé en libertad para dedicarme sin distrac-«cion a vuestro servicio;» y habiendo puesto á su hijo Publícola en poder de buenos tutores, se embarcó con Rufino para Alejandría, en el año de 371, y visitó a san Atanasio; y él le dió una piel de oveja que san Macario, abad, le habia dado á él por un gran presente, por habérsela traido al santo Abad un leon ó una hiena en reconocimiento del beneficio que habia recibido por haber dado vista á un cachorrillo suyo que estaba ciego. De Alejandría pasó Melania á visitar aquellos desiertos de Egipto poblados de monjes, que vivian en la tierra como Ángeles del cielo, y despues de invertidos seis meses en esta visita, distribuyendo largas y copiosas limosnas, se trasladó á Palestina, pero tan disfrazada, que el gobernador de Jerusalen la puso en una prision por haber ido á visitar algunos presos, hasta que se dió á conocer, y fue tratada con el respeto debido: pasado algun tiempo, erigió un monasterio en Jerusalen, se vistió de un áspero sayal, sin mas cama que el duro suelo, y sin mas con que cubrirse que una manta. Así vivió en Palestina veinte y siete años haciendo empleo total de su alma la oracion, la meditacion, y la lectura de las santas Escrituras. Creció su hijo Publícola, y adquirido el complemento de todas las buenas cualidades de cuerpo y alma, casó con Albina, en quien tuvo un hijo y una hija, que es Melania la Menor, de que hemos de tratar. Á los trece años de su edad casó con Piniano, hijo de Severo, que habia sido prefecto de Roma. Los hijos de esta murieron niños, y con sus súplicas y discursos patéticos ganó el consentimiento de su marido, y le persuadió á ligarse por voto á perpetua castidad. Melania la Mayor con esta noticia dejó el Oriente, y se volvió á Roma después de una ausencia de treinta y siete años.

Saliéronla á recibir en Nápoles una tropa de ilustres personajes de la primera nobleza romana, quienes la acompañaron desde allí con un rico aparato y suntuosos equipajes. La humilde Melania caminaba al frente de ellos á caballo, y vestida pobre y religiosamente. Mientras estuvo en Roma fue todo su cuidado precaver á Piniano y á su nieta contra las herejías de aquella era. Permaneció cuatro años en Occidente, en cuyo intermedio hizo un viaje al África; y allí recibió la noticia de la muerte de su hijo Publícola. Á su vuelta á Roma aconsejó á Piniano y á nuestra Santa dar cuanto tuviesen á los pobres, y encerrarse en algun remoto retiro. Abrazaron gustosamente el consejo, y fueron imitados por Albina. Avita, sobrina de Melania, después de convertir á su marido de los errores de la idolatría, le indujo á hacer junto con ella voto de perpetua castidad. Su hijo Asterio, y la hija de estos Eunomia, siguieron el mismo ejemplo. Todas estas personas ilustres y devotas fueron juntas á hacer una visita á san Paulino de Nola. Tantas y tan admirables conversiones tenian atónitas á Roma y á toda la cristiandad. La Mayor Melania, apenas habia completado esta obra, cuando se volvió á su soledad. El tumultuoso bullicio de Roma hacia que tuviese á aquella ciudad por lugar de destierro y verdadera prision; ni podia soportar el tumulto del mundo y la distraccion de las visitas. Rufino acompañó á Melania hasta Sicilia, y allí murió. Melania arribó á Jerusalen, distribuyó entre los pobres el residuo de su dinero, y se encerró en un monasterio. Pero á los cuarenta dias conmutó esta vida mortal por la eterna, en el año de 410, teniendo como unos sesenta y ocho de edad. Esta Melania parece haberse empeñado acérrimamente con Rufino en defensa de Orígenes. Los encomios que la dan san Agustin, san Paulino, y otros muchos, evidencian su fe y su virtud ortodoxas, aunque su nombre nunca fue colocado entre los Santos, á no ser que se entienda el suyo de una Melania que se halla en un Calendario manuscrito de que hace mencion Chifflet, segun nos dicen Papebroquio y José Assemani.

Albina, Melania la Menor y Piniano dimitieron primero los Estados que tenian en España y Francia, reservando los que poseian en Italia, Sicilia y África. Dieron libertad á ocho mil de sus esclavos, y los que no quisieron aceptarla los dieron al hermano de Melania. Sus mas ricas alhajas las dieron á las iglesias y altares; y el primer sitio á que se retiraron fue á los campos de Campania y Sicilia, donde gastaban el tiempo en oracion, lectura, y visitar pobres y enfermos para consolarles y socorrerles. Para este fin vendieron tambien los

Estados de Italia, y pasaron al África, donde estuvieron algun tiempo, primero en Cartago y después en Tagaste, bajo la direccion de san Alipio, que era en aquel tiempo obispo de aquella ciudad. En un viaje que hicieron á Hippona á ver á san Agustin, el pueblo se apoderó de Piniano, pidiendo á san Agustin que le ordenase de presbítero. Pero escapó de sus manos prometiéndoles, que si alguna vez recibia las órdenes seria para servir en la iglesia de ellos. La pobreza y austeridad en que vivieron en Tagaste parecia ya extrema. Melania fué por grados llegando á un hábito tan admirable de ayunar, que á veces no comia mas que una vez á la semana, y en esta no tomaba mas que pan y agua, á no sér en algunas grandes festividades en que solia añadir un poco de aceite. La ocupacion de ellos era leer y copiar libros; y Piniano cultivaba tambien un jardin. En el año de 417 dejaron al África, y pasaron á Jerusalen, donde continuaron el mismo modo de vida. Santa Melania enterró á su madre Albina en el año de 433, y á su marido Piniano dos después. Sobrevivióles ella cuatro años, encerrada en un monasterio que edificó y gobernaba: su celda era su paraíso; pero la dejó para ir á Constantinopla á convertir á su tio Volusiano que era idólatra, y en efecto tuvo el gusto de verle bautizado, y morir lleno de alegría y de esperanza. Después que le dejó muerto se volvió á Jerusalen. Pasó á Bethlehem por tener allí la Pascua de Navidad, y se volvió al dia siguiente, en que se sintió asaltada de una fiebre, y de la última enfermedad, que ella dijo serlo á los que estaban en su compañía. Visitáronla muchos monjes y siervos de Dios, á quienes consolaba cuando los veia llorar. Partió, pues, para el Señor en el año de 439 á los cincuenta y siete de su edad en domingo 31 de diciembre, en cuyo dia se halla su nombre en el Martirologio Romano.

La Misa es en honor de san Silvestre, y la Oracion la siguiente:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Silvestri, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Haced, Dios omnipotente, que la venerable solemnidad del bienaventurado Silvestre, vuestro confesor y pontífice, nos aumente la devocion y la salud. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la segunda de san Pablo á Timoteo, pág. 120.*

REFLEXIONES.

No son las grandes sillas las que hacen grandes á los pontífices, así como no son siempre las acciones mas brillantes las que forman los mas grandes Santos; pero cuando estas luces puras, vivas, ardientes, están puestas sobre los mas altos candeleros, cuando la virtud mas heróica y mas purificada se encuentra en los primeros puestos, ¡qué efectos tan maravillosos los que de aquí se siguen! Todo es felicidad entonces, todo es prodigio. Todos los prelados deben ser indispensablemente por su sagrado carácter la sal de la tierra y la luz del mundo. La pureza de su doctrina, sostenida y hermoseada por la integridad de sus costumbres y por el resplandor de sus buenos ejemplos, debe servir de triaca contra el error y de remedio eficaz contra el contagio. Del pastor esperan las ovejas su alimento, á él le toca conducirlas á los pastos sanos y saludables; pero ¿qué bienes no hacen los prelados que ocupan las primeras sillas cuando su santidad y su mérito corresponden á la eminencia y á la superioridad de su jerarquía? Cuando los primeros prelados son los mas santos, cuando estos primeros astros no tienen sino una luz pura, ¡qué influencias tan saludables no derraman sobre todo el mundo cristiano! Son los instrumentos ordinarios de que se sirve Dios para obrar sus mayores prodigios. ¡Qué no debe todo el mundo cristiano, qué no debe la Iglesia á la eminente santidad, al celo eficaz, á las extraordinarias luces, á la pureza de la doctrina y á la inmensidad de los trabajos apostólicos de los Clementes, de los Silvestres, de los Leones, de los Gregorios, de los Pios y de tantos otros grandes Pontífices que Dios ha dado al mundo cristiano en diversos tiempos, segun ha visto las necesidades que de ellos tenia su Iglesia!

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la

vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Del consuelo que se tiene al fin del año de haber empleado bien el tiempo.

Punto primero. — Considera como no hay cosa mas dulce ni de mayor consuelo, que el haber cumplido uno con su obligacion, y haber hecho lo que debia: este testimonio de la conciencia contenta y calma el corazon, al mismo tiempo que derrama en el alma una paz y una dulzura que son sobre todos los sentidos, y que el hombre carnal no es capaz de comprender. Pero entre todas las obligaciones del hombre cristiano se puede decir que la mas interesante y la mas sensible, por decirlo así, es el buen empleo del tiempo. Este pensamiento llena el corazon y le sacia. Yo habia recibido del Padre de familias este talento para negociar con él: le he puesto á ganancias, me he aprovechado de cuantas ocasiones se me han presentado de hacer redituar este talento, y gracias á Dios lo he conseguido; venga el Señor cuando quisiere, que yo estoy pronto á darle la cuenta. Hé aquí lo que siente al fin del año una alma fiel, que no ha dejado escapar ocasion alguna de cumplir hasta con las mas pequeñas obligaciones de su estado, y que mirando esta vida con ojos cristianos, ha comprendido cuán caduca y miserable es; y sobre todo, cuánto le importaba usar bien de ella. Ha considerado, que siendo como era extranjera sobre la tierra, hubiera sido una insigne locura poner su felicidad, y buscar su reposo en ella. Atenta únicamente á hacer útiles para la eternidad todas las horas y todos los momentos, no ha mirado cada dia sino como el tiempo de un jornal; y para no perder el salario debido, ha tenido cuidado de no aflojar en el trabajo que se le habia prescrito. Sabiendo que este año podia ser el último para ella como lo ha sido para muchas otras, ha vivido como quien habia de morir, teniendo siempre encendida su lámpara, y aguardando con paciencia la hora de la llegada del esposo. Comprendamos, si es posible, el fondo de consuelos interiores que experimenta esta alma fiel al fin del año. ¡Con qué satisfaccion se acuerda que ha cumplido con sus

obligaciones, que ha correspondido á las gracias que Dios le ha dado, que ha evitado los lazos que el enemigo de la salvacion le habia armado, que ha domado sus pasiones; en una palabra, que ha tenido una vida cristiana!

Punto segundo.—Considera como todo concurre á hacer este consuelo mas dulce. Los bienes y los males de que todos nuestros años están como sembrados; adversidades, molestias, pérdida de bienes, aflicciones, desgracias, enfermedades, fortuna grande, prosperidades temporales, ventajas, satisfacciones, placeres, todo ha pasado. ¿Qué queda de todo esto al fin del año? Lo mismo, con poca diferencia, que al fin de la vida. Nos consolamos de los unos; miramos con indiferencia, y quizá con disgusto, los otros. Los bienes y los males de esta vida pasan igualmente; y todo lo que pasa es poco digno de afligir ó de alegrar á un corazon, á quien solo los bienes eternos son capaces de contentar, y que, hablando propiamente, no tiene que temer sino al pecado y á la infelicidad eterna. Una persona verdaderamente virtuosa, que tiene la dicha de evitar el pecado durante todo el año, ó que habiendo tenido la desgracia de perder la inocencia, no ha pasado el dia sin recobrarla, siente al fin del año un gozo, cuyo precio solo le puede comprender quien le ha experimentado. La memoria del fruto que ha sacado de la palabra de Dios, del uso de los Sacramentos, de los ejercicios de devocion, de las buenas obras; aquella regularidad de costumbres, aquel retiro voluntario de tantas ocasiones de pecado, aquellas prácticas de devocion causan en el alma un gozo, un contento y una confianza indecible. Aquellas alegrías y fiestas mundanas, mezcladas de tantas amarguras, han pasado; ¿qué me queda al presente de todas ellas sino un amargo arrepentimiento y un triste pesar? ¡Oh, y cuán dulce es estar exentos el último dia del año de todos estos pesares, y no tener sino el testimonio de una conciencia tranquila y sosegada! ¿Quién no quisiera el dia de hoy este secreto testimonio? Esta es la ventaja que les llevan los que han pasado el año santamente á los que le han pasado en la vanidad y en el pecado. Se siente entonces un fondo de confianza en la misericordia de Dios, á quien se debe todo el bien que se ha hecho, que desvanece y disipa todos los temores, y nos hace esperar para el año próximo una perseverancia que causa un maravilloso gozo, un placer interior, un gusto exquisito y una paz inefable.

¡Ah, Señor, qué no quisiera yo ahora haber hecho para gustar de este dulce consuelo! Dichosas las almas fieles que le experimentan:

á lo menos haced que yo aumente de hoy en adelante el número de estas almas; y que si Vos me concediéreis el año próximo, tenga el consuelo de haberme aprovechado de los pesares que tengo al acabar este: así lo espero de vuestra gracia.

JACULATORIAS. — Señor, ora empiece, ora acabe el año, no cesaré de decirme, que voy corriendo al sepulcro. (*Isai.* XXXVIII).

Señor, pues os dignais conservarme la vida, os prometo no emplear el resto de mis años y de mis dias sino en amaros, en serviros y en glorificaros. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Se debe pensar al fin de cada año cási lo mismo y del mismo modo que se pensará al fin de la vida. Este número de dias de que se compone así el año como la vida, dichosos ó infelices, tristes ó risueños, todo ha pasado, y la impresion que han hecho en el alma los unos y los otros se borra igualmente. Tú has llegado al último dia de este año, el cual ha sido el último para muchas personas. ¡Qué pesar tan justo debe ser el tuyo si le has empleado mal! Pero asimismo, ¡qué consuelo tan dulce no sentirás si todos los dias han sido para tí dias llenos, si has usado santamente de este tiempo, si te has aprovechado de los bienes y de los males, si has reformado tus costumbres, si has practicado con puntualidad tus ejercicios de devocion, si habiendo leido cada dia la vida del Santo del dia, has imitado sus virtudes, si teniendo cada dia un poco de leccion, has sacado siempre de ella algun fruto; finalmente, si habiendo recibido en el discurso del año tantas inspiraciones, tantos piadosos movimientos, tantos saludables deseos, tantos ejemplos ó que desechar ó que seguir; si separando lo verdadero de lo falso, lo dañoso de lo saludable, has sido bastante cuerdo para trabajar eficazmente en tu salvacion! Ocúpate hoy en estos saludables pensamientos, y sea lo que fuere de lo pasado, á lo menos pasa este último dia tan santamente, que esta tarde tengas siquiera el consuelo de no haber perdido todo el año.

2 El medio mas propio para empezar bien el año nuevo es acabar santamente el antecedente; aprovéchate de este aviso, é imprímele en tu corazon. Es una práctica de devocion muy útil, y de la que usan las almas fervorosas, hacer estos dias últimos una confesion extraordinaria de las faltas mas considerables que se han cometido en el discurso del año. Pasa este último dia en una especie de retiro; es muy debido que á lo menos este último dia sea todo para

el Señor y para tu salvacion. No te contentes con leer esto, ponlo por obra, pues una lectura seca y estéril puede serte muy dañosa. Da gracias á Dios con especialidad de todas las gracias que has recibido. Visita hoy alguna capilla ó iglesia de aquellas en que la santísima Vírgen es honrada y venerada particularmente, y dala las gracias con mucha humildad y fervor por tantos beneficios como has recibido por su mediacion, y conságrate de nuevo á su servicio. No te olvides de los santos Ángeles, especialmente del de tu guarda; ¡qué no le debes á tu santo Ángel! Muéstrale hoy tu reconocimiento. Da gracias á los Santos por los beneficios que te han conseguido de Dios, y haz que se interesen en tu salvacion, mostrándote agradecido á lo que han hecho por tí. Sé liberal con los pobres mas de lo que acostumbras, con el fin de reparar con estas limosnas extraordinarias tantos locos gastos como has sacrificado á tus diversiones ó á tu vanidad. Pasa toda esta tarde, si puede ser, ante el santísimo Sacramento, para reparar de algun modo tantas tardes ó noches pasadas en el juego ó en bagatelas. En fin, acaba este año tan cristianamente, como quisieras ahora haberle pasado todo; todas estas piadosas industrias contribuirán maravillosamente al importante negocio de tu salvacion.

FIN DEL MES DE DICIEMBRE.

Nota. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo de las Dominicas.*

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LOS NOMBRES DE TODOS LOS SANTOS QUE CONTIENE EL MARTIROLOGIO ROMANO, Y DE AQUELLOS CUYAS VIDAS COMPRENDE ESTE AÑO CRISTIANO, QUE PUEDEN IMPONERSE Á LOS BAUTIZANDOS, PARA QUE SIRVA DE GUIA Á LOS PADRES EN LA ELECCION DE PATRONOS PARA SUS HIJOS, Y Á LOS SEÑORES PÁRROCOS PARA QUE SEPAN LOS NOMBRES QUE PUEDEN ACEPTAR EN EL SANTO BAUTISMO.

Explicacion de las abreviaturas: p. *papa*, o. *obispo*, presb. *presbitero*, d. *diácono*, prof. *profeta*, m. *mártir*, v. *virgen*, c. *confesor*.
La página que igualmente se cita es la del tomo que corresponde al mes en que se celebra la fiesta del Santo, y en que está contenida la historia de su vida.

A

Aaron sacerdote en el monte Hor, 1 julio. Su hist. pág. 17.
Aaron m. en Inglaterra, 1 julio.
Abacuc m. en Roma, 19 enero.
Abdecala presb. y m. en Persia, 21 abril.
Abdesio d. y m. en Persia, 22 abril.
Abdías prof. en Samaria, 19 noviembre y 14 junio.
Abdon m. en Roma, 30 julio. Su hist. pág. 536.
Abencio m. en Córdoba, 7 junio. Su hist. pág. 124.
Abercio o. de Hierápolis, 22 octubre.
Abibo d. en Edesa, 15 noviembre.
Abibon, la invencion, 3 agosto. Su hist. pág. 56.
Abilio o. de Alejandría, 22 febrero.
Abraham ermitaño en Siria, 16 marzo. Su hist. pág. 265.
Abraham c. en Claramonte, 15 junio.
Abraham patriarca, 9 octubre. Su hist. pág. 163.
Abrahamitas monjes mres. en Constantinopla, 8 julio.
Absalon m. en Cesarea, 2 marzo.
Abudemio m. en Tenedo, 15 julio.
Abundancio m. en Roma, 1 marzo.
Abundancio d. y m. en Roma, 16 setiembre.
Abundio m. en Roma, 27 febrero.
Abundio presb. y m. en Roma, 16 setiembre.
Abundio o. en Como, 2 abril.
Abundio presb. y m. en Córdoba, 11 julio. Su hist. pág. 217.
Abundio m. en Roma, 26 agosto.
Abundio presb. y m., 16 setiembre.
Abundio d. y m., 10 diciembre.
Abundio m., 14 diciembre. Su hist. pág. 220.
Abundo sacristan de la iglesia de san Pedro en Roma, 14 abril.
Acacio presb. y m. en Sebaste, 27 noviembre.
Acacio m. en Constantinopla, 8 mayo.
Acacio o. en Amida, 9 abril.
Acacio m. en Ararat, 22 junio. Su hist. pág. 378.
Acacio m. en Prusa, 28 abril.
Acacio m. en Mileto, 28 julio.
Acepsimas o. y m. en Persia, 22 abril.
Acilino m. en Cartago, 17 julio.
Acindino m., 20 abril.
Acindino m. en Persia, 2 noviembre.
Acisclo m. en Cordoba, 17 noviembre. Su hist. pág. 282.
Acucio m. en Puzzol, 19 setiembre.
Acursio m. en Africa, 16 enero.
Adalberto o. y m. en Praga, 23 abril.
Adauco m. en Frigia, 7 febrero.
Adaucto m. en Roma, 30 agosto.

Adelberto c. en Holanda, 25 junio.
Adelemo ó Lesmes abad en Burgos, 30 enero. Su hist. pág. 440.
Adelfo o. en Metz, 29 agosto.
Aderito o. en Ravena, 27 setiembre.
Adjuto m. en África, 16 enero.
Adjuto abad en Orleans, 19 diciembre.
Adjutor m. en Africa, 18 diciembre.
Adon o. en Viena, 16 diciembre. Su hist. pág. 252.
Adria m. en Roma, 2 diciembre.
Adrian m. en Nicomedia, 4 marzo.
Adrian m. en Cesarea, 5 marzo.
Adrian m. en Nicomedia, 26 agosto.
Adrian m. en Alejandría, 17 mayo.
Adriano m. en Nicomedia, 8 setiembre. Su hist. pág. 178.
Adriano m. en Marsella, 1 marzo.
Adulfo m. en Córdoba, 27 setiembre. Su hist. pág. 527.
Adventor m. en Turin, 20 noviembre.
Adyutor c. en Campaña, 1 setiembre.
Afias m. en Frigia, 22 noviembre.
Afra m. en Brixia, 24 mayo.
Afra m. en Augsburgo, 5 agosto. Su hist. pág. 90.
Africano m. en Africa, 10 abril.
Afrodisio m. en Africa, 14 marzo.
Afrodisio m., 28 abril.
Afrodisio m. en Alejandría, 30 abril.
Agabio o. en Verona, 4 agosto.
Agabo prof. en Antioquía, 13 febrero.
Agape v. y m. en Tesalónica, 3 abril.
Agape m., 25 enero.
Agape v. y m. en Terni, 15 febrero.
Agapes v. y m. en Nicomedia, 28 diciembre.
Agapio m. en Palestina, 24 marzo.
Agapio m., 28 abril.
Agapio o. y m. en Cirta, 29 abril.
Agapio m. en Palestina, 19 agosto.
Agapio m. en Edesa, 21 agosto.
Agapio m. en Novara, 10 setiembre.
Agapio m. en Cesarea, 20 noviembre.
Agapito m. en Sebaste, 2 noviembre.
Agapito o. en Ravena, 16 marzo.
Agapito o. en Sinada, 24 marzo. Su hist. pág. 384.
Agapito d. y m. en Roma, 6 agosto.
Agapito m. en Palestina, 18 agosto. Su hist. pág. 296.
Agapito p. en Roma, 20 setiembre. Su hist. pág. 414.
Agapito m. en Heraclea, 20 noviembre.
Agata ó Águeda v. y m. en Catanea, 5 febrero. Su hist. pág. 73.
Agatángelo m. en Ancira, 23 enero.
Agatoclia m., 17 setiembre.
Agatodono m. en Pergamo, 13 abril.
Agatodoro o. y m. en Chersoneso, 4 marzo.
Agaton p. en Roma, 10 enero.
Agaton m. en Alejandría, 14 febrero.
Agaton m. en Sicilia, 5 julio.
Agaton m. en Alejandría, 7 diciembre.
Agatonica m. en Pergamo, 13 abril.
Agatonica v. y m. en Cartago, 10 agosto.
Agatonico m. en Nicomedia, 22 agosto.
Agatopo m. en Candía, 23 diciembre.
Agatopode d. en Antioquía, 25 abril.
Agatopodes d. y m. en Tesalónica, 4 abril.
Agericio o. en Verdun, 1 diciembre.
Aggeo m. en Bolonia, 4 enero.
Aggeo prof., 4 julio. Su hist. pág. 78.
Agilberto m. en Paris, 24 junio.
Agileo m. en Cartago, 15 octubre.
Agnelo abad en Nápoles, 14 diciembre.
Agoardo m. en París, 24 junio.
Agricio o. en Tréveris, 13 enero.
Agrícola o. en Chalons, 17 marzo.
Agrícola m. en Bolonia, 4 noviembre.
Agrícola m. en Hungría, 3 diciembre.
Agrícola m. en Ravena, 16 diciembre.
Agripina v. y m. en Roma, 23 junio.
Agripino o. en Nápoles, 9 noviembre.
Agustin m. en Nicomedia, 7 mayo.
Agustin o. en Cantorberi, 26 mayo.
Agustin o. de Hipona y doctor, 28 agosto. Su hist. pág. 466. La de su conversion á 5 mayo, pág. 88.
Aichardo abad 15 setiembre. Su hist. pág. 311.
Aidano o. en Lindisfarne, 31 agosto.
Aigulfo abad en Lerins, 3 setiembre.
Aitala presb. y m. en Persia, 22 abril.
Albano m. en Maguncia, 21 junio.
Albano m. en Inglaterra, 22 junio.
Alberto Carmelita en Sicilia, 7 agosto. Su hist. pág. 125.
Alberto o. en Lieja, 21 noviembre.
Albina m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Albina v. y m. en Mola, 16 diciembre.
Albino o. en Bressenon, 5 febrero.
Albino o. en Anjou, 1 marzo.
Albino o. en Leon de Francia, 15 setiembre.
Alcibíades m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Aldegunda v. en Hannonia, 30 enero.
Aldelmo o. en Shèrborn, 25 mayo.
Alejandra m. en Plafagonia, 20 marzo.
Alejandra v. y m. en Ancira, 18 mayo.
Alejandro o. y m. en Fermo, 11 enero.
Alejandro m. en Roma, 9 febrero.

Alejandro m. en Ostia, 18 febrero.
Alejandro m. en Chipre, 9 febrero.
Alejandro o. en Alejandría, 26 febrero. Su hist. al 27 febrero, pág. 437.
Alejandro m. en Roma, 27 febrero.
Alejandro m. en Apamea, 10 marzo.
Alejandro m. en Roma, 17 marzo.
Alejandro o. y m. en Cesarea, 18 marzo.
Alejandro m. en Dricipara, 27 marzo.
Alejandro m. en Cesarea, 28 marzo.
Alejandro m. en Leon de Francia, 24 abril.
Alejandro p. y m. en Roma, 3 mayo. Su hist. pág. 56.
Alejandro m. en Constantinopla, 3 mayo.
Alejandro m. en Edesa, 20 mayo.
Alejandro m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3 junio, pág. 43.
Alejandro o. en Verona, 4 junio.
Alejandro m. en Noyon, 6 junio.
Alejandro o. en Fiesoli, 6 junio.
Alejandro m. en Alejandría, 9 julio.
Alejandro m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 200.
Alejandro m. en Marsella, 21 julio. Su hist. pág. 407.
Alejandro m. en Panfilia, 1 agosto.
Alejandro o. y m. en Comana en el Ponto, 11 agosto.
Alejandro m. en Bérgamo, 26 agosto.
Alejandro m. en Constantinopla, 28 agosto.
Alejandro m. en la tierra de los sabinos, 9 setiembre.
Alejandro o. y m. en Roma, 21 setiembre.
Alejandro m. en Antioquía, 28 setiembre.
Alejandro m., 17 octubre. Su hist. página 315.
Alejandro o. y m., 22 octubre.
Alejandro m. en Salonique, 9 noviembre.
Alejandro m. en Corinto, 24 noviembre.
Alejandro m. en Alejandría, 12 diciembre.
Alejandro m. en Cesarea, 24 marzo.
Alejandro m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Alejo c. en Roma, 17 julio. Su hist. pág. 315.
Alejo c. en Florencia, 17 febrero.
Alfeo m. en Palestina, 17 noviembre.
Alfio m. en Antioquía, 28 setiembre.
Alfio m. en Sicilia, 10 mayo.
Alfonso en Galicia, 26 enero. Su hist. pág. 362.
Alfonso María de Ligorio, 2 agosto. Su hist. pág. 40.
Alicia ó Adelaida en Borgoña, 16 diciembre. Su hist. pág. 258.
Alipio o. en Tagaste, 15 agosto.
Almachio m. en Roma, 1 enero.
Alodia v. y m. en España, 22 octubre. Su hist. pág. 389.
Alomnia m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Alpiniano presb. en Limoges, 30 junio.
Alvaro de Córdoba c., 19 febrero. Su hist. pág. 307.
Alvito o. en España, 8 noviembre. Su hist. pág. 123.
Amado o. de Sens, 13 setiembre.
Amador m. en Córdoba, 30 abril. Su hist. pág. 499.
Amador o. de Auxerre, 1 mayo.
Amador o. de Autun, 26 noviembre.
Amancio m. en Roma, 10 febrero.
Amancio d. en Gante, 19 marzo.
Amancio o. de Como, 8 abril.
Amancio m. en Noyon, 6 junio.
Amancio presb. en la ciudad de Castello, 26 setiembre.
Amancio o. de Rodes, 4 noviembre.
Amando o. en Utrecht, 6 febrero.
Amando o. en Burdeos, 18 junio.
Amaranto m. en Albi, 7 noviembre.
Amato o. de Nusco, 31 agosto.
Ambico m., 3 diciembre.
Ambrosio o. de Milan, 4 abril. Su hist. al dia 7 diciembre, pág. 109.
Ambrosio m., 2 mayo. Su hist. pág. 41.
Ambrosio m. en Terentino, 16 agosto.
Ambrosio o. de Cahors, 16 octubre.
Ambrosio abad, 2 noviembre.
Ambrosio c., 20 marzo.
Amelberga v. en Gante, 10 julio.
Amfion o. y c. en Cilicia, 12 junio.
Amia en Cesarea, 31 agosto.
Amideo c. en Toscana, 18 abril.
Ammiano m., 4 setiembre.
Ammon d. y m. en Heraclea, 1 setiembre.
Ammon m. en Alejandría, 20 diciembre.
Ammon m. en Alejandría, 8 setiembre.
Ammon m. en el Ponto, 18 enero.
Ammonio m. en Alejandría, 14 febrero.
Ammonio m. en Chipre, 9 febrero.
Ammonio niño m. en Alejandría, 12 febrero.
Ammonio lector y m. en Pentápolis, 26 marzo.
Ammonio m. en Alejandría, 26 setiembre.

Ammonio m. en Alejandría, 26 noviembre.
Amonaria v. y m. en Alejandría, 12 diciembre.
Amós prof. en Palestina, 31 marzo. Su hist. pág. 482.
Ampelio m. en Africa, 11 febrero. Su hist. pág. 162.
Ampelo m. en Mesina, 20 noviembre.
Ampliado m., 31 octubre.
Ana madre de Nuestra Señora, 26 julio. Su hist. pág. 501.
Ana profetisa en Jerusalen, 1 setiembre.
Anacario o. de Auxerre, 25 setiembre.
Anacleto p. y m. en Roma, 13 julio. Su hist. pág. 241.
Ananías m. en Damasco, 25 enero.
Ananías presb. y m. en Persia, 21 abril.
Ananías m. en Persia, 1 diciembre.
Ananías en Babilonia, 16 diciembre. Su hist. pág. 260.
Anastasia m. en Roma, 15 abril. Su hist. pág. 240.
Anastasia en Jerusalen, 9 octubre.
Anastasia v. en Roma, 28 octubre. Su hist. al dia 27, pág. 506.
Anastasia m., 25 diciembre.
Anastasio m., 13 agosto.
Anastasio monje en Supentonia, 11 enero.
Anastasio monje y m. en Persia, 22 enero. Su hist. pág. 299.
Anastasio m. en Badalona, 23 enero. Su hist. pág. 321.
Anastasio o. de Antioquía, 21 abril.
Anastasio p. en Roma, 27 abril. Su hist. pág. 452.
Anastasio m. en Camerino, 11 mayo.
Anastasio o. de Brescia, 20 mayo.
Anastasio o. de Pavía, 30 mayo.
Anastasio m. en Córdoba, 14 junio. Su hist. pág. 232.
Anastasio m. en Argentou, 29 junio.
Anastasio o. de Terni, 17 agosto.
Anastasio m. en Salona, 21 agosto.
Anastasio m. en Aquileya, 7 setiembre.
Anastasio presb., 11 octubre.
Anastasio m., 5 diciembre.
Anastasio m. en Nicomedia, 19 diciembre.
Anastasio o. y m. en Antioquía, 21 diciembre.
Anatalon o. de Milan, 23 setiembre.
Anatolia v. en Tora, 9 julio.
Anatolio m., 20 marzo.
Anatolio o. de Laodicea, 3 julio.
Anatolio m. en Nicea, 20 noviembre.
Andalion comediante m., 14 abril.
Andeolo subdiácono m. en Francia, 1 mayo.
Andoquio presb. y m. en Autun, 24 setiembre.
Andrés o. de Florencia, 22 febrero.
Andrés m. en Helesponto, 15 mayo.
Andrés m. en Cilicia, 19 agosto.
Andrés presb. y m. en Constantinopla, 29 agosto.
Andrés m. en Africa, 23 setiembre.
Andrés m. en Creta, 17 octubre.
Andrés monje y m. en Constantinopla, 28 noviembre. Su hist. pág. 494.
Andrés apóstol y m. en Acaya, 30 noviembre. Su hist. pág. 513.
Andrés Avelino c. en Nápoles, 10 noviembre. Su hist. pág. 147.
Andrés Corsino o. de Fiesoli, 6 enero. Su hist. al 4 febrero, pág. 58.
Andrónico m. en Tarso, 11 octubre. Su hist. pág. 211.
Andrónico en Jerusalen, 9 octubre.
Anecto m. en Corinto, 10 marzo.
Anecto m. en Cesarea, 27 junio.
Anempodisto m. en Persia, 2 noviembre.
Anesio m. en Africa, 31 marzo.
Anfiano m. en Cesarea, 2 abril.
Anfiloquio m., 27 marzo.
Anfiloquio o. de Iconio, 23 noviembre.
Angel presb. en Sicilia, 5 mayo. Su hist. pág. 89.
Angel m. en Berbería, 13 octubre. Su hist. pág. 259.
Angeles de la Guarda, 2 octubre. Su hist. pág. 21.
Angelo c. en Nápoles, 14 diciembre.
Aniano o. de Alejandría, 25 abril. Su hist. pág. 406.
Aniano d. y m. en Antioquía 10 noviembre.
Aniano o. de Orleans, 17 noviembre.
Aniceto p. y m. en Roma, 17 abril. Su hist. pág. 272.
Aniceto m. en Nicomedia, 12 agosto.
Anisia m. en Tesalónica, 30 diciembre.
Anisio o. de Tesalónica, 30 diciembre.
Annon o. de Colonia, 4 diciembre.
Ansano m. en Sena, 1 diciembre.
Ansberto o. de Ruan, 9 febrero.
Anselmo o. de Mantua, 18 marzo.
Anselmo o. de Cantorberi, 21 abril. Su hist. pág. 342.
Ansovino o. de Camerino, 13 marzo.
Anstragisilo o. en Bourges, 20 mayo.
Ansurio o. en España, 27 noviembre. Su hist. pág. 481.
Antelmo o. de Belei, 26 junio.

Antero p. y m. en Roma, 3 enero. Su hist. pág. 39.
Anthes m. en Salerno, 28 agosto.
Antia m. en Mesina, 18 abril. Su hist. pág. 302.
Antidio o. de Besanzon y m., 25 junio.
Antígono m. en Roma, 27 febrero.
Antimo o. de Nicomedia m., 27 abril.
Antimo presb. y m. en Roma, 11 mayo.
Antimo m. en Egea, 27 setiembre.
Antinógenes m. en Mérida, 24 julio.
Antíoco tribuno y m. en Cesarea, 21 mayo.
Antíoco m. en Sebaste, 15 julio.
Antíoco o. de Leon de Francia, 15 octubre.
Antíoco m. en Cerdeña, 13 diciembre.
Antipas m. en Pérgamo, 11 abril.
Antoliano m. en Claramonte, 6 febrero.
Antonia v. y m. en Numidia, 29 abril.
Antonia m. en Nicomedia, 4 marzo.
Antonina m., 1 marzo.
Antonina v. y m. en Constantinopla, 3 mayo.
Antonina m. en Nicea, 12 junio.
Antonino abad en Sorrento, 14 febrero.
Antonino m., 20 abril.
Antonino m. en Roma, 26 abril. Su hist. pág. 416.
Antonino o. de Florencia, 10 mayo. Su hist. pág. 171.
Antonino m. en Campaña, 6 julio. Su hist. pág. 118.
Antonino m. en Roma, 29 julio.
Antonino m. en Roma, 22 agosto.
Antonino m. en Pamiers, 2 setiembre. Su hist. pág. 43.
Antonino niño y m. en Capua, 3 setiembre.
Antonino m. en Plasencia, 30 setiembre.
Antonino o. de Milan, 31 octubre.
Antonino m. en Cesarea, 13 noviembre.
Antonio m. en Ancira, 7 noviembre.
Antonio presb. y m. en Antioquía, 7 enero.
Antonio abad en la Tebaida, 17 enero. Su hist. pág. 236.
Antonio monje en Roma, 17 enero.
Antonio o. de Constantinopla, 12 febrero.
Antonio m. en Alejandría, 14 febrero.
Antonio m. en Africa, 23 setiembre.
Antonio m. en Roma, 15 diciembre.
Antonio monje en Isladeras, 28 diciembre.
Antonio de Padua c., 13 junio. Su hist. pág. 206.
Antusa v. en Constantinopla, 27 julio.
Antusa m. en Tarso, 22 agosto.
Antusa m., 27 agosto.
Anunciacion de Nuestra Señora, 25 marzo.
Apeles en Esmirna, 22 abril.
Apelio m., 10 setiembre.
Aphtonio m. en Persia, 2 noviembre.
Apiano m. en Alejandría, 10 diciembre.
Apodemio m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Apolinar o. de Hierápolis, 8 enero.
Apolinar v., 5 enero. Su hist. pág. 68.
Apolinario m. en Africa, 21 junio.
Apolinario o. y m. en Ravena, 23 julio. Su hist. pág. 437.
Apolinario m. en Reims, 23 agosto.
Apolinario o. en Valencia del Delfinado, 5 octubre.
Apolo m. en Alejandría, 21 abril.
Apolonio m. en Terni, 14 febrero.
Apolonio d. y m. en Egipto, 8 marzo.
Apolonio o., 19 marzo.
Apolonio m. en Egipto, 5 junio.
Apolonio presb. y m. en Alejandría, 10 abril.
Apolonio m. en Roma, 18 abril. Su hist. pág. 299.
Apolonio m. en Brixia, 7 julio.
Apolonio m. en Iconio, 10 julio.
Apolonio m. en Roma, 23 julio.
Apolonio m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Appia m. en Colosa, 22 noviembre.
Aprico m. en Alejandría, 3 julio.
Apro o. de Toul, 15 setiembre.
Aproniano m. en Roma, 2 febrero.
Apuleyo m. en Roma, 7 octubre.
Aquila m. en Berberia, 23 enero.
Aquila m., 23 marzo.
Aquila m. en la Tebaida, 20 mayo.
Aquila m. en Asia, 8 julio.
Aquila m. en Filadelfia, 1 agosto.
Aquilas o. de Alejandría, 7 noviembre.
Aquileo m. en Valenciennes, 23 abril.
Aquileo m. en Roma, 12 mayo. Su hist. pág. 210.
Aquilina v. y m. en Palestina, 13 junio.
Aquilina m. en Licia, 24 julio.
Aquilino m. en Africa, 4 enero.
Aquilino presb. y m. en Milan, 29 enero.
Aquilino m. en Fronsunbruno, 4 febrero.

Aquilino m. en Isauria, 16 mayo.
Aquilino m. en Noyon, 17 mayo.
Aquilino o. de Ambrun, 19 octubre.
Arabia m. en Nicea, 13 marzo.
Arator presb. y m. en Alejandría, 21 abril.
Arbogasto o. de Strasbourg, 21 julio.
Arcadio m., 12 enero.
Arcadio o. y m. en Chersoneso, 4 marzo.
Arcadio m. en Africa, 13 noviembre. Su hist. pág. 209.
Arconcio m. en Capua, 5 setiembre.
Arecio m. en Roma, 4 junio.
Arecio m. en Africa, 10 junio.
Arescio m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Aretas m. en Roma, 1 octubre.
Aretas en los Homeritas, 24 octubre.
Argentea m. en Córdoba, 13 mayo. Su hist. pág. 250.
Argeo m. en el Ponto, 2 enero.
Argimiro monje y m. en Córdoba, 28 junio. Su hist. pág. 474.
Ariadna en Frigia, 17 setiembre.
Ariano m. en Antios, 8 marzo.
Aristarco o. y m. en Tesalónica, 4 agosto.
Aristeo o. y m. de Cápua, 3 setiembre.
Arístides ateniense, 31 agosto.
Aristion en Salamina, 22 febrero.
Aristóbolo m., 15 marzo.
Ariston m. en Campaña, 2 julio.
Aristónico m. en Militina, 19 abril. Su hist. pág. 321.
Armentario o. de Pavía, 30 enero.
Armogasto m. en Africa, 29 marzo.
Arnulfo o. de Metz, 18 julio.
Arnulfo o. de Soissons, 15 agosto.
Arquelao m., 4 marzo.
Arquelao m. en Ostia, 23 agosto.
Arquelao o. de Mesopotamia, 26 diciembre.
Arquipo en Asia, 20 marzo.
Arsacio c. en Nicomedia, 16 agosto.
Arsenio d. y ermitaño en Egipto, 19 julio. Su hist. pág. 350.
Arsenio m. en Alejandría, 14 diciembre.
Artemio m. en Antioquía, 20 octubre.
Artemio m. en Roma, 6 junio.
Artemon presb. y m. en Laodicea, 8 octubre.
Asafo o. en Inglaterra, 1 mayo.
Ascario o. de Brema, 3 febrero.
Asclas m. en Antinoo, 23 enero.
Asclepiades o. de Antioquía, 18 octubre.
Asclepiodoto m. en Andrinópoli, 15 setiembre.
Asela v. en Roma, 6 diciembre.
Asincrito, 8 abril.
Aspren o. de Nápoles, 3 agosto.
Asteria v. y m. en Bérgamo, 10 agosto.
Asterio m. en Cesarea, 3 marzo.
Asterio m. en Edesa, 20 mayo.
Asterio, o. de la Arabia, 10 junio.
Asterio presb. y m. en Ostia, 21 octubre.
Asterio o. en Amasea, 30 octubre. Su hist. pág. 352.
Astio o. y m. en Macedonia, 7 julio.
Astonio m. en Persia, 2 noviembre.
Astremonio o. en Clermont, 1 noviembre.
Astriciliano presb. en Limoges, 30 junio.
Asuncion de Nuestra Señora, 15 agosto.
Asurio m. en Galicia, 26 enero. Su hist. pág. 362.
Atalo abad de Boby, 10 marzo.
Atalo m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al dia 3 pág. 43.
Atalo m. en Catania, 31 diciembre.
Atanasia viuda en Egina, 14 agosto.
Atanasia en Jerusalen, 5 julio.
Atanasio o. de Nápoles, 15 julio.
Atanasio o. de Tarso, m., 22 agosto.
Atanaulfo en Galicia, 26 enero. Su hist. pág. 362.
Atcio en Perga, 1 agosto.
Atenodoro o. y m. en Neocesarea, 18 octubre.
Atenodoro m. en Mesopotamia, 11 noviembre.
Atenogenes m. en Ponto, 18 enero.
Atenogenes o. de Sebaste, m., 16 julio.
Atico en Frigia, 6 noviembre.
Atilano o. de Zamora, 5 octubre. Su hist. pág. 91.
Aton c. en Pistoya, 22 mayo. Su hist. pág. 437.
Aucto m., 7 noviembre.
Audacto presb. y m. en Venusa, 24 octubre.
Audas o. y m. en Persia, 16 mayo.
Audaz m. en Tora, 9 julio.
Audifaz m. en Roma, 19 enero.
Audomaro o. en Therouenne, 9 setiembre.
Augulo o. y m. en Augusta, 7 febrero.
Augurio m. en Tarragona, 21 enero. Su hist. pág. 285.
Augustal o. en Francia, 7 setiembre.
Augusto m. en Nicomedia, 7 mayo.
Augusto c. en Campaña, 1 setiembre.
Augusto presb. en Bourges, 7 octubre.
Aurea v. y m. en Córdoba, 19 julio. Su hist. pág. 353.

Aurea v. en España, 11 marzo. Su hist. pág. 175.
Aurea v. y m. en Ostia, 24 agosto.
Aurea v. en Paris, 4 octubre.
Aurelia v., 25 setiembre.
Aurelia v. en Argentina, 15 octubre.
Aurelia m. en Roma, 2 diciembre.
Aureliano o. de Arles, 16 junio. Su hist. pág. 266.
Aurelio m. en Córdoba, 27 julio. Su hist. pág. 516.
Aurelio en Paris, 20 octubre.
Aurelio o. y m. en Asia, 12 noviembre.
Aureo en Maguncia, 16 junio.
Ausencio o. de Mopsuesta, 18 diciembre.
Ausonia m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Auspicio o. de Tréveris, 8 julio.
Austreberta v. en Ruan, 10 febrero.
Austregisilo o. de Bourges, 20 mayo.
Autberto o. de Cambray, 13 diciembre.
Autonia m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Autonomo o. y m. en Bitinia, 12 setiembre.
Autusa v. en Constantinopla, 27 julio.
Auxano o. de Milan, 3 setiembre.
Auxencio abad en Bitinia, 14 febrero.
Auxencio m. en Armenia, 13 diciembre.
Auxibio o. en Solos, 19 febrero.
Auxilio en Antioquía, 27 noviembre.
Aventino c. en Campaña, 4 febrero.
Avertano en Francia, 25 febrero. Su hist. pág. 417.
Avito m. en Africa, 27 enero.
Avito presb. en Orleans, 17 junio. Su hist. pág. 279.
Azadanes d. y m., 22 abril.
Azades m. en Persia, 22 abril.
Azarías en Babilonia, 16 diciembre. Su hist. pág. 260.
Azas en Isauria, 19 noviembre.

B

Babilas o. de Antioquía m., 24 enero. Su hist. pág. 334.
Baco m. en Azar, 7 octubre.
Balbina v. en Roma, 31 marzo. Su hist. pág. 473.
Baldomero c. en Leon de Francia, 27 febrero. Su hist. pág. 441.
Barachiso m. en Persia, 29 marzo.
Barbaciano presb. en Ravena, 31 diciembre.
Barbada v. en España, 20 febrero. Su hist. pág. 331.
Bárbara v. y m. en Nicomedia, 4 diciembre. Su hist. pág. 60.
Barbato o. de Benevento, 19 febrero.
Barbea m. en Edesa, 29 enero.
Bardomiano m. en Asia, 25 setiembre.
Barlaan m. en Cesarea, 19 noviembre.
Barlaan en la India, 27 noviembre. Su hist. pág. 462.
Baroncio c. en Pistoya, 25 marzo.
Barsabas m. en Persia, 11 diciembre.
Barsanufio anacoreta en Palestina, 11 abril.
Barsen o. de Edesa, 30 enero.
Barsimeo o. de Edesa, 30 enero.
Bartolomé apóstol en Armenia, 24 agosto. Su hist. pág. 399.
Bartolomé abad de Grotaferrata, 11 noviembre.
Barula niño m. en Antioquía, 18 noviembre.
Basa m. en Nicomedia, 6 marzo.
Basa v. y m. en Cartago, 10 agosto.
Basa m. en Edesa, 21 agosto.
Basileo m. en Roma, 2 marzo.
Basileo m. en España, 23 mayo. Su hist. pág. 451.
Basileo o. y m. en Amasea, 26 abril.
Basileo o. en Antioquía, 27 noviembre.
Basiliano m. en Laodicea, 18 diciembre.
Basílides m. en Roma, 10 junio.
Basílides m. en Roma, 12 junio. Su hist. pág. 182.
Basílides m. en Alejandría, 30 junio.
Basílides m. en Candía, 23 diciembre.
Basilio o. de Cesarea, 1 enero.
Basilio o. y m. en Ancira, 22 marzo.
Basilio c. en Constantinopla, 27 febrero.
Basilio m. en Chersoneso, 4 marzo.
Basilio o. de Polonia, 6 marzo.
Basilio en Capadocia, 30 mayo.
Basilio o. en Cesarea, 14 junio. Su hist. pág. 222.
Basilio m. en Constantinopla, 23 noviembre.
Basilisa v. y m. en Antioquía, 9 enero. Su hist. pág. 107.
Basilisa m., 22 marzo.
Basilisa m. en Roma, 15 abril. Su hist. pág. 240.
Basilisa v. y m. en Nicomedia, 3 setiembre.
Basilisco m., 3 marzo.
Basilisco m. en Ponto, 22 mayo.
Baso m. en Alejandría, 14 febrero.
Baso m. en Roma, 11 mayo.
Baso m. en Heraclea, 20 noviembre.
Baso o. de Nicea m., 5 diciembre.

Basolo c. en Reims, 26 noviembre.
Batilde reina de Persia, 26 enero.
Baudelio m. en Nimes, 20 mayo. Su hist. pág. 395.
Bavon c. en Gante, 1 octubre.
Bayulo m. en Roma, 20 diciembre.
Beano o. de Berde en Escocia, 16 diciembre.
Beata m. en Africa, 8 marzo.
Beata Catalina de Tomás v., 5 abril. Su hist. pág. 80.
Beato en Suiza c., 9 mayo.
Beato en España, 19 febrero. Su hist. pág. 104.
Beato Alberto, 8 abril. Su hist. página 114.
Beato Herman José, 8 abril. Su hist. pág. 132.
Beatriz m. en Roma, 29 julio. Su hist. pág. 548.
Beda presb., 27 mayo. Su hist. página 520.
Begga v., 17 diciembre.
Belino m. en Padua, 26 noviembre.
Benedicta v. en Leon de Francia, 8 octubre.
Benedicto p. en Roma, 7 mayo. Su hist. pág. 132.
Benigno m. en Todi, 13 febrero. Su hist. pág. 202.
Benigno m. en Tomis, 3 abril.
Benigno o. de Utrecht m., 28 julio.
Benigno o. de Milan, 20 noviembre.
Benigno o. y m. en Dijon, 1 noviembre.
Benilde en Córdoba, 15 junio. Su hist. pág. 254.
Benita m. en Roma, 4 enero.
Benita v. en Roma, 6 mayo.
Benita v. en Sens, 29 junio.
Benito abad de Monte Casino, 21 marzo. Su hist. pág. 340.
Benito abad en Inglaterra, 12 enero. Su hist. pág. 150.
Benito o. de Claramonte, 15 enero.
Benito o. de Milan, 11 marzo.
Benito monje en Campaña, 23 marzo.
Benito c. en Poitiers, 23 octubre.
Benito m. en Polonia, 12 noviembre.
Benito de Palermo, 3 abril. Su hist. pág. 45.
Benjamin d. y m. en Persia, 31 marzo.
Bennon o. de Meisen, 16 junio.
Berardo m. en Africa, 16 enero.
Bercario m., 16 octubre.
Bernabé apóstol en Chipre, 11 junio. Su hist. pág. 168.
Bernardino de Sena, 20 mayo. Su hist. pág. 388.
Bernardo o. de Capua, 12 marzo.
Bernardo en Palermo, 14 enero. Su hist. pág. 187.
Bernardo c. en Valesia, 15 junio. Su hist. pág. 253.
Bernardo abad en Sena, 21 agosto.
Bernardo c. en el Lacio, 14 octubre.
Bernardo o. de Parma, 4 diciembre.
Bernardo Calvó o. en Vich, 24 octubre. Su hist. pág. 439.
Bernwardo o. en Sajonia, 26 octubre.
Beronico en Antioquía, 19 octubre.
Bertilla en Soissons, 5 noviembre. Su hist. pág. 87.
Bertin abad, 5 setiembre. Su hist. página 121.
Besa m. en Alejandría, 27 febrero.
Besarion anacoreta, 17 junio.
Bianor m. en Pisidia, 10 julio.
Bibiana v. y m. en Roma, 2 diciembre. Su hist. pág. 25.
Bibiano o. en Santonges, 28 agosto.
Biblides m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3 pág. 43.
Bicor v. y m. en Persia, 22 abril.
Bienvenido o. de Osmo, 22 marzo.
Bimarasio o. en España, 27 noviembre. Su hist. pág. 483.
Birilo o. de Catania, 21 marzo.
Birino o. de Dorcester, 3 diciembre.
Blanda m. en Roma, 10 mayo.
Blandina m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. pág. 43.
Blas o. de Sebaste y m., 3 febrero. Su hist. pág. 37.
Blas m., 29 noviembre.
Bona v. en Reims, 24 abril. Su hist. pág. 392.
Bonajunta c. en el monte Senario, 31 agosto.
Bonfilio c. en Toscana, 1 enero.
Bonifacio en Tarso, 14 mayo. Su hist. pág. 262.
Bonifacio o. de Fiorento, 14 mayo.
Bonifacio IV p. en Roma, 25 mayo.
Bonifacio o. de Maguncia m., 5 junio. Su hist. pág. 82.
Bonifacio m. en Rusia, 19 junio.
Bonifacio m. en Cartago, 17 agosto. Su hist. pág. 278.
Bonifacio en Africa, 30 agosto.
Bonifacio I p. en Roma, 25 octubre. Su hist. pág. 479.
Bonifacio en Africa, 6 diciembre.
Bonifacio m. en Roma, 29 diciembre.
Bonito o. de Claramonte, 15 enero.
Bono presb. en Roma, 1 agosto.
Bononio abad en Bolonia, 30 agosto.
Bonosa m. en Porto, 15 julio.
Bonoso m., 21 agosto.
Brandano abad en Escocia, 16 mayo.

Braulio o. de Zaragoza, 26 marzo. Su hist. pág. 409.
Bretanion o. de Tomis, 25 enero
Briccio o. de Martula, 9 julio.
Bricio o. de Turon, 13 noviembre.
Brígida viuda en Roma, 8 octubre. Su hist. pág. 138.
Bruno o. de Witburgo, 17 mayo.
Bruno o. de Segni, 18 julio.
Bruno cartujano en Calabria, 6 octubre. Su hist. pág. 99.
Bruno o. de Rutenos, y m., 15 octubre.
Buenaventura o. y c., 14 julio. Su hist. pág. 251.
Burcardo o. de Birtzbourg, 14 octubre.
Burgundofora abadesa en Inglaterra, 3 abril.

C

Calamanda v., 5 febrero. Su hist. página 78.
Calanico m., 17 diciembre.
Calepodio presb. y m., 10 mayo.
Calimerio o. de Milan m., 31 julio.
Calinica m., 22 marzo.
Calinico m. en Apolonia, 28 enero.
Calinico m. en Gangria, 29 julio.
Caliopa m., 8 julio.
Caliopo m. en Sicilia, 7 abril.
Calistrato m. en Roma, 26 setiembre.
Calixta m., 2 setiembre.
Calixto m., 16 abril.
Calixto m. en Zaragoza de Sicilia, 25 abril.
Calixto o. de Todi m., 14 agosto.
Calixto p. y m. en Roma, 14 octubre. Su hist. pág. 268.
Cálixto m. en Roma, 29 diciembre.
Calocero o. de Ravena, 11 febrero.
Calocero m. en Bresa, 18 abril.
Calocero m. en Roma, 19 mayo.
Calogero ermitaño en Sicilia, 18 junio.
Camerino m. en Cerdeña, 21 agosto.
Camilo de Lelis c. en Roma, 14 julio. Su hist. pág. 271.
Cancianila m. en Aquileya, 31 mayo.
Canciano en Aquileya, 31 mayo.
Cancio m. en Aquileya, 31 mayo.
Cándida m. en Roma, 6 junio.
Cándida v. y m. en Roma, 29 agosto.
Cándida en Nápoles, 4 setiembre. Su hist. pág. 107.
Cándida la jóven en Nápoles, 4 setiembre.
Cándida v. y m. en Cartago, 20 setiembre.
Cándida ó Cándia m. en Tortosa, 22 octubre. Su hist. pág. 394.
Cándida m. en Roma, 1 diciembre.
Cándido m. en Roma, 2 febrero.
Cándido m. en Sebaste, 9 marzo.
Cándido m. en Alejandría, 11 marzo.
Cándido m. en Francia, 22 setiembre. Su hist. pág. 436.
Cándido m. en Roma, 3 octubre. Su hist. pág. 51.
Cándido m. en Africa, 15 diciembre.
Canico abad en Escocia, 11 octubre.
Canion c. en Campaña, 1 setiembre.
Cantidiano m. en Antioquía, 5 agosto.
Cantidio m. en Antioquía, 5 agosto.
Canuto rey de Dinamarca, 7 y 19 enero. Su hist. pág. 256.
Capitolina m. en Capadocia, 27 octubre.
Capiton o. y m. en Chersoneso, 4 marzo.
Capiton m., 24 julio.
Caprasio abad de Islanderas, 1 junio.
Caprasio m., 6 octubre. Su hist. página 108.
Caprasio m. en Agen, 20 octubre.
Caralipo m., 28 abril.
Carauno m. en Chartres, 28 mayo.
Caricia m. en Corinto, 16 abril.
Carina m. en Ancira, 7 noviembre.
Carisio m. en Corinto, 16 abril.
Caridad v. y m. en Roma, 1 agosto.
Caridad v. en Roma, 30 setiembre.
Caritina v. y m., 5 octubre.
Cariton m., 3 setiembre.
Carlos Borromeo, 4 noviembre. Su hist. pág. 67.
Carpo o. de Thiatira, 13 abril.
Carpo en Troade, 13 octubre.
Carponio m. en Cesarea, 14 octubre.
Carpóforo m. en Como, 7 agosto.
Carpóforo m. en Roma, 8 noviembre. Su hist. pág. 124.
Carpóforo presb., 10 diciembre.
Carterio m., 2 noviembre.
Casdoa m. en Persia, 29 setiembre.
Casia m. en Damasco, 20 julio.
Casiano m. en Roma, 26 marzo.
Casiano o. de Autun, 5 agosto.
Casiano m. en Imola, 13 agosto. Su hist. pág. 211.
Casiano o. de Todi, 13 agosto.
Casiano m. en Roma, 1 diciembre.
Casiano m. en Berbería, 3 diciembre. Su hist. pág. 53.
Casiano m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist., pág. 248.
Casilda v., 9 abril. Su hist. pág. 140.
Casimiro c., 4 marzo. Su hist. pág. 53.
Casio m. en Auvernia, 15 mayo.
Casio o. de Narni, 29 junio.
Casio m. en Como, 7 agosto.

Casio m. en Alemania, 10 octubre.
Casto m. en Africa, 22 mayo.
Casto o. y m. en Sena, 1 julio. Su hist. pág. 6.
Casto m., 4 setiembre.
Casto m. en Capua, 6 octubre.
Castor m. en Tarso, 28 marzo.
Castor m. en Tarso, 27 abril.
Castor m. en Africa, 28 diciembre.
Castorio m. en Roma, 7 julio.
Castorio m. en Roma, 8 noviembre.
Castrense o. de Capua, 11 febrero.
Castrense c. en Campaña, 1 setiembre.
Castriciano o. de Milan, 1 diciembre.
Castulo m. en Africa, 12 enero.
Castulo m. en Hungría, 15 febrero.
Castulo m. en Roma, 26 marzo.
Castulo m. en Roma 30 noviembre.
Cataldo o. de Tarauto, 10 mayo.
Catalina v. en Bolonia, 9 marzo.
Catalina v. en Suecia, 22 marzo. Su hist. al dia 24, pág. 380.
Catalina v. en Ostia, 22 marzo.
Catalina v. y m. en Alejandría, 25 noviembre. Su hist. pág. 421.
Catalina de Ricci v., 13 febrero. Su hist. pág. 203.
Catalina de Sena v. en Roma, 30 abril. Su hist. pág. 491. La impresion de sus llagas, pág. 14.
Cato m. en Africa, 19 enero.
Catulino d. en Cartago, 15 julio.
Cayetano c., 7 agosto. Su hist. página 118.
Cayo m. en Bolonia, 4 enero.
Cayo m. en Nicomedia, 21 octubre.
Cayo m. en Alejandría, 28 febrero.
Cayo m., 4 marzo.
Cayo m. en Apamea, 10 marzo.
Cayo m. en Zaragoza, 16 abril.
Cayo m. en Militina, 19 abril. Su hist. pág. 321.
Cayo p. y m. en Roma, 22 abril. Su hist. pág. 356.
Cayo p., 30 junio.
Cayo m. en Salerno, 28 agosto.
Cayo o. de Milan, 27 setiembre.
Cayo m., 3 octubre.
Cayo m. en Alejandría, 4 octubre.
Cayo m. en Corinto, 4 octubre.
Cayo m. en Nicomedia, 3 octubre.
Cayo m. en Mesina, 20 noviembre.
Ceaddas o. en Inglaterra, 2 marzo.
Cecilia v. y m. en Roma, 22 noviembre. Su hist. pág. 366.
Ceciliano m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Ceciliano m. en Zaragoza, 16 abril.
Cecilio en Iliberi, 1 febrero. Su hist. pág. 11.
Cecilio o. en Cartago, 3 junio.
Celedonio m. en España, 3 marzo. Su hist. pág. 38.
Celerina en Africa, 3 febrero.
Celerino d. y m. en Africa, 3 febrero.
Celestino p. en Roma, 6 abril. Su hist. pág. 100.
Celestino m. en Roma, 2 mayo.
Celiano m. en Africa, 15 diciembre.
Celidonia v. en Subiaco, 13 octubre.
Celso niño y m. en Antioquía, 9 enero.
Celso o. de Irlanda, 6 abril.
Celso niño y m. en Milan, 28 julio.
Celso m. en Roma, 21 noviembre.
Cenobia m. en Egea, 30 octubre.
Cenobio o. de Egea, 30 octubre.
Censurio o. de Auxerre, 10 junio.
Centola m. en España, 13 agosto. Su hist. pág. 212.
Cerbonio o. y c. en Porto, 10 octubre.
Cerbonio o. en Verona, 10 octubre.
Cereal m. en Alejandría, 28 febrero.
Cereal m. en Roma, 10 junio.
Cereal m. en Roma, 14 setiembre.
Cesareo de Nacianzo, 25 febrero. Su hist. pág. 417.
Cesario m., 20 abril.
Cesario o. de Arles, 27 agosto. Su hist. pág. 426.
Cesario m. en Terracina, 1 noviembre.
Cesario m. en Damasco, 1 noviembre.
Cesario m. en Cesarea, 3 noviembre.
Cesario m. en Abrasio, 28 diciembre.
Cesidio presb. en Transacco, 31 agosto.
Ciliano o. de Witzburgo, 8 julio.
Cilinia, 21 octubre.
Cindeo presb. y m. en Panfilia, 11 julio.
Cipriano m. en Corinto, 10 marzo.
Cipriano m. en Bresa, 11 julio.
Cipriano o. y m. en Cartago, 14 setiembre. Su hist. al dia 16, pág. 324.
Cipriano m. en Nicomedia, 26 setiembre. Su hist. pág. 500.
Cipriano o. en Africa, 12 octubre.
Cipriano abad en Carpentras, 9 diciembre.
Circuncision del Señor, 1 enero. Su hist. pág. 18.
Cirena en Tarso, 1 noviembre.
Ciria m. en Cesarea, 5 junio.
Ciriaca m., 20 marzo.
Ciriaca v. y m. en Nicomedia, 19 mayo.
Ciriaca m. en Roma, 21 agosto.
Ciriaco m. en Perusa, 5 junio.
Ciriaco m. y o. de Jerusalen, 4 mayo.
Ciriaco en España, 18 junio. Su hist. pág. 307.

Ciriaco m. en Alejandría, 31 enero.
Ciriaco m. en Roma, 8 febrero.
Ciriaco d. en Roma, 16 marzo. Su hist. al dia 8 agosto, pág. 136.
Ciriaco m. en Nicomedia, 7 abril.
Ciriaco m. en Roma, 2 mayo.
Ciriaco m. en el Ponto, 20 junio.
Ciriaco m. en Africa, 21 junio.
Ciriaco m. en Armenia, 24 junio.
Ciriaco m. en Sebaste, 15 julio.
Ciriaco m. en Nicomedia, 19 diciembre.
Cirila m. en Cirene, 5 julio.
Cirila v. y m. en Roma, 28 octubre.
Cirilo o. de Alejandría, 28 enero. Su hist. pág. 396.
Cirilo m., 4 marzo.
Cirilo o. en Africa, 8 marzo.
Cirilo o. en Moravia, 9 marzo.
Cirilo o. de Jerusalen, 18 marzo.
Cirilo m. en Siria, 20 marzo.
Cirilo d. y m. en Heliópolis, 29 marzo.
Cirilo o. de Gortina, 9 julio. Su hist. pág. 181.
Cirilo o. de Antioquía, 22 julio.
Cirilo m. en Antioquía, 2 octubre.
Cirilo m. en Filadelfia, 1 agosto.
Cirilo m. en Roma, 28 octubre. Su hist. al 27, pág. 506.
Cirino m. en Helesponto, 3 enero.
Cirino m. en Roma, 26 abril. Su hist. pág. 416.
Cirino m. en Sicilia, 10 mayo.
Cirino m. en Roma, 12 junio. Su hist. pág. 182.
Cirion presb. y m. en Alejandría, 14 febrero.
Cirion m. en Sebaste, 9 marzo.
Ciro m. en Roma, 31 enero.
Ciro o. de Cartago, 14 julio.
Cisello m. en Cerdeña, 21 agosto.
Citino m. en Cartago, 17 julio.
Clara v. en Asis, 12 agosto. Su hist. pág. 188.
Clara de Monte-Falco, 18 agosto. Su hist. pág. 286.
Clarencio o. de Viena, 26 abril.
Claro presb. y m. 4 noviembre.
Claro presb. en Tours, 8 noviembre.
Clásico presb. en Africa, 18 febrero.
Clateo o. en Brescia m., 4 junio.
Claudia m. en Paflagonia, 20 marzo.
Claudia v. y m. en Ancira, 18 mayo.
Claudiano m. en Egipto, 25 febrero.
Claudiano m. en Nicomedia, 6 marzo.
Claudio m. en Ostia, 18 febrero.
Claudio m. en Roma, 26 abril. Su hist. pág. 416.
Claudio m. en Constantinopla, 3 junio.
Claudio o. de Besanzon, 6 junio.
Claudio m. en Roma, 7 julio.
Claudio m. en Troyes, 21 julio.
Claudio m. en Sicilia, 23 agosto.
Claudio m. en Leon de Francia, 30 octubre. Su hist. pág. 549.
Claudio m. en Roma, 8 noviembre.
Claudio m. en Roma, 3 diciembre.
Claudio m. en Africa, 3 diciembre.
Clemente o. y m. de Ancira, 23 enero.
Clemente m., 10 setiembre.
Clemente m. en Roma, 21 noviembre.
Clemente p. y m. en el Chersoneso, 23 noviembre. Su hist. pág. 384.
Clemente p. en Alejandría, 4 diciembre. Su hist. pág. 69.
Clementino m. en Heraclea, 14 noviembre.
Cleofás m. en Emaús, 25 setiembre.
Cleomenes m. en Candía, 23 diciembre.
Cleoncio m., 3 marzo.
Clero d. y m. en Antioquía, 7 enero.
Cleto p. y m. en Roma, 26 abril. Su hist. pág. 414.
Clicerio o. en Milan, 20 setiembre.
Clinio c. en Aquino, 30 marzo.
Clodoaldo presb. en Paris, 7 setiembre. Su hist. pág. 156.
Clodulfo o. de Metz, 8 junio.
Clotilde reina en Paris, 3 junio. Su hist. pág. 54.
Codrato m. en Corinto, 10 marzo.
Cointa m. en Alejandría, 8 febrero.
Coleta v. en Picardía, 6 marzo. Su hist. pág. 78.
Colmano m. en Africa, 13 octubre.
Colomano presb. y m. en Birtburg, 27 julio.
Colomano presb. y m., 8 julio.
Columba v. y m. en Córdoba, 17 setiembre. Su hist. pág. 346.
Columba v. y m. en Sens, 31 diciembre. Su hist. pág. 495.
Columbano abad de Bobio, 21 noviembre. Su hist. al 22, pág. 373.
Columbo presb. en Escocia, 9 junio.
Columbina m. en España, 21 octubre. Su hist. pág. 369.
Comino m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Conancio o. en España, 29 noviembre. Su hist. pág. 507.
Concepcion de Nuestra Señora, 8 diciembre.
Concesa m. en Cartago, 8 abril.
Conceso m. en Roma, 9 abril.
Concordia m. en Roma, 13 agosto. Su hist. pág. 210.
Concordio presb. y m. en Espoleto, 1 enero.

Concordio m. en Nicomedia, 2 setiembre.
Concordio m. en Ravena, 16 diciembre.
Conmemoracion de Nuestra Señora de la Victoria, 7 octubre. Su hist. página 119.
Conon m. en Perga, 26 febrero.
Conon m. en Chipre, 6 marzo.
Conon m. en Iconio, 29 mayo.
Conrado o. en Constancia, 26 noviembre.
Conrado Placentino en Italia, 19 febrero. Su hist. pág. 319.
Consorcia v. en Cluni, 22 junio.
Constancia m. en Nocera, 19 setiembre.
Constancio ó Constanzo o. de Perusa, 29 enero.
Constancio o. de Aquino, 1 setiembre.
Constancio en los Marsos, 26 agosto.
Constancio en Ancona, 23 setiembre.
Constancio c. en Roma, 30 noviembre.
Constancio m. en Tréveris, 12 diciembre.
Constantino c. en Cartago, 11 marzo.
Constantino o. en Gap, 12 abril.
Constantino en Efeso, 27 julio.
Copretes m. en Alejandría, 9 julio.
Corbiniano o. en Frisinga, 8 setiembre.
Cordula m. en Colonia, 22 octubre. Su hist. pág. 394.
Corebo m. en Mesina, 18 abril.
Cormac o. en Irlanda, 14 setiembre.
Cornelia m. en Africa, 31 marzo.
Cornelio m. en Leon, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Cornelio o. de Cesarea, 2 febrero.
Cornelio p. y m. en Roma, 14 setiembre. Su hist. al 16, pág. 322.
Cornelio m. en Catania, 31 diciembre.
Corona m. en Siria, 14 mayo.
Cosme m. en Egea, 27 setiembre. Su hist. pág. 512.
Cotido m. en Capadocia, 6 setiembre.
Craton m. en Roma, 15 febrero.
Cremencio m. en Zaragoza, 16 abril.
Crescencia m. en Basilicata, 15 junio. Su hist. pág. 247.
Crescenciana m. en Roma, 5 mayo.
Crescenciano m. en la ciudad de Castillo, 1 junio.
Crescenciano m. en Campaña, 2 julio.
Crescenciano m. en Ausburgo, 12 agosto.
Crescenciano m. en Africa, 14 setiembre.
Crescenciano m. en Roma, 24 noviembre.
Crescenciano o. en Africa, 28 noviembre.
Crescencio m. en Roma, 17 setiembre.
Crescencio c. en Florencia, 19 abril.
Crescencio m. en Roma, 14 setiembre.
Crescencio m. en Tréveris, 12 diciembre.
Crescencio m. en Africa, 29 diciembre.
Crescente m. en Corinto, 10 marzo.
Crescente m. en Licia, 15 abril.
Crescente m., 28 mayo.
Crescente o. de Galacia, 27 junio.
Crescente m. en Tívoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Crescente m. en el Ponto, 1 octubre.
Crescente o. en Africa, 28 noviembre.
Crescente o. en Francia, 29 diciembre.
Cresconio o. 28 noviembre.
Crisanto m. en Roma, 25 octubre. Su hist. pág. 461.
Crisanto m. en Roma, 25 octubre.
Crisoforo m., 20 abril.
Crisógono m. en Aquileya, 24 noviembre. Su hist. pág. 410.
Crisotelo presb. y m. en Persia, 22 abril.
Crispin o. en Écija, 19 noviembre.
Crispin o. de Pavía, 7 enero.
Crispin m. en Soissons, 25 octubre. Su hist. pág. 477.
Crispin o. de Ecija, m. 19 noviembre.
Crispin m. en Tagura, 5 diciembre.
Crispina m., 5 diciembre.
Crispiniano m. en Soissons, 25 octubre. Su hist. pág. 477.
Crispino m. en Africa, 3 diciembre.
Crispo presb. y m. en Roma, 18 agosto.
Crispo en Corinto, 4 octubre.
Críspulo m. en Torres, 30 mayo.
Críspulo m. en España, 10 junio. Su hist. pág. 160.
Cristeta m. en Avila, 27 octubre. Su hist. pág. 502.
Cristina v. y m. en Persia, 13 marzo.
Cristina m. en Hiberia, 15 diciembre.
Cristina v. y m. en Tiro, 24 julio. Su hist. pág. 473.
Cristino m. en Polonia, 12 noviembre.
Cristóbal m. en Licia, 25 julio. Su hist. al dia 10 de julio, pág. 206.
Cristóbal m. en Córdoba, 20 agosto. Su hist. pág. 390.
Cromacio o. en Aquileya, 2 diciembre.
Cronidas m., 27 marzo.
Crotates m., 21 abril.
Ctesifonte o. en España, 15 mayo.
Cuarra m. en Leon, 3 junio. Su hist. pág. 43.

Cucufate m. en Barcelona, 25 julio. Su hist. pág. 490.
Cucudomo d. en Auxerre, 4 mayo.
Culmacio m. en Arezo, 19 junio.
Cunegunda en Bamberga, 3 marzo. Su hist. pág. 40.
Cuniberto o. de Colonia, 12 noviembre.
Curonato m. y o. de Licaonia, 12 setiembre.
Custo m. en Alejandría, 3 junio.
Cutias m. en Ostia, 18 febrero.
Cyra en Siria, 3 agosto.
Chionia m. en Salonique, 3 abril.

D

Daciano m. en Roma, 4 junio.
Dacio m. en Damasco, 1 noviembre.
Dacio o. de Milan, 14 enero.
Dacio en Africa, 27 enero.
Dadas m. en Persia, 29 setiembre.
Dadas m., 13 abril.
Dafrosa m. en Roma, 4 enero.
Dalmacio o. de Pavía, 5 diciembre. Su hist. pág. 91.
Dalmacio c. 24 setiembre. Su hist. página 472.
Dámaso p. en Roma, 11 diciembre. Su hist. pág. 178.
Damian m. en Africa, 12 febrero.
Damian o. de Pavía, 12 abril.
Damian m. en Egea, 27 setiembre. Su hist. pág. 512.
Daniel m. en Padua, 3 enero. Su hist. pág. 41.
Daniel m. en Cesarea, 16 febrero.
Daniel m. en Nicópolis, 10 junio.
Daniel prof. en Babilonia, 21 julio. Su hist. á 10 abril pág. 161.
Daniel m. en Berbería, 13 octubre. Su hist. pág. 259.
Daniel Stilita en Constantinopla, 11 diciembre.
Daría m. en Roma, 25 octubre. Su hist. pág. 461.
Darío en Nicea, 19 diciembre.
Dasio m. en Nicomedia, 21 octubre.
Dasio o. 20 noviembre.
Datho o. de Ravena, 3 julio.
Dativa en Africa, 6 diciembre.
Dativo en Africa, 27 enero.
Dativo m. en Africa, 11 febrero. Su hist. pág. 162.
Dativo o. y m. en Africa, 10 setiembre.
David ermitaño en Salonique, 26 junio.
David rey y prof., 29 diciembre. Su hist. pág. 443.
Davino c. en Luca, 3 junio.
Decoroso o. de Capua, 15 febrero.
Dedicacion de Santa María de los Mártires en Roma, 13 mayo.
Dedicacion de Santa María de las Nieves en Roma, 5 agosto. Su hist. página 85.
Degollacion de san Juan Bautista, 29 agosto.
Deicolo abad en Inglaterra, 18 enero.
Delfin o. de Burdeos, 24 diciembre.
Demetria v. y m. en Roma, 9 abril.
Demetrio m. en Africa, 14 agosto.
Demetrio m. en Tesalónica, 8 octubre.
Demetrio o. de Antioquía, 10 noviembre.
Demetrio m. en Ostia, 21 noviembre.
Demetrio m. en Verulo, 29 noviembre.
Demetrio m. en Ostia, 22 diciembre. Su hist. pág. 346.
Demócrito m., 31 julio.
Deogracias o. de Cartago, 22 marzo. Su hist. pág. 352.
Derfuta m. en Paflagonia, 20 marzo.
Desiderio o. de Viena, 23 mayo y 11 febrero.
Desiderio o. de Langres, 23 mayo.
Desiderio m. en Puzol, 19 setiembre.
Desiderio presb. en Pistoya, 25 marzo.
Dictino o. de Astorga, 11 julio. Su hist. pág. 218.
Didio m. en Alejandría, 26 noviembre.
Dídimo m. en Alejandría, 28 abril.
Dídimo m. en Laodicea, 11 setiembre.
Diego de Alcalá c. en España, 14 noviembre. Su hist. pág. 226.
Diego Quisai m. en el Japon, 13 febrero. Su hist. pág. 209.
Digna v. y m. en Córdoba, 14 junio. Su hist. pág. 232.
Digna v. y m. en Todi, 11 agosto.
Digna m. en Ausburgo, 12 agosto.
Digna m. en Roma, 22 setiembre.
Dimpna v. y m. en Brabante, 15 mayo.
Dioclecio m. en Ostia, 11 mayo.
Diocles m. en Istria, 24 mayo.
Diodoro m. en Perga, 26 febrero.
Diodoro m., 17 enero.
Diodoro m. en Caria, 3 mayo.
Diodoro m. en Campaña, 6 julio. Su hist. pág. 118.
Diodoro m. en Laodicea, 11 setiembre.
Diodoro presb. en Roma, 1 diciembre.
Diógenes m. en Macedonia, 6 abril.
Diomedes médico y m. en Nicea, 16 agosto.
Diomedes m., 2 setiembre.
Diomedes m. en Laodicea, 11 setiembre.
Dion m. en Campaña, 6 julio. Su hist. pág. 118.

Dionisia m. en Helesponto, 15 mayo.
Dionisia m. en Africa, 6 diciembre.
Dionisia m. en Alejandría, 12 diciembre.
Dionisio m. en Cesarea, 24 marzo.
Dionisio m. en Armenia, 8 febrero.
Dionisio m. en Corinto, 10 marzo.
Dionisio m. en Aquileya, 16 marzo.
Dionisio o. de los Corintos, 8 abril. Su hist. pág. 123.
Dionisio m., 19 abril.
Dionisio o. de Viena, 8 mayo.
Dionisio m. en Roma, 12 mayo. Su hist. pág. 214.
Dionisio o. de Milan, 25 mayo.
Dionisio m. en Constantinopla, 3 junio.
Dionisio en Éfeso, 27 julio.
Dionisio m. en Sinada, 31 julio.
Dionisio m. en Frigia, 20 setiembre.
Dionisio m., 3 octubre.
Dionisio Areopagita m. en Paris, 9 octubre. Su hist. pág. 155.
Dionisio o. de Alejandría, 17 noviembre.
Dionisio m. en Heraclea, 20 noviembre.
Dionisio p. en Roma, 26 diciembre. Su hist. pág. 401.
Dioscórides m. en Esmirna, 10 mayo.
Dioscórides m., 28 mayo.
Dióscoro m. en Egipto, 25 febrero.
Dióscoro lector en Egipto, 18 mayo.
Dióscoro niño en Alejandría, 14 diciembre.
Diosdado c. en Roma, 10 agosto.
Diosdado abad y m., 9 octubre.
Diosdado o. en Bresa, 10 diciembre.
Doda v. en Reims, 24 abril. Su hist. pág. 392.
Domesio monje en Nisibe, 7 agosto.
Domiciano abad en Leon, 1 julio.
Domiciano m. en Filadelfia, 1 agosto.
Domiciano o. de Chalons, 9 agosto.
Domiciano d. en Ancira, 28 diciembre.
Domicio m., 23 marzo.
Domicio m. en Siria, 5 julio.
Domicio presb. en Amiens, 23 octubre.
Dominador o. de Bresa, 5 noviembre.
Dominga v. y m. en Campaña, 6 julio.
Domingo abad de Sora, 22 enero.
Domingo fundador de la Orden de Predicadores, 4 agosto. Su hist. pág. 69.
Domingo m., 31 agosto. Su hist. página 536.
Domingo (Beato) c., 8 mayo. Su hist. pág. 144.
Domingo m. en Africa, 29 diciembre.
Domingo o. de Bresa, 20 diciembre.
Domingo de la Calzada c., 12 mayo. Su hist. pág. 203.
Domingo de Silos abad en España, 20 diciembre. Su hist. pág. 315.
Domingo Loricato, 14 octubre. Su hist. pág. 273.
Domingo Sarracino en España, 1 diciembre. Su hist. pág. 17.
Domitila v. en Terracina, 7 mayo.
Domitila m. en Roma, 5 agosto.
Domna v. y m. en Nicomedia, 28 diciembre.
Domnina v. y m. en Terracina, 14 abril.
Domnina m. en Licia, 12 octubre.
Domnino m., 21 marzo.
Domnino m. en Tesalónica, 30 marzo.
Domnino c. en Ebroduno, 20 abril.
Domnino m. en Parma, 9 octubre.
Domnino m. en Tesalónica, 1 octubre.
Domnino, 5 noviembre.
Domnion m. en Bérgamo, 16 julio.
Domnion o. de Salona en Dalmacia, 11 abril.
Domnion presb. en Roma, 28 diciembre.
Domno m. en Berbería, 13 octubre. Su hist. pág. 259.
Domno o. de Viena, 3 noviembre.
Donaciano m. en Bretaña, 24 mayo.
Donaciano o. de Chalons, 7 agosto.
Donaciano m. en Africa, 6 setiembre.
Donaciano o. de Reims, 14 octubre.
Donada m. en Cartago, 17 julio.
Donata m. en Roma, 31 diciembre.
Donatila v. en Tuburbo, 30 julio.
Donato m. en Benevento, 1 setiembre. Su hist. pág. 12.
Donato m., 25 enero.
Donato m. en Fosumbruno, 4 febrero.
Donato m. en Africa, 9 febrero.
Donato m., 17 febrero.
Donato m. en Africa, 25 febrero.
Donato m. en Cartago, 1 marzo.
Donato m. en Africa, 7 abril.
Donato m. en Cesarea, 21 mayo.
Donato o. de Evora, 30 abril.
Donato o. y m. en Arezzo, 7 agosto.
Donato presb. en Sisteron, 19 agosto.
Donato m. en Antioquía, 23 agosto.
Donato m. en Capua, 5 setiembre.
Donato monje en Mesina, 5 octubre. Su hist. pág. 86.
Donato o. de Fiesoli, 22 octubre.
Donato en Corfú, 29 octubre.
Donato m., 12 diciembre.
Donato m. en Alejandría, 30 diciembre.
Donnolo o. de Mans, 16 mayo.
Donvina m. en Egea, 23 agosto.
Dorimedontes m. en Sinada, 19 setiembre.

Dorotea v. y m. en Cesarea, 6 febrero. Su hist. pág. 91.
Dorotea v. y m. en Aquileya, 3 setiembre.
Doroteo m. en Tarso, 28 marzo.
Doroteo presb., 5 junio.
Dorotco m. en Nicomedia, 9 setiembre. Su hist. pág. 205.
Dositeo c., 21 febrero. Su hist. página 340.
Drogon c. en Valenciennes, 17 abril.
Drotoveo abad en Paris, 10 marzo.
Druso m. en Antioquía, 14 diciembre.
Druso m. en Trípoli, 24 diciembre.
Dula m. en Nicomedia, 25 marzo.
Dulas m. en Cilicia, 15 junio.
Dunstano o. de Cantorberi, 19 mayo.

E

Eadberto o. de Landistarne en Inglaterra, 6 mayo.
Ebrulto abad en Hiesmes, 29 diciembre.
Edas o. en Inglaterra, 7 julio.
Edeltruda v. reina de Inglaterra, 23 junio. Su hist. pág. 394.
Edesio m. en Alejandría, 8 abril.
Edilberto rey de Inglaterra, 24 febrero.
Edilburga v. en Inglaterra, 7 julio.
Edistio m. en Ravena, 12 octubre.
Edita v. en Inglaterra, 16 setiembre. Su hist. pág. 335.
Edmundo o. de Cantorberi, 16 noviembre. Su hist. pág. 263.
Edmundo m. en Inglaterra, 20 noviembre. Su hist. pág. 341.
Eduardo c. y rey de Inglaterra, 5 enero, y su hist. al 13 octubre, pág. 251.
Eduardo m. rey de Inglaterra, 18 marzo. Su hist. pág. 298.
Eduwigis duquesa de Polonia, 15 octubre. Su hist. al 17, pág. 309.
Efebo m. en Terni, 14 febrero.
Efigenia v. en Etiopia, 21 setiembre. Su hist. en la de san Mateo, página 422.
Efisio m. en Caller, 15 enero.
Efren d. de Edesa, 1 febrero.
Efren d. y c., 9 julio. Su hist. pág. 183.
Efren o. y m. en el Chersoneso, 4 marzo.
Egberto presb. en Irlanda, 24 abril.
Egdunio m. en Nicomedia, 12 marzo.
Egisipo en Roma, 7 abril.
Eladio m. en Lidia, 8 enero.
Eladio o. de Toledo, 18 febrero. Su hist. pág. 280.
Eladio o. de Auxerre, 8 mayo.
Eladio m., 28 mayo.
Elano presb. en Reims, 7 octubre.
Elconides m. en Corinto, 28 mayo.
Eleazaro m. en Leon de Francia, 23 agosto.
Eleazaro conde de Paris, 27 setiembre. Su hist. pág. 520.
Elena v. de Auxerre, 22 mayo.
Elena m. en Burgos, 13 agosto. Su hist. pág. 212.
Elena madre de Constantino en Roma, 18 agosto. Su hist. pág. 292.
Elesbaan rey de Etiopia, 27 octubre.
Eleucadio o. de Ravena, 14 febrero.
Eleucipo m. en Langres, 17 enero.
Eleuterio m., 20 abril.
Eleuterio o. de Constantinopla, 18 febrero.
Eleuterio o. de Tournai, 20 febrero.
Eleuterio o. de Esclavonia, 18 abril. Su hist. pág. 302.
Eleuterio p. y m. en Roma, 26 mayo. Su hist. pág. 506.
Eleuterio soldado en Nicomedia, 2 octubre.
Eleuterio d. en Paris, 9 octubre. Su hist. pág. 155.
Elfego o. de Cantorberi, 19 abril.
Elías m. en Egipto, 16 febrero.
Elías presb. en Córdoba, 17 abril. Su hist. pág. 290.
Elías o. de Jerusalen, 4 julio.
Elías prof. en el monte Carmelo, 20 julio. Su hist. pág. 391.
Elías o. en Egipto, 19 setiembre.
Elifio m. en Colonia, 16 octubre.
Eligio o. de Noyon, 1 diciembre. Su hist. pág. 6.
Eliodoro m. en Africa, 6 mayo.
Eliodoro o. de Altino, 3 julio. Su hist. pág. 41.
Eliodoro m. en Antioquía, 28 setiembre.
Eliodoro m. en Panfilia, 21 noviembre.
Eliseo prof. en Samaria, 14 junio. Su hist. pág. 235.
Elpa m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Elpideforo m. en Persia, 2 noviembre.
Elpidio en el Chersoneso, 4 marzo.
Elpidio c. en Campaña, 1 setiembre.
Elpidio o. de Leon de Francia, 2 setiembre.
Elpidio abad en la Marca, 2 setiembre.
Elpidio m., 16 noviembre.
Elvira v., 25 enero. Su hist. pág. 345.
Emerano o. de Ratisbona, 22 setiembre.

Emerenciana v. y m. en Roma, 23 enero.
Emerico 4 noviembre.
Emerio ó Mer, 27 enero. Su hist. página 378.
Emerion m. en Alejandría, 3 julio.
Emerita v. y m. en Roma, 22 setiembre.
Emeterio m. en España, 3 marzo. Su hist. pág. 38.
Emeterio ó Madí en Barcelona, 3 marzo. Su hist. pág. 44.
Emigdio o. de Ascoli, 5 agosto.
Emila en Córdoba, 15 setiembre. Su hist. pág. 316.
Emilia m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Emiliana m. en Roma, 30 junio.
Emiliana v. en Roma, 5 enero.
Emiliano m. en Armenia, 8 febrero.
Emiliano soldado en Africa, 29 abril.
Emiliano m. en Dorostoro, 18 julio.
Emiliano o. de Cizico, 8 agosto.
Emiliano o. de Verceli, 11 setiembre.
Emiliano c. en Rennes, 11 octubre.
Emiliano presb. en Tarazona, 12 noviembre. Su hist. pág. 186.
Emiliano m. en Africa, 6 diciembre.
Emilio m. en Africa, 22 mayo.
Emilio m. en Cerdeña, 28 mayo.
Emilio m. en Capua, 6 octubre.
Emmilia en Cesarea, 30 mayo.
Enecon abad en Burgos, 1 junio. Su hist. pág. 11.
Enedina m. en Cerdeña, 14 mayo.
Engelberto o. de Colonia, 7 noviembre.
Engracia v. y m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 249.
Engracia v. y m. Bracarense, 3 abril. Su hist. pág. 44.
Ennata v. y m. en Cesarea, 13 noviembre.
Ennodio o. de Pavía, 17 julio.
Enrique primer emperador en Bamberga, 15 julio. Su hist. pág. 264.
Enrique rey y m., 18 mayo.
Eobano m. en Frisia, 5 junio.
Epafras o. y m., 9 julio.
Epafrodito o. de Terracina, 22 marzo.
Epagato m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Eparchio m., 23 marzo.
Eparchio abad de Angulema, 1 julio.
Epicaris m. en Roma, 27 setiembre.
Epifana m. en Sicilia, 12 julio.
Epifanía del Señor, 6 enero. Su hist. pág. 74.
Epifanio o. de Pavía, 21 enero.
Epifanio o. en Africa, 7 abril.
Epifanio o. en Salamina, 12 mayo. Su hist. pág. 215.
Epigmenio presb. en Roma, 24 marzo.
Epimaco m. en Alejandría, 10 mayo. Su hist. pág. 176.
Epimaco m. en Alejandría, 12 diciembre.
Epipodio m. en Leon de Francia, 22 abril.
Epistema m. en Fenicia, 5 noviembre. Su hist. pág. 83.
Epistemo m. en Emesa, 5 noviembre.
Epitacio o. en España, 23 mayo. Su hist. pág. 451.
Epitecto m. en Africa, 9 enero.
Epolonio m. en Antioquía, 24 enero.
Equicio abad, 11 agosto.
Eradio m. en Noyon, 17 mayo.
Eradio m. en Alejandría, 3 julio.
Erasma v. y m. en Aquileya, 3 setiembre.
Erasmo o. y m. en Campaña, 2 junio. Su hist. pág. 29.
Erasmo m. en Antioquía, 25 noviembre.
Erasto o. de Filipos, 26 julio.
Erconvaldo o. en Londres, 30 abril.
Erena m. en Africa, 25 febrero.
Erenia m. en Africa, 8 marzo.
Erico rey de Suecia, 18 mayo.
Ermelandro abad en Andro, 25 marzo.
Ermengol o. de Urgel, 3 noviembre.
Ermetis m. en Marsella, 1 marzo.
Erminio o. en Lobes, 25 abril.
Eron m. en Alejandría, 28 junio.
Eron o. de Antioquía y m., 17 octubre.
Eron m. en Alejandría, 14 diciembre.
Eroteida m. en Capadocia, 27 octubre.
Erotis m., 6 octubre.
Erundina v. en Roma, 23 julio.
Escichio m. en Macedonia, 7 julio.
Escolástica v. en el monte Casino, 10 febrero. Su hist. pág. 140.
Escubículo d. y m., 11 octubre.
Esdras prof., 13 julio. Su hist. página 244.
Esiquio c. en Palestina, 3 octubre.
Esiquio m. en Antioquía, 18 noviembre.
Esiquio m. en Alejandría, 26 noviembre.
Esiquio m., 2 setiembre.
Esmaragdo d. en Roma, 15 marzo.
Esmaragdo m. en Roma, 8 agosto. Su hist. pág. 136.
Especioso monje en Roma, 15 marzo.
Espensipo m. en Langres, 17 enero.
Esperanza abad de Norsa, 28 marzo.

Esperanza v. en Roma, 30 setiembre.
Esperanza v. y m. en Roma, 1 agosto.
Esperato m. en Cartagena, 17 julio.
Espiridion o. en Chipre, 14 diciembre. Su hist. pág. 221.
Estacteo m. en Tívoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Estacteo m. en Roma, 28 setiembre.
Estanislao o. de Cracovia, 7 mayo. Su hist. pág. 124.
Estanislao de Koska en Roma, 15 agosto. Su hist. al 13 noviembre, página 200.
Estaquio o. de Constantinopla, 31 octubre.
Esteban o. de Leon de Francia, 13 febrero.
Esteban en el Lemosin, 8 febrero.
Esteban abad de Rieti, 13 febrero.
Esteban m. en Egipto, 1 abril.
Esteban m. en Tarso, 27 abril.
Esteban abad del Cister, 17 abril.
Esteban o. de Antioquía, 25 abril.
Esteban p. y m. en Roma, 2 agosto. Su hist. pág. 26.
Esteban subdiácono en Roma, 6 agosto.
Esteban rey de Hungría, 15 agosto.
Esteban rey de Hungría, 2 agosto. Su hist. pág. 26.
Esteban m. en Inglaterra, 17 setiembre.
Esteban m. en España, 21 noviembre. Su hist. pág. 355.
Esteban m. en Antioquía, 22 noviembre.
Esteban monje en Constancia, 28 noviembre. Su hist. pág. 494.
Esteban m. en Africa, 3 diciembre.
Esteban protomártir en Jerusalen, 26 diciembre. Su hist. pág. 396. La hist. de la invencion de su cuerpo á 3 de agosto pág. 56.
Esteban m. en Burgos, 6 agosto. Su hist. pág. 108.
Esteban m. en Catania, 31 noviembre.
Estercacio m. en Mérida, 24 julio.
Estilano anacoreta en Andrinópoli, 26 noviembre.
Estiriaco m. en Sebaste, 2 noviembre.
Estraton m. en Nicomedia, 17 agosto.
Estraton m. en Alejandría, 12 setiembre. Su hist. pág. 252.
Estratónico m. en Singidon, 13 enero.
Etbino abad en Irlanda, 19 octubre.
Eterio m., 18 junio.
Eterio o. de Viena, 14 junio.
Eterio o. en Chersoneso, 4 marzo.
Eterio o. de Auxerre, 27 julio.
Ethelwoldo o. de Vincester, 1 agosto.
Eubulo m. en Cesarea, 7 marzo.
Eucario o. de Tréveris, 8 diciembre.
Eucarpio m., 18 marzo.
Eucarpo m. en Asia, 25 setiembre.
Eudaldo m. 11 mayo. Su hist. pág. 194.
Eudaldo, dos hermanos de este nombre mártires en Sajonia, 3 octubre.
Eudocia m. en Heliópoli, 1 marzo. Su hist. pág. 12.
Eudoxio m. en Melitina, 5 setiembre.
Eudoxio m. en Sebaste, 2 noviembre.
Eufebio o. en Nápoles, 23 mayo.
Eufemia v. en Aquileya, 3 setiembre.
Eufemia v. y m. 16 agosto. Su hist. pág. 261.
Eufemia m. en Paflagonia, 20 marzo.
Eufemia v. en Calcedonia, 16 setiembre. Su hist. pág. 333.
Eufrasia v. en la Tebaida, 13 marzo. Su hist. pág. 210.
Eufrasia m. en Paflagonia, 20 marzo.
Eufrasia v. en Ancira, 18 mayo.
Eufrasio o. en Africa, 14 enero. Su hist. pág. 178.
Eufrasio o. de Andújar, 15 mayo.
Eufronio o. de Autun, 3 agosto.
Eufronio o. de Tours, 4 junio.
Eufrosina m. en Terracina, 7 mayo.
Eufrosina v. en Alejandría, 1 enero.
Eugendo abad en Leon de Francia, 1 enero.
Eugenia v. y m. en Roma, 25 diciembre. Su hist. pág. 385.
Eugeniano m., 8 enero.
Eugenio m. en Africa, 4 enero.
Eugenio m. en Neocesarea, 24 enero.
Eugenio o. en el Chersoneso, 4 marzo.
Eugenio m. en Siria, 20 marzo.
Eugenio m. en Africa, 2 mayo.
Eugenio p. en Roma, 2 junio.
Eugenio o. de Cartago, 13 julio.
Eugenio m. en Tívoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Eugenio m. en Roma, 23 julio.
Eugenio m. en Roma 29 julio.
Eugenio m. en Capadocia, 6 setiembre.
Eugenio o. y m. 6 setiembre. Su hist. pág. 134.
Eugenio m. en Damasco, 25 setiembre.
Eugenio o. de Toledo, 15 noviembre. Su hist. pág. 245.
Eugenio o. de Toledo, 13 noviembre. Su hist. pág. 205.
Eugenio o. de Florencia, 17 diciembre.
Eugenio presb. en Arabia, 20 diciembre.
Eugrafio m. en Alejandría, 10 diciembre.

Eulalia v. y m. en Barcelona, 12 febrero. Su hist. pág. 191.
Eulalia v. y m. en España, 10 diciembre. Su hist. pág. 156.
Eulampia v. y m. 10 octubre.
Eulampio en Nicomedia, 10 octubre.
Eulogio m. en Tarragona, 21 enero. Su hist. pág. 285.
Eulogio presb. en Córdoba, 11 marzo. Su hist. pág. 167.
Eulogio o. de Edesa, 5 mayo.
Eulogio m. en Alejandría, 3 julio.
Eulogio m. en Constantinopla, 3 julio.
Eulogio o. de Alejandría, 13 setiembre. Su hist. pág. 272.
Eumeno o. de Gortina, 18 setiembre.
Euniciano m. en Creta, 23 diciembre.
Euno m. en Alejandría, 27 febrero.
Euno m. en Alejandría, 30 octubre.
Eunomia m. en Ausburgo, 12 agosto.
Euplio d. en Catania, 12 agosto.
Euporo m. en Candía, 23 diciembre.
Euprepes m. en Roma, 30 noviembre.
Euprepia m. en Ausburgo, 12 agosto.
Euprepio o. de Verona, 21 agosto.
Euprepio m. en Egea, 27 setiembre.
Eupsiquio m. en Cesarea, 9 abril.
Eupsiquio m. en Cesarea, 7 setiembre.
Euquerio o. de Orleans, 20 febrero.
Euquerio o. de Leon de Francia, 16 noviembre. Su hist. pág. 268.
Eusebia v. y m. en Bérgamo, 29 octubre.
Eusebio m., 5 marzo. Su hist. pág. 70.
Eusebio m., 24 abril.
Eusebio m., 28 abril.
Eusebio o. de Samosata, 21 junio. Su hist. pág. 360.
Eusebio o. de Verceli, 15 diciembre. Su hist. pág. 238.
Eusebio o. de Milan, 12 agosto.
Eusebio presb. en Roma, 14 agosto. Su hist. pág. 229.
Eusebio en Roma, 25 agosto.
Eusebio en Palestina, 8 setiembre.
Eusebio m. en Fenicia, 21 setiembre.
Eusebio p. en Roma, 26 setiembre.
Eusebio o. de Bolonia, 26 setiembre.
Eusebio m. en Alejandría, 4 octubre.
Eusebio m. en Andrinopla, 22 octubre.
Eusebio monje en Terracina, 5 noviembre.
Eusebio presb. en Roma, 2 diciembre.
Eusignio soldado en Antioquía, 5 agosto.
Eustaquio m. en Roma, 20 setiembre. Su hist. pág. 407.
Eustaquio presb. en Siria, 12 octubre.
Eustaquio o. en Constantinopla, 31 octubre.
Eustaquio m. en Nicea, 20 noviembre.
Eustaquio o. en Africa, 28 noviembre.
Eustasio abad de Luxobio, 29 marzo. Su hist. pág. 453.
Eustathio ó Eustaquio o. de Antioquía, 16 julio.
Eustatio m. en Ancira, 28 julio.
Eusterio o. de Salerno, 19 octubre.
Eustolia v. en Constantinopla, 9 noviembre.
Eustoquia v. en Tarso, 2 noviembre.
Eustoquia v. en Bethlehem, 28 setiembre. Su hist. pág. 546.
Eustoquio o. de Tours, 19 setiembre.
Eustoquio m., 16 noviembre.
Eustorgio presb. en Nicomedia, 11 abril.
Eustorgio primer o. de Milan, 18 setiembre.
Eustorgio segundo o. de Milan, 6 junio.
Eustosio m. en Antioquía, 10 noviembre.
Eustracio m., 13 diciembre.
Eutalia v. en Sicilia, 27 agosto.
Eutimio abad en Palestina, 20 enero.
Eutimio o. de Sardis, 11 marzo.
Eutimio d. en Alejandría, 5 mayo.
Eutimio romano, 29 agosto.
Eutimio m. en Nicomedia, 24 diciembre.
Eutimio en Roma, 14 setiembre.
Eutiques m. en Puzzol, 19 setiembre.
Eutiques m. en Roma, 5 setiembre.
Eutiquiano m. en Campaña, 2 julio.
Eutiquiano m. en Nicomedia, 17 agosto.
Eutiquiano m., 2 setiembre.
Eutiquiano m. en Africa, 13 noviembre.
Eutiquiano p. en Roma, 8 diciembre.
Eutiquio m. en Roma, 4 febrero.
Eutiquio m. en Mesopotamia, 14 marzo.
Eutiquio m. en Ferentino, 15 abril.
Eutiquio m. en Berbería, 21 mayo.
Eutiquio discípulo de san Juan Evangelista, 24 agosto.
Eutiquio m. en Tracia, 19 setiembre.
Eutiquio m. en Mesina, 5 octubre. Su hist. pág. 86.
Eutiquio m. en España, 21 noviembre. Su hist. pág. 355.
Eutiquio m. en España, 11 diciembre.
Eutiquio presb. en Ancira, 28 diciembre.
Eutiquio monje en Norsa, 23 mayo.
Eutropia v. en Siria, 15 junio.

Eutropia v. en Francia, 15 setiembre.
Eutropia m. en Alejandría, 30 octubre.
Eutropia v. en Remes, 14 diciembre.
Eutropio m., 3 marzo.
Eutropio lector en Constantinopla, 12 enero.
Eutropio o. de Champaña, 30 abril.
Eutropio o. de Orange, 27 mayo.
Eutropio m. en Porto, 15 julio.
Evagrio o. de Constantinopla, 6 marzo.
Evagrio m. en Tomis, 3 abril.
Evagrio m. en el Ponto, 1 octubre.
Evagrio m. en Roma, 12 octubre.
Evaristo m. en Cesarea, 14 octubre.
Evaristo p. y m. en Roma, 26 octubre. Su hist. pág. 486.
Evaristo m. en Candía, 23 diciembre.
Evasio o. de Casal, 1 diciembre.
Evasio o. de Bresa, 2 diciembre.
Evelio m., 11 mayo.
Evencio presb. en Roma, 3 mayo. Su hist. pág. 248.
Evencio m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Evergisto o. y m. en Colonia, 24 octubre.
Evilasio m. en Cizico, 20 setiembre.
Evodio m. en Nicea, 2 agosto.
Evodio m. en Zaragoza de Sicilia, 25 abril.
Evodio o. de Antioquía, 6 mayo.
Evodio m., 2 setiembre.
Evodio o. de Ruan, 8 octubre.
Evodio o. de Orleans, 7 setiembre.
Exanto m. en Como, 7 agosto.
Expedito m. en Melitina, 19 abril. Su hist. pág. 321.
Exuperancia v. en Champaña, 26 abril.
Exuperancio o. de Ravena, 30 mayo.
Exuperancio d. en Espoleto, 30 diciembre.
Exuperia m. en Roma, 26 julio y 31 octubre.
Exuperio m., 2 mayo.
Exuperio m. en Francia, 22 setiembre. Su hist. pág. 436.
Exuperio o. de Tolosa, 28 setiembre.
Exuperio m. en Viena, 19 noviembre.
Ezequiel prof. en Babilonia, 10 abril. Su hist. pág. 160.

F

Fabian p. en Roma, 20 enero. Su hist. pág. 269.
Fabian m. en Catania, 31 diciembre.
Fabio m. en Roma, 11 mayo.
Fabio m. en Cesarea, 31 julio.
Fabriciano m. en España, 22 agosto. Su hist. pág. 377.
Facundo m. en Galicia, 27 noviembre. Su hist. pág. 459.
Faina v. en Ancira, 18 mayo.
Fandila presb. en Córdoba, 13 junio. Su hist. pág. 214.
Fantino monje en Tesalónica, 30 agosto.
Fara v. en Milan, 7 diciembre.
Farnacio m. en Armenia, 24 junio.
Faron o. de Melda, 28 octubre.
Fausta v. en Cizico, 20 setiembre.
Fausta en Roma, 19 diciembre.
Faustiniano o. de Bolonia, 26 febrero.
Faustino m. en Bresa, 15 febrero. Su hist. pág. 240.
Faustino o. de Bresa, 16 febrero.
Faustino m. en Roma, 17 febrero.
Faustino m. en Roma, 22 mayo.
Faustino m. en Perusa, 5 junio.
Faustino m. en Roma, 29 julio. Su hist. pág. 549.
Faustino c. en Todi, 29 julio.
Faustino m. en Africa, 15 diciembre.
Fausto m. en Roma, 24 junio.
Fausto m., 16 julio.
Fausto m. en Roma, 1 agosto.
Fausto soldado en Milan, 7 agosto.
Fausto presb. en Alejandría, 6 setiembre.
Fausto m. en Antioquía, 8 setiembre.
Fausto m., 3 octubre.
Fausto m. en Alejandría, 4 octubre.
Fausto monje en Mesina, 5 octubre. Su hist. pág. 86.
Fausto m. en Córdoba, 13 octubre. Su hist. pág. 256.
Fausto d. en Alejandría, 19 noviembre.
Fausto m. en Alejandría, 26 noviembre.
Faviano m. en Roma, 28 enero.
Faviano m. en Antioquía, 4 julio.
Fe v. y m. en Roma, 1 agosto.
Fe v. en Roma, 30 setiembre.
Fe v. y m. en Agen, 6 octubre. Su hist. pág. 108.
Febes en Corinto, 3 setiembre.
Febronia v. en Sibapolis, 25 junio. Su hist. pág. 422.
Federico o. de Utrecht, 18 junio. Su hist. pág. 335.
Feliciano o. de Fuligno, 24 enero.
Feliciano m. en Africa, 30 enero.
Feliciano m. en Roma, 9 junio. Su hist. pág. 144.
Feliciano soldado en Marsella, 21 julio. Su hist. pág. 407.
Feliciano o. de Minda, 20 octubre.

Feliciano m. en Basilicata, 29 octubre.
Feliciano m. en Ravena, 11 noviembre.
Feliciano m. en Viena, 19 noviembre.
Felicísima v. en Faleria, 12 agosto.
Felicísimo m. en Todi, 26 mayo.
Felicísimo m. en Campaña, 2 julio.
Felicísimo d. en Roma, 6 agosto.
Felicísimo m. en Africa, 26 octubre.
Felicísimo m. en Perusa, 24 noviembre.
Felícitas m. en Tuburbio, 7 marzo. Su hist. al dia 11, pág. 160.
Felícitas m. en Africa, 8 marzo.
Felícitas m. 10 julio. Su hist. pág. 200.
Felícitas m. en Roma, 23 noviembre. Su hist. á 10 julio, pág. 200.
Felícula m. en Roma, 14 febrero.
Felícula v. y m. en Roma, 13 junio.
Felino m. en Perusa, 1 junio.
Felipe o. de Gortina, 11 abril.
Felipe apóstol en Hierápolis, 1 mayo. Su hist. pág. 6.
Felipe d. en Cesarea, 6 junio.
Felipe m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 200.
Felipe o. en Andrinópoli, 22 octubre.
Felipe m., 2 setiembre.
Felipe o. de Fermo, 22 octubre.
Felipe m. en Alejandría, 15 julio.
Felipe Argira en Sicilia, 12 mayo.
Felipe Benicio en Todi, 23 agosto. Su hist. pág. 271.
Felipe Neri en Roma, 26 mayo. Su hist. pág. 500.
Félix p. y m. en Roma, 30 mayo. Su hist. pág. 569.
Félix segundo p. y m. en Roma, 29 julio.
Félix p. en Roma, 30 enero.
Félix m. en Heraclea, 7 enero.
Félix m. en Africa, 9 enero.
Félix presb. en Nola, 14 enero. Su hist. pág. 180.
Félix m. en Africa, 3 febrero.
Félix o. de Leon de Francia, 3 febrero.
Félix m. en Africa, 11 febrero. Su hist. pág. 162.
Félix m. en Adrumeta, 21 febrero.
Félix o. de Metz, 21 febrero. Su hist. pág. 306.
Félix o. de Bresa, 23 febrero.
Félix p. tercero en Roma, 25 febrero.
Félix m. 26 febrero.
Felix m., 3 marzo.
Félix m. en Africa, 8 marzo.
Félix o. en Inglaterra, 8 marzo.
Félix m. en Aquileya, 16 marzo.
Félix d. y m. en Gerona, 18 marzo. Su hist. pág. 306.
Félix m. en Africa, 23 marzo.
Félix o. de Tréveris, 26 marzo.
Félix m. en Africa, 31 marzo.
Félix m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Félix m. en Alejandría, 21 abril.
Félix presb. en Valencia de Francia, 23 abril.
Félix d. y m. en Sevilla, 2 mayo. Su hist. pág. 41.
Félix m. en Roma, 10 mayo.
Félix m. en Africa, 16 mayo.
Félix m. en Istria, 24 mayo.
Félix o. de Espoleto, 16 mayo.
Félix c. capuchino, 18 mayo. Su hist. pág. 358.
Félix m. en Cerdeña, 28 mayo.
Félix c., 29 mayo. Su hist. pág. 552.
Félix m. en Aquileya, 11 junio.
Félix monje en Córdoba, 14 junio. Su hist. pág. 232.
Félix m. en Apolonia, 17 junio.
Félix presb. y m. en Sutri, 23 junio.
Félix m. en Campaña, 2 julio.
Félix m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 200.
Félix m. en Africa, 10 julio.
Félix m. en Milan, 10 julio. Su hist. pág. 233.
Félix o. de Como, 14 julio.
Félix o. de Pavía, 15 julio.
Félix m. en Cartago, 17 julio.
Félix o. de Verona, 19 julio.
Félix o. de Furcone, 25 julio.
Félix m. en Nola, 27 julio.
Félix m. en Córdoba, 27 julio. Su hist. pág. 516.
Félix m. en Gerona, 1 agosto. Su hist. pág. 12.
Félix m. en el puerto Romano, 22 agosto.
Félix presb. en Pistoya, 26 agosto.
Félix presb. en Roma, 30 agosto.
Félix m. en Benevento, 1 setiembre. Su hist. pág. 12.
Félix o. en Africa, 10 setiembre.
Félix o. y m. en Africa, 10 setiembre.
Félix m. en Nocera, 19 setiembre.
Félix m. en Autun, 24 setiembre.
Félix m. en Africa, 12 octubre.
Félix o. africano, 24 octubre.
Félix presb. en Terracina, 5 noviembre.
Félix m. en Tunez, 6 noviembre.
Félix monje en Tundis, 6 noviembre.
Félix o., 28 noviembre.
Félix o. de Bolonia, 4 diciembre.
Félix m. en Tagura, 5 diciembre.

Félix m. en Roma, 29 diciembre.
Félix o. de Nola, 15 noviembre.
Félix de Valois, 4 noviembre. Su hist. al 20, pág. 338.
Fermin o. y m., 7 julio. Su hist. página 134.
Fermin o. de Pamplona, 23 setiembre. Su hist. pág. 485.
Fermin o. en Amiens, 25 octubre.
Fermin o. de Uzez, 11 octubre.
Fernando tercero rey de España en Sevilla, 30 mayo. Su hist. pág. 560.
Fernando infante de Portugal, 5 junio. Su hist. pág. 89.
Ferreolo presb. en Besanzon, 16 junio.
Ferreolo m. en el territorio de Viena, 18 setiembre. Su hist. pág. 379.
Ferrucio m. en Maguncia, 18 octubre.
Ferrucion d. en Besanzon, 16 junio.
Festividad de la Vírgen del Cármen, 16 julio. Su hist. pág. 291.
Festividad de las Nieves, 5 agosto. Su hist. pág. 85.
Festo d. en Puzol, 19 setiembre.
Festo m. en Toscana, 21 diciembre.
Fiacrio c. en Meaux, 30 agosto. Su hist., pág. 514.
Fibicio abad en Tréveris, 5 noviembre.
Fidel m. en Africa, 23 marzo.
Fidel capuchino m., 24 abril. Su hist. pág. 386.
Fidel m. en Como, 28 octubre.
Fidel m. en Edesa, 21 agosto.
Fidenciano m. en Africa, 15 noviembre.
Fidencio m. en Todi, 27 setiembre.
Fidencio o. de Padua, 16 noviembre.
Fidolo c. en Troyes, 16 mayo.
Filadelfo m. en Sicilia, 10 mayo.
Filadelfo m., 2 setiembre.
Filapiano m. en Africa, 30 enero.
Filastrio o. de Brescia, 18 julio.
Fileas o. de Thmuy, 4 febrero.
Fileas o. de Egipto en Alejandría, 26 noviembre.
Filemon m. en Antinoo, 8 marzo.
Filemon m., 21 marzo.
Filemon m. en Coloses, 22 noviembre.
Fileto senador en Lidia, 27 marzo.
Filiberto abad, 20 agosto.
Filiberto m. en España, 22 agosto. Su hist. pág. 377.
Filipa m. en Perga, 20 setiembre.
Filipo m. en Nicomedia, 17 agosto.
Filon d. en Antioquía, 25 abril.
Filogonio o. en Antioquía, 20 diciembre.
Filólogo, 4 noviembre.
Filomena v. en Severino, 5 julio.
Filomena v. y m., 11 agosto. Su hist. pág. 177.
Filomeno m. en Heraclea, 14 noviembre.
Filomeno m. en Ancira, 29 noviembre.
Filonila en Tarso, 11 octubre.
Filoromo m. en Egipto, 4 febrero.
Filotero m. en Nicomedia, 19 mayo.
Filoteo m., 5 noviembre.
Fintano presb. en Escocia, 17 febrero.
Firmato d. en Mesina, 5 octubre. Su hist. pág. 86.
Firmato d. en Auxerre, 5 octubre.
Firmin abad en Amiens, 11 marzo.
Firmin m. en Armenia, 24 junio.
Firmin o. de Amiens, 25 setiembre.
Firmina v. en Amelia, 24 noviembre.
Firmino o. en Metz, 18 agosto.
Firmo m. en Roma, 2 febrero.
Firmo m. en Antioquía, 11 marzo.
Firmo m., 1 junio.
Firmo m. en Armenia, 24 junio.
Firmo o. de Tagaste, 31 julio.
Firmo m. en Verona, 9 agosto.
Flavia v. y m. en Mesina, 5 octubre. Su hist. pág. 86.
Flavia Domitila v. en Terracina, 12 mayo. Su hist. pág. 210.
Flavia Domitila v. y m. en Terracina, 7 abril.
Flavia Domitila, v. y m., 15 abril.
Flaviana v. en Auxerre, 5 octubre.
Flaviano m. en Roma, 28 enero.
Flaviano o. de Constantinopla, 18 febrero.
Flaviano m. en Africa, 24 febrero.
Flaviano segundo o. de Antioquía, 4 julio.
Flaviano o. de Autun, 23 agosto.
Flaviano m., 22 diciembre. Su hist. pág. 342.
Flavio m. en Roma, 22 junio.
Flavio m. en Nicomedia, 7 mayo.
Flegonte, 8 abril.
Flocelo m. en Autun, 17 setiembre.
Flor m. en Catanea, 31 diciembre.
Flora m. en Roma, 29 julio.
Flora m. en Córdoba, 24 noviembre. Su hist. pág. 413.
Florencia m. en Sevilla, 20 junio. Su hist. al 14 marzo, pág. 225.
Florenciano o., 28 noviembre.
Florencio o. de Viena, 3 enero.
Florencio c. en Sevilla, 23 febrero. Su hist. pág. 375.
Florencio m. en Osimo, 11 mayo.
Florencio m. en Perusa, 5 junio.

Diccionario de Cárdenas, 43 folio.
Diccionario de Pinciano, 28 folio.
Diccionario de Sinónimos, 28 castellano.
Diccionario de Voces, 28 castellano.
Diccionario de Voces, 28 castellano.
Diccionario de Voces

Gala viuda, en Roma, 5 octubre.
Galacion m. en Emesa, 5 noviembre. Su hist. pág. 83.
Galata m. en Melitina, 19 abril. Su hist. pág. 321.
Galdino cardenal y o. de Milan, 18 abril.
Galgano ermitaño, en Sena, 3 diciembre.
Galicano m. en Alejandría, 25 junio.
Galinico m. en Apolonia, 28 enero.
Galo o. de Auverne, 1 julio. Su hist. pág 20.
Galo abad, en Alemania, 16 octubre. Su hist. pág. 299.
Gamaliel, su invencion, 3 agosto. Su hist. pág. 62
Galgulfo m. en Varennes, 11 mayo.
García abad, en España, 25 noviembre. Su hist. pág. 425.
Gaudencia v. y m. en Roma, 3 agosto.
Gaudencio o. de Novara, 21 enero.
Gaudencio o. de Verona, 12 febrero.
Gaudencio o. en Arezo, 19 junio.
Gaudencio o. de Rimini, 14 octubre.
Gaudencio o. de Bresa, 25 octubre.
Gaudioso o. de Bresa, 7 marzo.
Gaudioso o. africano en Nápoles, 28 octubre.
Gaudoso o. de Salerno, 26 octubre.
Gaugerico o. de Cambray, 11 agosto.
Gedeon en Palestina, 1 setiembre. Su hist. pág. 22.
Gelasio m. en Fosumbruno, 4 febrero.
Gelasio p. en Roma, 21 noviembre. Su hist. pág. 358.
Gelasio m. en Creta, 23 diciembre.
Gemelo m. en Ancira, 10 diciembre.
Geminiano o. de Módena, 31 enero.
Geminiano m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Gemino m. en Africa, 4 enero.
Gemino m. en Fosumbruno, 4 febrero.
Gemino en Bressenson, 5 enero.
Genaciano m. en Amiens, 11 diciembre.
Genadio o. de Astorga, 25 mayo. Su hist. pág. 484.
Genandio m. en Africa, 16 mayo.
Genara m. en el Puerto romano, 2 marzo.
Genaro m. en Heraclea, 7 febrero.
Genaro m. en Africa, 19 enero.
Genaro m. en Africa, 24 octubre.
Genaro m. en Africa, 15 diciembre.
Genaro d. en Roma, 6 agosto.
Genaro m. en Cerdeña, 25 octubre. Su hist. pág. 465.
Genaro m. en Africa, 2 diciembre.
Genaro m. en Africa, 8 abril.
General m. en Africa, 14 setiembre.
Generosa m. en Cartago, 17 julio.
Generoso m. en Tívoli, 17 julio.
Gennio o., 5 febrero.
Genoveva v. en Paris, 3 enero. Su hist. pág. 42.
Georgia v. en Claramonte, 15 febrero.
Geramaro abad en Beauvais, 24 setiembre.
Gerardo o. de Toul, 23 abril.
Gerardo o. y m. en Hungría, 24 setiembre.
Gerardo abad en Namur, 3 octubre. Su hist. pág. 42.
Gerardo o. de Potenza, 30 octubre.
Gerasimo anacoreta en Palestina, 5 marzo.
Gereon m. en Colonia, 10 octubre.
Gerino m. en Artois, 2 octubre. Su hist. pág. 32.
German o. de Constantinopla, 12 mayo.
German o. de Paris, 28 mayo. Su hist. pág. 329.
German o. de Auxerre, 31 julio.
German o. y m. en Africa, 6 setiembre.
German o. de Besanzon, 11 octubre.
German m. en España, 23 octubre. Su hist. pág. 409.
German o. de Capua, 30 octubre.
Germana m. en Africa, 19 enero.
Germánico m. en Esmirna, 19 enero.
Germano m. en Roma, 2 mayo.
Germano m. en Macedonia, 7 julio.
Germano m. en Cesarea, 13 noviembre.
Germano m. en Cesarea, 3 noviembre.
Germiniano m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Germino m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Geroncio m. en Africa, 19 enero.
Geroncio o., 9 mayo.
Gerónimo presb. y doctor en Belen, 30 setiembre. Su hist. pág. 565.
Gertrudis v., 15 noviembre. Su hist. 17 noviembre, pág. 292.
Gertrudis v. en Brabante, 17 marzo.
Geruncio o. de Milan, 5 mayo.
Geruncio o. y m. en España, 25 agosto. Su hist. pág. 421.
Gervasio m. en Milan, 19 junio. Su hist. pág. 321.
Getulio m. en Roma, 10 junio.
Gil abad en Narbona, 1 setiembre. Su hist. pág. 6.

Gil c., 16 mayo. Su hist. pág. 331.
Gil de Casayo, 1 setiembre. Su hist. pág. 12.
Gilberto c., 4 febrero.
Gildardo o. de Ruan, 8 junio. Su hist. pág. 133.
Ginés m. en Roma, 25 agosto. Su hist. pág. 424.
Ginés m. en Arles, 25 agosto. Su hist. pág. 422.
Ginés m., 11 octubre.
Giraldo abad en Braga, 5 diciembre. Su hist. pág. 86.
Gisleno o. en Annonia, 9 octubre.
Glatira v. en Amasea, 13 enero.
Gliceria m. en Heraclea, 13 mayo.
Glicerio presb. y m. en Nicomedia, 21 diciembre.
Goar presb. en Tréveris, 6 julio. Su hist. pág. 120.
Godeardo c. en Hildesheim, 4 mayo.
Godefrido o. de Amiens, 8 noviembre. Su hist. pág. 119.
Gontran rey de los francos, 28 marzo.
Gonzalo de Amaranto c. en Portugal, 10 enero. Su hist. pág. 120.
Gonzalo en Galicia, 26 enero. Su hist. pág. 362.
Gonzalo en España, 25 noviembre. Su hist. pág. 426.
Gordiano m. en Roma, 10 mayo. Su hist. pág. 176.
Gordiano m. en Noyon, 17 setiembre.
Gordio m. en Cesarea, 3 enero.
Gorgonia en Nacianzo 9 diciembre.
Gorgonio m., 11 marzo.
Gorgonio m. en Nicomedia, 9 setiembre. Su hist. pág. 203.
Graciano o. de Turon, 18 diciembre.
Graciliano en Faleria, 12 agosto.
Grata viuda en Bergomis, 1 mayo.
Grata m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Gratiniano m. en Perusa, 1 junio.
Grato m. en Tagura, 3 diciembre.
Gregorio p. y doctor m. en Roma, 12 marzo. Su hist. pág. 187.
Gregorio p. II en Roma, 13 febrero.
Gregorio p. III en Roma, 28 noviembre. Su hist. pág. 489.
Gregorio p. VII en Salerno, 25 mayo. Su hist. pág. 488.
Gregorio p. X en Arezo, 16 febrero.
Gregorio o. de Langres, 4 enero.
Gregorio o. Niseno, 9 marzo.
Gregorio o. de Granada, 24 abril. Su hist. pág. 385.
Gregorio o. de Ostia, 9 mayo. Su hist. pág. 161.
Gregorio el teólogo o. de Nacianzo, 9 mayo. Su hist. pág. 152.
Gregorio o. de Utrecht, 25 agosto.
Gregorio o. de Armenia mayor, 30 setiembre.
Gregorio o. de Tours, 17 noviembre. Su hist. pág. 295.
Gregorio o. de Gergenti, 23 noviembre.
Gregorio o. de Auxerre, 19 diciembre.
Gregorio presb. y m. en Espoleto, 24 diciembre. Su hist. pág. 369.
Gregorio Constantinopolitano, 20 noviembre.
Gregorio Taumaturgo, o. de Neocesarea, 17 noviembre. Su hist. pág. 277.
Grimoaldo presb. en Pontecorvo, 29 setiembre.
Guarino o. y cardenal en Bolonia, 6 febrero.
Gudélia m. en Persia, 29 setiembre.
Guidon c. en Andrelk, 12 setiembre. Su hist. pág. 252.
Guillermo ermitaño, 10 febrero. Su hist. pág. 143.
Guillermo o. de Santobrien, 10 enero.
Guillermo abad en Dinamarca, 6 abril. Su hist. pág. 104.
Guillermo ermitaño de Monte-Vírgen, 25 junio. Su hist. pág. 417.
Guillermo o. de Santobrien, 29 julio.
Gumaro c. en Lira, 11 octubre.
Gumesindo presb. en Córdoba, 13 enero. Su hist. al 13, pág. 158.
Gundena v. y m. en Cartago, 18 julio.
Gundulfo o. en Bourges, 17 junio.
Guniforte m. en Pavía, 22 agosto.
Guria v. en Edesa, 15 noviembre.

H

Habacuc profeta en Judea, 15 enero.
Heladio o. de Toledo, 18 febrero. Su hist. pág. 280.
Heliases m. en Aarat, 22 junio. Su hist. pág. 378.
Helimenas o. de Alejandría, 14 julio.
Heraclea m. en Tracia, 29 setiembre.
Heraclides m. en Alejandría, 28 junio.
Heraclio m. en el Puerto romano, 2 marzo.
Heraclio m. en Cartago, 11 marzo.
Heraclio m. en Todi, 26 mayo.
Heraclio o. de Sens, 8 junio.
Heraclio c. en Campaña, 1 setiembre.
Heraclio soldado y m., 22 octubre.
Herculano o. de Brescia, 12 agosto.
Herculano m. en el Puerto romano, 5 setiembre.
Herculano soldado y m. en Roma, 25 setiembre.

Herculano o. de Perusa, 7 noviembre.
Herebo m. en España, 5 marzo. Su hist. pág. 70.
Heriberto o. de Colonia, 16 marzo. Su hist. pág. 264.
Hermagoras o. de Aquileya, 12 julio.
Hermas m. en Roma, 18 agosto.
Hermas presb. y m. en Mira, 4 noviembre.
Hermelo m. en Constantinopla, 3 agosto.
Hermenegildo m. en Sevilla, 13 abril. Su hist. pág. 203.
Hermes m. en Bolonia, 4 enero.
Hermes m. en Roma, 9 mayo.
Hermes m. en Roma, 28 agosto.
Hermes m. en Andrinópolis, 22 octubre.
Hermes m. en Africa, 2 noviembre.
Hermetes exorcista en Arezo, 31 diciembre.
Hermias m. en el Ponto, 31 mayo.
Hermilo m. en Singindon, 13 enero.
Hermipo m. en Nicomedia, 27 julio.
Hermocrates m. en Nicomedia, 27 julio.
Hermógenes m. en Antioquía, 17 abril.
Hermógenes m. en Melitina, 19 abril. Su hist. pág. 321.
Hermógenes m. en Zaragoza de Sicilia, 25 abril. Su hist. pág. 321.
Hermógenes m. en Alejandría, 10 diciembre.
Hermógenes m., 12 diciembre.
Hermolao m. en Nicomedia, 27 julio.
Herodion, 8 abril.
Heros m. en Armenia, 24 junio.
Herunda v. en Roma, 23 julio.
Hesiquio o. en Astorga, 15 mayo.
Hesiquio m. en Silistria, 15 junio.
Hesiquio m. en Macedonia, 7 julio.
Hesiquio m., 2 setiembre.
Hesiquio c. en Palestina, 3 octubre.
Hesiquio m. en Melitina, 7 noviembre.
Hieron m. en Melitina, 7 noviembre.
Hieronides m. en Alejandría, 12 setiembre. Su hist. pág. 252.
Hieroteo en Atenas, 4 octubre. Su historia pág. 70.
Higinio p. y m. en Roma, 11 enero. Su hist., pág. 131.
Hilaria m. en Ausburgo, 12 agosto.
Hilaria m. en Roma, 3 diciembre.
Hilaria m. en Roma, 31 diciembre.
Hilarino monje en Arezo, 16 julio y 7 agosto.
Hilario o. de Poitiers, 14 enero. Su hist. pág. 171.
Hilario o. de Aquileya, 16 marzo.
Hilario m. en Roma, 9 abril.
Hilario o. de Arles, 5 mayo.
Hilario m. en Seinon, 27 setiembre.
Hilario o. de Javoux, 25 octubre.
Hilario d. y m. en Viterbo, 3 noviembre.
Hilario p. en Roma, 10 setiembre. Su hist. pág. 223.
Hilarion m., 12 julio.
Hilarion abad en Chipre, 22 octubre. Su hist. pág. 375.
Hildegardis v. en Binga, 17 setiembre.
Hiltrudis v. en Henegon, 27 setiembre.
Himerio o. de Amelia, 17 junio.
Hipacio o. en Constantinopla, 29 agosto.
Hipacio o. de Gangres, 14 noviembre.
Hipólito presb. y m. en Antioquía, 30 enero.
Hipólito m. en Africa, 3 febrero.
Hipólito m. en Roma, 13 agosto. Su hist. pág. 210.
Hipólito o. y m. en Porto, 22 agosto. Su hist. pág. 375.
Hipólito m. en Roma, 2 diciembre.
Hirenarco m. en Sebaste, 27 noviembre.
Homobono c. en Cremona, 13 noviembre. Su hist. pág. 212.
Honesto en España, 16 febrero. Su hist. pág. 256.
Honorata v. en Pavía, 11 enero.
Honorato o. de Arles, 16 enero. Su hist. pág. 229.
Honorato abad en Fondi, 16 enero.
Honorato o. de Milan, 8 febrero.
Honorato o. de Amiens, 16 mayo.
Honorato o. de Verceli, 28 octubre.
Honorato m. en Ostia, 22 diciembre.
Honorato m. en Africa, 29 diciembre.
Honorio o. de Bresa, 24 abril.
Honorio o. en Inglaterra, 30 setiembre.
Honorio m. en Ostia, 21 noviembre.
Honorio m. en España, 21 noviembre. Su hist. pág. 355.
Honorio m. en Alejandría, 30 diciembre.
Hormisdas p. en Roma, 6 agosto.
Hormisdas m. en Persia, 8 agosto.
Horres m. en Nicea, 13 marzo.
Hospicio c. en Nisa, 21 mayo. Su hist. pág. 410.
Huberto o. de Tungres, 3 noviembre.
Hugo o. de Grenoble, 1 abril. Su hist. pág. 3.
Hugo o. de Ruan, 9 abril.
Hugolino m. en Berbería, 13 octubre. Su hist. pág. 259.

Hugon abad de Cluni, 29 abril.
Hugon o. de Lincoln, 17 noviembre.

I

Ia m. en Persia, 4 agosto.
Ifigenia v. en Etiopia, 21 setiembre.
Ignacio m. en Roma, 1 febrero. Su hist. pág. 6.
Ignacio m. en Africa, 3 febrero.
Ignacio fundador de la Compañía de Jesús en Roma, 31 julio. Su hist. pág. 566.
Ignacio o. de Constantinopla, 23 octubre.
Ildefonso o. de Toledo, 23 enero. Su hist. pág. 313.
Ilidio o. de Auverne, 7 julio.
Iluminata v. en Todi, 29 noviembre.
Iluminato c., 11 mayo.
Imerio o. en Umbría, 17 junio.
Indalecio o. en Almería, 15 mayo.
Indalecio o., 30 abril. Su hist. página 500.
Indes eunuco en Nicomedia, 28 diciembre.
Inés v. y m. en Roma, 21 y 28 enero. Su hist. al 21, pág. 280.
Inés v. en Monte-Pulciano, 20 abril. Su hist. pág. 330.
Ingeno soldado en Alejandría, 20 diciembre.
Inocencio o. de Tortona, 17 abril.
Inocencio m. en Apolonia, 17 junio.
Inocencio m. en Sirmio, 4 julio.
Inocencio p. en Roma, 28 julio. Su hist. pág. 535.
Inocencio m. en Francia, 22 setiembre. Su hist. pág. 436.
Inocentes mars. en Belen, 28 diciembre. Su hist. pág. 421.
Innumerables mars. en Tréveris, 6 octubre. En Zaragoza, 3 noviembre.
Invento ó Trobat en Gerona, 10 diciembre. Su hist. pág. 171.
Ipacio m. en Constantinopla, 3 junio.
Ipacio c. en Frigia, 17 junio.
Ipacio m. en Fenicia, 18 junio.
Iraida v. en Antinópoli, 22 setiembre.
Irenarco m. en Sebaste, 27 noviembre.
Irene m., 18 setiembre.
Irene v. y m. en Tesalónica, 5 abril.
Irene m. en Tesalónica, 5 mayo.
Irene v. y m. en Portugal, 20 octubre. Su hist. pág. 348.
Ireneo m. en Roma, 10 febrero.
Ireneo o. de Sirmio, 25 marzo.
Ireneo d. en Pentápolis, 26 marzo.
Ireneo m. en Armenia, 1 abril.
Ireneo m. en Tesalónica, 5 mayo.
Ireneo o. de Leon de Francia, 28 junio. Su hist. pág. 476.
Ireneo d. en Chiusi, 3 julio. Su hist. pág. 45.
Ireneo m. en Roma, 26 agosto.
Ireneo m. en Roma, 15 diciembre.
Irenion o. de Gaza, 16 diciembre.
Irmina v. en Tréveris, 24 diciembre.
Isaac monje en Espoleto, 11 abril.
Isaac monje y m. en Córdoba, 3 junio. Su hist. pág. 51.
Isaac ermitaño en Polonia, 12 noviembre.
Isabel v. en Esconarigia, 18 junio.
Isabel reina de Portugal en Lisboa, 4 julio. Su hist. pág. 163.
Isabel madre del Bautista, 5 noviembre.
Isabel v. en Hungría, 19 noviembre. Su hist. pág. 314.
Isacio m., 21 abril.
Isacio o. y m. en Chipre, 21 setiembre.
Isaías m. en Egipto, 16 febrero.
Isaías prof. en la Judea, 6 julio. Su hist. pág. 125.
Isauro d. en Apolonia, 17 junio.
Ischirion m. en Egipto, 1 junio.
Ischirion m. en Alejandría, 22 diciembre.
Isidoro o. de Antioquía, 2 enero. Su hist. pág. 27.
Isidoro o. de Nitria, 2 enero.
Isidoro c., 15 enero.
Isidoro monje en Egipto, 4 febrero.
Isidoro m. en Alejandría, 5 febrero.
Isidoro m. en la isla de Chio, 15 mayo.
Isidoro m. en Alejandría, 14 diciembre.
Isidoro o. de Sevilla, 4 abril. Su hist. pág. 52.
Isidoro monje en Córdoba, 17 abril.
Isidro labrador en Madrid, 10 mayo. Su hist. al 15, pág. 281.
Ismael m. en Calcedonia, 17 junio. Su hist. pág. 284.
Ivon presb. en Bretaña, 19 mayo. Su hist. pág. 380.

J

Jacinto m. en Roma, 10 febrero.
Jacinto m. en Cesarea, 3 julio.
Jacinto m. en Amastrida, 26 julio.
Jacinto c. en Cracovia, 16 agosto. Su hist. pág. 254.
Jacinto m. en los Sabinos, 9 setiembre.
Jacinto m. en Roma, 11 setiembre. Su hist. pág. 230.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Jacinto m. en la Basilicata, 29 octubre.
Jaderes o. y m. en Africa, 10 setiembre.
Jaime c. en Palestina, 28 enero.
Jaime o. de Nisibi, 15 julio.
Jamnica m. en Leon, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Jason m. en Roma, 3 diciembre.
Jason m. en Chipre, 12 julio.
Jeremías m. en Cesarea, 16 febrero.
Jeremías prof. y m. en Egipto, 1 mayo. Su hist. pág. 13.
Jeremías monje y m. en Córdoba, 7 junio. Su hist. pág. 124.
Jeremías m. en Apolonia, 17 junio.
Jeremías m. en Córdoba, 15 setiembre. Su hist. pág. 316.
Joaquin padre de la Vírgen María, 20 marzo. Su festividad se celebra el domingo despues de la Asuncion de la misma Vírgen. Su hist. al 20 marzo, pág. 328.
Joaquin en Sena, 16 abril. Su hist. pág. 265.
Job prof. en tierra de Hus, 10 mayo. Su hist. pág. 177.
Joel prof., 13 junio. Su hist. pág. 244.
Jonás monje en Egipto, 11 febrero.
Jonás m. en Persia, 29 marzo.
Jonás m. en Persia, 29 mayo.
Jonás prof., 21 setiembre. Su hist. pág. 428.
Jonás presb. y m. en Chartres, 22 setiembre.
Jorge o. en Antioquía, 19 abril.
Jorge m., 23 abril. Su hist. pág. 372.
Jorge m. en España, 27 julio. Su hist. pág. 516.
Jorge m. en Francia, 2 noviembre.
Jorge Limniota monje, 24 agosto.
Josafat arzobispo de Polozh, 12 noviembre.
Josafat en la India, 27 noviembre. Su hist. pág. 462.
José d. en Antioquía, 15 febrero.
José esposo de la Vírgen María, 19 marzo. Su hist. pág. 313.
José m., 20 mayo.
José presb. y m. en Persia, 22 abril.
José el Justo en Judea, 20 julio.
José conde en Satópoli, 22 julio.
José de Arimatea, 17 marzo.
José de Leonisa c. en Amatri, 4 febrero. Su hist. pág. 64.
José Oriol c. en Barcelona, 23 marzo. Su hist. pág. 365.
Josué en Palestina, 1 setiembre. Su hist. pág. 16.
Joviniano m. en Auxerre, 5 mayo.
Jovino m. en Roma, 2 marzo.
Jovino m. en Roma, 26 marzo.
Jovita m. en Brescia, 15 febrero. Su hist. pág. 240.
Juan o. de Ravena, 12 enero.
Juan en Roma, 15 enero.
Juan monje en Roma, 17 enero.
Juan presb. en Reims, 28 enero.
Juan monje en Roma, 31 enero.
Juan o. de Pina, 19 marzo.
Juan ermitaño en Egipto, 27 marzo. Su hist. pág. 434.
Juan abad en Constantinopla, 27 abril.
Juan o. de York, 7 mayo.
Juan m. en Marruecos, 24 mayo.
Juan p. y m. en Ravena, 27 mayo. Su hist. pág. 515.
Juan o. de Verona, 6 junio.
Juan o. de Nápoles, 22 junio.
Juan presb. y m. en Roma, 23 junio.
Juan m. en Roma, 26 junio. Su hist. pág. 437.
Juan c., 21 agosto. Su hist. pág. 361.
Juan presb. en Tournai, 27 junio.
Juan o. de Bérgamo, 11 julio.
Juan monje en Siria, 21 julio.
Juan en Efeso, 27 julio.
Juan presb. en Roma, 18 agosto.
Juan m. en el Ponto, 27 agosto.
Juan o. de Pavía, 27 agosto.
Juan m. en Nicomedia, 7 setiembre.
Juan m. en Roma, 16 setiembre.
Juan m. en Africa, 23 setiembre.
Juan m. en Córdoba, 27 setiembre. Su hist. pág. 527.
Juan o. de Autun, 29 octubre.
Juan o. y m. en Persia, 1 noviembre.
Juan ermitaño en Polonia, 12 noviembre.
Juan m. en Africa, 3 diciembre.
Juan m. en Toscana, 21 diciembre.
Juan apóstol y evangelista en Efeso, 27 diciembre. Su hist. pág. 408.
Juan Bautista, 24 junio. Su hist. página 404. Su degollacion, 29 agosto. Su hist. pág. 495.
Juan Calibita en Roma, 25 enero.
Juan Cancio c. en Polonia, 20 octubre. Su hist. pág. 351.
Juan Clímaco abad, 30 marzo. Su hist. pág. 462.
Juan Columbino en Sena, 31 julio. Su hist. pág. 580.
Juan Crisóstomo o. de Constantinopla, 27 enero. Su hist. pág. 370.
Juan Damaceno c., 6 mayo. Su hist. pág. 111.
Juan de Capistrano c., 23 octubre. Su hist. pág. 403.
Juan de Dios c. en Granada, 8 marzo. Su hist. pág. 111.

Juan de Goto m. en el Japon, 13 febrero. Su hist. pág. 209.
Juan de la Concepcion en España, 14 febrero. Su hist. pág. 229.
Juan de la Cruz, 24 noviembre. Su hist. pág. 398.
Juan de Mata c. en Roma, 17 diciembre y 8 febrero. Su hist. pág. 117.
Juan de Marinoni c. en Bérgamo, 31 diciembre. Su hist. pág. 211.
Juan de Sahagun en Salamanca, 12 junio. Su hist. pág. 186.
Juan el bueno o. de Milan, 10 enero.
Juan el bueno en Mantua, 23 noviembre.
Juan el Limosnero o. de Alejandría, 23 enero.
Juan el Silenciario en Palestina, 13 mayo. Su hist. pág. 237.
Juan Francisco Regis c., 16 junio. Su hist. al 24 mayo, pág. 161.
Juan Gualberto abad, 12 julio. Su hist. pág. 225.
Juan Nepomuceno m. en Praga, 16 mayo. Su hist. pág. 315.
Juan Taumaturgo o., 5 diciembre.
Juan Terestes monje en Calabria, 24 junio.
Juana mujer de Cuzas, 24 mayo.
Juana de Aza, 2 agosto. Su hist. página 45.
Juana Francisca de Chantal en Francia, 21 agosto. Su hist. pág. 348.
Juanicio abad en Bitinia, 4 noviembre.
Jucunda v. en Amelia, 25 noviembre.
Jucunda m. en Nola, 27 julio.
Jucundiano m. en Troyes, 21 julio.
Jucundo m. en Africa, 9 enero.
Jucundo o. de Bolonia, 14 noviembre.
Judas apóstol en Persia, 28 octubre. Su hist. pág. 316.
Judoco c., 13 diciembre.
Julia m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 148.
Julia m. en Benevento, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Julia v. y m. en Córcega, 22 mayo. Su hist. pág. 132.
Julia m. en Cartago, 15 julio.
Julia v. y m. en Troyes, 21 julio.
Julia m. en Nola, 27 julio.
Julia m. en Lisboa, 1 octubre. Su hist. pág. 14.
Julia v. y m. en Argentina de Eufrates, 7 octubre.
Julia v. y m. en Mérida, 10 diciembre.
Julian m., 7 enero.
Julian m. en Beauvais, 8 enero. Su hist. pág. 98.
Julian m. en Antioquía, 9 enero. Su hist. pág. 107.
Julian en Siria, 14 enero.
Julian m. en Sore, 27 enero.
Julian m. en Africa, 27 enero.
Julian o. de Mayne, 27 enero.
Julian o. de Cuenca, 28 enero. Su hist. pág. 401.
Julian m. en Leon de Francia, 13 febrero.
Julian m. en Egipto, 16 febrero. Su hist. pág. 250.
Julian m. en Cesarea, 17 febrero. Su hist. pág. 266.
Julian m. en Alejandría, 27 febrero.
Julian m. en Africa, 23 marzo.
Julian o. de Toledo, 8 marzo. Su hist. pág. 118.
Julian m. en Anazarbo, 16 marzo. Su hist. pág. 263.
Julian m. en Cesarea, 23 marzo.
Julian monje en Edesa, 9 junio.
Julian m. en Constantinopla, 9 agosto.
Julian m. en Brioude, 28 agosto. Su hist. pág. 488.
Julian m., 2 setiembre.
Julian m., 4 setiembre.
Julian m., 13 setiembre.
Julian m. en Mesopotamia, 18 octubre.
Julian presb. y m. en Terracina, 1 noviembre.
Julian o. de Apamea, 9 diciembre.
Juliana viuda en Bolonia, 7 febrero.
Juliana m. en Paflagonia, 20 marzo.
Juliana v. y m., 27 julio. Su hist. página 322.
Juliana m. en Ausburgo, 12 agosto.
Juliana m. en Tolemaida, 17 agosto.
Juliana m. en Mira, 18 agosto.
Juliana m. en Tarso, 1 noviembre.
Juliana v. y m. en Nicomedia, 16 febrero. Su hist. pág. 252.
Juliana Falconieri en Florencia, 19 julio. Su hist. pág. 326.
Juliano m. en Cartago, 12 febrero.
Juliano m. en Africa, 19 febrero.
Juliano m. en Africa, 24 febrero.
Juliano m. en Africa, 23 mayo.
Juliano m. en Perusa, 5 junio.
Juliano m. en Tivoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Juliano m. en Damasco, 20 julio.
Juliano m. en Roma, 7 agosto.
Juliano m. en Siria, 12 agosto.
Juliano m. en Siria, 25 agosto.
Juliano m. en Alejandría, 30 octubre.
Julio m. en Africa, 19 enero.
Julio presb. en Milan, 31 enero.

Julio p. en Roma, 12 abril.
Julio m. en Silistria, 27 mayo.
Julio m. en Dorostoro, 15 junio.
Julio m. en Bretaña, 1 julio.
Julio m. en Alejandría, 3 julio.
Julio senador y m. en Roma, 19 agosto.
Julio m. en Nicomedia, 3 diciembre.
Julio m. en Tagura, 5 diciembre.
Julio m. en Alejandría, 20 diciembre.
Julio m. en Leon, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Julita v. y m. en Ancira, 18 mayo.
Julita m. en Tarso, 16 junio. Su hist. pág. 261.
Julita m. en Cesarea, 30 julio.
Justa m. en Cerdeña, 14 mayo.
Justa m. en Cartago, 15 julio.
Justa m. en Sevilla, 19 julio. Su hist. pág. 344.
Justina m. en Cerdeña, 14 mayo.
Justina m. en Maguncia, 16 junio.
Justina v. y m. en Nicomedia, 26 setiembre. Su hist. pág. 500.
Justina v. y m. en Padua, 7 octubre.
Justina v. y m., 30 noviembre.
Justino m. en Roma, 13 abril.
Justino m. en Tívoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Justino m. en París, 1 agosto.
Justino presb. y m. en Roma, 17 setiembre.
Justino m. en Tréveris, 12 diciembre.
Justino m. en el Abruzzo, 1 enero.
Justo m. en Africa, 25 febrero.
Justo m. en Roma, 28 febrero.
Justo c., 28 mayo. Su hist. pág. 535.
Justo o. de Urgel, 28 mayo. Su hist. pág. 533.
Justo m. en Campaña, 2 julio.
Justo m. en Roma, 14 julio.
Justo m. en Alcalá, 6 agosto. Su hist. pág. 104.
Justo m. en Troyes, 21 julio.
Justo m. en Leon de Francia, 2 setiembre.
Justo m. en Beauvais, 18 octubre.
Justo m. en Trieste, 2 noviembre.
Justo o. en Inglaterra, 10 noviembre.
Justo m., 14 diciembre. Su hist. página 220.
Juvenal o. de Narni, 3 mayo. Su hist. pág. 59.
Juvenal m., 3 mayo.
Juvencio m. en Roma, 1 junio.
Juvencio o. en Pavía, 8 febrero.
Juvencio m. en Antioquía, 25 enero.
Juvencio o. de Pavía, 8 febrero y 12 setiembre.

L

Ladislao rey de Hungría, 27 junio. Su hist. pág. 436.
Ladron en Jerusalen, 25 marzo.
Lamberto o. en Leon de Francia, 14 abril.
Lamberto m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 264.
Lamberto o. de Lieja, 17 setiembre. Su hist. pág. 361.
Landelino abad en Valenciennes, 15 junio.
Landoaldo presb. en Gante, 19 marzo.
Largion m. en Ausburgo, 12 agosto.
Largo m. en Roma, 16 marzo. Su hist. al 8, pág. 136.
Largo m. en Aquileya, 16 marzo.
Latino o. de Bresa, 24 marzo.
Laureano o. de Sevilla, 4 julio. Su hist. pág. 53.
Laurentino m. en Arezo, 3 junio.
Laurentino m. en Africa, 9 febrero.
Lauro m. en Esclavonia, 18 agosto.
Lauton o., 22 setiembre.
Lázaro o. de Milan, 11 febrero.
Lázaro m. en Persia, 27 marzo.
Lázaro monje en Constantinopla, 23 febrero.
Lázaro o. de Marsella, 17 diciembre. Su hist. pág. 268.
Lea viuda en Roma, 22 marzo.
Leandro o. de Sevilla, 27 febrero. Su hist. al 13 marzo, pág. 204.
Leobardo en Tours, 18 junio.
Leobino o. de Chartres, 15 setiembre.
Leocadia v. y m. en Toledo, 9 diciembre. Su hist. pág. 147.
Leocricia v. y m. en Córdoba, 15 marzo. Su hist. pág. 251.
Leodegario o. en Autun, 2 octubre. Su hist. pág. 32.
Leon I p. en Roma, 11 abril. Su hist. pág. 173.
Leon II p. en Roma, 28 junio. Su hist. pág. 471.
Leon III p. en Roma, 12 junio.
Leon IV p. en Roma, 28 junio. Su hist. pág. 471.
Leon IX p. en Roma, 11 abril. Su hist. pág. 173.
Leon o. de Catania, 20 febrero. Su hist. pág. 328.
Leon m., 1 marzo.
Leon o. de Sens, 22 abril.
Leon c. en el territorio de Troyes, 25 mayo.
Leon subdiácono m., 30 junio.
Leon m. en Perga, 1 agosto.

Leon m. en Mira, 18 agosto.
Leon m. en Mauritania, 13 octubre. Su hist. pág. 259.
Leon c. en Melun, 10 noviembre.
Leonardo c. en Limoges, 6 noviembre. Su hist. pág. 100.
Leoncia m. en Africa, 6 diciembre.
Leoncio o. de Cesarea, 13 enero.
Leoncio o., 19 marzo.
Leoncio m., 24 abril.
Leoncio m. en Fenicia, 18 junio.
Leoncio m. en Alejandría, 12 setiembre. Su hist. pág. 252.
Leoncio m. en Egea, 27 setiembre.
Leonides m. en la Tebaida, 28 enero.
Leonides m. en Alejandría, 22 abril.
Leonides m., 8 agosto
Leonides m., 2 setiembre.
Leonila m. en Langres, 17 enero.
Leopardo m. en Roma, 30 setiembre.
Leopoldo en Austria, 15 noviembre. Su hist. pág. 253.
Leovigildo m. en Córdoba, 28 agosto. Su hist. al 23, pág. 390.
Lesmes ó Adelmo en Burgos, 30 enero. Su hist. pág. 440.
Lesmes en Burgos, 30 enero. Su hist. pág. 444.
Letancio m. en Cartago, 17 julio.
Leto m. en España, 4 setiembre.
Leto o. en Africa, 6 setiembre.
Leto presb. en Orleans, 5 noviembre.
Leucio m. en Alejandría, 11 enero.
Leucio o. de Brindis, 11 enero.
Leucio m. en Apolonia, 28 enero.
Leufrido abad en Ambrun, 21 junio.
Liberata v. en Como, 18 enero.
Liberato abad en Cartago, 17 agosto. Su hist. pág. 278.
Liberato m. en Roma, 20 diciembre.
Liberio o. de Ravena, 30 diciembre.
Libia m. en Siria, 15 junio.
Liborio o. de Mans, 23 julio. Su hist. pág. 447.
Liboso m. en Africa, 29 diciembre.
Licarion m. en Egipto, 7 junio.
Licerio o. de Lérida, 27 agosto. Su hist. pág. 460.
Licinio m. en Como, 7 agosto.
Lifardo presb. en Orleans, 3 junio.
Ligorio m., 13 setiembre.
Lilia, 27 marzo.
Liliosa m. en Córdoba, 27 julio. Su hist. pág. 516.
Lino p. y m. en Roma, 23 setiembre. Su hist. pág. 448.
Lioba v. en Alemania, 28 setiembre.
Liteo o. y m. en Africa, 10 setiembre.
Livino o. y m. en Gante, 12 noviembre.
Longinos m. en Cesarea, 15 marzo. Su hist. pág. 246.
Longinos m., 24 abril.
Longinos o. y m., 2 mayo.
Longinos m. en Armenia, 24 junio.
Longinos m., 2 julio. Su hist. pág. 33.
Longinos m. en Marsella, 21 julio. Su hist. pag. 407.
Lorenza m. en Ancona, 8 octubre.
Lorenzo o. de Cantorberi, 2 febrero.
Lorenzo presb. y m. en Novara, 30 abril.
Lorenzo archidiácono en Roma m., 10 agosto. Su hist. pág. 158.
Lorenzo m. en Africa, 28 setiembre.
Lorenzo o. de Aublin, 14 noviembre.
Lorenzo Justiniano patriarca de Venecia, 5 setiembre. Su hist. página 115.
Lorgio m. en Cesarea, 2 marzo.
Lucano m. en Paris, 30 octubre.
Lucas m. en Persia, 22 abril.
Lucas evangelista en Bitinia, 18 octubre. Su hist. pág. 323.
Lucía v. y m. en Roma, 25 junio.
Lucía m., 6 julio. Su hist. pág. 118.
Lucía m. en Roma, 16 setiembre.
Lucía v. y m. en Zaragoza, 13 diciembre. Su hist. pág. 206.
Luciano presb. en Antioquía, 7 enero.
Luciano presb. en Beauvais, 8 enero. Su hist. pág. 98.
Luciano m. en Cerdeña, 28 mayo.
Luciano m. en Africa, 13 junio.
Luciano m. en Macedonia, 7 julio.
Luciano m. en Nicomedia, 26 octubre.
Luciano m. en Vich, 26 octubre. Su hist. pág. 490.
Luciano m. en Basilicata, 29 octubre.
Luciano m. en Trípoli, 24 diciembre.
Lucidio o. de Verona, 26 abril.
Lucila v. en Roma, 29 julio.
Lucila v. y m. en Roma, 31 octubre.
Lucina en Roma, 30 junio.
Luciniano m. en Constantinopla, 3 junio.
Lucinio o. de Anjou, 13 febrero.
Lucio m. en Roma, 8 febrero.
Lucio o. y m. en Hadrianópoli, 11 febrero.
Lucio m., 15 febrero.
Lucio m. en Africa, 18 febrero.
Lucio m. en Africa, 24 febrero.
Lucio o. en Cesarea, 2 marzo. Su hist. pág. 30.
Lucio p. y m. en Roma, 4 marzo.
Lucio discípulo de Jesucristo en Esmirna, 22 abril.
Lucio o. de Cirene, 6 mayo.

Lucio m. en Africa, 23 mayo.
Lucio senador y m. en Chipre, 20 agosto.
Lucio o. y m. en Africa, 10 setiembre.
Lucio m. en Alejandría, 4 octubre.
Lucio m. en Roma, 19 octubre.
Lucio m. en Roma, 25 octubre.
Lucio m. en Roma, 1 diciembre.
Lucio rey de Bretaña, 3 diciembre.
Lucio m. en Africa, 15 diciembre.
Luciolo m., 3 marzo.
Lucrecia v. y m. en Mérida, 23 noviembre. Su hist. pág. 389.
Ludgero o. de Munster, 26 marzo. Su hist. pág. 419.
Luis m. en Córdoba, 30 abril. Su hist. pág. 499.
Luis o. de Tolosa, 19 agosto. Su hist. pág. 304.
Luis rey de Francia en Paris, 25 agosto. Su hist. pág. 410.
Luis Beltran en España, 9 octubre. Su hist. al 10, pág. 195.
Luis Gonzaga c. en Roma, 21 junio. Su hist. pág. 346.
Luisa viuda en Roma, 31 enero.
Lulo o. de Maguncia, 16 octubre.
Lupercio m. en Leon, 30 octubre. Su hist. pág. 549.
Luperco m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Luperio o. de Verona, 15 noviembre.
Lupicino o. de Leon de Francia, 3 febrero.
Lupicino abad en el territorio de Leon de Francia, 21 marzo.
Lupicino o. de Verona, 31 mayo.
Lupo m., 23 agosto.
Lupo o. de Troyes, 29 julio.
Lupo o. de Sens, 1 setiembre. Su hist. pág. 14.
Lupo o. de Leon de Francia, 25 setiembre. Su hist. pág. 482.
Lupo o. de Verona, 2 diciembre.
Lutgarda v. en Brabante, 16 junio. Su hist. pág. 268.
Luxorio m. en Cerdeña, 21 agosto.
Lydia Purpuraria en Filipos, 3 agosto.

M

Macaria m. en Africa, 8 abril.
Macario abad alejandrino, 2 enero. Su hist. pág. 31.
Macario m. en Roma, 28 febrero.
Macario o. de Jerusalen, 10 marzo.
Macario o. de Constantinopla, 1 abril.
Macario o. de Antioquía, 10 abril. Su hist. pág. 155.
Macario o. en Palestina, 20 junio.
Macario m. en Siria, 12 agosto.
Macario m. en Melitina, 5 setiembre.
Macario m. en Alejandría, 6 setiembre.
Macario m. en Alejandría, 30 octubre.
Macario m. en Leon, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Macario m. en Alejandría, 8 diciembre.
Macario presb. y m. en Arabia, 20 diciembre.
Macedon m., 27 marzo.
Macedonio m. en Nicomedia, 13 marzo.
Macedonio m. en Frigia, 12 setiembre.
Machabeos mars. en Antioquía, 1 agosto. Su hist. pág. 16.
Macra v. y m. en el territorio de Reims, 6 enero.
Macrina en Neocesarea, 14 enero.
Macrina v. en Capadocia, 19 julio. Su hist. pág. 369.
Macrino m. en Noyon, 17 setiembre.
Macrobio m. en Damasco, 20 julio.
Macrobio m., 13 setiembre.
Macuto ó Malo en Bretaña, 15 noviembre. Su hist. al 5, pág. 79.
Magin m. en Tarragona, 25 agosto. Su hist. al 19, pág. 311.
Magina m. en Africa, 3 diciembre.
Maglorio o. en Inglaterra, 24 octubre.
Magnerico o. de Tréveris, 25 julio.
Magno m., 1 enero.
Magno m. en Fosumbruno, 4 febrero.
Magno m., 15 febrero.
Magno subdiácono y m. en Roma, 6 agosto.
Magno o. de Anagni, 19 agosto.
Magno m., 4 setiembre.
Magno o. de Oderzo, 6 octubre.
Magno o. de Milan, 5 noviembre.
Majencio presb. en Poitiers, 26 junio.
Majencio m. en Tréveris, 12 diciembre.
Malaquías prof., 14 enero.
Malaquías o. de Connert, 3 noviembre. Su hist. pág. 47.
Malco m. en Cesarea, 28 marzo.
Malco m. en Maronia, 21 octubre.
Malcos o. en Efeso, 27 junio.
Mamas m. en Cesarea, 17 agosto. Su hist. pág. 275.
Mamelta m. en Persia, 17 octubre.
Mamerto o. de Viena, 11 mayo. Su hist. pág. 187.
Mamiliano m. en Roma, 12 marzo.
Mamilo m. en Africa, 8 marzo.
Manahen en Antioquía, 24 mayo.
Mancio m. en Portugal, 15 mayo. Su hist. pág. 307.

Mandales m. en Roma, 10 junio.
Manea m. en el Ponto, 27 agosto.
Manecio c. en Florencia, 20 agosto. Su hist. al 11 febrero, pág. 166.
Mansueto o. de Milan, 19 febrero.
Mansueto o. de Toul, 3 setiembre.
Mansueto o. y m. en Africa, 6 setiembre.
Mansueto o. y m. en Africa, 28 noviembre.
Mansueto m. en Alejandría, 30 diciembre.
Manuel m. en Calcedonia, 17 junio. Su hist. pág. 284.
Manuel m. en Sirmio (de la España bética) 26 marzo.
Mapalico m. en Africa, 17 abril.
Mapril m. en el Puerto romano, 22 agosto.
Marana en Siria, 3 agosto.
Marcela viuda en Roma, 31 enero. Su hist. pág. 454.
Marcela m. en Alejandría, 28 junio.
Marceliano m. en Roma, 18 junio. Su hist. pág. 303.
Marceliano m. en Toscana, 9 agosto.
Marcelina v. en Milan, 17 julio.
Marcelino m. en Tomis, 2 enero.
Marcelino o. en Ancona, 9 enero.
Marcelino m. en Cartago, 6 abril.
Marcelino o. en Ambrun, 20 abril.
Marcelino p. en Roma, 26 abril. Su hist. pág. 416.
Marcelino presb. en Roma, 2 junio. Su hist. pág. 26.
Marcelino m. en Perusa, 5 junio.
Marcelino presb. en Deventer, 14 julio.
Marcelino en Tomis del Ponto, 27 agosto.
Marcelino o. de Ravena, 5 octubre.
Marcelo p. y m. en Roma, 16 enero. Su hist. pág. 226.
Marcelo m. en Africa, 19 febrero.
Marcelo o. de Die, 9 abril.
Marcelo m. en Argenton, 29 junio.
Marcelo o. de Apamea, 14 agosto.
Marcelo m. en Chalons, 4 setiembre.
Marcelo o. y m. en Tréveris, 4 setiembre.
Marcelo m. en Capua, 6 octubre.
Marcelo m. en Roma, 7 octubre.
Marcelo m. en Berbería, 30 octubre. Su hist. pág. 544.
Marcelo o. de Paris, 1 noviembre.
Marcelo m., 16 noviembre.
Marcelo presb. en Nicomedia, 26 noviembre.
Marcelo d. y m. en Roma, 2 diciembre.
Marcelo abad en Constantinopla, 29 diciembre.
Marcelo d. y m. en Espoleto, 30 diciembre.
Marcia m., 3 marzo.
Marcia m. en Cesarea, 5 junio.
Marcia m. en Campaña, 2 julio.
Marcia m. en Siracusa de Sicilia, 21 junio.
Marcial m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Marcial o. de Limoges, 30 junio.
Marcial m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 200.
Marcial m. en el Puerto romano, 22 agosto.
Marcial m. en Córdoba, 13 octubre. Su hist. pág. 259.
Marciana m., 24 mayo.
Marciana v. y m. en Berbería, 9 enero.
Marciana v. y m. en Toledo, 12 julio. Su hist. pág. 231.
Marciano m. en Africa, 4 enero.
Marciano presb. en Constantinopla, 10 enero.
Marciano o. de Tortona, 6 marzo.
Marciano m. en Roma, 26 marzo.
Marciano m. en Egipto, 5 junio.
Marciano m. en Africa, 17 abril.
Marciano presb. en Auxerre, 20 abril.
Marciano o. de Ravena, 22 mayo.
Marciano o. de Siracusa, 14 junio.
Marciano m. en Venafro, 17 junio.
Marciano m. en Iconio, 11 julio.
Marciano m. en Constantinopla, 9 agosto.
Marciano m. en Vich, 26 octubre. Su hist. pág. 490.
Marciano c. en Siria, 2 noviembre.
Marcionila m. en Antioquía, 9 enero.
Marco m. en Roma, 24 marzo.
Marco m. en Antioquía, 22 noviembre.
Marco m. en Roma, 18 junio. Su hist. pág. 303.
Marcos m. en Nicea, 13 marzo.
Marcos m. en Sorrento, 19 marzo.
Marcos evangelista en Alejandría, 25 abril. Su hist. pág. 400.
Marcos o. de Atina, 28 abril.
Marcos m., 3 julio.
Marcos c. en Campaña, 1 setiembre.
Marcos m., 31 agosto.
Marcos o. de Biblis, 27 setiembre.
Marcos m. en Antioquía, 28 setiembre.
Marcos m. en Egipto, 4 octubre.
Marcos p. en Roma, 7 octubre. Su hist. pág. 131.
Marcos o. de Jerusalen, 22 octubre.
Marcos solitario en Campaña, 24 octubre.

Marcos soldado en Roma, 25 octubre.
Marcos m. en Africa, 16 noviembre. Su hist. pág. 267.
Marcos m. en Africa, 15 diciembre.
Mardario m. en Armenia, 13 diciembre.
Mardonio m. en Neocesarea, 24 enero.
Mardonio m. en Nicomedia, 23 diciembre.
Mareas o. en Persia, 22 abril.
Margarita v. en Antioquía, 20 julio. Su hist. pág. 384.
Margarita reina de Escocia, 10 junio. Su hist. pág. 155.
Margarita viuda en San Severino, 27 agosto.
Margarita de Cortona, 22 febrero. Su hist. al 23, pág. 370.
María m. en Roma, 2 diciembre.
María m., 1 noviembre.
María v. y m. en Córdoba, 24 noviembre. Su hist. pág. 413.
María Ana de Jesús, 17 abril. Su hist. pág. 276.
María Cleofás en Judea, 9 abril. Su hist. pág. 148.
María de Cervellon en Barcelona, 19 setiembre. Su hist. al 21 mayo, página 402.
María egipcíaca en Palestina, 2 abril. Su hist. al 3, pág. 37.
María Jacoba, 25 mayo.
María Magdalena en Marsella, 22 julio. Su hist. p. 421.
María Magdalena de Pazis en Florencia, 25 mayo. Su hist. pág. 477.
María Salomé en Jerusalen, 22 octubre. Su hist. pág. 382.
Mariano lector en Numidia, 30 abril.
Mariano m., 17 enero.
Mariano c. en Bourges, 19 agosto. Su hist. pág. 314.
Mariano m., 17 octubre. Su hist. página 315.
Mariano m. en Roma, 1 diciembre.
Marina v. y m. en Alejandría, 18 junio.
Marina v. y m. en Galicia, 18 julio. Su hist. pág. 333.
Marino m. en Claramonte, 25 enero.
Marino soldado en Cesarea, 3 marzo.
Marino m. en Escitia, 5 julio.
Marino m. en Africa, 10 julio.
Marino m. en Anazarbo, 8 agosto.
Marino d. en Rimini, 4 setiembre.
Marino m. en Roma, 26 diciembre.
Mario m. en Roma, 19 enero.
Mario abad en Beauvais, 27 enero.
Mario m. en España, 5 marzo. Su hist. pág. 70.
Marolo o. de Milan, 23 abril.
Maron m., 15 abril y 5 setiembre.
Marotas m. en Persia, 27 marzo.
Marta m. en Roma, 19 enero.
Marta v. y m. en Astorga, 23 febrero. Su hist. pág. 368.
Marta huéspeda del Salvador en Tarascon, 29 julio. Su hist. pág. 543.
Marta m. en Colonia, 20 octubre.
Martin o. de Tungres, 21 junio.
Martin o. de Viena, 1 julio.
Martin o. de Tréveris, 19 julio.
Martin abad, 24 octubre.
Martin o. de Tours, 11 noviembre. Su hist. pág. 165.
Martin p. y m. en el Chersoneso, 12 noviembre. Su hist. pág. 181.
Martin abad en Santonges, 7 diciembre.
Martin de la Ascension m., 5 febrero. Su hist. pág. 78.
Martin de Leon, 11 febrero. Su hist. pág. 174.
Martin Dumiense o. en Braga, 20 marzo. Su hist. pág. 331.
Martina v. y m. en Roma, 30 enero. Su hist. pág. 437.
Martina m. en Roma, 2 diciembre.
Martiniano o. de Milan, 2 enero.
Martiniano m. en Roma, 2 julio.
Martiniano m. en Efeso, 27 julio.
Martiniano m. en Africa, 16 octubre.
Mártir monje, 23 enero.
Martirian m. en España, 24 octubre. Su hist. pág. 447.
Martirio m. en Anania, 29 mayo.
Martirio subdiácono en Constantinopla, 25 octubre.
Marutas o. en Mesopotamia, 4 diciembre.
Masa blanca de 300 mártires en Cartago, 24 agosto.
Mascula c. en Africa, 20 marzo.
Masilitanos márs. en Africa, 9 abril.
Mateo apóstol y evangelista en Etiopia, 21 setiembre. Su hist. pág. 422
Mateo ermitaño en Polonia, 12 noviembre.
Materna m. en Leon, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Materno o. de Milan, 18 julio.
Materno o. de Tréveris, 14 setiembre.
Matías o. de Jerusalen, 30 enero.
Matías apóstol, 24 febrero. Su hist. al 25, pág. 397.
Matilde reina de Alemania, 14 marzo. Su hist. pág. 229.
Matrona ó Madrona esclava m. en Tesalónica, 15 marzo. Su hist. página 249.

Matrona m. en Paflagonia, 20 marzo.
Matrona v. y m. en Ancira, 18 mayo.
Matroniano ermitaño en Milan, 14 diciembre.
Maturino c. en Gastinoes, 1 noviembre.
Maturo m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. pág. 43.
Matutino m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Maura m. en Ravena, 13 febrero.
Maura m. en Tebaida, 3 mayo.
Maura v. y m. en Constantinopla, 30 noviembre.
Mauricio m. en Nicópolis, 10 julio.
Mauricio m. en Francia, 22 setiembre. Su hist. pág. 436.
Maurilio m. en Angers, 13 setiembre. Su hist. pág. 265.
Maurino abad y m. en Colonia, 10 junio.
Mauro en el territorio de Anjou, 15 enero. Su hist. pág. 211.
Mauro o. de Cesena, 20 enero.
Mauro o. en Apulla, 27 julio.
Mauro m. en Roma, 1 agosto.
Mauro m. en Reims, 22 agosto.
Mauro o. de Verdun, 8 noviembre.
Mauro o. de Verona, 21 noviembre.
Mauro m. en Roma, 22 noviembre.
Mauro m. en Roma, 3 diciembre.
Mavilo m. en Adrumeto, 4 enero.
Máxima m. en Sirmio, 26 marzo.
Máxima m. en Africa, 8 abril.
Máxima v. en Friuli, 16 mayo.
Máxima m. en Tuburbo, 30 julio.
Máxima m. en Roma, 2 setiembre.
Máxima m. en Lisboa, 1 octubre. Su hist. pág. 14.
Máxima m. en Africa, 16 octubre.
Maximiano m. en Beauvais, 8 enero. Su hist. pág. 98.
Maximiano o. de Ravena, 21 febrero.
Maximiano o. en Siracusa, 9 junio.
Maximiano o. de Efeso, 27 julio.
Maximiano m., 21 agosto.
Maximiano o. de Bagaya, 3 octubre.
Maximiliano o. en Celena, 12 octubre.
Maximiliano, 29 octubre.
Maximino o. de Tréveris, 29 mayo. Su hist. pág. 543.
Maximino o. de Aix, 8 junio.
Maximino c. en Orleans, 15 diciembre.
Máximo o. de Pavía, 8 enero.
Máximo o. de Nola, 15 enero.
Máximo m. en Antioquía, 25 enero.
Máximo m. en Ostia, 18 febrero.
Máximo m. en Africa, 18 febrero.
Máximo m., 13 abril.
Máximo m. en Roma, 14 abril.
Máximo m. en Efeso, 30 abril.
Máximo o. de Jerusalen, 5 mayo.
Máximo m. en Roma, 11 mayo.
Máximo m. en Auvernia, 15 mayo.
Máximo. o. de Verona, 29 mayo.
Máximo o. de Turin, 25 junio.
Máximo m. en Damasco, 20 julio.
Máximo o. de Padua, 2 agosto.
Máximo monje en Constantinopla, 13 agosto.
Máximo niño m. en Cartago, 17 agosto. Su hist. pág. 278.
Máximo m. en Esclavonia, 18 agosto.
Máximo m., 20 agosto.
Máximo presb. en Ostia, 23 agosto.
Máximo m., 4 setiembre.
Máximo m. en Andrinópoli, 15 setiembre.
Máximo m. en Damasco, 25 setiembre.
Máximo m. 28 setiembre.
Máximo levita y m., 20 octubre.
Máximo o. de Maguncia, 18 noviembre.
Máximo presb. y m. en Roma, 19 noviembre.
Máximo m. en Roma, 2 diciembre.
Máximo o. de Alejandría, 27 diciembre.
Mayolo abad de Cluni, 11 mayo. Su hist. pág. 189.
Mayorico m. en Africa, 6 diciembre.
Medardo o. de Noyon, 8 julio. Su hist. pág. 133.
Mederico presb. en Paris, 29 agosto.
Meinardo ermitaño y m., 21 enero.
Melacio m., 24 mayo.
Melania en Jerusalen, 31 diciembre. Su hist. pág. 499.
Melanio o. de Renes, 6 enero.
Melanio o. de Ruan, 22 octubre.
Melas o. de Rinocolura, 16 enero.
Melasipo m. en Ancira, 7 noviembre.
Melecio o. de Antioquía, 12 febrero. Su hist. al dia 24, pág. 384.
Melecio o. en Chipre, 21 setiembre.
Melecio o. en el Ponto, 4 diciembre.
Meleusipo m. en Langres, 17 enero.
Melitina m. en Marcianópolis, 15 setiembre.
Melito o. en Inglaterra, 24 abril.
Meliton m. en Sebaste, 10 marzo. Su hist. pág. 149.
Melquíades p. en Roma, 10 diciembre. Su hist. pág. 170.
Memio o. de Chalons, 5 agosto.
Memnon m., 20 agosto.
Menalipo m., 2 setiembre.
Menandro m. en Prusa, 28 abril.

Menandro m. en Filadelfia, 1 agosto.
Menas o. de Constantinopla, 25 agosto.
Menedemo m. en Constantinopla, 5 setiembre.
Menelao m., 3 julio.
Menelao abad en Auverne, 22 julio.
Meneo m., 24 julio.
Menigno m., 15 marzo.
Menna m. en Frigia, 11 noviembre. Su hist. pág. 170.
Mennas solitario en el Abrucio, 11 noviembre.
Mennas m. en Alejandría, 10 diciembre.
Menodora v. y m. en Bitinia, 10 setiembre.
Mer ó Emerio, 27 enero. Su hist. página 378.
Mercuria m. en Alejandría, 12 diciembre.
Mercurial o., 23 mayo.
Mercurio m. en Cesarea, 25 noviembre.
Mercurio m. en Sicilia, 10 diciembre.
Merulo m. en Roma, 17 enero.
Mesiton m. en Granada, 15 marzo. Su hist. pág. 253.
Metelo m. en Neocesarea, 24 enero.
Metodio o. en Moravia, 9 marzo.
Metodio o. en Constantinopla, 14 junio.
Metodio o. de Tiro, 18 setiembre.
Metrano m. en Alejandría, 31 enero.
Metrobio m. en Trípoli, 24 diciembre.
Metrodora v. y m. en Bitinia, 10 setiembre.
Metrofanes o. de Constantinopla, 4 junio.
Meuris m. en Palestina, 19 diciembre.
Micheas prof. en Judea, 15 enero.
Migdonio m. en Nicomedia, 23 diciembre.
Miguel o. de Sinada, 23 mayo.
Miguel Arcángel, la aparicion, 8 mayo. Su hist. pág. 140. Su dedicacion 29 setiembre. Su hist. pág. 553.
Miguel de los Santos, 5 julio. Su hist. pág. 87.
Milburna v. en Inglaterra, 23 febrero.
Miles o. y m. en Persia, 22 abril.
Minervino m. en Catanea, 31 diciembre.
Minervo m. en Leon de Francia, 23 agosto.
Miniato m. en Florencia, 25 octubre.
Mirocles o. de Milan, 3 diciembre.
Misael en Babilonia, 16 diciembre. Su hist. pág. 260.
Miron o. en Creta, 8 agosto.
Miron presb. en Acaya, 17 agosto.
Mirope m. en Chio, 13 julio.
Mitrio m. en Aix, 13 noviembre.
Modesta m. en Nicomedia, 13 marzo.
Modesta m. en Tréveris, 4 noviembre.
Modesto m. en Africa, 12 enero.
Modesto m. en Cartago, 12 febrero.
Modesto m. en Benevento, 12 febrero.
Modesto o. en Tréveris, 24 febrero. Su hist. pág. 382.
Modesto m. en Basilicata, 15 junio. Su hist. pág. 247.
Modesto m. en Agda, 10 noviembre.
Modolao o. de Tréveris, 12 mayo.
Moisés m. en Alejandría, 14 febrero.
Moisés o. en Egipto, 7 febrero.
Moisés anacoreta, 28 agosto.
Moisés legislador y profeta, 4 setiembre. Su hist. pág. 71.
Moisés presb. y m. en Roma, 25 noviembre.
Moisetes m. en Africa, 18 diciembre.
Monas o. de Milan, 12 octubre.
Monegunda, 2 julio.
Mónica en Ostia, 4 mayo. Su hist. pág. 67. Su traslacion en Roma, 9 abril.
Monitor o. de Orleans, 10 noviembre.
Montano m. en Africa, 24 febrero.
Montano presb., 26 marzo.
Montano m. en Terracina, 17 junio.
Moseo m. en el Ponto, 18 enero.
Muciano m., 3 julio.
Mucio m. en Persia, 22 abril.
Mucio presb. y m. en Constantinopla, 13 mayo.
Murita d. en Africa, 13 julio.
Musonio m. en Neocesarea, 24 enero.
Mustiola en Chiusi, 3 julio. Su hist. pág. 45.

N

Nabal m. en Ravena, 16 diciembre.
Nabor m. en Roma, 12 junio. Su hist. pág. 182.
Nabor m. en Africa, 10 julio.
Nabor m. en Milan, 12 julio. Su hist. pág. 233.
Nahum prof. en Begabar, 1 diciembre.
Namfanion m. en Africa, 4 julio.
Narciso m. en Tomis, 2 enero.
Narciso o. de Ausburgo, 18 marzo. Su hist. pág. 302.
Narciso m. en Roma, 17 setiembre.
Narciso o. de Jerusalen, 29 octubre. Su hist. pág. 527.
Narciso m., 31 octubre.
Narno o. de Bérgamo, 27 agosto.
Narseo m. en Alejandría, 15 julio.

Narsetes m. en Persia, 27 agosto.
Narzal m. en Cartago, 17 julio.
Natalia m. en Córdoba, 27 julio. Su hist. pág. 516.
Natalia m. en Constantinopla, 1 diciembre. Su hist. pág. 12.
Natividad del Señor, 25 diciembre.
Natividad de la Virgen María, 8 setiembre. Su hist. pág. 164.
Natroba, 4 noviembre.
Naval m. en Ravena, 16 diciembre.
Nazario c. en España, 12 enero. Su hist. pág. 149.
Nazario m. en Roma, 12 junio. Su hist. pág. 182.
Nazario m. en Milan, 28 julio. Su invencion 10 mayo. Su hist. 28 julio, pág. 530.
Nemesiano m. en Africa, 10 setiembre.
Nemesio m. en Chipre, 20 febrero.
Nemesio m. en Tivoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Nemesio c. en Lisvin, 1 agosto.
Nemesio d. y m. en Roma, 31 octubre.
Nemesio m. en Alejandría, 19 diciembre. Su hist. pág. 307.
Nemorio d. en Troyes, 7 setiembre.
Neófito m. en Nicea, 20 enero.
Neomisia v. en Anania, 25 setiembre.
Neon m., 24 abril.
Neon m. en Egea, 23 agosto.
Neon m. en Antioquía, 28 setiembre.
Neon m. en Roma, 2 diciembre.
Neopolo m. en Roma, 2 mayo.
Neoterio m. en Alejandría, 8 setiembre.
Nereo m. en Roma, 12 mayo. Su hist. pág. 210.
Nereo m. en Africa, 16 octubre.
Nersa o. en Persia, 20 noviembre.
Nestabo m. en Palestina, 8 setiembre.
Nestor o. en Pirge, 26 febrero.
Nestor o. y m. en el Chersoneso, 4 marzo.
Nestor m. en Palestina, 8 setiembre.
Nestor m. en Tesalónica, 8 octubre.
Nicandro m. en Egipto, 15 mayo.
Nicandro m. en Benafro, 17 junio.
Nicandro o. de Mira, 4 noviembre.
Nicandro m. en Militina, 7 noviembre.
Nicanor d. en Chipre, 10 enero.
Nicanor m. en Egipto, 5 junio.
Nicasio o. de Ruan, 11 octubre.
Nicasio o. de Reims, 14 diciembre. Su hist. pág. 217.
Niceas o. de Romaciana, 22 junio.
Niceas m. en Antioquía, 9 febrero.
Nicéforo m., 1 marzo.
Nicéforo o. de Constantinopla, 13 marzo. Su hist. pág. 201.
Nicerata v. en Constantinopla, 27 diciembre.
Nicesio o. de Leon de Francia, 2 abril.
Niceta m. en Licia, 24 julio.
Nicetas o. en la Moldavia, 7 enero.
Nicetas o. en Apolonia, 20 marzo. Su hist. pág. 334.
Nicetas abad, 3 abril.
Nicetas Godo m., 15 setiembre.
Nicodemo su invencion, 3 agosto. Su hist. pág. 56.
Nicolás m. en Berbería, 13 octubre. Su hist. pág. 259.
Nicolás de Longobardi, 3 febrero. Su hist. pág. 40.
Nicolás Factor c., 19 enero. Su hist. pág. 260.
Nicolás peregrino en Trani, 2 junio.
Nicolás m. en España, 31 octubre. Su hist. pág. 563.
Nicolás m. en Roma, 13 noviembre. Su hist. pág. 217.
Nicolás o. de Mira, 6 diciembre. Su hist. pág. 98.
Nicolás cardenal y o. de Bolonia, 10 mayo.
Nicolás de Flue, 22 marzo. Su hist. pág. 354.
Nicolás de Tolentino, 10 setiembre. Su hist. pág. 214.
Nicomedes presb. en Roma, 15 setiembre. Su hist. pág. 309.
Nicon m. en Cesarea, 23 marzo.
Nicon m. en Antioquía, 28 setiembre.
Nicostrato m. en Cesarea, 21 mayo.
Nicostrato m. en Roma, 8 noviembre.
Nicostrato m. en Roma, 7 julio.
Nilammon en Egipto, 6 enero.
Nilo o. en Fenicia, 20 febrero.
Nilo o. y m. en la Palestina, 19 setiembre.
Nilo abad, 26 setiembre.
Nilo abad en Constantinopla, 12 noviembre. Su hist. pág. 191.
Nimmia m. en Ausburgo, 12 agosto.
Ninfa v., 10 noviembre.
Ninfadora m. en Nicea, 13 marzo.
Ninfadora v. y m. en Bitinia, 10 setiembre.
Niniano o. en Escocia, 16 setiembre.
Nivardo c. en España, 7 febrero. Su hist. pág. 107.
Nona madre de san Gregorio, 5 agosto.
Nona m. en España, 30 octubre. Su hist. pág. 548.
Nono o. de Edesa, 2 diciembre. Su

hist. en la de santa Pelagia, 30 octubre, pág. 539.
Nonoso abad de Monte-Soracte, 2 setiembre.
Norberto o. de Madeburgo, 6 junio. Su hist. pág. 105.
Normandina m. en Roma, 31 diciembre.
Novato en Roma, 20 junio.
Numeriano o. de Tréveris, 5 julio.
Numidico presb. en Africa, 9 agosto.
Nunilo m. en España, 22 octubre. Su hist. pág. 389.

O

Obdulia v. en Toledo, 5 setiembre. Su hist. pág. 120.
Oceano m., 4 setiembre.
Octaviano archidiácono en Cartago, 22 marzo.
Octavio m., 20 noviembre.
Octubre m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Odilon abad de Cluni, 1 enero.
Odon o. de Urgel, 7 julio. Su hist. pág. 139.
Odon abad de Cluni, 18 noviembre.
Olavo rey de Noruega, 29 julio.
Olegario arzobispo de Tarragona, 6 marzo. Su hist. pág. 83.
Olimpiades m. en Persia, 15 abril.
Olimpiades m. en Amelia, 1 diciembre.
Olimpiades viuda en Constantinopla, 17 diciembre.
Olimpio o. y c. en Tracia, 12 junio.
Olimpio m. en Roma, 26 julio y 31 octubre.
Oliva v. en Añana, 3 junio.
Onesiforo m. en Galípolis, 6 setiembre.
Onésimo o. y m. en Efeso, 16 febrero.
Onofre anacoreta en Egipto, 12 junio. Su hist. pág. 197.
Optaciano o. de Brescia, 14 julio.
Optato m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Optato o. de Milevo, 4 junio.
Optato o. de Auxerre, 31 agosto.
Orencio m. en España, 1 mayo. Su hist. pág. 15.
Orencio o. en Ausche, 1 mayo.
Oreste m. en Alejandría, 3 julio.
Orestes m. en Tiana, 9 noviembre.
Oria en España, 20 diciembre. Su hist. pág. 322.
Orículo m., 18 noviembre.
Oroncio m. en Ambrun, 22 enero. Su hist. pág. 300.
Oroncio m. en Armenia, 24 junio.
Ortolano m., 28 noviembre.
Oseas prof., 4 julio. Su hist. pág. 78.
Osmundo o. en Inglaterra, 4 diciembre.
Osorio en Galicia, 26 enero. Su hist. pág. 362.
Ostiano presb. en Vivaroes, 30 junio.
Othmaro abad, 16 noviembre.
Otilia v. en Argentina, 13 diciembre.
Oton m. en Africa, 16 enero.
Oton o. de Bamberga, 2 julio.
Oswaldo rey de Inglaterra, 5 agosto.
Oven o. y c. en Ruan, 24 agosto.

P

Pablo primer ermitaño en la Tebaida, 10 y 15 enero. Su hist. al 15 enero, pág. 206.
Pablo m. en Africa, 19 enero.
Pablo o. de San Pablo de tres castillos, 1 febrero.
Pablo m. en Roma, 8 febrero.
Pablo o. de Verdun, 8 febrero.
Pablo m. en el Puerto romano, 2 marzo.
Pablo o. de Damiata, 7 marzo.
Pablo llamado el simple, 7 marzo.
Pablo m. en Corinto, 10 marzo.
Pablo m. en Constantinopla, 17 marzo.
Pablo m. en Siria, 20 marzo.
Pablo m. en Narbona, 22 marzo.
Pablo monje y m. en Córdoba, 17 abril. Su hist. pág. 290.
Pablo m. en Helesponto, 15 mayo.
Pablo m. en Noyon, 17 marzo.
Pablo m., 28 mayo.
Pablo m. en Constantinopla, 3 junio.
Pablo presb. y m. en Autun, 1 junio.
Pablo m. en Constantinopla, 7 junio. Su hist. pág. 119.
Pablo m. en el Ponto, 20 junio.
Pablo apóstol m. en Roma, 29 junio. Su Conversion 25 enero. Su hist. pág. 341. Su Conmemoracion, 30 junio. Su hist. pág. 506.
Pablo d. y m. en Córdoba, 20 julio. Su hist. pág. 289.
Pablo m. en Palestina, 25 julio.
Pablo m. en Antioquía, 29 agosto.
Pablo m. en Damasco, 25 setiembre.
Pablo m. 3 octubre.
Pablo m. en Nicea, 19 diciembre.
Pablo m. en Trípoli, 24 diciembre.
Pablo Miki m. en el Japon, 13 febrero. Su hist. pág. 209.
Paciano o. de Barcelona, 9 marzo. Su hist. pág. 139.

Paciencia m. en España, 1 mayo.
Paciente o. de Metz, 8 enero.
Paciente o. de Leon de Francia, 11 setiembre. Su hist. pág. 232.
Pacomio abad en Egipto, 14 mayo. Su hist. pág. 267.
Pacomio o. en Egipto, 26 noviembre.
Pafnucio m. en Jerusalen, 19 abril.
Pafnucio o. en Egipto, 11 setiembre. Su hist. pág. 235.
Pafnucio m. en Egipto, 24 setiembre.
Palaciata m. en Ancona, 8 octubre.
Paladia m., 24 mayo.
Palatino m. en Antioquía, 30 mayo.
Palemon abad en la Tebaida, 11 enero.
Palladio arz. de Embrun, 21 junio. Su hist. pág. 363.
Palmacio m. en Tréveris, 5 octubre.
Palmaquio m. en Roma, 10 mayo.
Pamfilo presb. y m. en Cesarea, 1 junio. Su hist. pág. 6.
Pamfilo o. de Capua, 7 setiembre.
Pamfilo m. en Egipto, 16 febrero.
Pamfilo o. Valvense, 28 abril.
Pammaquio presb. en Roma, 30 agosto. Su hist. pág. 522.
Pancario m. en Nicomedia, 19 marzo.
Pancracio o. de Teormina, 3 abril.
Pancracio m. en Roma, 12 mayo. Su hist. pág. 214.
Pamfilo m. en Roma, 21 setiembre.
Pantagapas m., 2 setiembre.
Pantagato o. de Viena, 17 abril.
Pantaleemon m. en la Pulla, 27 julio.
Pantaleon médico y m. en Nicomedia, 27 julio. Su hist. pág. 510.
Panteno en Alejandría, 7 julio. Su hist. pág. 135.
Papas m. en Licaonia, 16 marzo.
Papias m. en Roma, 29 enero.
Papias o. de Hierópolis, 22 febrero.
Papias m. en Egipto, 25 febrero.
Papias m. en Pirge, 26 febrero.
Papias m. en Africa, 2 noviembre.
Papilo m. en Pérgamo, 13 abril.
Papiniano o. y m. en Africa, 28 noviembre.
Papio m., 28 junio.
Papio m. en Macedonia, 7 julio.
Paramon m., 29 noviembre.
Parasceves m., 20 marzo.
Paris o. de Terno, 5 agosto.
Parisio monje, 11 junio.
Parmenas m. en Filipo, 23 enero.
Parmenio m. en Persia, 22 abril.
Parterio m. en Roma, 19 mayo.
Pascasio o. de Viena, 22 febrero.
Pascasio d. en Roma, 31 mayo.
Pascasio m. en Africa, 13 noviembre.
Pascual p. en Roma, 14 mayo.
Pascual Bailon en Valencia, 17 mayo. Su hist. pág. 345.
Pasicrates m. en Silistria, 25 mayo.
Pastor m. en Nicomedia, 29 mayo.
Pastor o. de Orleans, 30 marzo.
Pastor presb. en Roma, 26 julio.
Pastor m. en Alcalá, 6 agosto. Su hist. pág. 104.
Patapio en Constantinopla, 8 diciembre.
Paterio o. de Bressa, 21 febrero.
Patermucio m. en Alejandría, 9 julio.
Paterniano o. de Bolonia, 12 julio.
Paterno o. de Abranches, 16 abril.
Paterno m. en Fondi, 21 agosto.
Paterno o. en el territorio de Constanza, 23 setiembre.
Paterno m. en Sens, 12 noviembre.
Patricia m. en Nicomedia, 13 marzo.
Patricia v. en Nápoles, 25 agosto.
Patricio o. de Auverne, 16 marzo.
Patricio m. en Mesopotamia, 14 marzo.
Patricio o. en Hibernia, 17 marzo. Su hist. pág. 277.
Patricio o. de Bitinia, 28 abril.
Patricio abad en Nevers, 24 agosto.
Patroclo m. en Troyes, 21 enero.
Paula viuda en Belen, 26 enero. Su hist. pág. 357.
Paula v. y m. en Constantinopla, 3 junio.
Paula v. y m. en España, 18 junio. Su hist. pág. 307.
Paula m. en Damasco, 20 julio.
Paula v. y m. en Cartago, 10 agosto.
Paulilo m. en Nicomedia, 19 diciembre.
Paulina v. y m. en Roma, 6 junio.
Paulina m. en Roma, 2 diciembre.
Paulina m. en Roma, 31 diciembre.
Paulino o. de Bressa, 29 abril.
Paulino m. en Colonia, 4 mayo.
Paulino m. en Cataluña, 18 junio. Su hist. pág. 310.
Paulino m. en Todi, 26 mayo.
Paulino o. de Nola, 22 junio. Su hist pág. 372.
Paulino o. de Luca, 12 julio.
Paulino o. de Tréveris, 31 agosto.
Paulino o. de York en Inglaterra, 10 octubre.
Paulino o. de Capua, 10 octubre.
Paulino m. en Africa, 13 noviembre. Su hist. pág. 209.
Paulo m. en Tolemaida, 17 agosto.
Pausides m. en Cesarea, 24 marzo.
Pausilipo m., 15 abril.
Pedro apóstol en Roma, 29 junio. Su hist. pág. 486.

Pedro m. en la Velona, 3 enero.
Pedro o. de Sebaste, 9 enero.
Pedro m. en Alejandría, 11 enero.
Pedro m. en Africa, 16 enero.
Pedro cardenal en Valleumbrosa, 8 febrero.
Pedro c. en Babuco, 11 marzo.
Pedrom. en España, 5 marzo. Su hist. pág. 70.
Pedro m. en Nicomedia, 12 marzo.
Pedro m. en Africa, 14 marzo.
Pedro m. en Roma, 26 marzo.
Pedro d. en Antioquía, 17 abril.
Pedro o. de Braga m., 26 abril. Su hist. pág. 418.
Pedro m. en Milan, 29 abril. Su hist. pág. 475.
Pedro monje y m. en Córdoba, 30 abril. Su hist. pág. 499.
Pedro o. de Pavía, 7 mayo.
Pedro o. de Besanzon, 8 mayo.
Pedro m. en Helesponto, 15 mayo.
Pedro exorcista y m. en Roma, 2 junio. Su hist. pág. 26.
Pedro presb. en Córdoba, 7 junio. Su hist. pág. 124.
Pedro m. en Filadelfia, 1 agosto.
Pedro o. de Anagni, 3 agosto.
Pedro m. en Roma, 7 agosto.
Pedro m. en el Ponto, 27 agosto.
Pedro c. en Trebis, 30 agosto.
Pedro o. de Santiago, 10 setiembre.
Pedro m. en Zaragoza, 17 setiembre. Su hist. pág. 350.
Pedro m. en Africa, 23 setiembre.
Pedro m., 3 octubre.
Pedro o. de Damasco, 4 octubre.
Pedro m. en Sevilla, 8 octubre. Su hist. pág. 145.
Pedro soldado en Roma, 25 octubre.
Pedro o. de Alejandría, 26 noviembre. Su hist. pág. 442.
Pedro monje en Constantinopla, 28 noviembre. Su hist. pág. 494.
Pedro m. en Africa, 9 diciembre.
Pedro Armengol en Tarragona, 27 abril. Su hist. pág. 429.
Pedro Celestino, 19 mayo. Su hist. pág. 372.
Pedro Crisólogo en Ravena, 2 y 4 diciembre. Su hist. pág. 66.
Pedro de Alcántara en Arenas, 19 octubre. Su hist. pág. 335.
Pedro del Barco c. en Avila, 1 noviembre. Su hist. pág. 14.
Pedro de Luxemburgo c., 5 julio. Su hist. pág. 103.
Pedro Forerio en Borgoña, 7 julio.
Pedro Gonzalez, vulgo san Telmo, 14 abril. Su hist. pág. 221.
Pedro llamado Compadre, 15 junio. Su hist. pág. 252.
Pedro Mavimeno m. en Damasco, 21 febrero.
Pedro Nolasco en Barcelona, 31 enero y 25 diciembre. Su hist. al 31 enero, pág. 449.
Pedro Pascual en España, 23 octubre. Su hist. al 24, pág. 422.
Pedro Regalado en Valladolid, 13 mayo. Su hist. pág. 225.
Pedro Tomás en Sales, 17 febrero. Su hist. pág. 272.
Pedro Viseolo c., 10 enero.
Pegario m. en Persia, 2 noviembre.
Pegasio m. en Persia, 2 noviembre.
Pelagia m., 23 marzo.
Pelagia m. en Tarso, 4 mayo.
Pelagia v. y m. en Antioquía, 9 junio.
Pelagia m. en Nicópolis, 11 julio.
Pelagia la Penitente en Jerusalen, 8 octubre. Su hist. al dia 30, pág. 539.
Pelagia v. y m. en Antioquía, 19 octubre.
Pelagio o. de Laodicea, 25 marzo.
Pelagio en Galicia, 26 enero. Su hist. pág. 362.
Pelagio m. en Constanza, 28 agosto.
Pelayo m. en Córdoba, 26 junio. Su hist. pág. 442.
Pelayo c. en España, 30 agosto. Su hist. pág. 519.
Pelegrin servita, 30 abril. Su hist. pág. 503.
Peleo o. y m. en Fenicia, 20 febrero.
Peleo o. y m. en Palestina, 19 setiembre.
Peleusio presb. y m. en Alejandría, 7 abril.
Pelino o. de Brindis, 5 diciembre.
Pemon anacoreta en la Tebaida, 27 agosto.
Peregrino m. en Tesalónica, 5 mayo.
Peregrino o. de Auxerre, 16 mayo.
Peregrino o. y m. en el Abruzzo, 13 junio.
Peregrino m. en Apolonia, 17 junio.
Peregrino o. y m. en Macedonia, 7 julio.
Peregrino presb. en Leon de Francia, 28 julio.
Peregrino m. en Roma, 25 agosto.
Perfecto presb. y m. en Córdoba, 18 abril. Su hist. pág. 304.
Pergencio m. en Arezo, 3 junio.
Perpetua m. en Tuburbio, 7 marzo. Su hist. al dia 11, pág. 160.
Perpétua en Roma, 4 agosto.
Perpétuo o. de Tours, 8 abril.
Perseveranda, v., 26 junio.

Petronila v. en Roma, 31 mayo. Su hist. pág. 575.
Petronio o. de Verona, 6 setiembre.
Petronio o. en Bolonia, 4 octubre.
Pia m. en Africa, 19 enero.
Piaton presb. y m. en Tournai, 1 octubre.
Piencia v. y m., 11 octubre.
Pierio presb. en Alejandría, 4 noviembre.
Pigmenio m. en Roma, 24 marzo.
Piniano en Jerusalen, 31 diciembre.
Pinito o. de Ginocea, 10 octubre.
Pio V p. en Roma, 5 mayo. Su hist. pág. 81.
Pio I p. y m. en Roma, 11 julio. Su hist. pág. 213.
Pionio presb. en Esmirna, 1 febrero.
Piperion m. en Alejandría, 11 marzo.
Pirmino o. de Melda, 2 noviembre.
Plácida v. en Verona, 11 octubre.
Plácido monje en Mesina, 5 octubre. Su hist. pág. 86.
Plácido m., 11 octubre.
Platon monje en Constantinopla, 4 abril. Su hist. pág. 60.
Platon m. en Ancira, 22 julio.
Platonides m. en Ascalon, 6 abril.
Plautila en Roma, 20 mayo.
Plauto m. en Tracia, 29 setiembre.
Plutarco m. en Alejandría, 28 junio.
Podio o. de Florencia, 28 mayo.
Poliano o. y m. en Africa, 10 setiembre.
Policarpo o. de Esmirna, 26 enero. Su hist. pág. 352.
Policarpo presb. en Roma, 23 febrero.
Policarpo m. en Antioquía, 7 diciembre.
Policeto m. en España, 13 febrero. Su hist. pág. 208.
Policronio o. de Babilonia, 17 febrero.
Policronio presb. y m., 6 diciembre.
Polieno m. en Prusa, 28 abril.
Polieno m. en Roma, 18 agosto.
Polieucto m. en Cesarea, 21 mayo.
Policuto m. en Melitina, 13 febrero.
Polio m. en Berbería, 21 mayo.
Polion m. en Pannonia, 28 abril.
Polixena en España, 23 setiembre. Su hist. pág. 457.
Polonia v. y m. en Alejandría, 9 febrero. Su hist. pág. 129.
Pompeya m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Pompeyo m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Pompeyo m. en Africa, 10 abril.
Pompeyo m. en Macedonia, 7 julio.
Pompeyo o. de Pavía, 14 diciembre.
Pomponio o. de Nápoles, 14 mayo.
Pomposa v. y m. en Córdoba, 19 setiembre. Su hist. pág. 397.
Ponciano m. en Espoleto, 19 enero.
Ponciano m. en Roma, 25 agosto.
Ponciano p. en Cerdeña, 19 noviembre.
Ponciano m. en Roma, 2 diciembre.
Ponciano m. en Roma, 11 diciembre.
Ponciano m. en Catanea, 31 diciembre.
Poncio d. en Cartago, 8 marzo.
Poncio m. en Francia, 14 mayo. Su hist. pág. 274.
Pontico m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Poppon abad en Arras, 25 enero.
Porcario abad en Lerins, 12 agosto.
Porciano abad en Auverne, 24 noviembre.
Porfirio m. en Cesarea, 16 febrero.
Porfirio m. en Umbría, 4 mayo.
Porfirio m. en Roma, 20 agosto.
Porfirio m. en Galiópolis, 6 setiembre.
Porfirio m., 15 setiembre.
Porfirio m. en Efeso, 4 noviembre.
Porforea m. en Alejandría, 3 julio.
Posidio o. de Maliapur en la Mirándula, 16 mayo.
Postuniana m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Potamia m. en Tagura, 5 diciembre.
Potamiena v. y m. en Alejandría, 28 junio.
Potamio m. en Chipre, 20 febrero.
Potamion o. de Egipto, 18 mayo.
Potenciana v. y m., 17 abril. Su hist. pág. 289.
Potenciano m. en Sens, 31 diciembre.
Potino m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Potito m. en Cerdeña, 13 enero.
Pragmacio o. de Autun, 22 noviembre.
Praxedis v. en Roma, 21 julio. Su hist. pág. 414.
Prepedigna m. en Ostia, 18 febrero.
Presentacion de la Vírgen María en el templo, 21 noviembre. Su hist. página 349.
Presidio o. y m. en Africa, 6 setiembre.
Pretextato o. de Ruan, 24 febrero.
Pretextato m. en Roma, 11 diciembre.
Priamo m. en Cerdeña, 28 mayo.
Prilidiano m. en Antioquía, 24 enero.
Primiano m. en Africa, 29 diciembre.
Primitiva m. en Roma, 23 julio.

Primitiva m. en Roma, 24 febrero.
Primitivo m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Primitivo m. en Roma, 10 junio.
Primitivo m. en Tívoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Primitivo m. en Galicia, 27 noviembre. Su hist. pág. 459.
Primitivo m. en Africa, 9 diciembre.
Primo m. en Helesponto, 3 enero.
Primo m. en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. pág. 43.
Primo d. y m. en Africa, 9 febrero.
Primo m. en Roma, 9 junio. Su hist. pág. 144.
Primo m. en Antioquía, 2 octubre.
Principio o. de Soissons, 25 setiembre.
Prisca m. en Roma, 18 enero. Su hist. pág. 250.
Prisciano m. en Roma, 12 octubre.
Prisciano m. en Cesarea, 14 octubre.
Priscila en Roma, 16 enero.
Priscila en Asia, 8 julio.
Prisciliano m. en Roma, 4 enero.
Prisco m. en Roma, 4 enero.
Prisco m. en Cesarea, 28 marzo.
Prisco m. en Auxerre, 26 mayo.
Prisco m. en Capua, 1 setiembre.
Prisco o. en Capua, 1 setiembre.
Prisco m. en Frigia, 20 setiembre.
Prisco m. en el Ponto, 1 octubre.
Privado o. en Givondan, 21 agosto.
Privado m. en Frigia, 20 setiembre.
Privado m. en Roma, 28 setiembre.
Probo o. de Verona, 12 enero.
Probo o. de Rieti, 15 marzo.
Probo m. en Tarso, 11 octubre. Su hist. pág. 211.
Probo o. de Ravena, 10 noviembre.
Probo m. en Africa, 13 noviembre.
Proceso m. en Roma, 2 julio.
Proclo m., 12 julio.
Proclo o. en Constantinopla, 24 octubre.
Procopio c. en Constantinopla, 27 febrero.
Procopio m. en Cesarea, 8 julio. Su hist. pág. 170.
Procoro d. y m. en Antioquía, 9 abril.
Próculo m. en Terni, 14 febrero.
Próculo o. en Terni, 14 abril.
Próculo m. en Bolonia, 1 junio.
Próculo m. en Esclavonia, 18 agosto.
Próculo m. en Puzzol, 19 setiembre.
Próculo m. en Autun, 4 noviembre.
Próculo o. de Narni, 1 diciembre.
Próculo o. de Verona, 9 diciembre.
Prosdocimo o. de Padua, 7 noviembre.
Próspero o. de Reggio, 25 junio.
Próspero o. de Orleans, 29 julio.
Protasio m. en Milan, 19 junio. Su hist. pág. 321.
Protasio m. en Colonia, 4 agosto.
Protasio o. de Milan, 24 noviembre.
Proto m. en Aquileya, 31 mayo.
Proto m. en Roma, 11 setiembre. Su hist. pág. 230.
Proto presb. en Cerdeña, 25 octubre. Su hist. pág. 465.
Protógenes o. de Cares, 6 mayo.
Protolico m. en Alejandría, 14 febrero.
Proyecto o. de Auvernia, 25 enero.
Proyecto m., 24 enero.
Prudencio o. de Tarazona, 28 abril. Su hist. pág. 464.
Ptolomeo o. en Nepeto, 24 agosto.
Publia abadesa en Antioquía, 9 octubre.
Publio o. de Atenas, 21 enero.
Publio m. en Africa, 19 febrero.
Publio m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Publio m. en Africa, 2 noviembre.
Publio m. en Asia, 12 noviembre.
Pudente senador en Roma, 19 mayo.
Pudenciana v. en Roma, 19 mayo.
Pulcheria v. en Constantinopla, 10 setiembre. Su hist. pág. 219.
Pupulo m. en Alejandría, 28 febrero.
Purificacion de la Virgen María, 2 febrero. Su hist. pág. 24.
Pusicio m. en Persia, 21 abril.

Q

Quadragésimo subdiácono, 26 octubre.
Quadrato m., 26 marzo.
Quadrato m. en Nicomedia, 7 mayo.
Quadrato discípulo de los Apóstoles en Atenas, 26 mayo.
Quadrato m. en Africa, 26 mayo.
Quadrato o., 21 agosto.
Quardo ó Famiano c. en España, 28 noviembre. Su hist. pág. 498.
Quartila m. en Sorrento, 19 marzo.
Quarto m. en Roma, 10 mayo.
Quarto m. en Roma, 6 agosto.
Quarto discípulo de los Apóstoles, 3 noviembre.
Quarto m. en Africa, 18 diciembre.
Querano abad en Escocia, 9 setiembre.
Queremon en Alejandría, 4 octubre.
Quinciano m. en Armenia, 1 abril.
Quinciano m. en Africa, 23 mayo.
Quinciano o. de Rodes, 14 junio.
Quinciano o. de Auverne, 13 noviembre.

Quinciano m. en Catanea, 15 diciembre.
Quincio m. en Capua, 5 setiembre.
Quimdio o. de Vasas, 15 febrero.
Quintil o. de Nicomedia, 8 marzo.
Quintila m. en Sorrento, 19 marzo.
Quintiliano m., 13 abril.
Quintiliano m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Quintin m. en Francia, 31 octubre. Su hist. pág. 559.
Quinto m. en Africa, 4 enero.
Quinto m. en Sorrento, 19 marzo.
Quinto m. en Roma, 10 mayo.
Quinto m. en Basilicata, 29 octubre.
Quinto m. en Africa, 18 diciembre.
Quiriaco m. en Ausburgo, 12 agosto.
Quiriaco o. de Ostia, 23 agosto.
Quiriaco anacoreta en Palestina, 29 setiembre.
Quirico m. en Tarso, 16 junio. Su hist. pág. 261.
Quirino m. en Roma, 25 marzo.
Quirino o. de Siscia, 4 junio.
Quirino m. en Tívoli, 4 junio.
Quirino presb., y m., 11 octubre.
Quiteria v. y m. en España, 22 mayo. Su hist. pág. 431.
Quodvultdeo o. de Cartago en Nápoles, 26 octubre.

R

Radegunda reina en Poitiers, 13 agosto. Su hist. pág. 203.
Radegundis en España, 29 enero. Su hist. pág. 428.
Rafael arcángel 24 octubre. Su hist. pág. 430.
Raida m. en Alejandría, 28 junio.
Raimundo c. 23 enero. Su hist. página 309.
Raimundo o. en Barbastro, 21 junio. Su hist. pág. 356.
Raimundo c. en España, 15 marzo. Su hist. pág. 237.
Raimundo Nonnato c. en Cardona, 31 agosto. Su hist. pág. 530.
Rainelda v. en Francia, 16 julio.
Rainerio o. de Aquila, 30 diciembre.
Ramiro m. en España, 11 marzo. Su hist. pág. 178.
Ranulfo m. en Artois, 27 mayo.
Rasifo m. en Roma, 23 julio.
Reatrio m. en Africa, 27 enero.
Redempta v. en Roma, 23 julio.
Redempto o. de Ferentin en Toscana, 8 abril.
Regina v. y m. en Autun, 7 setiembre. Su hist. pág. 147.
Regulo o. de Arles, 30 marzo.
Regulo m. en Populonio, 1 setiembre.
Reinerio c. en Pisa, 17 junio.
Remberto o. de Brema, 4 febrero.
Remedio o. de Vapingo, 3 febrero.
Remigio o. de Reims, 1 octubre. Su hist. pág. 6.
Reparata v. en Cesarea, 8 octubre.
Respicio m., 10 noviembre.
Restituta v. en Nápoles, 17 mayo.
Restituta v. y m. en Sora, 27 mayo.
Restituto m. en Roma, 29 mayo.
Restituto m. en España, 10 junio. Su hist. pág. 160.
Restituto m. en Antioquía, 23 agosto.
Restituto o. de Cartago, 9 diciembre.
Reveriano o. de Autun, 1 junio.
Revocata m., 6 febrero.
Revocato m. en Esmirna, 9 enero.
Revocato m. en Tuburbio, 7 marzo.
Ricardo rey de Inglaterra, 7 febrero. Su hist. pág. 106.
Ricardo o. de Cicester, 3 abril.
Ricardo o. de Andri, 9 junio.
Ricario presb., 26 abril.
Rigoberto o. de Reims, 4 enero.
Ripsima m. en Armenia, 29 setiembre.
Risio ó Ricio m., 6 julio.
Rita viuda en Casia, 22 mayo. Su hist. pág. 424
Roberto abad, 17 abril.
Roberto primer abad del Cister, 29 abril. Su hist. pág. 481.
Roberto abad del Cister en Inglaterra, 7 junio.
Robustiano m. en Milan, 24 mayo.
Robustiano m., 31 agosto.
Rodopiano m. en Casia, 3 mayo.
Rodrigo presb. y m. en Córdoba, 13 marzo. Su hist. pág. 215.
Rodrigo de Silos, 19 setiembre. Su hist. pág. 399.
Rogaciano m. en Bretaña, 24 mayo.
Rogaciano presb. y m. en Africa, 26 octubre.
Rogaciano m. en Africa, 28 diciembre.
Rogato m. en Africa, 8 marzo.
Rogato m. en Africa, 12 enero.
Rogato m. en Africa, 28 marzo.
Rogato m. en Africa, 10 junio.
Rogato monje y m. en Cartago, 17 agosto. Su hist. pág. 278.
Rogato m. en Roma, 1 diciembre.
Rogelo m. en Córdoba, 16 setiembre. Su hist. pág. 331.
Roman abad en Leon de Francia, 28 febrero. Su hist. pág. 448.
Roman m. en Roma, 9 agosto. Su hist. pág. 146.

Roman o. de Nepeto, 24 agosto.
Roman o. de Auxerre, 6 octubre.
Roman o. de Ruan, 23 octubre.
Roman m. en Antioquía, 18 noviembre.
Roman presb. en Baile, 24 noviembre.
Romana v. en Todi, 23 febrero.
Romana v. en Constantinopla, 9 noviembre.
Romano abad en Auxerre, 22 mayo.
Romarico abad, 6 diciembre.
Romualdo anacoreta en Ravena, 7 febrero. Su hist. pág. 101.
Rómula v. en Roma, 23 julio.
Rómulo m. en Concordia, 17 febrero.
Rómulo m. en Cesarea, 24 marzo.
Rómulo m. en Berbería, 24 marzo.
Rómulo o. de Fiésoli, 6 julio.
Roque c. en Montpeller, 16 agosto. Su hist. al 17, pág. 268.
Rosa v. en Lima, 30 agosto. Su hist. pág. 508.
Rosa v. en Viterbo, 4 setiembre. Su hist. pág. 104.
Rosalía v., 4 setiembre. Su hist. página 97.
Rosalía ó Rosalina v., 17 enero. Su hist. pág. 242.
Rosendo o. en España, 1 marzo. Su hist. pág. 6.
Rosio c. en Campaña, 1 setiembre.
Rosula m. en Africa, 14 setiembre.
Rufilo o. de Forlimpopoli, 18 julio.
Rufina v. y m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 205.
Rufina v. y m. en Sevilla, 19 julio. Su hist. pág. 344.
Rufina en Cesarea, 31 agosto.
Rufiniano m., 9 setiembre.
Rufino m. en Roma, 28 febrero.
Rufino m. en Africa, 7 abril.
Rufino m. en Soissons, 14 junio.
Rufino m. en Siracusa, 21 junio.
Rufino m. en Asis, 30 julio.
Rufino o., 11 agosto.
Rufino c. en Mantua, 19 agosto.
Rufino o. en Capua, 26 agosto.
Rufino m. en Ancira, 4 setiembre.
Rufino m., 9 setiembre.
Rufino m. en Africa, 16 noviembre. Su hist. pág. 267.
Rufo m. en Militina, 19 abril. Su hist. pág. 321.
Rufo m. en Filadelfia, 1 agosto.
Rufo o. de Capua, 27 agosto.
Rufo m. en Damasco, 25 setiembre.
Rufo o. de Metz, 9 noviembre.
Rufo, discípulo de los apóstoles, 21 noviembre. Su hist. al 14, pág. 231.
Rufo m. en Roma, 28 noviembre.
Rufo m. en Filipo, 18 diciembre.
Rumoldo o. de Dublin, 1 julio.
Ruperto o. de Salisburgo, 27 marzo. Su hist. pág. 430.
Rústica m. en Roma, 31 diciembre.
Rústico m. en Verona, 9 agosto.
Rústico m. en España, 5 marzo.
Rústico subdiácono en Cartago, 17 agosto. Su hist. pág. 278.
Rústico o. de Auvergne, 24 setiembre.
Rústico presb. en Paris, 9 octubre. Su hist. pág. 155.
Rústico o. de Tréveris, 14 octubre.
Rústico o. de Narbona, 26 octubre.
Rutilio m. en Africa, 2 agosto.
Rutilio m. en Hungría, 4 junio.
Rutulo m. en Africa, 18 febrero.

S

Sabacio m. en Antioquía, 19 setiembre.
Sabas m. en Capadocia, 12 abril. Su hist. pág. 188.
Sabas m. en Roma, 24 abril.
Sabas abad en Mutalasca, 5 diciembre. Su hist. pág. 80.
Sabel m. en Calcedonia, 17 junio. Su hist. pág. 284.
Sabigoto m. en España, 27 julio. Su hist. pág. 516.
Sabina m. en Roma, 29 agosto. Su hist. pág. 501.
Sabina v. en el territorio de Troyes, 29 agosto.
Sabina m. en Ávila, 27 octubre. Su hist. pág. 502.
Sabina m. en Cataluña 28 octubre. Su hist. pág. 521.
Sabiniano m. en Troyes, 29 enero.
Sabiniano monje y m. en Córdoba, 7 julio. Su hist. pág. 124.
Sabiniano m. en Damasco, 25 setiembre.
Sabiniano o. de Sens, 31 diciembre.
Sabino m., 25 enero.
Sabino o. de Canosa, 9 febrero.
Sabino m. en Hermópolis, 13 marzo.
Sabino m. en Brescia, 11 julio.
Sabino c. en Poitou, 11 julio.
Sabino m. en Damasco, 20 julio.
Sabino o. de Plasencia, 11 diciembre.
Sabino o. de Espoleto, 30 diciembre. Su hist. pág. 478.
Sacerdote o. de Sagunto, 5 mayo.
Sacerdote o. en el territorio de Perigord, 4 mayo.
Sacerdote o. de Leon de Francia, 12 setiembre.

[illegible] v. y m. en Persia, 20 febrero.
[illegible] m. en [illegible], 3 octubre.
[illegible] Duquesa de Leon de Francia, 22 setiembre.
[illegible] m. en [illegible], 13 marzo. Su hist. pág. [illegible].
[illegible] c. de [illegible], 28 setiembre.
[illegible] m. en Roma, [illegible] setiembre.
Satusano c. en Cerdeña, 8 junio. Su hist. pág. 137.
[illegible] Antioquía, 13 junio.
[illegible] en España, 18 marzo. Su hist. pág. [illegible].
[illegible] de Verona, 7 setiembre.
[illegible] en Africa, 11 marzo.
[illegible] en Africa, 21 marzo.
[illegible] en Antioquía, 29 junio. Su hist. pág. [illegible].
[illegible] en Africa, 30 setiembre. Su hist. pág. 222.
Samona m. en Edesa, 13 noviembre.
Samuel m. en Cesarea, 20 febrero.
Samuel [illegible] en Judea, 20 agosto. Su hist. pág. [illegible].
Samuel m. en Persia, 13 octubre. Su hist. pág. [illegible].
[illegible] en Leon de Francia, 3 junio. Su hist. [illegible].
[illegible] en Palestina, 17 junio. Su hist. pág. 287.
Sancho m. en Cordoba, 3 junio. Su hist. pág. 96.
Sandalio m. en Cordoba, 3 setiembre. Su hist. pág. 62.
Sanson presb. en Constantinopla, 27 [illegible].
Sanson c. en Bretaña, 28 julio.
Santiago presb. en Persia, 22 abril.
Santiago [illegible] en Nantua, 30 abril.
Santiago apostol, 1 mayo. Su hist. página 7.
Santiago apostol hermano de san Juan 25 julio. Su hist. pág. 184.
Santiago ecuntaño en Amida, 6 agosto.
Santiago presb. y m. en Persia, 2 noviembre.
Santiago c. en Nápoles, 28 noviembre.
Santiago m. en Persia, 27 noviembre.
Santino c. de Metz, 22 setiembre.
Santos d. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al dia 3, pág. 13.
[illegible] m. en Edesa, 29 enero.
[illegible] en [illegible], 11 setiembre.
[illegible] en Africa, 12 enero.
Satiro hermano de san Ambrosio en Milan, 17 setiembre.
Satiro m. Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 13.
Saturiano m. en Africa, 16 octubre.
Saturio patron de Soria, 2 octubre. Su hist. pág. 28.
Saturnina v. en Arras, 4 junio.
Saturnino m. en Africa, 19 enero.
Saturnino m. en Alejandría, 31 enero.
Saturnino m., 6 febrero.
Saturnino presb. en Africa, 11 febrero. Su hist. pág. 162.
Saturnino m., 15 febrero.
Saturnino m. en Adrumeto, 21 febrero.
Saturnino m. en Africa, 22 marzo.
Saturnino o. de Verona, 7 abril.
Saturnino m., 1 mayo. Su hist. página 11.
Saturnino m. en Roma, 2 mayo.
Saturnino m. en Macedonia, 7 julio.
Saturnino m. en el Puerto romano, 22 agosto.
Saturnino m. en Capua, 6 octubre.
Saturnino m., 14 octubre.
Saturnino m. en Africa, 16 octubre.
Saturnino m. en Caller, 30 octubre.
Saturnino m. en Antioquía, 27 noviembre.
Saturnino m. en Roma, 29 noviembre.
Saturnino o. de Tolosa, 29 noviembre. Su hist. pág. 504.
Saturnino m. en Roma, 13 diciembre.
Saturnino m. en Creta, 23 diciembre.
Saturnino m. en Africa, 29 diciembre.
Saturo m. en Africa, 29 marzo.
Saula m. en Colonia, 20 octubre.
Savina matrona en Milan, 30 enero.
Savino m. en Brescia, 11 julio.
Sebastian m. en Pirano, 4 julio.
Sebastian Aparicio en Méjico, 25 febrero. Su hist. pág. 401.
Sebastian m. en Armenia, 8 febrero.
Sebastian m., 20 marzo.
Sebastiana m. en Heraclea, 16 setiembre.
Sebbó rey de Inglaterra, 20 agosto.
Secunda m. en Cartago, 17 julio.
Secundario m. en Antioquía, 2 octubre.
Secundiano m. en Concordia, 17 febrero.
Secundiano m. en Toscana, 9 agosto.
Secundila m. en el Puerto romano, 2 marzo.
Secundina m. en Anania, 15 enero.
Secundino m. en Africa, 18 febrero.
Secundino m. en Adrumeto, 21 febrero.
Secundino o. de Cirta, 29 abril.
Secundino m. en Córdoba, 21 mayo. Su hist. pág. 415.

Secundino o. y m. en Sinuesa, 1 julio. Su hist. pág. 6.
Secundino c. en Campaña, 1 setiembre.
Secundolo m. en Tuburbio, 7 marzo.
Securo m. en Africa, 2 diciembre.
Sedofa m. en Escitia, 5 julio.
Segunda v. y m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 205.
Segunda v. y m. en Tuburbo, 30 julio.
Segundo m. en Africa, 9 enero.
Segundo presb. en Alejandría, 21 mayo.
Segundo m. en Africa, 15 noviembre.
Segundo m. en Berbería, 24 marzo.
Segundo m. en Asti, 29 marzo.
Segundo o. de Avila. 2 mayo. Su hist. al dia 13, pág. 298.
Segundo m. en Ameria, 1 junio.
Segundo m. en Sinada, 31 julio.
Segundo m. en Como, 7 agosto.
Segundo m. en Vintimilla, 26 agosto.
Segundo m. en Nicea, 19 diciembre.
Segundo m. en Nicomedia, 19 diciembre.
Segundo m. en Africa, 29 diciembre.
Selesio m. en Alejandría, 12 setiembre. Su hist. pág. 252.
Seleuco m. en Cesarea, 16 febrero.
Seleuco c. en Siria, 24 marzo.
Semproniana v. y m., 27 julio. Su hist. pág. 522.
Senador o. de Milan, 28 mayo.
Senador en Albano, 26 setiembre.
Senen m. en Roma, 30 julio.
Senorina abadesa, 22 abril. Su hist. pág. 360.
Septimo m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Séptimo monje en Cartago, 17 agosto. Su hist. pág. 278.
Séptimo lector en Venusa, 24 octubre.
Sequano presb. en Langres, 19 setiembre.
Serafia v. en Roma, 3 setiembre. Su hist. pág. 56.
Serafin capuchino, 12 octubre. Su hist. pág. 237.
Serafina, 29 julio.
Serapion m. en Egipto, 25 febrero.
Serapion m. en Alejandría, 28 febrero.
Serapion o. de Tamne, 21 marzo.
Serapion m. en Pentápolis, 26 marzo.
Serapion m., 13 julio.
Serapion en Efeso, 27 julio.
Serapion m. en Roma, 18 agosto.
Serapion m. en el Ponto, 27 agosto.
Serapion m. en Alejandría, 12 setiembre. Su hist. pág. 252.
Serapion o. de Antioquía, 30 octubre.
Serapion o. de Alejandría, 14 noviembre.
Serapion m. en Argel, 14 noviembre. Su hist. pág. 233.
Serena mujer de Diocleciano en Roma, 16 agosto.
Sereno m. en Alejandría, 28 junio.
Sereno m., 28 junio.
Sergio m. en Cesarea, 24 febrero.
Sergio m. en la Pulla, 27 julio.
Sergio p. en Roma, 9 setiembre.
Sergio m. en Comagenes, 7 octubre.
Serotina m. en Roma, 31 diciembre.
Servacio o. de Tungres, 13 mayo.
Servando m. en España, 23 octubre. Su hist. pág. 409.
Servando en Galicia, 26 enero. Su hist. pág. 362.
Serviliano m. en Roma, 20 abril.
Servilio m. en Istria, 24 mayo.
Servio-Deo m. en Córdoba, 16 setiembre. Su hist. pág. 331.
Servo subdiácono en Cartago, 17 agosto. Su hist. pág. 278.
Servo ó Siervo m. en Tuburbio, 7 diciembre.
Servodeo monje en Córdoba, 13 enero.
Sérvulo m. en Adrumeto, 21 febrero.
Sérvulo c. en Roma, 23 diciembre.
Severa v. en Tréveris, 20 julio.
Severiano m. en Roma, 8 noviembre. Su hist. pág. 124.
Severiano m. en Cesarea, 23 enero.
Severiano o. de Scitópolis, 21 febrero.
Severiano m., 20 abril.
Severiano en Sabaste, 9 setiembre.
Severino o. de Nápoles, 8 enero.
Severino abad, 8 enero.
Severino abad, 11 febrero.
Severino o. de Septempeda, 8 junio.
Severino m., 6 julio. Su hist. página 118.
Severino m. en Como, 7 agosto.
Severino o. de Colonia, 23 octubre.
Severino monje en Tibure, 1 noviembre.
Severino m. en Viena, 19 noviembre.
Severino monje en Paris, 27 noviembre.
Severino o. de Tréveris, 21 diciembre.
Severo m. en Alejandría, 11 enero.
Severo m. en Roma, 8 noviembre. Su hist. pág. 124.
Severo o. de Ravena, 1 febrero.
Severo presb. en el Abrucio, 15 febrero.
Severo o. de Nápoles, 30 abril.
Severo presb. en Viena, 8 agosto.
Severo m., 20 agosto.

Severo presb. en Orvieto, 1 octubre.
Severo o. de Tréveris, 15 octubre.
Severo presb. en Hadrianópoli, 22 octubre.
Severo o. de Barcelona, 6 noviembre. Su hist. pág. 95.
Severo m. en Africa, 2 diciembre.
Sexto m. en Catanea, 31 diciembre.
Sico m. en Antioquía, 30 mayo.
Sidonio o. de Clermont, 23 agosto.
Sidronio m. en Sens, 11 julio.
Siervo m. en Africa, 7 diciembre.
Sigismundo rey de Borgoña, 1 mayo. Su hist. pág. 18.
Silas en Macedonia, 13 julio.
Silvano o. de Emesa, 6 febrero.
Silvano m. en Africa, 18 febrero.
Silvano o. en Fenicia, 20 febrero.
Silvano o. de Gaza, 4 mayo.
Silvano m. en Roma, 5 mayo.
Silvano m. en Istria, 24 mayo.
Silvano m. en Pisidia, 10 julio.
Silvano m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 200.
Silvano m. en Ancira, 4 setiembre.
Silvano c. en Bourges, 22 setiembre.
Silvano m., 5 noviembre.
Silvano o. en Troades, 2 diciembre.
Silverio p. y m. en la Isla Poncia, 20 junio. Su hist. pág. 334.
Silvestre o. de Chalon, 20 noviembre.
Silvestre p. en Roma, 31 diciembre. Su hist. pág. 490.
Silvestre abad en Fabriano, 26 noviembre.
Silvia madre de san Gregorio el Magno en Roma, 3 noviembre.
Silviano m. en Africa, 8 marzo.
Silviano o. en Campaña, 10 febrero.
Silvino o. de Tolosa, 17 febrero. Su hist. pág. 268.
Silvino o. de Brescia, 28 setiembre.
Silvino o. de Verona, 12 setiembre.
Silvio m. en Alejandría, 21 abril.
Silvio m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Simeon metafraste c., 27 setiembre. Su hist. pág. 519.
Simeon monje en Antioquía, 5 enero. Su hist. pág. 63.
Simeon o. en Jerusalen, 18 febrero. Su hist. pág. 282.
Simeon o. de Seleucia en Persia, 21 abril.
Simeon monje en Tréveris, 1 junio.
Simeon llamado Salo en Emesa, 1 julio. Su hist. pág. 10.
Simeon monje en Mantua, 26 julio.
Simeon el viejo, 8 octubre. Su hist. pág. 146.
Similiano o. de Nantes, 16 junio.
Simitrio presb. en Roma, 26 mayo.
Simmaco p. en Roma, 19 julio. Su hist. pág. 371.
Simon m. en Trento, 24 marzo. Su hist. pág. 385.
Simon el mozo, 3 setiembre. Su hist. pág. 62.
Simon labrador, 1 abril.
Simon Cananeo en Persia, 28 octubre. Su hist. pág. 516.
Simon de Rojas, c. 28 setiembre. Su hist. pág. 530.
Simpliciano o. de Milan, 16 agosto.
Simpliciano m. en Catanea, 31 diciembre.
Simplicio p. en Roma, 2 marzo. Su hist. pág. 27.
Simplicio senador en Roma, 10 mayo.
Simplicio o. de Fausina, 15 mayo.
Simplicio o. de Autun, 24 junio.
Simplicio m. en Roma, 29 julio. Su hist. pág. 548.
Simplicio m. en los Marsos, 26 agosto.
Simplicio m. en Roma, 8 noviembre.
Simplicio o. de Verona, 20 noviembre.
Simplicio m. en Africa, 18 diciembre.
Sincletica en Alejandría, 5 enero. Su hist. pág. 67.
Sindimio m. en Nicomedia, 19 diciembre.
Sindulfo c. en Reims, 20 octubre.
Sindulfo o. de Viena, 10 diciembre.
Sinesio m., 21 mayo.
Sinesio lector y m. en Roma, 12 diciembre.
Sinforiano m. en Roma, 7 julio.
Sinforiano m. en Autun, 22 agosto.
Sinforiano m. en Roma, 8 noviembre.
Sinforosa m. en Campaña, 2 junio.
Sinforosa m. en Tívoli, 18 julio. Su hist. pág. 329.
Sinfronio m. en Africa, 3 febrero.
Sinfronio m. en Roma, 26 julio y 31 octubre.
Sintica en Filipos, 22 julio.
Sireno monje en Sirmich, 23 febrero.
Siricio m. en Adrumeto, 21 febrero.
Siricio p. en Roma, 26 noviembre.
Siridion o., 2 enero.
Siro o. en Pavía, 9 diciembre.
Siro o. en Génova, 29 junio.
Sisebuto en España, 15 marzo. Su hist. pág. 245.
Sisenando levita en Córdoba, 16 julio. Su hist. pág. 306.
Sisinio d. en Osimo, 11 mayo.
Sisinio m. en Angria, 29 mayo.
Sisinio m. en Cyzico, 23 noviembre.
Sisinio d. y m. en Roma, 19 noviembre.

Sisto y Eovaldo, en catalan S. Hou, m., 7 mayo. Su hist. pág. 306.
Siviardo abad, 1 marzo.
Sixto I p. en Roma, 6 abril.
Sixto II p. en Roma, 6 agosto.
Sixto diácono, 6 agosto.
Sixto III p. en Roma, 28 marzo. Su hist. pág. 442.
Sixto o. de Reims, 1 setiembre.
Sobelo m., 5 agosto.
Sócrates m., 19 abril.
Sócrates m. en Inglaterra, 17 setiembre.
Sofía v. y m. en Fermo, 30 abril.
Sofía m., 18 setiembre.
Sofía viuda en Roma, 30 setiembre.
Sofonías prof. en Judea, 3 diciembre.
Sofronio o. en Jerusalen, 11 marzo.
Sofronio o. en Chipre, 8 setiembre.
Solennio o. de Chartres, 25 setiembre.
Solocano m. en Calcedonia, 17 mayo.
Solutor m. en Ravena, 13 noviembre.
Solutor m. en Turin, 20 noviembre.
Sopatra v. en Constantinopla, 9 noviembre.
Sosio m. en Puzzol, 19 setiembre.
Sosipatro en Berea, 25 junio.
Sostene c. en el monte Senario, 22 abril. Su hist. pág. 356.
Sostenes m. en Calcedonia, 10 setiembre.
Sotera v. y m. en Roma, 10 febrero.
Sozonte m. en Pompeyópolis, 7 setiembre.
Staquis o. de Constantinopla, 31 octubre.
Straton m., 9 setiembre.
Sturmio en Salónica, 17 diciembre.
Suceso m. en Africa, 19 enero.
Suceso m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Suceso m. en Africa, 9 diciembre.
Suitberto o. de Werda, 1 marzo.
Sulpicio o. de Bourges, 29 enero.
Sulpicio m. en Roma, 20 abril.
Superio m. en Valenciennes, 26 junio.
Surano abad, 24 enero.
Susana m., 24 mayo.
Susana v. y m. en Roma, 11 agosto. Su hist. pág. 174.
Susana m., 20 setiembre.
Swituno o. de Vincester, 2 julio.
Syagrio o. de Autun, 27 agosto.

T

Taciana m. en Roma, 12 enero.
Taciano m. en Aquileya, 16 marzo.
Taciano m. en Frigia, 12 setiembre.
Tacion m. en Isauria, 24 agosto.
Tadeo apóstol en Persia, 28 octubre. Su hist. pág. 516.
Talaleo m. en Edesa, 20 mayo.
Talo m. en Laodicea, 11 marzo.
Tamel m., 4 setiembre.
Tammacio c. en Campaña, 1 setiembre.
Taraco m. en Tarso, 11 octubre. Su hist. pág. 211.
Tarasio o. de Constantinopla, 25 febrero.
Tarbula m. en Persia, 22 abril.
Tarsicio m. en Alejandría, 31 enero.
Tarsicio m. en Roma, 15 agosto.
Tarsila v. en Roma, 24 diciembre.
Tata m. en Damasco, 25 setiembre.
Taurino o. de Evreux, 11 agosto.
Taurion m. en Amphipoli, 7 noviembre.
Tea m. en Palestina, 19 diciembre.
Tecla m. en Roma, 26 marzo.
Tecla m. en Palestina, 19 agosto.
Tecla en Adrumeto, 30 agosto.
Tecla v. y m. en Aquileya, 3 setiembre.
Tecla v. y m. en Iconio, 23 setiembre. Su hist. pág. 453.
Tecla abadesa en Alemania, 15 octubre.
Tecusa v. y m. en Ancira, 18 mayo.
Telesforo p. en Roma, 5 enero. Su hist. pág. 60.
Temístocles m. en Licia, 21 diciembre.
Teobaldo ermitaño, 1 julio.
Teodardo o. de Lieja, 10 setiembre.
Teodolo m., 2 mayo.
Teodomiro m. en Córdoba, 25 julio. Su hist. pág. 493.
Teodora m. en Nicea, 13 marzo.
Teodora m. en Roma, 1 abril.
Teodora v. en Alejandría, 28 abril.
Teodora v. en Terracina, 7 mayo.
Teodora la penitente en Alejandría, 11 setiembre. Su hist. pág. 236.
Teodora en Roma, 17 setiembre.
Teodorico presb. en Reims, 1 julio.
Teodoro monje en Egipto, 7 enero.
Teodoro monje en Egipto, 28 diciembre.
Teodoro m. en Heraclea, 7 febrero.
Teodoro m. en Roma, 17 marzo.
Teodoro o. en Pentápolis, 26 marzo.
Teodoro m. 15 abril.
Teodoro Triquinas, 20 abril.
Teodoro o. de Anastasiópolis, 22 abril.
Teodoro o. de Bolonia, 5 mayo.
Teodoro o. de Cirinia en Chipre, 6 abril.
Teodoro o. de Pavía, 20 mayo.

Teodoro o., 4 julio.
Teodoro m. en Roma, 20 julio.
Teodoro m. en Nicomedia, 2 setiembre.
Teodoro o. en Chipre, 6 mayo.
Teodoro m., 4 setiembre.
Teodoro m. en Constantinopla, 5 setiembre.
Teodoro m. en Andrianópolis, 13 setiembre.
Teodoro o. de Cantorberi, 19 setiembre.
Teodoro m. en Perga, 20 setiembre.
Teodoro presb. en Antioquía, 23 octubre.
Teodoro abad en Viena, 29 octubre.
Teodoro en Amasea, 9 noviembre.
Teodoro Studita en Constantinopla, 12 noviembre.
Teodoro o. en Alejandría, 26 noviembre.
Teodoro m. en Antioquía, 7 diciembre.
Teodoro m. en Antioquía, 14 diciembre.
Teodoro m. en Roma, 13 diciembre.
Teodoro en Roma, 26 diciembre.
Teodoro monje en Constantinopla, 27 diciembre.
Teodosia m. en Paflagonia, 20 marzo.
Teodosia m., 23 marzo.
Teodosia v. en Cesarea, 2 abril.
Teodosia m. en Cesarea, 29 mayo.
Teodosio en Capadocia, 11 enero.
Teodosio m., 26 marzo.
Teodosio o. de Auxerre, 17 julio.
Teodosio m. en Roma, 25 octubre.
Teodota m. en Constantinopla, 17 julio.
Teodota m. en Nicea, 2 agosto.
Teodoto m. en Africa, 4 enero.
Teodoto m. en Ancira, 18 mayo.
Teodoto m. en Scycia, 5 julio.
Teodoto en Cesarea, 31 agosto.
Teodoto o. de Laodicea, 2 noviembre.
Teodoto m. en Heraclea, 14 noviembre.
Teodulfo o. de Lobe, 24 junio.
Teodulo m. en Cesarea, 17 febrero.
Teodulo presb. en Antioquía, 23 marzo.
Teodulo m. en Africa, 31 marzo.
Teodulo m. en Tesalónica, 4 abril.
Teodulo presb. en Roma, 3 mayo. Su hist., pág. 86.
Teodulo m. en Fenicia, 18 junio.
Teodulo m. en Roma, 26 julio y 31 octubre.
Teodulo m. en Frigia, 12 setiembre.
Teodulo m. en Creta, 23 diciembre.
Teófanes monje en Constantinopla, 12 marzo.
Teófanes monje y o. de Nicea, 27 diciembre.
Teófila v. y m. en Nicomedia, 28 diciembre.
Teófilo m. en Libia, 8 enero.
Teófilo m. en Cesarea, 6 febrero.
Teófilo m., 6 febrero.
Teófilo o. de Cesarea, 5 marzo.
Teófilo m. en Roma, 28 febrero.
Teófilo o. de Nicomedia, 7 marzo.
Teófilo o. de Bressa, 27 abril.
Teófilo m. en Chipre, 22 julio.
Teófilo m., 23 julio.
Teófilo m. en Alejandría, 8 setiembre.
Teófilo monje en Constantinopla, 2 octubre.
Teófilo o. de Antioquía, 13 octubre.
Teófilo m. en Cesarea, 3 noviembre.
Teófilo en Alejandría, 20 diciembre.
Teógenes m. en Helesponto, 3 enero.
Teógenes o. de Hipona, 26 enero.
Teogonio m. en Edesa, 21 agosto.
Teonas m. en Cilicia, 3 enero.
Teonas m., 20 abril.
Teonas o. y c. en Alejandría, 23 agosto.
Teonesto o. en Altino, 30 octubre.
Teonila m. en Egea, 23 agosto.
Teopento m. en Cilicia, 3 enero.
Teopista m. en Roma, 20 setiembre. Su hist. pág. 407.
Teopisto m. en Roma, 20 setiembre. Su hist. pág. 407.
Teopompo, 21 mayo.
Teoprepides m., 27 marzo.
Teotico m. en Antinoo, 8 marzo.
Teótimo o. en Tomis, 20 abril.
Teótimo m., 5 noviembre.
Teótimo m. en Laodicea, 18 diciembre.
Teótimo m. en Trípoli, 24 diciembre.
Teotista v. en Paros, 10 noviembre. Su hist. pág. 156.
Teotonio de Coimbra, 18 febrero. Su hist. pág. 286.
Tercio c. en Africa, 6 diciembre.
Terenciano o. de Todi, 1 setiembre.
Terencio o. de Iconio, 21 junio.
Terencio m. en Todi, 27 setiembre.
Terencio m. en Africa, 10 abril.
Teresa v. en Avila, 15 octubre. Su hist. pág. 280.
Teresa reina de Portugal, 17 junio. Su hist. pág. 287.
Tertula v. en Cirta, 29 abril.
Tertuliano o. de Bolonia, 27 abril.
Tertulino presb. y m. en Roma, 4 agosto.

Tesalónica m. en Amfipoli, 7 noviembre.
Tesifonte o. y m., 1 abril. Su hist. página 11.
Tespecio m. en Capadocia, 1 junio.
Tespecio m. en Nicea, 20 noviembre.
Teuseta m. en Nicea, 13 marzo.
Tiberio m. en Agen, 10 noviembre.
Tiburcio m. en Roma, 14 abril. Su hist. pág. 216.
Tiburcio m. en Roma, 11 agosto. Su hist. pág. 171.
Tiburcio m. en los sabinos, 9 setiembre.
Ticiano o. en Uderzo, 16 enero.
Ticon o. en Chipre, 16 junio.
Tichico en Chipre, 29 abril.
Tigides o. en Gap, 3 febrero.
Tigrio presb. en Constantinopla, 12 enero.
Timolao m. en Cesarea, 24 marzo.
Timon d. en Corinto, 19 abril.
Timoteo o. de Efeso, 24 enero. Su hist. pág. 330.
Timoteo m. en Roma, 24 marzo.
Timoteo m. en Macedonia, 6 abril.
Timoteo m. en la Tebaida, 3 mayo.
Timoteo m. en Berbería, 21 mayo.
Timoteo m. en Roma, 22 mayo.
Timoteo o. de Burnia, 10 junio.
Timoteo m. en Palestina, 19 agosto.
Timoteo m. en Roma, 22 agosto. Su hist. pág. 374.
Timoteo m. en Reims, 23 agosto.
Timoteo m. en Antioquía, 8 setiembre.
Timoteo d. en Mauritania, 19 diciembre. Su hist. pág. 302.
Tirannio m. en Fenicia, 20 febrero.
Tirso m., 24 enero.
Tirso m. en Apolonia, 28 enero. Su hist. pág. 389.
Tirso m. en Alejandría, 31 enero.
Tirso m. en Autun, 24 setiembre.
Tito o. de Creta, 4 enero. Su hist. página 50.
Tito m. en Roma, 16 agosto.
Tito m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Tobías m. en Sebaste, 2 noviembre.
Tolomeo m. en Roma, 19 octubre.
Tolomeo m. en Alejandría, 20 diciembre.
Tomaides m. en Alejandría, 14 abril.
Tomás o. de Herford, 2 octubre.
Tomás monje en Antioquía, 18 noviembre.
Tomás apóstol en Calamina, 21 diciembre. Su hist. pág. 331.
Tomás o. de Cantorberi, 29 diciembre. Su hist. pág. 432.
Tomás de Aquino, 7 marzo. Su hist. pág. 96.
Tomás de Villanueva, 18 setiembre. Su hist. pág. 371.
Toribio o. de Astorga, 16 abril. Su hist. pág. 252.
Toribio o. de Lima, 27 abril. Su hist. pág. 435.
Toribio de Liébana en España, 11 noviembre. Su hist. pág. 172.
Torpetes m. en Pisa, 17 mayo.
Torquato en España, 15 mayo. Su hist. pág. 279.
Totnano d. en Visbour, 8 julio.
Trahamunda v. en Córdoba, 14 noviembre. Su hist. pág. 231.
Tranquilino m. en Roma, 6 julio.
Transfiguracion del Señor en el monte Tabor, 6 agosto. Su hist. pág. 100.
Traseas o. de Eumenia, 5 octubre.
Trason m. en Roma, 11 diciembre.
Trifena m. en Cycico, 31 enero.
Trifenna en Iconio, 10 noviembre.
Trifilo o. en Chipre, 13 junio.
Trifina m. en Sicilia, 5 julio.
Trifon m. en Africa, 4 enero.
Trifon m. en Alejandría, 3 julio.
Trifon m., 10 noviembre.
Trifonia en Roma, 18 octubre.
Trifos m. en Roma, 10 julio.
Trifosa en Iconio, 10 noviembre.
Trigidia en España, 22 noviembre. Su hist. pág. 372.
Trípodes m. en Roma, 10 junio.
Troadio m. en Neocesarea, 28 diciembre.
Trobat en Gerona, 10 diciembre. Su hist. pág. 171.
Trofimo m., 18 marzo.
Trofimo m. en Laodicea, 11 marzo.
Trofimo m., 23 julio.
Trofimo m. en Sinnada, 19 setiembre.
Trofimo o. de Arles, 29 diciembre.
Trojano o. de Santonges, 30 noviembre.
Trudo en Haspengan, 23 noviembre.
Turiano o. en Bretaña, 13 julio.

U

Ubaldo o. en Gubio, 16 mayo. Su hist. pág. 327.
Ugon c. en el monte Senario, 3 mayo. Su hist. 11 febrero, pág. 166.
Uldarico o. de Ausburgo, 4 julio. Su hist. pág. 61.
Ulpiano m. en Tiro, 3 abril.
Urbano m. en Antioquía, 24 enero.
Urbano abad, 10 abril. Su hist. página 161.

Urbano m. en Africa, 8 marzo.
Urbano o. de Langres, 2 abril.
Urbano m. en Zaragoza, 16 abril. Su hist. pág. 248.
Urbano p. y m. en Roma, 25 mayo. Su hist. pág. 493.
Urbano m. en Campaña, 2 julio.
Urbano m. en Constantinopla, 5 setiembre.
Urbano m., 31 octubre.
Urbano o., 28 noviembre.
Urbano o. de Theano, 7 diciembre.
Urbe c. en Huesca, 15 diciembre. Su hist. pág. 245.
Urcisceno o. de Pavía, 21 junio.
Ursicino m. en Ravena, 19 junio.
Ursicino o. en Sens, 24 julio.
Ursicino o. de Bressa, 1 diciembre.
Ursicio m. en Ilirico, 14 agosto.
Ursinaro o. en el monasterio de Lobe, 19 abril.
Ursino o. de Bourges, 9 noviembre.
Urso o. de Ravena, 13 abril.
Urso o. de Auxerre, 30 julio.
Urso m. en Soleure, 30 setiembre.
Ursola v. en Colonia, 21 octubre. Su hist. pág. 363.
Ustazanes m. en Persia, 21 abril.

V

Valencion m. en Silistria, 25 mayo.
Valente o. y m., 21 mayo.
Valente d. en Cesarea, 1 junio.
Valente o. de Verona, 26 julio.
Valentin p. en Roma, 14 febrero. Su hist. pág. 226.
Valentin o. y m. en Terni, 14 febrero.
Valentin o. de Tréveris, 16 julio.
Valentin o., 29 octubre.
Valentin presb. en Viterbo, 3 noviembre.
Valentin m. en Ravena, 13 noviembre.
Valentina v. en Palestina, 25 julio.
Valentino m. en Ravena, 11 noviembre.
Valentino m. en Ravena, 16 diciembre.
Valeria m. en Milan, 28 abril. Su hist. pág. 461.
Valeria m. en Cesarea, 5 junio.
Valeria m. en Limoges, 9 noviembre.
Valeriano m. en Roma, 14 abril. Su hist. pág. 216.
Valeriano m. en Antioquía, 23 agosto.
Valeriano m. en Alejandría, 12 setiembre. Su hist. pág. 252.
Valeriano m. en Chalons, 15 setiembre.
Valeriano m. en Noyon, 17 setiembre.
Valeriano o. de Aquileya, 27 noviembre.
Valeriano o. y c., 28 noviembre.
Valeriano o. en Africa, 15 diciembre.
Valerio o. de Zaragoza, 28 enero. Su hist. pág. 426.
Valerio o. de Tréveris, 29 enero.
Valerio c. en España, 25 febrero. Su hist. pág. 413.
Valerio o. de Soissons, 14 junio.
Valerio m. en Africa, 16 noviembre. Su hist. pág. 267.
Varico m. en Africa, 15 noviembre.
Varo soldado en Egipto, 19 octubre.
Vecio m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Vedasto o. de Arras, 6 febrero.
Venancio o. y m., 1 abril. Su hist. página 11.
Venancio m. en Camerino, 18 mayo. Su hist. pág. 364.
Venancio abad en Tours, 13 octubre.
Veneranda v. en Francia, 14 noviembre.
Venerando m. en Troyes, 14 noviembre.
Venerio o. de Milan, 4 mayo.
Venerio c., 13 setiembre.
Venustiano m. en Espoleto, 30 diciembre. Su hist. pág. 478.
Venusto m. en Africa, 6 mayo.
Venusto m. en Roma, 22 mayo.
Veranio o. de Leon de Francia, 11 noviembre.
Veranio m. en Toscana, 9 agosto.
Verano o. en el territorio de Orleans, 19 octubre.
Verecundo o. de Verona, 22 octubre.
Veremundo en España, 22 diciembre. Su hist. pág. 348.
Verena v. en Constanza, 1 setiembre.
Veridiana v. en Etruria, 1 febrero.
Verísimo m. en Lisboa, 1 octubre. Su hist. pág. 14.
Vero o. de Viena, 1 agosto.
Vero o. de Salerno, 23 octubre.
Verónica v. en Milan, 13 enero.
Verónico m. en Antioquía, 19 octubre.
Verulo m. en Adrumeto, 21 febrero.
Veturio m. en Cartago, 17 julio.
Viator en Leon de Francia, 21 octubre.
Viator en Leon de Francia, 2 setiembre.
Viator o. de Bérgamo, 14 diciembre.
Vicencio m. en Africa, 27 enero.
Vicente levita en Valencia, 22 enero. Su hist. pág. 295.

Vicente m. en Ambrun, 22 enero. Su hist. pág. 300.
Vicente m. en Colibre, 19 abril. Su hist. pág. 321.
Vicente c. en Ambrun, 20 abril.
Vicente m. en España, 11 marzo. Su hist. pág. 178.
Vicente presb., 24 mayo.
Vicente m. en el Puerto romano, 24 mayo.
Vicente levita en Agen, 9 junio.
Vicente m. en Roma, 24 julio.
Vicente subdiácono en Roma, 6 agosto.
Vicente m. en Roma, 25 agosto.
Vicente m. en España, 1 setiembre.
Vicente abad y m. en España, 11 setiembre.
Vicente m. en Avila, 27 octubre. Su hist. pág. 502.
Vicente de Paul, 19 julio. Su hist. página 358.
Vicente Ferrer, 5 abril. Su hist. página 72.
Víctor m. en Ambrun, 22 enero. Su hist. pág. 300.
Víctor m. en Alejandría, 31 enero.
Víctor m. en Egipto, 25 febrero.
Víctor c. en el territorio de Arcies, 26 febrero.
Víctor m. en Nicomedia, 6 marzo. Su hist. pág. 89.
Víctor m. en Africa, 10 marzo.
Víctor m., 20 marzo.
Víctor m. en Tesalónica, 30 marzo.
Víctor m. en Egipto, 1 abril.
Víctor m. en Braga, 12 abril. Su hist. pág. 192.
Víctor m., 20 abril.
Víctor m. en Milan, 8 mayo.
Víctor m. en Siria, 14 mayo.
Víctor m. en Alejandría, 17 mayo.
Víctor m. en Marsella, 21 julio. Su hist. pág. 407.
Víctor m. en Mérida, 24 julio.
Víctor p. y m. en Roma, 28 julio. Su hist. pág. 533.
Víctor o. en Africa, 28 agosto.
Víctor m. en España, 26 agosto. Su hist. pág. 435.
Víctor o. en Africa, 10 setiembre.
Víctor m. en Calcedonia, 10 setiembre.
Víctor m. en Africa, 14 setiembre.
Víctor m. en Francia, 22 setiembre. Su hist. pág. 436.
Víctor m. en Soleure, 30 setiembre.
Víctor m. en Colonia, 10 octubre.
Víctor m. 17 octubre. Su hist. página 315.
Víctor o. de Cápua, 17 octubre.
Víctor m. en Africa, 2 noviembre.
Víctor m. en Ravena, 13 noviembre.
Víctor m. en Nicomedia, 3 diciembre.
Víctor m. en Roma, 15 diciembre.
Víctor m. en Africa, 18 diciembre.
Víctor m. en Africa, 28 diciembre.
Víctor m. en Africa, 29 diciembre.
Victoria m. en Córdoba, 17 noviembre. Su hist. pág. 282.
Victoria m. en Roma, 23 diciembre. Su hist. pág. 355.
Victoriano en Africa, 23 marzo.
Victoriano m. en los Marsos, 26 mayo.
Victoriano Asanio, 12 enero. Su hist. pág. 144.
Victoriano m. en Isauria, 16 mayo.
Victorico m. en Africa, 24 febrero.
Victorico m. en Amiens, 11 diciembre.
Victorino m. en Egipto, 25 febrero.
Victorino m. en Nicomedia, 6 marzo. Su hist. pág. 98.
Victorino m. en Nicomedia, 29 marzo.
Victorino m., 15 abril.
Victorino m. en Auvernia, 15 mayo.
Victorino m. en Roma, 7 julio.
Victorino c. en Camerino, 8 junio.
Victorino o. y m. en Roma, 5 setiembre.
Victorino m. en Mesina, 5 octubre. Su hist. pág. 86.
Victorino o. de Poitiers, 2 noviembre.
Victorino m. en Roma, 8 noviembre. Su hist. pág. 124.
Victorino m. en Ravena, 14 noviembre.
Victorino m. en Africa, 2 diciembre.
Victorino m. en Africa, 18 diciembre.
Victorio m. en Cesarea, 21 mayo.
Victorio m. en Leon, 30 octubre. Su hist. pág. 549.
Victricio o. de Ruan, 7 agosto.
Victuro m. en Africa, 18 diciembre.
Vidal m. en Africa, 9 enero.
Vidal m. en Roma, 14 febrero.
Vidal m. en Alejandría, 21 abril.
Vidal m. en Ravena, 28 abril. Su hist. pág. 461.
Vidal m. en Campaña, 2 julio.
Vidal m. en Roma, 10 julio. Su hist. pág. 200.
Vidal m. en Francia, 22 setiembre. Su hist. pág. 436.
Vidal m. en Bolonia, 4 noviembre.
Vigilio o. de Trento, 26 julio.
Vigilio o. de Brescia, 26 setiembre.
Vigor o. de Bajeux, 1 noviembre.
Vindemial o. y m., 2 mayo.
Vindonio c. en Campaña, 1 setiembre.

Vintila en España, 23 diciembre. Su hist. pág. 359.
Virgilio o. de Salisbury, 27 noviembre.
Visia v. y m. en Fermo, 12 abril.
Visitacion de la Vírgen María á santa Isabel, 2 julio. Su hist. pág. 28.
Vital m. en Esmirna, 9 enero.
Vital m. en Cesarea, 3 noviembre.
Vital m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Vitaliano p. en Roma, 27 enero.
Vitaliano o. en Capua, 16 julio.
Vitalico m. en Ancira, 4 setiembre.
Vito m. en la Basilicata, 15 junio. Su hist. pág. 247.
Vitorio o. de Mans, 1 setiembre.
Vivencio c. en Vergis, 13 enero.
Vivenciolo o. de Leon de Francia, 12 junio.
Viviano o. de Santonges, 28 agosto.
Vivina v. en Bigorra, 17 diciembre.
Volusiano o. de Tours, 18 enero.
Voto c. 29 mayo. Su hist. pág. 552.
Vulmaro abad en Francia, 20 julio.
Vulpiano m. en Tiro, 3 abril.

W

Walabonso d. en Córdoba, 7 junio. Su hist. pág. 124.
Walburga v. en Inglaterra, 1 mayo.
Waldetrudes en Mons en Haynaut, 9 abril. Su hist. pág. 143.
Walerico abad en Amiens, 1 abril.
Walfrido o. en Inglaterra, 12 octubre. Su hist. pág. 231.
Wandegrisillo, abad, 2 julio.
Wenceslao duque de Bohemia, 28 setiembre. Su hist. pág. 538.
Wenefrida v. en Inglaterra, 3 noviembre.
Wigberto presb. en Alemania, 13 agosto.
Wilebaldo o. de Aichstat, 7 junio. Su hist. pág. 142.
Wilehado o. de Brema, 8 noviembre.
Wilgefortis v. en Portugal, 20 julio. Su hist. pág. 379.
Wilhelmo arzobispo de York, 8 junio.
Wilibrordo o. de Utrecht, 7 noviembre.
Winoco abad en Berga, 6 noviembre.
Wiron o. en Escocia, 8 mayo.
Wistremundo monje en Córdoba, 7 junio. Su hist. pág. 124.
Witesindo m. en Córdoba, 15 mayo. Su hist. pág. 306.
Wolfgango o. de Ratisbona, 31 octubre.
Wulfran o. de Sens, 20 marzo.
Wulstano o. de Wigornio, 19 enero.

X

Xantipa en España, 23 setiembre. Su hist. pág. 457.

Z

Zacarías p. en Roma, 15 marzo.
Zacarías o. de Viena, 26 mayo.
Zacarías m. en Nicomedia, 10 junio.
Zacarías prof., 6 setiembre. Su hist. pág. 133.
Zacarías padre de san Juan Bautista, 5 noviembre.
Zacarías m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Zamas o. de Bolonia, 24 enero.
Zamdas o. de Jerusalen, 19 febrero.
Zanita m. en Persia, 27 marzo.
Zaqueo o. de Jerusalen, 23 agosto.
Zaqueo m. en Palestina, 17 noviembre.
Zebina m. en Cesarea, 13 noviembre.
Zeferino p. en Roma, 26 agosto. Su hist. pág. 431.
Zenaida m. en Cesarea, 5 junio.
Zenaida en Tarso, 11 octubre.
Zenas m. en Filadelfia, 23 junio.
Zenobia m. en Egea, 30 octubre.
Zenobio m. en Fenicia, 20 febrero.
Zenobio o. de Florencia, 25 mayo.
Zenobio presb. y m., 29 octubre.
Zenobio o. de Egea, 30 octubre.
Zenobio m. en Trípoli, 24 diciembre.
Zenon m. en Roma, 14 febrero.
Zenon m., 5 abril.
Zenon o. de Verona, 12 abril. Su hist. pág. 194.
Zenon m., 20 abril.
Zenon m. en Filadelfia, 23 junio.
Zenon m. en Roma, 9 julio.
Zenon m. en Alejandría, 15 julio.
Zenon m. en Nicomedia, 2 setiembre.
Zenon m., 3 setiembre.
Zenon m. en Melitina, 5 setiembre.
Zenon m. en Palestina, 8 setiembre.
Zenon o. de Verona, 8 diciembre.
Zenon m. en Alejandría, 20 diciembre.
Zenon m. en Nicomedia, 22 diciembre.
Zenon o. de Majuma, 26 diciembre.
Zetico m. en Creta, 23 diciembre.
Zita v. en Luca, 27 abril. Su hist. pág. 447.
Zoa m. en Roma, 5 julio. Su hist. página 110.
Zoe m., 2 mayo.
Zoelo m. en Istria, 24 mayo.

Zoilo m. en Córdoba, 27 junio. Su hist. pág. 461.
Zosima en el Puerto romano, 15 julio.
Zosimo m. en Leon de Francia, 2 junio. Su hist. al 3, pág. 43.
Zosimo m. en Cilicia, 3 enero.
Zosimo m. en Cartago, 11 marzo.
Zosimo m. en Zaragoza de Sicilia, 30 marzo.
Zosimo anacoreta en Palestina, 4 abril.
Zosimo m. en Sozópolis, 19 junio.
Zosimo m. en Antioquía, 28 setiembre.
Zosimo c. en Palestina, 30 noviembre.
Zosimo m. en Antioquía, 14 diciembre.
Zosimo m. en Macedonia, 18 diciembre.
Zosimo m. en Nicea, 19 diciembre.
Zosimo p. en Roma, 26 diciembre.
Zotico m. en Africa, 12 enero.
Zotico m. en Tívoli, 12 enero.
Zotico m. en Alejandría, 31 enero.
Zotico m. en Roma, 10 febrero.
Zotico m., 20 abril.
Zotico o. de Comana, 21 julio.
Zotico m. en Nicomedia, 22 agosto.
Zotico m. en Nicomedia, 21 octubre.
Zotico presb. en Constantinopla, 31 diciembre.

FIN DEL ÍNDICE ALFABÉTICO.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE DICIEMBRE.

	Pág.
Dia I.—San Eloy ó Eligio, obispo de Noyon.	6
Santa Natalia.	12
Santo Domingo Sarracino, y sus compañeros mártires.	17
El Evangelio y Meditacion: De los que dejan á Dios después de haberle servido algun tiempo.	21
Dia II.—Santa Bibiana, vírgen y mártir.	25
El Evangelio y Meditacion: Sobre la eterna felicidad.	31
Dia III.—San Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, apóstol de las Indias.	35
San Casiano, mártir.	53
El Evangelio y Meditacion: Del celo que cada uno debe tener de la salvacion propia y de la de los otros.	56
Dia. IV.—Santa Bárbara, vírgen y mártir.	60
San Pedro Crisólogo, arzobispo y confesor.	66
San Clemente de Alejandría, padre de la Iglesia.	69
El Evangelio y Meditacion: De la vigilancia cristiana.	76
Dia V.—San Sabas, abad.	80
San Giraldo, arzobispo de Braga.	86
San Dalmacio, en vulgar catalan san Dalmau, obispo y mártir.	91
El Evangelio y Meditacion: Que la virtud es fácil en toda suerte de estados y condiciones.	95
Dia VI.—San Nicolás, obispo.	98
San Fortian, mártir.	103
El Evangelio y Meditacion: Que no hay estado de donde sea mas difícil salir que del estado de la tibieza.	106
Dia VII.—San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia.	109
El Evangelio y Meditacion: Sobre la preparacion para la fiesta de la inmaculada Concepcion de la Vírgen María.	122
Dia VIII.—La inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen.	126

Himno.—San Bernardo. 138
El Evangelio y Meditacion: De la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. 141
Oracion á la santísima Vírgen. 145
Dia IX.—Santa Leocadia, vírgen y mártir. 147
El Evangelio y Meditacion: De la leccion espiritual. 153
Dia X.—Santa Eulalia de Mérida, vírgen y mártir. 156
La traslacion de la santa Casa de Loreto. 162
San Melquíades ó Miltíades, papa. 170
San Invento, llamado en vulgar catalan san Trobat, mártir, y los trescientos y cincuenta y nueve mártires, cuyas reliquias se conservan en la iglesia de San Félix de Gerona. 171
El Evangelio y Meditacion: Que no hay verdadera libertad sino en el servicio de Dios. 174
Dia XI.—San Dámaso, papa. 178
El Evangelio y Meditacion: De las malas compañías. 186
Dia XII.—La aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico. 189
El Evangelio y Meditacion: Sobre la verdadera y sólida devocion que se debe tener con María santísima. 200
Dia XIII.—Santa Lucía, vírgen y mártir. 206
El beato Juan de Marinoni, confesor. 211
El Evangelio y Meditacion: Cuánto aborrece Dios el pecado. 213
Dia XIV.—San Nicasio, obispo y mártir. 217
San Justo y Abundio, mártires. 220
San Espiridion, obispo. 221
El Evangelio y Meditacion: De las diversiones de las gentes del mundo. 229
Dia XV. – La octava de la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. 233
San Eusebio, obispo. 238
San Urbe, confesor. 245
El Evangelio y Meditacion: De la inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen. 249
Dia XVI.—San Adon, arzobispo de Viena. 252
La traslacion de san Fructuoso, arzobispo de Braga. 257
Santa Alicia ó Adelaida, emperatriz. 258
Los tres santos niños Ananías, Misael y Azarías. 260
El Evangelio y Meditacion: Sobre el amor que debemos tener á Dios. 264
Dia XVII.—San Lázaro, obispo y mártir. 268
San Franco de Sena, confesor, del Órden de Nuestra Señora del Cármen. 276
El Evangelio y Meditacion: De la confianza que debemos tener en Jesucristo. 288
Dia XVIII.—La Expectacion del parto de la santísima Vírgen, que tambien se llama la fiesta de la O. 292

El Evangelio y Meditacion: Sobre la fiesta de la Expectacion de la santísima Vírgen. 298
Dia XIX.—San Timoteo y santa Maura su mujer, mártires. 302
San Nemesio, mártir. 307
El Evangelio y Meditacion: Del estado de humillacion de Jesucristo en su nacimiento. 311
Dia XX.—Santo Domingo de Silos, abad. 315
La venerable Oria. 322
La traslacion de las reliquias de san Isidoro á la ciudad de Leon. 324
El Evangelio y Meditacion: Dios es muy liberal con los que le sirven. 327
Dia XXI.—Santo Tomás, apóstol. 331
El Evangelio y Meditacion: Sobre la fe. 340
Dia XXII.—San Flaviano, mártir. 342
San Demetrio, mártir. 346
San Veremundo, abad. 348
El Evangelio y Meditacion: De la dulzura de la virtud. 352
Dia XXIII.—Santa Victoria, vírgen y mártir. 355
San Vintila, anacoreta. 359
El Evangelio y Meditacion: De la verdadera virtud. 362
Dia XXIV.—La vigilia de Navidad. 365
San Gregorio, presbítero y mártir. 369
El Evangelio y Meditacion: Sobre la preparacion para la fiesta de mañana. 374
Dia XXV.—La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, que vulgarmente se llama la Pascua de Navidad. 378
Santa Eugenia, vírgen y mártir. 385
Himno *Jesu, Redemptor*, etc. 387
El Evangelio y Meditacion: De la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. 393
Dia XXVI.—San Esteban protomártir, ó el primer mártir. 396
San Dionisio, papa y confesor. 401
El Evangelio y Meditacion: Sobre la fiesta de san Esteban. 404
Dia XXVII.—San Juan, apóstol y evangelista. 408
El Evangelio y Meditacion: Sobre la fiesta de san Juan Evangelista. 417
Dia XXVIII.—Los santos Inocentes. 421
El Evangelio y Meditacion: Sobre la fiesta de los santos Inocentes. 429
Dia XXIX.—Santo Tomás, arzobispo de Cantorberi, y mártir. 432
San David, rey y profeta. 443
El Evangelio y Meditacion: Sobre el fin del año. 467
Dia XXX.—La traslacion del cuerpo del apóstol Santiago. 471
San Sabino, obispo de Espoleto, y sus compañeros mártires. 478
El Evangelio y Meditacion: Sobre el culto y veneracion que se da á las reliquias de los Santos. 485

Dia XXXI.—San Silvestre, papa. 490
Santa Columba de Sens, vírgen y mártir. 495
Santo Domingo, mártir. 497
Santa Melania, la Menor. 499
El Evangelio y Meditacion: Del consuelo que se tiene al fin del año de haber empleado bien el tiempo. 503

ÍNDICE ALFABÉTICO de los nombres de todos los Santos que contiene el Martirologio romano, y de aquellos cuyas vidas comprende este Año Cristiano, que pueden imponerse á los bautizandos, para que sirva de guia á los padres en la eleccion de patronos para sus hijos, y á los señores párrocos para que sepan los nombres que pueden aceptar en el santo Bautismo. 507

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Acc. 5416

248.3
C65

Croisset, P. S. J.
AUTHOR

Ano Cristiano (Vol. XI)
TITLE

DATE LOANED	BORROWER'S NAME	DATE RETURNED
MAR 16 '49		